

CABALLERO VENTUROSO

CAVALLERO VEN-
TUROSO

CON SUS EXTRAÑAS AVENTURAS Y PRODI-
GIOSOS TRANCES ADVERSOS Y PRÓSPEROS

HISTORIA VERDADERA

VERSO Y PROSA ADMIRABLE Y GUSTOSA

POR

D. JUAN VALLADARES DE VALDELOMAR

CLÉRIGO

PRESBÍTERO DE LA CIUDAD DE CÓRDOBA

Á DOÑA MARÍA SIDONIA

condesa de Barajas

ed. Bonilla y San Martín

Ahora por primera vez publicado con arreglo al manuscrito original.

B. RODRÍGUEZ SERRA, Editor.

MADRID—MCMII



PRÓLOGO

JORGE Ticknor, en su laudable aunque ya algo anticuada *History of Spanish Literature* (1), y D. Bartolomé José Gallardo en el número 4.164 de su *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* (2), dieron ya noticia detallada del curioso volumen que hoy ve por primera vez la luz pública.

Es un tomo en 4.º Consta de 289 hojas de texto y 14 preliminares, tres de ellas en blanco.

---

(1) Tomo III, págs. 325 y 326 (traducción de Gayángos y Vedia), donde dice: «no es fácil deslindar en esta novela la parte histórica y verdadera de la fabulosa... pero está llena de poesía *(sic)* y de sucesos imaginarios, y no faltan historias, como la de los amores del Caballero Venturoso con la hermosa Mayorinda, que parecen hijas de la fantasía del autor.» También nos parece este juicio hijo de la fantasía de Ticknor. Después citó el libro del *Venturoso* D. Pascual de Gayángos en su Prólogo de *El pelegrino curioso y grandezas de España*, por Bartolomé de Villalba y Estaña (Madrid 1886), tomo I, pág. IV.

(2) Tomo IV, col. 893.

Mide 200 × 146 mm. Su contenido es como sigue:

F. 1. r.=Port.—v.º en bl.—Fol. 2. r. Censura de Cristóbal Martínez.—v.º Censura de Lope de Vega. Censura de Fr. Pedro Navarro. Fol. 3. Confesión y protestación del Autor. Soneto. v.º De D. Lorenzo Zamudio al Autor. Soneto. Dos hojas en blanco. Fol. 6. Tabla de las aventuras. Fol. 7. v.º Tabla de los versos que hay en este libro. Fol. 10. r. Á doña María de Sidonia, Condesa de Barajas, mi señora (Liras). Fol. 12 r. Prólogo y argumento deste libro. Fol. 14. en blanco.—Sigue el texto, que está incompleto, pues faltan parte de la aventura XLIV y toda la XLV, ó sean unas nueve hojas.

Hállase encuadernado en pergamino, y en el tejuelo se lee: *Cavallero venturoso. P. Ualladares*. M. 8. 20.

Creemos que este manuscrito es autógrafo del mismo D. Juan Valladares.

D. Luis María Ramírez y de las Casas Deza, dió noticia de este libro en su bibliografía inédita: *Hijos ilustres, escritores y profesores de las Bellas Artes de la provincia de Córdoba* (1);

---

(1) Biblioteca Nacional. M ss. Ff. 293.

pero no halló más datos referentes al Caballero venturoso que los consignados por éste. Escribía en el año 1863, y ya entonces poseía el manuscrito D. Pascual de Gayángos, quien debió comunicarle la noticia.

Dicho manuscrito se conserva hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Al hacer Gallardo la descripción del manuscrito, y con ocasión de advertir algunas de las raspaduras que en él se notan, escribe: «*Todo esto me parece hechizo*». Y tiene razón que le sobra.

Desde luego el manuscrito parece estar dispuesto para la imprenta, pero las Censuras, aunque aparentan ser de distinta letra que el texto, están escritas por la misma mano. Si son, pues, como debemos suponer, auténticas, trátase de una copia. La fecha de la tercera y última censura es 2 de Junio de 1617.

El texto tiene todos los caracteres de una autobiografía; sucesos, fechas, testimonios, en la parte que pueden comprobarse, son de indudable exactitud. De aquí el mérito principal de la obra, que por lo demás, desde el punto de vista literario, aunque no se halla desprovista de interés, no merece tampoco grandes alaban-

zas. Pero el autor, sin mostrarse siempre escritor elegante, narra con sencillez y naturalidad, tendiendo quizá á exagerar el número é importancia de sus pecados, no tan abominables ni tan reiterados como en un principio manifiesta. En lo que se excede y peca en ocasiones con inmoderada complacencia, es en materia de versos, porque su vena poética, sin llegar nunca á verdadera inspiración, es de una riqueza y abundancia lamentables.



Puede afirmarse, aunque no rotundamente, que el Caballero Venturoso fué hijo natural ó legítimo de D. Alonso de Valdelomar, pues aunque los datos referentes á éste que nos ha comunicado el Sr. Ramírez de Arellano no concuerdan con los consignados por Valladares en su libro, los últimos merecen escasa confianza. Si el Capitán *Toreador* falleció en el año 1569, á los sesenta y dos de su edad, había nacido en 1507; y entonces, ¿no es en verdad algo sospechoso que ya fuese Capitán en el año 1525 cuando la batalla de Pavía? (1)

(1) ¿Sería este D. Alonso el mismo de quien escribe Juan de Oznaya, en su *Relación de la batalla de Pavía*: «en este tiempo el Capitán D. Alonso de

Las informaciones hechas en el año 1531 para recibir D. Alonso Valdelomar el hábito de Santiago, se conservan en el Archivo Histórico Nacional. Van encabezadas con estos dos documentos que extractamos:

«D. Carlos, por la graçia de Dios Enperador semper augusto, Rey de Alemaña, de Castilla ....
..... a vos don Diego Hernandes de Cordoua, Comendador de Alcuesca, salud e graçia: sepades quel Capitan Alonso de Valdelomar me hizo relaçion que su proposyto e voluntad es de ser en la dicha Horden (de Santiago) por devoçión que tiene al bienaventurado Apostol, señor Santiago, suplicandome lo mandase admitir e dar el abito e ynsygnia de la dicha Horden o como la mi merçed fuese, e porque la persona que se ha de resçibir a la dicha Horden e dar

---

Córdoba mandó llamar su capellán que le fuese por Doña Teresa su amiga, que allí cerca á la retaguardia había quedado, en la cual tenía dos hijos, y venida, él le dijo... estoy determinado, si vos lo tenéis por bien, que volviéndonos á Dios nos pongamos á su servicio, y recebiros por mi mujer y á los mochachos por mis legítimos hijos»? (Publicada en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXXVIII, págs. 289 y siguientes.)

el abito e ynsygnia della ha de ser hijodalgo al modo y fuero d'España, y tal que concurran en el las calidades que los estableçimientos de la dicha Horden disponen, fue acordado en el mi Consejo della que debía mandar esta mi carta para vos en la dicha razon; e yo, confiando que soys tal persona que guardareys mi serviçio bien e fielmente, hareys lo que por mi os fuere cometido e mandado, tovelo por bien, e por la presente vos cometo e mando que como que con ella fuerdes requerido, resçibays de vuestro ofiçio los testigos que vierdes que se deven reçibir, que sean personas de buena fama y conçiençia que conoscan al dicho Capitan Alonso de Valdelomar y a su linaje, e les hagays las preguntas contenidas en el ynterrogatorio que con esta vos será dado, firmado de Françisco Guerrero, Secretario de dicho mi Consejo..... Dada en la villa de Ocaña á catorze días del mes de Hebrero de mill e quinientos e treinta e vn años. *El Conde don García Manrique. Liçençiatus Luxan*».

«Sepan quantos esta carta de poder vieren, como yo Alonso de Valdelomar, Capitan de Sus Magestades, hijo de Alonso Fernandes de la Reguera, cuya anima aya santa gloria, es-

tando al presente en esta muy noble e muy leal çibdad de Cordoua, conosco que otorgo e do todo mi poder conplido .... a Juan de Reguera, mi hermano, mostrador de esta carta, especialmente para quel por mi e en mi nombre pueda paresçer e paresca antel magnifico señor don Diego de Cordoua, Comendador de la Horden de Santiago, veynte e quatro e vesyno desta çibdad, e le presentar vna provision Real librada de los señores del Consejo de las Hordenes, e le pedir que la cumpla, e en cumpliendola resçiba la ynformacion que en ella se haze minçion, e presentar testigos e provanças..... fecha e otorgada esta carta en Cordoua, veynte e ocho días del mes de Hebrero año........ de mill e quinientos e treinta e vn años».

Según declaráron varios testigos, D. Alonso de Valdelomar fué hijo de Alonso Fernández de la Reguera y Leonor Fernández de Valdelomar. Su abuelo paterno, Gonzalo Alonso de la Reguera, y el materno, Diego Alonso de los Olmos, casado con María Fernández de Valdelomar.

Fuera de estas, y de las noticias que de sí mismo da el *Caballero Venturoso*, nada hemos

podido averiguar que nos certifique de su condición y circunstancias (1).

Ante tal escasez de datos, nos hemos dirigido al distinguido erudito cordubense D. Rafael Ramírez de Arellano, bien conocido de los doctos por sus pacientes y utilísimas investigaciones acerca de nuestra historia literaria. Con amabilidad que profundamente le agradecemos, ha registrado dicho señor los papeles de la colección de Vázquez Venegas (Comisión de Monumentos), en Córdoba, hallando las noticias que á continuación insertamos, y que, aunque no atañen directamente á nuestro Caballero, interesan á la familia á que dice pertenecer.

El Sr. Ramírez de Arellano ha revisado los libros de nacimiento de la parroquia de Omnium Sanctorum de Córdoba, donde estaba la casa

---

(1) ¿Se referirán á nuestro venturoso y *solitario* caballero los versos que se leen á la pág. 31 de las *Rimas de D. Antonio de Paredes* (Córdoba, por Salvador de Cea, año 1622), citadas por Gallardo (*Ensayo*, núm. 3.343)? Esos versos aluden á unos amores lastimosos de cierto caballero de Córdoba, que por un despecho amoroso:

Dejé á Córdoba y me vine
A esta soledad, etc.

Las mencionadas *Rimas* llevan una aprobación de Lope, como el *Caballero*.

solariega de los Valladares, desde 1545 hasta 1571, sin hallar partida de nuestro Caballero ni de ningún Valladares. Tampoco hay partida alguna referente al Venturoso en el libro de defunciones de 1617 á 1650.

En esa parroquia se halla la calle de Valladares, que tomó este nombre de la casa solar, hoy horno, de este apellido, cuya vinculación fué á parar á la casa del Marqués de Benamejí. El Archivo se ha vendido después por papel viejo.

«De cuantos papeles tengo vistos de estos archivos—nos dice el Sr. Ramírez de Arellano—no sale más que un Valladares: Fernando, azulejero, vecino de Sevilla, y la Doña Juana que va en los apuntes adjuntos. Valdelomares he encontrado: Antón de Valdelomar, Andrés López de Valdelomar, Juan Rodríguez de Valdelomar, guadamecileros, parientes de los otros á quienes se refieren los apuntes. Las noticias de estos tres las he publicado en el tomo IX del *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, págs. 155, 159, 162 y 192.

En los expedientes de reconocimientos de hidalguías del Ayuntamiento, no hay ni Valladares ni Valdelomares. Lo mismo ocurre en

las listas de escribanos, procuradores, capellanías (á pesar de la fundación de que se da noticia en papel aparte), veinticuatrías y juradurías: en 1646, á 23 de Julio, tomó posesión el Jurado Antonio López de Valdelomar, en lugar de Juan Fernández de Castro, que renunció el oficio á 29 de Mayo ante Gonzalo Fernández de Córdoba, escribano, y por Real Cédula de Zaragoza á 6 de Julio de 1646.

En 1807 se hizo información en Castro para la veinticuatría de D. Juan Ramón Jurado Valdelomar, que llega á los terceros abuelos, ó sea á 1704, todos de Castro del Río.

Es muy raro que el doctor Andrés de Morales y Padilla ó su hermano el P. Alfonso García de Morales (que no está claro quien sea el autor), en sus *Genealogías*, terminadas en 1627, no mencione á Valladares ni á Valdelomar.

He visto tres ó cuatro pleitos sobre las capellanías fundadas por el Jurado y por el Capitán Comendador Valdelomar, cuyas noticias van aparte, y en ninguna aparece el D. Juan Valladares.

En el libro se dice que era presbítero el autor. Esto y la fecha, me induce á creer pueda ser autor también del libro anónimo: *Casos raros de*

Córdoba, terminado en 1618, y cuyo autor fué médico ó eclesiástico».

Los instrumentos pertenecientes á la casa de Valdelomar de la ciudad de Córdoba, hallados por el Sr. Ramírez de Arellano, son, en resumen, los siguientes:

1488.—Martín de Valdelomar, hijo de Pedro de Valdelomar, veinticuatro de Córdoba, vecino de San Salvador, testó en 23 de Junio de 1488, ante Pedro González y Bartolomé Ruiz. Codicilo á 27 del mismo. Por éste, manda á su hermana Inés Gutiérrez de Valdelomar sus bienes muebles, y á Pedro Ruiz de Valdelomar, su hijo, una espada plateada y las estriberas y espuelas. Hijos: Pedro de Valdelomar, Inés Gutiérrez y María de Aguayo, y tutora y curadora de ellos, Inés Gutiérrez de Valdelomar.

1488.—Inés Gutiérrez de Valdelomar, de la una parte, y de la otra Sancho de Clavijo, Jurado de San Salvador, viudo de Leonor Gutiérrez de Valdelomar, á nombre de sus hijos María y Leonor, arreglaron ciertas diferencias sobre partición de bienes de Pedro de Valdelomar, veinticuatro, y su mujer Leonor Díaz de Castro, padres de la otorgante y suegros de Clavijo, ante Luis Fernández, en 28 de Junio de 1488.

1556.—El Comendador D. Alonso Fernández de Valdelomar, veinticuatro y vecino de Córdoba, aprobó ante Pedro de Jaén en 1556 la fundación de mayorazgo hecha en Castro del Río á 18 de Septiembre de 1551 ante Alonso de Vargas á favor de su hijo D. Alonso de Valdelomar, que estaba tratado de casar con Doña Francisca Enrríquez de Montemayor, hija del señor D. Luis de Godoy y de Doña Marina de Montemayor.

1536.—D. Alonso de Valdelomar, alias de la Reguera, apoderó á D. Rodrigo de Angulo, su hermano, para casarse con Doña Francisca Enrríquez, ante el escribano de Córdoba Pedro de Jaén, en 1536. (Esta fecha ó las del documento anterior están equivocadas.)

1467.—Pedro Rodríguez de Valdelomar, hijo de Pedro Rodríguez, vecino de Córdoba á S. Pedro, testa ante Gonzalo González á 21 de Enero de 1467. Enterramiento en el Monasterio de San Francisco, donde está sepultado su padre. Páguese á su hermano Alfonso cierta cantidad. Su suegra Mari García le debía el dote de su mujer María García. Heredera: Isabel, hija de ambos cónyuges.

1475.—Pedro de Uceda, hijo de Pascual

Ruiz é Isabel Rodríguez, su mujer, vecinos en Córdoba á San Bartolomé; constituyeron dote á favor de Martín de Valdelomar, su yerno, hijo de Pedro Ruiz de Valdelomar, vecino de Córdoba, casado con Elvira Fernández, hija de los otorgantes, de 85.000 maravedís. En Córdoba á 16 de Enero de 1475, ante Gómez González. El mismo día, Martín de Valdelomar otorga reconocimiento de dote á favor de su citada mujer.

1477.—Pedro de Valdelomar, hijo de Pedro Ruiz de Valdelomar, veinticuatro, difunto, y Mari Alvarez de Mesa, su mujer, arriendan de por vida unas casas á la Axerquia. Ante Gómez González, 10 de Febrero de 1477.

1483.—Constanza Fernández de Valdelomar, mujer de Luis González de Terminón, vecinos á San Juan; testa ante Juan Ruiz y Gómez González en 6 de Julio de 1483. Entierro en el convento de San Francisco del Monte. Manda ciertos maravedís á sus hermanos Juan López de Valdelomar y Alvar Pérez de Valdelomar. Usufructuario el marido, y heredero Fernando de Valdelomar, hijo de García de Valdelomar, hermano de la testadora.

1500.—Andrés de Valdelomar, hijo de

Alonso Martínez de Valdelomar, otorga carta dotal á favor de *Doña Juana de Valladares,* su mujer, hija de *Luis García de Valladares* y de Doña María de Lison, difuntos, vecinos á Omnium Sanctorum, á 19 de Junio de 1500, ante Pedro González. *(Pueden ser los abuelos del escritor.)*

1500.—Alfonso Martínez de Valdelomar, hijo de Antón Martínez de Valdelomar; donación *propter nupcias* á favor de Andrés de Valdelomar su hijo, para el casamiento con *Doña Juana de Valladares,* á 19 de Junio de 1500 ante Pedro González.

1500.—El dicho Andrés de Valdelomar; obligación á favor de María Ortiz, su hermana, á 20 de Junio de 1500 ante Pedro González.

1490.—Marina Rodríguez, viuda de Diego Martínez de Valdelomar, cantero, vecino á Santa Marina; testó ante Pedro González á 24 de Abril de 1490. Enterramiento en Omnium Sanctorum. Herederos: Rodrigo y Catalina de Valdelomar, sus hijos y de su marido.

1554.—Alonso de Valdelomar, alias de la Reguera, santiaguista, vecino de Córdoba á Santa Marina; estando en Castro del Río, á 20 de Marzo de 1554, otorgó escritura ante Alon-

so de Vargas, «en la que dice había ofendido mucho á Dios, en especial siendo *Capitán de su Majestad* en las guerras de Berbería, Italia, y Francia y otras partes, por mar y por tierra, porque durante dichas guerras fué muchas veces, por mandado de los Generales de su Majestad, á hacer ardides de guerra á los enemigos, entradas y correrías en que hizo muchos daños y despojos y tomó muchos bastimentos á franceses y otras personas y prisioneros cristianos, en cuyos prendimientos murieron muchos hombres de los enemigos y hubo despojos injustos, de todo lo que se había confesado como católico con un Penitenciario de Su Santidad y otros, y que en el artículo de la restitución no se había podido liquidar la suma de reales, por lo que, para descargo de su conciencia, fundó una capellanía, con obligación de cuatro misas cada semana, en la iglesia de Madre de Dios de dicha villa, en el altar y capilla donde estaba enterrada Doña Ana de Velasco, su mujer, cuya iglesia era en el arrabal. Y nombró por primer capellán á D. Diego de Velasco y de la Reguera, su hijo legítimo y de la dicha su mujer, y por patrono á Alonso Fernández de Valdelomar y de la Reguera, su

hijo y sus descendientes, en forma regular; unido dicho Patronato al mayorazgo, y llama para la sucesión de la capellanía á sus parientes, y la dota con 400 pies de olivar en el pago de Valhermoso y cuatro pedazos de olivar de hasta cien pies, en el dicho pago, y otros cuatro pedazos de olivar de 120 pies, y una haza de tierra de 11 fanegas de cuerda, y otra haza y casa, tercia y bodega y tinajas en el arrabal de la Corredera, linde con casas del Jurado Alonso Fernández Ganancias. Y más unas casas dentro del cercado de dicha villa, linde con otras de D. Diego de Córdoba, y otras casas, linde con otras de Doña Leonor de Argote». Era Comendador de Totana, en la Orden de Santiago.

1574.—El mismo Alonso Fernández de Valdelomar, alias de la Reguera y *Capitán Zesario*, testó en Castro del Río, á 13 de Marzo de 1574, ante Alonso de Vargas, mandándose enterrar en la sepultura de su mujer Doña Ana de Velasco. Hace una manda á su cuñada Doña Elvira de Velasco, monja en Jesús Crucificado, de Córdoba. Otra manda á los hijos de Juan de la Reguera. Declara la capellanía que había instituído por la escritura que antecede. Decla-

ra que había tenido intención de constituir mayorazgo á favor de su hijo mayor D. Alonso Fernández de Valdelomar, alias de la Reguera, y hace la fundación del tercio y remanente del quinto, señalando las fincas en Córdoba y Castro: la licencia que se inserta es de Felipe II, en Valladolid á 21 de Marzo de 1557, firmada por la Serenísima Princesa de Portugal, Gobernadora de estos reinos. Llama á suceder al citado Alonso y sus descendientes, y en su defecto á D. Diego Fernández de Valdelomar y de la Reguera, hijo segundo, y después á D. Antonio Fernández de Valdelomar, alias de la Reguera, hijo tercero, y en su defecto á Doña Ana de Velasco su nieta, y después á los otros nietos. Caso de no haber descendencia de estos hijos varones, llama á hembras: Doña Ana de Velasco, Doña Antonia de Velasco, y después al pariente más cercano. Dice que á su hijo don Alonso le compró una veinticuatría en 2.200 ducados. A Doña Ana de Velasco, al casar con D. Martín de Angulo, le dió en dote cierta cantidad, y á Doña Antonia de Velasco, al casar con D. Alonso de Velasco, le dió un cuento de maravedís.

A 17 de Abril de 1574, otorgó el mismo un

memorial en que refiere la fundación de la capellanía, y dice que si después de su hijo don Diego y de su confesor, Marcos García, no hubiese nietos clérigos, pase la capellanía á un hijo de Juan de Valdelomar, su sobrino.

La genealogía del Comendador es como sigue:

En el valle de la Reguera (reino de León) vivían unos caballeros llamados de la Reguera Flores de León. Uno de ellos, llamado Ruy Fernández de la Reguera, fué á Valladolid á la corte, donde le nombraron Capitán de infantería en Andalucía. Vino á Córdoba, hizo grandes cosas en la guerra de Granada, y el Rey le dió la tenencia del castillo de Espejo. Casó en Adamuz con Catalina de Heredia, hija de Juan Heredia.

Hijos: 1.º Alonso González de la Reguera.
2.º Juan Rodríguez de la Reguera.

El segundo casó en Adamuz con Leonor Hernández.

Hijos: 1.º Alonso Gómez de la Reguera.
2.º Gonzalo Alonso de la Reguera.

El segundo casó en Córdoba con María García Carrillo.

Hijos: 1.º Alonso Fernández de la Reguera.

2.º Juan de la Reguera.

3.º Ruy González de la Reguera.

El primero casó en Córdoba con Doña Leonor Fernández de Valdelomar.

El segundo casó en Hornachuelos con Catalina, de Godoy, y no tuvo hijos.

El tercero murió soltero.

El primero tuvo de su citado matrimonio:

1.º Alonso Fernández de Valdelomar y de la Reguera, Caballero de Santiago, Comendador de Totana y Capitán del Emperador en todas las guerras de Alemania.

2.º Juan de la Reguera.

3.º Pedro de Rojas de la Reguera; murió en Italia siendo Capitán del Emperador.

El Comendador casó con Doña Ana de Velasco, y vivió en Córdoba y Castro, y tuvo tres hijos:

1.º D. Alonso Fernández de Valdelomar y de la Reguera, veinticuatro de Córdoba.

2.º D. Diego de Velasco, «vive en Castro del Río».

3.º D. Antonio de Velasco; casó en Córdoba con Doña Catalina Carrillo de las Infantas.

El Juan de la Reguera, hermano del Comendador, casó en Córdoba con Quiteria Alonso de

Orbaneja y tuvo hijos: Alonso Martínez de Valdelomar y de la Reguera, Antón Alonso de Orbaneja y de la Reguera, «que vive en Priego», y Juan de la Reguera, «que vive en Granada.»

Doña Inés de Valdelomar, hermana del Comendador, casó con Martín Lorenzo de la Reguera, y fueron padres de Juan Fernández de Valdelomar, Jurado de Córdoba. Este casó con Doña María de Mesa, y tuvieron á D. Luis Fernández de Valdelomar, Alguacil mayor de Castro, y á D. Alonso de Valdelomar, clérigo, que pleiteaban en 1644 una capellanía fundada por el Jurado en la iglesia parroquial de Santiago de Córdoba.

Siempre que se cita al Comendador en varios pleitos, se le llama el *Capitán*. El hábito se le otorgó, por cédula del Emperador, en Ocaña á 23 de Marzo de 1531, en que se mandaba probar si era noble la abuela materna. Hecha la información, se cruzó en Santiago de la Espada en Sevilla.

De un certificado dado á 19 de Abril de 1570 por Antonio de Sotomayor Urquibe, rey de armas, á petición de Juan Fernández de Valdelomar, consta que descienden de los ganado-

res de Córdoba; concluye así: «El linaje y blasón de Valdelomar es de muy antiguos hijosdalgo. Su origen es en Losa, en el valle de Lossa, que por otro nombre se dice Valdelomar; residen en muchas partes de estos reinos; traen por armas: un escudo con una banda de oro, con tres estrellas azules en ella en campo de gules, que en estilo de Armerías quiere decir sangre».

Otro certificado del mismo dice: «Que el linaje y blasón de los de la Reguera de León y descendientes de aquella casa, es de muy antiguos caballeros hijosdalgo; su origen y descendencia son de la casa de D. Galaor de la Reguera, señor de la misma casa de la Reguera de León. Residen en muchas partes de estos reinos; traen armas: un escudo escuartelado, en uno un león coronado, en lo alto cinco flores de lis de oro, el campo azul y los leones al trocado; por orla seis leones, y en lo alto del escudo dos leones coronados, levantando las manos el uno contra el otro de manera de pelea».



Pocas palabras bastarán para dar idea del procedimiento seguido en esta edición.

Hemos respetado escrupulosamente la morfología, sin variar en lo más mínimo la estructura fonética de los vocablos, conservando, por ejemplo, *propria*, *emprestadas*, *voctos*, *pece*, *recebir*, etc., donde el manuscrito trae así la palabra. Pero hemos modernizado la ortografía por las mismas razones que se indicaban en el tomo que precede al actual en la *Colección* de que forman parte (1); es decir, porque la intención del editor es vulgarizar la obra, haciéndola accesible á todo género de lectores, y no concretar el círculo de éstos, reduciéndolo á escaso número de eruditos. No desconocemos que existen poderosas razones á favor de la conservación de la ortografía original en textos de la antigüedad del que ahora publicamos, pero también las hay en pró de la modernización, si se atiende á la comodidad del lector y del tipógrafo, y á la escasa utilidad científica del primer sistema.

Sea lo que quiera de esta cuestión, que no pretendemos resolver ahora, y en la que cree-

---

(1) *El viaje entretenido de Agustín de Rojas, natural de la villa de Madrid.* Reproducción de la primera edición completa de 1604. Madrid, B. Rodríguez Serra, 1901. Tomo II, pág. 269.

mos no puede sustentarse criterio cerrado y absoluto, nosotros hemos modernizado la ortografía, no conservando la original más que en un caso: en el título general de la obra. También hemos suprimido casi todas las notas marginales del manuscrito, porque nada dicen de nuevo, limitándose por regla general á repetir los nombres propios ya expresados en el texto, ó los sucesos que en éste se narran.

A. B. y S. M. M. S. y S.

CENSURA Y APROBACION 1.ª

Doy fe que he visto este libro, y hallo que es útil y provechoso y para un entretenimiento común, y que en él no hay cosa contra la fe, y por verdad lo firmé. Fecho en el monasterio de la Santísima Trinidad de Madrid, á 7 de Marzo 1617.—*Fray Cristóbal Martínez.*

CENSURA Y APROBACION 2.ª

[En] este libro *Caballero Venturoso*, que por mandado de V. A. he visto, muestra D. Juan Valladares, su auctor, docta elección, piedad cristiana, celo deseoso de aprovechar almas. Y pues con rigor teólogo lo ha aprobado el padre Religioso, cuya es la primera censura, en materia de la fe y costumbres, por lo que toca á mi profesión y letras humanas, lo hallo santo, gustoso, espiritual, de honesta recreación y digno de que V. A. le dé licencia para salir á luz. En Madrid y Abril 28 de 1617.—*Lope de Vega Carpio.*

CENSURA 3.ª

Por comisión de el Consejo Real de Castilla, he visto y examinado este libro intitulado el *Caballero Venturoso*, compuesto por don Juan Valladares de Valdelomar, clérigo presbítero, y no he hallado cosa en él contra nuestra santa fe ó las buenas costumbres, antes doctrina útil y piadosa, mezclada con la honesta recreación de sus aventuras, y ansí me parece que puede sacarse á luz. En Sant Francisco de Madrid, 2 de Junio 1617.—*Fray Pedro Navarro.*

CONFESION Y PROTESTACION DEL AUTOR

SONETO

Cuanta doctrina hasta el fin contiene
aqueste libro, doy sujeta y llana
á la Iglesia católica romana,
que la corrija si algo le conviene.
Y yo también con todo cuanto tiene,
me humillo y rindo á nuestra fe cristiana,
en quien yo creo, y de muy buena gana
pasare muerte, si por ella viene.
Si hay algo malo ó falto de prudencia,
será cual yo; y aviso al que lo entiende,
que se habrá hecho por inadvertencia.
Por solo Dios, si hay que enmendar, se enmiende,
y de lo bueno, que es del alta ciencia,
dese á Dios gracias, pues que dél deciende.

DE DON LORENZO ZAMUDIO AL AUCTOR

SONETO

Aqueste Caballero Venturoso
de San George es retrato verdadero,
pues que con lanza y corazón de acero
ha vencido el dragón más ponzoñoso.
Y al áspid crudo que con rostro hermoso
pudo ser causa del error primero,

ya del segundo golpe, y el tercero,
confuso deja igualmente y medroso.
Dice el Apóstol que escogió lo enfermo
Dios, para confundir lo que es más fuerte,
que felizmente verifica ahora.
Pues que de habitación sola del yermo,
contra el maldito padre de la muerte
sale vejez robusta vencedora.

A DOÑA MARIA DE SIDONIA, CONDESA DE BARAJAS, MI SEÑORA.

Dios á Jonás un día
mandó á muerte amenace
á Nínive, ciudad dada al pecado;
mas él, como sabía
que á Dios no le desplace
el corazón contrito y humillado,
temió ser afrentado
cuando incierto saliendo
revoque la sentencia
Dios por la penitencia,
y así determinó de irse huyendo
de aquel que le es notorio
el cielo y tierra, infierno y purgatorio;
Hallóse el buen Profeta
en un llano terrible,
cuando el rayo del Sol en Leo asombra,
y su calva sujeta

al calor insufrible
de un ancha calabaza hizo sombra:
y debajo esta alfombra
estando muy ufano,
el Señor, que no quita
arbitrio, mas lo incita,
hizo que el tronco lo royó un gusano,
y cayendo al instante,
faltó la choza, y caminó adelante.
Fuese á un puerto con vasca,
y en una nave entrando
que iba al contrario del divino intento,
vino una gran borrasca,
y yéndose anegando,
sólo el Profeta se durmió al tormento;
despiértanlo al momento,
quiere pagar la pena
que por suerte le cabe,
lo arrojen de la nave,
recógelo en la boca la ballena
y échalo el tercer día
en Nínive, lugar do Dios le envía.
Yo, siguiendo este ejemplo,
quiere Dios que aun enfermo
amenace de muerte en esta corte.
Puesto que yo contemplo
la soledad del yermo,
cuantas veces busqué en ella deporte,
daba el Señor un corte

que me roían los huesos;
embarquéme en favores,
échanme al mar señores,
y trágame la inopia en mis sucesos,
y en la Sidonia playa
me hallo al fin do quiere Dios que vaya.
Pues me tenéis, Condesa,
por vuestro Joan dichoso,
de fieras me guardad no me lastimen;
que con tan noble empresa
hallará el *Venturoso*
millares que por vos le honren y estimen,
y mis obras se animen
con tan finas barajas
á ganar la victoria
de la honra y la gloria,
con que favorecido con ventajas,
no sólo quede esquito,
mas un tesoro ganaré infinito.
Para quedar tan rico,
sin ser vano alquimista
que azogue y cobre finge plata y oro,
este libro os dedico,
historia nunca vista
de un caballero andante en buen decoro;
á los cuernos del toro
echo mi pobre capa,
que á gente pervertida
escapé con la vida,

si de su lengua mi opinión escapa:
mas la que al mundo asombra,
defenderá á su siervo con su sombra.
Canción pobre y confusa
pues que tu obligación á más repite,
podrás dar por excusa
(si excusa se te admite)
que cuando á pagar vienes,
no te obliga á dar más de lo que tienes.

Menor Capellán de V. S. que sus manos besa,
Don Joan Valladares de Valdelomar.



PRÓLOGO Y ARGUMENTO DESTE LIBRO



AMADO y devoto lector: dice el glorioso San Jerónimo, que la suma nobleza es ser uno illustre en virtudes. Y á este propósito afirma Sócrates filósofo, que la nobleza verdadera no se alcanza naciendo, sino viviendo. Y aunque uno sea de bajo linaje nacido, su mucha y esclarecida virtud será el jabón para quitar esta mancha, á lo menos acerca de los buenos y virtuosos. Pues junto con esta nobleza natural, que es en el siglo joya tan estimada y tan glorioso trofeo, según Platon, si se halla engastada en ella la finísima piedra de la virtud, que no consiste en la naturaleza del hombre, porque ésta es variable, sino en el servir á Dios y recebir dél favores, se esmaltase con el tercer grado esta joya, que es tener ventura, tres cosas son que raras veces suelen hallarse juntas en un sujeto. Pero porque, á mi parecer, en cierto modo han con. currido en un hijo de sus obras, de quien he sabido desde su nacimiento notables y maravillosos tran-

ces dignos de memoria, con justo y debido título le llamo aquí: *Caballero Venturoso*, segun se colegirá de su historia. Así á todo estado de personas, curiosos, viciosos y virtuosos, ofrezco aquí caballerías venturosas, aventuras maravillosas, casos prósperos y adversos, historia apetitosa, entretejida con sabrosos versos, donde los unos hallarán á su curiosidad empleo; á sus vicios los otros temor y enmienda ejemplar de su vida; y los buenos y virtuosos, aumento de devoción y compunción y hacimiento de gracias á un tan buen Dios.

Verás aquí, discreto lector, en este caballero, su audacia y peregrinación peleando con los trances de la variable fortuna, unas veces en levantados puestos y otras en espantosos sobresaltos; como la nave ligera que en las furibundas olas del mar, en la borrascosa vida, unas veces se levanta al cielo, y otras baja á esconderse al abismo de sus miserias, casi á un mismo tiempo. Y con particular estudio y deseo de aprovechar, me puse á considerar cómo podría abrir de par en par las puertas del relajado gusto de tantos vanos lectores, y que prestándome grata oreja los curiosos y amigos de saber cosas nuevas, entendiesen á vueltas lo que más les importa, y quitada la máscara de estos varios casos, conociesen el verdadero desengaño.

Hallarás, pues, que como autor, sacerdote y solitario, no te pongo aquí ficciones de la *Selva de aventuras*, no las batallas fingidas del *Caballero del*

Febo; no sátiras y cautelas del agradable *Pícaro;* no los amores de la pérfida *Celestina*, y sus embustes, tizones del infierno; ni menos las ridículas y disparatadas fisgas de *Don Quijote de la Mancha*, que mayor la deja en las almas de los que lo leen, con el perdimiento de tiempo; sino doctrina pura y sincera, casos verdaderos fielmente tratados, ajenos de artificio y doradura; mas con sola una simple y real relación vista con los ojos, sufrida con el pecho, sentida con el corazón, padecida con el ánimo, favorecida de Dios, y al fin escrita de mi mano para edificación y consuelo tuyo. Y pluguiese á Dios que esto no fuese, lo que tú no buscas, que libros de verdades pocos son gratos, por ser odiosos.

Y á los que no quisieren saber de caballero, ni de venturoso, por vivir villana y desventuradamente, moverles ha la natural inclinación que todos tienen de saber cosas varias y espantosas que hasta los más rústicos agradan. Que según Salomón, sabiduría quiere decir: sabor de todas las cosas. Hase de advertir que en todo este libro, en lo más principal, por ser vivas la mayor parte de las personas de quien se trata cuando se ha escrito, no se ponen nombres, ni de ciudades, ni lugares, de que se pueda venir en conocimiento, por justos respetos; lo cual conviene para poder hablar con más libertad. Recibe mi voluntad enderezada al servicio de Dios y aprovechamiento de las ánimas; que espero en la divina bondad que leyendo este *Caballero Venturo-*

so, sacarás de lo adverso ejemplo de paciencia y esperanza, y de lo próspero, motivo para alabar y servir mejor á un tan buen Dios, que á sus fieles no sólo los libra de tantos trabajos y calamidades (por quien doy título de *Venturoso*) mas también de los lazos del Diablo. Que nuestro buen Capitán y Señor siempre está puesto á la diestra del pobre para hacer salva su ánima y cuerpo de los que le persiguen. A quien sea dada gloria y alabanza-Amén.



PRIMERA PARTE
DEL
CAVALLERO VENTUROSO
Y DE SUS EXTRAÑAS AVENTURAS Y PRODIGIOSOS TRANCES ADVERSOS Y PRÓSPEROS; VERDADERA Y ADMIRABLE HISTORIA

POR

D. JOAN VALLADARES DE VALDELOMAR,

SOLITARIO, PRESBÍTERO CORDUBENSE

AVENTURA I.

De la patria y padres del Caballero Venturoso, y cómo salió della soldado para Italia, con los trabajos del camino.



LUTARCO dice que es muy loable en el mundo ser de linaje illustre y descender de buenos y nobles; porque cuando tienen mal principio los cimientos del linaje, nunca los hijos salen sin mácula. Es verdad que todos descendemos de Adán y Eva; pero aunque Caín y Abel eran hermanos y sus hijos, el uno fué escogido de bueno y el otro reproba-

do por malo. Isaac y Ismael fueron hijos de Abraham, y de Isaac, Jacob y Esau, y unos fueron virtuosos y otros viciosos. Por donde podemos decir que la verdadera nobleza, no sólo y totalmente consiste en descender de buenos padres, illustres y generosos (aunque es de tanta estima), sino en la virtud propria, la cual illustra al hombre. Y ésta es la que en todo el sagrado Texto leemos que Dios honra y engrandece; y tiene jurado que carne y sangre no le ha de entrar en el cielo, que es los que se precian de los godos y viven carnalmente. Así, considerando que ésta sola vale y permanece, digo que en el año de 1553, miércoles, á 29 de Agosto, entre las doce y la una de la noche, que comenzaba á entrar el día de la Degollación de S. Joan Baptista, nació en la ciudad de Sansueña este Caballero Venturoso, de nobles padres y medianamente ricos. Su padre fué Capitán de Caballos del Emperador Carlos V, llamado por nombres famosos: en la región Bética, el *Toreador;* y en Africa, *Cabeza de hierro,* por sus grandes fuerzas y ánimo valeroso, y era temido de toda la morisma. Fué uno de los Capitanes que en el año 1525 prendieron al Rey de Francia, y se le dió Real privilegio para añadir en el escudo de sus armas su brazo armado cortando una flor de lis. Hallándose en la de Túnez, guerras de Mazalquivir y Orán, volvió á su patria con mucha cantidad de esclavos y esclavas, que á todos hizo cristianos, y con algunas banderas de infieles.

Era tan gran jinete, que corría un caballo sin cincha ni pretal, y daba vuelta á la redonda con el cuerpo encima la silla, sin quitar el pie siniestro del estribo. Hacía parar en medio la carrera al caballo, sueltas las riendas, con sólo apretarle las piernas fuertemente en la barriga. Jugando á las cañas, mataba con la caña al que tardaba á cubrirse con la adaraga, y algunos certificaban que la hincaba en ella. Esperaba un toro encima un caballo, con sólo un puñal en la mano, y al arremeter, hurtándole el cuerpo, al mismo punto le hería con él en el celebro y caía muerto. Y si daba lanzada en fiesta pública, hería al toro con tanta fuerza, que clavaba con la lanza la cabeza en el suelo. Para mostrar su ligereza, no menos que sus fuerzas, delante del pueblo y muchos caballeros corrió algunas veces el caballo sin cincha ni pretal por cima de una pared muy alta que caía al río, de tres palmos de anchura, y se remataba en unos molinos, y parando allí el caballo, le hacía volver en dos pies en el aire hacia la parte del río, y así tornaba á deshacer la carrera con grande admiración del pueblo. Esto es notorio en aquella ciudad entre la mayor parte de los caballeros y gente popular. Pero si en otro lugar ó reino que no hay tales jinetes y caballos como en Sansueña les pareciera imposible, advierto que dijo Séneca: Lo mejor del mundo es Europa; lo mejor de Europa, España; lo mejor de España, la provincia Bética (dicha Andalucía), y lo mejor de la

Andalucía, Córdoba. Así digo yo: que los caballos de Sansueña son los mejores del mundo en hecho y fama, y este solo caballo en natural, ligereza y disciplina desde pequeño, salió mejor que todos los que hasta allí fueron. Y aunque su dueño era el más famoso hombre de á caballo de aquel tiempo, en ningún otro caballo se atreviera á hacer esta carrera. Era castaño claro, grande y grueso, cabeza pequeña, cuello corto y ancho, largo de crines, abierto de pecho y brazos, grandes ancas y cola negra llena y hasta el suelo, una estrella blanca en la frente, y encima la mano derecha y pie siniestro dos manchas de pelo blanco. De su natural manso y leal, que lo guiaba un niño, y en las ocasiones bravo, temerario, brioso, ligero, de buena boca, y tan gallardo en el paseo, que alzando con donaire las herraduras de las manos á la parte de fuera, volvía á pisar un solo dedo adelante de donde alzaba, durando de andar una hora sin parar, calle que otro paseaba en un momento.

Hacíanle tanta fama los demás caballeros de aquella ciudad á este Capitán *Toreador*, que un viudo anciano de los más nobles y ricos della, refiriendo muchas veces sobremesa á sus hijas doncellas estas y otras hazañas, la mayor, llamada doña Leonor, de buena edad, se fué enamorando tanto de sus hechos, y le escribió un papel significándole el deseo que tenía de que fuese su marido, cosa no menos nueva que extraña de doncella noble, á

hombre que no había conocido ni hablado, y que si pidiéndola á su padre se excusasen, que ella le esperaba la siguiente noche en tal ventana de su casa. Pidióla luego el Capitán á su padre por otro caballero, y habiendo puesto excusa que su hija era el mayorazgo de su casa por no haber hijo varón, y para que no se perdiese deseaba casarla con pariente, viendo que para esto la doncella ni algunos religiosos no podían persuadir á su padre, determinose ella de salirse con el Capitán, confiada en su valor y esfuerzo. Esperólo una noche obscura á una ventana del aposento en que dormía, que tenía una reja baja á la calle. Llegó él con dos valientes esclavos, y armado con lanza y adaraga, encima el caballo que hemos contado, reconocida la señora y visto el impedimento de la fuerte y gruesa reja, asió della con la mano y de un tirón la sacó de su lugar poniendo en las ancas del caballo la doncella. A este remor criados y criadas acudieron á las ventanas, y díjoles el Capitan: «La señora doña Leonor me hace merced de salir á desposarse conmigo, viendo que su padre se lo estorba; al cual y á todos sus parientes, que son muchos y muy valientes caballeros, dirán de mi parte, que en tal campo, un tiro de arcabuz de la ciudad, los espero lo que resta de la noche hasta mañana á un hora de día; y que conocerán por experiencia si ella gusta ser mi mujer, y sabré merecerla cuando los que salieren no me la quitaren.» Aún no era rompida el alba

cuando diez primos hermanos de la señora á caballo y muchos criados vienen al puesto; pone la señora tras de una mata y valos á recebir con su caballo, lanza y adaraga. Ellos de verse acometer, con más miedo que vergüenza se retiraron á la ciudad, remitiendo la venganza que faltó á sus fuerzas, al brazo de la justicia. Prohibió el Ordinario las amonestaciones y desposorios, metióse la dama en un monasterio, y el Capitán fuese á la Corte.

Por otros hechos famosos que por excusar prolijidad dejo, el Emperador mandó que compareciesen ante el Presidente de Granada el Capitán y la señora, y que si se querían el uno al otro, los casase; fué hecho asi, y acabadas las bodas le entregaron su mayorazgo de dos mil ducados de renta. Pero á pocos meses murió de parto de un hijo. Tenía asimismo tanta fuerza, que poniendo un pie á una rueda de molino de río, la detenía que no moliese.

El Caballero Venturoso fué del segundo matrimonio, también único hijo de doña Elvira, noble y virtuosa señora. En teniendo uso de razón se inclinó á cosas de Iglesia. Hacía oratorios, nacimientos, cofradías y imágenes, gastando en esto dineros y tiempo hasta los diez años. Luego comenzó á ejercitarse en las armas y caballos, en la pintura, talla, escultoría y música. Sabiendo ya leer avergonzábase de ir á la escuela para sólo escrebir; tomaba cartas

de buena letra, y sin maestro alguno, presto dió cuenta de sí con reglas de contador. De edad de diez años sintió en si una abundante vena de poesía, de modo que casi cuanto hablaba y escrebía eran razones medidas como verso, como (verbi gratia) si le llamaban, respondía: «Decidle que luego iré, porque estoy aquí ocupado», y otras veces con consonante: «Si me busca mi madre, digan que fuí con mi padre.» Empleado todo en estas cosas, tenía por tiempo perdido la caza, pesquería y juego de ningún género, salvo el del ajedrez, que le mostró su padre, que tenía fama de gran jugador.

Probó un día en un banquete el vino aguado, y fué menester llevarlo á su casa en un coche. Dióle su padre la medecina que solía, con unas riendas de caballo, y con sus fuerzas hizo en el mochacho tanta operación, que nunca más lo bebió, acordándose ser su nacimiento y nombre de San Joan Baptista.

Año de *1569*, estando el Capitán *Toreador*, tercero día de Pascua de Resurrección, confesado y comulgado el día primero, á la puerta de un monasterio de monjas, dando una limosna á un pobre, permitió nuestro Señor se cayese muerto de su estado siendo de sesenta y dos años, y que se aprestaba para ir á la guerra de Granada, aquel que las balas, saetas y lanzas con que fué tantas veces pasado no le mataron, ni la continua batalla de los enemigos.

A todas las cosas sucede la muerte importuna, la cual por mil modos arrebata á los hombres cuando menos piensan. A éste mata con fiebres, al otro con dolores; á unos consume con hambre, á otros con sed; unos ahoga con agua, otros con lazo al cuello. A quien mata con llamas, á quien traga con dientes de bestias fieras. A uno despedaza con hierro, á otro corrompe con ponzoña. Algunos les fuerza á salir el alma con súbito y repentino espanto. Y sobre todas estas miserias es la mayor que, como no tengamos cosa más cierta que nuestro último fin, cuando piensa uno que está seguro, es tragado de la muerte, y perece toda su esperanza, porque no sabe cuándo, adónde ni cómo ha de morir, teniendo por cierto que le conviene, y lo que es más de temer, una muerte supitánea que pone en peligro de la salvacion.

Era el mayorazgo (que mató su parto la primera mujer) ya mozo de treinta años, y á este tiempo estaba en servicio de un Marqués, diez leguas de Sansueña. Fué luego avisado y tuvieron el cuerpo en una caja cuatro días; venido, leyóse el testamento cerrado. Dados lutos, hecho solemne entierro y honras, el mayorazgo quedó con su hacienda y casas, y el Caballero y su madre se retiraron á otras con lo que les quedó, que fué mucho.

El Venturoso huérfano era de catorce años, y dióse luego al estudio de la Gramática, y estando al fin de la Retórica, vino en Sansueña un Capitán de

infantería española á hacer gente, y como se vió el caballero ya de diez y nueve años, deseoso de ver mundo y de ejercitarse en la milicia, trocó el manteo y bonete en espada, daga, galas y plumas, y dejando sola á su piadosa y lamentable madre, llevándose lo que más pudo de su hacienda, fuese con este Capitán á Italia, haciendo esta despedida de su patria:

OVILLEJO.

Sepan cuantos que me voy
de mi tierra y nacimiento,
porque tan confuso estoy
que huygo de mi contento.
Voime porque el sufrimiento
me fallece cada punto;
voime porque venga junto
tristeza con soledad;
voime, que mi calidad
no requiere tantos trajes;
voime, que trae recuajes
de cosas varias fortuna;
voime porque me importuna
la honra y me da fastío;
voime porque el dolor mío
crece y no está mitigado;
voime porque mi cuidado

huye de darme algún gusto,
y voime porque es muy justo
dar yo descanso á quien pena,
y voime á buscar la buena
ventura, que me fallece;
voime porque me parece
que muero viviendo aquí.
Voime porque ya por mí
se dirá: él se destierra;
voime, que quien tanto yerra
bueno es acertar en algo;
voime porque ya no valgo
lo que solía valer;
voime porque el no tener
me hace caer en mengua;
voime porque no habrá lengua
que pueda explicar mi mal;
voime, que es mi angustia tal
que nunca tuvo descuento.
Voime porque anda en el viento
lo que me ha de dar consuelo;
voime, que tan sólo un pelo
no tengo desta esperanza;
voime porque ya no alcanza
mi pasion al mal pasar;
voime porque el esperar
me dice: Que más no espere
voime porque lo que fuere
de hoy demás será mejor,

y voime porque es peor
esperar en los vivientes.
Voime porque mis parientes
no se precian de hablarme;
voime porque mas cansarme
no puedo, que ya he cansado.
Voime porque ya mi hado
me pone en caso terrible;
voime porque es imposible
conocer otros mi daño;
voime, que si yo me engaño
de mí mismo quejaré;
voime porque yo daré
nueva orden á mi vida.
Voime porque la perdida
pienso ahora de cobrar;
voime porque en mi lugar
no hay otro más afligido.
Voime, al fin, como aborrido,
perdido por mi locura;
voime á buscar mi ventura,
si el deseo no me engaña.
Voime, huyendo de España,
desventurado y odioso,
á hacerme en tierra extraña
Caballero Venturoso.

Marchó con su compañía la vuelta del puerto de Cartagena, bien ajeno de lo que en ella le espe-

raba, comiendo y holgando por sus alojamientos á costa de cuitados, rescatando boletas y cautivando la conciencia. Engordaba el Capitán á sus novillos para el matadero. Llegados al puerto dicho, hallaron en él al Príncipe D. Joan de Austria, que con armada de 30 galeras esperaba la nueva infantería para enviar á Orán y llevar á Italia. Partió de Cartagena el Caballero Venturoso con la felice y hermosísima armada, aunque puesto á la banda entre forzados, forzado también á lanzar del cuerpo lo que había comido, aunque no del alma. Hicieron su jornada en quince días, y víspera de San Joan Baptista, al Ave María, año de 1575, entró la Real armada en el puerto de Nápoles, con el recebimiento y salva siguiente: A cada forzado de las 30 galeras (que serían más de ocho mil) se le dió una gavilla de sarmientos toda embreada, que ardía más que cuatro hachas, y la llevaba encendida en la mano. Asimismo todos los soldados (queran más de veinte mil) los de galera y infantería, puestos en sus ballesteras, y los marineros en las arrumbadas, con su arcabuz cada uno, á la vista ya de las murallas, afrenillados los remos; al tiempo que la galera Real comenzó con una pieza de artillería á saludar la ciudad, á un mismo punto toda la infinidad de artillería de los castillos, torreones y baluartes, junto con todas las piezas de las galeras y arcabucería, dispararon, no una, sino muchas veces. Y en los espacios, mientras volvían á cargar, se oían, no sólo

de los muros de Nápoles, pero también de las galeras, fragatas y esquifes, que, como hormigas, andaban por el mar, músicas suavísimas de clarines, chirimías, cornetas y violones, trompetas, cajas y tambores, con infinidad de luminarias, girandolas y diversas invenciones de pólvora, que lo de menos eran cohetes. Aquí concurrió, en un mismo tiempo, celebración y regocijo de tres tan celebradas fiestas: noche de San Joan, recibimiento de Príncipe tan grande y amable, y de armada tan gruesa; que fué fiesta nunca vista en muchos años tan solemne. Acabadas las espesas tinieblas del humo, que serían dos horas de noche, con más claridad que si fuera de día, desembarcó el Príncipe, Títulos, Guzmanes y Capitanes. El Caballero (no tan venturoso como ellos), con harto dolor de su ánima, le dejaron por guarda de la popa de su galera, y con la pena de Tántalo estuvo á la vista (y casi 20 pasos) de tan famosa y insigne ciudad por muchos días, sin que á él ni á los demás dejasen desembarcar; y hubo soldados tan deseosos de ver, que desnudos, nadando, entraban á dar una vista al puerto, y aun fueron algunos que solo en carnes se quedaron allá, y no volvieron por ropa ni armas. Pasados muchos días fueron á desembarcar todas las compañías á la ciudad y puerto de Castil Lamar, cuatro leguas de allí. No se vieron águilas á la presa, galgos tras la caza, ni ciervos sedientos á las fuentes de las aguas, como al tiempo del desembarcar se arrojaban en los esquifes

y barquillas; que muchos tenían por menor mal caer en el agua que ser los postreros, que ya la mayor parte iban enfermos, desnudos, hambrientos y destrozados de tres meses de embarcación, siendo de los más bien librados nuestro Caballero, por más que venturoso tomara haber sido paje de alguno de los que quedaron en Nápoles. Saltada toda la infantería española en tierra, entráronse dentro della, alojándose á discreción (aunque sin ella) por sus lugares y tránsitos en toda la provincia de la Pulla; y á cabo de muchos días, que ya estaban refrescados y reparados, y muchos enfermos y muertos de comer de la abundancia y variedad de frutas de aquel Reino, cupo al Caballero y á su compañía ir á estar de presidio á la ciudad de Taranto, 80 leguas de Nápoles.

Esta ciudad es ya casi al fin de Italia, á la parte de Levante. Tiene por nombre y armas un animal llamado tarántola, poco mayor que una cigarra, que si pica en el campo de su distrito á hombre ó mujer, todo aquel día, hasta la media noche, no cesa de bailar con todo el cuerpo y miembros, y cada semana, tal día como aquél, todas veinticuatro horas; y este bailar dura mientra vive el animal que picó. Es de notar que cada uno destos picados, al tiempo que baila, descansa algún tanto para comer y otras necesidades, mientras le hacen algún son; pero ha de ser sólo con aquel que se inclina: unos se alivian oyendo laúd, otros tamborino, otro sonar

una caldera, algunos con palmadas ó golpes en las puertas; y por el consiguiente otros sones, prosiguiendo sólo aquel en que más sienten descanso. Tiene la ciudad algunos que los cazan, y paga un escudo por cada uno trayéndolo vivo; no pica jamás á españoles ni á forasteros; y luego que matan este animal, queda sana aquella persona á quien picó. Dicen haber sido este castigo de Dios, porque pasando un día el Santísimo Sacramento por delante un baile de unas bodas, no quisieron dejarle ni salir á adorarle; y no sólo bailaron todos los que allí se hallaron tal día como aquel toda su vida, pero que para memoria del castigo, dado sola á esta ciudad y su comarca, en ella, y no en otra parte del mundo, quiso Dios que nazcan estas tarántolas, y que por la mayor parte al tiempo de la siega y de las eras hacen sus picadas.

Dejemos al Venturoso en este marítimo y desventurado presidio curándose de unas calenturas de la larga embarcación, abundancia de frutas, de aguas frescas y delgadas, que como esté sano, volverá la fortuna á tocalle de agudo, que no vino de balde á deprender trabajos; y para alcanzar la verdadera ventura, por muchas tribulaciones le conviene entrar en el Reino de Dios.

AVENTURA II

De las adversidades que en su presidio sucedieron al Caballero Venturoso, y cómo volvió huyendo á Nápoles.



A razón por que cuando los hombres caen en otros pecados, decimos que fueron engañados, y cuando pecan en el de la lujuria, se dice que cayeron; y al mismo vicio llamamos *lapso* ó caída de la carne, debe de ser la causa, que como el más alto grado de la dignidad esencial del hombre, sea la razón natural, la cual del todo ahoga y sepulta este vicio, dejando por entonces al hombre hecho una bestia bruta con la fuerza del deleite, y del todo lo emborracha y empapa sus sentidos; por esto con gran razón se llama caída, pues derriba al hombre del trono de la dignidad racional en la bajeza de la naturaleza bestial. Echarse ha de ver esta verdad, en que estando el Caballero un día después de haber convalecido de sus fiebres, á la mesa de su Capitán, en la cual también comía una dama que se trajo de Nápoles, no menos hermosa que deshonesta, puso ésta los ojos en él, como otras veces, y rega-

lábalo con tanta nota, que de celos desto el Capitán, buscando otro achaque y calumnias, le mandó prender en una torre; á la cual la dama le enviaba recaudos y regalos, aunque el Venturoso no admitía nada, antes con palabras ásperas despedía los pajes.

En ésta, que fué la primera prisión de su vida, padeció muchos trabajos sin culpa. Aquí se conoce la bestialidad deste pecado, de quien dice San Gregorio: *Que la hija de la lujuria es la ceguedad del entendimiento;* pues por lo que el Capitán había de echar la manceba de su casa, porque lo desestimaba buscando á otro, echó en la cárcel al que le guardaba su honra, sin haber tenido en toda su vida, ni muchos años después, acto carnal. ¡Oh maldita lujuria! por ti es la paz destruída; por ti hecho el homicidio; por ti son quemadas las ciudades; por ti son los reinos y Reyes perdidos; por ti David es desterrado y apartado de Dios; por ti Salomón expelido; por ti Sansón muerto; por ti padece Loth, dejando su propria patria y perdiendo su mujer. ¡Oh lujuria! por ti son hechos casi todos los males. Desde esta injusta prisión, con un correo que la ciudad despachó á la Corte, envió el Caballero á su madre la carta que se sigue:

ENSALADA

Señora madre; si decir supiera
lo que sé padecer, dijera tanto,
que el verso ni la pluma no pudiera
escrebir ni cantar tan largo canto.
Pero como sois madre verdadera,
no os quiero dar materia de más llanto,
sino con pobre verso y corta pluma
decir mi largo mal en breve suma.
Ya sabéis que dejé, que no debiera,
vuestra hacienda, amor y documentos,
cortando en flor mi estudio en primavera,
y á vos, esa ciudad, y mis contentos;
siguiendo á vuestra costa una bandera
que una banda me ha sido de tormentos,
y dando vuelta á Bética y Vandalia,
comigo dió á la banda al fin de Italia.
De pueblo en pueblo, hasta Cartagena,
nos alojamos veinte y cuatro días,
pasando á discreción la vida buena,
donde embarcamos veinte compañías.
Con otras diez y seis que el Rey ordena,
que las lleven en naves y saetías
al presidio de Orán, donde sin oro,
quitarán el comer con lanza al moro.
Estuvimos embarcados
en Cartagena tres meses,

donde todos los soldados
estuvieron dos mil veces,
de hambre y sed fatigados,
con guarda en cada galera
porque no salga ninguno,
que el más firme desespera,
viendo en mal tan importuno
al Capitán siempre fuera.
Luego nos dieron ración
de mal bizcocho y pescado,
que el que no estaba enseñado,
de congoja y de pasión
no puede comer bocado.
A treinta días pasados
vino el Príncipe Don Joan;
todos alegres están,
y á los nuevos embarcados
vestidos y armas les dan.
Vestida la gente rota,
en fiestas y gallardías,
dan otros sesenta días
á torneos y á pelota,
con otras caballerías.
Don Joan de Austria en estas eras
se embarcó haciendo extremos,
y echando al viento banderas,
sulcan las ondas los remos
detrás dél treinta galeras.
Donde iba mi Compañía,

es galera capitana
de Milán, que la regía
Marcelo de Oria, y galana
que volaba y no corría.
Esta y otra su Patrona,
con la orden que llevamos,
mucho nos adelantamos,
hasta entrar en Barcelona,
donde al Príncipe esperamos.
Por tenerse tanta cuenta
de los soldados, van fieros,
con más hambre que dineros,
mucha comezón y afrenta,
sentados entre remeros;
que si no es en los azotes
cadena, remo y violencia
hacen poca diferencia
á los viles galeotes,
en lugar y en penitencia.
Y cada cual aborrido,
maldicen su suerte y sino,
y al que allí los ha traído,
á beber hediondo vino,
y á comer pege podrido;
entre la chusma infernal
cadenas y bataholas,
y con faena inmortal,
sufriendo golpes de olas
en un hediondo hospital.

Señora, no es de pensar
lo que se pasa en la guerra;
trabajo y peligro en tierra
y la fortuna en el mar,
donde la muerte se encierra.
De enfermedades extrañas
consume la guerra y gasta
vidas, haciendas y entrañas;
que sólo el nombre le basta
para conocer sus mañas.

El que vive en España á su contento
desea de ir á Italia por soldado;
mas si sintiese lo que yo acá siento
quisiera ser rompido y no soldado;
sintiendo un atambor, anda sin tiento
y á la guerra se sienta el levantado,
creyéndose el bisoño que allá pasa,
que hay más gusto y regalo que en su casa.
He notado una cosa peregrina:
que si un soldado va de Italia á España,
se vuelve á la milicia á que se inclina,
sin que se acuerde cuanto aflige y daña;
sin duda es permisión alta y divina,
que un libre busque sujeción extraña;
pero si escapo desta, sé de veras,
que tarde volveré á seguir banderas.

Escribe Fulgoso de Augusto César, Emperador de Roma, que habiéndole convidado á comer un

amigo suyo llamado Asinio Polion y estando asentado á la mesa, llegó corriendo á echársele á sus pies un esclavo del huéspede, viniendo otros tres siguiéndole. El Emperador le dijo: «¿Qué has hecho?» Respondió llorando: «Quebré por descuido un vaso de cristal, y mi señor me manda echar en un estanque que tiene aquí en casa, donde están unas grandes lampreas, para ser comido dellas, como suele hacer con los esclavos que le enojan. Levantóse el Emperador de la mesa, y tomando de la mano al Polion, fué á una alacena en que tenía muchos vasos de cristal y quebróselos todos». Y antes que saliese de casa, mandó terraplenar el estanque, dejando enterradas las lampreas. Quejándosele dello el huésped, de que le hacía agravio, dijo: «Antes por hacerte bien, siendo mi amigo, quiero quitarte la ocasión de que te enojes y encolerices, por donde vienes á hacer tales crueldades, que son más de fiera que de hombre».

Plutarco escribe de Cotis, Rey de Trasia, que presentándole un su amigo ciertos vasos de vidro muy ricos y curiosos, conociendo de sí que era airado, recibiólos y gratificólos; mas luego los hizo pedazos, por quitar la ocasión, si algún criado los quebraba, de airarse demasiadamente y hacer alguna crueldad.

Y aunque dice un filósofo que la ocasión en la guerra antes suele ayudar que dañar, el Emperador y Rey de gloria, que para otras guerras mayo-

res no sólo ejercitaba su Caballero, pero lo guardaba, dióle á entender con esta injusta prisión, que huyese la ocasión de la malicia del Capitán y de su nueva milicia. Verdad es que según San Augustín, el arte militar no es delito, si no se comete pecado en los sacos y robos que por la guerra se ofrecen. Pero valiéndose nuestro soldado del filósofo Vegetio, que dice: «En ninguna cosa será firme, ni felice, ni laudable la república en la cual abundan soldados», alzó los ojos al cielo, que era en monte de donde de ordinario le venía el auxilio, y pidiéndolo con lágrimas cordiales, el piadoso Señor, que socorre al tiempo de la mayor necesidad al que lo llama, y oye la voz del inocente en lo abscondido de sus tempestades, adonde le probaba con el agua de las contradiciones, ordenó que á veinte días de prisión vinieron los pagadores á socorrer la infantería con tres pagas de nueve que debían, y sacaron al Caballero Venturoso para la muestra que se hace un día antes. Y como todos los Cabos de escuadra y soldados eran naturales de su Patria, y consideraron que la sin justicia del Capitán daba indicios de pasar adelante, concertaron todos de un acuerdo que al punto que le diesen sus pagas, le diesen un rocín, como lo hicieron, echándolo por la puerta de la guardia, y así escapó desta desaventura, aunque otra le espera presto; que no le ha de faltar guerra, aunque más huiga della.

Veinte años tenía de edad, y poco más de uno

había militado el Caballero, cuando salió huyendo de su presidio de Taranto y prisión, con más miedo que vergüenza. De quien se puede creer que quisiera en aquella ocasión llevar, no rocín, que caminaba poco, sino uno de los grifos en que dicen que anduvo el Infante Don Pedro las siete partidas del mundo. Y era tanto el temor que llevaba, que cualquier árbol ó mata que se movía le parecía soldado que venía tras dél.

Muchas veces no es vicio sino virtud el temor, como lo da á entender San Augustín por estas palabras: «Seguirse hía la maldad, culpa y pecado en el que desea pecar, si no temiese haber pena y castigo por ello».

Como ya era después de vísperas, como fuera de camino había tomado su fuga, emboscóse á la parte del Norte, habiendo de ir á Poniente, y al escurecer dió consigo de repente en una masería ó casa de campo dos leguas y media de Taranto; fingió ir con cartas al Virrey de Nápoles de parte de los pagadores, y haber perdido el camino; hospedáronle muy bien los caseros aquella noche, no acordándose de la poca devoción que suelen tener en Italia á la Infantería Española, pero á la voluntad divina todo se allana. Quiso pagar el hospedaje y no quisieron nada; partió antes del día, mostrándole el camino, que estaba más de una legua.

Huía siempre del camino real, por no encontrar caminantes que diesen noticia á los que buscarlo

pudiesen. Andadas dos jornadas, entró una noche á posar en una venta fuera del camino; levantándose á la mañana, queriendo pagar al ventero, halló menos la bolsa con todo su caudal, que su mala fortuna (por darle menos cuidado y peso) le quitó, aunque más le pesó que le faltase á tan mal tiempo. Comenzó á pedir su bolsa á venteros y criados con mansedumbre y con bravezas, llegando el ruido y alboroto á tanto, que quiso echar la venta por las ventanas. Pero como estas cosas nunca se toman para volver luego, sino fiadas hasta el día del Juicio, casi sin él se partió el desventurado Caballero andante, llevando á las ancas de su caballo al tercero voto de las religiones mendicantes. Con el cual le fué fuerza que sesenta leguas que le quedaban de camino, casi doblarlas, por ir buscando lugares que tuviesen Infantería Española alojada, que lo iban manteniendo y socorriendo. Entretúvose algunos días en aquella regaladísima provincia de la Pulla con capitanes, alférez y soldados conocidos, aunque nadie, por venir sin licencia, le convidó con plaza.

El gozo deste mundo es pena, y segun dice Séneca, de diversa suerte son los tormentos de esta nuestra vida; no hay suerte buena ó mala que en breve no sea consumida.

Llegó el Caballero á Nápoles la gentil, y algunos días gozó y vido en ella lo que se pudo ver de sus grandezas, siendo hospedado y socorrido de un Re-

gente de vicaría deudo suyo, que después del Visorrey mandaba toda la tierra. Aquí se le ofrecieron honradas plazas si pasaba adelante en la militar vida; pero más cansado de la guerra que prático en ella, de todo su corazón contrito y arrepentido, restituyó el arte militar á su dueño y partió camino de Roma á descargarse por una general confesión de la confusión de toda su juventud, por que no le aconteciese lo que á un pecador, que siendo amonestado muchas veces que se confesase, y él respondía cuando se lo decían: que harto tiempo tenía; y como cayese en una enfermedad, llegósele el tiempo de la muerte y comenzó á dar espantosas voces, diciendo: «¡Ay penitencia! ¡Ay penitencia! cuando te pude hacer no quise; ahora que quiero no me dan espacio», y así mezquinamente acabó su vida.



AVENTURA III

De cómo entró en Roma el Caballero, lo que en ella le sucedió y por todo el camino hasta volver á España.



L trabajo, dijo un sabio, es padre de la fama. ¿Quién hizo tan famoso á Hércoles, sino aquellos doce trabajos que dél se cuentan? ¿Quién hizo á Alejandro, á Cipión, á César y á Pompeyo tan illustres, sino sus grandes trabajos de la guerra? Y pues la vida del hombre lo es mientras viviere, no espera menos la del Venturoso Caballero, por haber con ella escapado de tantas desventuras y trabajos; los cuales llevados con paciencia, no sólo illustran y dan fama eterna, pero glorifican perdurablemente. A 28 de Marzo de 1576, siendo de edad de veinte años, entró en Roma, habiendo venido las 50 leguas por tierra, á pie, con otros italianos disfrazado, porque en la mitad del, en Nola y Gaeta, por tierra y mar hay guardas que prenden y castigan malamente á los soldados que se vuelven de Italia, que de otra suerte no quedara ninguno; y así, como italiano, que sabía ya la lengua, pasó á sus aventuras, que no fué esta pequeña. Fué luego inmediatamen-

te á la iglesia de San Pedro; hizo oración, visitó los siete altares y confesó generalmente sus pecados, que más cargado iba dellos que de dineros. Hospedóse los primeros días en el Hospital de Santiago de los Españoles, y cenó las tres noches que acostumbran y durmió algunos días. Y llegó su desventura á tanto, que con haber de ordinario en Roma diez mil españoles avecindados, sin los peregrinos, dispensantes y pasajeros que entran y salen cada día, no hallaba persona que le conociese ni ayudase. Como allí no se pueden traer armas, tenía dado á guardar en una hostería la espada y daga, y sin ser avestruz, en pocos días se las comió, y como gentilhombre de la boca, andaba en cuerpo, visitando los hospitales con mucha devoción, no haciendo en esto obras pías, sino recibiéndolas.

Llegó aquí su peregrinación á tanta pobreza, que por tener vergüenza los primeros días, le fué forzado comer los tronchos de las coles arrojados en la calle, y dormir en los poyos de los portales de las casas. No duró mucho esta adversidad, que después destas tinieblas amaneció la luz. Porque los tránsitos de nuestra mísera vida, suceden los prósperos á los adversos, como los días á las noches. Estando una mañana el pobre Caballero tomando limosna de las que suele dar el Papa cuando ha de salir fuera (que es medio real de plata á cada pobre), le conoció un camarero secreto suyo, natural de Sansueña, llevólo á su casa, y poniéndolo en buen há-

bito, lo hizo entrar por paje del Comendador mayor que al presente era Embajador de España. En cuyo puesto, estimulado de la necesidad, no mudó con los honores las costumbres (como dice el proverbio), pero creció en la compasión, haciendo cuanto bien pudo á pobres peregrinos y descarriados. Porque el pedir son dos cosas: necesidad de parte del que pide, y sobra en el á quien se pide; por donde el que pide merece que se le dé lo que demanda, pues confiesa su necesidad y la sobra en el á quien pide, de que se le sigue honra. Demás de que el Espíritu Santo por boca de Salomón nos avisa: «Quien cerrare su oreja á la voz del pobre, cuando él llamará ó pedirá, no será oído». Y en esta ocasión, como bien acuchillado el Venturoso, aumentaba de ración á los que le prestaron escudilla para tomar la sopa de los monasterios.

Aquí tuvo tiempo de deprender en menos de un año el arte de platero de oro, de un gran oficial que había en casa, y del mismo el concertar relojes; dándole licencia el mayordomo, excusándolo entre los demás pajes, que no había pocos, porque ya el dibujo lo tenía desde su niñez, como se ha dicho. Entrando un día en San Pedro y visitando los siete altares, llegando al del Crucifijo le dió un vehemente deseo de ser religioso, y allí hizo voto de ser descalzo de San Francisco. Pues por que no se levantase de puntos con esta prosperidad impensada y no creyese haber calmado el viento contra

rio de sus desaventuras, á quien el filósofo llama Fortuna buena cuando alguna cosa nos sucede bien, y Fortuna mala cuando algo nos sucede mal (y San Agustín afirma ser necesaria al hombre sabio la Fortuna, que son estos altos y bajos), en aquellos días habían robado una bajilla de un Cardenal, y hacíanse diligencias por la justicia. Iba en esta ocasión el Caballero por una calle con una fuente de plata blanca, sin escudo de armas, que era del mayordomo y la llevaba á un batizo, y encontraron con él un barrachel y seis esbirros, ministros de justicia; y entendiendo que aquella fuente ó plato era de la bajilla hurtada, sin escucharle palabra se la quitaron, y maniatándolo en medio de todos lo llevaron á la prisión de aquel barrio (que por ser tan grande Roma, en cada uno hay una prisión, juez y ministros) y como allí se usa, quitándole á la puerta de la prisión dineros, papeles y cuantas cosas de precio lleva consigo, fuera del vestido, para las costas, lo metieron en Secreta, que es unos aposentos debajo la tierra oscuros y apartados de ser vistos ni oídos ni aun de los otros presos, sin que le aprovechase decir que era paje del Embajador de España. Era este día domingo de Carnestolendas, y todos tres días por una pequeña lumbrera que salía á la calle, oía el desventurado preso que se hundía Roma de fiestas, máscaras, danzas, músicas y juegos, y él en contrapunto llorando decía estos versos:

CANCIÓN

Sea bendito, Dios, tu santo nombre
para siempre jamás en cielo y tierra,
que atribulas por bien contino al hombre,
y adonde busco paz, hallo más guerra;
porque, cual Caballero, no me asombre
de las miserias que la vida encierra,
un infortunio á otro me destierra,
y me fuerza que vaya
á ti, porque no caya
para que tú Señor me favorezcas
y en bien me lo recrezcas.
Señor, preso me tienes y humillado,
por ladrón reputado,
en medio de mis honras y regalos,
que soy encino y doy el fructo á palos.
¡Oh Padre muy amado, justo y pío,
mírame en tantas fiestas todo lleno
de angustias grandes, pero en ti confío!
Porque bien sé que si me aflijo y peno,
es por que se dé gloria en nombre mío
al tuyo inmenso, sacrosanto y bueno.
Yo estoy pisado como polvo y cieno,
mas tu guerra no huyo,
que soy soldado tuyo;
líbrame ahora de esta afrenta y miedo
pues sin ti nada puedo,

y eres el protector de la inocencia;
dame esfuerzo y paciencia,
que si me ayudas en cualquier extremo,
aunque más me atribulen, menos temo.
Entre aquestas prisiones que padezco,
¿qué diré Señor mío y dulce amparo?
(puesto que mayor mal que esto merezco)
sino que tu querer prudente y raro
se cumpla en mí, y ahora á ti me ofrezco
con sufrimiento flaco y sin reparo.
Pero tu auxilio me es patente y claro,
que como á potro en Roma
me ejercita y me doma
para correr después grandes carreras
en cosas más de veras.
Y en tierna edad, si con aqueste ensayo
ahora no desmayo,
como probado en penas y dolores,
podránseme fiar cosas mayores.
No permitas, mi Dios, caiga del todo
en la impaciencia, ni que sea rendido
del mundo, carne y el infierno todo.
Y pues que siempre me has favorecido,
hazlo ahora también del mismo modo,
como Padre, tutor y bien cumplido;
misericordia gran Señor te pido
para tu Caballero
y esclavo prisionero,
que si le sacas siempre victorioso,

llamarse ha Venturoso,
cuya victoria y verdadera holganza
de ti sólo se alcanza,
y tu gracia y favor es la ventura,
sin lo cual es desgracia y desventura.

Miércoles de la ceniza, después de misa, sentóse el juez en su tribunal y sacaron al Caballero con los demás presos nuevos á visita, y certificado de la inocencia y verdad del caso, le mandó volver luego la fuente y cuanto le habían tomado, y libre y sin costas soltarle. Y reprendiendo al barrache[1] asperamente, le pidieron perdón del notable agravio; mas como el preso ya estaba más para perdonar que para vengar injurias, hízolo así. Vuelto á su casa, que ya se habían hecho juicios sobre su honra y ausencia, contado el caso y tratando de quejarse al Gobernador para que castigase los inconsiderados ministros, alcanzó el Caballero por ruegos no se tratase más dello.

Proveyeron luego al Embajador por Virrey de Nápoles, y aunque la dignidad mayor prometía más prosperidad al Caballero, hízole Dios tan venturoso, que de su naturaleza no se le dió nada de las grandezas del mundo, que ya se le comenzaba á traslucir de cuán poco provecho son, como dice San Gregorio: Los amadores del siglo andan por las ferias dél, y unos buscan riquezas, otros honra y otros gloria. Mas ¿qué diré de las riquezas? Con

trabajo se buscan, con temor se poseen y con dolor se dejan. ¿Pues qué se dirá de las honras? El que está puesto en alto lugar, ¿por ventura no es juzgado y despedazado de todos?

Así pidió licencia al Embajador, con mucha admiración de los demás, y volvióse á España; porque servir á Dios es reinar, pero á otros señores temporales, es padecer sin mérito.

En compañía de otro caballero dispensante de su tierra, dentro una faluca se embarcaron en el río Tíber, de Roma, y llegaron en salvamento á Génova, en la cual estuvieron muchos días esperando embarcación de galeras. En aquel tiempo estaba la ciudad discorde con España, y aun entre sí, los mayores con los menores; carísima en el sustento, y más odiosa y indignada contra españoles. Gastábase el dinero y sufríanse oprobios y injurias, y aún la vida corría notable riesgo entre los enemigos. Aquí fué necesario que el Caballero Venturoso se aprovechase de sus habilidades, que ya sabía muchos artes liberales y mecánicos en el año y medio que estuvo en Roma. Llegóse á un platero de oro y pidió qué trabajar, y diéronselo por piezas á partir la mitad de la hechura con el maestro, y en una surtija esmaltada y con piedra ganó un escudo en dos días, y á razón en otras piezas, y en abrir sellos de armas, tuvo bastantemente dineros para sustentarse y pagar la costa de la posada dél y del compañero por más de cuarenta días.

Trujo Dios á este instante las dos galeras, el *Aguila negra* y su patrona de Marcelo de Oria, en las que hemos referido atrás que pasó de España, y volvían á la misma Cartagena por dineros, y aunque había dificultad de pasaje, por ir cargadas de muchos pasajeros y títulos graves, el Caballero se embarcó á 29 de Mayo 1577, á la Ave María. A seis días de navegación, yendo en el Golfo de León en un proviso, se vido escurecer el cielo con espesísimas nubes, truenos y relámpagos, bramando el mar con una furiosa y tempestuosa borrasca. Los marineros, asidos á las jarcias, acudía cada uno diligente á su faena. Los capitanes y patrones echaban cajas y baúles al mar, y encerrando en las obscuras y estrechas cámaras á los afligidos y temerosos pasajeros, de quienes se oían voces lamentables, confesando algunos sus pecados en público, porque la tempestad y golpes de mar amenazaban cierta perdición. Unos hacían votos y promesas á Dios y á sus santos de ser religioso, de hacer decir misas, de enmienda de vida, de ayunos, penitencias, limosnas. Y lo que más admira y es digno de compasión, que esta música desacordada y lamentable era ocasión á los patrones, comitres, sotacomitres, pilotos y marineros á que contrapunteasen con sus acostumbradas blasfemias, maldiciones y juramentos. Veíase allí los efectos contrarios que el sol hace, que con un mismo calor endurece al barro y ablanda á la cera, no por de-

feto del sol, sino por condición contraria de la cera con el barro. Así al sol de la divina justicia, con un mismo castigo, unos se ablandaban y otros se endurecían. Cerca era ya de media noche; afrenillados y destrozados los remos, con sólo los trinquetes, corrían por alta mar su fortuna las dos galeras. En este tiempo, en medio de la tempestad de golpes de mar y agua del cielo, con tinieblas palpables, apagados los fogones y fanales, se vido encima de la entena una luz muy resplandeciente, patente y manifiesta al Caballero (que no quiso entrar debajo de cubierta por morir á vista del cielo) y á todos los marineros, que luego, conmovidos, gritaban: ¡San Telmo, misericordia! ¡Misericordia, señor San Telmo! El Caballero, con su rosario en la mano y muchas reliquias, hacía á Dios actos de contrición, y interiormente pedía continuase con él las misericordias que solía. Los que navegan el mar (dice el sabio) contarán sus peligros, y los que no lo saben, oyéndolo se admiran. Y en otro lugar dice: «Ponen los hombres á riesgo sus vidas y almas de perderse encima un dedo de tabla navegando el mar». Fué luego poco á poco cesando la lluvia, la noche aclarando, el mar sosegando y el día amaneciendo, cuando á esta sazón gritaba un grumete desde la entena: ¡Tierra, tierra!, que por entonces más que cielo se deseaba. Esta tierra que se descubría era el puerto y ciudad de Cartagena en España, que en aquella noche, haciendo la fortuna

el mal que pudo, lo convirtió el Señor en bien favorable; y sin que las galeras se perdiesen ni apartasen mucho trecho una de otra, caminaron ciento y cincuenta millas, que son cincuenta leguas. Y en tanto que se repararon las galeras que iban al trinquete, comía la chusma, traían las bombas, ponían al sol las velas y ropa mojada, lavaban las llorosas y macilentas caras los resucitados pasajeros, y se comenzaban todos á aprestar su ropa y vestir sus galas, el Venturoso sacó su tintero, que no era menester echarle agua, y en su libro de memorias, en hacimiento de gracias, puso este

SONETO

Gracias á Dios que lo que más importa
nos da, y tras de lo amargo la dulzura;
tras gran desgracia, otra mayor ventura,
y tras fortuna, al puerto nos aporta.
La vida es breve, momentánea y corta,
y el galardón eterno en el altura
al que servir á Dios siempre procura
y en los trabajos sufre y se conorta.
Proprio es de Dios sacar bienes de males,
libertad del peligro, honra de inopia,
volviendo en alegría una gran pena.
Son sus misericordias tan reales,

que lo que el mundo llama Cartagena
ahora me lo da por tierra propia.

En el primer esquife que de su galera fué al puerto, saltó el Caballero más que venturoso y entró en una posada, á donde será razón descanse hasta la otra aventura.



AVENTURA IV

De cómo el Caballero entró en su Patria; el alegría de su madre y deudos; volvió al estudio y enfermó.



UCHO aprovechó al hijo pródigo el haber salido de su casa á regiones extrañas, porque aunque disipó su patrimonio y vivió viciosamente, la experiencia del trabajo, hambre y miserias, le abrieron los ojos que la culpa le había cerrado, para que, conocido el mal, como había hecho al bien, lo desease y volviese á buscarlo por la falta que le hacía. Así hizo el Caballero, que á los seis días de posada se volvió á embarcar en otra nave más segura, que fué un carro, y de Cartagena á Sansueña, que hay setenta leguas, tardó diez días. Bien se podrá creer que los trabajos y peregrinaciones de mar y tierra le traían al soldado algo rompido en el hábito militar, y él se ayudaba más á romper sus carnes, estimulado de una menuda y deleitosa sarna, la cual le comía más que tenía de renta, y le costaba el regalalla gotas de sangre.

Y cubierto con la capa de pecadores (que es la noche), entró por las puertas de su casa, y cogiendo á su madre de sobresalto, y sin saber nuevas dél, se le echó á sus pies, y la venerable vieja, con lá-

grimas de placer, le echó los brazos al cuello, y la cara con la suya, le tuvo apretado gran rato, que al fin era hijo único y della amado tiernamente y comprado á oraciones y lágrimas. Dióse traza de curarlo y vestirlo en traje honrado, que pareciese traerlo de Italia, y hasta ser sano y vestido no se publicó su venida.

Manifestóse á la ciudad un día de fiesta muy galán y emplumado; visitáronle sus deudos y amigos; hacíanse ruedas dellos en las calles, oyéndole contar hazañas de Italia y Roma. «Matamos en tal escaramuza tantos enemigos: y decía entre sí (de los que pican en la carne). En tal jornada hecimos y acontecimos.» Y había algunos que decían: «¡Oh, galán vestido! ¡No hay estos damascos, telillas ni guarniciones por acá!» Otro replicaba: «¡Pues la hechura, tan cortesana y bizarra, luego la sabrán hacer españoles!» Añadía otro: «Por esto sólo los caballeros habíamos de ir á Italia.» Y nuestro Venturoso respondía á todo esto: «Este vestidillo, con otro de camino, hice en Nápoles, y me están en muy poco, porque allá la seda hay tanta que es muy barata. Esta espada y daga compré en Milán, y estas plumas en Génova». Todo lo cual alababan los papamoscas con mucho afecto, siendo comprado y hecho, como dicho es, entre ellos mismos.

Aquí sucedió una aventura notable y milagrosa, que hará temblar las carnes á los pecadores que escandalizan y muestran pecados á los inocentes,

que ser como heresiarcas y maestros de la maldad, no suele Dios guardar el castigo para la otra vida. Que si al justo y bueno castiga, ¿cuánto más hará al malvado pecador?

Tenía su madre del Caballero alquilados unos aposentos de su casa á una viuda, la cual tenía un hijo estudiante de la misma edad del Caballero, y tratábanse con familiaridad. Este era vicioso, y viendo que nuestro Señor había conservado al Venturoso en su tierra y en las ajenas de vicios y pecados, trabajó cuanto pudo este mal estudiante por hacerlo condicípulo en ellos y dicípulo suyo, que era gran maestro, y así pudo tanto, que le mostró un vicio (que aunque muy común) malo y casi incurable. Era verano, y sin esperar Dios muchos días, quiso mostrar su justicia en esta manera: volviendo el estudiante á reincidir en que el Caballero le acompañase en aquel vicio, como lo hizo, fuéronse juntos á nadar al río una tarde, y dentro el agua, dió voces el estudiante que le aguardase á salir, que había perdido de todo punto la vista de los ojos; y el Caballero, admirado y temeroso, porque luego cayó en la cuenta, le ayudó á vestir y él se vistió de priesa, y al estudiante, que amargamente lloraba, lo llevó de la mano y lo entregó á su madre, la cual luego entonó sus acostumbradas y mujeriles exclamaciones con irremediables gritos, pues dellos no se saca otro remedio que añadir dolor á dolor. Gastó la mayor parte de su hacienda

en remedios y médicos, como si fuera enfermedad; pero como era castigo, y los ojos no tenían nube, paño, catarata ni mengua alguna que pudiera ser conocida, sino tan claros y serenos como antes, nada aprovechó, y como la piadosa madre lo tenía para la Iglesia, hizo que le mostrasen á tañer monacordio, y siendo organista de una parroquia, se casó y tuvo muchos hijos.

Dice el sabio: «Si pecaste, no estés sin temor; porque el castigo viene cuando menos se piensa». Para que no quedase el dicípulo sin premio de haber consentido y aprendido aquel vicio, estando el Caballero regalado de su madre ejercitándose en deprender á danzar, tañer todos instrumentos, esgremir, y en otros honestos y virtuosos ejercicios, Astrología, Fisionomía Natural y otros artes liberales, hecha su casa academia de poetas, seminario de ciencias y honrado entretenimiento de caballeros mozos, sin hacer desorden, cayó de unas continuas y pésimas fiebres que suelen llamar modorra, porque en sus crecimientos adormecen al enfermo y hacen que desvaríe. Y llegó tan al cabo desta enfermedad, que recibió los Sacramentos y el de la Extremaunción.

Muy necesarias son y de gran fructo las enfermedades para destruir los deseos superfluos del cuerpo. Así, por esto, podemos padecer sus trabajos; de manera que si la enfermedad nos corta lo superfluo de nuestros hechos y pensamientos, bien

será que la deseemos y demos por ella gracias al Señor.

Fué cosa de maravillar que todos los crecimientos que la calentura era más furiosa, el Venturoso, en lugar de desvariar, hacía sus quejas y exclamaciones en repentinos y varia suerte de versos, que, si tuvieran cuenta de buscar personas que con la priesa que los decía los fuera escribiendo, no fueran de poco número y estima, entre los cuales sólo se pudo escrebir y guardar este

SONETO

Hacen en mí dos leyes repugnancia:
la ley de carne, torpe, vil, villana,
contra la ley del alma soberana,
que la oprime y consume su sustancia.
Una es esclava y busca su ganancia,
por ser su inclinación viciosa y vana,
y otra es señora eterna, limpia y sana,
que Dios es su salud y su abundancia.
Siendo esto así, mi cuerpo es mi enemigo,
y estando sano hace gran violencia,
tiranizando al alma á errar consigo.
La enfermedad lo enfrena, si hay paciencia;
y pues si enfermo hay más virtud conmigo,
virtud se perfecciona en la dolencia.

Convalecido y sano el Venturoso de esta enfermedad, volvióse al colegio de la Compañía de Jesús á proseguir su estudio. Y en las vacaciones y ratos que sobraban, un famoso pintor venía á mostrarle poner las colores en las figuras, que ya de pequeño sabía dibujar. Y asimismo otro le enseñaba á labrar de cera figuras y de alabastro, madera y estuco, que es yeso y papel mojado, bordar de oro y seda, cortar y coser toda suerte de vestidos, y de toda calcetería y jubetería, relojes de arena y de agua, cuadrantes de sol y luna y encuadernar libros. Y si pareciere al letor imposible haber tiempo en lo que sobra del estudio para tantos artes, ni en una vida entera de cien años, digo que dió nuestro Señor al Venturoso tanto entendimiento, que las cosas que en otros fueran menester años para saberlas, en él bastaban días; y en oficios mecánicos y de agricoltura, bastábale una sola vista. Y para mayor honra y gloria de Dios, le hizo casi general en todas las cosas.

Golpes fueron y aldabadas á las puertas de los corazones de todos los amigos del Caballero, la ceguedad del estudiante y esta peligrosa enfermedad, y muchos dellos hicieron como suele una manada de tordos que escarban en una era, oyendo un alcabuzazo que hirió alguno: levántanse todos volando de temor, pero de allí á un poco se vuelven al mismo lugar; que la juventud de los mozos no puede ser sabia, como dice Aristóteles, porque la pruden-

cia requiere experiencia y ésta la muestra el tiempo. Pero cuando Dios quiere apretar la mano de su justicia castigando á unos, enmienda á otros. En estos días aconteció en Sansueña este juicio de Dios espantoso y tremendo. Había en la ciudad un pobre mozo, remendón de zapatos, pero rico en virtud y gran maestro en la caridad y vida ejemplar. Tenía una mujer moza y liviana, y aunque la reprendía y amenazaba con el castigo que Dios suele dar á los adúlteros, ella hacía burla del marido, de su buena vida y santas amonestaciones. Así, para castigo della y ejemplo de otros, la desventurada mujer concertóse una mañana de ir á ofender á Dios con otro pobre vagabundo, y saliendo tras él al campo un tiro de piedra de la muralla, metiéronse en una casilla pequeña de piedra muy antigua que justamente cabían los dos. Y estando en el suelo della cometiendo el adulterio, mandó Dios á su mismo pecado que les castigue, y luego se cayó la casa encima dellos, enterrando en vida allí sus adúlteros cuerpos, y al mismo instante enviando sus almas al profundo del infierno. Y para que fuese notorio á todos, así á la justicia como á los delincuentes, ordenó su Majestad Divina que destos dos castigados quedasen descubiertas las cuatro piernas de la rodilla abajo y las de ella desnudas, del modo que estaban pecando. Por lo cual luego fueron vistos, y concurrió la mayor parte de la ciudad á ver este espectáculo, y quitando la tierra de

encima, y visto claramente en el abominable estado que los cogió la muerte, fueron conocidos, y volvieron de allí muchos temerosos y atónitos de los castigos del cielo.

Puesto el Caballero á considerar estos tres casos sucedidos en poco tiempo: ceguedad, enfermedad suya, y la desastrada muerte destos miserables, abrió los ojos del alma enmendando su vida de algunas aficiones no muy seguras, que ya al olor de la miel de sus habilidades acudían moscas, y sacudiéndolas él con el favor divino, hizo esta

LETRA AJENA

En mi alma el desengaño
tan grande escarmiento ha hecho,
que huygo de mi provecho
con el miedo de mi daño.

GLOSA PROPIA

Estoy tan amedrentado
de lo que [he] visto y sufrido
que cual bien escarmentado
no quiero andar pervertido
en servicio del pecado,
pues Dios con ajeno daño

me avisa de un mal tamaño
que escarmiente y tenga grima,
por que con esto se emprima
en mi alma el desengaño.
Basten los vicios pasados
y los peligros tan fieros,
que no serán los postreros;
pues de los escarmentados
suelen salir los arteros;
y este corazón contrecho
que me revienta en el pecho,
tocándole Dios la mano,
cuanto ha sido de liviano,
tan grande escarmiento ha hecho.
Si por los vanos contentos
pierdo el bien incomparable,
mi culpa es inexcusable,
pues sé que á eternos tormentos
va el pecador miserable.
Por lo cual, si Dios me ha hecho
desta verdad satisfecho
con experiencia y recelo,
no quiero que vea el cielo
que huygo de mi provecho.
Y cuando el amor filial,
cargado de beneficios,
falte en buenos ejercicios,
basta el afrenta y el mal
que resulta de los vicios.

Amor servil es extraño,
pero huyendo el engaño
del pecado y su veneno,
á lo menos seré bueno
con el miedo de mi daño.

Y para que se conozca cuán ocultos son á todo entendimiento humano los secretos juicios de Dios, habiendo visto por cuán diferentes modos corrige á los unos y castiga á los otros; á uno ciega, otro enferma y á otros mata y condena, se podrá hacer lo que San Gregorio aconseja: «Tanto deben venerarse con humildad los juicios de Dios, cuanta obscuridad traen consigo». Así será esta aventura toda ejemplar, acabando con otro modo más suave que tiene el Señor en convertir pecadores.

Un estudiante en Bolonia vivía muy viciosamente, y tan disoluto que no tenía más que el nombre de cristiano. Una noche, por particular inspiración de Dios, soñó que venía tras dél en un campo un torbellino de agua, truenos, relámpagos y rayos del cielo, que veía caer ya cerca dél. Comenzó á correr, á repararse en un castillo fuerte que á la vista se le ofreció en aquel campo, el cual tenía tres puertas muy grandes cerradas; llamó á la primera muy apriesa y fuéle respondido: «Aquí dentro está la justicia y ella es la portera desta puerta, y no puede entrar por aquí sino el que fuere justo». Pasó á la otra puerta temblando, y cuando golpeó á ella,

dijo una voz: «Esta es la puerta de la paz, y quien no vive bien, no tiene paz, ni yo le abro. Pero porque soy amiga della, estotra puerta guarda una hermana mía que es la Misericordia; llama allí y aunque más pecador seas, te abrirá». Y el estudiante lo hizo así y escapó del gran peligro en que estaba. Y cuando á la mañana dispertó, enmendó su vida y vivió bien de allí adelante.

La adversidad, según un grave Doctor, es una contrariedad espiritual que fortifica su contrario, y es como piedra de amolar hierro, y acíbar que desteta á los niños y les hace aborrecer los pechos de su madre. Es el yunque que ensancha y extiende, según el Profeta dice: «Señor, en la tribulación me habéis dilatado ó ensanchado». La adversidad es una lima que pule y quita el orín y clarifica. Es una fragua en que el oro se purifica, para que resplandezca y diga: «Señor, si así se ha de pasar la vida, entraráse la podredumbre en mis huesos».



AVENTURA V

De cómo volvió á la guerra el Caballero, y se perdió con el Rey de Portogal en Africa, y fué rescatado.



L ánima del mozo, según Aristóteles, es como una tabla rasa, en quien no hay algo pintado, pero está acta para pintarse. Así cualquier cosa mala ó buena que primeramente recibe en sí el mochacho, á aquella es siempre inclinado, como en un vaso nuevo que del bálsamo, ó buen olor, ó de otro malo que primero recibe, jamás lo pierde. Así, estando el Venturoso Caballero en su casa hecha un deleitoso jardín de habilidades, salud del alma, regalo de entendimiento, archivo de virtudes, empleo del tiempo y edificación de toda la república, el demonio que no gustaba de tan loables empleos en gente moza, ordenó una trampa de las que suele para deshacer todo esto, y fué ésta. Hacíase entonces gente de secreto para socorrer con cuatro compañías de Sansueña al Rey de Portogal, que pasaba en Africa. Hicieron Capitán y Maestro de campo de los castellanos á un mozo gran caballero, vecino y amigo del Venturoso, y persuadióle apretadamente que le acompañase en tal jornada, porque aunque no tenía sino año y medio de milicia, el

que habían hecho Maestro de campo podía ser su dicípuelo, porque no había salido de casa ni militado.

Del modo que uno que sabe danzar en oyendo tocar el instrumento le bullen ó saltan los pies, poco hubo menester para trocar otra vez el bonete en sombrero de color con plumas, la sotana en coleto abotonado y el vademécum en espada y daga plateados. Vendió çensos y empeñó casas y juntó tanto dinero como si fuera á bodas, y al partir de su patria hizo estas

LIRAS

¡Oh Fortuna inconstante,
que por dos veces me has interrompido
el estudio importante,
trayéndome perdido,
cual Caballero andante y desvalido!
Sin que estorbarlo pueda
mi experiencia, saber, ingenio y arte,
que mueve esa tu rueda
el furibundo Marte,
retroçando á Mercurio á mala parte.
Aqueste es mi Planeta,
Tauro y Acuario mis dos signos varios
que por su línea recta
siempre me son contrarios

en los prósperos casos necesarios.
Pero el libre albedrío
y el uso de razón, doma y enfrena
con maña y poderío
la inclinación no buena,
aunque suele costar trabajo y pena.
Y aunque el hora primera
predominó Mercurio el nacimiento,
Dios de su sacra sfera
me docto en cumplimiento
de un general saber y entendimiento.
En Zodiaco estable
tuvo Mercurio puesto en lugar bueno
á Saturno agradable,
y aunque es del bien ajeno,
dejóme en poesía y años lleno.
Mas no pueden quitarme
Mercurio ni Saturno con sus signos
el bien que suelen darme
los auxilios divinos,
que son á cualquier ánima continos.
Que los de gracia exceden
á los dones que llaman de natura,
y más valen y pueden,
por ser más que ventura,
uniendo á su Criador la criatura;
ciego, mudo y llorando,
desnudo, sucio y pobre he yo nacido,
y me ha ido Dios dando

más que yo le he pedido,
sin haber tantos bienes merecido.
Otra vez á la guerra
me lleva Dios, ó mi importuna estrella,
madre, hacienda y tierra
dejo, que quizá en ella
me salvaré ó trairé algun fructo della.
Adiós patria, adiós madre,
que me voy vagabundo sin consejo,
como mozo sin padre,
tras un Rey no más viejo,
á dejar nuestras vidas ó el pellejo.
Aparejad tesoros
para pagar obsequias ó el rescate,
que contra cien mil moros
vamos á dar combate,
poniendo fama eterna á un disparate.

Llegó el Venturoso con su amigo el Capitán y Mastre de campo á la ciudad de Lisboa, y estaba ya el Rey con todo su ejército embarcado; fueron los dos á su galera real á besarle las manos, y recibiólos muy familiarmente, mostrando mucho gusto y agrado de su venida. Diéronles luego tres pagas adelantadas en cruzados de oro; compraron guitarras para hacer bailar la zambra á los turcos, y embarcáronse las cuatro compañías de castellanos, que ya los portogueses como á moros los acuchillaban cada día. Y por andar ya estampada esta dolo-

rosa historia, no trataré aquí más que sucintamente lo que conviene á nuestro Venturoso.

Partió el Rey con sus cuatro galeras y muchas naves y saetias en que iba toda su armada, y llegaron á la ciudad y puerto de Cádiz en Castilla, frontera de Africa. Fué allí el Rey muy festejado del Duque de Medina Sidonia, con doce toros y juego de cañas de los famosos jinetes de Jerez de la Frontera. Pasaron otro día la vuelta de Ceuta y Tánjar el desventurado ejército, con muchas prodigiosas señales de su perdición: en el cielo con cometas y en la tierra con estorbos, de tal manera, que aun el Caballero tuvo bastante ocasión para quedarse, que un criado le robó toda su ropa, y le daban licencia para seguirlo, que por lo menos le convidaba el cielo próspera aventura de vestirse y librarse. Y por dos veces que la armada partió de Cádiz, el viento contrario, ó por mejor decir, favorable, la volvió á la playa, y la segunda vez, con mucha tempestad, la hizo volver de la mitad del camino.

A tanto llega la divina misericordia en avisar á los hombres por muchas vías de los peligros advenideros, que dice Plinio: «Que dos horas antes que se caiga una casa, se salen della todas las sabandijas y ratones, como que avisan á los moradores que hagan lo mismo». Pero hay algunos, como dice un Profeta, que no quieren oir la voz y aviso de su Dios y señor y castígalos sin remedio. Mas aquí levaba el ejército dolor de cabeza. Desembarcó el

Caballero con cuarenta mil hombres del armada, sin otro gran número de mujeres y mochachos, en los puertos de Ceuta y Tánjar, y diéronles armas. Hallaron allí esperando á Muley Hamete Jarife, el Rey despojado de Marruecos, con sus alcaides, que serían entre ellos y sus amigos quinientos, que el de Portogal iba en favor deste á restituirlo en el reino que le había quitado su hermano menor. Partió al campo la tierra adentro, buscando al Rey. Llegados á una puente grande que se llama de Alcázar, puesta sobre el río Dulce (que amargo fué para tantos), vieron en ella dos torres fuertes con piezas, una á la entrada y otra á la salida, en la cual esperaban dos mil turcos de á caballo. A la vista della armó luego el campo portogués sus tiendas; reparóse la infantería, que venía maltratada de caminar á pie por secos arenales con las armas á cuestas, muertos de hambre, sed y terrible calor. Tomóse luego acuerdo si se pasaría la puente á fuerza de armas. Dieron su parecer en el consejo de guerra, que atormentasen á una espía que traían preso, y hecho, dijo haber en aquel río un vado una legua más abajo. Pasaron este vado, yendo todo el campo la vuelta de la ciudad de Alcazarquivir, donde está Muley Maluco, Rey tirano de Marruecos, y una legua andada de aquel vado y legua y media de Alcázar.

Domingo á 28 de Julio del año 1578, y la edad del Caballero de veintitrés, se representó el campo

del enemigo con poco menos de cien mil turcos y moros con alárabes. Entre tanto que el de los christianos se metía en orden de pelear, dos mil turcos de á caballo, con otros tantos escopeteros á las ancas á más correr, rompieron la vanguarda de dos mil tudescos piqueros, y entrando hasta el cuerpo de guardia y apeándose los arcabuceros y trabando su sanguinolenta batalla; entre tanto, los demás moros tuvieron lugar de ganar á los cristianos 24 piezas de artillería grandes que aún no se habían disparado.

En suma; duró esta guerra campal seis horas, desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. Viendo el Mastre de campo de ventureros que ya iban de vencida, dijo al Caballero, que junto á él estaba, que tomase un caballo de los que andaban sueltos en el campo y se retirase á la retaguardia á poner en cobro las tres pagas, que dijimos, de todo el tercio de castellanos, que aún no hubo tiempo de repartirse. Y al punto que el Caballero subió en un caballo para poner en ejecución el orden dado, vino una saeta desmandada, y por encima de la gola, debajo la oreja izquierda, le hirió en el cuello, y quiso Dios que aunque fué penetrante, escapó della.

Corriendo apriesa caballo y sangre, llegó al bagaje y subió en un carro de la ropa y moneda de su Mastre de campo, que bien guardado estaba de algunas concubinas de capitanes desalmados, que ya

el pagamento de sus vicios se acercaba, adonde miserablemente acabaron sus vidas sin remedio de rescate. Dos cirugianas déstas, las más bien acuchilladas, sacaron la saeta del Venturoso, turquesca, que hasta entonces la de Cupido no le había acertado. y con sus tocas de balante y panizuelos le curaron lo mejor que se pudo.

Vino luego la nueva de la victoria del enemigo y muerte de los tres Reyes: Maluco, su hermano Hamete y el rey D. Sebastián, y la de su Mastre de campo. Rompió el Caballero el arca donde estaban las pagas, y quiso huir con los escudos y joyas de su Mastre de campo en el caballo, sin saber adonde, porque el vado ya estaba guardado de la mitad de los turcos, que dijimos, de la puente y los mil quedaron de guarnición en ella; y estando en esta confusión, acompañado de llantos y gemidos de infinidad de mujeres y mochachos, vino el tropel de enemigos; saquearon el carro con los demás, y desnudando al Caballero hasta dejarle en camisa y calzones de lienzo, le ataron las manos, y puesto en hilera con otros cautivos lo llevaron á Tetuán Y hízole mucho daño el haberle hallado con tanto dinero, joyas y vestidos de precio, que si no fuera el reconocerlo tan herido y como desafuciado de la vida, corría peligro en pedirle grande rescate.

Del despojo desta guerra y de las mujeres, mochachos y soldados sanos y enfermos, se hicieron luego tres partes: la primera y principal, para el

Gran Turco, de quien eran tributarios y había enviado veinte mil de socorro; la segunda parte, para el nuevo Rey de Marruecos, que sucedió luego, y la tercera, para los capitanes y soldados turcos, moros y alárabes. Habían ya desnudado multitud de christianos y moros muertos, que no quedó vivo ningún tudesco, y para excusar la peste, hicieron grandes fosas en que echaron todos los cuerpos, sin muchos que se ahogaron en el río cuando volvían huyendo.

Otro día, después de cautivo, fué sacado el Caballero con otros muchos á una plaza en que había más de quinientos castellanos, portogueses y italianos. Y puestos en hileras, andaba un turco grave en un caballo con una vara larga en la mano, y al que le parecía bien tocábale con ella en la cabeza, y luego le cogían sus ministros para llevar al Gran Señor á Costantinopla, y los que por esta vía fueron, nunca se rescataron ni volvieron á tierra de christianos. Y más de cien mozas hermosas y mochachos fueron escogidos para esto este día.

Es muy propio de Dios el sacar de los males bienes, y socorrer á sus fieles al tiempo de la mayor necesidad, que si El no mete entonces su piadosa mano, no hay aventura ni ventura que valga. De modo que el mal que tenía en tal ocasión el desventurado Caballero, herido, flaco y desangrado, le hizo bien, pues lo desecharon por ruin. Y el mismo día fué vendido á un judío por treinta pie-

zas ó reales de á ocho. El cual, en lugar de regalallo y curallo, para sacar el rescate grande, para cuyo fin lo compró, con el odio y aborrecimiento que tienen á Christo y á sus christianos, lo trataba peor que á un perro, matándole de hambre y haciéndole andar con una cadena al pie, majando esparto; y á puesta de sol, le metía en una mazmorra, como un pozo de dos estados, cubierta la boca con una puerta, dándole á comer bizcocho hecho de centeno y mijo. Así pasaba su esclavitud, amarga al cuerpo y muy dulce el alma, porque el pan consustancial della le doblaba el Señor con sus interiores consuelos dándole á meditar, las noches que allí le encerraban á dormir como perro encima de una poca de paja, cuán mayor y mortal esclavitud es la del ánima en pecado mortal apartada de la gracia de Dios. En cuyo infame cautiverio son puestos cada día por el demonio los míseros y ciegos pecadores, y no lo conocen ni sienten.

Algunas noches que el Caballero en la mazmorra, á modo de maitines, clamaba á nuestro verdadero Padre y piadoso Redemptor de cautivos, decía así: «No me anegue, Señor, la tempestad de las aguas de mis tribulaciones, ni me trague el profundo de mi miseria; y ya que se cierra la boca deste pozo cada noche sobre mí, no se cierre el de mis culpas para no ser oído y socorrido». Solía venir, como el cuervo de Elías, una mochacha hija de su amo, y, compadecida dél, abría la puerta ó cubier-

ta del baño de la media noche abajo, y diciéndole palabras en hebreo, al parecer amorosas, y lo que más importaba, arrojábale dátiles y manteca fresca de vacas, comida ordinaria de aquella tierra, lo cual solía curarle de las heridas del cuerpo interiores y exteriores. Mucho deseó el Caballero esclavo cazar esta cuerva en esta obscura aventura para hacella paloma por el baptismo; pero como sus visitas y amores eran noturnos y no se entendían en las lenguas unos á otros, no fué posible.

En seis meses que estuvo en cautiverio, en los ratos que podía hurtar de tiempo y fiestas judaicas que le dejaban holgar, compuso en octavas toda aquella desastrada batalla, y se perdió el libro. Escribió asimismo en su esclavitud, el siguiente

PSALMO DE PROFUNDIS Á LA LETRA

QUINTILLAS

De un profundo cautiverio
llamo á ti de noche y día,
oye, Señor, la voz mía,
y mi angustia y vituperio
socorra tu mano pía.
Si tú guardas mis maldades,
mis vicios y vanidades
para condemnarme á muerte,

Señor, ¿quién se tendrá fuerte
entre tantas tempestades?
  Sólo aquel que te es propicio
y guarda tu ley sagrada,
tendrá la fuerza doblada
para dar en tu servicio
su vida bien empleada.
  Sustenta, Señor, del todo
mi alma, que está en el lodo
de la inopia dentro y fuera,
pues ella sólo en ti espera
de cualquiera suerte y modo.
  Puesto siempre en centinela
á prima y tercia en mi torre,
mientras que la noche corre
espera en tu luz mi vela,
aunque el contrario la borre.
  Mas, Señor universal,
tu misericordia es tal
y tan sin comparación,
que en ti está la redempción
y el remedio de mi mal.
  Tú redemiste á Israel,
que son tus hijos amados,
y perdonas los pecados
de cualquier alma fiel
que pone en ti sus cuidados.
  Dame, Dios, descanso eterno,
que en una sombra de infierno

mi alma está temerosa,
y en luz perpetua y gloriosa
me ponga tu amor paterno.

Dióle licencia el amo al Caballero para que escribiese á su madre pidiendo quinientos ducados de rescate por estar ya sano, que no quiso soltar ninguno. Hízose así por vía de Melilla, y antes que se cumpliesen los siete meses de su esclavitud, vino allí un religioso de la Orden de la Santísima Trinidad, que trujo, entre otros rescates, el del Venturoso, empleado en bonetes de grana largos turquescos, que se hacen en Sansueña, que costaron de portes y derechos otros sesenta escudos, y fué llevado, con otros muchos, á su amada patria, sin que por el camino sucediese cosa notable, que todas le esperan en su casa.

AVENTURA VI

Entra el Caballero Venturoso en su patria y casa; préndele la justicia, y libre, trata casamiento por amores.



ODAS las cosas que se hacen (dijo un sabio) son sujetas á mil casos de fortuna. Y San Agustín afirma que Dios acostumbra mezclarnos en las prosperidades terrenas amarguras, para que busquemos la felicidad, cuya dulcedumbre no es engañosa. Que si con todas las miserias que se padecen viviendo, hay tantos amadores de la vida y se estima en tan alto precio que está interpretado en el mundo saludándose unos á otros, decirse: «Mil años de vida dé Dios á v. m,» bien la conocen los que esto dicen; y los que la desean al cabo están del conocimiento de sus plagas, y de la razón por que la Santa Iglesia la llama: *Valle de lágrimas, cárcel y destierro de los hijos de Adam.* Al que no mira esto con antojos de corta vista, eche de ver en lo que se padece viviendo; pero ya sé que no se ve esta verdad con ojos de carne, sino de espíritu, y á puras heridas de tribulaciones, engarzadas unas tras de otras, como cuentas, para que no se pierda la cuenta que debemos tener en trabajar de dar buena cuenta para merecer ir á aquella eternidad

de vida, donde todo es gloria. Aquí tenemos un ejemplo vivo.

¿Quién duda que entrado ya el Venturoso en su tierra, y recebido de su madre, parientes y amigos con la ternura de placer y contento que considerar se puede, viéndose ya libre de la mísera sujeción de un judío, abatido y escarnecido aun de los infieles moros, vuelto á vestir y regalar de todos los suyos, honrado y estimado de todos, no pensase entre sí que ya la rueda de su variable fortuna había parado, siquiera un poco, mientras cobraba fuerzas para volver á la pelea? Mas no fué así; porque con él iba corriendo á rienda suelta en sus peregrinas aventuras, y por que no se alzase de puntos con sus dones naturales, tirábanle cada momento del harapo.

Bien pocos días había que el Caballero se desnudó el albornoz blanco de lana y marroquíes viejos y puéstose en buen hábito, cuando fué llamado por la justicia de Sansueña, ante quien se le había puesto demanda de dos mulas de alquiler que llevó hasta Lisboa en aquella jornada; que habiéndolas él entregado á un hombre, que dejó dadas fianzas en la ciudad de volverlas á sus dueños, con otras muchas, había dicho á su dueño que se le quedaron muertas en medio del camino, y que por ser una venta no había traído testimonio auténtico. Más de ciento y cincuenta escudos montaba lo que se le pedía del valor y alquileres hasta aquel

día. Y aunque es verdad que el mozo estaba obligado á pagarlas, pues no constaba de ser muertas sino por su dicho, como era pobre y afianzado de los mismos alquiladores, esperaron al Caballero, que á él aguardaban mayores desventuras.

Fuéle dada la casa por cárcel, y andando el pleito, por cien ducados, por vía de concierto, se acabó; que no es mala ayuda de costa para otros mil ducados que se habían gastado en la jornada entre el rescate y vestidos; por esto se dijo: *En bien vengas mal, si vienes solo.*

Estando el Caballero Venturoso una tarde en un mirador de su casa, de donde se descubría la mayor parte de la ciudad, gozando del fresco solo, tocando una vigüela, que en estas dos cosas pareció á David: en la música y en el peligro de mirar por miradores, como hizo la vista de Bersabé, hiciéronle señas de otro mirador con un pañizuelo, y esto no sola una vez, sino todas las que allí se ponía. Parecía en los lejos de la casa ser de persona noble; envió el Caballero un pajecillo á la calle que conjeturó corresponder con la casa de aquel terrado, y allá no se durmieron en las pajas, como dicen, porque ardían como estopa, y tenían ya una mochacha de diez años puesta siempre á la puerta para recebir y dar recaudos al que viniese de parte del Caballero, aunque tampoco conocían á él ni á la calle donde caía su casa. Pero el alcahuete del demonio era tan solícito, que presto lo puso todo

en plática, si alguna figura había levantado con la especulativa y experiencia de astrología de la merced que Dios había de hacer al Caballero y á la señora. Como el paje anduviese buscando su aventura por aquella calle, llamólo la dicha criada mochacha, y díjole: «¿Sois vos criado de aquel caballero que está en un terrado cada tarde tañendo?» Respondió: «Sí. ¿Y es esta casa donde le hacen señas? porque vengo á saber quién vive aquí, y quién son aquellas damas que se entretienen en cada día con mi señor». «Lo mismo quiero yo saber de vos», replicó la doncellita. Y allí dijeron el uno al otro las calidades y cantidades de sus amos. Que la casa era de una señora viuda de las principales y ricas de la ciudad, y la que hacía las señas su hija doña Mayorinda, doncella de trece años, de grande entendimiento, letras y virtud, heredera de un mayorazgo de dos mil ducados de renta de su padre.

Pasaron adelante los recaudos de una parte á otra en prosa y verso, que se pudiera hacer un libro mayor que éste, si fueran cosas decentes al presente estado. Concertaron de hablarse una noche para verse y conocerse y tratar casamiento, según era la intención del Venturoso, que, por la misericordia de Nuestro Señor, tan doncel se estaba él entonces como ella. Y para que esto se efectuase, envióle el Caballero, entre otros muchos versos, éste, que en las primeras letras y renglones dice su nombre, en esta

CANCIÓN

Murióse el sol mirando cara á cara
A otro sol mayor, resplandeciente,
Y ordenado en natura más perfecta;
Obedeció una luz á otra más rara,
Rindióse un ser illustre á un excelente,
Inclita imagen sólo á Dios sujeta.
Niña es ésta bellísima y discreta,
Doctada en perfeción y en gran riqueza,
Adonde está mi estrella y feliz suerte,
La vida ó dulce muerte;
Aparecida mina á mi pobreza,
Libertad de un cautivo
Inclinado á nobleza y á belleza
Notablemente; y este loor altivo
Doy, como Venturoso Caballero,
A quien nombran las letras que aquí infiero.

Mucho gusto dió á la discreta Mayorinda ver su nombre injerto, con sus alabanzas, en esta canción, y aunque había mucha dificultad en poder hablar con el Caballero, su mucha prudencia y amor la allanó en esta manera. Pongo aquí esta circunstancia para que se vea á lo que se atreve una mujer cuando de veras quiere. En esta casa se decía misa cada día en un oratorio, y se vivía con mucho encerramiento. Mayorinda dormía en la misma cama de su madre, á su lado, y casi toda la noche razo-

naba con ella, porque era fresca la muerte de su padre. Habiendo ya prometido de hablar al Venturoso por una reja muy alta que de la calle entraba por ella claridad á un portal, compró él muchos clavos largos, y pasada la media noche, fuése debajo la ventana con cuatro amigos respetados de la justicia, y dos á una entrada de la calle armados, y dos á la otra, los puso de guarda, y el Caballero con un criado, por la pared de la ventana, fué hincando los clavos de trecho á trecho, y subiendo en uno, y asiéndose del más alto hincando los demás, llegó á la ventana, debajo la cual ya su Mayorinda esperaba con una criada, que le puso unos escabeles, uno encima de otro, y le ayudó á subir á la ventana, que sería poco más de dos estados de alto por la calle y por de dentro. Cuando fué arriba y le dió la luna en la cara, tuvo el Caballero allí con propriedad el nombre de Venturoso; y muy más, cuando ella le contó en el peligro que allí estaba por su amor y gozar de verlo. Preguntándole él «¿cómo?» Dijo ella: «Una doncella esclava mía, de mi edad y cuerpo, puesta en camisa, la he dejado acostada en mi lugar al lado de mi madre, por que si despertase no me eche menos, estando avisada que hablando con ella se hiciesse dormida y no respondiese».

Estuvieron poco más de un hora hablando conceptos amorosos, con toda la crianza, recato y honestidad posible, y bajóse Mayorinda primero, y

luego el Venturoso, yendo quitando tras de sí los clavos, habiendo hincado más los de la voluntad de su amada en su corazón. De donde resultó que, como testigo de vista, le envió otro día estos dos

SONETOS

El divino pintor de tierra y cielo,
queriéndose illustrar sobre natura
en vos mi alma hecha á su figura,
tan raro ser os dió, que espantó al suelo.
Y para dar al mundo más consuelo,
dió al Venturoso en vos tal aventura,
que al peso del valor y hermosura,
es de no mereceros el recelo.
Norte del cielo y rutilante aurora,
Mayorinda más linda que establece
soberana virtud quel bien decora;
Perla que más que el oro resplandece,
do mi esperanza y honra se atesora,
y á quien mi loor no alcanza al que merece:
Cual Icaro perece
mi metro si se atreve á ser volante,
donde no alcanzarán las de diamante.

OTRO

Un oro crespo al aire desordena
por un sereno y claro firmamento,
cumbre de aquellas luces, que á un momento
dan gozo al triste y al alegre pena.
El sabeo espirar que dulce suena
por perlas y rubíes, cuyo aliento
con olor de medido apartamiento
la primer gloria á la segunda ordena.
No hay mayor gloria humana que gozaros,
ni mayor gozo viendo esa alma linda,
que suba á mayor grado al que os merece.
La mayor desventura es no alcanzaros
por señora y esposa, Mayorinda,
que á un Venturoso mayor bien se ofrece.
Mayor pena padece
mi corazón, que nunca tuvo amores,
y con vos se alzará ahora á mayores.

Con estos dos sonetos envió el Caballero á su señora dos pasteles grandes, el uno de muchas conservas y confituras, y el otro de cosas vivas, cubiertos de hojaldrado con azúcar encima. Y como Mayorinda y sus criadas del secreto abrieron el de los animales, salieron luego volando un pájaro jilguero, un verdón, un chamariz, una bisbita, un gorrión, una cobujada, una ardilla, un conejito, una paloma, dos ranas, una anguilla, y un perdigón

cillo, todos con sus versos asidos al cuello, al propósito, á modo de hierolíficos, que se aplicaban sus condiciones naturales á los proes y contras de sus deseos. Y fué admirable pensamiento; porque el sobresalto que dieron á la dama y criadas los repentinos vuelos de las aves cuando les quitaron la cubierta del pastel que los tenía reclusos, y los saltos y corridas al mismo punto de los animalillos; unos volaban por el techo de la sala; otros corrían á esconderse debajo las sillas y cofres, haciendo ruido con cascabelicos de plata al cuello. Quedáronse un rato todas suspensas, y luego se levantaron, unas á coger las aves que volateaban y otras á tomar los animales, que corrían á una y á otra parte. A la pobre anguilla y ranas, como á cosa mala, ninguna echaba la mano; cuya fiesta fué de mucha risa y regocijo á la dama. Y porque no hay fiesta cumplida al cuerpo humano sin comer, abrieron el segundo pastel de colaciones y dulces, con que consumaron su fiesta merendando, que todas eran gente moza, que á todo tiempo tienen el molino picado.

Escribió luego Mayorinda al Venturoso que la pidiese á su madre, porque ya pasaba de tres años que los dos tiernamente se trataban y amaban, y ya ella tenía diez y seis, y que si por ser de tan tierna edad, y no ser mayorazgo ni tan rico el Caballero, se dilatase ó no quisiesen madre ni deudos, que lo tratase con su confesor, que lo era

de madre y hija (que cada fiesta y domingo se comulgaban, y el Caballero, á su imitación, hacía lo mismo), y si tampoco esto aprovechase, se saldría con él una noche, y que en una villa de señorío, una jornada de la ciudad, donde tenía parientes el Caballero, con una amonestación se desposarían, y después se cobraría por justicia el mayorazgo que á ella le tocaba. Hízose así, y la madre y deudos dieron las excusas ya consideradas y temidas de los amantes. Porque según sus grandes partes de Mayorinda conocidas, pocos en la ciudad ni en el reino la merecían, aunque fuesen personas de título. Consoló luego al Caballero la prudente doncella, con prometerle de nuevo que una noche juntaría dineros y joyas de mucho valor, suyas, y tendría las llaves de las puertas, y le esperaría á la ventana, y que viniese con un caballo y cuatro criados bien armados, y en las ancas la llevaría al pueblo ya tratado. Y como hombre pone y Dios dispone, esto se iba dilatando, ó (por mejor decir) Su Divina Majestad guardaba estos dos árboles nuevos para dar fruto en estado más perfecto.

Dice el apóstol: «Si te casas, bien haces; pero si no te casares, mejor harás». El tiempo de nuestra vida es breve, y los que tienen mujeres han de vivir como si no las tuviesen. Porque el casado aflígele el cuidado de las cosas del mundo, y cómo ha de contentar á su mujer, y está distraído ó diviso. Y la doncella no tiene otros pensamientos sino en su

señor Dios, y así es santa en el cuerpo y en el espíritu. Las dilaciones de poner en efecto su deseo hicieron al aficionado Caballero enviar á su señora esta exclamación:

¡AY, PENSAMIENTOS MÍOS EN LA CALLE!

GLOSA

Pensamientos, á fe de caballero
que me habéis ofendido en engañarme,
y que estoy tan medroso en lo que espero,
que el mismo amor no puede consolarme.
Ando de día y noche al retortero,
sin consejo que baste aquïetarme,
porque me habéis dejado de mal talle
¡Ay, pensamientos míos en la calle!

¡Ay! que pensaba yo tener ventura
mayor, con Mayorinda desposado,
cuyo saber, nobleza y hermosura
no merecen la suerte de mi estado;
mas resultóme desta gran locura
tan infelice pena y triste enfado,
que no sé si lo diga ó si lo calle:
¡Ay, pensamientos míos en la calle!

¡Oh, quien nunca os creyera, pensamientos,
para que no pasara un mal terrible,
que venís por encima de los vientos
á prometer por fácil lo imposible,

y en medio un paraíso de contentos
lo trocáis en infierno aborrecible,
y mejor fuera si pudiera hallalle!
¡Ay, pensamientos míos en la calle!

Tiranizóme un sátiro tirano,
y como es ciego, pretendió cegarme,
afrentado de ver que cuerpo humano
se escape dél, y procuró engañarme.
Hame traído mucho tiempo en vano,
y flor ni fructo no ha querido darme;
pero si más me aprieta, he de arrojalle
con vanos pensamientos en la calle.

Mis pensamientos de volar tan alto
siendo de tierra, pretender un cielo,
no es maravilla que se yerre el salto,
y que os quedéis colgados en un pelo;
mas si ha de ser mi vida un sobresalto,
con plumas y palabras por consuelo,
no quiero que de hoy más nadie me halle
con pensamientos míos en la calle.

Mucho atribularon á la amante señora y tierna doncella las quejas de su caballero, porque le amaba con fineza de voluntad conyugal, sin género de pensamiento vicioso. Y afligíase de ver que, como niña y sujeta á sus mayores, no era en su mano el darle gusto, y temía, como honrada, ponerse en peligro, que sería tan grande escándalo en toda la ciudad, que con la mayor parte de sus Caballeros

estaba aparentada. La pasión amorosa, y la cudicia de la honra y hacienda, sacudían del Venturoso la merced que Dios le hacía en estorbarle sus deseos; y muchas veces meditaba (no sin inspiraciones divinas) cuán quieta es la vida continente, en la cual no inquietan los celos de la mujer, no da cuidado el sustento de la familia, ni conturba las travesuras de los hijos, ni la limpia castidad pierde su flor, la puridad pare su fructo, y la buena conciencia produce su olor.

Los sabios tuvieron por dura cosa escoger mujer: porque, si es fea, fácilmente se aborrece, y si es hermosa, difícilmente se guarda; que esta ley entre la hermosura del cuerpo y castidad del alma, casi tienen perpetua contienda. Casarse con mujer hermosa es engaño notable, porque se hace el marido viñadero y guarda de lo que muchos desean hurtar; y como no hay peor cosa que contentar que la mujer linda y bella, ha de hacer cuenta el hombre que se casó con la muerte. Que la hermosura de la mujer en los extraños pone deseo, en los vecinos sospecha, en los mayores fuerza, en los menores invidia, en los parientes infamia, y en la misma persona peligro. Es asimismo un señuelo de vagabundos, un despertador de livianos, de todo lo cual resulta que de los deseos ajenos depende la fama propia.

Y cuando se halle todo lo que desear se puede: hermosura acompañada de castidad, linaje nobilí-

símo, riqueza, disposición para hacer hijos, discreción, buena fama, resplandeciente en virtudes; con todo esto ha de estar el marido aparejado para sufrirla y aprender á servirla y contentarla. Y séase la más estirada, que el Derecho llama carga el matrimonio. No hay cosa tan importuna ni peor de tratar que la mujer que trae gran dote, porque todas las cosas piensa que le son lícitas. Así Licurgo mandaba en sus leyes que las mujeres casasen sin dote, porque los maridos procurasen mujeres y no dineros, y así, con más gravedad, los maridos refrenasen á sus mujeres, no siendo ellos atados con el freno del dote. Y hoy día en más es tenido el patrimonio que el matrimonio.

AVENTURA VII

Queriendo el Caballero sacar á su Mayorinda, hubo grandes pendencias y heridas mortales, y salió huyendo de su tierra.



o sin causa dice San Joan en su *Epístola* que todo lo que hay en este mundo de mal se resuelve en tres cosas: concupicencia de la carne, concupicencia de los ojos y concupicencia de la vida.

Como si más claro dijera: Con tres piezas ó furibundas bombardas bate este mísero mundo á las murallas más fuertes de las ánimas: el amor de la hermosura femínea, la vana gloria del linaje y la codicia de la hacienda. Con estos tres estímulos vino el Caballero, más obstinado ó rendido que venturoso, á tener la palabra de Mayorinda que saldría con él un domingo en la noche, cerca de maitines. Vino al concierto puesto, muy armado en caballo fuerte y ligero, con dos criados valientes y fieles. Llegó á la calle, y halló gente arrebozada, y, lo que peor era, hablando uno á una ventana de la misma casa. Celoso, tanto como admirado de semejante novedad, apeóse del caballo, y esperó

casi media hora, á ver si de miedo ó vergüenza se iban de allí, y como perseverasen, enviόles á decir con uno de los criados que por cortesía les rogaba un caballero le diesen otra media hora de lugar como él había esperado, que tenía que negociar en aquella calle. Respondieron que no querían. Esta descortesía alteró la cólera del desventurado Caballero de modo que, ya desesperado de su aventura, él y un criado solo á cuchilladas echaron los tres de la calle, quitándoles las espadas y broqueles, reconociéndolos por fuerza y hécholes confesar que hablaban con dos esclavas hermosas de la madre de Mayorinda, que no sabían el secreto. Por este ruido y alboroto no hubo lugar de hablar á ninguna de la casa. Empeñáronse aquella madrugada espadas y broqueles en algunas libras de confitura, y amanecieron puestas en la tienda de un confitero, colgadas, por justo y dulce castigo de la mala crianza y arrogancia de sus dueños, que fueron en la respuesta leones y en la ocasión lebrones.

Permitió la providencia divina entonces que con esta discordia la madre andaba recatada en su casa, y no hubo más lugar de demandas y respuestas. Los afrentados, que ya habían rescatado sus armas, se juntaron con otros cinco valentones, gente común, y cada noche, repartidos de en dos en dos, le esperaban al Caballero en la calle de la dama para vengarse. El iba con sólo sus dos criados, que el uno dellos bastaba para cuatro de los otros;

y allí tuvieron tres noches, en diferentes días, muy reñidas y sangrientas cuchilladas. Mayorinda, temerosa del peligro de muerte de su Caballero, y afrentada del escándalo que resultaba de las pendencias, apendencias y dependencias en su calle, aunque la madre ni nadie sospechaba ni sabía por quién fuesen, envió un recaudo al Caballero de que no saliese de su casa por algunos días, el cuàl no habían bastado los ruegos y lágrimas de su madre para detenerlo. Salía de día, que no había peligro, y recogíase á casa antes de anochecer, huyendo las ocasiones de mayor mal. Año de mil y quinientos y setenta y nueve, á 6 de Agosto, sucedió al Caballero la desaventura, que él mismo representa en esta exclamación, que hizo estando en la cama, condolido de haberse ausentado Mayorinda con su madre á otra tierra á este tiempo; y dice así en estas

LIRAS

Marte, contrario mío,
que me traes contino de vencida,
pues de ti no confío,
porque eres mi homicida,
quítame de una vez la amarga vida,
y me será partido
excusarme que viva padeciendo
cuitado y afligido,

que en un vivir tremendo
descansará este cuerpo al fin muriendo.
Que si apagarse el cirio del vivir
es la cosa más odiada,
para mí es más martirio
la muerte dilatada,
que es cual pena infernal nunca acabada.
Si soy desventurado
más que cuantos encierra el mundo astroso,
en mal signo engendrado,
¿por qué con nombre honroso
me llaman *Caballero Venturoso?*
Antes sí que solía
ser venturosa en esto mi alma y vida,
que el amor no sabía
hacer en mí su herida,
mas ya esta buena dicha es fenecida.
Mi corazón de leño
era más libre entonces que no un loco,
y aun á su mismo dueño,
que es Dios, á quien invoco,
por ser seco en amar, le amaba poco.
Quien de amor me contaba
que estaba ciego y que perdía el seso,
como yo lo ignoraba,
decía al pobre preso:
«Quitaos de ahí, que es disparate aqueso.»
Mas ya el Niño gigante
me tiró cinco flechas con fiereza,

que pasan á un diamante:
hermosura y nobleza,
gran virtud, gran saber y gran riqueza.
Cada cual destas era
armada en hierba deste ballestero,
y volvieron de cera
á un duro Caballero,
sin padre, sin amor y sin dinero.
Quien de naturaleza
no bebió vino, ni gustó de olello,
cuando á beberlo empieza,
tanto se agrada dello,
que esquita el tiempo que tardó en bebello.
Así ya yo me quemo
siendo de hielo, por que no presuma,
salté de extremo á extremo
y amor me peló en suma,
dejándome en la mano aquesta pluma.
Quería ser marido
del alba, que da luz en esta tierra,
y viéndome subido
donde tal bien se encierra,
la fortuna me hizo mortal guerra;
y cuando comenzaba
á gozar de la lumbre de mis ojos,
y ya se me acercaba
triunfar de sus despojos,
trocóme el cielo el gusto en mil enojos.
Enemigos mortales

fueron los que estorbaron mi contento,
dándome penas tales,
que en tan sólo un momento
el castigo eccedió á mi atrevimiento,
y como ejecutores
del Juez sumo, á quien castigar toca,
fueron perturbadores
de mi pretensión loca,
quitándome el bocado de la boca.
Mas las noches que fueron
á estorbarme mi intento temerario,
mal librados volvieron,
que el demonio contrario
á todos les da el pago nesesario;
y de verse afrentados,
juntos en escuadrón, como plebeos,
todos muy bien armados,
de noche con paseos,
eran de darme muerte sus deseos.
Un martes desdichado,
á las diez de una noche muy obscura,
en mi casa encerrado,
que no hay hora segura,
á mi puerta llamó la desventura.
Salí á ver quien llamaba
con mi espada y rodela apercebido,
y vi la escuadra brava,
quedando arrepentido
de haber tan neciamente allí salido.

Ocho puestos alerta
comenzaron en mí su batería;
yo mi espalda á la puerta
dellos me defendía,
ya que ofender yo á tantos no podía.
El cabeza de bando,
en mi rodela dando una estocada
tan recia, que bregando
para sacar su espada,
me dieron por encima una pedrada.
Fué golpe tan terrible,
que con él en el suelo me arrojaron
como un rayo invisible,
y si no me mataron,
por dos criados fué, que me ayudaron.
Y con ira doblada
asió de una alabarda el más valiente,
que sacó una criada,
y dió furiosamente
sobre la mala y alevosa gente.
Huyeron maltratados
como lobos de alanos con malicia,
y temiendo criados,
dieron con la justicia,
que los prendió, por dar los dos noticia.
Desangrado y sin habla
me metieron mujeres entretanto,
encima de una tabla;
creció en mi madre el llanto,

y en la familia gritos que era espanto.
Justicia y escribano
acudieron al punto á interrogarme,
trujeron al cirujiano,
que comenzó á curarme,
á cortar, á dar puntos, y á sangrarme.
En el siniestro lado
me hallan tres heridas penetrantes,
y el un ojo quebrado,
con mortales semblantes,
que entonces fué el llorar mayor que antes
Fuérame más partido
morir de aquesta que vivir en calma;
y lo que he más sentido,
que los ojos del alma
á un tiempo me han quitado friunfo y palma.
Los ojos de consuelo
y esperanza en casar con tal señora,
los ha quebrado el cielo,
pues ya desde esta hora
cada día mi mal siempre empeora.
Por darme mayor pena,
llévase á Mayorinda con violencia
su madre en tierra ajena,
á pleitos á una audiencia,
dejándome en mayor pleito de asencia.
No la llevó su madre,
sino el benigno Dios, que me quitaba
como amoroso Padre,

lo que no me importaba,
pues á servirle prometido estaba.
Que si siendo mochacho
me desposé con él por simple voto,
y ahora sin empacho,
en las virtudes roto,
ando de Dios y de su amor remoto,
ciego del enemigo,
adúltero fuí á Dios, y al vicio diestro,
y así fué mi castigo
en el ojo siniestro,
porque á siniestras contra él me muestro.
¿Qué mayor desposorio,
que dar el alma á Dios, imagen suya?
por que en su consistorio,
cuando en éste concluya,
pueda cantar con él el alelluya.

SONETO

No más ya, corazón, carnal contento,
no más amor mundano, ánima mía,
pues sabéis que su bien pasa cual día,
y estáis á media noche del tormento.
El dulce y agradable pensamiento
que un tiempo la memoria sustenía
de Mayor, fué mayor que mi porfía
el castigo, el dolor y el sentimiento.

Quitóme Dios la causa de mi daño,
quizá para su esposa muy querida,
y á ciegas me dejó con mis antojos.
Dejóme mutilado el desengaño,
y pues esta esperanza está perdida,
llore mi culpa el alma, pues no hay ojos.

En esta desaventura vino el caballero á recebir los Sacramentos hasta la Extremaunción, y con el alboroto que hubo en Sansueña deste desastre, y prisión de los ocho, aunque no se siguió infamia á la casa de Mayorinda, su madre (como dicho es) la llevó dos jornadas de allí á una Audiencia Real á pleitear con ella para sacar su carta doctal de los fructos del mayorazgo, que con esta ausencia remediaba algunas veslumbres que ya había de ser por su hija. Convaleció el Venturoso, que para mayores tribulaciones lo guardaba Dios, y cuando más seguro está siguiendo el pleito contra los delincuentes, se le levantó una persecución de la mayor parte de los nobles de su patria, unos por deudo que tenían con la señora, y otros de invidia del favor que ella supieron que le daba; de modo que le fué fuerza al caballero salir huyendo por tres razones: porque no le matasen, que estaba desaparentado; segunda, por seguir el pleito contra los presos, que ya estaba en grado de apelación para la dicha Audiencia, y la tercera verse con su señora, que pluguiera Dios que el amor que le tenía, ya que era

honesto, fuera tanto el de su Criador, por que dijera con San Bernardo: «Mi trabajo apenas es de un hora, y si más es, con el amor no lo siento. Este sí que es amor verdadero el mi Redemptor y bienaventurado, del cual nace la diestreza de las costumbres, la limpieza de los pensamientos, la sutileza de los entendimientos, la santidad de los deseos, la caridad de las obras, la abundancia de las virtudes, la dignidad de los merecimientos, y la alteza de los galardones». Partió el desventurado una noche huyendo, y dejó á su patria esta letra:

Sansueña, si falta el verte,
ó me lo negare el cielo,
no me faltará la muerte,
que es el último consuelo.

GLOSA

Subióme en ti la Fortuna
en la cumbre de su rueda,
y como nunca está queda
ni tiene firmeza alguna,
pagóme con su moneda.
Y pues con tanta violencia
fué mi desdichada suerte,
justo es hacer resistencia

en que sobre la paciencia,
Sansueña, si falta el verte.
Que pues yo, por muchos modos
procuré siempre de honrarte
con obras en cualquier parte,
señalándome entre todos
para más noblificarte,
y tú das, por premio y paga,
desprecio y gran desconsuelo,
viviré en quien bien me haga,
si la tierra no me traga
ó me lo negare el cielo.
No me acordaré de ti,
de tus grandezas y fueros,
de sabios y caballeros,
que madrastra eres á mí
siendo madre de extranjeros.
En ti me puse del lodo
y sin ti me es buena suerte,
porque vivo de tal modo,
que al fin, cuando falte todo,
no me faltará la muerte.
Ya sé que ningún profeta
es en su patria querido;
mas yo á peor he venido,
que de ordinario me inquieta
y soy della perseguido.
No quiero que me moleste
tu clima y poemo cielo,

que peregrino terreste,
me iré á la patria celeste,
que es el último consuelo.

Muchas partes tiene Sansueña más que las otras ciudades de España para ser amada de sus hijos; pero hala señalado Dios sobre las demás en el buen natural para nacer y criarse, pero no para vivir siempre en ella. Y pues hace á los suyos fuertes, sabios, famosos en armas y letras, por ella más que por otra del mundo puede decir un doctor esta verdadera sentencia: «No es malo carecer de su patria el que es varón fuerte, porque cualquier lugar le será patria, y así el filósofo Sócrates tuvo el destierro por mejor, y á la libertad antepuso la servitud».

Según San Bernardo explica en un sermón aquello de los *Cantares:* «A cada paso se halla que la esposa (que es nuestra alma ó voluntad) apetece la quietud de su casa, pero el esposo siempre la incita al trabajo de la vida atribulada y peregrina; donde diciendo ella: «Nuestra cama está llena de flores», como que le convida al Señor á la quietud de la contemplación, él le responde: «Yo soy la flor del campo,» moviéndola con su ejemplo á ejercitarse en trabajos, á emprender y acometer batallas en el campo deste mundo contra los enemigos de Dios; como si dijese: «El que me ama vaya conmigo y cerca de mí á la pelea, no rehuse peregrinar conmigo y por mí»; y preguntándole la esposa: «Dime, ¿dónde

querrás pasar la siesta al medio día?»; responde el esposo: «Comparádote he á mi caballería», que es á un esforzado ejército, no solamente contra los halagos de la carne y del mundo, sino también contra los príncipes y potestades de las tinieblas, como afirma el Apóstol.



AVENTURA VIII

Entra e aventurero joven en la ciudad famosa donde pleitea su querida, recibe della nuevos favores y préndenle.



MONESTA Salomón, que si alguno hizo vocto, que lo cumpla lo más presto que pudiere, porque desagrada á Dios que le falten en lo que le prometen. De aquí es que los tales, como ya (por ser ofrecidos al Señor) no son del mundo, viven aperreados en él, perseguidos y acosados, volviéndoseles al revés cuanto intentan que no sea en cumplimiento y razón de lo que prometieron, echándoles el divino y piadoso Señor acíbar en los deleites deste siglo para acabarlos de desterrar dél. Pero también se suele Dios cansar (á nuestro modo de decir) de esperar su largo tiempo en pagar esta deuda, y después, cuando vienen tan perseguidos que no pueden hacer menos, les cierra la puerta como á las vírgenes locas, y les dice: «En verdad os digo que no os conozco»; y así, por la justa ley del Talión, se quedan inútiles, que no son buenos para Dios ni para el mundo.

En la tercera aventura hemos dicho cómo hizo vocto voluntariamente en la iglesia de San Pedro, en Roma, de ser descalzo francisco, y olvidado de esto, repugnaba obstinadamente contra las olas furiosas de las tribulaciones buscadas con sus manos. Así no hay que maravillarse que Nuestro Señor permita, y aun quizá trazase y ordenase, que los casos prósperos del Caballero fuesen pocos y durasen poco, y los adversos continuos, largos, molestos y peligrosos, que la misericordia divina consiste en la merced que recibió de Dios habiéndolo librado de tantas desaventuras. Llegó en dos días el Venturoso á la ciudad y audiencia dicha, supo luego las casas en que vivía su Mayorinda, y junto á la iglesia á donde venía á misa tomó posada, y el primer día de fiesta púsose á una ventana de su aposento que señoreaba la casa della, buscada así de propósito, y á poco tiempo las vió venir cara á cara, Mayorinda con su madre y las tres criadas del secreto; alzaron los ojos y conociéronlo luego, que buena señal traía en la cara, y dieron muestras de alegría extremada. Mientras en misa estaban, envió el Caballero á su señora con la criada mayor, que le vino luego á hablar, un papel muy largo de quejas, y las siguientes

OTAVAS EN ESDRÚJOLOS

El sátiro cruel de amor falsífico,
indignado con ánimo diabólico,
se mostró para mí manso y pacífico
por volverme idolatra de católico.
Trujo mi corazón libre y magnífico
á sujeción y á estado melancólico,
así que con inopia y pena pública
amor me desterró de mi república.

Iré peregrinando cual lunático,
olvidado de aquel primer propósito
que, como desdichado y poco plático,
me quise hacer de lo imposible opósito;
unas veces huiré como selvático,
otras tendré el penar como en depósito,
quejándome á las gentes y á los árboles,
moviendo á compasión los duros mármoles.

A fuego y sangre, mi Sansueña bélica
me ha arrojado de sí como á pestífero;
síclope me volvió la mano célica,
dando poder al escuadrón lucífero;
pero para ganar la patria angélica
todo mi mal será más salutífero,
siendo humilde y paciente en ser paupérrimo,
que hace al hombre santo y celebérrimo.

De mis desdichas se hará crónica
de haber pagado al mundo bien sus réditos,
con triste prosa y con la musa armónica,

que de olvido y tinieblas son mis méritos.
Mas Dios me dió por madre otra cual Mónica,
que en los tiempos presentes y pretéritos
lloró por mí, que lágrimas magnánimas
guardan los cuerpos y rescatan ánimas.
Comencé tarde á deprender la prática
en el estudio de aquel ciego vándalo,
y llegando al principio en su gramática,
sin pasar de *amo, amas,* quedé amándolo.
Pero Saturno, con su clima errática,
mi amor en esto convirtió en escándalo,
y mi esperanza, tácita y explícita,
en penitencia de mi culpa lícita.
Vos, Mayorinda, veneranda Brígida,
que volvistes invierno mi canícula,
pues mi fortuna se ha mostrado rígida,
y mi patria me echó de su matrícula,
Dios escalentará mi alma frígida
por que no sea al mundo más ridícula,
pues puede y suele de incurables tísicos
hacer que queden excelentes físicos.
A vos me represento el pecho cálido,
y el alma de congoja flaca y ética,
un ojo menos, con el rostro pálido,
hecho un prodigio desta región Bética;
estéril, perseguido, pobre, inválido,
con sólo la retórica y poética,
y lo que más me pesa, tan indómito,
qne me he vuelto tras vos, cual perro, al vómito.

Contestísima Mayorinda de la salud y venida de su Caballero, no se hartaba de dar gracias á Dios y albricias y dones á sus criadas, que no menos ellas le amaban, porque á costa de su hacienda y palabras dulces las tenía más aficionadas el Venturoso y más prontas á su voluntad que á sus mismas amas. Volvió la que llevó el papel con la respuesta y el parabién de la salud y venida, y que su señora le rogaba le enviase versos más claros, como solía, que ella no entendía latín; rióse el Caballero y dió á la criada las siguientes

OTAVAS

Mayorinda, mayor que las mayores
que subió en mayor grado la natura,
mayor en dones, gracias y primores,
en mayor discreción y hermosura.
De mayores bajastes á menores,
al mayor Venturoso en desventura,
y si en vos mayor fuera el plenilunio
mayor fuera en mi suerte el infortunio.

Mirad, Mayor, que si mayor yo fuera
con mayor voluntad os deseara,
y si otra mayor prendra yo tuviera
que un ojo, con mayor prenda os comprara;
y porque mi servicio mayor fuera,
la vida que es mayor, y muy más cara,

por mayor aventura en tal despojo
diera con mayor gusto que no el ojo.
Si mayor fuera el daño que recibo,
á mayor voluntad os obligara,
pero mayor ventura es ser yo vivo
que el mayor gusto que de amor sacara;
y pues mayor tormento y más esquivo
paso Mayor por vos, siendo tan cara,
dejad mi alma á su mayor Esposo,
tendrá mayor ventura el Venturoso.
Al fin, Mayor, de amaros y de amarme
resultó mayor daño y desconcierto,
que fué á mayor tormento condenarme,
pues tengo mayor muerte que ser muerto.
¿Qué mayor mal amor pudo causarme,
por Mayor ciega el alma, el cuerpo tuerto?
Denos Dios su mayor gracia y victoria
para saberle amar, que es mayor gloria.

Recebidos estos versos, dió orden Mayorinda de que sus criadas diesen entrada de noche en su casa al Venturoso. Metíanlo desde que escurecía, antes que la puerta se cerrase, en una caballeriza que estaba á la entrada, y sentado en un pesebre hasta la media noche, que ya la madre y familia estaban durmiendo.

Permitía Dios que fuese tratado como obstinada bestia, pasándolo primero por el aposento del caballo que del caballero, porque escrito está: «El

hombre, como pretendiese honra, comparado fué á las bestias insipientes, y hecho semejante á ellas.» Que más la honra y la hacienda traían ciego del todo al poco Venturoso, que no el amor concupicible. Venía á esta hora la mochacha, y temerariamente le llevaba por delante la sala de su ama, subiéndolo á los cuartos más altos, y como era invierno lo sentaba á una chiminea, y allí, no sólo esperaba los toques del matrimonio, pero muchas veces los de laúdes. Subía luego la delicada doncella, honesta, mesurada y vergonzosa, en achaque de callentarse al fuego, que otro mayor le abrasaba el pecho, y acompañada de la mochacha y de la criada grande que ya hemos nombrado, se sentaba junto á él en buena conversación. ¿Quién podrá creer el cuidado que Dios tuvo de guardar estos dos amantes? De modo que aunque en este mismo lugar se hablaron algunas veces, y á las más dellas á solas, porque las dos criadas que tenían el secreto, la grande, iba muchas veces á hacer la cama para el güéspede, y la menor se quedaba dormida á una parte cuanto duraba la conversación, y con todo este lugar oportuno y ocasionado no les dejó la divina Providencia que se tocasen mano ni pies, y aun en las palabras fueron tan modestos y corteses como si fuera una honrada y ordinaria visita. Su conversación sola era de los trabajos, heridas y desgracias que había padecido por ella. La corderilla mansa de Mayorinda respondía con iguales

razones de sentimiento y correspondencia de voluntad, y pasadas dos ó tres horas ella se bajaba y él le entraban las criadas á reposar en una guardarropa hasta el alba, que le echaban fuera de casa. Y toda su aventura no pasaba de aquí. Dice el profeta David, hablando con Dios: «Tu diciplina, Señor, me enseñará el camino de tu voluntad y ley, y ella me corrigirá hasta la fin». Así tantas cuantas veces el Venturoso se quería salir del asiento y concierto que tenía hecho con Nuestro Señor, otras tantas le castigaba y corregía, y no alzaba la mano dél.

Estaba un día en una fuente famosa que había entre unas güertas de aquella ciudad, el Caballero con su criado, en pie, gozando de su frescura, y de entre unos árboles le tiraron un arcabuzazo y con la bala le quitaron el sombrero de la cabeza, sin hacerle en su persona ningún mal ni haber visto quien lo disparase; y aunque el criado hizo diligencias de buscar qué había en aquella parte, no se halló persona, ni en la fuente había más que ellos dos solos. Avisos y espantos eran éstos para despertar el más dormido entendimiento. La providencia de Dios gobierna todas las cosas, y cuando da á los suyos pena es reputada por medecina para curarlos, para que, como dice San Agustín, la pena nos espante, si no nos mueve el premio. Así el Caballero, de tan impensado peligro no menos espantado que confuso, volvióse á su posada dando muchas gracias á Dios, y hizo luego este

SONETO

Ya que mi natural y Dios me inclina
al camino derecho de salvarme,
¿por qué el mundo y demonio han de engañarme
con su cautela y dilación malina?
Y si traigo la muerte tan vecina
que no le falta un dedo de acertarme,
adredemente quiero condenarme
contra justicia y voluntad divina.
Muerte, juicio, gloria y el infierno
conosco que hay, y el irme á Dios dilato,
sabiendo que su premio es sempiterno.
Y soy á quien me inspira tan ingrato,
que va siempre tras mí su amor paterno
y yo huyendo dél, como insensato.

En la posada que el Caballero tenía se metió el demonio en una hija de su güéspeda que estaba en plática de doncella, y con lacivo intento solicitaba cuanto podía atraerlo á su amor, haciéndole regalos y diciéndole palabras dulces y amorosas, moneda usual que de ordinario corre por semejantes casas, sin que las madres, aunque lo vean, hagan dello escrúpulo; llegó á tanto, que el Venturoso, no pudiendo sacudir ni echar de sí esta enfadosa mosca en tiempo que la más principal del mundo le pareciera escoria, y á la que tanto le había costado no le osaba tocar la mano, determinó de buscar otra

posada y huir de aquella ocasión. Pues como ella con sus exclamaciones no pudiese detenello, que por entonces no había otro que posase allí, y la dulce conversación y música que dél se gozaba la tenía muy entretenida y aficionada, volviendo todo su amor en odio y crueldad, para mejor vengarse, buscó modo cómo meter en un baúl del Caballero un manto de seda nuevo y otras joyas della, sin que él ni el criado lo viese, y después de partido á la otra posada, fuese á un juez de la ciudad y querelló dél que le había hurtado aquellas cosas; va un alguacil á reconocerlo y ver si decía verdad, y como él no lo sabía, ni había tenido tiempo de mirar su baúl, negó con juramento no tener en su poder entonces ni nunca manto ni cosa que fuese de aquella moza; ella porfiaba que se mirase su baúl, y que si no estuviese allí lo que pedía que ella lo perdonaba; abrió el Caballero muy contento ante el alguacil su cofre, y á poca ropa que se sacó dél se vido el manto y las joyas, quedando él confuso y avergonzado, y ella y su madre que le acompañaba muy alegres y vengadas. El alguacil cogió las prendas y diólas á su criado, y llevó al Caballero á la cárcel pública de la ciudad, y con un par de grillos lo encerraron en un aposento hasta otro día que vino el juez á visita de cárcel. Por esto dijo bien el sabio: «No hay cabeza más mala que la de la culebra, y no hay ira mayor que la de la mujer». De modo que el planeta Marte en cosas de milicia

y el signo de Virgo en materia de mujeres le hacían notable guerra.

Gran pecador y miserable era el Caballero; pero algunas veslumbres se verán aquí que tiene su vida de la del Patriarca Josephe, de quien dice Santo Tomás: «que no sin providencia del cielo fué perseguido de sus hermanos, caluniado de su ama, y puesto en la cárcel, pues convenía que habiéndole Dios después de sublimar tanto, primero le abatiese tanto; había de ser Visorrey de Egipto, y para hacer bien este oficio era necesario que tuviese experiencia de varios acaecimientos de adversa fortuna». Pues como ya Dios lo vido en tan notable peligro de la honra, estando inocente, como su misericordia era tan copiosa, que siempre Él la vida y el honor le guardaba aunque tuviese culpa, púsose en el corazón del juez, y sacado á visita, lo primero que le preguntó fué que cuyo hijo era, y de qué tierra; respondió el Venturoso que de Sansueña natural, y su padre el Capitán Toreador; y contóle cómo la moza le traía desasosegado, cómo huyendo salió á buscar otra posada, y que si él supiera que aquellas joyas estaban allí, no había él de abrirlo con tanto gusto, y que le fueron puestas sin saberlo, cuando entraban á hacer la cama y á limpiar el aposento, porque él se salía luego á un corredor. Asentósele esta verdad al juez en el entendimiento, junto con que había conocido á su padre del Caballero, y sin más escrebir dijo en audiencia

pública: «Ya sé yo quién son mujeres, y que hijo de hombre tan famoso no pudo hacer esa bajeza»; y estando en hábito de caballero mandóle quitar los grillos y que luego saliese libre y sin costas, y al alguacil que volviese las prendas á la moza cuando diese información bastante de cómo eran suyas, y que ella pagase el carcelaje y al alguacil la prisión. Salió luego dando gracias al buen juez y muchas más á Dios de quien todo resultaba, que aunque estaba afligido en verse reputado por inicuo, como estaba limpio de aquella mácula, muy quieto y confiado tenía su espíritu en Nuestro Señor. Que San Jerónimo dice: «El inocente, en medio de los tormentos, le hace estar con gozo su buena conciencia; y aunque en las maldades que le levantan tenga pena y miedo, de su inocencia se gloría». Como fué tan repentina la prisión, y que no llegó á veinte horas, no lo supo nadie en la ciudad, ni aun en la nueva posada se entendió; y luego que vino á ella el Venturoso, comió y reposó un poco, que no lo había hecho en todo el tiempo que estuvo preso, y compuso luego este

SONETO

Hazaña honrosa, heroica y venturosa
es padecer por Dios tribulaciones,
que aquí enriquece al cuerpo de altos dones,
y al alma sube al cielo á ser gloriosa.

Martillo y lima, agente virtuosa
que les limpia el orín de las pasiones,
fuego y crisol que prueba á los varones,
como al oro y la plata si es preciosa.
Alquimia no hay aquí, y si la hay, tan fuerte
y de tales quilates está hecha,
que cuanto toca, en oro lo convierte,
y en un daño visible así aprovecha;
que trueca amarga vida en dulce muerte,
porque es para ir á Dios vía derecha;
y quien esta desecha
procurando allegar por otro atajo,
busca por vil descanso, un gran trabajo.

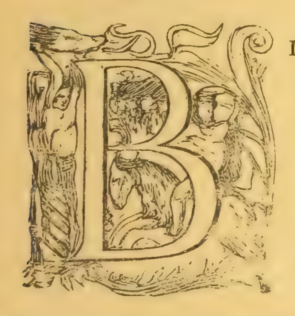
Así como el agua represada ó encerrada en los atanores se levanta y sube á lo alto, así el ánima estrechada con angustias y tribulaciones sube á Dios por oración y penitencia, y alcanza salud. Dejemos al Caballero cobrar un poco de esfuerzo, que á más correr viene tras dél una de las mayores desventuras de su vida; que el ánima santa en este mundo es como el lirio entre las espinas, que son los tumultos de las tentaciones y aguijones de las tribulaciones; la cual, como esté cercada dellas, así como las espinas por todas partes están punzando al lirio, se podrá considerar y ver con cuán grande cuidado se debe guardar; porque la ternura de la flor, ni la más mínima punta de la espina puede sufrir, antes por poquito que la punce la traspasa. Por

tanto, somos amonestados á que con temor y temblor velemos por nuestra salud. Todo este mundo está lleno de espinas de tribulaciones, en la tierra, en el aire y en nuestra carne. Porque espina es el falso hermano, espina el mal vecino, y conservarse entre ellas sin lesión y pecado, no se atribuya á virtud propria, sino al poder de Dios; porque su divina Majestad dice: «Confiad, que yo he vencido el mundo».



AVENTURA IX

Prenden otra vez al Caballero por una muerte, senténcianle á degollar; revocan la sentencia, y llevándolo á Orán, huyó de la justicia.



BIENAVENTURADOS los que sufren persecuciones por la justicia, que es por las cosas de Dios y su fe y amor, porque los tales serán premiados en los reinos de los cielos. Hase de advertir, como dice San Bernardo, que hay grados entre las bienaventuranzas, pues están puestas por orden y número, y que en cada grado se ponen dos cosas, que son: el merecimiento, que es el acto de la virtud ó bienaventuranza, y el premio de la gloria que al tal merecimiento pertenece. Y del modo que se pone dificultad á los que han de ejercer la tal bienaventuranza, así la doctrina evangélica los consuela luego con la grandeza del premio que se promete; el cual estima en poco los trabajos que se pueden padecer en esta vida y cristiana milicia, pues se ha de dar tal corona al que varonilmente peleare; según San Pablo, no será coronado sino el que hasta el fin pelea.

Habiendo Dios librado al Caballero de la calumnia pésima y prisión pasada, para que acabase de dejar á Mayorinda, que tantos castigos por ella había tenido, en acabando de padecerlos, como si fueran en mármol, no se acordaba más, y cuanto más volvía él á su Mayor, con mayor obstinación mayor desventura se le seguía. Y echando Dios el resto de sus humanos y paternales castigos, otro martes desdichado, á 14 de Marzo *1580*, estando el desventurado en su posada, le mandó prender un Alcalde de corte de la Audiencia Real de aquella ciudad, y fué puesto en un calabozo de la cárcel de aquella Audiencia con grillos; porque aquella noche antes habían muerto un caballero contrario suyo, y una mujer juró, cuando se hizo la información, que había visto al Caballero reñir con él, envainar su espada y irse, en aquella calle donde fué muerto; y aunque tuvo lugar de confesar, no declaró quién le hirió, y nunca se halló otra persona ni indicio contra otro, habiendo sido de día. La justicia tenía poca fuerza en la información; el Caballero solo, sin persona que le socorriese y defendiese, volvía su cara al cielo como solía en sus infortunios, y tomando algún alivio con su musa, hizo á un Santo, devoto de los presos, este

SONETO

Divino y soberano San Leonardo,
presidio fuerte y confesor glorioso,
mi descanso, mi gloria y mi reposo,
por quien la libertad eterna aguardo.
En vuestra devoción y amor me ardo,
siendo desventurado y venturoso,
si me persigue el mundo, estoy gozoso,
porque si os tengo á vos, temor no aguardo.
El sumo Dios os prometió propicio,
que el que os llamare en la prisión, no en balde
lo libraréis de cárcel y suplicio;
A vuestro aprisionado consolalde,
y vaya yo seguro á este juïcio,
teniendo como vos, el padre alcalde.

A los dos meses de prisión, una tarde, en día de acuerdo en la Sala de los Alcaldes, cuando más seguro estaba, mandan llevar ante ellos al Caballero, y dícenle todos cuatro jueces que porque no ha probado su nobleza, que se desnude para darle tormento. Hizo sus requerimientos ante el secretario de la causa, de cómo era Caballero, hijodalgo de solar conocido y privilegio, que no se le podía dar tormento, y asimismo era menor de edad de los veinte y cinco años, ni veinte y cuatro cumplidos, y que llamasen su procurador que lo defendiese y mostrase el privilegio que tenía en su poder. El alcalde

que presedía á los tres en antigüidad, y en él la pasión en mayor grado, mandó con mucho rigor que llamasen al procurador, y, entre tanto, que se desnudase el preso y se pusiese á la cuestión de tormento, y fuélo no pequeño el desnudarse. Mas como Dios es fortísimo defensor de la inocencia y los que en él esperan al tiempo de la mayor necesidad, defiende su causa, como hizo á Susana, á Mardoqueo y á Joseph, que aun ya estaban condemnados sin culpa, no había el preso quitádose más que el jubón, cuando entraron procurador y letrado con el privilegio de nobleza, y leído é intimado á los jueces, cesó el rigor del tormento, y no en el ánimo del Juez presidente, por no haber podido ejecutar su ira, que la tenía grande.

A los seis meses de prisión fué sentenciado el Caballero en esta forma: Fallamos, que por la culpa que resulta contra el Caballero Venturoso, le debemos condemnar y condemnamos, á que de la cárcel real donde está preso, sea sacado, atento á ser hijodalgo notorio, en una mula sin silla y sin freno caballero, y una soga á la garganta, y sea llevado por las calles públicas y acostumbradas desta ciudad, y con voz de pregonero que vaya publicando su delito; y en un tablado que esté hecho en la plaza del mercado, una vara alto del suelo, se le sea cortada la cabeza públicamente. Y por esta nuestra sentencia difinitiva juzgando, así lo pronunciamos y mandamos, etc., firmada de los cuatro. Como esta

sentencia le fué notificada del secretario de la causa, pusieron luego al desventurado Caballero en la capilla de la enfermería, donde considerar se puede el angustia de su corazón, y allí, arrodillado ante un crucifijo, con lágrimas de contrición invocaba á la Madre de Dios de Guadalupe, á San Joan Baptista y á San Acacio capitán, con diez mil crucificados por Cristo. Comenzó á gustar los acidentes funerales de los que agonizan. No menos los sintió su Mayorinda, que en todo el tiempo de su prisión, y entonces con más fervor, con misas, ayunos y devociones no entendidas de su madre, clamaba y movía á Dios á misericordia, como la tuvo en esta manera.

El alcalde, de los cuatro el que presedía, un día después de la sentencia partió á la Corte, mudando Su Majestad su plaza á oidor de un consejo, y como es costumbre, en faltando uno de los cuatro alcaldes, hasta que proveen otro, entra en su lugar el oidor más moderno de aquella Audiencia, y aquél preside en lo criminal como mayor; y este oidor acertó á ser de la patria del Caballero y uno de los que le habían ayudado.

Dióse petición en derecho, con información de ser menor de edad y no haberle encargado de curador; mandó el oidor traer el proceso, y visto el agravio y la poca información que resultaba para tan cruda sentencia, fué mandado por él y toda la Sala dar por nulo todo lo procesado y sentenciado, y

que sea el Venturoso encargado de curador y procurador y vuelto á oir de nuevo, y así se hizo.

Aquí viene á propósito lo que dice el divino Jerómino, que Dios Nuestro Señor es muy misericordioso á la natura humana y muy aparejado á salvar por clemencia á los que no se pueden salvar por justicia. Entran á dar la nueva al Venturoso, más muerto que vivo, y saltando repentinamente de extremo á extremo, de un gran pesar á otro igual contento, corrió peligro de dar el alma por albricias, que ya estaba entre los dientes. Y vuelto de la capilla y lugar de los condenados á lo ancho de la cárcel con solos los grillos, le venían á ver todos los presos, y algunos de la ciudad, como á segundo Lázaro resucitado. Por esto dice un proverbio: «La verdad adelgaza y no quiebra». Tomó la pluma, y glosó este Psalmo 90.

Qui habitat in adiutorio, etc.

LIRAS

El que habita contino
en las alturas, con su brazo fuerte,
cual protector benigno,
mi sentencia de muerte
convirtió en gozo y venturosa suerte.
Así, Señor, yo digo
que tú eres mi refugio verdadero,

mi reparo y abrigo,
mi Dios en quien espero,
que me has librado de este lazo fiero.
  Rodeóme el escudo
de su verdad y fortaleza inmensa,
y cuando ya no pudo
mi fuerza, en recompensa
acudió el justo Dios con su defensa.
  Las larvas del infierno,
que en la noche, dejando el reino obscuro,
rompen el aire tierno,
y con un temor duro
mueven el corazón del que es más puro,
  No moverán ya un dedo
mi alma sus temores y combate,
y aunque el natural miedo
me ponga á tal remate,
siempre esperaré en Dios, aunque me mate.
  Y si con la saeta
de Antheros voladora, y la de Marte,
el demonio me inquieta
con su tiniebla y arte,
el Señor es mi ayuda en cualquier parte,
  El que no conociere
la gran bondad de Dios y su clemencia,
y saberlo quisiere,
haga dello experiencia,
y verá lo que alcanza con paciencia.
  En duras tentaciones

si al principio pelea, le da fuerza,
y en las persecuciones,
si á padecer se esfuerza,
no habrá mundo ó demonio que le tuerza.
  Cairán en esta guerra
que tendrá el justo, á su siniestro lado,
mil pecados por tierra,
y al derecho costado,
otros diez mil, sin ser él el derribado
  Verá en tal batería
volar por sus orejas una bala,
y aunque dél se desvía,
otros derriba y tala
con herida mortal ó muerte mala.
  Unos se ven contrechos,
sin piernas, sordos, mudos ó sin brazos
otros ciegos, deshechos
en diversos pedazos,
con dolores, con plagas y embarazos;
  Y en medio de un invierno
de truenos, rayos y tempestad fiera,
que parece un infierno,
al que en su Dios espera,
se le vuelve en alegre primavera.
  En lo alto pusiste
tu refugio, Señor, y así á ti clamo,
pues que siempre me oiste,
con más fervor te llamo,
que yo te sirvo, agrado, ni te amo.

Tú en mis tribulaciones
has estado conmigo, y me has librado
de muertes y prisiones;
y abatido y odiado,
con mayor gloria tuya me has honrado.
Y he visto que tomaste
la venganza por mí en mis enemigos,
y no les perdonaste
un año tus castigos,
como el cielo y el mundo son testigos.
Ea pues, salud mía,
pues me has librado desta estando al cabo,
mi alma en ti confía,
y yo mientras no acabo,
misericordias Domini cantabo.

Al cabo de otros tres meses que duró volver de nuevo á hacer cargo y descargo al Caballero, y estuvo fulminado el proceso, siendo por todos nueve meses de prisión, fué condemnado por seis años de servicio del rey en el presidio de Orán, sin sueldo. A veinte y dos días del mes de Abril de 1582, un sábado, á la Ave María, siendo su edad de veinte y seis años, llevándolo un alguacil real y seis arcabuceros puesto encima de un mulo de albarda, con unas esposas en las manos, un par de grillos y una cadena asida dellos y revuelta al aparejo del mulo, habiendo ya caminado cuatro jornadas, y aquella sola faltaba para llegar al puerto, llevaba en las

esposas un calnadillo del alguacil, que por ser de los ordinarios de maletas, una llave de otro del Caballero lo abría. Asimismo, la noche antes se había limado la chaveta del mástil de los grillos y cubierto la limadura con cera de la color del hierro, para que no se conociese al ponerlo á caballo. Y aunque cada mañana que le sacaban de la cárcel en que le ponían en cada pueblo donde llegaban á dormir, le mandaba el alguacil á un esclavo suyo requiriese las prisiones, y con un cuchillo pasaba por todos los grillos si estaban limados y le ponía las esposas, que se las quitaban de noche, este día permitió la providencia divina, por ser la jornada larga y ya entrado el día, que no se hiciese esta requisa.

Al tiempo que escurecía, comenzaron á entrar por un camino hondo y angosto, cuanto cabían á caminar, uno á uno, y delante iba el Venturoso aprisionado en su mulo, y detrás dél iban el esclavo del aguacil, con su espada y daga, y su amo junto á él, con un pistolete grande en la mano, armado. A la parte derecha había una como pared de zarzas, cambronedas y matas, nacidas allí con la humedad de un río que por detrás dellas pasaba. Al lado siniestro iban los seis arcabuceros por una loma alta pegada al camino, puestos en hilera, con sus cuerdas encendidas en la mano, llevando á la vista su preso, que bien se conocía en ellos que llevaban más miedo que vergüenza, por tener muchos amigos el preso, y temían lo saliesen á quitar; pero

Dios y su bendita Madre en su día, que son los verdaderos amigos, lo hicieron mejor que los hombres de quien ellos se recelaban.

Pareciéndole á nuestro Venturoso que allí se le ofrecía, conforme á su nombre, el lugar y tiempo deseado, alzó los ojos al cielo y pidió á Dios su favor y ayuda, y lo mejor que pudo se cubrió la cara con el ferreruelo, aunque ya escurecía, y tomando la llavecilla con la boca, que llevaba asida á un cordón y escondida en un golpe de la ropilla en el pecho, con ayuda de Dios, que todo parecía que lo hallaba hecho milagrosamente, y metiola en el candadillo de las esposas, y torciendo con los dientes, lo abrió; sueltas las manos, fué luego á quitarse la chaveta de los grillos, y no pudiendo, quedó turbado y confuso. Echó de ver luego que era por tener la mano siniestra, á cuya parte estaba la chaveta, adormecida y lastimada de las esposas; púsose un guante, y como la mano cobró fuerza, luego la sacó. Quitóse los grillos, y poco á poco iba dejando caer entre las ramas toda aquella herramienta, asiendo bien la vuelta de cadena al aparejo del mulo.

A este tiempo era ya anochecido, y iban todos en conversación, y el atrevido prisionero llamó á un soldado que iba más cerca dél por lo alto de la loma, y díjole que le alzase la cadena, que se le caía. Y al punto que se fué á abajar al mulo, asiendo el Venturoso de la guarnición de la espada, sacósela de la vaina y dió con ella un gran golpe de llano en la

cabeza del arcabucero, el cual cayó á los pies del mulo. En el mismo instante se entró el preso por entre aquellas ramas y zarzas, y dejando entre ellas su ferreruelo, con la espada en la boca se arrojó al río que habemos dicho, y aunque no era hondo, lo pasaba á nado muchas veces, porque iba dando vueltas aquella corriente. Fué maravilla admirable que como el alguacil, criado y los demás arcabuceros, oyendo el golpe y creyendo haber caído el mulo con el preso, y quererlo levantar, y el soldado estuviese en tierra y el mulo encima, por la estrechura del camino, tardaron tanto en entender esto, cuanto había menester el que huía para escaparse. Y cuando conocieron la fuga de su preso, quedaron suspensos y atónitos, sin saber determinarse cómo ó por dónde le buscarían, siendo ya tan obscuro, que unos á otros no se veían. El Venturoso como gamo corría por los montes, y cual pece nadaba por el río de una en muchas veces, y como descaminado y temeroso, aunque era solo uno, le parecían muchos por lo obscuro. A las dos horas pasadas, el fanal y luminaria menor que ha puesto Dios en el cielo para los que caminan de noche, compadeciéndose del desgarrado y tollido joven, que ya á mala pena caminar podía, por tener los pies lastimados de tan largas y continuas prisiones, salióle á consolar con sus claros y noturnos rayos, para que corriera más tierra, aunque él, más temeroso que agradecido, tuviera por me-

jor que se escondiera debajo algún nublado, por no ser visto de los que pensaba que le buscarían, y también porque aconseja San Pablo: «Con miedo y temor, procurad vuestra salud». Unas veces, como gato montés, se encaramaba arañando por las peñas, chorreando agua de sus vestidos y de sus manos sangre. Otras se metía en cóncaves y aberturas de las peñas, determinándose de descansar allí un poco, que ya le faltaba el aliento, y sentado allí dentro un momento, el desordenado temor le daba pulsadas al corazón, que si allí se queda, en siendo de día le hallarían, y volvía [á] salir y pasar otras veces el río.

Ya que rompía el alba, pareciéndole al afligido caballero que en tan larga noche, caminando siempre, á lo menos á la priesa que llevaba, habría caminado ocho ó diez leguas, abriendo más el día, vido cerca de sí su ferreruelo de paño de Londres, morado, que dejó en las ramas cuando se soltó, por donde conoció haber vuéltolo su fortuna al mismo lugar. Cubrióse con él, y más afligido que antes, sangriento, despedazado, mojado, temblando de frío y miedo, y cansado, dió gracias á Dios, y volvió á pasar el río á la parte por donde había venido, y en una isleta que entre las dos corrientes había, debajo de unos espesos tarahes, se metió el Caballero pasado por agua, á gatas como conejo, y puesto de pechos en tierra, pasó todo aquel día sin osar bullirse ni quitarse las hormigas que le

iban por la cara, por que con el movimiento no fuese sentido; lo mismo hacía algunas veces que sentía bueyes que pacían las ramas que le tenían cubierto, hecho un espetáculo de sufrimiento.

Siendo ya de noche, pasmado que no se podía enderezar de haber estado todo un día de pechos entre arena, y mojado, pereciendo de hambre, levantóse como pudo, y con un palo en la mano y la espada debajo el brazo, mirando á todas partes, vido cerca de allí, de la otra parte del río, una lumbre; volvió á pasar el agua por parte baja á la rodilla, y llegado cerca, conoció ser un molino, y á un hombre que estaba á la puerta le pidió en limosna un poco de pan. Respondió él: «Cierto que no lo tenemos, que un alguacil con unos soldados que buscaban un preso que se les soltó cerca de aquí dos días ha, nos han comido cuanto teníamos por dos veces que aquí han estado. Mirad si sois vos, hermano; guardaos, que andan por ahí buscando». El desventurado hambriento se fingió pobre caminante, y pasando de allí como doscientos pasos, halló una casa entre unas moreras, de unos moriscos que criaban seda, y á una vieja que á la puerta estaba le rogó que le tuviese allí dentro escondido, que había tenido una pendencia en tal parte y le andaban buscando sus contrarios, que él lo pagaría muy bien; y más por el interés que por caridad le recibió, y escondiólo en un aposento entre unos cañizos de los gusanos; dábanle una sardina salada,

y pan y agua; enjugáronle la ropa. Pasados tres días, á un hijo desta vieja prometió pagárselo, y le guió de noche hasta una ciudad diez leguas de allí, donde tenía un pariente clérigo rico el Caballero. Como ya había luna toda la noche, iban emboscados por montes fuera del camino real, y á la media noche sintieron un gran ruido de lobos y escondiéronse debajo una mata, y pasó por junto á ellos un lobo corriendo con un cordero en la boca y otros tres tras él aullando. Pasado este gran peligro, hicieron su camino, y un hora de día entraron en la ciudad por unas huertas, porque se guardaba de peste y no llevaban testimonio. Preguntó el Venturoso por la casa del clérigo pariente, el cual, vístole y contado sus trabajos, estando acostado en una cama muy regalada, más avariento que misericordioso, dijo: «Que ya conocía por deudo al que decía que era su padre del Caballero, pero que á él no lo conocía, ni lo podía socorrer». Salióse de allí sin más réplicas, y dijo al que le guiaba le llevase al monasterio de San Francisco, y puesto á la puerta de la iglesia, quitóse el ferreruelo, y junto con la espada, dióselo en paga al mozo, porque no le quedaba ya otra cosa con qué pagarle su trabajo, y envióle contento.

Entróse en la iglesia en cuerpo, como gentilhombre, hizo profunda oración á Dios y á San Francisco, pidiendo le fuese aquella casa su presidio y puerto seguro mientras viviese, y con profundas lá-

grimas volvía reforzar su voto. Acabada su oración, oyó misa y llegóse á una capilla dónde unos maestros raspaban ladrillo. De los cuales supo cómo allí había un religioso grave natural de Sansueña; hízolo llamar, y contándole alguna parte de los trabajos presentes, peligro, desnudez y hambre, abrazólo tiernamente, que era caballero y santo, y metiólo en la huerta en un aposento del hortelano, y él mismo le traía de comer dos veces al día. Trató con él lo del voto, y que deseaba ser allí recebido, aunque fuera para lego. Respondió haber mucha dificultad, por estar el Provincial cuatro jornadas de allí, faltar información *de moribus et vita,* venir huyendo de la justicia, que todo era contra el *motu proprio* de Sixto V. Ya comenzaba Dios á cerrar las puertas de las ciudades del refugio con estas montañas de dificultades. Reparóle el fraile de una capa de luto, no sin misterio, pues parecía un muerto á las cosas de Dios y del mundo; y pasados tres días determinó irse á valer de su patria y madre, que estaban de allí catorce leguas. Y habiéndole librado Dios de dos tan crudas sentencias, iba por su camino diciendo éstas

DÉCIMAS

No hay adversidad que dure,
ni bien que venga cumplido,
amor que no tenga olvido,
ni fructo que no madure.
No hay temor que se asegure,
tirano sin injusticia,
arrogante sin malicia,
forma sin tener materia,
gran pobreza sin miseria,
ni rico sin avaricia.

No hay seso en la juventud,
ni alegría sin pesar,
cansancio sin descansar,
ni contento sin salud.
No hay reposo sin quietud,
vida sin guerra notoria,
sin gran prudencia, victoria,
ni fe donde no hay verdad,
contento sin libertad,
ni descanso do no hay gloria.

No hay pobreza sin desprecio,
hacienda que no se gaste,
habilidad que no laste,
ni ventura en hombre necio.
No hay buen natural sin precio,
mal que venga sin segundo,

sabio sin andar el mundo,
sin experiencia doctor,
enfermedad sin dolor,
vicioso sin vagabundo.
No hay palabra sin pensalla,
ni sin vanagloria honra,
necesidad sin deshonra,
ni defensa sin muralla.
No hay vitoria sin batalla,
paz segura sin paciencia,
perfeción sin innocencia,
innocencia sin bondad
bondad sin gran caridad,
ni caridad sin clemencia.



AVENTURA X

Entra el Venturoso en su patria estando apestada, padeció en ella muchos trabajos, y fuéle fuerza volver á la milicia, y murió su madre.



sí como el agua represada y oprimida en los atanores ó arcaduces se levanta y sube á lo alto, de la misma manera el ánima del christiano, estrechada con angustias y tribulaciones, sube á Dios por oración y penitencia, y alcanza salud (1).

Más cargado de angustias, temor y peligros iba el Caballero su camino que de armas, cobre, plata, ni oro, ni cosa en su persona que vender pudiese, si no es la vida, que tenía sobrada con muerte tan dilatada. Llega á la puerta de Sansueña, y estando toda casi asolada de pestilencia, la guardaban á las puertas de otras tierras apestadas, no sabiendo los hombres que este es azote de Dios por graves pecados, y lo trae el aire inficionado, y no los hombres, aunque de suyo es contagioso. No fué conocido de las guardas, ni le dejaron entrar por no llevar testimonio de sanidad; rodeó toda la ciudad y fuése á una posesión de un tío suyo, tres leguas

(1) Esto es repetición de pensamientos ya expuestos en la Aventura VIII. Véase la página 113.

dentro la sierra; no le halló allí, y volvió á la ciudad entre los leñadores, y entró por otra puerta á verse cara á cara con la misma muerte, y probar con ella los aceros de su ventura, que era el antídoto contra tantos males. Y el mismo veneno que á los otros mataba, escogió por salud de su peligro y necesidad, pues allí estaba seguro de requisitorias y de alguaciles que le buscasen poniendo sus vidas á tanto peligro. Y lo que fué más temeridad, que habiendo salido el Caballero el año antes huyendo della y de sus contrarios, ahora, como dicen, la hambre y el mal abrigo llevan al hombre en casa de su enemigo. Pero ya estaba muerto el león con el azote de Dios, y en la boca tenía el panal de miel, y de lo fuerte sacó dulce. Fuése luego á su casa necesitado de ropa y consuelo, y hallóla cerrada y toda su gente muertos de peste, y sola su madre, á quien Dios guardó retirada en una torre, que nadie le supo decir della.

Este golpe de fortuna no fué de los menores ni de menos sentimiento, porque aquí llegó á ser su caída de extremo á extremo. En la tierra que fué nacido y criado de padres nobles, y conocido por el reino, emparentado con lo mejor del pueblo, le fué fuerza, vestido de pobres paños, estar de día escondido en una casa caída entre las piedras, en medio la ciudad, de quien podían decir: «Aquí fué Troya». Y aun allí, algunas veces los niños que andaban jugando lo veían, y daban voces llamando á otros y

diciendo: «Al duende, al duende, mochachos»; y tirándole piedras, le hacían salir de allí por entonces. A tanto llegó la fuerza del azote paternal de Dios, y otro tanto la ceguedad y terqueza del pobre Caballero. Estaba perplejo y atónito, sin saber qué hacerse ni á dónde irse. Salía algunas noches á gatas por debajo una puerta de la ciudad á sustentar su importuna hambre con alguna hortaliza de las huertas más cercanas de las murallas, y los perros que las guardaban algunas veces le hacían resistencia con mucho peligro; comía hierbas, y coles blancas le servían de pan. Viéndose tan abstinente y descompuesto, sacó su tintero y compuso este

SONETO EN ECO

No hay en mi inmenso desconsuelo, suelo,
ni tiene mi mortal locura, cura;
porque si tanta desventura, tura,
resulta en mí, si me conduelo, duelo.
No tengo al bien, por mi recelo, celo,
y no es mi alma, aunque se apura, pura,
que culpa ha hecho su blandura, dura,
sin que le quede á su repelo, pelo.
Quien busca al mal que le despene, pene;
pues todo sale al que es travieso, avieso,
y nunca el bien que le conviene, viene.
Siento en llevar mi carne en peso, peso,
pues menos fe á quien le mantiene, tiene;
mas por ser largo este proceso, ceso.

Casi ya precipitado el Caballero desta yegua desbocada, determinó una noche de pedir limosna, él que no había hecho pocas, y llegóse á la puerta de un cura ó rector rico y misericordioso, aunque deudo de sus contrarios, y á tres horas de noche, llamando á ella, decía: «Hagan limosna, por amor de Dios, de un poco de pan á un pobre estudiante que padece mucha necesidad». Y respondió una sobrina suya, que había sido muy aficionada del pobre: «Esperaos, hermano»; y de allí á un gran rato, desde una ventana, le echó una caldera de agua encima, diciendo: «Esta limosna merece quien á tal hora, y en tiempo de peste, llama á las puertas». Aquí tuvo Dios mucho la rienda del caballo y del Caballero, para que el uno no rompiera las cinchas apretándole tanto, y el otro no se airara; ni dijo una sola palabra, antes al agua fría de sus vestidos escalentó con la que salía de sus ojos, resplandeciendo en el dicho del sabio: «Mejor es varón paciente que el fuerte; y el que domina y señorea su ánimo, es más valiente que el vencedor de un ejército».

Tenía el Caballero allí unas tías monjas que, por estar su monasterio en una plaza y no tener con quién enviarles recaudo, no las había visto ni valídose dellas. Apretado de la necesidad, fuése allá un día antes del anochecer arrebozado; salieron á verlo, y lloraron con él amargamente; socorriéronle con cosas de comer y dineros, y por ser hora de

encerrarse, rimitieron su visita para otro día todo entero, viniéndose de madrugada, que lo amaban tiernamente, porque dél habían recebido buenas obras. Y esotro día escribieron á un Oidor de Sevilla, que estaba allí al presente, para que se lo llevase consigo cuando se fuese, y lo sacase de los muchos peligros en que allí estaba, que en su compañía iría seguro, aunque de la peste, que en todos los lugares la había, no lo fuese.

Dada el Ave María, salió deste monasterio otra vez desarrebozado, por llevar en el cabo del ferreruelo algunos regalos, se llegó á él por detrás un alguacil, y asiéndole con los brazos, le dijo: «Sed preso». Revolvi[ose] alterado á querer resistir, y soltóle luego, diciendo: «No lo digo de veras, aunque puedo, que vuestro amigo soy y tengo compasión de vuestros trabajos; aquí no estáis seguro de contrarios que os maten, de la justicia que os prenda, que ya saben todos vuestra fuga, y al alguacil que os llevaba lo tienen preso y muy apretado, entendiendo que por interés os dejó ir. Idos de aquí en amor de Dios, que ya han enviado aquí requisitoria para prenderos».

Oído esto el afligido joven, dando gracias á Dios y á este amigo, acordándose del sabio que dice: «El que ama el peligro, en él perece», para no tentar más á Dios, se fué luego en casa del Oidor, y en ella estuvo encerrado hasta que partieron juntos por caminos despoblados, comiendo de la pro-

visión que llevaban y durmiendo en posesiones, torres y casas de campo donde había más salud, y así entraron en Sevilla, que ya había cesado en ella el azote de Dios. En este camino compuso el Venturoso la siguiente letra:

Ajena. Bien puede la muerte esquiva,
por que más penado quede,
quitarme tierras do viva,
mas donde muera no puede.

GLOSA

Propria. Aunque es común el morir,
la vida habré en él hallado
viviendo mortificado,
que hace al alma vivir
sin la muerte del pecado.
Y pues aquí está cautiva,
con llanto y pena excesiva,
ausente del bien iocundo,
quitalla de aqueste mundo
bien puede la muerte esquiva.
Mas viviendo, la esperanza
no me la podrá quitar
de que tengo de gozar
de la bienaventuranza,
que no se puede acabar.
Y aunque el mundo hacer puede

que entre sus lazos me enrede,
yo usaré con él de modo
que lo dejaré del todo
por que más penado quede.
  Dejarlo he por vano y necio,
como en sus vicios he visto,
á los cuales si resisto,
haciendo del menosprecio,
me preciaré en ser de Christo.
Y cuando desto reciba
el demonio pena esquiva
y á un muladar me echará,
aún con esto no podrá
quitarme tierras do viva.
  Menos la fe y la paciencia
en sufrir hasta la muerte,
cualquier pena ó mala suerte,
esperando en la clemencia
de Dios con ánimo fuerte.
Que aunque la muerte me vede
lo que el vivir me concede,
cuando más piense dañarme,
la vida podrá quitarme,
mas donde muera no puede.

Oyó decir en casa del Oidor que estaba con él de visita una tarde un Capitán amigo del Caballero, que tenía su compañía rehaciéndola en las villas del Ajarafe, cuatro leguas de Sevilla, y parc-

ciéndole que allí no servía de nada, huyendo de la guerra que le amenazaba la justicia, fuése tercera vez á valer de la que le aseguraba por entonces alguna paz y reparo de su persona. Dió las gracias al Oidor de dos meses que le regaló en su casa, y encomendado dél al Capitán, partieron á su alojamiento, en el cual, en pocos días, rescatando las posadas dél y su criado que comía con el Capitán, hizo dineros para poner en buen hábito su persona, no sin gran cautiverio de su conciencia. Viniendo con su compañía á embarcarla en las galeras de España, que esperaban en el río de Sevilla, y volviendo á visitar su Oidor, tuvo dél aviso de la muerte de su madre del Caballero, y que fuése á poner cobro en su hacienda. El año climatérico es muy peligroso para los viejos, que en llegando á él suelen morir. Llámase climatérico el año de sesenta y tres de la edad de cada uno, y este número se compone de tres veces veintiuno y de nueve veces siete. Y siempre han tenido los antiguos por muy peligrosos todos los setenarios, cuanto más el de sesenta y tres, que tiene tantos sietes. Esta edad tenía doña Elvira, su amada madre, cuando murió, en tiempo de peste, de cámaras de sangre. Y como el afligido güérfano considerase que le faltaba el auxilio de la que toda su vida había gastado en continuas lágrimas y oración rogando á Dios por él, que le guardase, que este era el bordón que sustentaba á su juventud liviana que no cayera del todo

en mayores barrancos, y que de los socorros en lo espiritual y temporal no le quedaba ya esperanza fué tanto el sentimiento que repentinamente tuvo desta muerte, y hizo tantos llantos, encerramiento y abstinencias, que cayó luego enfermo de calenturas desta pena, y llegó al punto de la muerte y recibió los Sacramentos, y el de Extremaunción tercera vez, siendo de años veintisiete, en el de 1582.

Y en esta enfermedad hizo este

ROMANCE

Atropos, Parca atrevida,
tejedora de la muerte,
porque es nuestra vida tela
como de araña, y más leve,
fundada sobre palillos
de livianos accidentes,
en una vida prestada,
mezquina, caduca y breve,
que de muerte dilatada
mejor nombre le conviene,
pues tantas ansias y angustias
con el vivir se padecen.
¡Ay, muerte, muerte!
Tu nombre es para mí terrible y fuerte.
Huyes de mí que te busco
por vida, y por que más pene,

quitas la vida á una santa
que más que yo la merece.
Tenías determinado,
sanguinolenta y aleve,
para que me precipite,
hacer que del todo ciegue.
Y en el colmo de mis males
ejecutaste en mis bienes,
llevándome el principal
y dejándome los muebles.
¡Ay, muerte, muerte!
Tu nombre es para mí terrible y fuerte.
¿Sabes que veo, atrevida,
que me traes entre dientes?,
pues cien veces me amenazas
y nunca acabarme quieres.
Un consuelo me has dejado
por que me anime y esfuerce,
y es que, si estuviere en gloria,
podrá más favorecerme.
¡Oh, madre de mis entrañas!;
madre dulce, nombre alegre,
güérfano y sólo me dejas
sin verme ni poder verte.
¡Ay muerte, muerte!
Tu nombre es para mí terrible y fuerte.
Bien dicen, no es conocido
el bien hasta que se pierde;
¡oh, hijo ingrato y sin ley

que no supe conocerte!
¿A quién dejaste, alma mía,
encomendado tu ausente;
que llore y ruegue por mí,
que me socorra y sustente?
¿A quién volveré mi cara
de hoy más por que me consuele?
¿Al mundo, carne y demonio
que me afligen y atormenten?
¡Ay, muerte, muerte!
Tu nombre es para mí terrible y fuerte
Mas ¡ay, vida de mi vida!;
que mi vida es de tal suerte
que la vida os ha quitado
con mil penas que os dió siempre.
Muerte, aunque me la dejaras
mil años para valerme,
le fuera á ella y á mí
un momentáneo deleite.
Pero no me dejó solo,
que yo creo piamente
que á la que es Madre de Dios
encomendado me hubiese.
¡Ay, muerte, muerte!
Tu nombre es para mí terrible y fuerte.
Que della fué muy devota,
y con su rosario y preces
me ganó la protección
deste hijo inobediente.

Si alegra en aqueste mundo
tener en Corte parientes,
yo, que tengo padre y madre,
podré venir más alegre,
que los socorros del cielo
son más grandes y potentes,
y no es güérfano ni solo
el que acá se le conceden.
¡Ay, muerte, muerte!
Tu nombre es para mí terrible y fuerte.
Madre, ruega por mí á Dios,
que es mi padre y lo fué siempre,
que me tenga de su mano
y en su gracia me conserve,
y como á oveja perdida
me recoja y recupere
en el seguro rebaño
do están sus noventa y nueve,
con vínculo inseparable
de su caridad herviente;
y para que no le ofenda,
diga mientras que viniere:
¡Ay, muerte, muerte!
Tu nombre para mí es terrible y fuerte.

El bueno muere como cisne, cantando, y el malo como la sirena, rabiando. Muere el cisne cantando, porque tiene la sangre muy noble y llégasele al corazón y hácele cantar. La sirena tiene la sangre

melancólica, y al punto de su muerte llégasele al corazón y hácela rabiar. El malo es como sirena: toda la vida se le va en cantar, en placeres y contentos, como hace la sirena; viene la muerte y muere rabiando como ella, por ver cómo se va al infierno. Mas esta buena madre del Caballero fué como el cisne, que toda la vida gemía y lloraba, y así dicen que en su muerte se alegraba cantando alabanzas de aquel tan buen Dios, que entonces limpia las lágrimas de los justos y les dice: «Ya no más llanto, ni amargura; entrad en el gozo de vuestro Señor».



AVENTURA XI

Vuelve el Caballero á seguir su milicia, embárcase para Alarache, y padece persecución de justicia; entra huyendo en un monasterio y toma el hábito.



UEJÁBASE San Agustín del tiempo que obstinadamente había tardado en reducirse de su seta Maniquea, resistiendo á los impulsos divinos y á la continua oración y lágrimas que por él echaba Santa Mónica, su madre, y dice así: «Suspiraba yo aprisionado, no con cadena ajena, sino con el hierro de mi propia voluntad. A mi mismo querer tenía por enemigo y él me hacía los lazos. De la perversa voluntad se hace la costumbre, y cuando la costumbre no se resiste, conviértese en necesidad, la cual me tenía sujecto con dura servidumbre». A la letra se puede conocer lo mismo en el prevaricado Caballero, pues cuanto Dios le instimulaba cada día, más terco y enredado estaba en el mundo.

Convalecido de la enfermedad, envió á su tierra á poner en orden su herencia, y persuadido de su Capitán se embarcó y fueron al puerto de Santa María, donde su compañía y otras doce de españo-

les y italianos estaban embarcados para ir á tomar á Alarache en Africa. Y estando el Venturoso, miércoles de la Ceniza, en los oficios divinos, sentado en la iglesia del dicho puerto entre los capitanes, llegó un alguacil de Corte con una provisión Real ó requisitoria y la presentó ante el General del armada que estaba asentado en el banco de los capitanes; leída, dijo al alguacil que la obedecía y cumpliría lo que por ella se mandaba en acabando la misa. Luego en secreto, entre los capitanes, pasó la palabra hasta el Caballero que estaba el postrero del escaño, avisándole se pusiese en cobro que le venían á prender. Estaba allí cerca la sacristía y tenía una ventana al campo y por ella se fué luego sin ser sentido á su galera, y tomó luego su ropa y criado, y dándole el Capitán de galera la fragatilla armada de remos y marineros, y carta para su padre, se partió á la ciudad y puerto de Cádiz, que estaba de allí dos leguas. Y para tenerlo más seguro, vista la carta el padre del Capitán, lo llevó al monasterio de San Francisco y lo encomendó al guardián, que acertó á ser de Sansueña natural, y lo tuvo encerrado en su misma celda, en la cual compuso las siguientes

OTAVAS Y GLOSA VUELTA

A mi albedrío y sin orden alguna
me trae el mundo ciego y engañado,
y en él no puedo hallar cosa ninguna
que me haga estar seguro y descansado
y mientras más mi obstinación repuna
á lo que debo á Dios, más está airado.
En tanto que en el coso estoy, no ignoro
que me ha de acometer contino el toro.

Ando perdido tras de mis antojos,
mis obras son sin modo y sin gobierno,
con vida llena de temor y enojos,
que me amenaza muerte y duro infierno
Dejo lirios y rosas por abrojos,
y alegre primavera por invierno;
como hijo sin padre ando perdido,
sin Dios, sin libertad y sin sentido.

Nadie hace caudal de mis pasiones,
aunque me quejo todo cuanto puedo;
llámame Dios por penas y aflicciones,
y como que no entiendo, estóime quedo;
conviértense mis vanas pretensiones
en dolencias, en cárceles y en miedo,
porque el que no está en gracia, es desgraciado
y la muerte es la paga del pecado.

Traeme pobre, flaco y consumido,
falsa repromisión que me divierte,
sin pagarle al Señor lo prometido

que va tras mí por ver si me convierte.
Soy tan ingrato y mal agradecido,
que no conozco esta dichosa suerte,
y sirvo al mundo que con vil quimera,
como camaleón quiere que muera.
Mi juventud perdida y tiernos años
y el corazón de vicios duro y frío,
con el tiempo harán crecer mis daños,
cuanto creciere el mal y desvarío;
lleno me hallaré de mil engaños
y de virtud y devoción vacío,
perseguido, penoso, atribulado,
sin que quepa en desierto ni poblado.
Mas siempre anhela mi esperanza al cielo
que es mi fin principal y gran ventura;
pero no estoy tan fuera de recelo,
que tenga de salvarme hora segura.
Déme ya Dios su paz, gracia y consuelo,
fervor de contrición, celo y luz pura,
y me reduzga su potente mano,
de aqueste golfo al puerto soberano.
A ti, Señor, confieso mi pecado
y á tu misericordia humilde acudo,
de quien vivo contino confiado,
que ha sido mi defensa y fuerte escudo.
De todos mis peligros me has librado,
do auxilio humano aprovechar no pudo,
y para que te sirva y te posea,
da á mi vida el estado que desea.

Aunque, como suele el ciervo perseguido de los cazadores derramar algunas tiernas lágrimas por ver si los mueve á compasión, había el Caballero mezclado con las suyas sus lamentables versos, como no lo perseguía, al parecer, la justicia humana, sino la divina, que le iba dando caza hasta traello á sí, en ningún cabo, aunque fuese sagrado, estaba seguro. Así, al mismo convento le entró á buscar el alguacil real, acompañado del de la armada y otros soldados con alabardas; salióse por la huerta á esconder orilla del mar, á unas cóncavas de las peñas donde el agua batía, que estaban detrás del convento. Estuvo allí toda una tarde padeciendo salpicaduras y golpes de olas que, aunque duro de corazón, el agua que de sus ojos salía en parte las aumentaba, que no era el Caballero de bronce para no ablandarse en tanta persecución y trabajos, aunque en pagar al Señor lo que debía más duro era que diamante. Estas diligencias penosas y medios eficaces de que Dios usa para reducir un ánima distraída á su servicio, me parece que se pueden llamar auxilio especial sin el cual ninguno puede levantarse del pecado.

Desde aquel cóncavo y escondido lugar vido el Caballero venir su galera, de donde partió con la fragata. La cual pasaba con arcabuces y picas la vuelta de Sevilla para rehacer de armas el tercio de la liga que pasaba á la Tercera; tomó puerto la galera allí cerca, y media hora de noche salió de su

escondrijo y se fué á embarcar en ella, que parecía que Dios le enviaba el camino de donde lo esperaba, pues luego que entró como que no venía á otra cosa, zarpa los ferros, y á la vela y remos amaneció en Sevilla veinte leguas. Desembarcó el Venturoso de madrugada y retrújose luego en casa de su Oidor que ya hemos dicho, donde fué bien recebido.

Púsose á considerar una noche que desvelado no podía reposar, como hecho un pródigo (1) de tribulaciones, que parecía que el cielo y la tierra no tenían otro sujeto en quien probar sus fuerzas sino en él; y así por las persuasiones de los confesores, como por verse tan estimulado, volvió sobre sí y dijo en lo íntimo de su corazón: «¿Soy, por ventura, nogal ó castaño de condición villana y dura, que á poder de palos he de dar el fructo? ¿Que tenga Dios camuesos y higueras de condiciones nobles, que aún no le han llegado con la mano de su inspiración, cuando le ponen en ella el fructo de las buenas obras?» Resolvióse, con el ayuda de Dios, el Venturoso, y como fué de día habló al Oidor y pidióle cartas de recomendación para el guardián de los descalzos Franciscos, que vivían dos leguas de la ciudad. Fué con ellas allá á pie y echóse á los pies del Prelado; hízole relación de su voto, que había dilatádolo siete años, la devoción que traía y

(1) ¿Prodigio?

deseo de servir á Nuestro Señor. El padre le recibió con mucha caridad y le consoló y regaló tres días, al cabo de ellos respondió: «Que en aquella orden no podían recebir á nadie sin licencia del Provincial, el cual estaba tres jornadas de allí ó cuatro, y que le escribiese el Oidor, y que con su consentimiento sería luego propuesto á los votos del convento.» Esta respuesta resfrió mucho al Caballero, porque no requería su peligro dilación, ni podía con buena conciencia encubrir á la relegión cómo venía huyendo de la justicia, que es una de las causas que preguntan para no ser admitido. Por recomendación del mismo Oidor se hicieron las mismas diligencias en la Cartuja de la misma ciudad, y tampoco tenían licencia de recebir hasta que viniesen los visitadores. El Caballero andaba de noche muy armado, negociando su pretensión, y, como atrás hemos dicho, hallaba que Dios le tenía todas las puertas cerradas, aunque no la de su misericordia, á la cual exclamó con este

Psalmo 22. Dominus regit me, etc.

CANCIONES

Señor, dulce y amado, tú me rige
por que no me consuma el vituperio
y acaba desta vez de quïetarme,
Ponme en lugar de pascua de tu imperio,

sacándome del mundo que me aflige,
y allí podré en descanso colocarme.
Dígnate de llevarme
sobre las aguas de tus refrigerios,
do en espíritu pueda mejor verte:
mi ánima convierte
á la contemplación de tus misterios,
y haz que por justicia yo merezca
que por tu Santo nombre aquí padezca.
Y puesto que camino atribulado
por este valle y vía pedregosa,
donde tantos derriba el enemigo,
y en medio desta sombra peligrosa
de la muerte, no temere al pecado,
si tú mi buen Señor, estás conmigo.
Tu vara de castigo
con que me azotas, como á niño blando,
viendo que endurecido,
mi enmienda y conversión voy dilatando,
aquesta diciplina, Rey del cielo,
por ser remedio mío, es mi consuelo.
Digna es de que yo sirva tu clemencia,
pues tu mesa de gracia y mi sustento
me la pones delante de los ojos,
para que coma y tome nuevo aliento
contra los que se dan gran diligencia
en tentarme, ofenderme y darme enojos,
y contra sus abrojos
mi cabeza con olio la engrasaste,

por que pueda beber el cáliz mío;
el cual tú, Señor pío,
con él tanto en tu amor me embriagaste,
cuanto él en sí, por su remedio raro,
me ha de ser salutífero y preclaro.
Si me sigue, Señor, y me acompaña
en este mundo y vida miserable,
tu gran misericordia mientras vivo,
seráme provechoso y saludable,
y esforzarme á huir lo que me daña
de mis pasiones de quien soy cautivo.
Si tan gran bien recibo,
cierto estoy que dejando este destierro,
me iré á la casa del Señor triunfante,
y seré su habitante,
en la cual si una vez llego y me encierro,
no viviré cual vivo en agonías,
sino en la longitud de eternos días.

Una tarde fuése el Caballero á pasear entre la ciudad y la muralla, y (parece cosa de admiración y propria traza del cazador de las almas, Dios) la justicia ordinaria que tenían noticia y provisión y lo buscaban con diligencia, año de 1583 á 20 de Mayo y de su edad veintisiete años, acometió un alguacil con sus criados á prenderlo, y retirándose á cuchilladas, halló á sus espaldas la puerta de la iglesia de una religión mendicante y metióse dentro, y los frailes, que acababan Vísperas, detuvie-

ron la justicia, que hacía instancia para sacarlo, porque así lo mandaba la Real provisión. Entre tanto el Prelado le hizo rapar la barba y vestir un hábito, y como á fraile lego le dió las llaves de la portería, y que se estuviese junto á ella aunque entrasen y saliesen, y así lo hizo. Entró la justicia y buscó toda la casa y celdas, y no hallando á nadie salieron por la portería, y el Caballero fraile les abrió, cubierto con su capilla la cabeza, sin que ninguno hubiese reparado en él ni aun mirádole. Desta manera suele Dios cegar á los que buscan do él guarda, y delante de sus ojos lo escapa.

Cuenta la Sagrada Escriptura que Moisén señaló á los israelitas tres ciudades de refugio en que se escapasen los homicidas; las cuales en la ley de gracia son las religiones; pues no sólo escapan á los fieles de la muerte de la culpa y pena, con sus gracias é indulgencias, pero también libran de la muerte del cuerpo y peligros dél, como ahora se verifica en el Caballero Venturoso. El Prelado lo dejó así con su hábito en tanto que pasaba este furor, porque tenía casada su hermana con el fiscal de la Audiencia Real de aquella ciudad, y deseaba contentar al Oidor amigo del Caballero, de quien ya tenía recaudos de recomendación. Entre tanto nuestro Señor comenzaba á madurar la fruta verde del nuevo religioso, y de lo que fué caso fortuito hacer efectos de lo que es muy deseado y voluntario. A este propósito viene esta figura de San Ber-

nardo. Haxa, hija de Caleb, llevándola su padre con otras gentes á casar, iba caballera en una jumenta, y dió un gemido y gran suspiro. Preguntóle su padre por qué suspiraba. Respondió Haxa: «Padre, ¿por qué me habéis dado en dote tierra seca? Dadme vuestra bendición y dádmela regadía». El padre la bendijo y le dió tierras regadías exteriores é interiores. El alma del pecador es Haxa, y el asna en que va caballera es el cuerpo humano, cuya tierra es seca en todas virtudes. Demanda el alma al Padre eterno su bendición, y que le dé regadío de lágrimas para hacer fructo en esta seca tierra. Dáselas exteriores y interiores, que es la compunción y deseo de gozar de la gloria suya de que carece; pero esto es después de haber merecido por las exteriores perdón de culpas y gracia.

Metíase el Venturoso por los rincones del monasterio y echábase por tierra llorando amargamente su vida pasada, y todo lo que comía y bebía mezclaba con lágrimas y no las podía disimular, aunque hacía la fuerza posible, de que no poco se edificaban los religiosos y mucho más los novicios con quien era su ordinaria habitación. No podía oir la música del convento, que la había famosa, ni chirimías, ni órgano, que luego no se enterneciese con mucho llanto. Y pues para darse una hartada de lágrimas no son menester testigos, dejémoslo como pece que ya está en su laguna ó río. Aquí compuso el Caballero el primer libro con título de *Canto*

suave de justos y consejo de pecadores. Diálogo entre un ermitaño y un poeta, en prosa y verso, de cómo cayó el hombre del estado de la gracia y cómo lo ha de recuperar por la penitencia hasta llegar al de la perfeción por sus tránsitos.



AVENTURA XII

No queriendo recebir el Caballero al hábito, le envían á Roma vestido dél en compañía de un Procurador general, y padece trabajos.



A ingratitud es raíz y fundamento de todos los males, que desagrada mucho á Dios y es un viento abrasador de todo bien, y que cierra la fuente de la divina misericordia y pone en silencio todas las buenas obras. Y como dice el sabio: «Quien vuelve mal por bien, nunca el mal saldrá de su casa». Así no era justo que el Venturoso Caballero fuera ingrato á tan grande beneficio; pero tener por vocación derecha la ocasión de la no pensada religión, y que en merced tan particular de Nuestro Señor en traerle á ella por aquel camino, y á cuchilladas por punta de espada, y que ella fuese su escudo y defensa, se mostraba ser su voluntad que le sirviese allí y no en los descalzos Franciscos que había prometido. Todo esto consideraba el nuevo Caballero de Jesucristo y lo tenía por muy cierto.

Vino á los ocho días pasados el Oidor amigo á ver su novicio, y agradeció al Prelado y religiosos

la buena obra, y rogóles que le dejasen profesar el hábito, pues Dios había ordenado lo hubiese recebido y con él aseguraría mejor su conciencia y libertad. Hizo el Provincial su diligencia con mucho fervor juntando en capítulo todo el convento por dos veces, y halláronse muchas dificultades que impusibilitaban el poder ser admitido, sin dispensación del Papa: que el voto que había hecho era para más estrecha religión, y que, por falta del ojo siniestro, era, por ser el de el canon, indispensable para ser de misa, sin otras irregularidades de la milicia. Demás de que entrar huyendo de la justicia era contra *motu proprio* y contra constitución de la Orden. Apretó tanto el Oidor á los Prelados y al Procurador general, que se volvía á Roma, que abriéndole la corona se lo llevó consigo por compañero para que allá se negociase todo con Su Santidad. Llegaron á Barcelona, visitaron á Nuestra Señora de Montserrate, y embarcáronse en galeras de Génova, y navegando la vuelta della padecieron una tan peligrosa fortuna de mar, que las unas con las otras se hacían pedazos. De lo cual se verifica el proverbio:

Quien te alabare la mar,
alábale tú la tierra,
y quien te alaba la guerra,
alábale tú la paz.

Por esta navegación dió el Venturoso novicio las

gracias al Procurador general, que le lleva por compañero, con estas

LIRAS

Padre en obras y amparo,
procurador de un pobre perseguido,
vuestro término raro
me tiene redimido,
y á vuestra caridad y pies rendido.
Porque con luz del cielo
sois de misericordia muy copioso,
mi socorro y consuelo,
y tan gran religioso,
como yo en conoceros venturoso.
Con virtud me comprastes
en una dichosísima almoneda,
do mi alma ganastes
en vida santa y leda,
donde rogar á Dios por vos más pueda.
Vos sois nuevo Eliseo
que á mi alma muerta y cuerpo atribulado,
con vuestro aliento veo
que conmigo ajustado,
de dos muertes me habéis resucitado.
Y echando al mar la capa,
me pasáis por las ondas sin mojarme
á donde pueda el Papa

valerme y dispensarme
en vuestra Orden do podré salvarme.
  Deste hábito indigno,
que me libró de tantas pesadumbres,
con su favor divino
el Padre de las lumbres,
hábito me dará en buenas costumbres.
  Y aunque fué violento
el hábito y mi suerte incompatible,
Dios suele en un momento
allanar lo terrible,
y hacer lo imposible ser posible.
  Lo más dificultoso
que á los hombres parece indispensable,
su brazo poderoso,
á donde hay fe notable,
dispensa y salva con virtú admirable.
  Y á vos, padre maestro,
que me lleváis en vuestra compañía,
de Dios el premio vuestro
tendréis, como solía,
cuando faltase yo á lo que debía.

SONETO

Padre, nombre que al alma da dulzura,
maestro que me enseña y me convierte,
vestigio en medio de mi buena suerte
de la gloria que allá se os asegura:

Próspera y felicísima aventura,
que el nombre Venturoso hace me acierte
á serlo en obras en la vida y muerte,
pues el servir á Dios sólo es ventura.
¿Quién pudiera creer que en la miseria
de la persecución que me acomete,
otro que Dios allí me socorriera?
Mas la profundidad desta materia
resumo en un proverbio que promete:
á quien bien hace, ¿qué más bien espera?

Agradaron mucho los versos del Caballero religioso á su maestro y compañero, que aunque era siciliano, tenía ya la lengua española. Entraron los dos en Roma y fueron bien recebidos del General que en él estaba, á quien hecha entera relación de todo el caso, y dadas las cartas de recomendación para Cardenales, le dieron al novicio buenas esperanzas que profesaría si Su Santidad dispensaba, y que se lo pidirían con mucha instancia; lo cual no fué posible alcanzar en más de seis meses, usando de graves medios. Viendo que no había remedio, ordenó el General que el novel Caballero mudase de hábito, pues ya estaba fuera del peligro de España. Pidió licencia para irlo á poner por obra á casa de un conocido clérigo, y dejarónle ir con el hábito puesto; y como deseaba ser religioso así como estaba, procuraba con favores de Cardenales y del Embajador de España entrar en los capuchi-

nos ó en los cartujos, y por los mismos impedimentos no era admitido. Como los religiosos de aquel orden algunas veces lo encontraban con su hábito, y persuadiéndole que se lo quitase, traíalos con buenas palabras, dieron parte al General y hízole intimar por orden del Gobernador de Roma, que se quitase el hábito, pues no era profeso, dentro de tres días, reservando la pena arbitraria al mismo General. Dejaba de quitarse el dicho hábito el Caballero, por el honor y evitar algún género de escándalo que causaría verle en otro traje las personas graves que ya en aquél le conocían y trataban. Quejóse al Cardenal protector de la religión, de la fuerza que el General le hacía, pues su orden no perdía nada porque él trujese su hábito, estando buscando su remedio. Díjoselo el Cardenal el primer día que lo vido, y enojóse tanto, que encontrando un día al Caballero, lo hizo entrar en su coche el mismo General violentamente entre sus religiosos y criados, y lo llevó á una cárcel de su monasterio fuera de los muros de Roma, obscurísima y honda, que en tiempo de los gentiles solían meter allí los mártires; y poniéndole en lo más interior della con unos grillos y cadena, con un saco de paja podrido y una frezada rota, le cerraron dos puertas, trayéndole una vez al día unos pedazos de pan duros y negros y un jarro de agua salada de un pozo. El primer día desta prisión fué á 16 de Marzo del año *1584*, y su edad veintiocho.

En estas tinieblas palpables y crueldad no vista entre ministros de Dios, fué su divina Majestad servido de tenerlo tan apretado, cuanto convenía para darle la luz interior del alma que el padre de las lumbres pretendía. Que, como dice San Jerónimo, «no sólo nos enseña á hacer su voluntad Dios con sus dones, pero también con sus azotes». Mas cuando él, apretado de una mortal angustia, ya de todo punto le faltaban las fuerzas humanas, habiendo llegado con ellas al término de cuarenta días de prisión, sin que su criado ni amigos supiesen qué había hecho Dios dél, echado el afligido Caballero la boca en tierra, con sequedad interior llamaba la muerte, que aun lágrimas (que suelen ser alivio y consuelo al que padece, ración muy ordinaria á los afligidos) se las quitaba Dios. Mas como ya veía que corría peligro en la esperanza, y que el cauterio, por la flaqueza del ánimo, tenía por mejor ser muerto que sano, movió luego el Médico divino y Juez eterno al General que tuviese clemencia, y entraron de improviso y sacaron al preso desmayado; quitarónle las prisiones (que si hubiera muerto al mismo General no le pudieran haber dado más rigurosa prisión) y llevarónle del brazo, sin vista y sin aliento, que la claridad del día le ofendía, privado della en tanto tiempo. Con la túnica interior y un sombrero como ermitaño, fué puesto en libertad del modo que suele un cautivo escapar de infieles. Tales palabras decía el Caballero á sus conocidos y á

cuantos trataba después que de allí salió, y tanto espíritu arrojaba por la boca, que estando hospedado en casa un su amigo, secretario de un Cardenal, de los sermones y desengaños que Dios le infundió en la prisión se convirtieron dos criados distraídos de aquel palacio, y dejando el mundo se entraron capuchinos. No poca admiración ponía á cuantos le oían, que atónitos escuchando no se hartaban de su doctrina, como si saliera de algún desierto. Pidióle su güésped que le dejase algunos versos porque se acordase dél, y hízole luego las siguientes

CANCIONES

Hazme, Señor, entrar á que colija
la lumbre de tus cosas
altas y milagrosas,
y de misericordia me cobija;
para que con luz fija
conozca destas cosas que poseo
las otras que no veo,
que destas pequeñuelas y visibles
las que son invisibles
puedo conjeturar, y destas ciencias
noticia me darán tus excelencias.
Porque si tu bondad omnipotente
debajo los pies puso
cuanto crió por uso

del hombre, que es de todo el presidente,
cierto está y evidente
que no puedes faltarle en cuanto quiera,
si él confía y espera,
pues tras de su fortuna envías calma,
y el afligida alma
que padece por Dios obscuras nieblas,
su luz clara verá tras las tinieblas.
Si el hombre atribulado conformase
la pena que padece
con la que él bien merece,
yo seguro que alegre la pasase,
y que antes se espantase
de ver á Dios tan justo, puro y santo,
cómo padeció tanto,
por darle ejemplo y vida eternizada,
y él por una nonada
que padece por Dios, con merecello,
huye la cruz, blasfema y tuerce el cuello.
Nunca lo grave y mucho poco cuesta,
ni el trunfo de jayanes
se da á los haraganes
que gustan del descanso y mesa puesta,
sino al que más se apresta
con espada y rodela borgoñona,
á ganar la corona
peleando y venciendo á su contrario;
que es justo y necesario,
pues el reino de Dios padece fuerza.

y lo gana el valiente que se esfuerza.
De muy poco valor sería el premio
que por poco interese
al hombre se le diese,
dando á pequeña obra grande premio;
pues para ser del gremio
de aquellos que subieron á la gloria,
por guerra tan notoria,
es menester hacer lo que hicieron
los que la merecieron,
y si costó la vida al mayor santo,
no es mucho al pecador cueste otro tanto.

Con muchos abrazos de sus amigos y conterráneos partió el Venturoso de Roma en hábito de ermitaño la vuelta de Nápoles, y no le sucedió en aquellas cinco jornadas cosa notable. Entró en aquella famosa ciudad en una fragata por mar, al tiempo que estaba toda revuelta por haber sucedido el caso que por ser tan estupendo lo pongo aquí, con impropiedad. Había en Nápoles un letrado, Juez de la Vicaría, á cuyo cargo estaba la provisión del trigo de aquella ciudad, y habiendo falta aquel día de pan, andaba el pueblo menudo clamando tras él que los proveyese, y se quejaron un día á él, que por dejarles sacar el trigo del reino padecían. Enojado él de oir esto, les dijo: «Pues sois tan desvergonzados que os atrevéis á decirme esa mentira en la cara, yo os tengo de hacer comer arena», y esto

decía caminando en su coche, de la Audiencia á su casa.

Año de 1584 á 14 de Marzo, otro día siguiente que pasó esto, se juntó un gran tumulto de oficiales y gente plebea en número de dos mil personas, y á medio día fueron á su casa de este Juez llamado Estarache, y entrando de tropel, la mujer, como más flaca, se levantó de la mesa donde entonces comía con su marido, y saltando paredes y tejado, se metió en un monasterio de monjas que cerca de allí estaba. El vulgacho bárbaro encarnizado, hicieron al Juez tantos pedazos, que se tenía por indigno del lauro de la victoria el que no llevaba una reliquia de carne ó güeso. Y en las puntas de las espadas y en otros palos y cañas, repartieron más de cien pedazos; y con uno por hombre y otro la cabeza, iban por las calles públicas de la ciudad en modo de procesión dando voces: «¡Viva el Rey de España y muera el mal gobierno!» Los castillos y fortalezas principales, que las guarda infantería española, temiendo que fuese algún motín ó levantamiento, pusieron á punto de disparar la artillería, que es sin número, de San Telmo, que basta asolar toda la ciudad, que está en un monte que la tiene toda debajo, y por la marina, Castillnovo y Castill de Lobo, pasaron con este tumultuoso y cruel espetáculo por delante del palacio del Virrey, que era entonces el Duque de Osuna, y como él se asomase á un balcón y se santiguase espantado de tal monstruosidad entre

christianos, ellos, creyendo que los bendecía, alzaban más las voces: «¡Viva el Rey y muera el mal gobierno!» El prudente Duque mandó á las dos compañías que tenía de guarda española, que no se moviese ninguno, y así fueron sus estaciones toda la ciudad, sin ser impedidos de nadie.

Llamó otro día el Virrey en secreto (sin dar parte á su consejo collateral) á media docena de hombres de la misma tierra, que suelen llamar por mal nombre Espiones, y señalándoles seis reales de salario cada día, iban reconociendo y poniendo por memoria los nombres, oficios y casas de todos los culpados en aquel homicidio y maldad. Entre tanto mandó el Duque recoger á la ciudad todo el tercio de las compañías de Nápoles, para lo que podía suceder, y como se iban de noche prendiendo los malhechores, los metían en el Castillnovo que está junto á palacio, convencidos y confesados en el tormento; estaba puesta una grande horca en una plaza á la vista del castillo y el artillería prevenida, y con la guardia de dos compañías de arcabuceros y la del Virrey, de alabarderos, cada día sacaban á ahorcar cuatro, cinco y seis, sin que hubiese resistencia ni motín alguno, y duraba el prender y el ahorcar muchos días; despachó la ciudad síndicos al Rey por el perdón, y cuando vinieron con él, ya se había hecho justicia de más de ciento ahorcados y hechos cuartos, otros tantos en galeras, y trecientos que estaban presos soltaron libres con destierro, por

la merced de su Majestad; todo esto vido el Caballero, del principio hasta el fin, porque posaba en palacio.

Ninguna cosa se le asienta mejor al Príncipe y Juez (como dice Alexandre de Alejandro), que la clemencia. Así como la abeja maestra de la colmena que rige todas las otras, que aunque tiene aguijón no usa dél (según Plinio), á lo menos pocas veces, así el buen Príncipe y Juez, aunque tiene poder para castigar con rigor, con todo eso no debe usar dél fácilmente, sino sólo cuando conviene, como hizo el Duque en este caso. Porque se ha de preciar de misericordioso y no de cruel. Como enseña un texto canónico: «Que la misericordia se prefiera al rigor».



AVENTURA XIII

Parte el Caballero de Nápoles á Cerdeña; salen moros á su nave; enferma en la ciudad y sucédenle casos extraños.



ABEMOS que el amor proprio —dice San Gregorio—cierra con vehemencia los ojos del alma, de donde se sigue que muchas veces nuestros pecados graves nos parecen livianos, y los del prójimo livianos nos parecen graves; y lo otro porque es raíz y origen de todos los males. Déste nacen unos afectos viciosos que son claramente pecados, y muy graves». No muy fuera deste amor propio iba el Caballero peregrinando en sus desaventuras, buscándose más á sí mismo que á Dios, que si quisiera ser fraile de la vida activa, que no requiere dispensaciones, en cualquier orden fuera recebido y de aquélla no fuera echado.

Pasados dos meses que estaba en Nápoles, partía una nave á la isla de Cerdeña y pidió al hermano del Virrey que le encomendase al Capitán, y haciéndolo así, se embarcó, y llegados á la vista de la ciudad principal, que se dice Caller, nunca la nave

podía embocar por el puerto, con vientos de tierra que la volvía atrás, y duró esto catorce días, sin tener una hora de viento favorable con ser el mes de Mayo. Andaba la nave á una legua del puerto, orceando de Levante á Poniente hasta que Dios le diera tiempo para entrar; acabóse la provisión del Caballero, y el Capitán le daba su tabla. A los ocho días que duró este trabajo, como á la media noche, con muy clara luna, vieron venir cuatro galeotas de Morata arraez, que con alguna presa se retiraban á Argel.

El Capitán y marineros despertaron la gente, alistaron doce piezas de artillería que llevaba el bajel, y los religiosos de la Compañía y de San Agustín que allí iban, á gran priesa confesaron la gente en número de 60 entre marineros y pasajeros. Hicieron trincheras con sacas de lana en la cubierta del navío, todo á la redonda; dieron arcabuces y alabardas á todos, arbolóse una bandera de infantería encima la popa, y el Caballero tomó una caja de guerra, y, templándola, tocó á rebato, dando á entender al enemigo que llevaba el bajel infantería española. En este tiempo, en forma de media luna, se iban acercando las galeotas á la nave, que, ya amainadas las velas, estaba esperando. Saludóla el enemigo con un cañonazo, con que le rompió las jarcias. Veíanse claramente los moros por las crujías con sus marlotas y turbantes; jugó el navío luego de sus piezas, y duró el combate una

hora de una parte y otra. Mas como viesen los moros la poca ganancia que con la fuerte nave tenían, fuéronse mal heridos retirando poco á poco; el bajel, aunque quisiera seguirlos, no tenía viento. Descubrióse luego que entraba gran golpe de agua por un cañonazo que tenía en la proa; cubrióse con ropa, y acudieron todos á la bomba á sacar el agua, que duró todo un día junto con lo que quedaba de aquella noche. No hubo muerto alguno y pocos heridos.

Pasados otros seis días después desto, que tampoco podían tomar con la nave el puerto, faltaba el sustento y agua dulce, y la nave corría peligro por estar maltratada de la refriega; así, de acuerdo de todos se llegaron en tierra, y echaron en ella todos los pasajeros en los dos bateles entre unos peñascos, y el Venturoso salió de los primeros. Huyendo de un inconveniente dieron en otro, que fuera mayor si Dios no lo remediara. Donde desembarcaron era un áspera montaña, tan cerrado y espeso bosque, que parecía que no había por dónde un perro pudiese entrar. No sabían qué hacerse para hallar camino ó vereda que los llevase algún pueblo, que ya sabían que de allí al puerto no había más de tres ó cuatro leguas. Determinóse el Venturoso á seguir su aventura, y dijo á todos sus compañeros que en hilera uno tras de otro, asidos como ciegos, conforme sus dignidades, le fuesen siguiendo; y él, como hurón, á gatas, se comenzó á emboscar, sin

hallar lugar donde poder alzarse en pie, y descansando á cada rato, hacían á Dios devotas y lamentables oraciones para que les favoreciese en aquella tribulación, que, pues los había librado de los moros y del mar, no los dejase morir como bestias fieras emboscados. Pasadas como dos horas, hallaron un prado pequeño, descubierto de la espesura; levantáronse en pie, vieron el cielo y gozaron del sol. Estuviéronse allí dos horas, porque ya se ponía el sol, y temían volverse á emboscar de modo que se perdiesen; pagaron allí sus deudas los religiosos de las horas canónicas, y los seglares, con sus rosarios, de rodillas, con profunda oración, clamaban diciendo: «Humillado nos has Señor, en este lugar de aflicción, y nos has cubierto con la sombra de la muerte. Pero como tú eres nuestro refugio y virtud, ayudarnos has en la tribulación presente que ahora nos ha venido. Y así no temeremos, aunque se conturbe la tierra y se transfieran estos montes en corazón del profundo mar». El piadoso Padre de misericordia les trujo allí luego un cazador vestido de pieles de animales, que era sardo, y se llegó á ellos y les habló en lenguaje castellano, porque sabía muchas lenguas y la turquesca. Contáronle sus trabajos, y cómo iban á la ciudad de Caller y no tenían qué comer. Exhortólos el cazador á tener paciencia por aquella noche, que estaban lejos de poblado, y que no tenía pan ni otra cosa que darles, sino carne fresca de ciervas y cabras monteses, y

que tenía yesca y pedreñal y haría fuego. Este día era viernes; en la noche consultaron los religiosos que iban allí que á tan notable necesidad no había ley, que estaban muy fatigados de haber caminado en ayunas, pecho por tierra, todo aquel día, principalmente no haber hierbas, raíces ni otro género de sustento sino carne; determinaron de comerla. Trujeron dos ó tres cuartos della; el cazador hizo un gran fuego, sacan sus cuchillos, y hacen asadores de varas, y comienzan á asar cada uno lo que más podía, según su hambre, que en algunos era tanta, que la carne á medio asar echaban en ella el bocado como lobos. Casi la mayor parte de la gente comían la carne hecha una sangre, y sin sal ni otra cosa; arrojábanse luego á dos fuentes que allí había de agua fría y mala, de donde resultó que volvían á echar luego lo que habían comido, bocal y particularmente, y el más bien librado quedó hecho desde aquella noche de la cámara por muchos días. El Venturoso lo fué entre los demás, á razón de ser más cursado en trabajos y hambres, venir muy mareado, y así asaba muy bien su tajada, y habiéndole Dios deparado un panar de miel en un güeco de un árbol, hizo primero traslación dél al vacío de su vientre, con pollos y cera, sin desechar ripio, y luego comió su carne, antes quemada que cruda. Pues como la miel es cálida y la cera estriñe, reparó la corrupción de la carne montés y del agua fría y mala, y quedó fuera de las cámaras de sus camaradas.

Durmieron á la sombra de los sauces hasta una hora de día, que el buen cazador los guió á un hato de pastores de muchas ovejas, que de allí estaba dos leguas pequeñas. Un cuarto de legua antes de llegar á él, estando cansados, se sentaron todos en unas piedras, dando gracias á Dios por las mercedes que les había hecho de traerles aquel buen hombre que, como el ángel de Tobías, los guiaba. Rogaron al Caballero que dijese algunos versos acerca de aquella peregrinación y buena suerte, y él comenzó luego la siguiente

OTAVA

Nuevos efectos de un milagro extraño
nacen de los trabajos y amargura;
unos atentos á mi grave daño,
y otros á un bien que eternamente dura.
Resulta deste mundo un desengaño,
que faltar dicha en él es más ventura;
pues por la penitencia me hago eterno,
ganando gloria en medio deste infierno.

GLOSA

A mortal culpa hay pena
también mortal; mas si se llora el daño
y la enmienda se ordena,
obra este bien tamaño
nuevos efectos de un milagro extraño.

Nuevas fuerzas y vida,
nueva gracia de Dios, nueva ventura,
nueva virtud unida,
nuevo gusto y dulzura
nacen de los trabajos y amargura.
Mas en la violencia
de males que padezco todo el año,
si falta la paciencia,
hallo, si no me engaño,
unos atentos á mi grave daño.
La suerte, mala ó buena,
es propria voluntad que echar procura
unos á eterna pena,
por no sufrir su cura,
y otros á un bien que eternamente dura.
El justo y penitente,
que el padecer por Dios no le es extraño,
sabe más claramente
cómo en provecho ó daño
resulta deste mundo un desengaño.
Ve que en sus poderíos
no halla el cuerpo ni ánima hartura,
y de sus desvaríos
conoce con fe pura
que faltar dicha en él, es más ventura.
Si abismo, tierra y cielo
me afligen en verano y en invierno,
me animo y me consuelo
con morir de amor tierno;

pues por la penitencia me hago eterno.
  Animo y padezcamos,
que el tiempo es corto y premio sempiterno,
y es justo que muramos
por Dios, amor supremo,
ganando gloria en medio deste infierno.

Agradaron mucho á la compañía la otava glosada en liras, que pareció cosa nueva; pero para que el Caballero no quedase sin premio de su trabajo, de entre unos árboles tiraron un escopeta, y con la bala le quitaron de la cabeza un bonete colorado largo, que sacó del navío, sin hacerle mal alguno, sino el sobresalto y temor grande que resultó en todos los pasajeros. Dió gracias á Dios el Venturoso del milagro, que ya era segunda vez. Acudió luego el cazador con su arcabuz á reconocer quién había tirado, y halló que los mismos pastores sardos que iban á buscar, pensando que los pasajeros fuesen turcos (de los que ordinariamente suelen desembarcar á hacer leña y carne en aquella isla), al Caballero, que lo parecía con su bonete, habían tirado por matarlo. Hízolos venir allí el intérprete, y por su lengua pidieron perdón, y fueron todos de compañía á la cabaña. Sentados en ella sobre sus capas, los buenos ganaderos, que ya habían ordeñado, les dieron roscas de pan candial como la nieve, y les iban poniendo delante lebrillas llenas de leche caliente, requesones y queso fresco

en tanta abundancia cuanto su hambre había menester, y la tierra lo lleva de suyo, que para la cuaresmal vida que habían pasado en tan larga embarcación y mal camino, fué para ellos un sábado de gloria. No fué pequeño el milagro de la Providencia divina, en que aquel día les habían traído á los pastores todo aquel pan para su semana, que de otra manera no bastara, y comieron de doce roscas 30 personas, y sobró pan, leche, y queso, quedando todos hartos.

Entraron todos en acuerdo para satisfacer la buena obra que habían recebido, añadiendo otro que les alquilasen una docena de rocines que tenían allí paciendo, para ir á ratos caballeros hasta el lugar más cercano, que había tres leguas. Tomó el Caballero el cargo, y cobró de cada uno por comida y cabalgadura un real de á cuatro, y fuéselos á dar al mayoral de los pastores, y respondió que ellos no conocían moneda de plata, ni de oro, ni la habían menester, y no fué posible que los tomase, si no fué el cazador, que tomó una docena de reales por mostralles el camino.

Dos personas en cada rocín y seis criados á pie entró el Venturoso con su escuadra en Villamazargia, que así se decía el lugar; apeáronse á la puerta de la iglesia, porque no había mesón, y volvió un pastor sus rocines. Estando allí sentado el Caballero, vido una cosa notable, y era que venían á un portal muchos hombres y mujeres del pueblo vesti-

dos de pieles de animales, con abarcas y monteras de lo mismo, y de un carnicero tomaban cuartos de carne selvaje por peso y no daban dinero ni cosa alguna. Preguntó el Venturoso á la lengua que allí estaba: ¿cómo no pagaban la carne los que la llevaban? Respondió: «En estos pueblos no hay dinero; cada uno amasa pan en su casa y cuece, y matan carne en estos bosques, y el que caza un día mucha, da á los que no cazan prestado, y vanlo cobrando cuando ellos pesan, y así se corresponden en las otras cosas.

Partió el mismo día el Caballero á la ciudad de Caller, y entrado en ella, fuése á una posada y descansó aquel día y otro, si descansar se podía en un purgatorio donde á puñados las pulgas se lo comían vivo, á quien tocaba el sol, el sereno ó el aire, no siendo usado; era como peste el agua que toda la ciudad bebía, de un solo pozo hondísimo, amarilla, gruesa y salada, que como él no bebía vino, cada vez que comía hacía notable penitencia, y todo cuanto veía le parecía un infierno. Tomó la pluma para dar algún alivio á su mala andanza, y escribió estos

MADRIGALES

Á la letra, Psalmo 45, Deus noster refugium, etc.

Dios, nuestro bien, refugio de los males,
nuestra virtud y amparo,

y ayudador preclaro
de las tribulaciones principales,
cuantas afligen y dan guerra al hombre
que las padece y sufre por tu nombre.
Por lo cual con razón no temeremos
que se turbe la tierra
con hambre, peste y guerra,
ni que caigan los montes más supremos,
y sean con espantos no creídos
dentro del corazón del mar metidos.
Túrbese el agua turbia y bulliciosa
del mundo miserable,
con furia inexpugnable
de su persecución grande y furiosa,
que al cabo son los montes conturbados
ante los fuertes más atribulados.
Los ríos que son más impetuosos
y no van con tibieza,
sino con fortaleza,
alegran la ciudad de Dios gozosos,
santificando con fervor contino
su santo Tabernáculo divino.
Pluguiese á Dios del cielo que ya fuese
este corazón mío,
muy caliente ó muy frío,
y no que flojo y tibio á Dios sirviese,
que desta suerte el ánima se cansa,
é inmundicias recoge el agua mansa;
Dios de en medio los fuertes no se mueve,

y con paterna fuga,
de mañana madruga,
y su santo rocío en ellos llueve,
con que al alma su Esposa el miedo quita,
y en él la fortalece y la visita.

Contúrbense los reinos y las gentes,
toda la tierra se hunda
con furia tremebunda,
que en medio destos fieros acidentes,
con una voz que da el atribulado,
es de su Dios oído y consolado.

De contino el Señor de las virtudes
con nosotros se halla,
que es defensa y muralla
(Dios de Jacob, salud de las saludes)
de cualquier criatura que le llama,
y con herviente celo sirve y ama.

Venid (si no creis lo que yo os digo)
y veréis obrar cosas
grandes y prodigiosas
encima deste mundo, que es testigo,
con castigos de hambre, peste y guerra,
que de una parte á otra hay en la tierra.

Arcos, ballestas, coseletes, lanzas,
espadas, alabardas,
arcabuces, bombardas,
que toman de enemigos las venganzas,
y el escudo de fuego breve y fuerte
que á los perseguidores da la muerte.

Mirad cómo soy Dios, el Señor dice,
ensoalzado en las gentes,
y en todos los vivientes
conocerme por tal mi nombre hice,
y encima de la tierra levantado
estoy por hacedor de lo criado.
Verdad es, Dios eterno y soberano,
que vos sois Señor solo
del uno al otro polo
de todas las virtudes, cuya mano
favorece al aflicto y miserable,
como Dios de Jacob inexpugnable.

No pasaron tres días cuando estaba ya el Caballero herido de las malas calenturas sardas pestilentes que suelen dar á los forasteros que entran en verano. Como á pobre ermitaño, y sin conocidos, fuése al Hospital general, donde había lugar para todos estados y calidades de personas; pusiéronle en una sala entre religiosos y clérigos. Dejémosle aquí curar y convalecer para otros mayores infortunios, que no se oirán pocos, de los cuales alguna razón terníamos para desatinar en los acaecimientos que suceden, si no mirásemos á aquel tan verdadero trino Dios, que ninguna cosa hace, ni hacer puede, que no sea bien hecha. Y quien tras este tino atina, nunca desatina. Porque el creer que Dios sabe lo que hace, y que lo hace por nuestro bien, lo conserva en paz, sin sentir aquellos gran-

des alborotos y desasosiegos que sienten los que á su proprio parecer miran. Quien busca hacer la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se le da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien? La enfermedad en el cuerpo es, y hase de guardar mucho no pase al ánima, pues para salud del hombre de dentro aflige Dios al de fuera. Y entonces no pasa, cuando el ánima no se descontenta de lo que el cuerpo padece, antes se ofrece á la voluntad de Dios, sacando salud de la enfermedad. Esta es la carrera que San Pablo desea que todos tengamos, cuando dice: «Dios de esperanza, hincha vuestros ánimos de gozo y paz, para que creáis, por que abundéis en esperanza y virtud del Espíritu Santo».



AVENTURA XIV

Habla el Venturoso con una ánima en pena; sucédenle persecuciones, y vuelve á Roma y toma un orden militar.



EL justo, dice el sabio que cae siete veces, y otras tanta se levanta; San Agustín declara que este número de siete determinado se toma por otro indeterminado. De manera que decir cae siete veces el justo, es decir cae muchas veces. Dice mas: que el caer se entiende, no en pecados, sino en tribulaciones, enfermedades, trabajos y tentaciones. Otros doctores, teniendo consideración á lo que se sigue, de que dice: «Que se levanta», entienden que también en pecados, y favorecidos de Dios luego se levantan. Así nuestro Venturoso, siempre cayendo y levantando en sus peregrinaciones, le trae Dios y su santísima Madre muy á su cargo, dejándole (para purgación de culpas y mayor mérito) que por tantas vías padezca más que no perezca. Son tan pestíferas las fiebres de aquella isla, que estuvo más de un mes en convalecer y cobrar fuerzas de las que perdió en solos tres días que tuvo calentura.

A los ocho días de su convalecencia, estando el Caballero desvelado en la enfermería que hemos dicho, á la media noche oyó que, en la puerta de fuera de la sala, sonaba como que una persona arrastraba una cadena que llevase al pie, y luego hacía ruido con una llave de loba en la cerradura, como que abría la puerta. Duraba esto tanto de dar vueltas á la llave, que el Venturoso se levantó de su cama, y con una ropa encima de la camisa, se puso en pie á ver en qué paraba aquello, porque había en medio la enfermería una lámpara grande que daba á toda ella luz. Al cabo de media hora que duró este ruido, cansado el enfermo de esperar, acostóse, y luego sintió caminar por la sala arrastrando la cadena. Tomó una cruz de reliquias que de contino traía, y puesta su ropa y hecha sobre sí la señal de la cruz, llegó hasta cerca de la lámpara, con más miedo que vergüenza, y no veía cosa alguna, aunque lo oía. Dábanle unos calosfríos y temblores, con los cuales se le alzaba el pelo de la cabeza. Un poco más abajo de la lámpara se le apareció un bulto muy alto, como cubierto con una sábana ó persona amortajada. Cobró ánimo el Venturoso, y díjole: «De parte de Dios te conjuro me digas quién eres y qué buscas aquí». Callábase el bulto y estábase quedo; y tornó otra vez á conjurarlo en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios verdadero. No respondía. Tercera vez le dijo: «Conjúrote *per*

Deum vivum que me digas lo que te pregunto». Entonces con una voz delgada y dolorosa, que parecía sonar dentro alguna bóveda, dijo así: «Yo soy la ánima del Mayordomo pasado deste hospital, y, para descargo de mi conciencia dejé tales restituciones y misas en mi testamento, que luego se cumpliesen. Y tal persona, mi testamentario, pasa de un año que no lo cumple habiendo hacienda. Estoy detenida en las penas del purgatorio, terribles y no creídas del mundo, sólo por esto, y vengo á ti para que pongas diligencia luego en hacer cumplir mis obligaciones, porque yo me vaya á gozar de Dios, por cuyo amor te lo ruego».

El Venturoso, mientras duró este coloquio, desde que le dijo que era ánima, se le heló toda la sangre, y, medio desmayado, estaba arrimado á la pared, como diez pasos del bulto; pero dándole Dios fuerza, cobró aliento y respondió: «Que, como fuese de día, lo haría sin falta ninguna». Al momento desapareció el bulto. Volvióse á su cama el enfermo contento de haber grangeado un amigo en el cielo, y maravillado de semejante visión, no pudo dormir el restante de la noche. Como ya fué de día, levantóse y preguntó á otros enfermos (que dormían en la sala, cada uno en su alcoba), si habían sentido aquella noche alguna cosa. Respondieron todos que no, y aunque le preguntaron por qué lo decía, no les descubrió nada. Hizo llamar luego al Mayordomo del hospital; venido que fué, preguntóle el Ca-

ballero por el nombre del Mayordomo su antecesor, su vida, fama y el tiempo que había que era muerto, y si hizo testamento y ante quién. Respondió llamarse Pedro de tal y ser tenido por un hombre de buena vida y fama y, á dicho de todos, un santo; que hizo testamento y muchas mandas á pobres ante tal notario, y que su testamentario era tal, persona honrada. Conformó esta relación del Mayordomo con lo que el ánima había dicho. Hizo el Venturoso que le llamasen luego al testamentario, que vivía cerca, y era muy devoto de aquel hospital, y venido en secreto, le dió parte de la visión, y le rogó que luego al momento hiciese cumplir todas las mandas, así de misas y obras pías como de restituciones. Excusóse haberse tardado por haber tenido pleitos sobre la hacienda. Hízose todo aquella misma semana, y no se sintió más ruido.

Cobróle mucho amor el testamentario, y hízole muchos regalos, sacólo del hospital, llevólo á su casa á convalecer y dióle á conocer á todos los caballeros de la ciudad y Arzobispo, que entonces hacía oficio de Virrey. Tuvo estrecha amistad con el Conde de Achire, con el Gobernador, que era castellano y nuevamente casado con otra señora castellana, á instancia de los cuales les hizo estas

QUINTILLAS

El sacramento primero
que el gran Dios instituyó
á nuestros padres, y dió,
fué el matrimonio, do infiero
que en él gran misterio obró.
El hombre es bien de creer
(que según su carnal ser),
no puede tener estado
mejor que ser bien casado,
si tuviere de comer.
Vosotros que en calidad
y condición os juntastes,
sin ventaja os igualastes
en amor y voluntad,
y á ser santos obligastes.
Si cual manda Dios vivís,
y el uno al otro sufrís
el yugo del matrimonio,
confundiréis al demonio
si con paz lo resistís.
El daros anillo de oro
la Iglesia en el desposorio,
es porque os sea notorio
amaros con buen decoro,
contino y no transitorio.
Y este amor de corazón,
sin mezcla ni división

de otro metal senxual,
mas oro fino y leal,
sin otra hembra ó varón.
Cual Cristo á su Iglesia esposa
ama con amor crecido,
así á la suya el marido
debe amar más que otra cosa,
y el della ser más querido.
Y esté la esposa avisada,
que para ser bien casada
á su marido obedezca,
y con su virtud merezca
ser querida y regalada.
El sabio marido advierta,
que ha de amar y proveer
muy bastante á su mujer,
para que no se pervierta
por falta del menester.
Y en todas las ocasiones,
los enojos y quistiones
que el demonio les moviere,
sufra más quien más pudiere,
y alcanzará eternos dones.
Trabajarán por ganar
más virtudes que hacienda,
sin que en nada á Dios se ofenda;
y antes morir que pecar,
que es la más rica vivienda.
Huigan chismes y consejas,

y de mozuelas y viejas,
que vienen con tercerías,
y á las malas compañías
no den su casa ni orejas.
Que para poder salvarse
los más perfectos casados
entre familia y cuidados,
no han menester descuidarse
con hijos ni con criados.
En mirar y hablar doquiera,
y en irse á pasear fuera
la casada se recate,
porque cuando no se cate,
tendrá más duelos que quiera.
Tenga siempre en su sentido
que no hay en el mundo cosa
más rica, sabia ó hermosa
que su casa y su marido,
y será matrona honrosa.
Preciándose de ser casta,
que con esta virtud basta,
y si todas las tuviere,
cuando désta careciere,
las demás consume y gasta.
No sea amiga de galas
ni de parecer muy bella,
que el que se casó con ella,
con tachas buenas ó malas,
como quiera ha de querella.

Y nunca viva engañada
en pensar que está obligada
á pintarse á su varón,
que será dar ocasión
de ser de otro deseada.

Que pretenderse afeitar
para el que ya satisfizo,
parece con tal matizo
que quiere á Dios enmendar
de no saber lo que hizo.

La hermosa verdadera,
que de natural lo era,
no ha de buscar artificio,
porque es peligroso vicio
y de persona ligera.

Acuda (pues es mayor)
el marido, como debe,
á su esposa, y no la pruebe
si no fuere en el amor,
que todo lo hace leve.

No la cele ni recele,
que es golpe que mucho duele
á la mujer que es honrada,
porque quizá de indignada
no haga lo que no suele.

Familia y hijos doctrinen
en virtudes y en crianza,
con devoción y templanza,
y en todo los encaminen

á la bienaventuranza.
Y sean tan bien casados,
alegres, ricos y honrados,
que con ejemplar sosiego
sirvan á Dios, á quien ruego
haga bienaventurados.

Seis meses estuvo el Caballero en esta isla, favorecido y alimentado de los títulos y nobles della, y fué tanta su estada, porque no dejan salir della á los forasteros, por estar muy necesitada de gente. Un Prelado de una Religión le tenía mucha voluntad y hacía diligencias para que tomase su hábito, no queriéndose obligar á la dispensación, y el Venturoso se excusaba tener ya hecho vocto de otra más estrecha orden. Pues como supo que su devoto se quería ir de la isla, cuanta voluntad le tenía se le volvió en indignación, y para vengarse dél, le acusó al Santo Oficio de que miraba las líneas de las manos y adivinaba lo porvenir. Fué acusado el Caballero, y el Conde de Achirre lo llevó á un castillo suyo, una legua de la ciudad, porque sabía que era falso lo que el fraile con los suyos habían depuesto contra él. Fué un familiar á buscarlo al castillo, y para mejor esconderlo, metiólo el castellano con una moza recién casada y hermosa que se le había huído de la isla su marido y como parienta la tenía allí recogida, y cerró por defuera con lla-

ve la puerta (1). De modo que por librado del peligro del cuerpo el inconsiderado castellano, lo puso en otro mayor del alma. Pero como en esta materia Dios nuestro Señor había tenido tanto cuidado de librar al Venturoso, con la simplicidad y modestia que si fuera su hermano se puso á razonar con la moza, que debía tener diez y ocho años, toda una tarde que duró la reclusión, por ser grande el castillo y haberlo buscado todo. Dióle un vuelco el corazón, y temiendo no lo viniesen á buscar allí, pidió á la mujer un vestido de su marido, que sobre un arca estaba, y quitándose el de ermitaño se lo puso; y á mala pena estuvo mudado, cuando el castellano, en compañía del familiar (y á su instancia), abrió la puerta y dijo: aquí están marido y mujer, criados del Conde, que están presos por un enojo que le dieron. Pues como los vido juntos y debajo de llave, y no conocía al Venturoso ni estaba en el hábito que traía por memoria, sin hablar palabra se fué de allí á la ciudad. De donde se colige que la Providencia divina (que todo le era presente), puso en el corazón al Alcaide que lo metiera con aquella mujer y que ella tuviera vestido y él el de la continencia para no caer en tan vehemente ocasión, y en lo que más obró Dios su misericordia fué que aún no le pasó por pensamiento ser de carne,

---

(1) Con un peligro grande se libra de otro el Caballero *(Nota marginal)*.

que es muy propio de su divina Providencia en los peligros que el hombre no se pone, sacarlo libre. Y en hacimiento de gracias, hizo la siguiente:

LETRA

Ajena. Mal pueden desenlazarse
las amorosas lazadas,
si están en el alma dadas.

GLOSA

Propria. Dios, que á su imagen me hizo,
contra el lazo del demonio
que á mi carne el bien deshizo,
me ha ligado en matrimonio
con su amoroso hechizo.
Y esforzándose á guardarse
mi alma del daño visto,
seguro tiene el librarse,
que lazos que enlaza Christo
mal pueden desenlazarse.
Pero si rompe la esposa
el vínculo inseparable
que en gracia la hace hermosa,
podrá hacerse abominable,
adúltera y perniciosa.
Alabanzas sean dadas

al que enlaza corazones
de sus esposas amadas,
que añudó en las ocasiones
las amorosas lazadas.
   Libre es propria voluntad
para hacer siempre adulterio
con mucha facilidad,
cuando el soberano imperio
no da firme castidad.
Gracias de gracia emprestadas,
que Dios suele al hombre dar,
pierde por ser mal guardadas,
y puédelas conservar
si están en el alma dadas.

Pasados algunos días, buscóle el Conde un navío de un Capitán español, que iba de paso á Nápoles, y encomendado y dádole bastimento, un fraile de San Francisco, castellano, que iba á Roma, le prestó un hábito suyo, y con él disfrazado, á dos horas de noche, se embarcó, habiendo ya hecho primero la requisa ordinaria en los bajeles que están de partida por ministros de los que gobiernan lo espiritual y temporal, por que no se les vaya ninguno sin licencia.

Dales Dios buen viaje, desembarca el Caballero en Nápoles con su compañero, van á posar al monasterio, están algunos días, y, guardando el mismo orden por el camino de Roma, entran en ella, que

fué del Venturoso la tercera vez, y no osaron ir al monasterio porque los comisarios españoles habían de pedir las licencias y el que era fraile no la llevaba, y menos el disfrazado.

Tenía entonces la silla apostólica Sixto V.

Concertóse el Caballero con un curial español para escrebir súplicas y memoriales, y estaba recogido en una cámara ganando con su pluma el sustento y vestido para mudar el hábito ajeno, no le viniese otro trabajo como con el pasado. El curial solicitaba sus pretensiones, y él, las fiestas, con el recato posible hacía diligencias para que le admitiesen en la Cartuja de Roma, y tuvo ya licencia del Cardenal Assolino Protector y del Procurador general para que le propusiesen en el monasterio de San Bartolomé de Trasulto, tres leguas de allí, y fué en persona con otro descalzo de San Francisco; no les dieron en el convento los votos. Las mismas diligencias hizo en los Bernardos descalzos y Recoletos, Carmelitas descalzos. Unos decían que para sacerdote no tenía dispensa, y para fraile lego sabía mucho, y tomando por testimonio de un notario todas estas respuestas, se presentó el Caballero con un memorial ante la Congregación de Regulares para pedir absolución del voto que tenía hecho y de haber estado más de un año con el hábito primero, que le decían algunos doctores que era profeso tácito. Fué dispensado de Su Santidad que tomase un orden militar, y con ésta quedase

libre de todos los votos y irregularidades de la milicia.

Con el dinero que tenía ganado púsose su hábito de Caballero y entró á servir de gentil hombre al Cardenal Alejandrino, cabeza de la misma Congregación, el cual, en el mismo año 1585, le hizo dar el hábito y cruz militar de San George, y fué á recebirlo, y profesólo en las galeras de Nápoles á 22 de Deciembre. Y con sus dos cruces acuestas lo dejaremos haciendo vestidos militares.

A instancia de un religioso dominico, devoto de la Magdalena, que era teólogo y confesor deste Cardenal, compuso el Caballero otro libro en octavas, llamado *Espejo de penitencia*, á imitación de Santa María Magdalena, que fué el segundo.



AVENTURA XV

Vuelve el Caballero á militar; en un presidio quieren matarlo soldados y salteadores, y líbrale Dios dellos milagrosamente.



Dos atormentadores tienen todos los que viven en este mundo, y nadie se libra dellos, según San Agustín; y cuando el uno cesa, el otro toma la mano, y son: temor y dolor. Cuando va bien, atormenta el temor de perder el bien que se posee, y cuando va mal, atormenta el dolor de la angustia en que está. Entre estos dos andaba agonizando toda su juventud el Venturoso. Parte de Nápoles á un presidio de la Toscana, que era Capitán y Gobernador dél un caballero de su Patria y muy su amigo, que le había á la pasada ofrecido ventaja en su compañía y su mesa ordinaria. Sienta su plaza, y á pocos días cánsase el Gobernador de darle de comer, y con muchas promesas de aumento del sueldo y ventaja prometida, le hace tomar casa y camarada con otro alférez reformado, y las fiestas le convidaba á su mesa. Todo esto no le bastaba al Caballero para sustentarse conforme su hábito ho-

norífico, porque las pagas se comía el criado, y él vivía un año había como de milagro. Tomó la pluma y envía al Gobernador estos

TERCETOS

Imprime tanto en mí la sangre altiva
de que compuesto soy, que hizo luego
que mi atrevida mano esto os escriba.
Mi corazón se abrasa en vivo fuego
y mi esperanza un hielo ser presumo,
que si callo, mi culpa misma niego.
Con aquesta polilla me consumo,
cual hace un pece que del agua es fuera,
y mi vida se pasa como un humo.
Este es vuestro presidio y mi galera,
porque estoy oprimido entre sospiros,
por no poder vivir como debiera.
Ofrecéisme ventaja, y sé deciros,
que la ventaja y plaza que yo quiero,
es el aventajarme yo en serviros.
Que me precio de amigo verdadero,
y al que es mío no falta en mi memoria,
antes la vida faltará primero.
A esta mi aventura transitoria
voy con esta metáfora aliviando,
que sólo entienda aquel que le es notoria.
Un día pasé un vado, y fuí tentado
por no ser ahogado en el orilla,
y al medio me hundí y salí nadando.

Convidóme un amigo de Castilla,
y no me dió á comer más de unas peras,
que el que no tiene más no es maravilla.
Yo las comí y callé por ser primeras,
y saqué deste pasto una experiencia
que suele distinguir burlas de veras.
Acuérdome que hice una imprudencia,
que por sanar de un mal subí una cuesta
y resultóme otra mayor dolencia.
Otra vez fuí á tirar sobre una puesta
con un buen tirador á puntería,
y dí en el blanco y quiebro la ballesta.
Dí también á colar el otro día
unas tovallas, y aún se están manchadas,
que hay manchas que no salen con lejía.
A las cosas difíciles no osadas
suele facilitar la diligencia
del saber con que son experimentadas.
Del carbunclo se sabe esta prudencia:
que aunque de noche da muy grande lumbre,
si lo buscan, no hallan su presencia.
El águila real tiene costumbre
llevar su hijo encima de sus alas,
y lo enseña á volar sin pesadumbre.
Mudanzas para mí son cosas malas,
que de correr el mundo estoy corrido
y de vuestro intervalo temo balas.
Y holgara de no ser aquí entendido,
por que con descansar sólo quedase

por tosco, y no por sátiro tenido.
Pero primero questo comenzase,
reconocí tenéis entendimiento,
que no habréis menester me declarase.
Recibo vuestro amor y ofrecimiento
del ayuda de costa y gran partido,
que mi costa ha partido el sufrimiento.
Aunque pobre, no estoy tan aborrido,
que con la primavera de esperanza
llegue al invierno y quede consumido.
Si no os mudáis habré de hacer mudanza,
que estándoos más, así yo estar no puedo,
pero si os esforzáis, mi fuerza alcanza.
Perdonad mi osadía y flaco miedo,
y agradézcoos el bien que me habéis hecho
de que obligado mientras viva os quedo.
Y vuestra cortesía y noble pecho
con buena fama, ya que fuerza falta,
espero en Dios dejaros satisfecho:
que el oro de virtud della se esmalta.

Mucho gustó el buen Gobernador de los versos, y desculpándose que por estar empeñado no iba más largo, asentó la plaza al criado para que tuviese el Venturoso tres escudos más cada mes della, que no fué poco socorro, aunque pagaban tarde y mal, quedando siempre debiendo tres y cuatro meses porque no se fuesen los soldados.

En este tiempo vino á militar en aquel presidio

un caballero casado, con tres hijos, el mayor de siete años, que ya el Venturoso conocía de que escrebían juntos en Roma en casa del curial, y le había prometido de hacerle dar plaza. Rogó por él, y recebiéronlo por coselete y alabarda, que era compañía de arcabuceros, seis escudos al mes. No faltó luego (entre hijos de tantas madres) quien lo conociese, y públicamente se murmuraba que era fraile sacerdote y predicador de una orden mendicante, y que la mujer que traía era monja profesa de su misma religión que había siete años que la había sacado de su monasterio y no sabían dellos en su tierra en Castilla la Vieja. A todo esto, el buen hombre callaba y no volvía por sí; la mujer, que no menos fiera era en la condición que en la cara, andaba cada día con las uñas desgreñando las mujeres del presidio que se lo decían, aunque fueran las de los cabos de escuadra, y él se llamaba D. Tal de Barrionuevo.

De todo lo cual resultaba no poco escándalo y confusión á todos, y quejas contra el Venturoso, que lo había hecho sentar su plaza, el cual, apretándole en secreto, le negó; pidióle le mostrase testimonio de cómo era su mujer aquélla, y conoció luego que la escritura era de su misma letra; disimuló el Caballero, y envióle luego con su criado un papel sellado en que iban estas

QUINTILLAS

Señor Barrionuevo: Ha sido
cosa nueva y de fastidio,
haberse fortalecido
en esta fuerza y presidio
sin fuerza á ganar partido.
Mas no me espanto que el barro
haga como quebradizo,
porque cuando Dios lo hizo
vaso fué, y aunque no jarro,
por su mujer se deshizo.
Pero vos, Barro extremado
cocido al fuego del sol,
pésame que hayáis faltado
del término de español,
christiano, noble y letrado.
Y si la vida del hombre
milicia es sobre la tierra,
no os espantéis que esta sierra
de vos murmure y se asombre,
que trocastes paz por guerra.
El pueblo se escandaliza
de ver un Barro tan ciego,
que él mismo se profetiza
cómo de estar tanto al fuego
se ha de volver en ceniza.
Obra Dios, y resplandece
con su justicia en cualquiera,

de aquella misma manera
que el sol, que al barro endurece
y hace blanda á la cera.
Mas mirad que la tinaja
de cuerpo más extremado
se hiende, revienta ó raja
si el fuego es demasiado,
y así no vale una paja.
Abrid del alma los ojos
y mirad con advertencia
las cosas de la conciencia,
pues son mayores enojos
que los que da la obediencia.
Y si este nuevo ruido
que hay de vos, y se murmura,
es de los malos fingido,
vuestra alma estará segura,
mas en la vida abatido.
Mirad cómo es vana y corta;
y si ponéis dilación
en lo que es la salvación,
lo que menos os importa
será vuestra perdición.
No sabré yo aquí glosar
verso tan exorbitante
como el vuestro, en el trocar
cielo y orden mendicante
por confusión militar.
Si os armáis al enemigo

el pecho por el salario,
mirad no os hiera el contrario
el ánima con castigo
eterno, y en penas vario.
Porque queréis ser mal quisto
y que os traigan en lisonja
(como hasta aquí se ha visto)
diciendo: «Este fraile y monja
han ya hecho el Anti-Christo».
Más valdrá si os recogéis
á Roma, seguro puerto
(aunque esto no sea cierto),
que allí siempre hallaréis
más paz que en este desierto.
Perdonad que os hablo claro
por los indicios que veo,
y como un amigo caro,
sabe Dios cuánto deseo
vuestro honor, gloria y reparo.
Pues que en público mi celo
os defiende con fe eterna,
mi secreta luz paterna
no la tengáis por nibelo,
siendo correción fraterna.

Seguro el Caballero de que no causarían sus versos en él más indignación que hasta allí habían hecho las murmuraciones de tantos, las cuales sufría sin abrir su boca, quejóse á sus camaradas mos-

trándoles la carta, y yendo un día el Caballero á visitarlo á su posada dijéronle palabras afrentosas; el aposento era pequeño; bajando él escalera para esperarlos abajo en la plaza del castillo, le hirió malamente en la cabeza el uno de los compañeros, sin que él pudiera echar mano por ser estrecha la escalera, y esto fué á traición por detrás.

Llamólos desde abajo y bajaron los dos, y no el Barrionuevo; en este tiempo acudió la guardia porque estaba cerca, ellos huyeron y al Caballero retiraron. Del miedo que tuvieron al Gobernador, que se había enojado y echado luego de allí al Barrionuevo con su familia, habíanse retirado los dos camaradas á otro presidio una legua más adentro.

Yendo un día el Caballero con solo su criado á pasearse dos tiros de arcabuz entre unas viñas, salieron los dos soldados huídos, y echando mano todos se trabó una pelea que duró más de media hora, y no pareció haber ninguno herido, porque todos debían de traer jacos y cascos de piezas, como llevaba el Venturoso, que al tiempo que ya andaba cansado trujo Dios de su presidio á un maestro de esgrima (que también se paseaba), y echando mano desbarató y maltrató á los contrarios, y ellos huyeron, no sólo de allí, pero de toda la tierra de Toscana, sin que más se supiese dellos. Vino la Cuaresma y los pagadores, y cobrando el Caballero sus pagas dél y del criado, con otros dones del Gobernador, recogió consigo á otro mancebo soldado

(que también se decía ser fraile descalzo francisco, y ya él se lo había descubierto) y fuéronse la vuelta de Roma todos tres. A las dos jornadas, en un bosque de pinos muy espeso que llaman la Pesca, yendo en un rocín con una escopeta al arzón, y el soldado y criado á pie con sus espadas, salieron treinta foragidos de á caballo y de á pie, asió uno dellos de las riendas del Caballero, y díjole que se apease y que manifestasen cuanto traían los tres consigo, y entre tanto (como sabuesos al venado) le cercaron todos.

Díjoles el Caballero en su lengua toscana que se acordasen de la paz y confederación que tenían con su presidio, pues cuando los Pontífices enviaban quien los prendiese ó matase, su capitán y los más dellos se retraían en aquel presidio, y así escapaban de sus peligros. Pareció á todos que Sacripante, su cabeza (que un poco más adentro estaba en una venta), determinase esta causa. Fueron allá, y como conoció al Venturoso de algunas veces que iba á visitar al Gobernador, recibiólo con gran gusto y reprendió á los compañeros que le querían molestar. Dióle muy bien de comer pescado fresco y legumbres, y un panar de miel, y él mismo le servía á la mesa, porque aunque era Cuaresma, ellos comían carne. Y porque había adelante otro peligro de salteadores, le dió veinte arcabuceros que le acompañasen hasta pasar media legua de bosque.

Entró el Caballero en la santa ciudad cuarta vez,

confesó, anduvo las siete iglesias, juntó muchos *agnus Deies*, cuentas benditas, cuadros de santos, estampas finas, y en una fragata se volvió camino de España. Tomó puerto una tarde en el presidio de Pomblin, y visitando al Capitán de la infantería española, que era su amigo, le hizo quedar allí algunos días y lo regalaba á su mesa. Por ser el lugar mal sano, enfermó el pobre Caballero de calenturas, y fué curado del Capitán con mucha caridad. Vueltas en cuartanas, y levantado víspera de Pascua de Resurreción, sabiendo que el Capitán estaba muy encontrado con todos los vecinos del pueblo, le hizo las siguientes

OTAVAS Y GLOSA

Capitán, en vuestra alma resucite
el Rey universal de tierra y cielo,
y su misericordia no os la quite,
pues la tenéis conmigo con buen celo.
El conservar la paz os facilite
y os dé, como me dais, cura y consuelo,
haciendo lo que Cristo nos requiere;
Pax vobis, ego sum, noli timere.

El Papa, el Rey, el Príncipe y el Duque,
el grande, el rico, el sabio y fuerte en todo,
cuando gracias y dones más trabuque,
no es más que un vaso hecho de vil lodo.
Y el mágico que en artes embauque

al fin es tierra, y polvo en cualquier modo,
y si este fin tendrá cualquier que fuere,
Pax vobis, ego sum, noli timere.

Paz es la que conserva el cuerpo y alma,
paz es el fin y premio de la guerra,
paz es una tranquila y dulce calma,
paz es casi una gloria acá en la tierra.
Paz da al soldado su corona y palma,
paz nos da Cristo, y paz su Iglesia encierra,
paz nos manda tener, y la ama y quiere,
Pax vobis, ego sum, noli timere.

No aprovechan sin paz fuerza ó dinero,
grandeza, mando, valentía ó gobierno,
pues con el infiel contrario fiero
no ha de haber paz, so guerra y fuego eterno.
Mas guerra entre cristianos no la quiero
(nos dice Dios) porque será un infierno,
y pues por paz eterna Cristo muere,
Pax vobis, ego sum, noli timere.

Señor, con paz domáis vuestra grandeza,
con freno de razón al poderío,
con sangre noble huis de la vileza,
con santa honestidad del desvarío.
Con mansedumbre desecháis fiereza,
con caridad gozáis del señorío,
y á quien estas virtudes más tuviere
Pax vobis, ego sum, noli timere.

Pascuas de paz, y amor suyo os de Cristo
para que améis al prójimo cuitado,

siendo amigo de pobres y bien quisto,
y así seáis más que temido amado.
Por siervo os quedaré siempre previsto,
rogando á Dios aumente vuestro estado,
porque digáis al que mal os quiere:
Pax vobis, ego sum, noli timere.

Hizo Dios merced al Caballero para que tuviese gracia con el Capitán, al cual dió una enfermedad de melancolías profundísimas, que pasó muchos días sin comer bocado; pagóle su buena obra sirviéndole de enfermero, y hizo las paces entre él y el pueblo; de parte del Rey llevaron preso el Capitán á un castillo de Nápoles, donde murió de pena, y el Venturoso, apesarado, previene su partida. «Pagábanme males por bienes y esterilidad á mi ánima», dice el Profeta. Vida es miserable y triste servir á mundo tan ingrato y desconocido. Fiera y perversa condición es escoger la mentira y dejar la verdad, y querer más los bienes momentáneos y transitorios que los eternos y perdurables. Por aparentes bienes da el mundo muerte corporal y pena eterna. Por una falsa y breve alegría que el mundo parte con sus servidores, les da trabajos intolerables, y Dios, por pequeños castigos que envía á los suyos en esta vida, los hace después participantes de alegría que nunca se acaba. El mundo, por poco hacienda y vanas honras que empresta á los suyos, galardona con pobreza y deshonra per-

petua. Mucho nos importa desasir nuestro corazón de las cosas del mundo, porque mueren los mundanos sin saber parte de sí, turbados y desatinados en prisiones que se les levantan debajo los pies. De todo lo cual está libre el que sirve á Dios en estado humilde y quieto; á lo menos, padeciendo y peregrinando por su amor.



AVENTURA XVI

Embárcase el Caballéro en una saetia; trabucóse y sale á nado á una isla, cautívanlo moros, y en dos horas lo libra Dios y lo repara en todo.



L real Profeta David, contento y enriquecido con la muchedumbre de misericordias que tenía recebidas de Dios, habiéndole librado de tan grandes peligros y tribulaciones, y de un pobre pastorcillo, el más desechado de su padre y hermanos, haberle levantado á tan gran Rey de las doce tribus de Israel, y con todo esto perdonádole las grandes ofensas que le hacía, en un salmo suyo echa un bando universal convidando á todos los fieles, y dice: «Venid y oid lo que os cuento, todos los que teméis á Dios, y sabréis cuántas cosas maravillosas hizo por mi alma»; lo mismo puede contar el Caballero Venturoso conforme su poca capacidad, en especial en la presente ocasión.

Estando en Pomblin buscando embarcación para España, tuvo noticia de que tres galeras de Malta estaban haciendo leña y agua en la isla de Lelva, tres leguas á la vista de aquel presidio; y aunque no le dejaban las cuartanas, embarcóse en una

saetia que llevaba provisión á vender á las galeras, porque se decía que pasaban á Génova ó Liorna. A 20 de Abril 1588, y de su edad treinta y dos años, yendo ya á la vela cerca de la isla, el mar era grueso, y borrascoso el tiempo; el Caballero, con la cuartana y mareado, puesto de pechos al bordo del bajel, echando por la boca las entrañas. El temerario patrón y marineros, al volver una punta de tierra, habiendo primero de bajar la entena para mudar la vela mayor (que son dos Credos de tiempo), de pereza hizo el carcón la vela, que hay pena de excomunión papal. El viento era fresco, y en un mismo instante se trabucó lo de arriba abajo la saetia por la parte que nuestro enfermo iba de pechos, y cayendo en el agua de cabeza, no paró hasta el centro del mar, y aún no tuvo tiempo de llamar á Dios, el cual siempre viene con tiempo y al tiempo de la mayor necesidad, pues hizo que el agua lo volvió á echar arriba, y topó con la cabeza en el bajel. Clamó á Dios con el corazón, y hizo fuerza con la cabeza buscando por dónde ver el cielo. Que con el Profeta, muy á la letra, podía decir: «Sumergido estoy en el profundo del agua, y no hallo substancia; volví á subir á la alteza del mar y la tempestad volvióme á sumir. Y fué nuestro Señor servido pudiese sacar la cabeza del agua por entre la entena y las jarcias que remolcaban las olas». Cargóse luego de pechos sobre ellas mientras duró el cobrar fuerzas y echar el agua de su cuerpo

medio anegado. Volvió luego los ojos á todas partes y no halló quien le socorriese, sino una mujer que llevaban los marineros, que, agonizando, las olas la subían y bajaban, que parecía ser todos ahogados. Cogió el Caballero una maleta suya, que Dios le guardó junto á sí con una cruz de reliquias, que no se había hundido ni entrádose el mar adentro, con la demás ropa del bajel, que la mareta metió la mar adentro. Quitóse la espada de los tiros, y puesta en la boca (fiado más en el favor divino que en sus fuerzas flacas y enfermas), echóse sobre una angosta tabla y comenzó á nadar la vuelta de tierra llevando la maleta delante, y así llegó á un arenal de la isla, que ya era puesto el sol. Quitóse los vestidos estofados de algodón, que arrojaban de sí arroyos de agua; colgólos por las matas temblando de frío en carnes; abrió su maleta, y sacó el Privilegio del hábito militar, y los demás papeles y ropa; tendiólo todo en las ramas. La isla era despoblada, sin cueva ni albergue alguno.

Vengan aquí ahora los regalados que tienen tapizados sus aposentos, abrigados sus cuerpos con ropas de martas, las ventanas de sus cámaras con encerados por que no entre sereno, la cámara con brasero de fuego y la cama con escalentador primero que se acuestan; si están enfermos, el cuidado grande en curarse, la comida y bebida delicada y á sus horas, sin que se pierda punto del orden que deja el médico, y con todo esto, se mueren muchos.

Oigan este ejemplo vivo los que huyen de la penitencia y no de los pecados. El que dice que le consume la vida el cilicio, que le es intolerable de sufrir la diciplina, que la vigilia le desvanece la cabeza y anda como un loco; que el ayuno y abstinencia le enflaquece y deshabilita, y la mortificación ordinaria de sus pasiones le cansa y pone terror, y verán esta figura que aquí se les representa de un Caballero no menos criado en regalos que el más estirado, y enfermo y enflaquecido de larga dolencia, mareado, vacío el cuerpo de toda substancia y aheleado y revuelto del agua amarga y salada que en más de media hora le entró por boca y narices; el cansancio de venir nadando vestido y empapado en agua, sin dejar la espada de la boca, la daga de la pretina, la maleta de delante, el sombrero de la cabeza ni el ferreruelo del cuerpo. Y ahora, en carnes, sin cosa enjuta que le pueda cubrir si no es la noche, capa de pecadores; sus tapices son las matas, su ropa de martas es el sereno; la cama mullida y caliente, la fría arena; su brasero y chiminea, la húmeda luna. La cura y regalo, buscar algunas hojas con qué cubrirse; su comida y bebida, suspiros y lágrimas; ¿y murióse desto? No por cierto; antes (á Dios gracias), como suelen decir que de un gran exceso ó desconcierto sanan las cuartanas, con este exceso y mal suceso de dos días y dos noches sin comer, ni beber, ni saber á dónde ir, y fué sano.

Fué menester mucho Dios para que, escapando del peligro del mar, no viniese á ser muerto á la orilla, que es la suma desaventura.

Mas, como dice el Señor: «En la tribulación llamásteme y te libré; oite en lo escondido de la tempestad, y probéte en las aguas de las tribulaciones».

El tercero día por la mañana, el afligido Caballero vido en el lugar do se volvió el bajel una como barca grande que parecía de pescadores; dióle voces y hízole señas con un paño, y en más de un hora no hacían caso los de la barca: alzó un pañizuelo en un palo y tanto porfió que vino la barca, y estando ya cerca, reconoció que era una galeota pequeña de moros quitado el árbol por no ser conocidos, que esperaban pescadores de Pomblin. No tuvo el desventurado fuerzas para huir; antes le pareció partido perder la libertad comiendo algún bocado, que con ella morir allí de hambre; saltaron diez moros en tierra con sus escopetas, cogieron al Caballero, y vuelto á desnudar, lo pusieron al remo con otros cristianos, á quien contó sus trabajos, y le dieron de comer, y fué esto con tanta priesa, temiendo emboscada, que no quisieron detenerse á recoger la ropa y papeles que estaban puestos á enjugar sobre las ramas. Alzaron el árbol, pusieron la entena y vela bastarda, y remando apriesa, buscando viento, se entraron el mar adentro. ¿Hay aquí fuerza humana que tal sufra, ó paciencia de

Job que esto resista? Que una larga noche espere un día claro, y en una mísera y breve á unas importunas tinieblas sucedan otras mayores. Alcanzado ya de cuenta el pobre remero, tanto como de fuerzas, dábanle palos por que remase al que á mala pena se podía tener sentado en el banco. Dábale pulsadas el corazón, diciéndole: «¿A dónde está tu Dios?» Respondía él: «Mirando estoy que padezco por mis pecados, que merecen el infierno, y me ha dejado con la vida para que haga penitencia».

No se tardó mucho tiempo el Padre de las misericordias, socorro de los güerfanos, consuelo de los tristes y remedio universal de los atribulados que esperan en él con viva fe. Todo este tiempo tardaron las galeras de Malta, que dijimos, en hacer su leña, y como descubrieron la galeota, diéronle caza, y en breve espacio la alcanzaron y rindieron sin que se osasen defender. Echaron los moros al remo, sacaron el bastimento y pusieron siete cristianos con el Venturoso en libertad, dando un cabo de gumera al bajel llevándolo á jorro. Contóles luego á los caballeros de San Joan el nuestro la tragedia de su desastrado suceso é inaudita aventura, y ellos, de oillo, se hacían en la cara más cruces que llevaban en los pechos. Como gente noble, franca y liberal, le dieron entre todos tanta ropa blanca de paño y seda, que nunca tuvo jamás, y en la galera capitana lo llevaron á lugar donde quedó su male-

ta y ropa y la recogió toda. Corcearon por allí un día, y el Venturoso, con tanto regalo como Dios veía que había menester para reparar tanto mal junto y hambre, cobró esfuerzo y parecía otro. En este día tomó su pluma y hizo gracias al General con estos

TERCETOS

Milagro raro, célebre aventura;
mi musa al mundo á que le escuche llama;
un caso heroico y una gran ventura.
Suene ya y vuele la felice fama
á pesar de la muerte y tiempos fieros,
haciendo eterno al que la virtud ama.
Un General de tantos caballeros,
un Febo valentísimo Toscano,
un Marte entre Belónicos guerreros.
Vos sois, señor, un Alejandro Magno,
un Jerges, Cipión, un Marco Aurelio,
porque, á más de igualarles, sois cristiano.
César, Trajano, Hetor y Cornelio,
Platón y Homero, y aun en ellos falta
lo que vos alcanzáis del lauro celio.
Con la cruz blanca de San Joan de Malta
puesta en sus invitísimas galeras,
á Mahoma destruye, á la fe exalta.
Cual saetas de Dios, vuelan ligeras
contra el bando cosario fementido,
matan, cautivan, rinden sus banderas.

Y á mí, que me tenían oprimido
en su infame cadena y cruda muerte,
mi precursor San Joan me ha redimido
Por un su religioso insigne y fuerte,
prudente, sabio, franco y virtuoso,
en quien ha estado mi felice suerte.
Capitan general tan generoso
nunca lo mereció mi suerte esquiva,
y el por mí mereció ser más glorioso.
Librando el cuerpo, el alma me cautiva,
para que, siendo grato al beneficio,
ruegue al Señor por él mientras que viva.
Generalmente este se será mi oficio,
y dar noticia en general á España
del género en que fué de mí propicio.
Haré que sepan esta grande hazaña
los grandes y pequeños en el suelo,
por que se admiren, cual de cosa extraña.
Y lo que más importa, el alto cielo,
que premia acá y allá toda obra pía,
dará la gracia, gloria y el consuelo
que yo deseo á Vuestra Señoría.

Estimó en mucho el prudente y magnánimo General este reconocimiento en verso español, de que él mucho se agradaba, y lo mismo hicieron todos sus caballeros. Tratando desto, llegaron las galeras al puerto de la ciudad de Liorna, y como no pasaban de allí, agradeciendo á todos las mercedes rece-

bidas el Venturoso, bien reparado, desembarcó, tomó posada, y supo luego cómo cargaba una nave arragocesa para Alicante; habló con el Capitán, y prometióle pasaje en ella, aunque estaba esperando el carguio de Florencia. La tierra estaba muy cara del sustento, y pasaba de cuarenta días que ya iba el Caballero vendiendo poco á poco, y por precio poco la mayor parte de los dones que le habían presentado en la Capitana de Malta, llegando á tal extremo que, estando á punto de partir la nave, no sólo le faltaba para comprar la provisión de la comida para su viaje, pero estaba empeñado en lo que debía de posada, sin tener remedio sino de Dios, de quien siempre le venía cuando menos pensaba. Invocólo con esta exclamación en

OTAVAS

Alma, tened paciencia, pues pecastes,
y no os canséis vos, cuerpo, en sufrir penas;
que justo es que penéis lo que gozastes
y que peregrinéis tierras ajenas.
Pues la justicia y paz de Dios dejastes
por cosas miserables y terrenas,
la vida toda infierno aquí se os vuelva,
por que á la muerte en gloria se resuelva.
Pónganme los demonios acechanzas
y aparéjenme duras tentaciones;
duren un soplo prósperas andanzas

y por horas me den tribulaciones;
pásenme por las puntas de las lanzas
sin que nadie me dé consolaciones,
porque cuanto por Dios yo más padezca
(puesto que más merezco), más merezca.

Con unas cosas y con otras sea
inquieto y ultrajado en penitencia;
quíteme la flaqueza que no vea;
murmúreme de dentro la conciencia;
no halle venia alguna en mi pelea,
siendo otro Job invencible en la paciencia;
que con esta Real ayuda de costa,
mi alma al cielo correrá á la posta.

Híncheseme el estómago y oídos;
todos mis miembros sientan mil dolores;
noches y días pase con gemidos,
y vuelvan, si los curo, otros mayores;
que aunque todos mis huesos sean podridos,
lo tendré por regalos y favores,
con tal que, al dar la cuenta el día amargo,
descanse el alma dando buen descargo.

Y suba á ser con Cristo compañera,
á la inefable gloria de los justos,
do goce paz eterna y verdadera,
en pago destos males, pena y sustos.
Allí será el triunfar sobremanera
en nunca vistos ni pensados gustos,
y si, sufriendo, en tal lugar nos ponen,
Beatus vir, qui suffert tentationem.

Acabados de recitar estos versos, orilla del mar, con alguna ternura de corazón y humedad de ojos, fuése el Caballero á su posada y halló en ella al religioso descalzo que hemos ya referido, que redujo del presidio y trujo consigo á Roma, y su capítulo general lo había vuelto á dar el hábito, y enviábanlo á la provincia de Valencia. Abrazáronse los dos con mucho consuelo en haberse encontrado sin pensarlo. Y antes que el Venturoso le significara el trabajo y necesidad en que al presente estaba, en recompensa del beneficio recebido, le puso en la mano el religioso una docena de escudos de oro, diciéndole que pagase si debía algo en la posada, y comprase del restante lo necesario para la embarcación de los dos, como se hizo. Por sólo este cuidado que tiene Dios de socorrer á sus fieles al tiempo de la mayor necesidad, es de más precio y estima el padecer por su amor, que gozar de cuantos deleites y riquezas tiene el mundo. La Providencia de Dios resplandece maravillosamente en la manera que tiene en tratar á los suyos en diversos tiempos: como regala á los flacos y ejercita á los fuertes, da leche á los pequeñuelos y desteta á los grandes; consuela á los unos y provee á los otros, y así trata á cada uno conforme el grado de su aprovechamiento. Por donde ni el regalado tiene por qué presumir, pues el regalo es argumento de flaqueza, ni el desconsolado por qué desmayar, pues esto es muchas veces indicio de fortaleza. Y

nada desto puede entender perfectamente quien no ama y tiene gusto de Dios, con experiencia y noticia, que no es otra cosa sino el acto con que cada potencia camina para su objecto.

Porque aunque todos me dijesen que la miel es dulce y me lo diesen á entender con razones, mas si nunca la hubiese gustado, no podría decir que tengo noticia experimental de aquella dulzura, sino solamente opinión ó ciencia, lo mismo es de las potencias interiores. Porque aunque las Escrituras y todos los demás me digan que es dulce el Señor, no podré jamás decir que tengo noticia experimental de aquella dulzura, si no es que mi mismo gusto la sienta, y diga con la Esposa: «Su fruto es dulce á mi paladar». Y San Bernardo, hablando con Jesu-Cristo, dice: «Cualquier cosa que conocemos de vuestras cosas ocultas, ó lo habemos aprendido, ó enseñádonoslo la Escritura, ó vos lo habéis revelado, ó, lo más cierto (lo que es de perfectos), con el gusto habemos experimentado». ¿Qué aprovecha saber mucho, si no lo gustamos ó experimentamos?

AVENTURA XVII

Embárcase el Venturoso con su amigo en la nave la vuelta de España, y á la vista de la isla de Mallorca, danle unas fuertes calenturas; desembárcanlo; llega muy al cabo y hácese ermitaño.



IENTA Dios á los suyos, dice el sabio, para ver si los halla dignos de sí. Las divinas letras nos muestran cómo este estilo tiene el Señor con todos sus amigos. A Abraham, por tierras extrañas, y que intentase matar á su hijo, no teniendo otro. A Daniel, hecho á su corazón, perseguido por tantas vías, hasta de su mismo hijo Absalón. Tobías, por hacer bien, pobre y ciego, porque aun no pudiera ver su miseria. Y á Job, en un muladar, privado de sus hijos y de todos sus bienes temporales, y de la propia salud. A éstos y á otros muchos santos tentó Dios, por que se mostrase lo que tenía en ellos y que, con su gran paciencia, diesen testimonio de verdaderos siervos suyos y dignos de su amistad. Esto mismo va haciendo cada día con el Caballero el Artífice soberano, que lo va hermoseando para hacerlo su ministro al fin de algunos golpes de azuela.

Partió en la nave de Liorna él con su religioso (el ángel de Tobías), y llegando con próspero viento á la vista de Mallorca, le dió al Caballero una fiebre tan pésima, que temieron se muriera; porque en tres días que allí anduvo la nave con calmas, siempre fué en aumento. Vigilia de la gloriosa Magdalena, á 21 de Julio 1588, el Capitán del navío y los pasajeros tuvieron por mejor que el padre compañero llevase á su enfermo en un barco á la ciudad, llegándose para esto con la nave cerca del puerto, por que no se les muriese en el mar; puesto en tierra con su ropa, el religioso hizo venir una silla con dos hombres y llevólo al hospital general; y dejándolo muy encomendado, se volvió á embarcar. Según atrás hemos dicho, ocasiones bastantes tenía el Caballero para enfermar, y aun morir, del naofragio pasado, desnudez, hambre y cautiverio.

Muy grande fué la caridad y misericordia con que en él le curaron, siendo visitado de muchos caballeros mallorquines y devotas señoras, que le regalaban, consolaban y hacían la cama. Llegó la enfermedad á tanto peligro, que, dándole la Extremaunción, que fué cuarta vez, le desafuciaron los médicos. Quiso Dios que escapó, aunque resultó de las calenturas un largo tiempo de terribles dolores, más de tres meses, labrándole Dios de buril; de modo que era menester levantarlo en peso de la cama para cualquier cosa, y darle á comer con mano ajena. Convaleció y estuvo en la ciudad susten-

tándose entre caballeros algunos meses, y haciendo diligencias de entrar en los Cartujos de aquella isla, en la Orden de San Francisco, observantes, y los de Paula, y no le abrió Dios la puerta en ninguna déstas.

Había muchos caballeros que tenían más natural poético que liberal, y faltábales asimismo el arte, y al Venturoso, con ellos, la substancia. Escrebíales versos de todas suertes para que se ejercitasen y fuesen más pláticos en componer, y más piadosos en socorrer forasteros. De modo que con la vara de la Musayca pluma le era fuerza sacar agua de las peñas para apagar en parte la sed de su necesidad, tan aislada y constriñida, que no tenía ya fuerzas para irse ni para quedar en hábito de caballero ni de peregrino, que lo era grande en el padecer. Al caballero que, entre los demás, tenía más fama de bondad y poesía, escribió el nuestro estos

TERCETOS

Aquella grande fuerza que recibe
de vuestra buena fama el alma mía,
tiene la culpa desto que se escribe.
No penséis que lo hago de osadía;
que muchos días ha que sufro y callo
más trabajos que aquí decir podría.
Y perplejo en decillo ó en dejallo,
esta pluma en la mano me temblaba,

temiendo avergonzarme y no acertallo.
Pero como Fortuna, airada y brava,
cual Faetón, me derribó del carro
de la prosperidad que el tiempo acaba,
hallé en mis esperanzas un desgarro,
una aislada potencia, una nobleza
estrecha y quebradiza como barro.
El blanco arminio, es tanta su limpieza,
que lo cazan cercándolo de lodo,
sabiendo que odia tanto á la bruteza.
Y viéndose atajado deste modo,
antes quiere morir que no mancharse;
que menos mal es acabar del todo.
También el avión, por abajarse
á picar en el suelo, con las alas
no puede de la tierra levantarse.
La diosa Ceres se juntó con Palas,
y Belona con Eolo y Neptuno,
para hacer mis aventuras malas.
Mas con tiempo y lugar tan oportuno,
deseo de Minerva y de Parnaso
alcanzar á mi mal remedio alguno.
Acudo á vuestra fuente de Pegaso
á sanar con su agua cristalina;
que, siendo Apolo, no seréis escaso.
Yo estoy en la probática picina,
deseando el católico socorro,
y mi esperanza á Dios y á vos se inclina.
Bien sé que mi opinión y estirpe borro,

haciendo al militar ser mendicante;
pero en caer en vos nada me corro.
Póngaseos píamente por delante;
que un caballero pobre es mal superno,
y el que no le socorre es de diamante.
El noble avaro y rico es un infierno
con quien juega el demonio á la pelota,
porque fué duro al pobre y con él tierno.
Y estando en fuego eterno, el texto nota
que á Lázaro le pide agua llorando,
y no le concedieron ni una gota.
Este es el imposible de ir entrando
por ojo de una aguja un gran camello,
como un rico en el cielo, si no es dando.
En pidiéndole el pobre, tuerce el cuello,
como si le pidiese su hacienda,
y es de Dios dada para socorrello.
Quien no tendrá misericordia, entienda
que no la alcanzará el día postrero;
mas yo, que sé quién sois y tengo prenda,
con gran siguridad de vos la espero.

Celebráronse los tercetos entre los aficionados, y el caballero poeta envió luego un gran presente al Venturoso, con que remedió por algunos días su necesidad, enviándole asimismo á ofrecer su casa y hacienda, quedando desde entonces muy grandes amigos.

Y entre otras diferencias de versos que el mallor-

quín recebía del Venturoso, para que supiese de todo y abriese el apetito á saber más de las cosas nuevas de Castilla, le envió esta

ENSALADA

A la gente regalada
que, por comer infinito,
tiene falta de apetito,
se lo vuelve una ensalada.
Así yo, como hortelano
de flor y fruta vacío,
la mestiganza os envío
que siembra y coge mi mano.
Buen árbol da buena fruta,
y el bien hecho no se pierde,
aunque hay quien lo coge en verde,
porque en gustos no hay disputa.
A necesidad no hay ley
ni ser forzada conviene,
que es forzoso al que no tiene
que lo haga franco el Rey.
Quien triste vida sustiene
tenga firme confianza,
que la gloria que se alcanza
las más veces se detiene.
Hambre, ¿qué me quieres?
¿Por qué no me acabas?
¿Soy yo fortaleza

tan bien artillada
que, siendo imposible
tomarse por armas,
la cercan y quitan
toda vitualla?
¡Ay, libre albedrío
y obstinada alma,
que mueres de hambre
por no dar entrada
á tu esposo el Rey
que tanto te ama,
y de noche y día
á voces te llama!
¡Oh, Belerma, oh, Belerma,
la mi linda enamorada!
Cautiva te tienen moros
por ser tú cruel, ingrata.
Ordinariamente hallamos
que si nos falta virtud,
es por nuestra ingratitud
y el amor proprio en que estamos.
Que á las aves y animales
mantiene su criador,
y si falta á un pecador
es para curar sus males.
Para ejercitar modernos
y esforzar las tres potencias,
cual muestran estas sentencias
que hallé entre ciertos cuadernos:

Los corazones muy tiernos
son de caridad movidos;
de los desagradecidos
están llenos los infiernos.
Con mucha razón
tienen penas tales
los que no agradecen
el bien que les hacen.
Que es un menosprecio
y soberbia grande,
pues á un malo palos
no le dan de balde.
Mas hay ciertos ricos
destos Baleares,
que podré decirles
aqueste romance:
Durandarte, Durandarte,
buen caballero probado
en mil trabajos ajenos,
que nunca os han hecho blanco.
Dejar quiero esta materia,
pues santas inspiraciones,
libros, ejemplos, sermones,
no curan tanta miseria.
Contaros quiero mis males,
que será otra mestiganza
de verduras de esperanza
en los bienes celestiales.
Pues oro, plata ni alambre

no hartan y dan mancilla;
gustad desta siguidilla;
quizá os matará la hambre.
Para mí son penas, madre,
que no para nadie.
Llegan mis pasiones
á ser tan extrañas,
que me engorda arañas
más que á otros capones.
Para mí aflicciones
es bien que las ame,
que no para nadie.
Para mí el trabajo
y la adversidad,
que de tierna edad
lo tengo á destajo.
Para mí es el ajo
con hiel y vinagre,
que no para nadie.
Mucha suerte de hortaliza
puso Dios en mi jardín;
unas lechugas amargas,
pensando que he de morir.
Y la hierba, buena á todos,
sólo es mala para mí,
porque no halla materia
en que ayude á digerir.
La escarola me resfría;
dame hambre el peregil;

chicorias mueven humores,
y me opila el torongil.
Las borrazas me enflaquecen;
acelgas me hacen dormir;
las espinacas y bledos
me impiden el ver y oir.
Las coles me crían flema;
nabos, la sangre ruín;
zanahoria y berengenas,
melarchia y frenesí.
Los pepinos y melones
son cólera de huir;
de suerte que, señor mío,
os podré decir al fin:
Rábanos y queso
tienen la corte en peso;
pero el pan y vino
hacen andar camino.

Mi vida es un intervalo,
porque el harto del ayuno
no tiene cuidado alguno,
y á gran hambre no hay pan malo.

Pero si aquesta afición
va consumiendo á la clara,
más vale vergüenza en cara
que mancilla en corazón.

Si un gran calor de un consuelo
viene, cuando otro lastima
con frío, diré esta egnima

para encarecer mi duelo:
Con vuestro fuego me hielo
y vuestro hielo me abrasa;
soy de entrambas partes brasa
y de entrambas partes hielo.
Camino es para ir al cielo
pobreza espiritual,
y la corporal no es menos,
sufrida de voluntad.
Que el alma que se conforma
con Dios en el bien y el mal,
ya llega á la perfección
y se le podrá cantar:
Caminad, señora,
si queréis caminar,
que los gallos cantan;
cerca está el lugar.
Aunque es cuesta arriba
y estrecha vereda,
muy poquito os queda
desta vida esquiva.
Y en llegando arriba
podréis descansar,
que los ángeles cantan;
cerca está el lugar.
El que vacío camina
no teme salteadores,
y las riquezas y honores
roban á un alma mezquina.

Y aunque en árbol derribado
el que quiere hace leña,
lo que Cristo nos enseña
es seguro y aprobado.
El cielo da Dios al pobre,
justo, manso y verdadero,
y al rico le da el dinero
para que lo compre y cobre.
Mas si en uno no hay paciencia
y el otro no da por Dios,
perderánlo todos dos,
por su culpable imprudencia.
Ya tengo experiencia
por mi buena suerte,
que la penitencia
libra de la muerte.
Pero, hablando de veras,
págueos Dios la cortesía,
que bien la suele pagar
en la una y otra vida.
Yo espero en Dios de pagarlo
con mi pobre oración tibia,
y pues no falta á los suyos
la Providencia divina.
Mal hubiese el caballero
que de las riquezas fía;
falsas son y mentirosas
y llenas de idolatría.
Ya veis el pobre lenguaje

que os envía mi amor tierno:
esta ensalada en invierno,
hecha de hierba salvaje.
  Echalde el aceite y sal
de vuestra sabiduría
y misericordia pía,
para que no os sepa mal.

Como cosa nueva en la isla fué de tanto gusto al Caballero amigo y á los demás, la ensaladilla, que se comían las manos tras della; y de aquí resultaron algunas justas literarias entre el Venturoso y otros tres más pláticos, de que se hizo un libro con el mismo título de *Justas literarias entre poetas*, que fué el tercero.

A todas las cosas humanas se puede anteponer la amicicia, porque ninguna cosa hay tan conveniente para ayuntar cosas diversas. Vale mucho la amistad para la conversación de la naturaleza; porque si tenemos prosperidad, tenemos quien goce y se alegre con nosotros. Y si caemos en adversidad, hay quien la ayude á llevar y dé algún consuelo. El parentesco hace que alguno nos sea propincuo en sangre; mas la verdadera amistad hace que sea como nosotros mismos. Pero esta amistad (según el mismo Tulio afirma) ha de ser con el bueno. Porque el amicicia verdadera conviene que tenga un mismo querer, una confianza y familiaridad recíproca, y saber los secretos el uno del otro. Y todo

esto sería dañoso si el amigo no fuese bueno y sabio. Que (como dice Salomón), no puede ser bueno para amigo el que es enemigo de sí mismo. Y el que para sí es desaprovechado, para nadie es de provecho.



AVENTURA XVIII

Deja el Venturoso el siglo y, con hábito ermítico, va á recogerse en la Santísima Trinidad, Casa Real y de solitarios, y, en ella y otra, le suceden varias aventuras.



UENTA el Prado Espiritual, de aquel famoso solitario de Egipto, el Abbad Pemenes, que dijo á otros ermitaños esta sentencia: «La pobreza, tribulación y discreción, son operaciones de la vida solitaria. Que escrito está: porque si fueren estos tres varones, Noé, Job y Daniel: Noé significa á los que no poseen cosa alguna: Job, á los tribulados, y Daniel, á los que miden con discreción las cosas. Si el hombre estuviere dotado destas tres virtudes, habitará Dios en él». En tribulación y pobreza, versado era ya el Caballero; midió con discreción dada de Dios, cómo no halló religión en que servirle, y que de su niñez era inclinado á la soledad; confesado y comulgado, consultó á su caballero amigo cómo estaba determinado de retirarse; dejó sus vestidos y galas en su casa, y puesto un hábito ermítico que el amigo le hizo, ceñida una soga con ñudos y descalzo pies por tierra, acompañándole hasta el campo y

mostrándole el camino comprándole un par de panes y higos, día de San Matías Apóstol, á 24 de Febrero de 1589, y de su edad treinta y tres, abrazándose allí tiernamente los dos caballeros, el uno se volvió á su casa muy edificado, y el otro comenzó el camino del desierto. A cabo de un poco, mirando á un lado, vió un perro grande como lebrel de ayuda, que le acompañaba y le hacía caricias, corría delante dél y luego, meneando la cola, se le llegaba y lamía los pies y el hábito. Temiendo el nuevo ermitaño no fuese algún mastín infernal (aunque era blanco) encomendóse á Dios, y más viendo que, aunque lo echaba de sí con el cordón y piedras, no se iba. Caminaba ya legua y media: tocaron á misa en una capilla que en el camino estaba, entró el Caballero á oirla y el perro quedó á la puerta, y cuando salió no lo vido más.

Era tanto el fervor que el Venturoso llevaba allí en su nueva vocación, que, lastimados los pies de las piedras, y con vejigas y sangre, anduvo dos leguas, que hacen tres, hasta un convento de Cartujos que, en su camino, estaba pegado á una villa. Aunque eran ya vísperas, porque no quiso ser conocido, llegó á la portería y allí le dió el portero algún refrigerio, y sin dar cuenta á nadie pasó una legua adelante, á un desierto que estaba una Casa Real y ermita de la Santísima Trinidad de Miramar, iglesia y torre con muchos aposentos, güerta, viña y tierras de sembradío, que fué fundada por

el Rey Don Jaime de Aragón, á instancia del insigne doctor illuminado y mártir Raymundo Lull, para seminario de ermitaños, que de ella salían dos cada año á predicar en arábigo á los infieles. Cuyo santuario cercan por la una parte un ancho y espacioso mar á la parte del Norte; al Mediodía tiene un bosque espeso de encinos y matas con muy altos peñascos, de los cuales salen muchas fuentes de agua delicada y fría. A la parte de Levante y Poniente tiene muchos olivares, pinos y viñas llenas de fruta, de algunas torres ó posesiones de labradores, cuyas familias acuden á misa en aquella iglesia que dicen los ermitaños.

Entró en ella el Caballero penitente y halló sentado á la puerta de la torre un venerable ermitaño de setenta años, que gobernaba y tenía por el Rey toda la casa y tierras; sacerdote español, con otros compañeros y criados; y otro lego estaba en el bosque retirado en una celda, un cuarto de legua, y sólo bajaba á oir misa, y llevaba alguna provisión. Cultivaban la viña y güerta; sembraban las tierras de trigo, cebada y de las legumbres necesarias para su sustento. Echóse el Caballero á los pies del viejo y rogóle que le admitiese por su discípulo y súbdito, y dióle cuenta de su venida á aquella isla, de su enfermedad y vocación, dándole una carta del caballero amigo que para tal efecto traía. Después de leida y entendido todo, respondió el buen padre: Que, pues era caballero, trujese trigo para el pri-

mer año, y que lo demás allí se lo darían. Prometió el Venturoso que haría sus diligencias con los caballeros conocidos en la ciudad escribiéndoles, y que esperaba en Dios le enviarían trigo. Recibiólo y dióle un aposento en la torre, dándole el bienvenido los demás.

Como comenzó á gozar de la quietud tan santa y necesaria á sus grandes peregrinaciones, recogiéndose á sí mismo interiormente á hablar con su alma, hizo esta exclamación en

QUINTILLAS

Alma mía, guardad medio
y no busquéis más extremos,
pues, sin ellos, bien podemos
conseguir nuestro remedio
si el amor de Dios tenemos.

Si no vivís recatada,
siendo el pecar tan propicio,
y en todo santo ejercicio
procuráis ser extremada,
mirad que el extremo es vicio.

Y pues que nos trajo Dios
en aquesta soledad,
con santa severidad
le hemos de servir yo y vos
en hervor de caridad.

Si os amo, ya veis que os pierdo,

y si os aborrezco, os gano;
por tanto, como cristiano,
debo vivir con acuerdo
sin pasar mi tiempo en vano.
Cuando el miedo y sobresalto,
mi alma, os dieren recelo
de angustias y desconsuelo,
poned el objecto en alto
y os vendrá ayuda del cielo.
Si en amor helado ó tibio
vuestro pecho se sepulta,
de las lágrimas resulta
un calor, que os dará alivio,
de una cierta gracia oculta.
El amor todo lo allana
y lo grave facilita,
todo miedo y temor quita,
y del que es divino mana
una esperanza bendita.
Esta en vos no desfallezca
por temor de alguna cosa,
que un alma, de Dios esposa,
no es maravilla merezca
salir siempre victoriosa.
Y pues victoria y ventura
es sólo amar al Señor,
tenedle entrañable amor,
proponiendo con fe pura
esta fermeza y hervor.

PROTESTA

Antes en el fuego eterno
habrá alivio y luz notoria,
y, por virtud meritoria,
las ánimas del infierno
subirán á eterna gloria;
Secarse ha primero el mar
y contarse han sus arenas;
el mundo estará sin penas,
y en el cielo habrá pesar
por falta de cosas buenas;
Primero los elementos
no tendrán virtud alguna,
ni alumbrarán sol ni luna,
y cairán de sus asientos
las estrellas una á una;
Y primero los gigantes
mosquitos se volverán;
los bueyes volando irán.
y á los fieros elefantes
hormigas los matarán;
Antes que deje de amaros,
Dios eterno y soberano
(dándome vos vuestra mano)
sin dejaros ni trocaros
por amor caduco y vano.
Que las divinas lazadas
de gracia, que convirtieron

mi corazón, cuando fueron
por vos, mi dulce amor, dadas,
aflojármelas hicieron,
El tiempo que se juntaron,
amor proprio y el desdén,
á descomponer mi bien,
y los demonios que entraron
á pervertirme también.
Pero muy poco han podido
romperlas, ni desatarlas,
por querer vos, Dios, guardarlas,
y cuanta fuerza han tenido
fué sólo para aflojarlas.
Y si vuestra mano fuerte
me las vuelve ahora á apretar
con gracia en perseverar,
el infierno ni la muerte
no me las podrán quebrar.
Al mundo entredicho he puesto,
y como desengañado,
desta vez lo he ya dejado,
á solo amaros dispuesto
y de mí mismo olvidado.
Y en este santo desierto
espero en Dios que, arribada
mi navecilla engolfada,
habrá ya llegado al puerto
de la Trinidad sagrada.

Así como una manera de aposento conviene á los ciudadanos y otra á los delincuentes, de la misma manera conviene que sea diferente el estado y lugar de los que lloran por sus pecados que el de los inocentes. Día y noche eran del nuevo penitente sus gemidos, sollozos y lágrimas tantas, que, como el que va sentenciado á muerte, ni habla, ni cura de fiestas, ni aposentos colgados, así, como el Venturoso de todo corazón lloraba sus culpas, no entendía en regalar su vientre; y aunque en la ermita comían una vez al día todos en un refectorio legumbres y pescado ó güevos con alguna fruta, mucho tiempo se pasaba con pan y legumbres, si, por obediencia, no se lo mandaban.

Cumplido su año, ó por estímulo del demonio ó que fuese la voluntad divina, mandó el superior que tuviese cuenta con algunos mochachos pequeños hijos de caballeros de la ciudad y otros de las torres comarcanas que allí tenían uso de mostrar letras, que el viejo ya no veía á darles leción; aceptólo muy contra su voluntad por ser oficio tan ocasionado y el tener tanta flaqueza en la virtud, y por su natural colérico perdía por momentos la paciencia, que eran mal inclinados y traviesos sobre manera, por donde le estragaban la conciencia, y hallaba en ella no estar ya en la quietud del yermo, sino en un infierno intolerable. Significó su distraimiento al padre anciano, y como ya él, usado de cuarenta años á ser maestro de niños, no hacía caso

del Caballero ni de sus lágrimas, antes lo reprehendía de flaco y para poco, y que pues no le daban trigo sus caballeros amigos, que ganase la comida con aquel oficio ó se fuese á otra parte con mucha resolución.

Consultado el caso con gente docta y espiritual, y siéndole aconsejado mudase lugar, pidió licencia, víspera de San Juan, y fuese con su hábito á un puerto, dos leguas de allí, de una villa que tenía una ermita de devoción con título de Santa Caterina, en quien batía la mar, en la cual tocaba de noche y día las horas con una campana grande, como si fuera reloj, siguiéndose por un ampolleta de arena y un cuadrante de sol. Bajaba las fiestas á la iglesia á servir misa á un Beneficiado. Estaba la villa media legua, que hace una; dábanle pan y fruta al principio, y cansáronse; de modo que le era fuerza sustentarse con el bizcocho que le daban los pescadores yéndoselo á pedir. Vínolo á visitar un caballero amigo, y viendo cuán desacomodado estaba allí, llevóselo á otra ermita solitaria, una legua de la villa de Pullenza, que estaba en tierras suyas, nombrada Nuestra Señora de Misericordia, y hallóla allí muy cumplida, por estar abastada de fuente, güerta, parrales, hortaliza y muchas colmenas. Juntáronsele luego dos dicípulos mozos; dióles el hábito ermítico; el uno iba cada semana con un jumento á demandar pan, y el otro cultivaba la güerta. Estando el Venturoso en esta casa con la quietud que desea-

ba, mandólo llamar el Obispo de la ciudad, y corrigiólo con rigor por haber dado hábito ermítico á los dos compañeros sin su licencia. Con este desgusto quitó luego el Caballero el hábito al mayor, que pareció ser morisco, y dejó al menor por su compañero; y enviándolo por los pocos muebles que tenía en la ermita, trató de ir á la Corte á pedir á su Majestad licencia para imprimir los tres libros de que habemos hecho mensión, y entre tanto que hubo embarcación, posaba en casa de un caballero, su amigo, en la ciudad.

El Prior de la Cartuja, que hemos dicho era muy su devoto y poeta, escribióle una carta rogándole fuese á su convento á corregirle un libro de versos del Sacramento que había compuesto, á quien el Venturoso, estando en la ermita de Trinidad, se lo había prometido, y respondióle á su carta las siguientes

OTAVAS

Muy reverendo padre en Jesucristo:
de ese convento desechado he sido,
y por estar con ellos tan mal quisto
me forzará á faltar lo prometido:
y habiendo claro conocido y visto
que no me han en su hábito admitido,
no será justo que, en tan mala andanza,
vaya ahora á comerles la pitanza.

Creía yo que en esta hospedería
se habían de copiar vuestros papeles,
y en ella os serviré con alegría,
con entrañas sencillas y fieles:
mas, de otra suerte, vuestra poesía
la tendré por cruel entre crueles,
de quien debo huir, como el que suele
guardarse de tocar donde le duele.

No os espantéis; que me ha costado tanto
el querer ser Cartujo, que yo creo
que fuera condenado á eterno llanto
si se hubiera cumplido mi deseo:
así, de cosa alguna no me espanto
aunque viese más mal de lo que veo;
que enferma un alma el parecer le engaña,
y apetece el manjar que más le daña.

A mucho obliga el punto de un amigo,
y más si en él hay mérito y nobleza;
que un poderoso llevará consigo
sujeto á otro, si le ve en pobreza;
pero si bien miráis en lo que digo,
veréis que á nada obliga la bajeza,
como es ir á servir un hombre honrado
á los que por ruin lo han desechado.

Por tanto, con humilde reverencia
os demando perdón de mi delito,
y tendré por mejor la penitencia
que no el merecimiento de lo escrito;
y á donde caben letras y prudencia

con regular decoro tan bendito,
no hay duda, so que lleno de cordura,
suplirá los defectos de natura.

SONETO

Si por la caridad y fe del justo,
le llama el vulgo fraile y religioso,
y aqueste religado y virtuoso,
es figura de Cristo muy al justo.
Y si, ajustado á Dios, le da gran gusto,
gustando de su amor puro y precioso,
¿qué caso habrá en el mundo tan dudoso
que no haga él por Dios, siendo tan justo?
Y pues mi estado y profesión le imita,
y vos, que me mandáis, sois justo y fraile,
una pronta obediencia en mí resulta.
¿Quién duda que no salte, brinque y baile
el cuerpo que en el yermo se sepulta,
hecho marta, por sólo quien le incita?
Vos sois la calamita
que hacéis ya que el acero de mi estilo
junte con vuestra cera su pabilo.

No tuvo lugar el Prelado de venir á la ciudad, y el Venturoso estuvo en ella cuarenta días esperando pasaje; y como los caballeros gustaban de versos y él tenía necesidad de provisión para comer en

una nave que cargaba para Alicante, á uno dellos, muy rico, que le había dado un sombrero para el camino, y se llamaba Quinto, le envió un papel con estas dos quintillas:

Si Sixto Quinto un capelo
diese á un ermitaño en Roma
sin darle con él que coma,
sería darle más duelo
que le sirva de carcoma.
Y pues ya Mallorca sabe
que vos, Quinto, aunque no Sixto,
me distes capelo grave,
dadme que coma en la nave
por amor de Jesucristo.

Diéronle tanto gusto, que le envió luego un quintal de bizcocho blanco, quesos, y otros regalos de mar.

Como el Venturoso conoció que unos á otros se iban provocando á la piedad, y no quería ser uno más corto que otro si le enviaban versos, á otro amigo que estaba enfermo y se llamaba Vivote, envió luego estos dos

SONETOS

Pues Dios os hizo grande, buen Vivote,
en cuerpo, en sangre, en renta y en prudencia,
por grande que haya sido esa dolencia,
no ha de hacer que os turbe y alborote.
Al que Dios ama más, da más azote,
porque purgando acá con penitencia,
se corone de gloria su paciencia,
que es del alma, su esposa, excelso dote.
Envíe Dios modorra ó calentura;
vengan ciciones dobles ó cuartanas,
que sufridas por él, es gran ventura.
Si él nos enferma, él nos remedia y sana,
y en todos nuestros males nos procura
nuestra salud eterna y soberana.
Y pues tanto se gana,
ilustre mallorquín de santo intento,
tened valor, esfuerzo y sufrimiento.

OTRO

Viviendo vos, Vivote, ha de estar vivo
el Venturoso en vuestros Baleares,
aunque viva en angustias y pesares
y en vida miserable esté cautivo.
Yo, Vivote, de ungüento tan altivo
que curaba con gracias singulares
las miserias, las hambres, los azares,
porque lo hizo Dios caritativo.

¡Viva Vivote, bote de ámbar mixto!
Vote, y cúmplale á Dios lo que le debe,
pues él le dió entre vivos ser bien quisto.
Con sus fuerzas tan fuertes, votar pruebe
á dar botes de amor de Jesucristo,
de las virtudes vivas que en él llueve.
Vuestro amigo se atreve
á dar, Vivote, un bote de partida
porque volváis con vida recudida.

Agradeció el caballero mucho los sonetos, y cobrando esfuerzo se levantó y hizo un presente de cosas vivas, y, prosiguiendo en sus receptas, el Venturoso envió al caballero poeta que le dió el hábito el siguiente

SONETO

Caballero de Cristo, á cuyo puerto
llegan los pobres que el Señor envía,
á buscar su socorro cada día,
por daros premio más seguro y cierto.
Nobleza clara, donde ha descubierto
el cielo al suelo en vos lo que podía,
en caridad, bondad y cortesía,
que ve la tierra en tierra el cielo abierto.
A mí que, aislado aquí y peregrinando,
vos fuistes el socorro y la guarida
del cuerpo triste que vivía penando,

Y con gran caridad pura y cumplida
le vais volviendo á Dios lo que os va dando,
para que os vuelva á dar la eterna vida.

Llegado ya el día que el Venturoso se había de embarcar, despidiéndose tiernamente del caballero que lo hospedaba, le dejó estas

OTAVAS

Si supiese, Clapés, significaros
cuánto el partir mi corazón repuna,
os dijera que siento con dejaros
más mal que puede darme la Fortuna.
No será parte ausencia de olvidaros,
que sin vos me será siempre importuna,
porque en ausencia de quien quiero tanto
mi memoria será madre del llanto.

Y el gozo natural de ver mi tierra
y á los duelos y amigos su amor tierno,
será sin veros para mí una guerra
con una primavera vuelta invierno.
Mi cuerpo solamente se destierra
con pena igual á la que da el infierno,
que mi memoria y alma queda dentro
de Dios, y vos por él, que son su centro.

Francisco se midió con Jesucristo,
y en él, por caridad, fué transformado;
también yo en vos, Francisco, de amor mixto
al justo me medí, y quedé estampado

Y aunque con el amor de Dios resisto
al vuestro, que ha de ser en menor grado,
mi poca perfección tampoco puede,
que amor humano al que es divino excede.
Pluguiera á Dios que nunca os conociera,
y, ya que os conocí, que no os tratara;
y puesto que os traté, que no hiciera
tal represión en vuestra virtud rara,
para que aquesta ausencia no viniera
á aqueste extremo de pasión tan cara,
vicio mortal de un hombre de desierto
que debe estar al mundo como muerto.
Y llega á tanto extremo mi imprudencia,
que, cuando ante de algunos os refiero,
no me basta vergüenza ni paciencia
á que encubran mis ojos cuanto os quiero;
y si al llorar me hago resistencia,
me vuelvo contra mí cual león fiero,
llamándome cruel, duro, insensato,
que huyendo de amaros dó en ingrato.
Al fin, aunque yo mismo me destierro,
vos, como piedra imán, en mí resuelta,
con mayor fuerza tiraréis mi hierro
desde el cabo del mundo á que dé vuelta.
Y si en el mar sagrado no me entierro,
presto veréis esta verdad resuelta;
y en tanto el alma á Dios se reconcilia
por vos, esposa, estado, y la familia.

A 24 de Noviembre 1590 salió de Mallorca el Caballero ermitaño con su compañero, y corrió tan fiera borrasca que pensaron que la nave se anegase; pero quiso Dios que llegaron en el puerto de Alicante, donde los dejaremos descansar en un mesón para más largo camino.



AVENTURA XIX

Parte el Venturoso á Valencia y de allí á la corte, con varios sucesos; congrega una casa de ermitaños y vuélvese á retirar en un desierto.



DICE el evangelista San Joan que amó Cristo á los suyos al fin. Aquí hay dos sentidos: el uno que los amó hasta la muerte; y en otro sentido se puede decir: no respeto del Hijo de Dios, sino de los buenos que se emplean en servirle: decir que los amó al fin, es dar á entender lo que muchas veces hace, y es: que permitirá que les sucedan trabajos grandísimos, que les persigan y levanten testimonios, y que vengan á punto de acabar con todo y perder la vida, llegando á vista del fin della, y á tal sazón los ama librándolos gloriosamente de semejantes peligros y dificultades.

Como el Venturoso llegó al puerto de Alicante día de Santo Tomás, y las fiestas de Navidad no era justo caminar, túvolas con su compañero en aquella ciudad comiendo y vendiendo el matolotaje que le sobró de su navegación, que no fué poco.

A los seis días pasados, metiéronse los dos en un carro y entraron en Valencia. Visitó al Patriarca y Santo Arzobispo D. Joan de Ribera; mostróle sus libros, de que gustó mucho, y mandóle esperar en el monasterio de San Francisco, dándole un billete de su mano para el Guardián. El Venturoso, con su compañero, estuvieron en la ciudad más de un mes ocupados en ver sus grandezas, las muchas reliquias y cuerpos de santos muertos y vivos con que Dios la tiene siempre ilustrada. Visitó todos sus monasterios, y en los descalzos Franciscanos de San Joan de la Ribera y Capuchinos, que entonces junto á ellos fundaban el primer monasterio, procuró ser admitido, y no quiso Dios.

Despedido del buen Arzobispo y socorrido, embarcóse con su compañero en otro carro y entró en Madrid á 2 de Febrero 1591, y de su edad treinta y cuatro años. Fuése con su compañero á posar al Hospital general, que era Hermano mayor Obregón, de mucha santidad, de quien fué muy bien recebido. Salía con su compañero por las plazas, con los pies descalzos, pisando los hielos con mucha edificación de la corte; dábanles todos cuanto pedían de limosna, besándoles los hábitos, movidos de la aspereza de vida que mostraban. Y todo cuanto les daban, carne, pescado, huevos, pan, confituras, frutas secas, y dineros, vueltos á su hospital, lo daban para los enfermos, reservando algún pan y fruta para comer los dos. A instancia del hermano Obre-

gón hizo el Caballero esta exhortación á unos trabajos y emulaciones que padecía de sus compañeros, trayéndolos el santo muy reducidos á la hospitalidad, caridad y oración mental. Y dióle estos

MADRIGALES

El devoto cristiano
no ha de servir á Dios tan á su gusto
que no guste del mal cuando padece,
pues está claro y llano
que hace á un justo el padecer más justo,
y es mayor la corona que merece.
Catalina de Sena,
cuando las dos coronas esponsales
le dió á escoger Jesús, bondad paterna,
una d'espinas llena,
y otra de oro y perlas celestiales,
una de vida breve, y otra eterna,
Ella, como discreta,
la de espinas tomó, fuerte, animosa,
para esta vida breve y sin gobierno,
y la que es más perfecta
corona de la Patria gloriosa,
dejóla en guarda para el tiempo eterno.
Estas, de valor vario,
una hereda á la otra de tal suerte,
que quien acá tendrá la de oro intenso,
le será necesario

heredar la de espinas en la muerte,
que es ser atribulado en fuego inmenso.
De un ignorante y necio
es querer ir al cielo por camino
que no fué Cristo ni otro ningún santo;
porque no tiene precio,
ni cuanto se padece en vida es digno
de ganar lo que á tantos costó tanto.
Esfuerzo, atribulados,
gozaos en el Señor los afligidos,
padeciendo por él y en su memoria,
y seréis consolados
en sólo meditar los perseguidos,
que en vida gloria es pena y pena gloria.

Entró á hablar el Venturoso un día al Rey Filipe II, de gloriosa memoria, por orden de uno de la Cámara muy su devoto, y era en la audiencia que cada día se da á todos. Estaba Su Majestad atento á la relación del Caballero, y su compañero á la vista del Rey junto á la puerta de la Cámara, el cual se cayó en tierra desmayado, hasta que algunos de la Cámara que á la mira están arrimados á la pared, lo levantaron y sacaron fuera. Todo lo cual Su Majestad miraba con atención grave y silencio, teniendo el oído puesto á lo que le decían. Hubo algunas demandas y respuestas acerca de la vida ermítica; refiriendo á Su Majestad los servicios que en la milicia el Caballero y sus padres y

deudos habían hecho, y dió muestra muy afable de quedar con agrado del ermitaño, y desde aquel día entraba y salía á hablarle cuando quería, y pasaba algunas tardes en el retrete en pláticas espirituales con los de la Cámara, que le eran muy aficionados.

Volviendo el Caballero de hablar al Rey, preguntó á su compañero qué acidente era el que le había venido delante de Su Majestad. Y aunque se excusaba, importunado, dijo: «He oído decir que está mandado, con pena de la vida, que no entrase morisco libre en la Corte, y yo lo soy de padre y madre; y éste fué el gran temor que me hizo caer en tierra». Preguntóle más el Caballero, «si tenía alguna seguridad de ser batizado, donde nació y se había criado». Respondió: «Que después de la guerra de Granada le trujeron sus padres niño á los pechos á Mallorca, y que no sabía si le batizaron, y tenía miedo que no, porque tampoco le mostraron la doctrina cristiana y menos estaba confirmado. Y muertos sus padres no muy católicos, quedó de quince años, y sirviendo á cristianos viejos, le mostraron la ley de Dios». Acordó el Caballero de consultar este caso con un cura conocido, y él, enterado de todo, en su mismo aposento, tomó un jarro de agua, y al dicípulo Alonso, que era de diez y nueve años, le dijo: «Si no estás bautizado, yo te batizo, Angel, en el nombre del Padre, etc.», y púsole este nombre á petición del Venturoso, porque en la condición y espírito lo parecía.

En este tiempo había en la corte una enfermedad pésima, que llaman tabardillo, y el Caballero en el dicho hospital ayudó á curar y á bien morir á más de seiscientos enfermos hombres y mujeres, dándole Dios fuerzas y librándole del contagión que traen aquellas fiebres, puesto que todos los médicos que curaban allí y los sacerdotes que administraban murieron aquel mes. Un Oidor de Consejo Real de Madrid, deudo del Caballero y de su mismo nombre, viendo que estaba en aquel hospital en notable peligro de la vida, lo retiró á su casa, porque ya el compañero andaba con calenturas, de las cuales escapó en breves días. Tenía ya alcanzado de Su Majestad licencia y privilegio por diez años para imprimir los libros que hemos dicho, y trataba el Venturoso de venderlos á mercaderes y volverse á Mallorca. Un Conde Navarro, á quien había sanado de un ojo ofendido, le persuadió fuese el Caballero á su estado y congregase algunos compañeros (que ya se le juntaban á su hábito ermítico algunos sacerdotes y seglares), y que le daría una casa nueva que había costado dos mil ducados de labrar, una legua de su pueblo, y los mantendría en ella, hasta que siendo conocidos, los pueblos comarcanos los proveyesen. Con parecer de personas doctas y espirituales, aceptó el Venturoso la oferta, y tomando cartas de Su Majestad y de otros grandes de su recomendación para el Obispo de Pamplona, Virrey y Regente de la Audiencia, y otras del

Conde para su Gobernador, en dos jumentos que llevaban la ropa, partió el Caballero de Madrid á Navarra con dos sacerdotes y cuatro compañeros legos vestidos de su hábito ermítico.

Llegó á Pamplona el nuevo ministro con sus seis compañeros, con título y constituciones de congregación de San Joan Baptista de la Penitencia, ordenadas por él mismo. Dió sus cartas y fué recebido del Prelado y de los demás con mucha caridad. Dió luego el Obispo licencia para que se congregasen en aquella casa y que se dijese misa y predicase, vistos los recaudos de los dos sacerdotes, que el uno era predicador; confirmóse todo del Virrey y Regente, que eran compatriotos del Venturoso, y juntamente le dieron ornamentos, campana, misal y algunas cosas que al presente le eran más necesarias á su fundación.

Día de Santiago Apóstol, año de 1591, se comenzó á decir misa en la ermita nueva de San Joan de la Penitencia de Navarra, administrando el Caballero, así la sobre dicha familia, como otros que se le iban juntando. Comenzó luego á disparar contra él la artillería de las religiones comarcanas, que no le dejaban vivir. Unos le pedían que mostrase qué aprobación tenía su instituto; otros, que si era congregación, que mostrase de qué Pontífice estaba confirmada. Y algunos decían que si eran ermitaños, no podían vivir congregados en forma de convento. A todo el Caballero ministro respondía:

«Que fuesen á saberlo del obispo que los había admitido y dado licencia, que él le respondería». El cual tenía ya cuidado de defenderlos de todas estas molestias, aunque padecían algunas violencias y malos tratamientos que les hacían al ministro y á su predicador religiosos, convidándolos con cautela en sus monasterios, que por dos veces hicieron en cada uno de ellos lo que la pasión diabólica les pudo mover. Y en estos trabajos no pequeños, hizo el perseguido Caballero estas

LIRAS

Bueno es que padezcamos
contino con vivir atribulados,
para que conozcamos
que, como desterrados,
quitemos deste mundo los cuidados.
Bien es que contradigan,
y murmuren las obras que hacemos,
disfamen y persigan,
por que no nos gloriemos,
y la humildad con esto aseguremos.
Cuando somos de fuera
despreciados, nos sirve de castigo,
y que el alma ligera
corra á buscar su abrigo
en sólo Dios, que es verdadero amigo,

quien como agua bebía
los pecados un tiempo y las traiciones,
justo ahora sería
beber las aflicciones
en penitencia, y por domar pasiones.
Siendo esta vida guerra,
no se puede gozar de paz viviendo,
y quien la busca yerra,
cuya verdad sabiendo,
se gozaban los santos padeciendo.
Cuando el bueno es tentado,
perseguido, ó de malos pensamientos
se halla atribulado,
y otros desabrimientos,
purga y aumenta los merecimientos.
Y conoce á la clara
la flaqueza y miseria de que es lleno,
si Dios no lo repara;
que el hombre seco heno
no tiene de sí mismo nada bueno.
Entonces se entristece
del tiempo que gastó en vida viciosa
y con gusto padece
cualquier adversa cosa,
para hacer á su ánima gloriosa.
Y como buen soldado,
ama la guerra y de la paz se guarda,
dale pena y cuidado
á su fuerza gallarda,

si algunos días su combate tarda.
Demanda á Dios más grave
el padecer y esfuerzo que no tuerza,
por la verdad que sabe
padece el cielo fuerza
y lo gana el más fuerte si se esfuerza.

Al cabo de once meses que estaba cansado de domar potros, porque como no había profesión ni se militaba debajo de regla aprobada por Pontífice, á cada ocasión de padecer recuentros, se le iban los compañeros y se le venían otros. Y llegó á término que se le fueron los sacerdotes, temiendo los frailes, y fué necesario traer clérigos de la villa para administrar, y fuésele el Angel.

Año de 1591, á 9 de Marzo, con parecer y licencia del Obispo, nombró el Caballero por vicario de sus compañeros al de más edad, y habiéndoselo avisado al Conde, se retiró en un desierto siete leguas más adentro, y en lo más áspero dél frabricó una celda de diez pies en largo y cinco en ancho, con bóveda debajo y cámara encima. Puso su cerca de piedra á la redonda, de dos estados de alto con bardas encima, y con su puerta y campanilla, dejando dentro campo para sembrar una fanega de trigo y hortaliza; metiendo dentro seis nogales, y cuatro encinos de bellotas dulces, y un olivo, que aunque lugar silvestre, parecía que lo tenia todo Dios guardado para este fin. Treinta pasos de la

cerca, buscando agua, halló una pequeña fuente que á mala pena se podía beber con la mano; pero cavando salió un golpe de agua delicada y fría, como un brazo. Hizo de su mano una estrecha acequia de losas cubierta hasta la puerta de su celda, y puesta sobre un pilar mediano una figura grande de piedra que él mismo labró, con título de la Tribulación, y toda aquella agua le salía por la boca y daba sobre una pila redonda con cuatro caras que por la boca la echaban sobre el pilar mediano de diez palmos de largo y cinco de ancho, que tenía sus rematientes secretos con paletas de hierro cerrados, que alzándolas un poco, salía el agua á regar el jardín y á otras partes que fuese necesaria. A un lado deste pilar de agua estaba una cadenilla de hierro, de la cual estaba asida, y dentro el agua la camisa de cordellate, y al otro lado otra cadena con el cilicio de cerdas, que todo se remojaba por ocho días, y luego estregados se ponían al sol, y se mudaba el Caballero lo que traía puesto, poniéndolo en el mismo lugar.

Había abajo otro pilarito pequeño de cuatro palmos por cuadro, en que caía y embebía el remaniente de toda la fuente, en el cual se lavaban los platos y las ensaladas. Todo el frontispicio de la fuente y el del pilar estaba pintado al óleo de algunos animales y monterías, y dentro el agua peces y anguillas para recreación. Un poco más abajo había una güerta con 36 árboles de diferen-

tes frutas, que él mismo plantó, y debajo dellos unas plazas de legumbres.

Entre la celda y la güerta hizo un jardín, con encañados entretejidos de rosas y jezmines y variedad de musquetas, violetas, alhailíes, clavellinas finas y de las Indias, ramilletes, murtas, azucenas, albahacas, mirabeles, con otras varias y olorosas flores. Y en medio dél una plaza mediana con hortaliza, cuanto bastaba al su sustento ordinario. A la parte derecha de la celda plantó un pedazo de viña, cuanto era necesario para comer y colgar todo el año, que con algunas de las demás frutas se guardaban en el cuarto alto que dijimos, en cuyo suelo, que era de tablas, se conservaban las legumbres, nueces, bellotas, ajos y cebollas.

En la bóveda debajo de la celda estaban las tinajas: una con aceite y otra con vinagre, y un barril con vino para las misas, otros dos pequeños con aceitunas y arrope. Y allí estaba la sal, algunos quesos, jarros, platos y escudillas. Y en un poco de antecámara que tenía la celda, estaba en la pared un hueco como armario, en que había el pan biscochado que bastaba para comer todo el año, y por una ventanilla baja se sacaba para cada día.

En la cámara alta había un jergón de paja y frezada para güéspedes.

La celda interior tenía su puerta de golpe angosta de la altura del ermitaño; al lado derecho un oratorio dentro la pared embebido, y en medio de

él un Cristo grande de bulto, y á todos los lados imágenes de Nuestra Señora y de todos sus santos devotos, y dentro el mismo hueco una lamparilla de pie que ardía noche y día. Todo lo cual cubría un velo negro. Debajo del altar de este oratorio estaba escondido en la pared un cajón con todos los ornamentos y recaudos de decir misa.

En la pared frontera de la puerta, en un hueco de ella estaban (á modo de librería) 150 libros espirituales, con otro velo leonado que los cubría. Al siniestro lado de la entrada de lo más alto de la pared colgaba un reloj mediano, con su campana que daba horas y tenía despertadcr. En la pared que salía al jardín y al Mediodía, había una ventana de palmo y medio de ancho y dos de alto con su vedriera; debajo della estaba una tabla de cinco palmos y tres de ancho, atravesada por el anchura de la celda y encajada en la pared por un canto á modo de escaño, que servía de asiento al Caballero de día y de noche de cama, y porque era corta no se extendía para dormir, sino medio recostado, y la cabeza sobre un atril de tablas envuelto en su manto dormía, metidos los descalzos pies en un pellejo de carnero.

Debajo la librería estaba un tablón por mesa, que tenía encima tinteros, plumas, papel, cajas con pinturas y pinceles y muchas herramientas para los oficios. El techo de la celda era todo sembrado de hierolíficos, y todas las paredes hasta el suelo cu-

biertas de cuadros hechos de sus manos y de estampas finas. Al costado de la celda estaba una pequeña caba'leriza, con su necesaria que salía á la viña y con puerta de golpe. La puerta principal era grande, que podía entrar un mulo cargado, y tenía su postigo y un agujero secreto para ver quién llamaba sin ser visto ni sentido. De la parte de fuera en lo alto de la puerta tenía pintado de negro al ólio este

EPITAFIO

Desengáñese cualquiera
de cualquiera calidad
que entrar aquí dentro quiera,
que si no hay necesidad
urgente, quedara fuera.
Que no es ermita obligada
á visita ó devoción,
sino celda retirada,
y así obliga la razón
que á todos esté cerrada.

Hase de notar, que para que no parezca curiosidad viciosa ó singularidad de vida lo que en esta Aventura se contiene, conviene saber que Ricardo, doctor grave dice: «El que va tras la perfección de la vida espiritual, debe primeramente guardarse de la multitud de los pecados veniales; de las concu-

piciencias por mínimas que sean; de los pensamientos carnales malos y vanos, como son los de ira, juicios temerarios y otros semejantes. También se han de huir las consolaciones humanas en el comer, beber, hablar, ver y oir, en curiosidades en vestir, en dormir y en cualquier libertad. Porque cuanto más fuertemente desechando estas consolaciones y mortificándolas, no querrá ser corporalmente consolado, tanto más merecerá el espíritu ser dulcemente favorecido de la divina gracia. Porque si la vivificante gracia de Dios halla al corazón libre destas imperfecciones, rellénale mas copiosa y abundantemente.»

Y para huir de todo punto de las visitas y correspondencias humanas, de cuya frecuencia suelen resultar consolaciones de regalos y ocasiones de pecados, cerró el Caballero ermitaño la puerta del corazón al mundo y la de la ermita á los curiosos, aunque parezca que por otra parte los llamaba con la variedad de curiosidades dichas; pero como eran obras de sus manos y ejercicios cotidianos que no tenía compañero que los vendiese, ni trato con personas á quien pudiese darlos, aunque era mayor perfección vivir con sola una cruz, una calavera y cuatro libros, era muy difícil haber de renunciar todas las habilidades que Dios le había dado, y haber de tener por trabajo ordinario hacer cesticos, redes ó cucharas como los padres del yermo, que quizá no sabían más. Pues cierto es que no le qui-

taron la santidad á San Pedro el pescar antes y después de su vocación; á San Lucas, el pintar; á San Jerónimo, el escrebir y componer libros; á San Gregorio, hacer versos, ni á San Aloy el arte de platero; como en estas cosas no se tenga amor desordenado, aunque parezcan al perfecto superfluas. Dios lleva á cada uno por su camino.



AVENTURA XX

La vida y ejercicios del Venturoso ermitaño. Pasa el Rey dos leguas de su ermita, llévanlo á que le quiere ver y hácele una merced.



IJO el Abad Zenón: «Nunca vivas en lugar afamado y principal en la orden, ni seas compañero de hombre de mucha fama y muy conocido y respetado, ni hagas cimientos para tu celda con pensamiento que has de vivir en ella mucho tiempo». No se acordaba deste aviso el Caballero de Cristo, que tan de propósito asentaba su vivienda, cuya vida y ejercicios era en esta manera.

Guardaba firmemente no tener estrecha amistad ni correspondencia con ninguna suerte de persona, ni responder á nadie que llamase á la puerta, sino á un religioso que le iba á decir misa las fiestas y confesarle, que traía seña en el tocar la campanilla, habiéndole rogado no trujese nadie consigo, como lo hizo.

Por que el Obispo le daba á su convento una abadía real de aquellas tierras por su trabajo del ir

á administrarle dos leguas, que valía 40 escudos al año.

No tenía en su compañía persona alguna, gato, perro, pájaro ni animal viviente que pudiese robarle el corazón ni el tiempo.

Repartía el día y noche con este orden: A media noche, todo el año, maitines y oración mental hasta las dos. Dormir hasta las cuatro, y desde allí al día leción de Sagrada Escriptura. Al salir el sol decía Prima. Hasta las nueve, componer libros en verso y prosa. Luego decir Tercia. Las dos horas que había hasta las once cultivaba la güerta ó pintaba. A las once, Sexta, y inmediatamente media hora de examen de la conciencia. Luego comía: lunes, miércoles y viernes, biscocho y agua, y los otros días mezclaba con el biscocho fruta verde ó seca, nueces, bellotas, aceitunas, queso, arrope ó ensalada, y jamás cosa que se guisase al fuego. Desde medio día tenía un hora de leción de vidas de santos. Dando la una decía Nona, y quedaba en quietud hasta las dos, que decía Vísperas. Desde las tres hasta las cinco se ocupaba en artes mecánicos de los que atrás hemos dicho, y regaba su güerta. A las cinco cantaba Completas y salve; con candelas encendidas, descubierto el oratorio, hacía conmemoración de 43 santos devotos, á cuyas fiestas, y de otras solemnes, los beneditus y magníficos, cantaba con una vigüela que para esto tenía. Después de Completas tenía otra hora de oración. A las sie-

te de la tarde, ó de la noche, hacía una colación ligera y estudiaba hasta las diez. Luego dormía aquellas dos horas hasta maitines, vestido, como dicho es, en su tabla. De modo que las horas de sueño de noche eran cuatro, y de Nona hasta Vísperas menos de una, sino con necesidad urgente. Aunque la tierra de Navarra es frigidísima, nunca encendía fuego ni tenía chiminea, por que al principio le movía el calor grandes estímulos de alteraciones; cuando había sol comía y hacía sus ejercicios á él, en un poyo de la puerta de la celda, en una mesa de piedra que para ello y para comer tenía hecha.

No salía de la cerca jamás si no fuese muy necesario.

El primer año hizo sembrar dentro de su cerca una hanega de trigo para su sustento, por orden de su confesor, y como no hubo en el bosque lugar en qué hacer era para aventar el trigo trillado se perdió toda su sementera. Súpolo el Obispo, y envióle á decir que no sembrase trigo, sino lágrimas, y cogería pan para su año. El Caballero ermitaño le respondió con estos dos

SONETOS

Las Rojas aguas de mi suerte dura,
con la experiencia me han mostrado claro
que en este yermo no me será avaro
el que con banda negra me asegura.

Con Rojas esperanzas de hartura
(según me lo mandáis) no siembro ni aro,
pues tengo cinco estrellas por reparo
que una sola bastaba á dar ventura.
De hoy más no siembro en tierra, sino en cielo;
no trigo, sino santas oraciones
regadas con los ojos de contino.
Con esto cogeré pan y consuelo
del que sustenta tantas religiones
con generoso pecho tan benigno.
En el favor divino
y en los tres, Sandoval, Rojas, Bernardo,
mi buena suerte y mi sustento aguardo.

OTRO AL MISMO

Bernardo sacro, por las cinco estrellas
Rojas de sangre, que á la negra banda
del Sandoval, quien sobre estrellas anda
os puso como un sol en medio dellas,
os pido por merced, que enternecellas
con caridad dejéis á mi demanda,
que es pobre, honesta, honrosa, justa y blanda,
y tal, que arroja al cielo sus centellas.
Ya sabéis cierto, que esta vuestra oveja
vive del Verbo y pan tan solamente,
y un pequeño le basta cada día.
Dádselo vos mientras se os apareja

silla más alta, por que á un penitente
limosna tal al cielo y tierra expía.
Ultra que el alma mía
anhela á vos, y pues de pan carezco,
daréislo á Dios, que yo no lo merezco.

Como ya el generoso Prelado estaba movido á hacer lo que solía con todos los pobres, sirvieron estos versos de despertador, y envióle cada año seis hanegas de pan biscochado, cuatro quesos, un cántaros de arrope y alguna fruta de colgar. Todo este modo de vivir del penitente Caballero, y el sitio en que estaba tan áspero y fuera de camino, como dice San Joan Crisóstomo, era suficiente para la filosofía espiritual.

Al principio de su recogimiento, tuvo el Venturoso solitario algunas inquietudes de los religiosos, clérigos, caballeros y de toda gente curiosa de la comarca, que con las nuevas concurrían á verlo y conocerlo; llegaban cansados y perdidos si no traían guía, y destrozados de la espesura del bosque, y algunos que veían en la puerta los versos, habiendo tocado la campanilla dos ó tres veces y no respondido se volvían; otros, más porfiados, llamaban una hora ó más; algunos se indignaban contra el ermitaño, llamándole rústico, selvaje desesperado. Todo esto duró seis ó siete meses, hasta que el mundo conoció que no hacía caso dél ni de sus honras ni consuelos, y así lo dejaron de modo que

nadie le buscaba, sino los pobres, que á todos abría, y consolaba con darles á comer, y la limosna en dinero, que Dios le inspiraba, conforme las leguas que cada uno decía que había andado en llegar allí, y conocíalos por el agujero secreto de la puerta.

El mismo año de 1591, á los primeros de Deciembre, el católico y prudentísimo Rey Filipe II vino en aquel reino á jurar al Príncipe Don Filipe III, trayendo consigo á su sabia y amada Infanta y posando una noche en una villa dos leguas del desierto y celda del Caballero; el regimiento del pueblo, entre otras cosas notables de su comarca, contaron á Su Majestad la vida áspera y extremada clausura del solitario. Como ya el Rey lo conocía, preguntó si podrían pasar por su ermita aunque se rodease algo, para ver el concierto que dicían que tenía en su vivienda; respondiéronle ser imposible por no haber camino para ir en coche ni litera, y con mucho trabajo á caballo, ni se podía hacer en muchos días. Los de la Cámara, que eran sus devotos, viendo que el Rey gustaría de verlo, hicieron instancia que fuesen luego por él, que aún faltaba una hora para anochecer. Luego partió el religioso que le administraba con otra mula y criado y una lanterna, y cayendo nieve á copos todo aquel día, á las nueve de la noche tocaron á la celda; con la seña y gritos que dieron salió el solitario y abrióles, y sabido á lo que venían, con la priesa que

pudo metió en un cestillo blanco de mimbre con su cubierta, costras de biscocho, nueces, uvas, peras y bellotas para hacer un presente á la Infanta y Príncipe, y puestas unas botas de fieltro subió en su mula, y por que llegaron á tiempo que Su Majestad se quería acostar no hubo lugar de hablarle aquella noche; Joan Ruiz de Velasco, como el más devoto, se lo llevó á su posada, y él y su mujer tuvieron con él coloquios espirituales hasta dos horas despues de media noche, que á las once y media dejó al Rey acostado.

El día siguiente á las nueve de la mañana salió el Rey con el Príncipe é Infanta de sus aposentos á una capilla, á misa. El Venturoso, que estaba esperando á la puerta de una sala, besó la mano al Rey y á sus hijos, y hizo su presente del canasto, de que no poco se rieron los circunstantes.

Paróse el Rey un poco á hacer algunas preguntas al solitario acerca de la clausura, y por qué no trataba con todos. Respondió que para que Dios hable á menudo con el alma del que le va á buscar en el yermo, es menester que esté muy desasido del trato humano, puestas las dos guardas, que son silencio y soledad, especial en tierra que no conoce á ninguno, ni ha comenzado á abrir puerta de amistades ó devociones que le puedan obligar, y que así vivía con mayor quietud y seguridad que con consolallos y predicalles cada vez que fuesen á buscarlo. Dijo Su Majestad: «La vida que me dicen

hacéis en esta tierra tan fría, ¿no la podéis hacer en una de las ermitas que están cerca del Escurial?» Respondió el Venturoso: «Siendo servicio de Vuestra Majestad, no sólo se puede, pero será para mí muy gran merced y buena suerte, aunque sea imposible guardar la soledad y clausura que en este lugar, donde sin tener respetos humanos, no se responde ni corresponde á nadie, y allí de religiosos y gente de Palacio sería muy frecuentado». Replicó el Rey: «No quiero yo que por mi causa os inquietéis; rogad á Dios por nosotros, y si os falta alguna cosa, os lo mandaré dar». Respondió «que el Obisbo le daba de comer, y no aceite ni cera, y que desto tenía falta».

Mando Su Majestad librarle 100 escudos cada año para la cera y aceite que gastase en aquel desierto, pagados en sus rentas de las Aduanas de aquella villa, y por que se partió luego el Rey pidió un jumento emprestado el ermitaño y fuéle acompañando hasta Pamplona, razonando con él algunos ratos pegado al estribo del coche. Iba Su Majestad recostado en dos traspontines de raso verde con sus almohadas de lo mismo, por que iba con la gota ópodagra, puesta la cabeza á la parte del cochero y los pies entre el Príncipe é Infanta que, sentados juntos, los llevaba de cara. Tenía á cargo hacerlo despachar el Limosnero mayor y Maestro del Príncipe, García de Loaisa, y posó con él y comió tres días que tardaron en despachar la Cédula real; dié-

ronsela, y volvióse á su celda con uno del pueblo que le mostró el camino.

Aquí se han de considerar dos extremos, como son haber salido el solitario de tanto recogimiento y clausura, y metídose hasta los ojos en el tráfago de una Corte, viendo, oyendo y comiendo cosas muy contrarias de su profesión, que aunque tuviera echadas más raíces que un cedro del monte Líbano, no estaba seguro: sólo tenía en su favor haber sido llamado, y en ocasión que no tuvo resistencia, que de otra manera, como dice San Bernardo: «Peligrar suele la castidad en los deleites, la humildad en las riquezas, la piedad en los negocios, la verdad en hablar mucho y la caridad en este mundo malo». Pero de cualquier manera se halla escrito: «Nunca estuve entre los hombres, que no saliese menos hombre». Aun los filósofos dijeron, y San Jerónimo, escribiendo á Paula, lo dijo más largo: «Que nunca estaban menos solos que cuando estaban solos, porque en la soledad tenían más tiempo de tratar con los libros y con sü entendimiento». Y cuenta San Jerónimo, de Arcenio, que estando en palacio del Rey deseando servir á Dios, y pensando un día qué haría para salvarse, oyó una voz que le dijo: «Arcenio; huye de los hombres y te salvarás». Conociendo el Venturoso que volvía á su recogimiento cargado de dineros y vacío de devoción, con la experiencia de su distraimiento, vuelto ya en su celda hizo estas

CANCIONES

Oh más que Venturoso,
quien vive solitario,
con solo Dios, y deste mundo ausente;
que éste halló el reposo,
y el bien que es necesario,
el cual tarde se halla entre la gente;
allí más fácilmente
puede vacar al cielo,
por que no hay quien le impide
el bien, ni al mal convide,
y gustar solo el sustancial consuelo,
que el Señor comunica
á quien se le resigna y se le aplica.
Valiente y esforzado
llamar se puede él solo,
que huye los peligros de la tierra;
y aunque está retirado
de los fraudes y dolo,
no le falta en el yermo mayor guerra:
con demonios se encierra,
y aunque son tan tiranos,
con cruz y agua bendita
su combate se quita;
lo cual no basta para los mundanos,
ya tan perjudiciales,
que son peores que los infernales.
Si con divino auxilio

en el mundo pelea
un hombre, y vence para quedar justo;
veréis luego un concilio
de canes que desea
despedazar al que no va á su gusto.
Y éste, fuerte y robusto
en virtud y bondades
(como madrina hermosa
que hace fea á la esposa),
afea su bondad todas maldades,
por cuyas objeciones
padece la virtud persecuciones.
Deste peligro duro
y de la vanagloria,
se escapa el que está solo en el desierto;
y así libre y seguro
consigue la victoria
de la carne, si vive humilde, y muerto.
¡Oh saludable puerto
á la nave que es tuya,
donde no se aniquila
en Caribdis y Scilla,
aunque volcan le queda que le arguya
á quien con llantos tiernos
le rompe la oración dientes y cuernos!
Aquí las pretensiones,
mandos y dignidades,
la ciencia, gentileza y buen linaje,
regalos, invenciones

y estrechas amistades
son tenidas por bárbaro lenguaje.
Por que el áspero traje
la dura penitencia,
silencio y disciplina,
con oración contina,
entre vigilia, ayunos y abstinencia;
tienen por altas vías
libre ya un alma destas burlerías.
No hay aquí pez que pegue,
ni hay aceite que manche,
ni molino que hincha de harina.
Falta el polvo que ciegue,
la lisonja que ensanche,
el chiste y la añagaza peregrina.
El odio y la mohina,
la contienda y porfía,
murmurar y juzgarse,
querer acreditarse,
no hay esto aquí, que quiere compañía,
donde ningún nacido,
se escapó de morder ó ser mordido.
Mas en soledad yerma
hay la conciencia pura,
santos y fervorosos ejercicios;
salud que nunca enferma,
continencia y cordura,
larga oración y limpios sacrificios:
extirpación de vicios

y de virtudes planta,
los campos tan amenos
de varias flores llenos,
que al alma á contemplar en Dios levanta,
fuentes, aires y aves,
que dan de balde músicas suaves.
Soledad apacible,
á los que son perfetos
en vencer sus pasiones con gran guerra;
pero odiosa y terrible
á los vanos inquietos,
que es como el mar que al muerto arroja en tierra;
y el que en ella se encierra
será Dios si se endiosa,
ó bestia si viviere
como su carne quiere;
por ser tan excelente y tan preciosa,
que en este tiempo vario,
apenas se halla un puro solitario.
Que la inclinación mala,
puesta en cárcel divina,
desfallecen sus fuerzas en sus actos;
Magdalena en la sala
y Marta en la cocina,
una á solas con Dios y otro entre platos:
pero también á ratos
en religión estrecha,
siguen las dos hermanas
las tardes y mañanas,

que obediencia y orar más aprovecha;
y á las órdenes anchas,
oración es jabón que quita manchas.
  Piensa la buena Marta
que ella sola trabaja,
y que vive su hermana muy holgada:
y la religión harta,
cree que se aventaja,
en andar muy solícita y cansada,
pero no acierta en nada,
que en yermo hay tanto duelo,
cuanto contemplativa
excede á vida activa,
sin humano socorro ni consuelo,
como ir al cielo holgando
en coche, ó fatigados y arrastando.
  Al fin, no se le niega,
que aquí se habla á solas
con solo Dios, que sola al alma quiere,
y al golfo en que navega
él le amansa sus olas,
y en consuelos á esotros lo prefiere:
mire el que la quisiere,
que allí pone el demonio,
su artillería, y saco,
para espantar el flaco,
como San Pablo, Arcenio, Nofre Antonio,
que por su gran victoria,
merecieron gran nombre y mayor gloria.

Canción, de aquí no paso,
que estanco mi miseria
en mar de profundísima materia,
de quien si hincho libros quedo escaso;
sople tu viento en tanto
que navego á la vela al puerto santo.

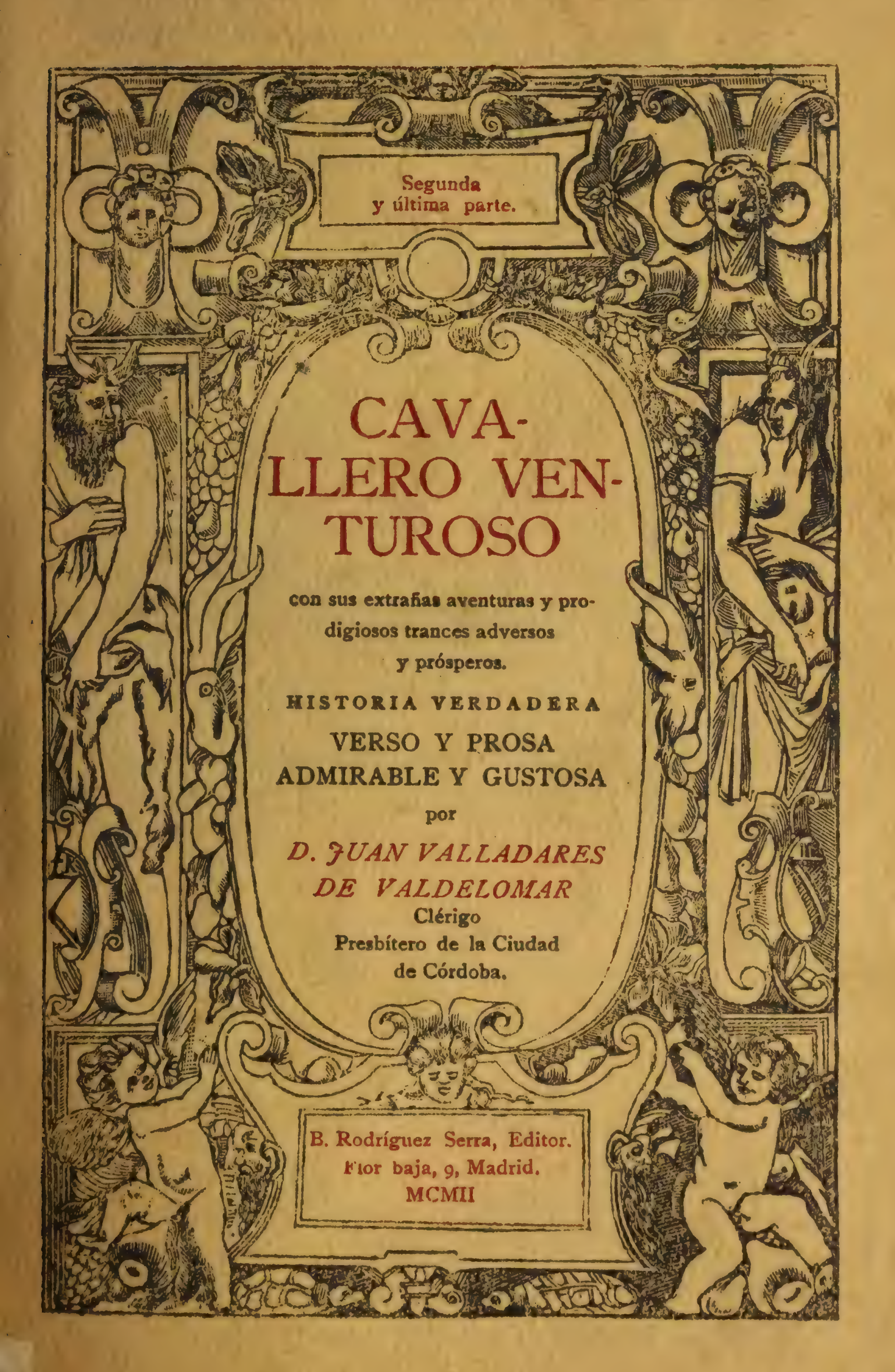
Soledad es ayuda de la devoción; por que no sólo quita las ocasiones de destruimiento á los sentidos, al corazón y á las oportunidades de pecar; sino también convida al hombre á que more dentro de sí mismo y trate con Dios y consigo movido con el oportuno lugar, que no admite otra compañía la soledad que á la devoción.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

COLECCION

DE

LIBROS PICARESCOS



Segunda
y última parte.

CAVALLERO VENTUROSO

con sus extrañas aventuras y prodigiosos trances adversos
y prósperos.

HISTORIA VERDADERA

VERSO Y PROSA
ADMIRABLE Y GUSTOSA

por

D. JUAN VALLADARES DE VALDELOMAR

Clérigo
Presbítero de la Ciudad
de Córdoba.

B. Rodríguez Serra, Editor.
Flor baja, 9, Madrid.
MCMII

Milton A. Buchanan
Univ. of Chicago
1906

Imp. de Antonio Marzo.—Calle de las Pozas, 12.



CAVALLERO VENTUROSO

COLECCIÓN

DE

LIBROS PICARESCOS

EDICIÓN DE BIBLIÓFILO

CON GRABADOS DE LA ÉPOCA, ETC. TOMOS EN 8.° MAYOR

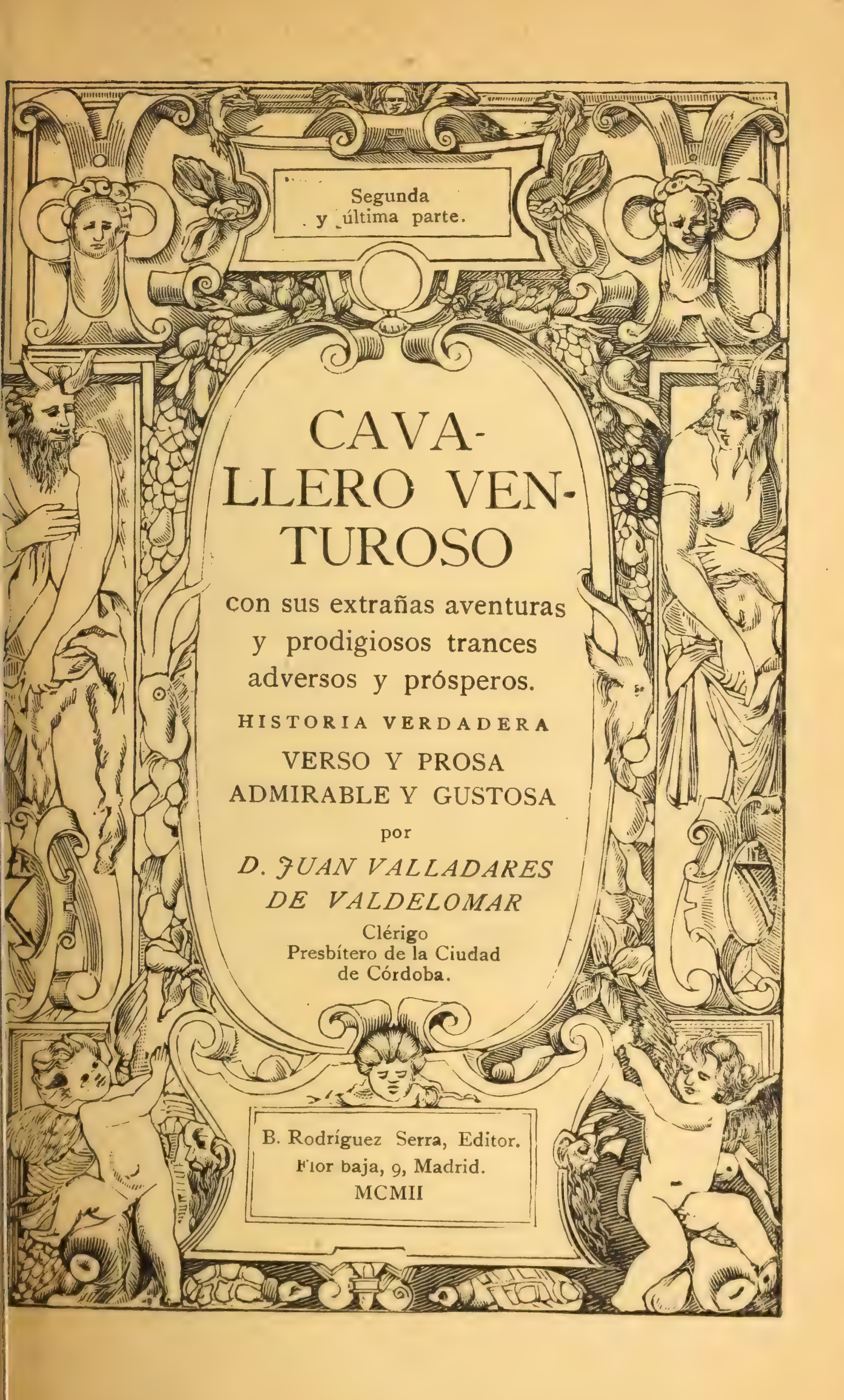
PESETAS 5 EL TOMO

I. *Francisco Delicado.* — **La Lozana andaluza.**

II. *Pedro Aretino.*— **Coloquio de las damas,** en el cual se descubren las falsedades, tratos, engaños y hechicerías de que usan las mujeres para engañar á los simples y aun á los más avisados hombres que de ellas se enamoran, y **La Cortesana.**

III y IV. *Agustín de Rojas.*—**El viaje entretenido,** con un estudio crítico por D. Manuel Cañete, reproducción de la primera edición completa de 1504.

V y VI. *J. Valladares de Valdelomar.* **Cavallero venturoso,** con sus extrañas aventuras y prodigiosos trances, adversos y prósperos. Manuscrito inédito del siglo VXII.



Segunda
y última parte.

CAVA-
LLERO VEN-
TUROSO

con sus extrañas aventuras
y prodigiosos trances
adversos y prósperos.

HISTORIA VERDADERA
VERSO Y PROSA
ADMIRABLE Y GUSTOSA
por
D. JUAN VALLADARES
DE VALDELOMAR
Clérigo
Presbítero de la Ciudad
de Córdoba.

B. Rodríguez Serra, Editor.
Flor baja, 9, Madrid.
MCMII

AVENTURA XXI

De diversos trances que sucedieron al Caballero en aquel desierto.



OR siete razones evidentes es más excelente la vida contemplativa que la activa, y son las siguientes: La primera, que el entendimiento con que contemplamos los secretos divinos, es más noble que los efectos donde tiene su fundamento la activa. Segunda, es de mayor estima y será infinita al que la comenzare de acá abajo. Tercera, porque al hombre es muy más deleitosa, y al juicio sano de grande dulzura mucho más que cualquier obra de manos. Cuarta, es de mayor precio, por ser á lo que es más y mejor aplicada, la cual convida con el mismo bien en que se funda. Quinta, que es vida quieta, y exenta de tráfago y sobresalto mundano. Sexta, porque es fundada en cosas de Dios, y es llamada divina, y esotra por tratar con las gentes se dice humana. Sétima y última, porque el mismo Christo la alabó por mejor que la activa, hablando con Marta. ¿Quién pensara que en una elección de vida tan excelente, aún no estaba seguro el Caballero de

recuentros y tentaciones? Cuando no podían los demonios por sí mismos (como perros atados), buscaban personas que hiciesen por ellos el efecto doble.

Un albañil que le fabricó la celda, tenía un hijo de veinticinco años que leía y escrebía, y deseaba ser de la Iglesia; pesuadió al solitario le prometiera tenerlo en su servicio hasta que se comenzara á ordenar. Respondióle que todo se haría bien acabada la celda, que ya sabía el Caballero que mochachos en vida solitaria son demonios encarnados y peores, pues no huyen de cruz ni agua bendita. Encerrado que fué el solitario, dijo al maestro: Yo vengo determinado de vivir tan solo, que ni anima viviente tendría conmigo. Calló el padre, y volvióse con su hijo, y puso demanda al Caballero ante el Vicario general, de todo el tiempo que había trabajado en hacer la ermita, diciendo que á los peones pagaba cada día y á él no, habiendo pagado á todos juntos. Pues como el solitario se determinó de no responder á ninguno, los que venían á citarlo jurídicamente, como no respondía, ponían las citaciones pegadas á la puerta, y sentenciado en la cantidad que se le pedía, una tarde saltó por las paredes un alguacil de la curia ecclesiástica, y pidió veinte escudos y costas ó prendas que lo valiesen; el Caballero, seguro de semejante deuda, y inocente del pleito, dijo que no tenía prendas ni debía tal dinero, que le llevase preso, y

así lo hizo; fuése con él á la ciudad, y á la Ave María, cerca de la cárcel, encontraron un paje del Obispo, y díjole el solitario que dijese á su señoría cómo su Vicario le había sentenciado y mandado prender por lo que no debía.

Entró luego en la cárcel en el aposento del Alcaide, que fué prisión sétima. A un cuarto de hora que razonaba con el carcelero, volvió el paje con orden del Obispo para que soltasen y llevasen á su palacio (como se hizo) al solitario. Reñido al Vicario por haber hecho tal sentencia y ordenado semejante prisión, no siendo oído ni visto, excusóse que guardó los términos judiciales, acusando rebeldías cuando no respondía. Y que no había mandado prenderle, sino ejecutar la sentencia en sus muebles, y que él mismo quiso venirse con el alguacil. Compuso el Obispo la no debida deuda, y pagóla, y á los tres días volvió el solitario á su celda, no poco maravillado de los lazos de Satanás. Acompañóle, por ser de noche, un sobrino del Obispo, á qüien por despedida hizo la siguiente

GLOSA EN LIRAS

Sola es nobleza ser muy virtuoso.

GLOSA

Don Francisco preclaro
con quien el clima y hado tan dichoso

muestra su poder raro,
sabed, si estáis dudoso,
sola es nobleza ser muy virtuoso.
  No estribéis en linaje,
no en gallardo, no en rico y poderoso,
que cairá ese homenaje,
y en el más generoso,
sola es nobleza ser muy virtuoso.
  Si la sangre os aspira
la juventud, la carne y mundo astroso,
á qué torzáis la vira,
decidles receloso:
sola es nobleza ser muy virtuoso.
  Sembrad la tierra nueva
de flores santas, que os harán dichoso,
y pues virtud nos lleva
al inmortal reposo,
sola es nobleza ser muy virtuoso.
  Aunque oigáis la sirena,
su dulce lira y canto pernicioso,
que al infierno condena,
huid, pues, desir oso,
sola es nobleza ser muy virtuoso.
  ¡O! si el mundo ignorante
creyese que quien sirve al Rey glorioso
reina, y más adelante
vería el presuntuoso,
sola es nobleza ser muy virtuoso.
  La virtud (no el dinero,

sangre, la carne, ni valor famoso)
os hará Caballero,
que en el siglo engañoso,
sola es nobleza ser muy virtuoso.
¿Venus y Vulcan feo (1)
que pensáis pueden con el más honroso?
hacer lo vil plebeo,
de donde el más brioso,
sola es nobleza ser muy virtuoso.
Castidad y pureza,
charidad, devoción y ser celoso,
es la noble limpieza;
no es noble, no, el vicioso,
sola es nobleza ser muy virtuoso.
¿Cómo ya no parecen
el Papa, el Rey, el grande, el generoso?
Sus obras permanecen,
que todos van al foso,
sola es nobleza ser muy virtuoso.
Pues noble don Francisco,
que ya sulcáis el mar tempestuoso,
buscad supremo aprisco,
que en el libidinoso,
sola es nobleza ser muy virtuoso.
Virtud en mozo y noble
es un tesoro excelso y muy precioso,
cedro que no hay quien doble

(1) Ms. Bilhanfeo.

su ser maravilloso,
y aún más nobleza tiene el virtuoso.

Partido el sobrino del Obispo, muy contento con sus liras y de haber visto la habitación y curiosidades del Caballero, nuestro común adversario, que jamás cesaba de hacerle guerra, cuando no podía por sí mismo (como perro atado que ladrar puede, mas morder no, sin nuestro consentimiento), buscaba personas que hiciesen por él el oficio. Metióse en una señora de vasallos, viuda, mujer que tenía fama de muy espiritual, y cuando supo que el Venturoso fabricaba su celda, le enviaba muchas limosnas de pan, vino, carne y otros regalos para los que fabricaban, y habiéndolo así obligado, entendió que después de encerrado, la visitaría, ó tendría correspondencia espiritual, como ella deseaba. Excusóse el solitario, no sólo de todo esto, pero aun de recebir sus continuos y lastimosos billetes y presentes. Y como la privación es causa de mayor apetito, no cesaba la devota señora de darle caza con regalos y papeles, enviados con criados y con dos mochachos, hijos suyos, pidiéndole se hiciese cargo el ermitaño de ser guía de su alma; y como á nada le quisiese escuchar ni responder, un día de Agosto, por la siesta, le envió una doncella, la más hermosa que tenía en su servicio, de diez y seis á diez y siete años, con un cestillo de fruta y tortas y un billete, sola y á pie, dos le-

guas de bosque. Era tanta la priesa que daba Satanás en figura de ángel en llamar á la campanilla, que el Caballero, por su brújula secreta, reconoció que, sin ser San Antonio, se le aparecían en el yermo, no cuerpos fantásticos de demonios, sino, con mayor peligro, mozas de tierna edad. Alzó el solitario los ojos á Dios, y pidiéndole su divino favor, volvióse con él, quedito, sin ser sentido, á su celda, hasta que cansada de llamar la doncella, se volvió á su tentada ama sin respuesta.

Otro día salió el Caballero al bosque á caza de culebras, en contrapunto de la que el día antes le quiso cazar, y mató una muy gruesa y larga, la cual, atada por la cabeza, la puso á la cuerda de la campanilla que salía á la parte de fuera de la puerta, tan justa, que no se podía vér otra cuerda con que llamar, sino la culebra. Porque si volviesen aquélla, ó otras hijas de Eva, que suelen hablar con demonios y huir de ratones, por no tomar la sierpe muerta con la mano, se abstuviesen de llamar á la campanilla.

No se cansó el enemigo, ni quedó afrentado por haber sido vencido en aquel asalto, que la baronesa viuda, estimulada un año con el deseo de ver y conocer al que tanta fama hacían, una noche, á hora de maitines, con una luna clara, estando el solitario diciendo laúdes, vestida en hábito de hombre, con dos criados, escalando la cerca, llegó á llamar á la puerta de la celda. El Caballero, te-

meroso de que fuesen ladrones (como lo eran del alma), no respondió en media hora, hasta acabado su oficio. Y llegóse á la puerta (que siempre tocaban con modestia), y preguntó quién era. Respondió ella: Yo soy la Tal, y dos criados, que venimos á tratar un caso muy grave de conciencia, y que no se irían de allí hasta que abriese. El solitario, algo seguro de la compañía que con ella se oía hablar, y mucho más en el favor que Dios suele dar á los que padecen por su amor tribulaciones venidas sin buscarlas, abrió la puerta, y en el mismo instante, la mujer, vestida de labrador, con sus dos criados, se echaron á lcs pies del ermitaño. El los levantó y llevó al oratorio, y sin hablar palabra, ni responder á las suyas, tuvo de rodillas la hora de oración que solía, acabados maitines. La señora, esclava de sus pasiones, se edificó y enterneció mucho con esto. y con ver el lugar tan devoto y penitente abrióle Dios los ojos del ánima, y pidió perdón de su atrevimiento, y se volvió á su casa por la puerta de la cerca.

No se enmendó la buena y devota señora, pero sabiendo que el solitario abría su puerta á pobres, los hospedaba y lavaba los pies, y daba largas limosnas, concertaba ella con algunos que cuando estuviesen en su celda haciendo oración, le dejasen sobre el oratorio algunos billetes suyos (como lo hicieron dos veces), que venían llenos de disparates amorosos, dorados con palabras espirituales. Tanta

fué la fuerza que el demonio puso en aquella continua porfía de la mísera mujer, cerca de dos años, que el Caballero un día se sintió abrasar de amor, aunque no descubiertamente lascivo, y fue con tan repentina violencia, que para descansar, y no para enviarlas, escribió estas

REDONDILLAS

Francisca de Jesús, gozo
que da al alma pesadumbre,
cuerda que con la costumbre
cava en un brocal de pozo.
No dudo, pero sin duda
que vuestro Jesús por nombre
quiere quitarme el ser de hombre,
porque al buen Jesús no acuda.
Jesús es gozo y dulzura,
alma y corazón sagrado,
paraíso regalado,
do mi alma está segura.
Mas vos, Jesús, sois mujer,
que con un Jesús de tierra,
me hacéis sangrienta guerra,
violentándome á querer.
¡Ay!, Jesús, que me has deshecho
mi corazón limpio y sano,

con tu Jesús a trasmano,
por mi daño y mi provecho.
Si es daño la tentación
cuando se dejan vencer,
provecho es el padecer
por Jesús tribulación.
Conozco por mi dolencia
que sois, Jesús, tan gallardo,
pues cuando de vos me guardo,
más os tengo en mi presencia.
¡Ay, qué amor! ¡Ay, qué firmeza!
¡Ay, qué luz, si las tinieblas
no escurecen con sus nieblas
su claridad y pureza!
Jesús mío verdadero,
hijo de Virgen María,
sed de estotro Jesús guía,
y de mí que más os quiero.
Tal me haced, Jesús eterno,
que al Jesús que ahora amo,
ame sin que nazca ramo
que arda en fuego del infierno.
Veo, Jesús, que se inflama
mi alma, y estoy tan ciego,
que no sé si es hielo ó fuego
ó tierra que al lodo ama.
Y si aquí hay peligro y daño,
vos, Jesús, podéis juzgallo,
y pues veis que tal me hallo,

libradme de mal y engaño.
Mas ¡ay! Jesús redemptor,
fácilmente hacéis presto,
de lo que es vicioso honesto,
y santo el humano amor.
Pero dais libre albedrío,
dejando á vuestra criatura
que siga tras su natura,
otras de vuestro amor pío.
Y como es mal inclinada
por seguir su voluntad,
más presto ama á la maldad
que no á vuestra ley sagrada.
Bien sé yo que amo ahora
á un Jesús de corto plazo,
que podría ser un lazo
de mi alma pecadora.
Hállome atado de suerte,
que me derrito y no aflijo,
aunque mi amor no es prolijo
como el carnal que da muerte.
Jesús, subidme á la torre
de vuestra divina luz,
que es Christo pasión y cruz,
do nunca peligro corre.
Francisca, ¿qué me queréis?
Si en Jesús podéis quererme
no os perderéis por perderme,
y á vuestro nombre amaréis.

Y aunque sea santo y puro
nuestro amor, si se desmanda,
será un sol que hace blanda
la cera y el barro duro.
¡Ay, Jesús Dios, quién te amase
sin estrechas amistades,
y estas firmes voluntades
sólo en ti las emplease!
Porque no hay sin ti reposo,
tú enfermas y luego sanas,
tú, Dios, por amor te humanas
porque el hombre sea glorioso.
¿Es posible que hay quien pueda
vivir sin tu amor ferviente,
que da vida eternamente,
gloria y paz tranquila y leda?
Pues, Jesús de mis entrañas,
desarráigame del suelo,
para que plante en el cielo
mis aficiones extrañas.
Y si este Jesús no viere
en cuerpo humano, será
por verlo mejor allá,
cuando ya divino fuere.
Do rota la ligadura
que pasa de amor fraterno,
haráse casto y eterno
el amor del alma pura.
Y el jardín del Caballero

de clavellinas y rosas,
y mil flores amorosas
dé á su mismo jardinero.
Y esto sin tasa ni coto
á nadie de lo criado,
sino á Jesuchristo amado,
que es más amigo y devoto.

Con esto parece que descansó un poco el tentado solitario; pero del todo le libró Dios, poniendo de su parte los tres remedios que tiene el fuego, que son: echarle agua, quitarle la leña y huir dél. San Martiano, monje, siendo tentado de la carne, encendió lumbre, y se revolcó por ella desnudo. San Benito, abad, hizo lo mismo entre espinas. El seráfico San Francisco hizo mujer y hijos de un montón de nieve y se revolcó entre ellos en carnes, y otra vez entre espinas; esto es echar agua en el fuego: el que viere su casa que se quema, derrame por ella asperezas, y si se descuidare y abrasare, á sí mismo se dé la culpa, como merece ser culpado el que abrasándose su hacienda se está á la mira sin cuidado de apagar la llama. El quitar la leña es quitar las ocasiones, porque dice Ovidio: Mucho vale la medicina, y si es dada con tiempo, aprovecha. Y los remedios tardíos, dañan. Preguntando un día la Reina doña Isabel á Gonzalo Fernández de Córdova, el Gran Capitán: ¿cuál había sido la mayor valentía que había hecho en su vida?,

respondió: Habiendo una vez pasado un puente, y reconocido una gran celada de los enemigos, en mayor número que mis soldados, me retiré, y huí de aquella ocasión, que si así no lo hiciera, seguramente pereciera, y no hubiera más memoria de mí. Esto es huir del fuego. Aconseja San Pablo: Huid de la fornicación; sobre la cual palabra, dice San Ambrosio: Aunque en otros vicios se puede esperar á ver el rostro al enemigo y contrario, en el de la carne es el proprio remedio huir para vencer. Huyó del fuego de la lujuria el honestísimo Joseph, cuando acometido de su deshonesta ama, dejó la capa en sus manos y dió á huir. Y cuadra muy bien aquí haber tenido tal tentación el Caballero ermitaño, conforme lo que dice San Jerónimo: Nunca ó raras veces en el aposento del que pretende ser casto pise el pie de mujer. Y da razón desto en otro lugar, diciendo que el deleite deshonesto doma ánimas de hierro.

No dejó Dios sin castigo la profanadora de los lugares sagrados, que pocos días después, por no caer en la cuenta, sin ella cayó de un terrado nuevo que estaba fabricando, y como era gruesa y llena de tanta carne, el pecado que cometió en saltar paredes de ermitas, pagó saltando el terrado y quebrantándose toda, de modo, que llegó á la muerte, porque quiso darla al que servía á Dios retirado; pero la muerte no llegó á ella, por dejarle tiempo de hacer penitencia. Y para mí lo es ya de descansar para mayores trabajos.

AVENTURA XXII

Suceden al Caballero aventuras extrañas en su yermo, y admirables cosas.



NTRE las batallas de los cristianos, dice San Agustín, la más dura es la de la castidad, donde es continua la guerra y muy rara la victoria. Contra la castidad se levantan tres cosas: los encuentros que de fuera se ofrecen, la inclinación de la carne y los pensamientos interiores del alma. Contra estas tres proveyeron los Santos Padres otras tres, que son: encerramiento, penitencia y continuo ejercicio del ánima ó del cuerpo. Y quien estas cosas no tuviere, tenga por cierto que no tendrá victoria en esta batalla.

Un varón que tenía sus tierras una legua de la celda del Venturoso, le envió un día con el religioso que le decía misa un perro de los sabuesos grandes y un papel que decía: «Vuestra merced está puesto en plática y fama de que tiene mucho dinero y joyas, vive solo en ese desierto, tengo miedo que alguna mala gente a cudicia de lo que dicen, salten una noche las paredes y por roballo lo ma-

ten; tenga consigo ese perro, que según es de bravo le guardará en las ocasiones, aunque sean seis hombres, y reciba mi buena voluntad, que yo lo estimo en más de 30 escudos». El solitario lo recibió, y agradeció al padre espiritual la buena compañía, bien diferente de su condición, y dijo que respondería al caballero á la primera ocasión. Quedó con su perro más confuso que acompañado, porque como no estaba aquel insaciable animal mostrado á hacer los ayunos y abstinencia de aquel lugar, cualquier cosa que le daba á comer era como sainete que le provocaba la hambre, y no le hartaban cuatro libras de pan cada día, que era lo que podía comer el solitario en cuatro; y doce días, que lo tuvo consigo, fué porque los lobos sin número de aquel bosque habían muerto una ternera cerca de las paredes de la ermita, y comenzándosela á comer, salió el Caballero, y metió dentro la mayor parte de la carne, y íbale dando della al compañero cada día. Pero no habiendo ya de qué sustentarlo, determinó de soltarle de la prisión en que estaba, y púsole un papel atado al collar, y abrióle la puerta, en el cual iba escrita esta

REDONDILLA

Este perro no se halla
entre penitencia tanta,
ni yo para su garganta

hallo con qué sustentalla.
No nos hallamos los dos
por ser mi ración escasa;
guarde el perro allá su casa,
que á mí me guardará Dios.

Estando una noche el solitario en oración, habiéndose olvidado de cerrar la puerta de su celda, entró un hombre en su oratorio y echósele á los pies, no con pequeño espanto, por no saber quién era ni cómo había entrado. Sosegado un poco, dijo: Yo he sido novicio lego de la Cartuja de Zaragoza, y sin haber hecho por qué me han quitado el hábito; he oído decir á los monjes que el padre Prior tiene mucha amistad y devoción con vuestra merced; por amor de Dios, que le escriba rogándole me vuelva á recebir, porque tengo hecho voto y me quedaré perdido. Consolólo el Venturoso dos días, y dióle una carta para el Prior, que contenía las siguientes

QUINTILLAS

A escuras, aun por lo llano,
errar se puede el camino,
más vale cerca el vecino
que de lejos el hermano,
mediante el favor divino.

La caridad y el amor
que por nuestro Redemptor
en mi corazón se ha puesto,
me causa un deseo honesto
de veros, noble Prior.
Y en mi soledad orando
por la cerca saltó un hombre,
que no sé su suerte ó nombre,
hasta que casi llorando
me provocó á que me asombre.
Bien sé que soy miserable,
y no me es dado que hable
en cosas de Religión
do hay capítulo y razón
y consejo saludable.
Mas muéveme caridad
á consolar un cuitado
con lo que me ha demandado:
que á vuestra Paternidad
ruegue, cual siervo privado.
Aunque por ser yo nonada
es tan corta y limitada
esta privanza, que dudo
que si yo mismo ahí acudo
no mereceré posada.
Que soy pobre, odioso hispano
encontrado en la nación,
y á los que están con pasión,
bástame ser castellano,

que hoy afligen á Aragón.
Pero sé que loco estaba
el hijo que en culpa brava,
cuando el padre le castiga,
rompiese, como á enemiga,
la vara con que le daba.
Perro atado es el diablo,
y el castellano y el Rey
son de la divina grey,
y ahí corre un mal vocablo
contra caridad y ley.
Zaragoza, por ventura,
¿ha sido tan santa y pura,
que por falta de pecados
son sin razón castigados
de la soberana altura?
Conozco al fin mi miseria,
pues los que nos sepultamos
en Religión, no pensamos
ser contraria esta materia
de aquello que profesamos.
De donde nuestra alma muerta
muestra su imperfección cierta,
pues por el mundo á Dios trueca,
con las manos en la rueca
y los ojos en la puerta.
Esta obligación y rito
mejor lo sabe un Prior
que yo, pobre pecador,

al cual, y á Dios, me rimito,
que es mi Juez y Señor.
  Por cuyo costado roto
os ruego que á este devoto,
por castellano expelido,
consoléis, si habéis sabido
que está ligado por voto.
  Y si por ser forastero
se le quitó la pelleja
(como es ya costumbre añeja),
vendrá el pastor verdadero
á cargarse de la oveja.
  Bien sabéis que si el voto
de ser cartujo, y cumplió
su voto, y no le dejaron,
los que sin culpa le echaron
pagarán lo que él faltó.
  Y esto me obliga os acuerde
que el que estando en religión
lo expelieron sin razón,
si se desespera y pierde,
pagará quien fué ocasión.
  Estas son burlas pesadas,
pues no hay quien siga pisadas
cual Pablo en ser anatema,
mira un alma que se quema
en las penas derramadas.
  Esto es habiendo lugar;
pero si fué subrecticia

su información y hay malicia,
no es mi intención alterar
los términos de justicia.
Que bien se me entiende deso
que al novicio y al profeso
torpe, incorregible y malo
se ha de echar sin intervalo
y ser muy justo confieso.
Mas suele en la religión
el maestro de novicios
exagerar unos vicios
devotos de la pasión
y otros le son más propicios.
Y cuando á polvos ó lodos
no basten artes ni modos
á aceptar mi petición,
aproveche mi intención
que es de hacer bien á todos.
Mi salud fuerte se espacia,
aunque el alma enferma y lacia,
y así deseo de Vos
de saber á quién dé Dios
el aumento de su gracia.

No dormía Asmodeo con el triunfo ganado del Caballero Venturoso cuando ayudado de su capitán Christo, le rompió los cuernos en las dos batallas de la criada y ama, que un viernes á medio día lo acometió con tan terribles estímulos de interior

lujuria, que no le aprovechaban cilicios, abstinencias, disciplinas, meterse en el agua hasta la cintura, que como no eran exteriores los movimientos no se aplacaban con estos remedios. Viéndose el solitario casi ya rendido clamaba al cielo llorando, echándose de pechos sobre la tierra, y no tres veces como San Pablo, pero muchas pedía á Dios socorro. A las once de la noche, vuelto casi loco, se fué á la güerta buscando remedio para un mal tan grande, que lengua humana no lo sabe explicar; y allegóse á unas colmenas que tenía, y pretendiendo que las maestras de lo dulce sacasen de su carne lo amargo, y con unas picaduras, otras mayores, como un oso se arrojó á una colmena, con luna clara, y le quitó la cubierta, y las furiosas abejas le acometieron de suerte que, entrándole por piernas, cuerpo, rostro y cuello, hicieron en él mortal carnicería. Y dábanse tanta priesa estas pasteleras á picar carne, que por quedar con la vida le fué fuerza correr al pilar del agua y meterse dentro todo sumido, hasta que se ahogaron todas, estando él á punto de serlo dellas. Quedó desta refriega el lastimado Caballero tan compungido, mortificado y avenenado de tan dolorosas picaduras, que se hinchó cara y manos, de modo, que en tres días y noches untándose con el lodo que hacía la fuente, no se movió de su celda sin poder ver, comer ni oir sino balidos de lobos, que en aquel contorno de la cerca cada noche caminaban. Luego fué co-

brando poco á poco la vista y salud; y con este temerario exceso se templó la tentación por largos años.

Pasados los dos años desta soledad, fueron tantas las sequedades que padecía el ermitaño, tantas aflicciones de espíritu, que le parecían un fuego las paredes de su celda, y su jardín y fuente cosa cansada y enfadosa. Y más había de seis meses que terriblemente le tentaba el demonio con grandes deseos de ir á ver una ermita muy antigua y inhabitable, que en un cerro se veía un cuarto de legua de allí, no con determinada voluntad de mudarse á ella, sino de hacer sus estaciones, para divertir el fastío que el enemigo le ponía en la suya. Una noche del Agosto con una luna clara, partió el solitario guiado de su tentador á ver la ermita, que como Príncipe de tinieblas en ellas quería hacer reseña de la casa vieja, y en medio del camino había en una cañada un angosto río que se precipitaba por entre unos peñascos, y como á él llegó, andaba buscando por dónde pasarlo, y llegando á la parte que le parecía más sosegada del agua y más baja; al punto que se comenzó á levantar las faldas del hábito para entrar, un hombre corriendo se le puso delante, y le dijo: —¿A dónde va, padre; no sabe que este río no tiene vado por aquí, y está más de dos estados en hondo? Pues dígole cierto, que si entrara luego se ahogara, aunque fuera buen nadador. El Venturoso ermitaño, muy agradecido, le

dijo: —Angel más que hombre en el oficio, ¿quién sois y cómo venís aquí á tal ocasión? Respondió él: —Soy un pobre segador, y vengo de una villa dos leguas de aquí, que no hallo que segar, y vuélvome á mi aldea, que este es un atajo, y hame traído Dios á tiempo que haya hecho esta buena obra. Dió el Venturoso gracias á Nuestro Señor por sus misericordias, y al segador asimismo, y volvióse á su clausura desengañado de aquella astucia del enemigo.

Aquí alcanzó el Venturoso de Nuestro Señor, estando en esta ermita, algunos dones particulares, que fueron: de expeler demonios y curar todas las demoniacas enfermedades, y sanar muchas de las ordinarias con las oraciones de enfermos que tiene la Iglesia, y juntamente poniendo sus manos encima de los dolores ó llagas.

Un día de fiesta, en compañía del religioso que venía á decir misa y confesar al Venturoso, trujo un soldado natural de Sansueña y conocido suyo. Alegróse con él algunos días, y deseando remediallo, reparólo de alguna ropa que traía necesidad y curólo de algunas enfermedades. Pero como él no quisiese vivir en vida solitaria, y hubiese dos meses que le mantenía, y perdía mucho tiempo en conversar con él, en especial en cosas de guerra y seculares, habiéndole amonestado, que se determinase lo que había de hacer de su persona, que allí le estorbaba á sus ejercicios, y estándose todavía reacio,

y que como el soldado se preciaba de poeta, para sacudirse dél el solitario le dió un día las siguientes

QUINTILLAS

Señor soldado: ha querido
su fortuna y mi conciencia
hacer tan ruin convenencia,
que en aire me han convertido
mi oración y penitencia.
Que el tentador incansable
á mi vida miserable
la tiene tan entre ojos,
que procura darme enojos
por estilo variable.
Y de invidia que ha tomado
de verme, no ser quien era,
con maña y astucia fiera
me acomete enmascarado
por volverme á su galera.
Y traeme de tal arte,
que se entró en el baluarte
de mi alma sin sentillo,
y sin poder resistillo
me ha ganado el estandarte.
A mí que en las dos milicias
soy tan rompido, y soldado,
me hallo en todo avergonzado

viendo que con sus blandicias
me vence un encadenado.
  Mayor mal es que en la ropa
lo que en la conciencia topa,
y pues mi culpa lo adquiere,
sabré que á sus manos muere
el que á su enemigo popa.
  Con razón San Pablo avisa
que el que está en alto subido
se tenga muy bien asido;
si no en materia de risa
se verá presto caído.
  Mi soberbia lo merece,
y Dios por aquí me ofrece
caída para enmendarme,
si no quiero condenarme
como á muchos acontece.
  Con arcabuz puesto al ojo
he velado esta garita
de la paz santa y bendita,
porque el mundano despojo
no despojase mi ermita.
  Mas como el mundo es un globo,
rodó con su industria y robo,
y como una comadreja
me metió con piel de oveja
dentro de mi aprisco un lobo.
  Con falsas treguas de paz
profano mi soledad,

mi silencio y puridad,
cebándome con la faz
de un celo de caridad.
Fué grande mi disparate,
y no menor el combate
que me hace á sangre y fuego,
no sólo empatando el juego,
pero quiere darme mate.
Ya un jugador de ajedrez,
para mayor confusión,
me va á dar mate peón
al cabo de mi vejez,
como á cualquier zancarrón.
Al fin (cual halcón insano)
á mi sacre soberano
lo ha despedazado en suma,
dejando sola esta pluma
que me ha quedado en la mano.
Híceme pastor de cabras
contra mi recogimiento,
y llegado al cumplimiento,
como á plumas y palabras,
mis obras se llevó el viento.
No es en mi mano callalla
mi sanguinosa batalla,
y el alma gime y suspira,
que el que adelante no mira,
corrido y atrás se halla.
Bien sé que aunque no me cuadre

(pareciéndoos ser libelos)
me diréis sin más consuelos
que á qué padre ó á qué madre
me quejo yo de mis duelos.
Dios lo permitió, ó ordena,
pues no apriendo en causa ajena
de lo que no habrá disculpa,
y habiendo tenido culpa
es fuerza sufra la pena.
Y como el que á la pez llega
que no deja de empegarse,
tampoco podrá escaparse
el soldado en tal refriega,
sin dejar de despegarse.
Que aunque en cualquier calidad
es buena la caridad,
la que no es bien ordenada
á Nuestro Señor no agrada,
ni se tiene por bondad.
La pérdida más crecida
(según dice Salomón)
es del tiempo, y con razón,
pues perdido en nuestra vida,
no hay de cobrarlo ocasión.
Este aquí (sin cómo ó cuándo)
va poco á poco pasando,
y es para mí grande daño
quien no ha de ser ermitaño
que me esté aquí perturbando.

Y pues el Señor divino
os inspira á fraile lego,
coged las de Villariego,
y para vuestro camino
os daré limosna luego.
Aquesto es lo que á Dios place
que el demonio no me enlace,
y este proverbio se lleve:
el que nada no nos debe,
si algo da, merced nos hace.
Solo estoy, y en tierra extraña,
do quizá Dios por salvarme
quiso á soledad llamarme
y aquí secular compaña
en mucho puede dañarme.
Ya por palpable experiencia
lo padece mi conciencia;
de lo que me he pervertido
contrito y arrepentido,
haré dello penitencia.
Esta no quiere testigos,
porque Dios al alma pía
quiere á solas noche y día,
pues son devotos y amigos
estorba y hipocresía.
Mi estado es de solitario,
y así no me es necesario
vivir, ni aun con religioso,
s no quiere el Venturoso

dar el fruto á su contrario.
Si no os edifico tanto
con mi verso y mal lenguaje,
perdonad, que soy selvaje;
ruego á Dios que os haga un santo,
y á mí en virtud me aventaje.
Al fin, pues que ya estáis sano,
idos en paz, caro hermano,
que aunque ahora nos partamos,
placerá á Dios nos veamos
en el reino soberano.

Confuso el soldado de la determinación con que el solitario diciendo y haciendo lo despidió, fuése á casa de la señora Baronesa para valerse de su socorro otros días, y desde allí determinar su camino, y fué cosa donosa que todos dos juntos le hacían guerra pacífica, atrayéndole con cartas á que los consolase y comunicase con ellos las mercedes y dones que Dios había puesto en su alma. A todo lo cual tácitamente respondía el solitario con Santiago: «No seais adúlteros, gente espiritual, porque la amistad con gente del mundo es enemiga de Dios; cualquiera que quisiere tener amistad con el siglo, téngase por enemigo de Dios».

AVENTURA XXIII

Prosiguen las aventuras del Caballeio; viene un clérigo á hacerle compañía; no persevera, y por falta de misa parte el solitario á la Corte.



EGÚN dotrina de San Joan Clímaco, el principal negocio de la quietud solitaria es dar de mano y sacudirse de todos los otros negocios, ora sean lícitos ó illícitos, no porque los lícitos sean malos, sino porque pueden ser impedimento de otro bien mayor; sino es cuando caen debajo de precepto y obligación. Porque, de otra manera, si abrimos la puerta indiscretamente á unos, por allí también se entrarán otros y otros. Los demonios suelen persuadir á unos curiosos visitadores amigos de andar de una parte á otra, á que vayan muy á menudo á visitar á los muy dados á los ejercicios de la quietud, para que por esta vía interrompan el ejercicio de los obreros de Dios. Nota, pues, los que fueren desta condición, y no dejes alguna vez de entristecer piadosa y religiosamente los tales despidiéndolos de ti; porque ya podría ser que con esta saludable tristeza vengan á enmendarse. Mas con todo esto mira diligentemente no arranques la buena hierba por arrancar la mala. Quiero decir que debajo de color desta

virtud no cierres la puerta al que por ventura con saludable sed viene á coger agua de tu fuente. Y así para esto como para todo lo demás, te es necesaria la candela de la discreción. Hasta aquí son palabras de este Santo.

Como nuestro solitario trabajaba con todas sus fuerzas de guardar estos avisos, mirando por su brújula á quien llamaba á su puerta, andaba el demonio muy solícito buscando ocasiones como echarlo de allí, porque debía de aprovechar, pues tanto cuidado ponía en inquietallo; y unas de las mayores fué que el Religioso que le administraba los primeros días en todas las Pascuas y días del Corpus Christi, por no salir en tales fiestas de su convento á hacerse pedazos con la aspereza del camino (en especial si llovía), dejaba de ir á decir misa; y lo que era peor, que no le prevenía y avisaba de sus faltas antes que las hiciese.

Un día de Natividad, estando el Caballero temeroso de que no vendría su sacerdote por haberle faltado otras fiestas semejantes, una hora antes del alba salió de su celda y fuése á otra iglesia solitaria que había una legua y media de allí, donde fiestas señaladas solían decir misa á pastores y gente deseosa de gozar de Dios sacramentalmente. Y ya que iba en la mitad del camino (ó por mejor decir, áspero monte), salieron al Caballero cuatro perros mastines bravos y furiosos, y como si fuera lobo le cercaron, y se le acercaban con ladridos como que

lo quisiesen despedazar. En semejante ocasión, aunque llevaba un bordón, conociendo la ventaja del contrario, no osó alterar la saña feroz, sino humillándose en tierra, pidió puesto de rodillas misericordia al Señor que iba á buscar; y clavados los ojos en el cielo con actos del entendimiento y voluntad, pidió al Niño que nació en tal día pan para amansar aquellos perros. Y como su divina misericordia no suele faltar á los que en Él esperan con firme fe, luego los mastines se amansaron y uno tras de otro se retiraron á sus ganados, los cuales parecía estar sin pastores, que hubiesen ido á buscar misa, á imitación de los que en tal día y hora adoraban en Belem.

Fué el solitario su camino, y cuando llegó á la iglesia la halló llena de gentes de campo, hombres, mujeres y mochachos, y que ya el sacerdote se quería vestir; reconcilióse con él y pidióle licencia para hacer una plática espiritual á toda aquella gente, acabado el ofertorio, y así lo hizo. Dió Dios tanto fervor de espíritu al solitario en aquel sermón, cuanto sabía que había menester el auditorio, y así por tiempo de tres cuartos de hora repartió lo que le fué dado, con más sabiduría y aprovechamiento que si muy de propósito lo hubiera estudiado. Y comulgando entre otros, acabada la misa se volvió á su yermo.

No perdonaban al solitario las lenguas de algunos comarcanos, fundando sus murmuraciones en

que de soberbia y mala condición no quería ser visitado, y referíale su confesor algunas dectraciones que no le daban poca pena. Mientras en este mundo mísero se vive no hay siguridad libre de contraste en ningún estado, como se ve en estos dos ejemplos: Muy contento estaba un día el profeta Jonás porque había hallado una hiedra ó rama de calabaza, que le había hecho un toldo ó choza para defendello del calor; y en medio de su contento no faltó un gusanillo que le royó la mata y dejólo al sol que lo quemaba. Así no falta una mala lengua que roya, y abrasa la honra y fama.

Armado estaba el rey Achab en una batalla, y á su parecer bien seguro, y vino una saeta de los contrarios y acertóle á dar por un poco que tenía descubierto. Porque muchas veces acontece que al de quien se murmura tiene muchas cosas buenas que se pueden alabar, pero no echa mano dellas, sino búscale una falta por pequeña que sea y por allí se entra como aguda saeta la mala lengua.

Preguntáronle á uno por qué se apartaba de las ciudades y se iba á los desiertos, y respondió que menor peligro es andar entre bestias fieras en los bosques y montañas, que en los pueblos y ciudades entre hombres de mala lengua. A mayor extremo llegaba lo del Caballero solitario, pues aun en el desierto no estaba seguro della; y así hizo el salmo 119, que comienza: *Ad Dominum quum tribularer clamavi*, etc., á la letra, en estos

TERCETOS

En el desierto y dentro mi clausura
fuera del mundo y del atribulado,
clamé al Señor con llanto y amargura.
Oyó mi voz y pecho lastimados,
y á un Dios que de los suyos venga agravios,
le dije: «¡Oh buen Jesús y padre amado,
Libra mi alma de los malos labios,
de la mordaz y maldiciente boca
que son de manchar famas sus resabios.
Y de la mala lengua vana y loca,
contra virtudes sátira y parlera,
que las persigue, mancha y las apoca.
¡Oh David Santo, vuestra fuerza entera,
¿no es la que destrozaba cada hora
león, oso, gigante y cualquier fiera?
Una lengua, navaja cortadora,
¿qué mal podrá haceros ó qué daño,
pues es un eco que en el viento mora?
Palabras son palabras, y un engaño,
que al mismo maldiciente corresponde,
y á vos no os toca en carne, pelo ó paño».
«¡Oh, qué bien entendéis (David responde)
pues no hay saeta aguda despedida
del brazo en quien más fuerza y maña abonde
Que dé tal golpe y peligrosa herida,

ni carbón con sus llamas inflamado,
que al flaco más consuma el alma y vida.
Resiste á la saeta un hombre armado,
y huyendo del fuego no hará guerra,
mas de la lengua nadie se ha escapado.
Al más fuerte, al ausente, al cielo y tierra
con su hiel de dragones presto empece,
y aun los huesos podridos desentierra.»
¡Ay de mí, que el destierro mío crece,
y me veo cautivo y afligido,
donde mi alma y cuerpo desfallece.
Entre los de Cedar estoy metido,
gente extraña de toda mi alegría,
que me tienen marchito y consumido.
Muy dura es su vivienda al alma mía,
por ser tan sin razón y extraña gente,
que á mala pena yo los entendía.
Pues cuando era con ellos más paciente,
menos mi paz querían y escuchaban,
antes les era enojo propriamente.
Si de paz les hablaba, se alteraban,
y callando á un rincón en mis solaces,
airados contra mí me disfamaban
de balde y sin razón, por ser mordaces.

Considerando el Venturoso la necesidad que tenía de asegurar su conciencia, siendo forzoso el preceto de oir misa las fiestas, y la soledad y clausura no más que voluntaria, procuró con todas ve-

ras tener un Sacerdote consigo. Encamináronle uno de edad de treinta años, de Salamanca, que deseaba retirarse. Venido á su compañía, fué menester darle cama con colchones, y sábanas de lienzo, y almohadas; guisalle olla de carne y tener criado que procurase esta provisión. A cabo de veinte días que por la misa de las fiestas sustentaba el Venturoso dos plazas, estando (casi todo el día) hecho Marta entre los tizones, el buen Sacerdote se hartó de desierto y trató de irse. Preguntándole cómo quería dejar aquel lugar donde no le faltaba el regalo que quería, respondió que no podía sufrir el vivir en lugar y compañía de penitencia, no haciéndola él, y que le era confusión y vergüenza que hombre de mayor edad le sirviese y administrase, lo que solo él que era más mozo había de comer, y fuesen iguales en el estado y disformes en la vida. Dijo el buen Sacerdote al Venturoso que le consolase dándole algunos versos espirituales por despedida, para que se acordase dél. Tomó luego la pluma y hízole las siguientes

LIRAS

Conózcase á sí mismo
el que en algo en servir á Dios se ensaya,
que si no, en barbarismo,
donde quiera que vaya,

hallará tropezones en que caya.
Por experiencia hallo
que no consiste en los contemplativos
el ponerse á caballo
de ejercicios altivos,
sino saber tenerse en los estribos.
Ir haciendo experiencias
como médicos nuevos (1) cirujianos
con solas apariencias
de devotos christianos,
es de ánimos mudables y livianos.
Mire por sí el que vive,
que si se entriega al mundo miserable,
verá lo que recibe
de su mano mudable,
llanto, terror y confusión notable.
Quien vive mala vida,
¿qué esperanza tendrá de buena muerte?
cosa es ya conocida
ser todo de una suerte,
y un alma entonces tarde se convierte.
Si la gracia se pierde,
en nuestra vida no hay hora segura,
ni nadie hay que se acuerde
de hacer nuestra procura,
que el pecado es un caos de desventura.
Recuerde el que dormido

(1) Ms. nuevos ó

está en el vicio de la vida loca,
que su tiempo perdido
vida y virtud le apoca,
y á la ira de Dios mueve y provoca.
¿Qué cuenta dará el ciego
que ha gastado su vida en vanidades,
si con eterno fuego
pagara sus maldades,
sus insultos, torpezas, crueldades?
Con vicio y devaneos
pasa el hombre su vida descuidado;
y sus vanos deseos
le traen engañado,
de Dios y de su ánima olvidado.
Ama la vil escoria
y deja el oro fino que enriquece;
nutrido en vana gloria
al necio le parece
que vive á su placer, cuando perece.
Las galas, ó el dinero,
ni regalos no libran de sentencia
del Juez Justiciero,
si no es la penitencia
que quita toda mácula y dolencia.
El hombre, vil gusano,
hecho de un bajo polvo de la tierra,
vuelto soberbio y vano,
en todo cuanto yerra
á sí mismo se hace mortal guerra.

Extirpe ya sus vicios,
plantando allí virtudes con victoria,
y en santos ejercicios
ocupe su memoria,
que pena temporal promete gloria.
Y por grave delito,
ninguno mientras vive desespere,
que aquese es el precito
que huir de Dios quiere
y como un vil desesperado muere.
Dios no quiere la muerte
del pecador, so que se enmiende y viva
y cuando se pervierte
llore su culpa esquiva
porque Él luego en su gracia lo reciba.
Mire cuán adeudado
se halla un malo dando estrecha cuenta
que quedara burlado
con burla tan violenta,
que hay sobre pena eterna eterna afrenta
Y las inspiraciones
con cuanto bien de Dios acá tenemos,
de mercedes y dones
que no los merecemos,
de mayor pena son, si nos perdemos.
Nacimos para el cielo,
y hacemos las obras infernales,
por vivir sin recelo,
según irracionales

sujetos á pasiones naturales.
Un poco de cuidado
de Dios tan solamente no tenemos,
teniéndole olvidado,
y una cuenta hacemos:
que no hay Dios al hacer lo que queremos.
Si buscamos su medio
es cuando falta ya esperanza humana,
como el postrer remedio,
porque un ánima insana
ama al que mata y odia al que le sana.
Gran perdición arguye
nuestra naturaleza depravada,
que como loca huye
de quien la hizo de nada,
y á precio de su vida fué comprada.
Esto es lo que yo siento,
y aqueste es el caudal de mi dotrina.
mi aviso y documento,
que mi vida mezquina
á mayor perfeción no se encamina.

Partió el Sacerdote contento con estos versos, y no lo quedó el solitario, porque con la venida suya había vacado la plaza del religioso que le administraba, y no hubo remedio de que su Prelado lo quisiese volver á enviar, ni se halló otro que por ningún precio viniese al yermo á decir misa. El Venturoso hallaba más seguridad en su conciencia,

metido en su clausura, sin ver ni tratar con nadie; y ya le era fuerza todas las fiestas acudir á buscar misa á los pueblos comarcanos, con mucho trabajo y relajación de su recogimiento, juntándose á esto una enfermedad secreta y enfadosa. Con parecer de su Prelado y de personas doctas y espirituales, partió á la corte para curarse y ordenarse á lo menos de corona de paciencia en los trabajos y tribulaciones que le esperaban, como adelante veremos.

Recibió en este desierto de Nuestro Señor infinitas misericordias, más que decirse pueden. Y compuso otros dos libros, uno *Epistolario* primera parte y *Bosque espiritual de muchos versos en loor de Santos devotos.*

Mucho conviene á la gente que trata de espíritu, enfrenar y domar del todo los movimientos exteriores, porque dándoles licencia no se hagan insolentes, pasando los términos de la diciplina. Porque así como la ave ó la fiera enjaulada se vuelve muy mansa, y soltándola se hace indómita, así los sentidos exteriores y las aficiones interiores, si no las estrechamos con vigilantísima guarda, se vuelven tan insolentes con la licencia de la libertad, que con mucha mayor dificultad que al principio se vuelven después á sujetar á las reglas de la razón. De donde se sigue que los que han comenzado á bien vivir si vuelven á sus ruines costumbres, se enmiendan más difícilmente que los que nunca se han convertido.

AVENTUPA XXIV

Suceden al Caballero desaventuras notables y persecuciones en su viaje estando en la corte.



IERTO es, dice San Juan Clímaco, que donde somos combatidos allí también peleamos contra nuestros enemigos; porque si no peleásemos contra ellos, hacersenos hian nuestros amigos, y no nos combatirían. Mientras el Caballero vivió en el desierto, los demonios le combatían con la batería que suelen á los que más aprovechan en la virtud. Pero cuando está en el siglo, no ha menester demonio que le tiente, que hombres y mujeres tienen para esto suficientes fuerzas, y en algunas cosas mayor. Y cuanto son los artífices que labran la corona más graves en calidad, tanto mayor honra y favor se hace al coronado, que si fueran verdugos ó espíritus sucios.

Dejó el Venturoso las llaves de su ermita á su Obispo, y sus libros y ropa de su uso quedó á guardar en su palacio; y con un hermano de los que primero congregó, hizo su jornada en un ju–

mento hasta la corte. Alojó á dos jornadas en un convento de Monjes Benitos y concertó un reloj pequeño de campanilla al Abad, con que fué regalado tres días y socorrido para el camino. Entrado en Madrid posó en casa de un oidor de Consejo Real compatrioto que fué el que era Regente cuando fundó la casa de ermitaños en Navarra. A cabo de un mes envió por su ropa, y el Obispo sintió su quedada y se la mandó enviar. Alcanzó del Nuncio Apostólico dispensación del defecto del ojo, y extra témpora para ordenarse de todas órdenes. Como el hábito y descalcés del caballero por su aspereza edificaba tanto, y el posar en casa tan conocida de virtud, seguíale mucha gente principal. En especial una señora de título, viuda, hermana de un duque, tuvo tanta devoción á su dotrina y aspereza de vida, que no lo dejaba sin enviar por él tres y cuatro veces cada semana, y lo tenía dos y tres horas en su oratorio, y llegó á tanto su mujeril devoción, que con no ser ordenado, le descubría su alma, y no quería parecer, ni consejo de otros, sino el suyo en el gobierno espiritual y temporal. Y quiso retirarse con doce damas suyas haciendo un monasterio en su pueblo, y para esto envió con cartas al Caballero á que eligese en aquella tierra el sitio que le pareciese más á su gusto para monasterio, y cerca del una ermita para él; fué encomendado al Gobernador; acompañóle y mostróle toda la tierra con sus distritos, y á la vuelta en una ciudad que

estaba en la mitad del camino para volver á la corte, entrando á oir misa el ermitaño y su compañero en un convento de descalzos, fué llevado por dos religiosos ante el Provincial y del Prelado de casa, y metiéndolo sin el compañero en una celda le hicieron algunas preguntas de su profesión y vida, y mucho más apretadamente de la fundación que aquella señora quería hacer por su orden, como cosa que más les lastimaba.

Los buenos padres (permitiéndolo Dios, por sus secretos juicios) mandaron á dos frailes legos suyos que desnudasen el saco de sayal al Venturoso y le quitasen el escapulario, y viesen algunos cilicios (de que no se holgaron mucho) y los dos superiores, con muchas injurias, mofas y escarnios, le mandaron cortar el cabello á cruces; y con la túnica de picote interior y el manto, cortadas las faldas, que parecía muceta de peregrino, lo echaron en la calle, diciéndole: Vaya el padre fundador á hacer ahora sus monjas y á engañar al mundo, y quedáronse con el compañero. Los criados de la señora, que en un mesón esperaban con el jumento, andaban por toda la ciudad buscándolo, y cuando lo encontraron así y supieron quién lo había maltratado, quisieron ir á vengarlo, y no los dejó. Así como en la lámpara dura la lumbre tanto cuanto dura el aceite, el cual se consume con la lumbre de la llama poco á poco, al mismo modo la lepra de la invidia consume y gasta poco á poco el

húmido radical, que es la Caridad, en la cual consiste la vida de la gracia. El Caballero, con su máscara, para él barata y más cara para los que se la hicieron, con la pasión de la afrenta queriendo entretener á los dos lacayos que á pie le acompañaban, compuso de memoria este

SONETO

Fiero monstruo nacido allá en la gloria
y arrojado del cielo á eterna pena,
arpía ignorme de veneno llena,
sierpe que come tierra y baja escoria.
Pena rabiosa á culpa meritoria,
cáncer podrido en la salud ajena,
sanguijuela que sangra sangre buena,
lepra incurable y peligrosa roña;
Cierzo que seca el fruto y licor vierte,
salamandria infernal, peor que acidia,
saeta que traspasa el pecho fuerte.
Maldad que contra el bien con tino lidia,
y al mismo Christo se atrevió á dar muerte.
Esto, y peor es la maldita invidia.

Atado un paño á la cabeza y arrebozado encima su jumento, entró el Caballero desventurado en la corte, y por no inquietar al buen Oidor, su güespe-

de, fingió venir enfermo del camino, y así se estuvo en la cama algunos días, hasta que el cabello creció y emparejó. Supo la señora el agravio, y pidió justicia al Nuncio, y se castigara con mucho rigor y nota del pueblo, si el ofendido no perdonara, y pusiera mucha diligencia que no lo supiera el Oidor, que fuera mayor la indignación, que los prelados eran de lo mejor de España, en sangre y opinión de espíritu.

Un monasterio de la misma religión, que estaba en la corte, supieron el caso, y indignáronse mucho contra el Caballero, y un día que pasaba por junto á su Iglesia, salieron dos frailes y lo metieron en el claustro ante su Prelado, y él mandó que lo echasen en una cárcel oscura del monasterio. Pusiéronlo luego una cadena muy gruesa al pie con un par de grillos en compañía de un fraile facineroso condenado á galeras. Y luego entraron los superiores en aquel calabozo con una candela encendida, por ser tan oscuro. Comienzan á desnudar al ermitaño y le miraron todo su cuerpo, hasta lugares indecibles, buscando si tenía dinero, y halláronle una bolsilla en que llevaba unos escudos para sus necesidades y caminos; quitáronsela, y por cinco días y noches hicieron allí del lo que quisieron. No faltó Dios con su socorro paterno, que moviendo á un religioso de los que demandaban pan para el dicho monasterio, pidió un día en casa del Oidor, y descubrióle el caso, que no poco confuso es-

taba de la ausencia de su güéspede. Púsose luego remedio por el Nuncio Apostólico, que como ya sabía la rabiosa pasión de aquella religión contra el Caballero, mandólo soltar y que le volviesen los dineros que le tomaron, y aunque negó el Vicario (que fué el que los tomó), los pagó el convento, y fueron suspensos de sus oficios y desterrados de la corte con reclusiones y penitencias. Y antes que el Prelado del convento saliese á cumplir su penitencia, sus pecados, que le tenían otra mayor apareja-da, fueron parte para que lo llevasen á Toledo por el Santo Oficio, por materia de confesiones.

Puesto el Venturoso en libertad y obligado al favor y buen hospedaje que de su güéspede recebía, en hacimiento de gracias le hizo á su Oidor estos

TERCETOS

¡Oh! Córdoba felice y más famosa
que en toda Europa Apolo y Marte esmalta,
insigne, leal, fértil y abundosa.
Vuela tu nombre al cielo en voz tan alta,
que se eterniza en todo el orbe el nombre
de tu fama, que en él siempre se exalta.
No menos que de ti y de tu renombre
podía procrearse un tan gran fruto,
cual es de un ángel en figura de hombre.

Bien puedes, madre, desechar el luto
con que á tus hijos Séneca y el Mena
y á tu Gran Capitán pagas tributo.
Enjuga el rostro, deja el llanto y pena,
vive de hoy más alegre, pues produces
perlas preciosas de tu blanca arena.
Prelacías, condutas, cargos, cruces
y en especial este sujeto grave,
que alumbra á España puesta entre dos luces.
El pretérito tiempo y sabio alabe
la virtud de tus hijos tan propicia
y tan grande en el mundo, que no cabe.
Resplandecen tus rayos en milicia,
de Hetores animosos y valientes
y otros heroicos en hacer justicia.
De entendimientos raros y elocuentes
con cinco mil hidalgos illustrada,
mayorazgos, quinientos evidentes.
Esta felicidad casi olvidada
por hambres, y por pestes, resucita
sólo este hijo que te deja honrada.
Levanta el rostro ya, no estés marchita,
pues este Juez santo basta á darte
más bien que la fortuna adversa quita.
Si te ha quitado tantos hijos Marte,
Júpiter y Mercurio te han honrado
con este solo en quien podrás gloriarte.
Este es un sapientísimo letrado
estimado del Rey por virtuoso,

y de Dios siervo suyo regalado.
Del Supremo Consejo Oidor piadoso,
con equidad y claridad notoria,
que le da en nuestra edad nombre famoso.
Dios le da en esta vida transitoria
las honras y los bienes temporales,
como prenda y señal de eterna gloria.
Que sus entrañas nobles y reales,
aun juzgando en la tierra, no consienten
que el mundo juzgue dellas no ser tales.
Antes porque sus méritos se aumenten
dentro la corte, está fuera del mundo,
porque en él sus miserias no se sienten.
Pasmado está el infierno tremebundo
de ver que en medio la ambición y el fuego
no se quema ni anega en un profundo.
Mas como es planta del divino riego,
no la secan pasiones ni acidentes,
que sirve á Dios y Dios le ayuda luego.
Y corto en darle loores suficientes,
concluyo en que mostró Dios su potencia,
en doctarlo en virtudes excelentes.
A quien suplico supla su prudencia
la falta de mi estilo y flaco pecho,
pues gratitud y amor hay más que ciencia.
Y la merced y caridad que ha hecho
á este conterráneo perseguido,
al alma y cuerpo le será provecho,
siendo de gracia y gloria enriquecido.

No estaba cansada la rueda de la variable é infelice Fortuna de dar sus vueltas ó (por mejor decir) de estar tanto tiempo sin subir á lo alto al pobre Caballero, el cual, pareciéndole que el hábito ermítico le era tropiezo para caer en tantas persecuciones, con parecer del Oidor, volvióse al hábito militar, que atrás hemos dicho, en la Aventura XIV, que había profesado; y huyendo de un inconveniente, dió en otro mayor, pues á mala pena estaba en él cuando fué preso por la sentencia de Orán, que se escapó de la justicia, según se refiere en la Aventura IX, y hubiéranle puesto en mucho aprieto si la religión no le hubiera pedido luego, aunque antes padeció obscuras prisiones, grillos y cadenas, que parecía que el cielo se lo daba por ordinario alimento. Sacado de la justicia seglar, el Consejo de Ordenes le puso en un convento de uno de los mendicantes, recluso allí en la corte hasta determinar su causa, que seguía el fiscal del Consejo de justicia. En cuyo monasterio fué el Caballero muy molestado de frailes, que parecía tener alguna estrella contraria con ellos. Teníanle en una celda metido en un cepo, y con tanto cuidado le guardaban, como si fuera condenado á muerte, porque era la religión de quien tuvo al hábito huyendo del mismo caso referido en la Aventura XI, y tenían mucha indignación contra él, y viéndose apretado dellos, al uno, que tenía fama de gran poeta del mismo monasterio, le envió en un papel estas

LIRAS

En esto conocemos
la caridad y amor que está en vosotros,
si cuando padecemos
la tenéis con nosotros,
cual manda Dios tener unos con otros.
Si sois miembros cual suele
de un cuerpo de quien es cabeza Christo,
¿cómo agora no os duele
uno enfermo en vos mixto,
y lo dejáis morir, como se ha visto?
¿Por ventura, la mano
dirá á su pie que no le es de provecho;
y el miembro que está sano
le negará al contrecho
el ayuda y favor en dicho ó hecho?
¿Qué se entiende christianos,
que religiosos, padres y maestros
y qué hijos y hermanos,
si os mostráis tan siniestros
con ungidos hermanos y hijos vuestros?
¿Do está el celo profeso
de los antiguos santos fundadores?
Ya pasó todo eso,
que ahora en pecadores
sus celos son pasiones y rancores.
Mas no me maravillo,

que como carne y güesos ha cortado
tanto tiempo el cuchillo,
estando ya gastado
el fino acero el hierro le ha quedado
¿Cómo diré que amo
á Dios y á sus fieles, cual profeso,
si maltrato y disfamo
á un afligido y preso,
y en ves de consolar le soy avieso?
Si vale excusaciones
al que Dios lleva en vía purgativa,
aun en las religiones,
á su oración activa
hallará quien la vuelva por pasiva.
Padres son de las almas
por los sufragios de sus sacrificios,
mas en abrir las palmas
mostrándose propicios,
no dan al que está en cura beneficios.
¡Ay, caridad bendita!
como eres Dios, con él te fuiste al cielo,
y acá de ti hay poquita,
y esa, como de vuelo
pasa imperfecta por aqueste suelo.
Pero si Dios me prende,
poco me ayudará humanos favores,
El me ayude y enmiende
de mis faltas y errores
y me purgue por penas y dolores.

¿Qué puede socorrerme
un hombre, si á sí mismo no se ayuda?
Más pronto es á ofenderme;
y pues no hay desto duda,
sólo el favor de Dios quiero me acuda.
El que esperanza entera
tiene en el hombre, muera, y no se asombre;
mas quien en Dios espera,
será Dios y no hombre,
que su esperanza le dará tal nombre.
En El creo, y espero
que me ha de amanecer y dar su lumbre
como sol verdadero,
y amarga pesadumbre
volvérmela en gran gozo y dulcedumbre.

Juntáronse los buenos frailes á capítulo sobre estos versos, y lo que el Caballero dice en esta postrera lira, que espera en Dios que le ha de amanecer y dar su lumbre librándole de la ceguedad de los pecados y cárceles tan obscuras como padecía, entendieron que decía que por la mañana al amanecer se había de huir, y dobláronle luego las prisiones, tanto por esto cuanto por el enojo de la libertad con que se quejaba de sus hermanos. Pues como aquella noche se viese con un par de grillos y metidas [las] piernas en un cepo, tendido de espaldas en tierra encima de una estera como perro, y que el peso de los grillos, que estaban de la otra

parte del cepo, le dejarretaban las muñecas de los pies con grande dolor, tuvo grandísimo desconsuelo, y con amargos llantos y exclamaciones á Dios se quedó adormido. Y entre sueños vido una doncella hermosísima, que parecía á la Infanta doña Catalina, hija tan amada de la Majestad el Rey Filipe II, sola sin compañía, y tomándole por la mano, le dijo: Padre mío, paciencia en sufrir por Dios, que mañana seréis fuera de aquí. Despertó el Venturoso con esta visión, muy consolado, que luego se le puso en la imaginación fuese la Madre de Dios, su devota querida y amada del Rey del cielo (á nuestro modo de entender), como en aquel tiempo lo era la dicha Infanta, que era como hija, esposa, consuelo y todo el regalo de su padre.

Otro día, á las ocho de la mañana, vinieron de parte del Consejo á soltar de la prisión al Caballero, notificándole un auto en que le condenaban á un año de reclusión en cierto pueblo del Andalucía, y otras penas de ayunos y psalmos, y debajo de captión juratoria le dejaron al mismo ir á cumplirlo, que eran de la corte más de ciento y veinte leguas. A 25 de Febrero de 1596 años entró en el dicho pueblo en un monasterio de su orden, siendo él de edad de cuarenta y dos años, á cumplir su penitencia, y fué muy bien recebido del Prior y religiosos. Aquel pueblo y proteción del convento era de un Duque de los grandes de España, muy espiritual y siervo de Dios. El cual, co-

mo supo la venida del Caballero, luego fué al monasterio y lo quiso conocer, y desde aquel día le dió Nuestro Señor tanta gracia con aquel Duque, que le tuvo muy estrecha amistad y comunicaba con el Venturoso todos sus secretos, y por su respeto hacía ya más bien al convento del que solía. Y pudo tanto con su favor, que en tres meses corridos alcanzó el perdón del año de reclusión y asimismo cartas dimisorias de su Prelado para ordenarse.

Grato el Venturoso á los favores y honras que el Duque le hacía, servíale con cuantas habilidades Dios le dió; gastaba el buen señor cinco mil escudos cada año en tres capillas de música que tenía para un monasterio de monjas, donde había tres hijas suyas, y las festividades de todos los santos íbase allí con sus músicos, y á cuatro coros en cuatro partes distintas de la iglesia, las monjas del coro, los músicos famosos de voces, en un cantón; las arpas, violones, vigüelas de arco y cítaras con tonadillas, á otro; las chirimías y cornetas, en la otra parte; y el órgano, con algún tiple y contraltos, y corneta á las *Magníficas* y á otros versos. Así que cuanto estos músicos habían de cantar todo el año componía en villancicos y otros versos el Caballero, y concertaba cuatro ó cinco relojes de campanilla de gran precio, y de todo no le daba ración ni otro regalo más que convidarle á comer algunas fiestas señaladas. Como enfermase y pasase

alguna necesidad de regalo, y el Duque se descuidase (como antes), envióle las siguientes

REDONDILLAS

Ese es mi padre y amigo,
que misericordia tiene
del mal que me sobreviene,
y el que no será enemigo.
Y pues ya mi alma sabe
que sois amigo leal,
comunícoos de mi mal,
que suele ser menos grave.
Da Dios por paciencia al pobre
su Reino, como á heredero,
y al rico le da dinero
para que lo compre y cobre.
Más hónrase el rico flaco
queriendo gloria de hecho,
sabiendo que honra y provecho
no caben dentro de un saco.
Dice el texto: «Más es dar
que no lo es el recebir»,
y el que se pone á servir
es digno de le pagar.
Y no hay razón que convenga
con imperio, mando y brío,
decirme:—Nómbrate mío

y busca quien te mantenga.
  El siervo que hasta el cabo
sirve á Dios es rey jocundo,
y el rey que sirviere al mundo,
aunque reine, será esclavo.
  Así tengo compasión
á los señores no francos,
que no pueden andar blancos
los que andan entre el carbón.
  El que por Dios dejó el mundo,
más rico está que no el rey,
si se guardase la ley
de caridad do me fundo.
  Ley es, y puedo decillo,
del talión, con verdad,
que como canta el abad
le responda el monacillo.
  El Príncipe (aunque devoto)
que gusta que el religioso
le sirva por poderoso,
quítale el premio del voto.
  Pero el que por oraciones
da limosnas y favores,
serán sus obras amores,
que no sus buenas razones.
  Con esa misma medida
que me medís, dice Dios,
os he de medir á vos
en la muerte y en la vida.

Si te precias de cristiano,
consuela al pobre por mí,
y lo que no quies por ti
no quieras para tu hermano.
Yo os sirvo con oraciones,
con relojes y con versos,
y á mis trabajos diversos
no les dais consolaciones.
Y el quejarme como un tordo
conozco que es desatino;
la citara en el molino,
cuando el molinero es sordo.
El amigo verdadero
se ha de saber conservar;
más seguro es bien obrar
que grandezas ni dinero.
Yo soy criado, y no amigo,
y así el harto del ayuno
no tiene cuidado alguno,
ni el gran señor del mendigo.
Dice el sabio: «Apostatar
hará el vino y las mujeres»;
pero á mí secos quereres
me hacen desesperar.
Por donde de hoy más conviene
darme todo á la oración
y no ser camaleón
que del aire se mantiene.
Al enfermo que se queje

nadie le puede quitar,
y aun del rey pueden quejar
cuando él su clemencia deje.
Y ese palacio y zozobras,
que me han hecho estar á raya,
no me dicen que me vaya,
pero hácenme las obras.
Perdone vuestra excelencia
mi desvarío ó locura,
que estoy con la calentura
y me ofusca la prudencia.
Y pues el mal habla en mí,
un Príncipe tan discreto
ve que no pierde el respeto
el que está con frenesí.

Aunque el duque sintió mucho estas quejas, y lenguaje más libre que estos señores acostumbran á oir, en diez ó doce días se le quitó el enojo, y luego dió cartas muy favorables de recomendación al Venturoso, que ya estaba sano, y partió á la ciudad de Faro, en los Algarbes de Portugal, á ordenarse, con las dispensas y extra témpora dicha. El caballo, si no lo domasen y dejasen en el campo, sería más bravo que un león. Cuando le hacen mal es mejor, vale más y está más manso; y dejándolo mucho tiempo en la caballeriza y regalándolo se embravece contra su dueño, porque es de condición soberbio. Lo mismo acontece á nuestra car-

ne, rebelde contra el espíritu: que si no se doma con tribulaciones y trabajos, en ,dejándola holgar, salta á la cara, se ensoberbece y hace más brava cuando más la regalan. Por esto es muy peligrosa la vida contenta y regalada; que la superabundancia es impedimento de la salud eterna. Así el camino por donde lleva Dios á este Caballero es más venturoso y seguro, más ordinario y seguido de los famosos caballeros que hoy tiene en su corte celestial; que con valer el alma de uno dellos más que mil mundos, que el mundo no era digno de tenerlos, los trataba el mundo con tanto menosprecio y abatimiento, con tanta fisga, persecución y crueldad, como si fueran despreciados gozques.



AVENTURA XXV

Suceden al Caballero en sus órdenes casos de varia fortuna y una prisión larga, que fué causa de remediar á un Juez disfamado.



SAN Gregorio, en su pastoral, refiere que Christo Nuestro Señor, dándonos ejemplo de lo que habíamos de hacer, huyó cuando las compañas del pueblo le querían alzar por rey, y ofrecióse de su voluntad al tormento y oprobrio de la cruz, para que aprendamos á huir los favores del mundo, y temer las prosperidades, y abrazar de buena gana las cosas adversas por la virtud. Porque éstas, con la pena que dan, purgan el corazón, y con este saludable remedio hacen que el hombre entre dentro de sí y que se mire y llore las culpas pasadas.

Los religiosos del convento del Venturoso (como suele acontecer), casi corridos ó invidiosos de los singulares favores que el Duque le hacía, hicieron tales diligencias en secreto, con cartas con uno dellos, que estando ya ordenado del Obispo de Faro (por favor del Duque), de corona y grados, le impidieron el recebir las sacras, diciendo que no

pudo el Nuncio dispensar en las irregularidades y mutilación de miembro ni dar extra témpora sino á cuoartados á beneficio ó dignidad. El religioso que vino era portogués y presto se aplacó, aunque hicieron daño las cartas y contradición que hizo al Caballero ante el Obispo. Y así, vuelto él á su monasterio, el ordenante envió al prelado un consuelo, por haberle quemado toda la ciudad los ingleses luteranos y estar con mucha descomodidad en un pobre aposento, y eran estos

TERCETOS

Illustrísimo Obispo don Fernando,
grande en la sangre y en la virtud raro,
en condición benigno, dulce y blando.
Tan natural pastor, padre y reparo,
que no hay hijo ni súdito que quiera
más bien que á vos, que á todo sois amparo.
A quien Dios ama más sobremanera,
castiga en este mundo y lo corrige,
porque en la otra vida peor fuera.
Así, señor, bien claro se colige
que, habiéndoos los ingleses destrozado,
os ama Dios del modo que os aflige.
No os aflijáis de lo que os han quitado
ni aflojéis en el ser caritativo,
pues por uno se os vuelve cien doblado.

El ser que os dió el Señor fué con motivo
de que seáis con todos piadoso,
no severo, cruel, seco y altivo.
En especial, al noble y virtuoso,
al pobre, al forastero, al peregrino
y al que es de perfeción más deseoso.
No obstante, el galardón grande y divino
del que hiciere bien, basta la fama,
que eterniza su nombre de contino.
Esta de vos ya vuela, suena y llama
á los reinos extraños que vengamos
á recebir el fruto de tal rama.
Y si por esto tanto trabajamos
con sudores de sangre y largas vías,
¿qué fama alcanzará si no alcanzamos?
Muevan aquí á vuestras entrañas pías
mis años, mis caminos y favores,
sin otras causas y congojas pías.
Y suplico al Señor de los señores
os inspire hagáis en mi provecho
lo que es más honra y gloria de sus loores,
pues el que espera en Dios, Dios queda hecho.

Con los impedimentos puestos por el religioso que vino á impedir las órdenes, dilataba muchos días el Obispo el proseguirlas y no se declaraba con el Caballero ordenante. El pueblo estaba todo quemado, no había provisión y padecía mucho; de modo que le fué fuerza enviar al Prelado este

SONETO

A grande adversidad intolerable,
requiere celestial y gran paciencia;
y á una dura y terrible penitencia,
un pecho valeroso inexpugnable.
Mi vida es afligida y miserable,
á quien razón, favor, justicia ó ciencia
no ayudan á mover á la clemencia
de un Obispo tan pío y tan loable.
Tienen las dilaciones de acabarme.
¿Hacen mis culpas mis deseos vanos,
ó las órdenes son desordenarme?
Abrid ya por un Dios, señor, las manos,
y ordenadme, ó echadme, ó sustentadme,
porque muero de hambre entre cristianos.
Que, aun siendo entre paganos,
no lo pase tan mal como aquí en Faro,
donde me cuesta lo de balde caro.

Agradó y movió mucho esta exclamación al santo Obispo, y mandóle socorrer lo mejor que pudo, porque todo estaba necesitado con el saco de los luteranos. Tomó de aquí ocasión el Venturoso para darle las gracias, y en particular de la corona y grados que le había dado luego que llegó, que entendiendo dárselas de todas las órdenes, lo había dilatado dos meses; pero ya en algún tanto perdida

la esperanza de alcanzar por entonces su deseo, que aunque todos lo tenían, parecía que Dios no lo permitía. Volviéndole á escalentar la tibieza y perplejidad del Prelado, inmediatamente le envió las siguientes

LIRAS

A Dios atan las manos
que no les haga bien, pues mal le ofrecen
los ingratos cristianos;
mas los que lo agradecen
reciben más, pues casi lo merecen.
Muy ínclito Prelado:
por los grados mil gracias os ofrezco,
y aunque os habéis tardado,
porque no lo merezco,
con todo, muy humilde lo agradezco.
Vos sois, señor, mi cielo,
y la paciencia mía es astrolabio,
que me muestra el consuelo
en mis grados de agravio,
de que me faltan tres de santo y sabio.
En los grados de pena
que pase en alcanzar aquestos grados,
si el ordenar se ordena,
por bienaventurados
tendré grados tan altos y sagrados.
De grado en grado allego;

si de grado queréis que llegue al cabo,
agrádeos ya mi ruego,
pues por grados me acabo
y en cualquier modo á Dios y á vos alabo.
Si estoy equidistante
sólo tres grados del divino Norte,
no me pongáis delante
nublado que no importe,
porque mi alma triste se conorte.
Ya me habéis graduado
cuatro veces doctor con que me esmaltan,
mas seré degradado
si las tres sacras faltan,
que son las que me endiosan y me exaltan.
Por cuarto grado en vida
emparentar podré al mundo mezquino,
y á tres va la vencida
si Dios me hace dino
de aquel tan alto grado de divino.

SONETO

Pues Dios os hizo Dios para endiosaros
y ya sois Dios ungido y consagrado,
hacedme Dios por Dios, santo Prelado,
porque más pueda á Dios encomendaros.
En Dios que, hago más en demandaros
que vos haréis por Dios en dar rogado,

pues quiere Dios que den por él de grado,
y vos daréis á Dios de importunaros.
Todos llevamos cruz de Jesucristo;
vos Prelado de Christo y caballero,
y yo corro tras Christo en la cruz mixto.
Christo, hacedme Christo como quiero,
pues voy buscando á Christo, cual se ha visto,
por el amor de Christo verdadero.

Resultó de apretar tanto al Obispo que se declaró no poder ordenarle de Epístola hasta haber allanado la dificultad de la dispensa; sabido esto, el Caballero partió la vuelta de Lisboa, donde comunicó sus dispensas con personas doctas, y halló haber sido providencia divina la contradición de sus émulos; porque realmente no estaba dispensado para recibir órdenes sacras.

Volviéndose de Lisboa desengañado, la vuelta de Castilla, poco antes de salir del reino de Portogal, en un desierto halló una iglesia cercada de cuatro ó cinco casas, y como era día de fiesta preguntó si había misa. Dijeron que sí, y no había quien la ayudase á decir, que el sacristán estaba muy malo. Ayudó el Venturoso, y acabada la misa, pidió al Vicario qué enfermedad tenía su sacristán. Llevólo á verle, y como fuese mozo y con pujamiento de sangre que le ahogaba y ardía en una mortal calentura, pidió el Caballero una lanceta (que á suerte se halló) y sangrando al enfermo de la vena de todo

el cuerpo dos escudillas de sangre podrida, comenzó luego á tener mejoría, porque no había menester otro remedio.

Partió el Caballero su camino, y en la villa de Mertola, cuatro leguas más abajo, yendo buscando posada, halló á la puerta de la suya al Juez de aquel pueblo y de su distrito, el cual, con particular afición, le hizo apear en su casa y le regaló en ella, como si le conociera. Como pasaron algunos días, él comenzó á comunicarle sus trabajos, que no eran de poco peso.

A último de Noviembre 1596 vino en aquella villa un Visitador del Arzobispado, y entre los demás editos que se publican antes de la visita, con pena de excomunión á los que supieren dellos y no vinieren á denunciar, fué uno, si algún clérigo ó religioso, cura enfermos con medicinas ó con otros remedios. No faltó quien dijo que en casa del Juez estaría un caballero clérigo que había sangrado á un enfermo en un casar allí cerca. El Vicario General y Visitador, hecha la información, puso al Venturoso recluso en una torre y castillo de la villa, sacándole de casa del Juez, no con poco escándalo y contradición de la justicia seglar, que lo defendía. Y allí lo dejó encomendado al carcelero hasta que su Arzobispo lo mandase remitir ó soltar. Visitaba cada noche el amigo Juez al Caballero y enviábale la comida y cena que en su mesa comía; duró ocho días la visita, y al punto que el Vicario

partió, trujo el Juez al preso á su casa, que más preso le tenía su amor y caridad. Y según pareció no fué prisión la suya, sino bodas, y unas Indias espirituales y corporales para el afligido Caballero en esta manera. Todos los más principales de aquella villa tenían pública y secretamente disfamado al bueno del Juez con una objeción no buena, y vivía mártir entre ellos, y aunque podía abstenerse de la causa en que ellos fundaban sus indicios, parecía no tener ánimo, ni fuerza en sí para hacerlo, y así cada día crecía más. Viéndose el Caballero tan obligado á sus buenas obras, y que parecía que Dios le había traído y preso allí por solo que remediase su buena diligencia el peligro de aquel ministro, comenzó á madurallo y disponello al remedio y hízole estas

LIRAS

Licenciado en concordia
del grado más sublime que da el cielo,
que es de misericordia,
pues con ella en el suelo,
dais sustento, favor, gusto y consuelo.
Si aquí soltarme osara,
sin temor de pecar en lisonjero,
más mi pluma volara;
pero por lo que os quiero,
os trato como amigo verdadero.

Y lo que el mundo sabe,
sin poderlo negar los enemigos,
la virtud que en vos cabe;
pues son claros testigos,
que hace uno más fe que dos amigos.
Pues imitáis á Cristo
en ser Juez, seréislo justo y recto,
bien temido y bien quisto,
caritativo y quieto,
y en la vida ejemplar casto y perfecto.
Que el que á otros corrige,
ha de estar él en sí muy corregido;
de donde se colige
que el Juez mal regido
será de Dios cual reo destruído.
El que toma la silla
del mismo Dios, y cual demonio vive,
no será maravilla
cuando mas reine y prive,
que á confusión eterna lo derribe.
Nadie lo que no tiene
puede dar á los otros, ni juzgallos:
por lo cual más conviene
con vida edificallos,
que con rigor de leyes castigallos.
David santo decía:
Señor, haz salvo al Rey, y óyenos luego;
porque si el Rey vivía
vicioso y sin sosiego,

su ceguedad hará á su pueblo ciego.
La buena vida y santa
del Juez y Pastor que nos gobierna,
nos mueve y nos trasplanta
con compunción muy tierna
al gremio y senda de la vida eterna.
El Juez que no es justo
tiene usurpado el nombre á la justicia,
y así vive á su gusto
con jatancia y cuodicia,
madres de crueldad y de avaricia.
Este tal á Dios pierde,
y el vulgo lo maldice y lo murmura,
la conciencia le muerde,
su vida no es segura
porque quien vive mal su mal procura.
Así, Señor, que es fuerza
poner persona, honra, sangre, hacienda,
fama y vida por fuerza,
con firmeza estupenda,
por Dios que su justicia os encomienda.
No os de pena que digan,
pues del Justo Juez también dijeron,
y aunque al fin os persigan,
las virtudes que os vieron
serán cuchillo á los que mal hicieron.
Nadie puede escaparse
viviendo de morder ó ser mordido
y el que quiere salvarse

huelga ser perseguido,
disfamado sin culpa y ofendido.
Esto Christo nos muestra
y este ejemplo nos da, y todos los Santos,
de donde es culpa nuestra
el dejar por espantos
de vivir bien porque lo juzguen tantos.
Hallo por cierta cosa
que si no es la virtud muy perseguida,
no puede ser preciosa,
honrada, ni tenida,
porque en esto se prueba si es fingida.
No puede haber victoria
do no hubo contrastes y gran guerra,
pues para ganar gloria
no es digno cuanto encierra
de pasiones y afán toda la tierra.
Pluguiese á Dios os viese
(pues tratáis de juzgar) hecho tan justo,
que nadie no pudiese
llevaros tras su gusto
á torceros un punto á ser injusto.
Perdonad que os aviso
siendo vos tan prudente y avisado,
que mi amor llano y liso
en el de Dios fundado
hace que os diga lo que está obligado.

SONETO

Vieira amigo, si ya Dios quisiera
que virara mi mala suerte en buena,
viera yo entonces gloria de mi pena
como ahora la tengo por Vieira.
Saeta enarbolada y vira era
quien viril corazón puso en cadena
y virote pasado á mano llena
como el sol sin romper la vedriera.
Si con rara virtud atractiva
salteáis á las almas pasajeras
en este puerto inútil Mertolino.
Preso me dejaréis en dos maneras,
por caridad mi alma os es cautiva
y el cuerpo sin poder ir su camino.
¡Oh juicio divino
que no alcanza el humano á envestigallo,
y pues callan los Angeles yo callo!

Mostróse muy grato y agradecido el buen Juez á los avisos del Caballero, el cual, ayudado de Nuestro Señor, puso todas sus copiosas fuerzas en quitarle de casa lo que escandalizaba al mordaz pueblo, y escribió el Venturoso á muchos Jueces y Prelados para que se hiciesen diligencias como se purgase su fama y hizo venir á un oidor á hacer información en favor del Juez, que era su amigo; y fué

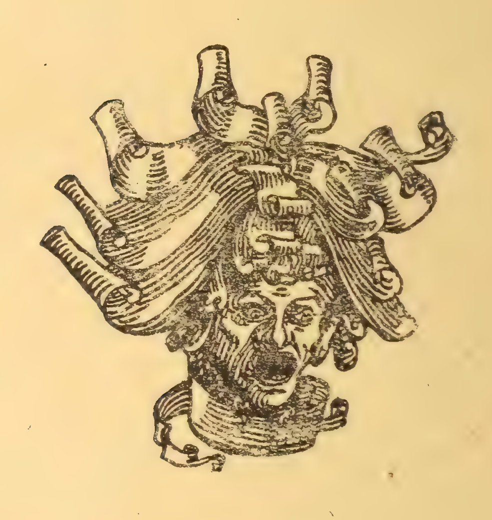
asentado el rumor, atemorizados los contrarios, y en foro exterior restituído en su honor. Y por un Supremo Tribunal se puso al pueblo perpetuo silencio. Tuvo Dios al Venturoso en esta suave prisión tres meses, que justamente fué todo el tiempo que era necesario para remediar al devoto y perseguido Juez, á quien hizo el siguiente

SONETO

Larga calamidad y hado horrible,
inhumano planeta y fiero signo,
clima perverso, torpe, vil, mezquino,
enemigo mortal, suerte terrible.
Negra y amarga vida aborrecible,
caras honras de mundo tan malino,
ignorme galardón de un desatino,
afrenta que lavarse es imposible.
Desventurado, mísero y cuitado,
olvidado de sí y de gloria ajeno
vive el hombre que busca ser honrado
Invidiado y mordido en malo y bueno.
Es el que juzga viendose juzgado
injustamente de su pueblo ajeno;
Refiérense estos males
al que está en estas letras capitales.

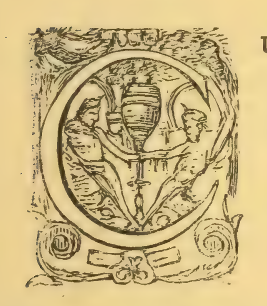
Los romanos edificaron dos templos, uno á la virtud y otro á la honra; de tal manera trazados,

que no se podía entrar al templo de la honra sin pasar por el templo de la virtud. Queriendo por este hierolífico dar á entender que no se podía dar la entrada á la buena fama sino por el palacio de la buena vida, y que nadie puede ser honrado si no es virtuoso.



AVENTURA XXVI

De las demás aventuras que al Caballero sucedieron en esta reclusión y cómo se libró y entró en Castilla.



UENTA la divina Escritura que yendo Gedeón á pelear contra los madianitas, que eran innumerables, escogió trecientos hombres probados en las aguas que habían bebido, no echándose pecho por tierra, sino en pie, y tomando el agua con la mano. A cada uno déstos le dió en la una mano un cántaro y en medio dél una candela encendida, y en la otra mano una trompeta. Estando cerca del ejército de los enemigos quiebran los cántaros, descúbrese la luz que estaba en ellos, suenan las trompetas, y así vencieron los enemigos. Esto hacen los siervos de Dios en sus tribulaciones: levantan su corazón de las cosas de la tierra, no se pegan á ellas con afición desordenada, toman dellas no más de lo necesario, esto es beber el agua no echándose de bruzas, sino en pie y con la mano; quebrantan sus cuerpos que son de barro, y tienen paciencia cuando Dios los castiga con pena y trabajos, esto es

quebrar los cántaros. Lo que de aquí se sigue es que resplandece en el alma por este medio la luz hermosísima de la divina gracia y del don de la sabiduría para contemplar las cosas divinas, considerando el premio tan copioso que está aparejado para el que valerosamente pelea, ultra de que el soldado de Jesuchristo goza, aun en esta vida, de dos ayudas de costa, que son los regalos y consuelos interiores, que vale y aprovecha más uno que cuanto deleite da el mundo, y los que Dios inspira, que suelen hacer personas devotas que regalan y acarician á los que padecen trabajos; como sucedió al Venturoso, que en el tiempo de su reclusión en casa del Juez, que atrás hemos dicho, corriendo la fama dél por aquella comarca, una señora principal mujer de un general de navíos que estaba en Indias, deseosa de conocer y hablar al Venturoso, le escribió y envió un gran presente de valor de cosas de comer, vigilia del nacimiento de Nuestro Señor, á la cual él respondió con estos proverbios en

QUINTILLAS

Señora doña María:
muy buenas pascuas os diera,
si para mí las tuviera,
pero lo que en mí no había
no lo doy aunque quisiera.

Bondad, oro, plata y cobre
me faltan, y aunque me sobre
la pena, bien sabéis vos
que si en gracia estoy de Dios
no me podré llamar pobre.
Dos sabios ó dos valientes
desean comunicarse
por conocerse y probarse,
y procuran diligentes
el uno al otro buscarse.
Y vos con dones y preces
me procuráis muchas veces
siendo yo un pobre perdido,
de quien es más el ruido
que no las podridas nueces.
Si va á decir la verdad
por pública voz y fama
vos sois la que el mundo llama
sabia y de gran caridad,
que por tal el reino os ama.
Lo cual es razón creer
y mucho os deseo ver
como á virtuosa y buena
que todo lo que se suena
ó es verdad ó quiere ser.
Y como la privación
causa mayor apetito,
yo como preso y aflito
grato á vuestra carta y don

respondo en verso este escrito.
Que siendo mis penas hartas
en hiladas como en sartas,
mientras que no puedo más
para no volver atrás
callen barbas y hablen cartas.
Dios me castiga y regala,
como padre piadoso,
por hacerme virtuoso
y el padecer es escala
que sube al reino glorioso.
Bien es que esperanza tenga
y en trabajos me entretenga;
que puesto que los merezca
no hay noche que no amanezca,
ni mal que por bien no venga.
Si supiérades, señora,
cuánto valen las prisiones,
calunias, persecuciones,
quisiérades cada hora
padecer tribulaciones.
Y aunque el mundo da por pena
esta cárcel, yo por buena
la tengo y sé lo que pasa;
más sabe el loco en su casa
que no el cuerdo en el ajena.
Parecen locos ó necios
á la prudencia mundana
los que en la vida cristiana

quieren hambre y menosprecios,
mas son sabios á la llana.
  Ama el mundo la grandeza,
honras, linaje, riqueza,
regalos, fuerzas, salud,
pero Dios ama virtud,
que es verdadera nobleza.
  Háganme todos agravio,
trátenme con menosprecio,
que si estas cosas aprecio,
quien se salva es noble y sabio
y el que no un infame y necio.
  Y si de razón me acuerdo
al noble vicioso y lerdo
Dios suele aquí castigallo,
que si no hay cuerdo á caballo,
el loco con pena es cuerdo.
  Esta tengo que es mi gloria,
porque con gusto padezco,
y también porque merezco
me tengáis tan de memoria
con que me honro y grandezco.
  Mi alma se regocija,
con la vuestra en Dios tan fija
y á su gran bondad estima,
que el que á buen árbol se arrima
buena sombra le cobija.
  Arbol frutífero y noble
da buen fruto y fácilmente

á Dios y á su pobre gente,
y al contrario al duro roble
tierra ocupa y es doliente.
  Aunque el vulgo acertar pudo
este refrán que no dudo,
que el rico con santidad
y el pobre con voluntad,
más da el duro que el desnudo.
  Vos, como rica y prudente,
de caridad lleno el pecho,
árbol de fruto y provecho
como Dios nació al presente
gran presente me habéis hecho.
  Con illustre y larga mano
hacéis bien al castellano
como ya bien se os entiende
que el que da muy caro vende,
si el que toma no es villano.
  Por obras y no por señas
sé ya vuestras perfeciones,
y digo con mil razones
dádivas quebrantan peñas
y palabras corazones.
  Daraos gloria verdadera
Dios por ser tan limosnera;
con pan mis duelos son menos
dar es oficio de buenos,
quien bien hace bien espera.

Quedó tan contenta la devota y noble portoguesa destos proverbios, que pareció que aún quedaba deudora y aparejaba otro presente mayor, como era de su naturaleza amiga de versos. En este tiempo, así para dar pascuas como para pagar obligaciones y pedir socorro, despachó el Caballero Venturoso á un criado suyo con cartas al Duque su amigo dándole parte de sus trabajos, y el que deseaba mucho saber nuevas del devoto Caballero de contento, leídas las cartas, mandó vestir al criado, que iba como mozo de preso, á la ligera.

Entretanto que el duque lo despachaba envió el preso al Arzobispo de Evora, Juez de su causa, una carta y dentro della los siguientes

TERCETOS

Arzobispo ilustrísimo excelente,
señor don Teotonio de Berganza,
en nobleza y virtud resplandeciente.
Evora y Portugal más dicha alcanza
que pudo desear en esta vida,
con tal sujeto digno de alabanza.
Padre que á ser amado los convida,
y pelícano tal, que, roto el pecho,
os dais á vuestros hijos por comida.
Claro se ve que estáis de amor deshecho
pues os dais todo á todos como Christo,
que se nos dió por el común provecho.

Ya nuestros tiempos otro Pablo han visto,
arder en caridad por sus hermanos,
y éste sois vos que estáis con ella mixto.
San Pedro daba vida, pies y manos,
sin rentas, sin caudal, oro ni argento,
y vos lo dais con ello á los cristianos.
Volvéis doblado el logro del talento,
haciéndoos Dios su grande tesorero,
fundando de cartujos un convento.
Al fin sois gran prelado y caballero,
que al grande Rey servís con grandes cosas,
y al santo con lo santo y verdadero.
Felices vuestras rentas y dichosas,
pues las volvéis á Dios con obras tales,
que son á tantas almas provechosas.
Daislas á religiosos y á hospitales,
á güérfanos, á viudas y á doncellas,
que sin esto hicieran muchos males.
Y no queréis un punto detenellas,
sin darlas á los pobres que os demandan,
á quien el cielo les compráis con ellas.
Cuando vais fuera, desalados andan,
como polluelos van detrás la madre,
con que en la piedad más os ablandan.
Sois á todos pastor, refugio y padre,
y lo que escribe Pablo á Timoteo,
en todo hacéis como á la letra os cuadre.
De aquí resulta en mí tan gran deseo
de veros y serviros, que he holgado

ganar en cárcel vuestra este trofeo.
  No me soltéis del todo, buen prelado,
porque sin vos la libertad no estimo,
que soy á sujeción más inclinado.
  Pues que fundáis convento, dadme arrimo,
y transferidme desta torre esquiva
á él, como á Josef, que á tal me animo.
  En vida angelical contemplativa,
de la estrecha clausura cartujana,
y el fruto será vuestro mientras viva.
  Que si entro allí, la gracia soberana,
quizá me hará declare el largo ensueño
del tiempo estéril desta vida humana.
  La fe de caballero os doy y empeño,
que busco y amo ser contemplativo,
y en nueva fundación, siendo vos dueño.
  Con sólo decir esto aquí, recibo
tanta consolación, que ya parezco
sois conmigo también caritativo.
  Ya sé que orden tan santa no merezco
por ser yo pecador, y tan indigno
cuan dignamente en la buscar padezco.
  Pero es muy fácil al poder divino
inspiraros á vos, y á mí ofrecerme
tan dichoso remate á mi camino.
  Quizá ha querido Dios aquí prenderme,
para soltarme más en su servicio,
y que vos me cobreis sin más perderme.
  Hacer aquesto es paternal oficio,

y por esta razón es proprio vuestro,
pues sois á los que os ruegan tan propicio.
No vaya yo de casa del maestro
más enfermo que vine, porque es falta
si á un extranjero noble sois siniestro.
Que vuestra fama, y opinión tan alta
como un oro de tíbar está hecha,
y de colores varias más se esmalta.
Y quien en la virtud tanto aprovecha,
y puede aprovechar á un deseoso,
¿qué provecho tendrá si lo desecha?
Suplícoos por un Dios seáis piadoso
con esta petición que es justa y pura,
y siendo el Caballero Venturoso,
ésta será la última aventura.

Pocos días después que recibió el Arzobispo esta petición y exclamación, llegó el criado del Venturoso, vestido de paño nuevo, y con cartas para su amo, y otra de recomendación del Duque en que pedía al Prelado le envíase á su amigo. Preguntado al criado por qué había tardado tantos días, habiendo solas siete leguas de allí á la villa donde el Duque vivía, y qué ocasión tuvo de vestirlo, no siendo tan largo de condición, respondió que á la ida no le quiso pasar la barca de un río que pasa y divide á Portogal de Castilla, por junto á Ayamonte, y poniendo sus vestidos en la cabeza, pasólo á nado, y aunque se le mojaron, entró con ellos

ante el Duque, y sabida su buena diligencia, movióse luego á piedad, queriendo enmendar la sequedad usada con su amo en el discurso de su amistad, y remunerar la fidelidad y leal servicio del criado mochacho. El cual, con la buena opinión que había ganado en aquel viaje, el Venturoso lo volvió á enviar con la carta del Duque al Arzobispo, y con ella iban estas

CANCIONES

Sagrado don Teotonio, es imposible
que corazón tan noble
como el vuestro, no doble,
aunque más fuese en condición terrible;
porque el ser apacible
conviene al buen prelado y al más justo
y así gobierna al justo,
siendo amado del pueblo, y muy temido,
de un medio ennoblecido,
que ni por mucha hiel odio le tomen,
ni por ser tan de miel moscas le comen.
Corren tanto peligro en esta vida
(aun los sabios y santos)
el gobernar á tantos,
que pone á riesgo un alma á ser perdida:
porque es verdad sabida,
que un justo que á sí solo ha de enmendarse,
le es difícil salvarse,

aunque sea más casto y penitente;
pues ¿cómo fácilmente
podrá salvar también solo un prelado
á tanta multitud que está obligado?
   Al que le dieron más, piden más cuenta
y á más es bien que atienda
quien más se le encomienda,
pues más hay que volver á Dios que renta:
que si á juzgar se asienta
á un Arzobispo grande y limosnero
que olvida á un Caballero
dos meses en su cárcel y más días,
preso por obras pías,
y habiendo reclamado á él tres veces,
mal se descargará con sus jueces.
   Disimulan mil culpas y locuras
vuestros visitadores,
en muchos pecadores,
que no hay quien baste á tantas travesuras;
y aprisionan por curas
á un Caballero andante
de un orden militante,
á fin de que lo infame un pueblo todo,
alzándose sin modo
con tantas exenciones singulares,
que gozan religiosos militares.
   Y á poder absoluto y de malicia
me prenden sin concierto
en un lugar desierto,

donde no hay quien defienda mi justicia;
y dándole noticia
de quien yo soy, no queda satisfecho,
ni en ver mi cruz al pecho;
posando en casa de un juez tan diestro,
un visitador vuestro
dentro una cárcel pública me encierra,
afrentando al juez, á mí y la tierra.
Muy sin luz fuera yo, necio y no sabio,
si en esta violencia,
no tuviese paciencia,
sin abrir, sino á vos, mi mudo labio.
Pero de aqueste agravio,
con la debida reverencia, apelo
para ante Dios del cielo,
si soltarme, y que os vea no se manda,
como el Duque os demanda,
que ya sé que la hora va llegando
en que busque al Señor peregrinando.

Luego que recibió el Arzobispo la carta del Duque y estas canciones, mandó llevar ante sí al Caballero recluso. En este punto, estaba ya purgada la fama y reputación del Juez, su güésped y caro amigo, el cual con los más principales de la tierra le acompañaron á caballo hasta la ciudad de Evora. Besó al prelado las manos, y holgóse mucho de conocerlo. Y tratando de tomar el hábito en el convento nuevo que hacía de cartujos, no hubo

lugar, porque aún no estaba hecha más de la iglesia. Fué dado por libre, y con el mismo acompañamiento volvió á Mertola, visitó á la señora doña María, que le hizo el presente que tan bien le ayudó para su camino. Con mucha terneza de corazón y ojos se despidió del juez amigo y de los demás honrados del pueblo, que casi les pesaba hubiese acabadóse la prisión, por gozarlo más tiempo.

En tres meses que el Venturoso estuvo en la regalada prisión del Reloj de la Villa, que adobó de premios que ganó en justas poéticas que hubo en fiestas señaladas, y de presentes que se le hicieron, le valió más de cincuenta escudos. La primer jornada que hizo fué á dormir á la villa de Ayamonte, que su Marqués era deudo del Duque y amigo suyo; fué muy bien recebido dél, y dióle posada algunos días la casa de un mercader rico, que cargaba navíos para Indias. Luego, el siguiente día, envió el Caballero al Marqués estos

SONETOS

Zuñiga excelso, banda encadenada,
Soto el mayor, donde virtud se ensota,
con ingenio y saber de tanta nota,
que deja nuestra edad embelesada.
Mirad que será burla muy pesada,
si embarcáis gran tesoro en barca rota,

pues donde está la caridad remota,
lo que es de más valor no vale nada.
Vos en el marquesado de Ayamonte
sois un rubí engastado en oro fino,
y de virtudes varias esmaltado.
Mas sol, Minerva, ni el Parnaso monte,
no eternizan la honra á un ser divino,
sino el servir al mismo que os lo ha dado.
Que los de grande estado,
con sólo el hacer bienes, pagan males,
y en honra y gloria se hacen inmortales.

EN EXDRUJOLOS

Soto donde Ayamonte celebérrimo,
como en vos que prorrumpe la Castálida,
nunca lo vió mi musa que es inválida,
ni alcanza la flaqueza á un bien prospérrimo.
A un raro ingenio, ¿qué dirá un paupérrimo,
con la color de miedo vuelta pálida,
si vuelta en nieve toda sangre cálida,
ante la potestad tiembla un misérrimo?
Soto mayor sois vos do hay caza célica,
volatería y plantas salutíferas,
con flores de poema y matemática.
Sangre excelente, y la inclinación bélica,
que da por antídoto á las pestíferas,
teórica divina puesta en práctica.

Mostró agrado el Marqués á estos sonetos, y

aunque era poeta famoso, y gran matemático, como tan grave en la calidad era tan compuesto, que no respondió á la compostura, por no descomponerse con un pasajero. Pero la varia fortuna lo hizo con el buen mercader donde posaba el Caballero, que siendo de nación inglés, católico cristiano, gran limosnero y amado de todos por su bondad, por haber dado plática y recebido mercaderías de varios ingleses con quien tenía correspondencia, estando entonces prohibido por el Rey, le confiscaron toda su hacienda, que era muy copiosa. En pago del buen hospedaje, y que él también era poeta, lo consoló el Venturoso con estos

SONETOS

Pérez Arbrón: si está revuelto el río
por fuerza han de ganar los pescadores,
y aun justos pagarán por pecadores,
cuando va con borrasca el poderío.
En este mundo, mar de desvarío,
los peces grandes comen los menores;
mas golpes de fortuna muy mayores
resisten vuestro ingenio y valor pío.
Pues lo que el agua da, el agua lo lleva,
y el que trata es á pérdida y ganancia;
no os serán las desgracias cosa nueva.
Pero pues Dios os dió ser y sustancia,
sufrid cuando os regala, aflige y prueba,
que paciencia es tesoro de importancia.

OTRO

Perezca, Pérez cuanto tiene el suelo,
y Arbrón bronce se haga en la paciencia;
piérdase el trato y la correspondencia,
y no pierda vuestra alma paz ni celo.
Si Pérez compra con pesar consuelo,
será Arbrón mercader de gran prudencia,
pues quien carga en el mundo penitencia,
descarga eterna gloria allá en el cielo.
Abrásese y consuma Ingalaterra,
y triunfad vos acá de buen cristiano,
que os sacó Dios cual rosa de entre espinas.
Y si á vuestras virtudes peregrinas
hiciere el mundo y el demonio guerra,
no os faltará el auxilio soberano.
Que vuestra larga mano
más rico os tiene hecho de obras pías,
que el mundo os puede dar mercaderías.

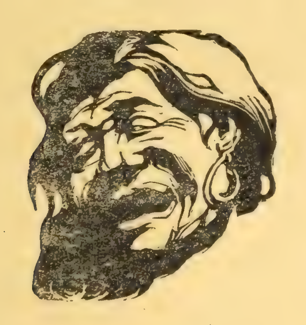
Mucho se consoló el afligido mercader con los versos, y siendo ya pasados ocho días, despidiéndose el Venturoso del Marqués y del güésped, partió adonde estaba el Duque, y secretamente consultó con él la causa de no haber proseguido en sus órdenes. Díjole el Duque que deseaba retirarse en un bosque de una villa suya, y con este fin tenía hecha una ermita en ella, y que el Venturoso le acompañase y dijese misa, dejando de todo pun-

to todo su estado al Marqués, su hijo. Y así le pareció partiese á Roma para dispensarse y ordenarse de las sacras, y á este fin le dió cartas para el Embajador de España, Duque de Sessa, y para otros Cardenales españoles. Aunque la bolsa, como siempre, que los grandes señores nunca suelen dar dineros y favores, y es muy bien, pues para dar la mano á un afligido, de mayor provecho suele ser su valor y autoridad que su hacienda, y para sólo un favor grande que no se puede comprar con dinero, se les debe servir, agradar y sufrir todo el año, no cansándolos en cosas que se hallan en la plaza, ó se puede pasar sin ellas.

Y aun el hombre prudente se debría abstener de recebir dellos regalos, porque con más seguridad los hallasen prontos á un caso que se ofrezca, en que sola su persona y favor lo pueda remediar. Que con una palabra ó carta se suelen pagar bien muchos años de servicios, y aun quedarles debiendo.

No debemos pasar en silencio el deseo que el Duque tiene de dejar su estado, porque el hombre, sea quien fuere y esté donde estuviere, en este mundo en ninguna cosa reposa, ni en ninguna halla quietud perfecta. Porque no tiene aquí su fin. Y conócese en esto: que aunque esté puesto en gran señorío, no descansa; si en estado bajo, no reposa; si en mediano, no asienta; si rico, no contento; si pobre, no le faltan lástimas; si enfermo, quejoso; si

sano, en contino trabajo. Y finalmente, no hay en el mundo hombre que tenga perfecta quietud. De donde se infiere no tener en la tierra su fin y lugar natural, como las otras criaturas que en ella viven. Porque si lo tuviese descansaría en ella y tendría reposo, como las otras cosas que naturalmente lo tienen en sus fines. Y pues el hombre es la criatura más noble, y él tiene contino deseo de descanso, y en esta vida ni lo halla, ni lo hay, cierto está que sólo Dios es centro de nuestra alma, y nuestro fin la vida eterna, para quien fuimos criados. Y fuera dél, todas cuantas cosas ha criado no nos hartan. De cuya experiencia desengañado el real profeta David, resuelve toda esta cuestión en estas dos palabras: Yo apareceré en justicia delante de tu presencia, Dios mío, y entonces descansaré estando en tu gloria.



AVENTURA XXVII

Vuelve el Venturoso á Roma forzadamente; sucédenle en el camino varios casos en hábito ermítico disfrazado.

ICE San Agustín: Al que la peregrinación le es dulce, amarga le es la patria; porque al que es dulce su patria, mucho le amarga la peregrinación. Así, según el Apóstol, peregrinos y güéspedes somos sobre este mundo. De modo que la continua peregrinación desde pequeña edad, tenía de todo punto quitado el amor de su patria y reino al Caballero peregrino, y sin dificultad iba siguiendo sus aventuras y desaventuras. Y en ésta, para excusar la costa en camino tan largo, y por los inconvenientes del pasar más seguramente, volvió á ponerse en hábito ermítico de burel pardo, barba larga, de pie y pierna descalzo, y con su jumento y alforjas salió de Sevilla para Alicante, llevando consigo un paje de un grande amigo caballero donde había posado y dejaba á guardar su ropa y libros, que por cierta dispensa le pidió le llevase consigo. Posó en el camino en

casa de otro Duque, deudo del amigo, que también le dió cartas para Roma, y al despedirse, dejó á la Duquesa (en agradecimiento de un socorro que le mandó dar) el siguiente

SONETO

Clara y excelentísima Duquesa
de quien con gran razón el mundo canta
vuestra suma grandeza, y ser de Infanta,
con la fama inmortal que quede impresa.
La grande perfeción que esta represa
en esa alma que al cielo se levanta
os hace sobre grande mayor santa,
por caridad unida á Dios y presa.
Desde su origen esta casa es pía,
y ahora más que un sacre y su paloma
la levantan de puntos cada día.
El Duque me dió cartas para Roma,
y vos, para hacerle compañía,
me dais para el camino de que coma.
Dáislo á mí, Dios lo toma,
para pagarlo bien con altos dones,
y también yo lo haré con oraciones.

Parte el Caballero su camino hasta Alicante, con su paje tan grave como delicado, que no contento con que lo sustentaba sin haberlo menester, más le ocupaba el jumento con una maleta de sus vestidos,

y se cansaba tantas veces en el camino, que el ermitaño descalzo, por no dejarlo perdido, casi la mitad del viaje se iba á pie, porque su amo el señor paje, fuese á caballo. La presunción y gravedad que tenía sobrepujaba á su cansancio, que aunque su padre era labrador no parecía haberlo criado en trabajos. Entraban en las ventas y mesones, y el Caballero buscaba la caballeriza para dar recaudo á su jumento, decía su oficio, y en poniéndose á la mesa para comer entraba el criado, no bien criado, y arrojaba su cuerpo sobre una silla, hecho pedazos, quejándose de su mala suerte, y acabando de comer el uno se sentaba el otro con la misma costa. El ermitaño dormía de noche sobre una tabla, cubierto con su manto, y su alforja á la cabecera, y para el buen criado se pagaba cama. Los coloquios, sermones y correciones, por el camino dadas del Caballero al paje, eran tan de ordinario cuanto el sujeto en quien caían se mostraba incapaz y obstinado en enmendarse. No sabía cómo dejarlo para necio, pues él lo fué mayor en cargarse de más peso que sus fuerzas bastaban. Llegaron á Alicante, valían caras las posadas y pedían un real por una cama; el Caballero, que llevaba hábito mortificado, quiso que se mortificase su paje, y íbase á dormir de noche á un pobre hospicio de peregrinos que al más pintado le daban una estera vieja con una manta, y así domaba la lozanía del mozo, que más que viejo quería ser regalado. No

hubo embarcación en aquel puerto por entonces, y para buscarla en Barcelona partieron á Valencia, y en una casa de posadas tomó el ermitaño la pluma y dió á su paje este pasaporte en

QUINTILLAS

Séneca nos da á entender
que el que su tierra labrare
della tendrá de comer;
y el que ocioso quiere ser
perdone si le faltare.

El que saliere arrimado
á un árbol, por vil que sea,
ha de ser considerado,
puesto que el fruto no vea
de aquello que no ha sembrado.

Mostrad, si tenéis hermano,
dónde está la obligación
que os hice ante un escribano
de daros siempre ración
y ponérosla en la mano.

¿Soy obligado de hecho
de vuestra carnicería,
que contino á mi despecho
os he de dar cada día
lo que no está satisfecho?

¿Si pensáis que en las montañas
nacen todos caballeros

comiendo pan de castañas?
Do nací no son groseros
y tienen nobles entrañas.
No apetecen intervalos,
que con el bueno son buenos,
con el malo á fuerza malos,
con ajeno más ajenos,
y con el encino palos.
Si tiráis tan á la clara
la prima de mi instrumento
que en daros gusto repara,
no os espantéis si al momento
os ha saltado á la cara.
Ya sabéis que no profeso
criados ni compañeros,
que no es de ermitaños eso,
y me faltan los dineros
para tan gran contrapeso.
Mucho me pesa peséis
tanto, que me dais pesar
con pesares que me hacéis,
y desde hoy podréis pesar
sin romana, y pesaréis.
¿Cuándo hallárades vos,
miserable pecador,
quien con igualdad los dos
os dé sustento y favor,
todo por amor de Dios?
Mi piedad nunca oída

muy mal la consideráis,
pues que os busco la comida
y aun os ruego que comáis,
que no lo hice en mi vida.
No sé si más questo hicieran
pariente, padre ó hermano,
que más que al alma os quisieran,
y en veros tan inhumano
como de un toro huyeran.
Baste lo que os he sufrido
en dos meses de paciencia
la pena que he padecido,
y quedaos aquí en Valencia
haciendoos yo dar partido.
Que siendo tan grande broma
y de tan poco juicio,
antes de llegar á Roma
os daré este beneficio,
que es el que á los necios doma.

Halló el Venturoso un caballero conocido en aquella ciudad, y luego otro día por su intercesión puso al paje en servicio de un canónigo con buen partido, y juntándosele allí dos peregrinos castellanos dispensantes partieron su camino la vuelta de Barcelona. Una legua antes de llegar á cada pueblo de los que encontraban en el camino, adelantábanse los peregrinos y pedían sus limosnas, y á la salida del pueblo esperaban al ermitaño y ponían

en su jumento el pan que les habían dado ó comprado de las limosnas, y cuando era medio día buscaban fuente ó río en el camino (porque era verano) y allí comían la provisión que el Caballero llevaba y la que ellos juntaban; sacábase una hoz y segaban hierba para el jumento, y á la frescura del agua y sombra de los árboles reposaban la siesta sin pagar posada ni ver figuras de las que el demonio suele poner en los mesones.

Guardando este orden llegaron á Nuestra Señora de Montserrate, visitaron su santo templo y subieron á las ermitas más cercanas. Llegaron á Barcelona, en la cual estuvieron cerca de cuatro meses en una posada gastando lo que llevaban, en especial el ermitaño, que los peregrinos en una fábrica ganaban su sueldo á peones, porque no se hallaba embarcación segura. En este tiempo andaba la ciudad y reino de Cataluña alborotado con muchas compañías de á caballo y de infantería para ir á estorbar un ejército francés que intentaba entrar por Perpiñán. Hicieron coronel de la gente de guerra de Barcelona á un caballero della del hábito de San Joan, amigo del Venturoso, que había días que le daba su tabla, y en modo de agradecimiento se le ofreció con estos

TERCETOS

Don Fadrique, en quien hay valor tamaño,
que en la gran Cruz de Malta os encomienda

Dios á su Caballero y ermitaño.
Mi sangre militar salta estupenda,
vertida muchas veces en asaltos,
y á la vuestra halló que la defienda.
Que vuestros hechos célebres y altos
con generosas manos van soldando
los soldados de Dios, en fuerza faltos.
En Africa cautivo estuve cuando
el Rey de Portogal se perdió en ella,
y quedé de heridas palpitando.
Tanto de la milicia fué mi estrella,
que un punto de la tierra no me alzaba
hasta sacar la cruz militar della.
Pero considerando que se acaba
el mundo y sus honores sin concierto,
siendo la cuenta y pena estrecha y brava,
Dejelo todo y fuime en un desierto,
ayudado de Dios con su clemencia,
como á lugar que es más seguro y cierto.
Quitóme la clausura y penitencia
el faltarme la misa, que yo pienso
que ahora estoy más falto en la conciencia
Atónito me hallo aquí y suspenso
de andar entre la pez, casi empegado,
buscando á Roma con dolor intenso.
Estaba de veinte años ya cansado
de Italia por caminos y carreras,
y vuelvo ahora al vómito forzado.
Cuatro meses por puertos y fronteras

he gastado buscando mi pasaje,
sin poder hallar naves ni galeras.
  Con trabajo, cansancio, hambre, ultraje,
como Dios sabe y me ayudó á pasallo,
sin valerme de ciencia ni linaje.
  En conclusión, señor, que tal me hallo,
que tomara por último consuelo
salir contra franceses á caballo.
  Coróneos, Coronel, el alto cielo
por haberme amparado y recogido
con tanta caridad y noble celo.
  Quedo muy obligado á quien he sido,
rogando á Dios por vos toda mi vida,
grato al bien hecho y bien agradecido.
  Mas estimo de vos sombra y comida,
con buena voluntad y gran llaneza,
que sin esto otros dones sin medida.
  Y aunque hoy mi profesión es de pobreza,
no quiero nada de hombres avarientos,
y desto me aprovecha la nobleza,
que nunca fuí de bajos pensamientos.

Agradeció mucho el Coronel este ofrecimiento, y comía desde aquel día de ordinario con él. En este tiempo encontró en la calle al Venturoso un religioso hijo de un caballero mallorquín que fué amigo suyo, y alegrándose mucho, le hizo otro día un solene convite, y por postre le pidió consolase á su padre con alguna carta en verso, de que era muy

aficionado; el ermitaño, que tan á la mano tenía el tintero como la vena, sin que impidiese la repleción de la variedad de manjares, pidió papel y hizo al religioso, en cumplimiento de su deseo, estas

QUINTILLAS

Si á vuestra gran cortesía,
buen caballero Berarde,
he correspondido tarde,
según la obligación mía,
he rogado á Dios que os guarde.
Después que de ahí salí
han llovido sobre mí
tan grandes tribulaciones,
que estas mortificaciones
me han trocado del que fuí.
Esperando en Barcelona
pasaje á Roma prolijo,
me vió el padre vuestro hijo,
y cual si os viera en persona
tuvo mi alma regocijo.
Y aunque es mi mal tan diverso,
cuanto en penas universo,
para que más os sirviese
mandóme que os escribiese,
para daros gusto, en verso.
Siendo, pues, obedecer

mejor que sacrificar,
híceme versicular,
fingendo tener placer
en el colmo del pesar.
Y si necesidad fuerza
á que por fuerza se tuerza
lo que es de ley y razón,
¿cuánto más la obligación
que tengo á esto me esfuerza?
No os doy de mis males parte
porque no podré partillos,
aunque he podido sufrillos,
y se han borrado de arte
que es imposible escrebillos.
Y puesto que bien no os hago
ni al que os debo satisfago,
no es bien propio, ni aun ajeno,
enviar males á un bueno
ni al bienhechor dar mal pago.
A los señores Jurados
nuevos de ese reino electos,
les envío unos tercetos
de aviso, siendo avisados,
movido á justos respetos.
Y aunque ahora no sabemos
si son los que conocemos,
no les escribo de vicio,
que les hago algún servicio
si á coplas nos entendemos.

A otros de esa ciudad
les escribo en prosa, hallando
que es más de veras, temblando
no sea el verso liviandad
ó entiendan me estoy burlando.
Y pues los tratáis y veis,
por esas cartas sabréis
mi deseo, que es al fin
volverme á ser mallorquín
donde mejor me mandéis.
Que si Dios me allega al puerto
de acabarme de ordenar,
me tengo de condemnar
por mis culpas, á un desierto
aislado en medio ese mar.
Ya mi amarga desventura,
purga que á mi alma cura,
pues conviene ser tragada,
quizá esa isla dorada
podrá dorar su amargura.

Para el socorro del aprieto en que se veían en Barcelona con los franceses y gascones, que acometían entrar al reino, como dicho es, la Universidad de Mallorca envió á ofrecerles dos mil hombres de infantería, y el embajador fué un caballero del hábito de San Joan muy amigo del Venturoso; dióle cuenta de cómo los Jurados trataban de enviar por Coronel ó Maestro de campo de la gente que ofre–

cían á persona que no tenía inteligencia de las cosas de la guerra, por algunos favores que tenía, y que todos sabían como ninguno en aquella isla tenía más plática que él, pues toda su vida trataba de guerra, como se profesa en su religión de Malta. Entendida esta verdad del Venturoso, celoso del bien común de Mallorca y Cataluña y de la honra de su amigo, que con buenas obras le tenía obligado, con otra embajada que Barcelona hizo, se atrevió á enviar á los Jurados una carta acerca desto, y en ella iba un papel con los siguientes (1)

TERCETOS

Balearico reino, isla dorada,
de un transparente oro tiberino,
y de varias virtudes esmaltada.
Muy felice planeta, clima y signo,
te han esmerado de uno al otro polo
con privilegio célebre y divino.
Marte, Minerva, Júpiter y Apolo,
reverberan en ti con influencias
que sólo reinan en tu reino solo.
Tan extremadas son tus excelencias,
tan fértil y abundoso tu distrito,
que al mundo todo en todo diferencias.
Bien parece tu suelo ser bendito,

(1) (*Nota marginal*). A los Jurados de Mallorca. Envióse á 10 de Septiembre, 1597 años.

que animal ponzoñoso no consiente
y da aceite famoso é infinito.
  La nobleza, Mallorca, de tu gente;
la gravedad y punto en caballeros
es digno de loar eternamente.
  Su caridad y amor con extranjeros,
el saberlos comprar con regalallos
y en el trato españoles verdaderos.
  A su Rey lealísimos vasallos,
amigos de ensoalzar á su corona,
belicosos en armas y caballos.
  Ahora tu valor se perfeciona
dando socorro de dos mil infantes
á tu amiga y vecina Barcelona.
  Ella y el Rey conocerán más que antes
cómo te deben dar premio no escaso,
y aun Dios paga servicios semejantes.
  Y tus sabios Jurados que en tal caso
su verga de Moysen sólo enviaron
para que rompa el mar, y de buen paso.
  Con cuya gran virtud agua sacaron
de las peñas, los montes y los llanos,
con que beban más honra que buscaron.
  Isleños, invitísimos hispanos,
valientes y animosos mallorquines,
cuchillo habéis de ser de luteranos.
  Surcad las ondas, bélicos delfines,
y asaltad con furor Francia y Gascuña
con verga y bien armados bergantines.

Volved por vuestra madre Cataluña,
pues della decendéis, y dad el pago
á quien la espada contra ella empuña.
No primitáis que hagan tal estrago
enemigos de Dios entre inocentes,
y dadles cierra España y Santiago;
Sepan por experiencia los vivientes,
como habéis sido y sois bravos soldados,
y á luteranos *non timebunt* gentes;
Y pues sois contra turcos celebrados,
salid á esta ocasión, aunque no os quieran,
seréis de toda España laureados;
Mirad que los que en tierra paga esperan
desobligado está á dársela el cielo,
que él por sólo la fe quiere que mueran.
Muestre vuestra ciudad su limpio celo
y de insignes Jurados su grandeza,
en gastar por su honor sin ningún duelo.
Si Barcelona en ver vuestra nobleza
os quisiere premiar, tomad su paga,
pero no os alquiléis, porque es bajeza;
Consultadlo, y veréis cómo se estraga
la honra que ganáis en ofreceros,
si primero queréis se os satisfaga.
El amigo leal, vida y dineros
pone por Dios, por Rey y Patria suya,
y sale á pelear de los primeros.
Desta suerte excusáis que se os arguya
que por sólo interés os ofrecistes

y la honra al que os paga se atribuya;
Pues generosamente os comedistes
con vuestra ilustre verga de diamante,
cumplid lo que por ella prometistes,
Y sin más dilación, salga triunfante
el estandarte mallorquín famoso
y muéstrese su esfuerzo tan pujante,
Que vuestro reino rico y poderoso
no ha menester la paga que otro toma,
sino salir honrado y victorioso.
Haced tiemblen de hoy más Francia y Vandoma,
probando vuestros hechos peregrinos,
y sepan en España, Francia y Roma,
que tenéis para vos y á los vecinos.

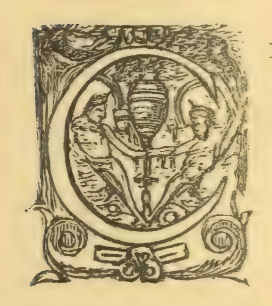
Suelen decir: Que está en Roma una higa para quien dar consejo, sin que se lo pidan; y por otra parte, parece no tocar al presente estado del caballero ermitaño, consejos de guerra. Pero el amor que tenía á la isla y á su bienhechor, fué el atrevido. Y en ninguna cosa es tan dañosa la ignorancia como en nuestra salvación y en negocios de la guerra, según pondera el profeta Isaías hablando en persona de Dios: *Fué llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo ciencia; y los nobles dél murieron de hambre, y la muchedumbre dellos pereció de sed.* Porque la primera puerta por donde han de entrar todos los bienes á nuestra alma, es el entendimiento; tomada esta primera puerta con la

ignorancia, ¿qué bienes pueden entrar en ella? Si la primera rueda del reloj (que trae todas las otras) está parada, necesariamente han de parar todas las demás. Por lo cual, todo el estudio de nuestro capital enemigo es quitarnos esta luz. La primera cosa que hicieron los filisteos cuando tuvieron á Sansón en su poder, fué sacarle los ojos, y hecho esto, no hubo dificultad en todo lo demás que quisieron hacer dél, hasta ponerlo á moler en una atahona como bestia. Destos mismos se escribe que ponían gran diligencia en que no hubiese herrerías en el pueblo de Israel, sino que fuese necesario para cualquier cosa deste ministerio, ir á la tierra dellos y servirse de sus oficinas, para que, estando el pueblo desproveído y desarmado, fácilmente se apoderasen dél.



AVENTURA XXVIII

Embárcase el Venturoso en galeras para Génova, sucédenle aventuras prósperas en el viaje, entra en Roma y posa en casa un Cardenal.



ELEBRABA un día de fiesta Tobías convite en su casa, y quiso que se hallasen algunos de sus parientes en él; envió á su hijo á llamarlos, el cual volvió y dijo, que estaba muerto en la plaza uno de los de Israel. Levantóse Tobías de la mesa luego y trujo el cuerpo difunto para darle sepultura de noche, y con esto se asentó á la mesa triste y lloroso, acordándose de un dicho del Profeta Amós, que dice: «*Vuestros días de fiesta se convertirán en lamentos y lloro.*» Reprehendíanle desto sus amigos, de que se ponía á peligro de la vida, y él, temiendo más á Dios que los peligros, ni á la misma muerte, pasaba adelante con sus obras de misericordia.

A primero de Deciembre *1597*, en nueve galeras de Joan Andrea de Oria, se embarcó el Caballero Venturoso en una dellas con un Capitán mallorquín amigo suyo, que pasaba con su Compañía de infantería á Italia. Púsolo luego á su mesa, y en la popa lo regalaba como á su propia persona, y de sus ra-

ciones mandó dar dos cada día á sus dos peregrinos Como el invierno era fuerte, la navegación peligrosa, moríanse mucha gente de frío y calenturas, que todas las galeras iban cargadas de Compañías españolas para Italia. Entrando el Armada por las pomas de Marsella, hubo tanto viento contrario y borrasca, que no pudieron salir atrás ni adelante, y les fué forzoso quedarse todas las galeras seis días y noches, abrigadas entre las dos isletas ó pomas. Faltó el agua, y acercándose á la costa de Marsella para buscarla, salieron á defenderlo más de dos mil franceses arcabuceros, con los cuales la infantería vieja y nueva de las galeras tuvieron muy sanguinolenta escaramuza; saquearon los españoles un molino y embarcaron algunos sacos de harina, y habiendo huído los franceses de á caballo y de á pie, de la artillería de las galeras, hicieron agua sin impedimento.

El Capitán de infantería mallorquín amigo del Venturoso, había algunos días que iba enfermo de tabardillo, y por ser mal contagioso, sus criados y amigos se abstenían de administrarle, sino muy tasadamente; sólo el ermitaño no faltaba de su cabecera, como amigo, enfermero y religioso, que la misericordia y la verdadera amistad, en las enfermedades en especial, y en las prisiones, se prueba el toque de sus quilates. Fué agravándole la enfermedad, y el Caballero escribió de su mano el testamento, que ultra de que podía *in jus militiæ*, hacer-

lo cualquiera, ya él era Notario apostólico, puso siete testigos y hízolo firmar de mano del enfermo. Muere el Capitán en las manos del ermitaño, contrito y confesado. Recogió luego su plata, joyas y vestidos, que como estaba en la cámara de popa, nadie osaba bajar abajo, hizo inventàrio de todos sus bienes muebles ante sus criados. Vistió el cuerpo con un hábito interior suyo. Quería el Capitán de galera y otros caballeros de popa, que el cuerpo se echase al mar, porque iban ya en el golfo de Narbona y alegaban que apestaría la galera el hedor, que era hombre grueso. El Venturoso ermitaño, con ruegos y razones justificadas, resistió el echarlo al agua. Hízolo poner en la proa, debajo las arrumbadas, en una tabla, un Cristo y dos cirios encendidos, y seis soldados de guarda. Día de Todos Santos, á una hora de noche, acabaron de pasar el golfo y tomaron puerto en Villafranca de Niza. Hizo luego el Venturoso sacar el cuerpo en la primera barcada en tierra, y fué con él, con sus lumbres y algún acompañamiento, hasta la Iglesia mayor, y llamando al Cura fué puesto en una capilla hasta la mañana, que era Día de los Difuntos, que se le hizo honorífico entierro y se labró en un ladrillo su nombre, para memoria, encima de su sepultura, y todo á costa del Caballero; porque el día que murió (aunque era en el golfo), sabiéndolo el Príncipe de Oria, envió luego su Auditor general y recogió todos los bienes del Capitán por inventario

auténtico, y se los llevó á la galera *Capitana* conforme un orden que tenía del Rey para tomar los bienes de los que morían en sus armadas intestatos, que toda la hacienda pasaba de mil escudos. Entrególo todo luego el ermitaño con protestación, que no había muerto sin testamento, y que lo mandaba á un hijo suyo natural. Desembarcados en Génova, pleiteó el Venturoso contra el Príncipe y ganó sentencia. En que en el banco de la ciudad, llamado de San George, se depositó todo cuanto dejó el Capitán, hasta que viniesen de parte del heredero por los dichos bienes. Y por las costas personales, procesales y daños de la tardanza de veinticuatro días en un mesón, le mandaron dar de la misma hacienda veinte escudos, con que le pagó Dios la buena obra, librándole asimismo en el banco la cantidad que dijo haber gastado en su entierro, con que partió el Venturoso su camino.

Día de Año Nuevo de 1598 y de su edad cuarenta y cuatro, entró el Caballero en Roma y fué á posar en casa de uno de los Cardenales españoles, á quien (según se ha dicho) iba del Duque su amigo encomendado; vistas las cartas fué bien recebido, y el mismo día libró Dios por sus manos un paje del Cardenal, que de un hechizo había perdido el juicio y estaba á peligro de la vida también, porque había cuatro días que no quería comer ni dormir, como más cumplidamente se verá en su libro Comenzó el Cardenal á favorecerle con su santidad,

aunque su desventura le quitó delante sus buenos deseos, siendo forzoso que, á pocos días, partió el Cardenal con el Papa á la ciudad de Ferrara, que se tomaba por la Sede apostólica. Quedó el Caballero ermitaño encomendado á otro Cardenal, junto al Colegio de la Sapiencia, en el cual volvió á seguir sus estudios, muy de espacio, cuanto tardó en volver el Papa á Roma.

Aquí hizo el Venturoso, en sus vacaciones, otros tres libros: el uno de hierolíficos y egnimas, con versos latinos y un soneto en castellano cada uno: «*Tratado de la tribulación*», con psalmos en verso castellano en cada capítulo, y «*Musa del alma devota*», en versos espirituales á todos estados.

El Secretario del Cardenal donde posaba era español y de muchos años amigo suyo, y comían juntos y dormían en un aposento; con esta familiaridad, el Secretario pidió al Caballero un reloj de campanilla de pecho que llevaba, y habiéndose excusado que lo había menester de otro lance, le pidió prestados 50 escudos para la costa de un su hermano que venía de Flandes, y apretándole mucho, fué menester responder á su demanda con las siguientes

QUINTILLAS

Doctor en ciencia y virtud,
téngoos mucha compasión,
que en vuestra urgente ocasión
queréis en mi gran salud

ponerme en la Extremaunción.
Si no soy venido á Roma
á pretender de que coma,
¿por qué pedís por servicio
préstamo sin beneficio
habiendo de decir: Toma?
No sabéis que soy romano
en plática y experiencia,
curial con inteligencia,
y nunca en favor humano
puse esperanza ó conciencia.
Pésame vais tan atrás
queriendo que yo á *do*, *das*,
decline con tal desmán,
leyendo en San Damián
y vos en Santo Tomás.
Comienza la caridad
de sí mismo, bien fundada
en prudencia y fe sagrada;
pero será necedad
si fuere desordenada.
El talento me ha Dios dado
para que vuelva doblado,
y esconderlo en esta tierra
en tiniebla de hambre perra,
me echarán maniatado.
Ceguedad es ese antojo
de mandar á un extranjero
un rico, arraigado, entero,

con un Cardenal al ojo,
que le dé un pobre dinero.
No me aleguéis amistades,
sino hacedme caridades
sin reloj y sin cincuenta,
que en ser quien sois os afrenta
aunque haya necesidades.
Sé que vuestro hermano viene
á veros en tiempo fuerte
que no hay blanca, y desta suerte,
el buscarla ahora os tiene
fatigado á par de muerte.
Si os pudiera consolar,
con daros, no con prestar,
lo hiciera como amigo;
pero Dios me es buen testigo
que no me puedo alargar.
No hay razón que aquí me fuerza
(pues no soy Martín, ni Papa)
á daros préstamo, ó capa,
cuando obligación me fuerza
á guardar la que me atapa.
El dinero que he traído,
que para ordenarme ha sido,
si hago desorden en dallo,
¿qué orden tendré, si me hallo
desordenado y perdido?
Son cudicias pecadoras
quitarme el reloj y espacio

que me rige y da solacio,
para contar vos por horas
las miserias de palacio.
¿Y estando en Roma cercados
de relojes concertados,
queréis que os dé un peregrino
el gobierno en su camino
que vale treinta ducados?
Si me queréis sacudir
dándome por penitencia
no goce vuestra presencia,
seráme fuerza sufrir
vuestro azote con paciencia;
Mas, mirad, devoto Andrés,
que si por flaco interés
arrojáis de casa á Dios,
haréis vuestras culpas dos
y mis penas más de tres.

Aplacóse en sus peticiones el amigo Doctor; pero no la mano de Dios en tocar y retocar á su Caballero, que á pocos días después desta tentación le dieron unas calenturas, de modo que por no ser molesto al Cardenal y Secretario, se fué á Santiago de los Españoles, que le tenía frontero, y en su hospital fué curado conforme la calidad de su persona, mejor que en su casa. Después de sangrado y purgado, las cotidianas calenturas se volvieron en ciciones cuartanas. Como dolencia larga, determinó

ir en romería solo y á pie, y visitó la Casa Angélica de Nuestra Señora de Loreto, y un poco más adelante al Santo Crucifijo de Burol. Luego, con un Arzobispo conocido que allí encontró, pasó al puerto de la ciudad de Ancona. Vido en ella algunas cosas notables, muchas antiguallas y mezcla de judíos de señal con sus gorras amarillas, y turcos mercaderes que libremente contratan allí.

Compró el Venturoso un rocín para aliviar su flaqueza, y al cabo de algunos días dió la vuelta con el mismo Arzobispo al Reino de Nápoles y se quedó en la ciudad de Aversa, cuatro leguas antes de llegar á Nápoles, en un monasterio de quien era Prior un amigo suyo, que le regaló tres meses que duraron las cuartanas. Dice el Espíritu Santo por boca del sabio: «*El amigo fiel no se puede comparar con ninguna cosa, ni es digna de ponderar la bondad de su fe con la del oro ni la plata.*»

Había otro mayor amigo del Caballero en la ciudad de Capua, dos ó tres leguas de allí, que era Gobernador della, y deseando tener con él la Pascua de Navidad, la víspera en la tarde subió en su rocín y púsose solo en camino; anochecióle una legua antes de la ciudad con gran escuridad, agua y viento; pues como el Caballero ni el caballo no eran pláticos en el camino, tomó por otro á mano derecha, y á poco espacio que anduvo atolló el rocín con su dueño hasta las cinchas en un lodazal fuera de camino, y mientras más espoleaba para

salir, más se sumía; de modo que pedía á Dios misericordia, y en su lugar caía del cielo agua. Estando así con el frío, aflición y peligro que considerar se puede, cesó un poco el agua, y el ermitaño (que siempre iba prevenido de las cosas necesarias á los caminantes), sacó de su faldiquera un esquero, y así como estaba sumido hasta las rodillas, encendió lumbre en un rollete de cera, y como el viento le perseguía, hizo de papel una luminaria, con la cual vido cerca de sí, á tres pasos, algunas matas en tierra seca y el pantano tremendo en que había caído. Desató lo mejor que pudo la maleta de vaqueta del arzón y arrojóla sobre las matas, y quitándose de la silla por encima lo más enjuto decieno, púsose en lugar seco; y tirando de las riendas y dando voces al rocín, como ya estaba descargado, quiso Nuestro Señor apiedarse de su siervo, y salió del lodo, y volviéndole á poner la maleta al arzón, tomólo de rienda y comenzó á buscar camino por entre aquellas matas. El agua y el viento, que se habían parado á mirar aquel espectáculo, volvieron á seguir su curso y quemaron la luminaria de papel y apagóse; al mismo punto quedó el alma del ermitaño, tan tenebrosa en angustias y desconsuelo, cuan lleno de lodo y miseria estaba su cuerpo. Siéntase un poco en una mata y comienza á exclamar al cielo, como si aquella tribulación fuera la mayor, ó la primera ó postrera, y decía así con muchas lágrimas:

MADRIGALES

¿Hasta cuándo, Señor, el cielo y tierra,
el mar y el aire interno,
el fuego y el infierno
me han de hacer tan importuna guerra?
Que parece que aposta tus criaturas
se han conjurado en darme desventuras.
Tú naciste esta noche en un establo
por mi desnudo al frío
para quitar el brío
al soberbio, y tus almas al diablo,
Y el mismo día, á mí culpable en todo,
como fuí lodo ponésme del lodo:
Pequé en salirme hoy del monasterio
y dejar tus maitines
por seculares fines,
y es justa aquesta pena y vituperio.
Pues tú eres Padre, amparo, luz, camino
no haya más, da posada al peregrino.

No había acabado el afligido ermitaño su oración, cuando oyó cerca de allí sonido de campanas que tocaban á los maitines; comenzó á caminar á la parte que se oían, y á pocos pasos halló el camino Real, subió sobre la enlodada silla, llevando él mucho más en los harapos, y á poco más que un cuarto de hora entró por la ciudad: llamó al palacio del Gobernador, que dormía, y abriéndole los criados, lo vieron tal que lo desconocían; informa-

dos de su desgracia, con mucha caridad una ama le trujo camisa, desnudólo, y envolviólo en una sábana caliente rociada y hízolo acostar; dispertó á esto el amigo Gobernador, y condolido del caso, mandó lavar los hábitos y enjugarlos luego á la chimenea, limpiar el caballo y darle sopas en vino, y comenzáronse luego á hacer buñuelos á uso de España. Otro día fueron los dos á la misa mayor y tuvieron las Pascuas con mucho regalo. Que á los que los buscan en esta vida les cuesta en ella ó en la otra á muy caro precio.

El primero día de Año nuevo, lo fué también entonces del Año Santo, así por esto, como porque ya el Papa era vuelto de Ferrara; el Venturoso partió otra vez á Roma y entró en casa de un Cardenal español que le mandó dar aposento y ración, y con su favor grande y de otros cuatro á quien familiarmente trataba el Caballero, ayudaba cuanto podía á muchas necesidades espirituales y temporales de todos los de su nación que á ganar el jubileo venían. Haciendo que estos Príncipes eclesiásticos ayudasen, no sólo á muchas necesidades de peregrinos y dispensantes; pero para que su Santidad enviase á publicar el año Santo á los cristianos cautivos entre infieles, como fueron Capuchinos, y de otras religiones en Argel y en Africa. En el mes de Febrero vino el Visorrey de Nápoles con su mujer á ganar el santo jubileo, y fueron aposentados en el palacio Sacro.

Valióse de su favor el ermitaño para la dispensa de sus irregularidades, que los Cardenales amigos no habían podido alcanzarlo del Papa, que respondía á todos: Que si sus antecesores habían dispensado aquellos casos, lo haría también, y si no, no quería abrir puertas. Y como en el registro no se hallaba tal dispensa, no le daban remedio. El día que el Visorrey se había de partir á su gobierno, sentándose á la mesa del Pontífice, pidióle por despedida algunas dispensas de negocios graves de España, y entre ellas la del Caballero ermitaño; y aunque le prometió conceder todas las gracias que le dejó en súplicas, después que partió el Virrey, el Papa mudó, en cuanto aquélla, porque Dios no era aún servido de disponer los medios, por ser tan alta la dignidad, cuan bajo el sujeto que la deseaba.

Hazía el Pontífice reformar todas las religiones, y para la reforma de una dellas fué propuesto el ermitaño por un Cardenal santo muy devoto suyo, y como era fuerza que fuese Sacerdote el Reformador, dispensó con él y dióle breve para tomar las tres sacras en tres témporas, que no fué poco consuelo y alegría de sus amigos. Yéndose otro día á presentar ante el Cardenal Vicario de Roma, y puesto ante los examinadores generales, leídas primero sus dispensas, dijeron que no estaba dispensado, porque el curial que hizo la súplica por el interés de salir con la gracia, no informó la verdad en el defecto; diciendo que el suplicante carece del

uso de aquel miembro, que realmente no lo tenía, y para que el Papa lo entendiera, había de decir: Que le faltaba todo, y no el uso dél.

Aquí fué menester la paciencia doblada, que eran ya dos veces las que se había errado, y mucho el tiempo, trabajos, caminos y gastos, que cada bula costaba 13 escudos. Volvió de nuevo á hacer súplica á Su Santidad, y respondió: Que no le placía dispensar en falta notable de cosa que sería escándalo. Quedóse así hasta la cuaresma, encomendándolo muy de veras á Dios con muchas oraciones, lágrimas y ayunos, con otras penitencias y firmísima esperanza en su divina misericordia, que siendo para su servicio lo alcanzaría, y la embriaguez de la devoción ó deseo no le dejaba al Caballero considerar las calidades que le faltaban para que mereciera esta dignidad; como está escrito: *el que es mejor de todo el pueblo, el que es más docto, el que es más santo, el que es más eminente en la virtud, ese ha de ser elegido al sacerdocio.* Según San Jerónimo, grande es la dignidad sacerdotal, pero tan grande es la ruina si peca; si nos holgamos con la subida temamos la caída. No es tanto el gozo de tener estado excelente, cuanto es el temor de perder lo sublime. Porque no sólo de nuestros pecados hemos de dar cuenta, sino también de todos los dones que recebimos y de cuanto á nuestra salud somos en ellos solícitos.

Al cabo de algunos días, un sábado, en Signatura

de gracia, entró á buscarle el ermitaño en la sala de Clemente VIII para que concurriese en su favor, el día atribuído á la Virgen María su devota, la gracia de la signatura y la clemencia de Clemente. Y entre los demás letrados que le informaban esperó tiempo y arrojóse á los pies santos, y puesto de rodillas propuso su defecto y causas en lengua toscana. Y díjole el Padre Santo: Habladme en español, que bien lo entiendo; y haciéndolo así, dióle nuestro señor palabras tales, que movieron á Clemente á usar con él de su nombre, y pidióle la súplica, y otro día salió despachada con mucha admiración del Cardenal Datario y de los demás que no lo habían podido alcanzar, que se tuvo por milagro.

En este tiempo vino á posar en casa del Cardenal donde estaba el Venturoso, un gran letrado español, Obispo en Sicilia, y habiendo de estar mucho tiempo en pleitos, y pidiendo al Cardenal le diese persona plática y de fiar que le buscase casa, comprase coche y caballos y le diese familia tal cual deseaba, parecióle al Cardenal que el Venturoso ermitaño sería más á propósito que ninguno de sus criados, y así se lo encargó. Ibale dando el Obispo cédulas de cambio de á mil escudos, y gastados aquéllos, dábale otra. Alquiló casa en la misma calle con su jardín y fuente, por quinientos ducados al año; compró camas, sillas, bufetes, colgaduras. Armóla de mayordomo y los demás oficios

hasta pajes y lacayos, y por trecientos escudos una carroza nueva con dos frisones. Andaba de día y noche cansado y combatido de personas que concurrían á que los recibiese, con cartas de recomendación de personas graves, porque siempre en las Cortes hay mucha gente desacomodada en todo género de ejercicios, y cuando entra de nuevo persona grave, luego le asestan sus pretensiones. Comía de ordinario el ermitaño con el Obispo, que le hacía tantas caricias y favores, que todo se hacía por su mano. Puesta y ordenada la casa como convenía á su calidad, fuéle á dar cuenta del recibo y gasto en grueso y por menudo, como tenía en un libro; dijo el Obispo: De tomar esta cuenta me ahorré yo, cuando le pedí al Cardenal persona fiada; porque yo no sé el precio de las cosas, y se pueden contar cuatro por dos. Yo perdono lo que me hubieren hurtado, y aunque me pesa de que me pide licencia para retirarse y dejarme, quedo deudor y obligado á lo que se ha hecho por mí con tanta satisfación. Era gran poeta el Obispo, y el Venturoso á la despedida le dió este

ROMANCE

Desengáñese el devoto,
tenga el justo la balanza,
el sabio mire á los fines,
el prudente á las mudanzas.

El valiente á los peligros,
el muy cumplido á las faltas,
el privado á la fortuna,
el gracioso á la desgracia.
Tema el rico á la miseria,
el que está en alto no caiga,
el que se pone al peligro
la muerte que le amenaza.
El noble á la villanía,
el letrado á la ignorancia,
el que juzga á la verdad,
el mercader sus ganancias.
Cada cual su vocación
profese, pues que le basta;
porque el trato desta vida
es á pérdida y ganancia.
Que la rueda siempre rueda
y cansando no se cansa;
mas ¿quién podrá reparar
en cosa tan disparada?
El mayor bien que da el mundo
es juego de pasa pasa,
y pasa en un pensamiento
su deleite y gloria vana.
Tómese ejemplo de mí,
que en la justa de observancia
me sacaron á justar,
y rompí en el aire lanzas.
Cayó en el mes del Obispo

una prebenda cansada,
no de Vicario oficial,
sino Provisor de casa.
Y porque más que podía
tiró mi brazo la lanza,
hizo á una gran caridad
que fuese desordenada.
Cuando tuve mayor cuenta
me hallé con la cuenta errada,
que esto sucede al que deja
á María, y busca á Marta.
Pero ayudándome Dios,
renuncié prebenda y gracias,
que era la pensión terrible,
peligrosa y murmurada.
Sin préstamo ó beneficio
sola una ración de tabla,
comido por lo servido
como mozo de posada.
Quien vió la furia francesa
al principio, en mi privanza,
viera dos que orilla el río
uno nada, otro nonada.
Hízome hombre por la Iglesia,
Leyva por mi ley sobrada;
pero como en su provecho
faltó mi perseverancia:
Faltó también su favor,
su caricia y buena cara,

que materia de interés
toca quilates del alma.
Volviendo yo á Covarrubias
sus rubios, cosa pesada,
pesóle porque perdió
muchas plazas sin dar plaza.
Y aflojando en la amistad,
dió muestras que era estirada
con la fuerza del provecho
razón de estado dorada.
Destas témporas al fin
con la dispensa del Papa,
sin la vuestra fuí ordenado
en vida más ordenada.
De corona de paciencia
de grados que más me agradan,
y de Epístola, que es esta
que va en romance cantada.
Pues me habéis hecho merced
de hacerme de orden Sacra,
dadme vuestra bendición
para que otra vez no caíga.

Dijo el Obispo, acabado de leer este romance:

Grande tentación es esta para que yo responda en verso, pero la gravedad de mi estado resiste á ella. Doy por respuesta que Dios le ha comunicado gracia en hacer bien, y no menor en decir. Y así dice y hace cuanto quiere y desear se puede. Dice

Séneca, que lo mismo es ser alabado de malos que ser malo. De donde se sigue, que (1) en las alabanzas de buenos (como lo era en virtud, sangre y letras este Prelado) debía el Caballero ser bueno, á lo menos en su provecho, pues sentía el dejarlo.

(1) Ms. y si.



AVENTURA XXIX

Ordénase el Venturoso, fué hecho Prior de una Parroquia, quisiéronle matar y otras extrañas aventuras y peregrinaciones.



MONESTA San Bernardo al cristiano que desea salvarse: si dignidades amas y querer mandar á los otros, ¿qué otra cosa haces que poner tu vida en confusión? ¿Por ventura sabes que es cosa monstruosa grado alto y corazón bajo? La silla primera y la vida postrera.

¿La lengua parlera y la mano ociosa? ¿Muchas palabras y ningunas obras? ¿Rostro grave y hechos livianos? ¿Grande autoridad y mudable estabilidad? Atropellando á todo esto se ordenó el Caballero Venturoso en tres témporas de la cuaresma. A 17 de Marzo 1602 tomó el presbiterado, siendo de edad de cuarenta y siete años. A los ocho días pasados en la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, en su Iglesia de Nápoles con honrados padrinos cantó la primera misa.

Pasados dos meses volvió á Roma el nuevo sacerdote, no para procurar rentas ni dignidades, sino

para servir mejor á Dios en alguna religión estrecha de la Cartuja, Camándola, Descalzos, Bernardos y Carmelitas; y aunque en ellas hizo sus diligencias ayudado de favor de Cardenales, no fué admitido. Ocupábase en algunas obras de misericordia. Había hecho algunos servicios á un Cardenal español dignos de ser remunerados, y no sólo no le hacía merced, pero no le quería favorecer á las cosas del servicio de Dios que los demás acudían; envióle un día esta

LETRA

Servicios bien empleados
aunque mal agradecidos,
tal soy yo, que vais perdidos
por donde otros van ganados.
Dice David, que inclinaba
á su humano corazón
á hacer justificación
por el premio que esperaba
del celestial galardón.
Sepan, pues, los potentados
tan servidos y adorados,
que á los que bien pagarán
solos llamarse podrán
servicios bien empleados.
Debidos le son á Dios
y paga por uno ciento;

mas tal agradecimiento
no muestra nadie entre nos
al que sirve, y da contento.
Los míos rendí ofrecidos
sin raciones ni partidos
á un grande en la calidad,
iguales en voluntad
aunque mal agradecidos.
Ya es condición de palacio
que al que en servir más florece,
si hacer un yerro acontece
cuanto ha servido de espacio
en un punto desmerece.
Servicios míos cumplidos
estos yerros cometidos
no os hacen perder la gracia,
sino que por mi desgracia
tal soy yo, que vais perdidos.
Porque si correspondiera
mi ventura á la potencia
del que serví, su clemencia
honrara y favoreciera
vuestra buena diligencia.
Mas son tales mis pecados,
mi suerte, fortuna y hados,
que aunque á un bueno bien serví,
al contrario me perdí
por donde otros van ganados.

Cuatro condiciones ha de tener el buen siervo ó criado en servir á su Señor, para que merezca dél mercedes: La primera es amor. Mucho mueve al Señor á hacer bien á un criado, cuando conoce dél que más le sirve porque le ama, que por el interés que dél espera. La segunda, diligencia en hacer las cosas de su servicio, porque si se hacen con flojedad, ni agradará á Dios ni á los hombres. La tercera, con fidelidad y verdad; y la cuarta, con perseverancia. Poco hace al caso hacer bien un día, si no continúa y se acompaña un día á otro. Culpa grande es del señor no gratificar y hacer mercedes al criado que con las condiciones dichas sirve. Con estas y otras muchas sirvió el Caballero, y no medró. En la ciudad y Universidad de Perusa, treinta leguas de Roma, que es de la Sede Apostólica, en una parrochia della que administran religiosos, uno dellos, violentamente, sobre cierta contienda, con un pequeño cuchillo degolló al Prior de la casa, porque soltase un dedo que le tenía asido con la boca bregando con él.

Fué el escándalo muy grande, por haber sido en la iglesia, delante el Santísimo Sacramento. Súpolo el Papa, y se indignó de manera que quiso quitar aquella parrochia á la Religión, si un Cardenal protector no intercediera aconsejándole que enviara un español que hiciese justicia y gobernase.

Día de la gloriosa Santa Ana, á 26 de Julio año de *1601*, llamó este Cardenal al Venturoso y díjo-

le partiese luego á Perusa, con orden de Su Santidad, para ser Prior de aquella parrochia y hacer información de la muerte sucedida.

Quiso excusarse, y no fué posible, aunque alegó el peligro notorio que era salir de Roma en las mutaciones de los caniculares. Diéronle cartas de recomendación para un Cardenal gobernador y para el Obispo. Buscó un criado español, y en su rocín fué á cumplir su obediencia, á diez leguas cada día. Caminando una mañana el Caballero, Juez y nuevo Prior, en compañía de otros caballeros, iba diciendo sus Horas en su diurnal, en un camino de unos peñascos muy grandes, resbaló el caballo y cayó con el Caballero en un despeñadero, ó barranco muy hondo, que estaba al siniestro lado del camino. Acudieron luego la gente de á pie y de á caballo á socorrerlo, y no hallaban lugar ni modo cómo entrar á donde cayó; sacaron sus espadas y cortaron matas y zarzas que les impedían la entrada, y como llegaron al caído, vieron que estaba de pechos sobre muchas espinas, y el caballo los pies arriba y la silla sobre los lomos de su amo. Abajaron el caballo por aquel paso que hicieron, y luego sacaron al Venturoso, sin lesión alguna, con su diurnal en la mano siniestra, puesto el dedo pulgar en el Himno de Tercia. Dieron todos gracias á Dios, que milagrosamente le había librado. Subió á caballo y con los demás prosiguieron su camino, solenizando la caída tan venturosa, prodigio y

vigilia de los peligros mayores que le esperaban en la prelacía, que suele ser caballo desbocado y despeñadero de muchas almas. Ultra de que las digni dades y oficios honrosos hacen estos cuatro daños: Olvido, elacción ó arrogancia, mudanza de costumbres y hacer que no tengan compasión de los afligidos.

A 2 de Agosto llegó el Venturoso dos leguas de Perusa y vido en un campo millares de gentes, de quien supo cómo era día de Nuestra Señora de la Porciúncula, y un gran templo que allí estaba era Santa María de los Angeles, y á un lado, á la media legua, la ciudad de Asís, con el cuerpo del glorioso San Francisco. Apeóse con los demás, que iban á la indulgencia, y ganó el santísimo Jubileo y dijo misa en el mismo altar de Nuestra Señora. Después de comer subió á visitar el cuerpo de Santa Clara y el de San Francisco, aunque no se puede ver más de la bóveda y altar, que está encima de los huesos, y esos con muchas llaves, que ninguna calidad de personas ha querido Dios que lo vean.

Entró el Caballero aquella tarde en la parrochia de su gobierno; fué bien recebido de los religiosos, que ya sabían su venida; presentó en capítulo de todos sus recaudos, y fué obedecido por Prelado. Dió sus cartas al Cardenal gobernador y al Obispo, siendo dellos con mucho gusto y grandes ofertas recebido, que eran inclinados á la nación española. Hizo luego diligencias jurídicas, poniendo editos á

las puertas de las iglesias contra el homicida, con excomuniones reservadas al Pontífice, contra quien no manifestase, encubriese, sustentase ó defendiese, al tal sacrílego. Y con ningunas diligencias personales ni procesales, no se tuvo memoria dél. El Cardenal pidió al Venturoso que le mostrase la lengua española, de quien tenía algunos principios, concertándose de que todas las tardes que en su coche iba á pasear, vendría á la celda del Prior á tomar leción, por no obligalle á salir cada día; hízose así, y dábale el Cardenal ración de su palacio cada día, y la suya repartía por sus religiosos. Viéndose tan favorecido y honrado, le hizo este

SONETO

Si un Príncipe illustrísimo y sagrado
bebe el agua de un pobre religioso;
si hasta aquí se ha dicho Venturoso,
de hoy más le digan: Bienaventurado.
Bebelagua sois vos, yo soy aguado
y el vino puro del amor precioso,
grato á un favor tan grande y generoso,
me deja de honra y gozo embriagado.
Mas, qué felice lengua castellana,
que por ella merezco ser Maestro
de un Cardenal que lo es de la Toscana.

Mi humilde natural, Señor, os muestro,
y vos también, con la grandeza humana,
me habéis mostrado á ser criado vuestro.

Las mujeres públicas de la ciudad tenían su habitación delante la puerta de la iglesia y alrededor de la parrochia, y era ocasión á los religiosos de vivir con alguna desenvoltura y poca limpieza de vida. Hizo el nuevo Prior muchas diligencias con los superiores y con la ciudad, para que mudasen de junto al templo de Dios y echasen á un muladar del campo aquélla inmundicia, y aunque la Universidad daba ya otro lugar remoto donde fuesen, no se pudo poner en ejecución, porque criados de los que lo habían de hacer, lo defendían. De modo que fué avisado el Caballero de que no tratase más dello, que otro Prior quisieron matar por lo mismo, y tirándole dos veces pistoletes, no quiso Dios le acertasen. Viendo el peligro tan notable de caer cada día en ofensas de Nuestro Señor, comenzó el Caballero á tratar de clausura y regular recogimiento, que no saliesen los religiosos solos ni sin capa, á pasear sin licencia como solían. Puso llaves á las puertas del monasterio, que no las había, y podían salir cuando querían; visitaba de noche los dormitorios-celdas. Todo lo cual (puesto que era obligación precisa de su oficio, so pena de pecado mortal), fué causa de engendrar odio y sisma en los súbditos, y al medio año de Prior ya trataban de hacer con él lo que con su antecesor.

El criado del Caballero, que era mochacho catalán de diez y ocho años, que de todos era tratado con familiaridad, oyéndoles murmurar del Prior, con alguna cautela, fingía aborrecer también él las asperezas de su amo; por donde ya, como que lo tenían ganado de su bando, lo regalaban los italianos con el amor que suelen y le dejaban oir sus conciertos y dañadas intenciones. Todo fielmente el mozo descubría luego al Prior, su amo; mediante lo cual andaba con aviso, y en los capítulos exhortaba á sus religiosos á la observancia de sus votos y al temor de Dios y del Pontífice, malamente indignado, con justicia, contra aquella religión. Pero, como dice San Buenaventura: «Entonces el religioso tiene una sola mano, como Judas, en la mesa de Christo, cuando está en el monasterio por necesidad y no por voluntad. De manera que tiene el cuerpo en la celda y el corazón en la plaza. Dijo un Padre de los ancianos: «Si quieres ser buen re»ligioso, no tengas amistad con mujeres ni con los »herejes. Aparta de ti la confianza propia y refre»na la lengua y el paladar, y huye del vino. Si al»guno habla contigo, no seas porfiado con él; sino, »si dice bien, dirás: Bien decís. Y si dice mal, di»rás: Vos sabéis lo que habláis. Con estas ejercicios »estará tu ánima pacífica y sosegada.»

Un día vino el buen criado á su señor y le dijo muy turbado: «Ahora es tiempo de poner remedio, porque todos los religiosos se han conjurado y le

quieren matar á puñaladas, y cada uno trae consigo un cuchillo largo, y si no es las camas, mesas y sillas, la demás ropa del uso de sus personas han sacado fuera de casa.»

Envió el Prior á todos á Vísperas, y con una llave maestra reconoció algunas de las celdas más principales, y hallando ser así la relación del mochacho, encomendóse á Dios muy de veras, con aquel fervor de espíritu atribulado que requería el caso, y estando en esto entró por su celda el Cardenal y el Obispo que venía á verle tomar leción. Acabado este ejercicio, al cual toda la familia siempre esperaba fuera, llamó el Prior á su criado y hizo que dijese ante el Cardenal y Obispo la coligación y concierto que sus súbditos tenían para aquella noche. Quedó concertado que al Ave-María enviarían un Ministro eclesiástico suyo, con cuatro clérigos con prisiones, y que el Caballero, como Juez inmediato al Papa, hiciese justicia y los clérigos le ayudasen á prender su familia y decir misas en la parrochia.

A puesta de sol, el Prior mandó al portero cerrar la iglesia en su presencia y las demás puertas de casa; él dijo que no parecían las llaves, que debían de haberlas hurtado, que todo aquel día no las hallaba, y preguntado á todos, respondían no saber dellas. Fué él en persona y hizo cerrar todas las puertas con los cerrojos y trancas, y que tocasen la campana á cenar. Juntos ya todos á la puerta del

refectorio, esperaban al Prior para bendecir la mesa; él se entretuvo en oración hasta que sonó la campana del Ave-María y al mismo tiempo la de la portería; salió el criado á ver quién era, y su amo al refectorio á esperar los Ministros prometidos, que todos á una se juntaron. Preguntóles el Venturoso sonriendo: «Vienen á cenar con nosotros, ¿ó qué buscan por acá?» Respondió el principal Ministro: «Buscamos unos delincuentes que nos han dicho los tiene aquí Vuestra Paternidad.» Dijo el Prior: «Si eso buscan, todos estos religiosos que aquí están junto son, comiéncenlos á reconocer si tienen armas ofensivas.» Hízose así, y á los seis sacerdotes hallaron unos cuchillos angostos de dos palmos, y los demás tenían sus vainas con cuchillos ordinarios. Hizo que á los seis, como más culpados, les pusiesen luego á cada uno esposas de las que traían y los llevasen al cepo de la cárcel del mismo monasterio los tres, y los otros tres con grillos; y los demás, que eran dos Sacerdotes, el Predicador y el Sacristán, con tres Choristas y dos legos, quedaron para administrar la Parrochia y casa. Volvióse con los Ministros del Cardenal y del Obispo el Venturoso al refectorio, y hízolos cenar con él, muy á gusto, lo que estaba para todos; y enviólos contentos, con hacimiento de gracias á los Prelados, y mandó aderezar de cenar para los presos, y luego parecieron las llaves y se cerró toda la casa, y las tomó el Venturoso Prior con las de la

cárcel y mandó que por una ventanilla que tenía la puerta de la prisión les diese la cena y lumbre.

Otro día vinieron los cuatro clérigos á ayudar á los oficios y misas del convento, junto con el Predicador y Sacristán, que temblaban de miedo, y daban todos la culpa al religioso Parrochiano, que era portogués de nación, y la cabeza y autor de la coligación, que estaba en el cepo diciendo blasfemias contra su Prelado, y más obstinado que antes. Otro día el Prior nombró al Predicador en Vicario y Parrochiano, y administraba Sacramentos, y haciendo oficio de Secretario hizo la información de todo, y con el pliego del Cardenal la envió al Cardenal Protector de Roma. Halláronse delitos graves contra el portogués, y fué puesto en galera; los demás, con penitencias, conforme sus culpas, fueron castigados y echados de aquella tierra, enviándole al Venturoso nueva familia como él, la pidió. Pasó adelante con sus estudios en aquella Universidad, que de ordinario hay estudiantes de todas naciones y tienen por uso que, en una Academia de las Escuelas, cada uno ha de justar, con versos de su lenguaje, al tema que el Príncipe de la Academia pusiere, el cual era entonces «Templanza y Vergüenza»; forzaron al Prior que entrase con versos castellanos, y leyó ante todos un día esta

CANCIÓN

Regia Universidad del Universo,
España, Francia, Italia y de Bohemia,
origen del legal saber diverso.
Y vos elegantísima Academia,
Minerva en prosa, Cabalina en verso,
do se odia el vicio y la virtud se premia,
pues vuestra ley me apremia
á que me matricule como se usa,
suplid las faltas de mi humilde Musa.
Mi destemplada lira no entendida,
¿cómo podrá tocar donde no alcanza
á virtud tan heroica y tan subida?
¿Qué dirá un destemplado de templanza,
pues ella, á nuestras obras comedida,
como fiel, las pesa en su balanza?
Abstinencia y crianza
son sus hermanas, y aunque es tal su estima,
el amor que le tengo á más me anima.
Así como prudencia refulgente
del buen juicio es guía y clara muestra,
Templanza es poco menos excelente;
el ánima y el cuerpo nos adiestra,
puesto que gobernarse no consiente
la parte sensual de su maestra;
ella, como tan diestra,
procura de vencerla cuanto puede

porque sola razón suprema quede.
Son de Templanza hijas muy queridas:
Vergüenza, Castidad y Continencia,
sin otras que con ellas van unidas:
Modestia, Mansedumbre y la Decencia
del modo de vivir de nuestras vidas,
si se viven guardando la conciencia.
Y teniendo advertencia,
la Vergüenza de todas es tutora,
con belleza que al cuerpo más decora.
En gracias de Natura que tenemos,
de quien el cuerpo humano se guarnece,
ninguna tan hermosa hallaremos.
Más que todas, Vergüenza bien parece,
y es cosa que de usar della debemos,
pues tanto á todo estado pertenece.
Donde más resplandece
es en mujeres, que si la echan fuera,
tarde ó nunca jamás se recupera.
Más es que ornato y vestidura honrosa
en los miembros, la gracia y compostura
del rostro de la dama vergonzosa.
Y más que la perfecta hermosura,
es de estimar la que, antes que hermosa,
ser en todo honestísima procura,
que no habrá criatura
en sólo el rostro, tan horrible y fea,
que mas la desvergüenza no lo sea.
Los padres flojos y desordenados

(que deben ser en esto muy celosos)
no corrigen sus hijos mal criados,
hácenlos deshonestos y viciosos
teniéndolos pequeños regalados,
mostrándoseles mansos y amorosos.
Cuando son virtuosos,
bien es que el padre al hijo bien lo quiera;
pero no que él lo entienda por de fuera.
Presto se hace un lazo y atadura
de la mimbre delgada, siendo tierna,
y con dificultad estando dura.
Así podrá la correción paterna
domar al hijo tierno con cordura,
que al grande con trabajo se gobierna.
Puesto que hay pena eterna,
á cualquier padre, aunque más justo fuese,
si por su culpa el hijo se perdiese.
Así como los árboles plantamos
para que nos den frutas tan sabrosas,
el fruto en los pequeños infundamos.
Y qual las hierbas malas y dañosas
dentre las sementeras escardamos,
para que puedan sernos provechosas;
con fuerzas más copiosas
se deben los viciosas aficiones
arrancar de los tiernos corazones,
que la Vergüenza, para bien guardarse
en hombres y mujeres dondequiera,
conviene cuando niños comenzarse.

Y aunque de esto es dotrina medianera,
es forzoso á los padres recatarse
con tino de sus hijos, de manera
que, pesada ó ligera,
delante dellos nunca hagan cosa
desvergonzada, vil ó escandalosa.
Vida de padres, amos y prelados,
es como el sello, dicen los Doctores,
y blanda cera hijos y criados;
porque suelen seguir á sus mayores
como tras de los mansos los ganados,
en la virtud, y más en los errores.
Cualquier que á sus menores
con vicio y desvergüenza escandaliza,
su merecido infierno profetiza.
Antes se doman toros y leones
que un corazón ya en vicios viejo y lerdo,
por hábito sujeto á sus pasiones.
Pero, cuando hay temor, tienen acuerdo
los nuevos apetitos y aficiones,
pues aun el loco con la pena es cuerdo.
Si fuere el padre izquierdo
en soltar en el vicio al mozo rienda,
difícil le será después la enmienda,
que azotes sin haberlos merecido,
son al mochacho á veces provechosos,
más que el regalo ni que el buen vestido.
Temor hace templados, vergonzosos,
y aunque el hijo merezca ser querido,

la diciplina enseña á virtuosos.
Los padres piadosos
que no doman sus potros, se aparejen
á que si los arrastran no se quejen.
Atrevida canción, si no has podido
alcanzar, sin gran falta,
á una empresa tan alta,
saldré desta Academia tan corrido,
que Templanza y Vergüenza destemplado,
me dejen desde hoy más y avergonzado.

Dieron muestra los académicos de haber gustado mucho de los versos españoles, porque ultra de que todo lo nuevo aplace, el no entender la lengua, y mucho menos los conceptos della, con sólo las cadencias de los consonantes, les parecería alguna cosa buena, cuando ya no lo hubieran dicho por buen comedimiento y por respecto del Cardenal y del Obispo, que estaban presentes.

El justo no ha de codiciar de andar en las lenguas de los hombres, porque engañan con vanos loores al loco amador de la gloria temporal. Vana es la alegría que no se funda en segura y limpia conciencia. Como se prueba el oro en el fuego, así es probado el hombre en la boca del que lo alaba. El oro queda en el crisol apurado, y lo que no es oro se convierte en humo. Así la virtud, pasada por el crisol de la alabanza, si es falsa, consúmese y acábase. Pero si es verdadera virtud, crece siendo

loada. Quien desea la alabanza de los hombres, no tiene la verdadera virtud. El que se ensalza en los loores humanos, no es virtuoso. Los de Babilonia, cuando oían la música, adoraban la estatua de Nabucodonosor, como hacen muchos que, en oyendo las alabanzas humanas, adoran la estatua del vicio. El maná que guardaban los israelitas para alguno de los días de entre semana, el siguiente día lo hallaban comido de gusanos. Pero si lo guardaban para el sábado, estaba sano y bueno. Entiéndese por estos días de entre semana, el tiempo de la vida presente. Todas las obras que se hacen en esta vida por ser alabados de los hombres, se pierden y corrompen; pero las que se hacen guardándolas para el descanso de la fiesta de la gloria, allá parecerán buenas y recibirán su galardón. Guardémoslas para el sábado de la bienaventuranza eterna, que las que dan los hombres desvanecen y no son de sustancia.



AVENTURA XXX

Renuncia el Venturoso su priorato; vuelve á Roma, alcanza licencia para fundar un monasterio en España, y vuelto á ella padece muchos trabajos.



A obediencia de Abraham es alabada en la Sacra Escritura; porque habiéndole Dios prometido que descenderían muchos pueblos de su hijo Isaac, mandándole sacrificarlo, contradecía á lo que prometió. Pudiera decir Abraham: Que mirase lo que mandaba, pues era contra lo que había dicho antes. Calló y obedeció, dejándolo todo á la Divina Providencia; porque el buen obediente, aunque parezca desatino lo que manda el Prelado, no siendo pecado, ha de callar y obedecer, cautivando su entendimiento y atándolo con el del Prelado. Temor grande tenía el Caballero prior á su familia por ser de contraria nación y costumbres, y juntamente deseo de su Patria, viéndose ya colocado en la dignidad sacerdotal que tanto había deseado, esperado y padecido trabajos por ella, y parecíale viviría muy consolado en su

reino con el mismo oficio criando nuevas plantas en la viña del Señor. Pero es notable engaño buscar consolación sino adonde Dios está; y Él no está sino en el corazón del obediente. El buen obediente, donde quiera que vaya, irá consolado, porque lleva á Dios consigo venciendo á su propria voluntad, que le hace guerra, como dice el sabio. El varón obediente alcanzará victoria. El Cardenal Protector que por la conservación de aquella parrochia deseaba tener allí al Venturoso (á lo menos un trienio), cuando supo que quería renunciar su oficio, escrebíale y blandamente lo exhortaba á perseverar, pudiendo mandárselo como superior inmediato al Papa. Con todo esto se le representaba al nuevo Prior cada día delante la imaginación. Que ponerse un hombre solo con su espada en una calle á detener el paso á todo un ejército de enemigos armados y á caballo, parece temeridad, pues está cierto el atropellarlo y aun hacerlo pedazos. Que siempre vemos (y más en nuestros miserables tiempos), que la mayor parte de la cristiandad tiene la parcialidad de los vicios, y muy pocos tiene de su parte la virtud. De que resulta ser odioso, abominado, perseguido y aun violentamente muerto, el que trata de reformar vicios, ultra de que siempre la envidia persigue á las virtudes, según San Jerónimo. Pero aquí entra el ayuda de costa, y salvoconducto que el Rey del cielo suele dar á sus caballeros; como se ve en el nuestro, que podía decir con el Profeta: En esto conozco, Señor,

que me quieres bien; porque no has dejado á mis enemigos que se gocen de haberse vengado de mí. Y adelante dice: Salvástenos de los que nos afligían, y á los que nos odiaban confundiste. Así al Venturoso toda su vida lo llevaba Nuestro Señor por la estrecha vereda de las tribulaciones, permitiendo que con ellas padezca, pero que no perezca. Con cartas del Cardenal Gobernador, su dicípulo (ya maestro en la lengua española), alcanzó violentamente del Protector Cardenal que aceptase la renunciación de la prelacía y enviase prior nuevo. Venido que fué, dióle cuenta del recibo y gasto, y dejándolo en posesión, llevando cartas del Cardenal y Obispo, de recomendación, partió la vuelta de Roma. Llegando á la ciudad de Follino, domingo de Ramos, y visitando al Obispo della, le hizo quedar hasta pasada la Pascua, ayudando á confesar sus ovejas en el monasterio de Santo Domingo, donde hizo mucho provecho, y el Obispo le dió cuatro escudos para su camino.

Entró en Roma, y visitando al Cardenal Protector, que solía serle devoto y amigo, lo recibió como un león indignado, tratándolo ásperamente de palabra, llamándole inobediente á los mandatos del Pontífice, y fué de manera que no osó el pobre Caballero responder ni excusarse en nada, ni dar las cartas que llevaba. Quitósele delante, que era muy colérico, y pasados algunos días, é informado de su secretario, que le era pasado el enojo, procuran-

do hacerse culpado y valerse de la misericordia que hasta allí había usado con él, con el mismo secretario, que era español, le envió estos

TERCETOS

Cárdeno sol, que á vuestra sombra estuve
gozando el resplandor de un fértil año,
que ahora anubla una pequeña nube.
Intima caridad, amor tamaño,
entrañas pías, santidad, nobleza,
natural inclinado al noble extraño.
No ensangrentéis la lanza en mi flaqueza,
no haya más, sino sed con un rendido,
tan cumplido en perdón como en grandeza.
Quien en tan alto estado os ha subido,
os obliga á imitarle en ser clemente
con quien se ha de su yerro arrepentido.
Dar purgas peligrosas á un doliente
quitan la fama al médico ó cirujiano,
mas la cura de ensalmo es excelente.
El corazón del rústico villano
con sujeción y con temor se oprime,
y da á palos el fruto tarde y vano.
Pero el noble que el yerro llora y gime,
si le dan por castigos beneficios,
es darle aliento con que al bien se anime.
Sujeta esta nuestra alma á muchos vicios,

y propio es el caer al hombre en ellos
aunque viva en loables ejercicios.
Y poniéndose bien á conocellos,
con especial auxilio es levantado
á poder dominallos y vencellos.
Ciego y muerto quedó Sansón sagrado
por falta de cabellos; y por sobras,
el Príncipe Absalon alanceado.
Si mis tribulaciones y zozobras,
deseos buenos y altos pensamientos,
al fin de su preñez paren las obras,
No serán en arena los cimientos,
ni la semilla santa está perdida,
si produce adelante fruto á cientos.
Si por inobediencia y mala vida
nos diese Dios castigos cada día,
fuera riguridad poco sufrida.
Justicia sin clemencia es tiranía,
clemencia sin justicia es ignorancia,
y juntas las da Dios al alma pía.
A todo estado obliga la observancia
en aquel instituto que profesa
de mayor perfeción por más ganancia.
Tiempo vendrá que pese al que no pesa
con mansueto ánimo y sencillo
el bien eterno desta santa empresa.
No es dado á mí el pensallo ni decillo
que tengo que llorar mis propios males,
más seráme gran mérito el sufrillo.

Pues las veces tenéis pontificales,
concededme perdón é indulgencia
como da Dios á penas cordiales.
La contrición es digna penitencia
y siendo aquesta en calidad muy grande,
merece ser tan grande la clemencia.
Mi blando corazón pide se ablande
conmigo el vuestro, blando para todos,
y estoy pronto á cumplir cuanto me mande.
Conozco mis pecados, sucios lodos,
dignos del infernal fuego infinito,
donde se dan tormentos por mil modos.
Pero entre Dios y un pecador contrito
no hay dilación, ni medio, que no niega
su perdón general, santo y bendito.
Aqueste humilde siervo vuestro os ruega
volváis en gracia indignación y saña,
porque si á ser tan Venturoso llega,
llegará salvo desde Roma á España.

Mucho se aplacó el Cardenal con los tercetos que entre él y el Venturoso fueron terceros en hacer las amistades; que un hacerse el hombre en todo culpado, confesando sus yerros, aunque parezca no tener culpa, es acto de humildad y mortificación tan fuerte, que mueve á misericordia al más cruel. Alcanzóle el Cardenal licencia y él la confirmó, para que él hiciese un monasterio de su hábito militar en los reinos de España á su elec-

ción. Juntó muchas reliquias, *Agnus Deyes* y cuadros, y partió á Nápoles; llegando á ella halló que estaba de camino para España la Visorreina, la cual mandó embarcar al Caballero con algunos compañeros en su misma galera capitana, y dar cada día ración y á él la mesa del Capitán, haciendo su jornada con felice navegación.

Desembarcó el Venturoso en Cartagena, y llegando á la ciudad de Baza, reino de Granada, supo que toda la provincia del Andalucía estaba apestada y aquella ciudad sana. Procuró hacer en ella su fundación, y no lo consintieron las otras religiones, tardando en esto más de dos meses, posando en casa de amigos suyos, los más honrados del pueblo, que á ello ayudaban. Tuvo noticia que una villa de mil y quinientos vecinos, nueve leguas de Sansueña, era libre de pestilencia en toda aquella comarca; fuese á ella, aunque no le dejaron entrar, que se guardaban con mucho rigor. Salían al campo algunos parientes cercanos del Caballero, que en ella vivían, y con regocijo, mezclado con lágrimas, le traían comida y cena á una huerta, hasta que al segundo día alcanzaron del Gobernador que entrase. Pasados algunos días, granjeadas las voluntades del Gobernador, de los religiosos de dos monasterios que allí había y de los clérigos, mejoróse Sansueña y partió á ella el fundador, presentó sus recaudos, y examinóse ante el ordinario y diéronle licencia de administrar Sacramentos.

A 20 de Agosto de *1602*, vuelto á la dicha villa, fundó su convento en una iglesia yerma, llamada San Joan, con cuatro compañeros. Reparóse la casa lo mejor que se pudo. Había dos años que su Majestad (por justos respetos), puso una premática que en los reinos de Castilla no se pudiese fundar convento de ninguna religión, que primero no tuviese quinientos ducados de renta perpetua; y así fué fuerza que se procurase licencia del Rey y no pasar más adelante, ni se puso Sacramento, y estaban como ermitaños en una ermita. Comenzó á concurrir gente de todos estados á oir los sermones del Caballero, á frecuentar con él confesiones, y por el consiguiente alteración y sentimiento en el clero de la Iglesia principal del pueblo significando que perdían tanto pie de altar como parrochianos les faltaban; que es la ordinaria tentación en la gente eclesiástica, de codicia, si no están muy en los estribos de la caridad. Como enseña el glorioso Doctor San Agustín. El disminuir la codicia (que es el amor desordenado de las cosas temporales) es sustentar y hacer crecer la caridad y amor de Dios. Y el quitar del todo la codicia, es ya tener del todo perfecta caridad. Por tanto, el que quiere criar y acrecentar en su alma el amor de Dios, trabaje de disminuir las codicias.

Esta señora, con su hermana la invidia, como vientos contrarios en alta mar, comenzaban á batir con olas de persecuciones la navecilla del pobre

fundador, á quien ya tenían sus temores puesto (como entre las dos islas de Caribdis y Scilla). Si quería partir á la corte por la licencia del Rey, amenazábale que en haciendo ausencia, les quitarían los clérigos la iglesia á sus compañeros. Si se estaba quedo, no pasaba adelante su fundación, perdía tiempo y dejaba de buscar otro sitio más pacífico. Pero Dios, que le quería mortificar su demasiado celo, ó que era otra su voluntad, cuando estaba determinado á ponerse en camino, le dió un dolor de costado dilatado en todo el cuerpo. Atendió á su enfermedad un caballero de aquel lugar, muy devoto suyo, sirviéndole de enfermero y regalándolo. El cual, piadosamente defendió á los médicos el sangrallo, temiendo ser resfriado, y juntamente por ser ya de edad y flaco. Duróle seis días continua calentura día y noche, juzgaron los médicos ser mortal, y dábanle culpa al caballero enfermero, diciendo que por no haberle dejado sangrar, se les moría entre manos.

Puso el enfermo fundador los fundamentos de su conciencia en su confesor y el ánima en manos de Dios. Y El que es verdadero médico, y sus medicinas son tribulaciones y angustias; pero tras de la llagada la medicina, proveyó impensadamente con la tos continua que el mal trae consigo, arrancase el enfermo del pecho cuajarones de sangre, escupiendo más de dos escudillas cada día. Con esta evacuación, supliendo naturaleza lo que por el arte

de la medicina hizo falta, al seteno día, que es el primer término, y el último que dieron á su vida, se le quitó la calentura, y fué mejorando y comenzando á gustar de la comida, que en los seis días ni aun pistos ni almendradas pasaba, tendido siempre de espaldas. Como se vido fuera de peligro, y que cada día iba convaleciendo, deseoso de celebrar al décimo día, y cuarto de su mejoría, se levantó, y puesto en el altar un domingo, viendo la iglesia llena de hijos de penitencia y congregantes en sus buenos ejercicios, impensadamente les hizo una plática espiritual de media hora. Con la flaqueza y trabajo que en ella puso, en el primer momento de la misa le dió un gran desmayo, de modo que si los acólitos no le tuvieran, cayera en tierra. Echáronle agua en la cara y volvió en sí. Acabó de decir su misa, con muchos avisos y sentimientos de todos de haber dicho misa ni predicado hasta estar del todo sano. Y así lo forzaron á guardar esto muchos días la gente más principal de la villa, haciéndole tantos regalos, que en breve tiempo cobró entera salud. Había entre estos, sus devotos, un hidalgo que andaba muy distraído por una mujer de mala fama, y aunque lo había corregido algunas veces, no se enmendaba. Era poeta, y así el Venturoso, para tocarle por todas partes y moverle á la enmienda, le envió estas

DÉCIMAS

Señor y devoto mío:
en el ánima he sentido
veros andar distraído
en un tan gran desvarío.
¿A qué ese amoroso brío
por cosa tan vil y leve?
Alzadlo de pundonor,
que puesto en Dios tanto amor,
pagara lo que le debe
la criatura á su Criador.

Abrid ya los ojos ciegos,
veréis vuestra hidalguía
vuelta oprobio y villanía
entre lujurias y juegos.
Muévaos mi consejo y ruegos
para no perderos más,
haciéndoos mal á vos mismo;
pues con duro barbarismo
sois mártir de Satanás,
y cristiano por batismo.

Y si cuenta no tenéis
de Dios que las culpas cuenta,
cuando caigáis en la cuenta,
castigo sin cuento habréis,
Y si el buen tiempo perdéis
á la primera dolencia,

podrá ser que el Juez eterno,
viendo vuestro mal gobierno,
faltándoos la penitencia
os dará la del infierno.
Dios, que me mueve á hablar
y á avisaros de ese engaño,
os sane de mal tamaño
que él sólo basta á saciar.
Fácil le es al mozo amar,
mas no es lícito tal nombre
de escándalo y mal querer,
ni puedo compadecer
que se pierda un ser de un hombre
por amor de una mujer.
Perdonad mi atrevimiento,
que siendo á mi prosa adverso
me forzó á que os diga en verso
los males que de vos siento.
Y esta petición presento
al tribunal de amicicia,
que si cerráis los oídos
pido, con llanto y gemidos,
á Dios y al tiempo justicia,
que es quien cura á los perdidos.

Fué nuestro señor servido que hiciesen estos versos más fruto en el descuidado mozo, que muchas amonestaciones y ruegos hasta allí hechos. Pues luego hizo una confesión general, y habién-

dose averiguado que lo tenía enhechizado la mezquina mujer, fué castigada y desterrada del pueblo, con que él quedó muy enmendado, y vivió ejemplarmente de allí adelante.

Con esta ayuda de costa partió el Venturoso á la corte, con un mozo de á pie, buscado para el mismo efecto, á quien había comprado espada y zapatos, y á la primera jornada se quedó escondido entre unos árboles, como prodigio ó señal con que era amenazado el fundador de los trabajos grandes que le esperaban. Llegando á Sierra Morena, en un bosque cerca del pueblo, donde iba á dormir, le anocheció, y entre dos luces vido venir al camino un poco apartados, cuatro salteadores con sus ballestas y espadas, como que bajaban á encontrallo. El Caballero ermitaño pidió á su capitán Christo socorro (que su figura de bronce, de un palmo, la llevaba siempre en medio el pecho) y él no tardó (como solía) de ponerle en la memoria esta cautela. Sacó luego un terciado que traía con una vaina vieja datilada; aprestó un buen rocín en que iba, y alzando el terciado á la cara, asestándolo á los salteadores, como que fuese pistola larga, les dijo: No paséis de ahí, que mataré al delantero. Puso Dios luego en ellos gran temor, y respondieron: No dispare, padre mío, que somos unos pobres caminantes, que perdimos el camino en este monte, y salimos á buscarlo. Pase en buen hora, que aquí nos quedaremos. El Venturoso dió de las espuelas

al rocín, y volaba más que corría, y con el favor divino y buena industria, escapó deste peligro. Llegó á la corte, dió las cartas que llevaba de recomendación, visitó sus parientes y amigos, ministros del Rey, habló á Su Majestad, y por estar de camino para ir á Valencia, á Cortes, fuéle siguiendo, arrimado á un privado, casado con una gran señora del Venturoso. Compró para este viaje una mula de un médico, regalada, de gran cuerpo y presencia; pero como usada á las visitas de enfermos, puesta en camino descubrió algunas dolencias, que no supo sanar su amo, que son éstas: No se dejaba ensillar, ni herrar, sino es con consulta de médicos, que le aplicaban algunos sudores del agua del palo. Si le ponían en el pesebre heno, paja ó cebada, daba luego saltos, y rompía el cabestro ó cadena, de miedo del harnero ó criba en que le daban de comer; que para tener paz con ella, lo habían de llevar en el cabo de la capa. Si veía el freno, cuando se lo iban á echar, jugaba de dientes, y se empinaba, anhelando á cosas más altas. Era tentada por cosas blandas, y cuantas veces hallaba por el camino arena, aunque fuese delante el rey, se hincaba en ella de rodillas, sin devoción alguna, y trataba de revolcarse. Hacíalo tan presto y tan de ordinario, que los pajes del rey y otros cortesanos, gustosos de tales gracias, se le acercaban, con mucha desgracia y desgusto del que junto con ella caía en las mismas faltas, no

menos peligrosas para el ermitaño que ridículas á los de palacio. Lastimado el que iba en ella en el honor y en cuarenta escudos y su rocín que le había costado, consolábase con pensar que si siete veces al día cae el justo, porque á todas se levanta, más justo era que cayera él 70, pues no miró y probó primero lo que compraba, porque no le engañara la metafísica del médico.

Entraron en Valencia, y un día, yendo el Caballero en su mula por una calle, se cayó encima dellos un cantón de una pared; acudió mucha gente, y sacaron al desventurado, que hasta las paredes le daban á merecer. No se le halló herida alguna, ni rotura de miembro, ni á la mula; sólo un molimiento de cuerpo y brazos, que llevándolo en una silla á su posada, estuvo veinte y cinco días en la cama, sin menearse de espaldas, sin usar de sus manos y pies, con terribles y continuos dolores; sin güeso lastimado, de todos ellos se sentía, como si lo estuvieran. En esta ocasión, el privado contó á Su Majestad la desgracia, y movió á enviarle algunas confituras y ayudas de costa, y que fuese despachado como deseaba. Acabadas las Cortes, y volviéndose, ya sano, con el rey á Valladolid, hizo la mula de las suyas, que como era Enero, y con muchas aguas, faltaban arenas en que revolcarse y sobraban atolladeros y charcos, aunque no era aficionada á estas humedades.

En conclusión: como era de edad madura, criada

en regalo, puesta en largo camino, mucho trabajo, cargada de portamanteo, y con aguas y lodos, echóse con la carga, y no como antes, sino en la mitad de la jornada se quedó su dueño sin nada. Dejóla en una ciudad á un conocido. Castigó Dios el haberlo engañado con ella, que si médico hizo el daño, á los médicos del rey fué el Caballero encomendado, que lo llevaron en su coche todo el camino que faltaba. Vuelto á la corte, alcanzó licencias del rey y Nuncio apostólico como deseaba. Muy confiado y contento va el Caballero fundador en mula alquilada, no acordándose que fué engañado en la que compró y que cayó con ella muchas veces, y al fin la perdió. Erró Natan respondiendo á David, sin deliberación, aconsejándole que edificase templo, sin consultarlo primero con Dios. No debemos creernos de ligero, porque el que presto cree, liviano es de corazón. El sabio nos aconseja no movernos á todo viento, y andar todos los caminos. Y el apóstol avisa: Andad con cautela, no como insipientes, sino como sabios y prudentes; porque no caigáis en peligro. Seso quiere Dios, y madureza en los servicios que le hacemos. Aunque el manjar sea bueno, no se puede comer si no va bien guisado. No recibe Dios nuestros servicios si no van sazonados con la sal de la buena consideración y prudencia. Así, no es maravilla que algunos buenos deseos no lleguen á su debida eje cución.

AVENTURA XXXI

Parte el Caballero de la corte con licencias para su fundación, y padece por ella grandes desventuras y persecuciones.



INGUNA pestilencia hallo más dañosa (dice San Bernardo) que el enemigo familiar, que aborreciendo á uno interiormente, se le finge amigo. Y en otro lugar pondera estas amistades del mundo, el sabio, por estas palabras: Humíllase fingidamente, y sus entrañas son llenas de engaño. No se debe el hombre fiar de nadie, porque hay personas que, como Joab, si dándoles crédito se ponen en sus manos, con el beso y salutación de paz, quitan la vida, como á otro Amasías. Parte de Valladolid el ermitaño Caballero, y en una ciudad, diez y ocho leguas de la villa donde había comenzado su fundación, un provincial de cierta religión, amigo suyo, le hospedó en su monasterio, regalándole diez ó doce días en una celda junto á la suya. Bajando una mañana á decir misa, en la escalera del dormitorio, subía un religioso, y estando en lo alto, dijo: Vete de aquí, pobre, que te arman celada que te cueste caro. Notó el ermitaño este dicho; pero creyó que

hablaba con otro. Aunque Dios con esto le avisaba huyese el peligro; mas como aquel Prelado había de dar su consentimiento para la fundación, por tener en el pueblo monasterio de su orden, esperaba el beneplácito suyo.

Un día, yendo á salir de su celda el Caballero más que desventurado, hallóla cerrada, que de noche, mientras dormía, le habían echado un calnado con alhelgas de tornillos á la puerta por de fuera, y á medio día entraron á cerrar con clavos la ventana que salía á la calle. Preguntó á los religiosos: ¿Por orden de quién y por qué causa le trataban así? No sabemos más de que esto nos manda nuestro provincial. Aquí mostró Dios á su siervo cuánto le quedaba de padecer por su amor, como se verá, en esta prisión injusta. Esto sucedió á fin de Junio, año 1604, abrasando la tierra de un calor grandísimo; la celda en que estaba, pequeña y en cuarto alto, sin ventana ni respiradero por donde entrase luz ni aire; la tierra la más cálida de España, y era tanto, que le obligaba al Caballero á desnudarse en camisa, y regando el suelo con un pequeño jarro de agua que le traían, se echaba de pechos en tierra, para poder respirar, que parecía ahogarse. Por secretos juicios de Dios, permitió que en este caso la crueldad humana excedió los límites de la razón. De modo que entre bestias fieras (no habiéndoselo de tragar luego) usaran de menos rigor y más compasión, y sólo el hombre alza de puntos la

inhumanidad. El más cruel, áspero y descomedido de todos tenía el cargo de, una vez al día, á la hora de nona (cuando tenían las puertas del monasterio cerradas), entrar á darle alguna poca de comida, disminuyéndola cada vez, á fin de acabarle la vida. Con cuatro custodios que quedaban de fuera, guardando no se saliese, y escuchando que no le hablase al que estaba dentro con el preso. Duraba el estar allí, mientras tomaba el plato y jarro del agua del día pasado. Que tenían orden de no hablarle, ni escucharle palabra, ni le querían dar confesor porque no tuviese por este camino libertad.

En este purgatorio de calor y tinieblas padecía el ermitaño grandes angustias interiores, que á su parecer excedían á sus fuerzas, y casi milagrosamente no moría ó perdía el juicio. Porque le faltaba totalmente el sueño, que solas tres horas de madrugada, dormitando (con terribles ansias cordiales y sobresaltos) daba á la cabeza un poco de alivio, que bien flaca estaba del poco sustento y continuo llanto. No le daban lumbre para decir sus oras, y por una pequeña junta de las puertas de la ventana, con grandísimo trabajo las decía, con otras muchas devociones. Con esta limitada luz, á imitación de Job, exclamó á Dios con estos

TERCETOS

¿Por qué como á contrario me pusiste,
Señor, donde consumes mis entrañas,

con llanto al cuerpo y hiel al alma triste?
¿Huelgas forjarme en penas tan extrañas
con fuego y agua, como á duro hierro,
para que pierda mis antiguas mañas?
¿No ves me muerden todos como á un perro,
porque cual tal volví á lo vomitado
en mis pecados y pasado yerro?
¿O tiénesme, Señor, atravesado
entre los dientes de tu enojo y ira,
y la ejecutas cuanto has esperado?
¿Soy toro en coso, do quien quiere tira
su caña ó lanza, y me traspasa el pecho,
ó siervo tuyo, estando tú á la mira?
Si de menos que nada tú me has hecho,
y por mí has muerto para rescatarme,
si me confundes, ¿de qué te es provecho?
Bien puedes tú (si quieres) acabarme
y convertirme en polvo, pues soy cieno,
tan fácilmente como remediarme.
De mil angustias y congojas lleno,
guardas mi fe y paciencia por remates,
que te confiesan pío, justo y bueno.
Por eso esperaré en ti, aunque me mates,
porque goce mi alma de tus dones,
libre ya deste mundo de combates.
Las ansias, las angustias, las pasiones,
las calunias, las cárceles, las lictes,
la tiranía y las persecuciones,
tú, Señor, lo consientes y permites,

por bien del alma pero el cuerpo rabia;
como cobarde) porque se lo quites.
  El amor sensual siempre me enlabia
á que te ruegue ceses en tu cura,
mas no lo escuches, sino al alma sabia.
  Médico eterno, purga mi locura
con amargos jaropes por bebida,
aunque reviente el cuerpo de amargura.
  Dame tu gracia, que es salud y vida,
que sin ella la vida no pretendo,
y ella en la pena da gloria cumplida.
  Si meditase en el tormento horrendo
que dan al malo, sufriría yo quieto
cuanto pudiese en vida y padeciendo.
  Mas como soy vicioso é imperfecto,
lo que los santos desearon tanto,
obra en mí su virtud contrario efecto.
  Afija en mí, Señor, tu temor santo,
por aprienda á temblar de lo que digo,
y vuelva en gozo mi femíneo llanto.
  Dame paciencia, porque el enemigo
no coja el fruto que mi alma espera
de tus regalos ó de tu castigo.
  No te me escondas, porque no me muera
de puro miedo, como vil cobarde,
en guerra tan continua, aunque ligera.
  Dejasme solo y mandasme que aguarde,
combatido de infierno y mundo todo,
y aunque te espero y llamo, vienes tarde.

Empineme, y pusísteme del lodo;
si el agua clara de la penitencia
no limpia el alma por divino modo.
Tu castigo y rigor me es gran clemencia
porque me guía por derecha senda
á fundar mi reforma de paciencia.
Y que yo vano y sensual, entienda
que el que sin ti se alzó, tú le humillaste,
y á costa suya procuró su enmienda.
Medicinas contrarias me aplicaste
en la honra que busco, mas me infamo,
y en cuanto me engrandezco, me apocaste.
Haces que me aborrezca lo que amo;
si busco rosas, vuélvenseme espinas,
y callas tú y tus santos cuando os llamo.
Pónesme en duda si me predestinas
con dones ó castigos de tus manos,
ó si como á precito me abominas.
Porque sí fué Josef de sus hermanos
metido en la sisterna, no fué un día,
que luego lo vendieron á gitanos.
Si encarcelado fué, ya presidía
con llaves de la cárcel, y mandaba
con puesto honrado que el lugar pedía.
Con lo que su prisión sobrellevaba,
y un santo tal se encomendó á un copero,
como que en Faraón sólo esperaba.
Mas yo, mezquino, emparedado muero
sin tener culpa, ni aun hacerme cargo,

que es caso contra ley, horrendo y fiero.
Y siendo tú el juez tan sin embargo,
comer, dormir, consuelo y luz me quitas,
habiendo sido en perdonarme largo.
Doite mil gracias porque me ejercitas
como á tu venturoso Caballero,
y haciéndote alabanzas infinitas,
moriré sin saber por lo que muero.

SONETO

Campal guerra y naval, fortuna y vientos,
olas espesas, vuelcos y encontrones,
borrasca obscura, balas y cañones,
enemigos sin número sangrientos;
Miedos, ansias, peligros y tormentos,
angustias, sequedad, tribulaciones,
persecución, oprobrios, vejaciones,
miserias, hambres, sed y descontentos;
Más pasa el buen soldado que desea
riqueza y honra de inmortal memoria,
y cobra esfuerzo, aunque su muerte vea.
Porque no dan corona de victoria,
sino al que hasta el fin siempre pelea,
que entonces es cuando se alcanza gloria.
Pues la culpa es notoria,
pagándose la pena acá en la tierra,
resulta eterna paz de tanta guerra.

A los cuarenta días se comenzó á serenar el alma del afligido Caballero, de modo que lloraba menos y gozaba más de las misericordias divinas, con algunos modos de luz interior, con nuevos deseos de padecer mucho más por amor de Dios. Despertóse en la oración mental, y fuéle haciendo en ella Nuestro Señor más mercedes que hasta allí. Algunas veces, cerrados los ojos, con los del entendimiento le parecía ver algunas lumbres de un extraordinario resplandor, que le daban gran consuelo. Pero abriendo los ojos corporales no veía más que sus tinieblas ordinarias. Entre duerme y vela se le representaron muy al vivo y con inteligencia las cosas más esenciales que adelante le sucedieron. En aquella ciudad tenía el Caballero amigos que lo buscaban, y no sabían sus trabajos ni qué hubiese sido dél.

La mayor señal en que se conoce ser el hombre justo y bueno, es en recebir con igualdad de corazón las tribulaciones y adversidades. El verdadero amor está en el profundo de las virtudes, y manifiéstase en las adversidades. Bien sabía el ermitaño afligido cómo aconseja San Pablo: No des mal por mal; mas vence con el bien el mal. Comenzó á hacer oración por sus persiguidores. Con todo, fué Dios servido, que duró su prisión tres meses y diez días, que fueron ciento y dos. Cansado el Prelado de atormentarlo, y desengañado de que Dios lo guardaba dél, día del glorioso doctor San Jeróni-

mo, á las diez de la noche, con la clara luna, quitándole cuanto tenía y haciendo en él las crueldades que quisieron, con sola la túnica interior lo arrojaron en la calle como á perro muerto. Alzó los ojos al cielo el Venturoso, que tanto tiempo había carecido de su alegre vista, y se paró un rato suspenso á gozar de su hermosura y variedad de estrellas. Luego atravesó gran parte de la ciudad, librándole Dios de ser encontrado de la justicia que suele rondar, porque le podían prender por delincuente en el modo que iba.

El religioso, que era sacristán mayor, al tiempo que lo sacaba á la calle, mostrando sentimiento de su trabajo, le dió cuatro reales para socorro de aquella noche, y le dijo: Que en el tiempo que estuvo en la corte se dieron memoriales al Rey y al Nuncio Apostólico contra el dicho Provincial y sus amigos, pidiendo visita para remediar delitos graves. Y que no supieron quién los dió, y muchos sospecharon que el Caballero había sido; y por esta causa le habían tomado tanta indignación y querido matar por aquella vía, habiendo sido cosa que él no sabía ni la había pensado.

Llegó aquella noche el Venturoso en casa un amigo suyo, de oficio principal en la ciudad, que tenía á cargo la Alcázar Real, y entróse sin encontrar á nadie hasta la sala, adonde estaba cenando con su mujer y hijos. Como de repente lo vieron, poniendo los ojos en él, que estaba tan lleno de

barba y cabello cuan vacío de ropa, á mala pena le conocían. Pero diciéndoles quién era, suspensos un gran rato, sin comer más bocado, se miraban unos á otros con lágrimas de compasión y dolor. Sentóse á la mesa y contóles en summa sus trabajos y tribulaciones, que les fueron de mucha pena. Cenó con ellos, y hospedáronlo como si fuera en casa propia.

Otro día llamaron un ropero que tenía vestidos de Clérigo hechos, y en un hora le vistieron honradamente. Tomó la pluma el Caballero (conjeturando de dónde habían resultado sus males, y la ocasión porque Dios había permitido tan gran castigo, siendo inocente del cargo que le hacían), y escribió su confesión en esta

LETRA

Por entre justos intentos
mis engaños me trujeron,
do ciertos mis daños fueron
y inciertos mis pensamientos.

GLOSA

El gran fervor indiscreto
y vanagloria mujer,
con celo de merecer,
engendraron un muleto
que fué el Propio parecer.

Nacido creció en alientos
con ventosos alimentos,
y en él por faltas y sobras
corrí hasta injustas obras
por entre justos intentos.
Fué el camino muy prolijo
y á la jineta el pasallo;
pero no supe acaballo
por la razón que se dijo:
no hay hombre cuerdo á caballo.
Apeáronme y prendieron
(cual loco), y pena me dieron,
con que, purgándome Cristo,
á un gran desengaño visto
mis engaños me trujeron.
Volé con alas de cera,
de fuzia y reputación,
á humildad y abnegación;
mas quemándolas su esfera,
caí al mar de confusión.
Y aunque anegarme pudieron
sus olas, no lo hicieron;
porque por desengañarme
sólo quiso el Sol mostrarme
do ciertos mis daños fueron.
No es siempre el pensar saber,
ni en saber hay certidumbre,
si falta divina lumbre
para el justo proceder

hasta llegar á la cumbre.
Esta luz y documentos
me dió Dios en mis tormentos;
tan cierta, que yendo errado
fué el bien cierto no pensado
y inciertos mis pensamientos.

Dice San Joan Climaco: «Trabaja por conocer la cantidad y los grados de cada uno de los vicios y virtudes que hay en ti, para que así puedas conjeturar mejor la manera de tu aprovechamiento.» Junto con la persecución que había tenido el Caballero, le vino nueva: que la Iglesia en que comenzó su fundación, los Clérigos de la villa, echando della á los compañeros que le esperaban, la cerraron; y como no supieron en tanto tiempo de su fundador, cada uno se fué por su parte. Por tantos toques conoció luego (ayudado de Dios) el Venturoso cómo aquella fundación no era para su santo servicio. Y al momento él se fué á buscar personas religiosas, doctas y espirituales, á los cuales, comunicándoles sus trabajos, les pareció no se tratase más de la fundación, y que luego se diese petición al ordinario de aquella ciudad, pidiendo mandase hacer información de la prisión injusta, y pareciese ante sí el Prelado que la hizo. Dióse la petición y proveyóse de Justicia. Llegó un Notario al Monasterio donde le prendieron al Caballero, y halló que el siguiente día que lo soltaron, al amanecer (temerosos de lo

que habían hecho), se partieron de la ciudad el Provincial, con su compañero Secretario y cuatro difinidores. Hizo el Notario información de esta fuga y del tiempo de la prisión y mal tratamiento, y autorizada de otros tres Notarios públicos de aquella curia Eclesiástica por fe y testimonio, se le dió al Caballero; y con el mismo parecer de sus confesores se presentó en la Corte ante el Rey y el Nuncio apostólico. Aunque es verdad que aconseja el Apóstol, hablando por boca de Cristo, «dejad para mí la venganza, que yo pagaré por vosotros». Y en otro lugar del texto sagrado dice: «Si te vengas de quien te agravió, no terná Dios que castigar.» Fué forzoso el aconsejarle reclamase á la justicia, porque en el tiempo de su prisión, cautelosamente se habían sus contrarios apoderado de todos los libros y muebles del Caballero, de modo que perdía trabajos de muchos años, recaudos y papeles, sin los cuales no podía vivir entre gentes, ultra de haber cosas de mucho valor. Y así, no fué su intención enderezada á otro fin que recuperar sus bienes y perdonar sus males. Que ya le era notorio el aviso del Apóstol: Todos los que quieren vivir en Cristo, padecen persecución. Los árboles malos que no dan fruto, no son vareados ni apedreados; pero al fin son cortados y echados en el fuego, como lo dijo el Salvador de aquella higuera seca. Al revés desto acontece á los buenos árboles, que aunque sean sacudidos y maltratados por coger la

fruta, no son quemados ni destruídos. Christo dice á sus amigos: «Si á mí persiguieron, también persiguirán á vosotros.» El descanso que alcanzaron los que padecieron por Dios sufriendo grandes persecuciones, no será dado al que ha gastado la vida en pasatiempo y vengando sus injurias. El médico da licencia que haga lo que quisiere al enfermo de quien desconfía, lo cual no permite con el que espera sanar. Clara está la condenación del que todo le sucede á su sabor y hace su voluntad en todas las cosas. Como se reciben con paciencia las sangrías y purgas para alcanzar la salud corporal, razón es que alegremente se tomen las persecuciones por alcanzar la salud del ánima. San Pablo, con ser arrebatado al tercer cielo y haber recebido grandes mercedes de Dios y muchas consolaciones espirituales, no se gloriaba sino en sus enfermedades y persecuciones.



AVENTURA XXXII

Vuelve otra vez el Caballero á la Corte; quéjase al Rey y al Nuncio Apostólico; restitúyenle sus bienes; perdona sus agravios á todos, quédase allí en obras pías.



LA contemplación de los juicios secretos de Dios, viste de temor y temblor, y esto trae al que lo contempla á entrar en el principio de la sabiduría, según San Bernardo. Que el hombre hecho de barro no es digno de escudriñar los juicios de Dios. Sólo nos toca afirmar con el Real Profeta: «Justo es el Señor y su juicio es recto.» La fundación del Monasterio que hacía el Venturoso, había sido antes consultada con personas doctas y de grande espíritu, á los cuales había parecido ser servicio de Dios. Las licencias eran buenas y suficientes, sin daño ni perjuicio de nadie, antes en provecho notable de muchas ánimas. Y con todo esto permitió Nuestro Señor que le levantasen falso testimonio al Fundador y que fuese arrojada por tierra su fundación.

Partió á la Corte el lastimado y ofendido Caballero, solo, en un rocín, y muy acompañado de

muy tiernas y fervorosas exclamaciones y coloquios con Dios, entre las cuales iba recitando la siguiente

LETRA

Paciencia, si en remediarme
tanto tiempo os detenéis;
podrá ser, cuando acordéis
á remediarme, llorarme.

GLOSA

Si paciencia es guarnecida
de paz y ciencia tan alta,
ciencia sin duda me falta,
pues no tiene paz mi vida
si no es guerra que la esmalta.
Mas si queréis preguntarme
si sé que para salvarme
vos me aprovecháis, y en qué,
por fuerza os responderé:
Paciencia, si en remediarme.

Que si os tengo yo paciencia
dentro de mi corazón,
me ayudará la oración,
el ayuno y penitencia,
porque sin vos nada son.
Pero si airado me veis
y amansar no me quereis

cierto está que he de perderme
si en venir á socorrerme
tanto tiempo os detenéis.

Basta que juegue mi vida
sin paz ni ciencia y con saña,
con el que á tantos engaña
con tiempo, y en despedida
el juego me ha hecho maña.
Y ahora, pues, que sabéis
que os deseo, no tardéis
de dar á mis culpas medio,
porque hallarme sin remedio
podrá ser cuando acordéis.

Van creciendo en mí los años,
y á su paso el accidente
quejumbroso é impaciente,
y es fuerza crezcan los daños
en un provecho evidente.
Paciencia; veni á ayudarme
á sufrir y á resignarme
en la voluntad de Dios,
no os suceda, al venir vos
á remediarme, llorarme.

Con estos y otros píos coloquios entró el Caballero en la Corte; púsose ante el Rey Filipe III, y díjole: «Ya Vuestra Majestad se acuerda cómo le acompañé en la jornada de Valencia, y volviendo á esta Corte me hizo merced de la licencia para la

fundación de un convento, sin que le obligase tener los quinientos ducados de renta que marca la Premática. Y nunca yo traté de otro negocio, ni di memorial á Vuestra Majestad ni á nadie contra ninguno. Vuelto á poner en ejecución la merced que llevaba, un Provincial de tal orden cautelosamente me ha querido matar; y refiriendo lo que atrás hemos dicho, añidió: «Después de tres meses de aspirísima prisión, me arrojaron afrentosamente en la calle, quitándome más de mil ducados de libros, imágenes, relojes y ornamentos que llevaba para la fundación, diciendo que yo había dado á Vuestra Majestad y al Nuncio Apostólico memoriales contra el Provincial, y de los memoriales y de las culpas que en ellos iban, la primera vez que lo supe fué de su boca de tal Prelado.»

Mostró el Rey compasión y admiración, y pidió memorial; diólo el Caballero, que lo llevaba fundado en derecho. Tomólo Su Majestad y diólo á un ayuda de Cámara, mandándole fuese luego con él al Nuncio á que hiciese justicia. Diéronse luego letras citatorias contra el Provincial, con pena de excomunión mayor y privación de oficio si en término de quince días no parecía personalmente á defenderse, y otras graves penas. Antes de notificarle el buleto citatorio, metiéronse personas graves (de parte del Provincial) de por medio. Volvieron al Caballero cuanto le tomaron, y perdonó las injurias, dejando á Dios la venganza. La cual, en po-

cos días fué tal, que por otras culpas fueron unos afrentosamente depuestos de oficios perpetuos y honrosos, otros desterrados con penitencias, y al cabo el Provincial perseguido y muerto de pena.

A este propósito dice el Profeta: «Salvástenos, Señor, de los que nos afligían, y á los que nos odiaban confundiste. Y la misma verdad pondera en su Evangelio. A los malos el Señor malamente los perderá, y arrendará su viña á otros labradores que le den sus frutos á sus tiempos. Con esta persecución se desbarató la fundación, y fué parecer de los más doctos y espirituales de la Corte quedase el Venturoso en ella sirviendo á Dios en obras pías. Comenzó á ser grato á personas graves; amado de religiosos, que parecía milagro habiéndole perseguido tanto; pero estos que le amaban eran los más famosos en virtud que la Corte tenía ni el Reino. Ayudó á un colegio á hacer una Congregación de Clérigos, en que entraban ya por su buena diligencia en ella Inquisidores, Oidores y personas muy graves, Sacerdotes, y se acudía en ella á las necesidades secretas de la Corte, con mucha puntualidad, con el orden siguiente: Todos los congregantes daban cada sábado la limosna que á cada uno Dios le inspiraba. Los de los consejos, las pascuas hacían aplicar gruesas limosnas de las penas de cámara. Juntábanse cada mes dos congregantes, los más graves (fuera de los Ministros), y pedían á todos los grandes y señores de título, y al mismo

Obispo de Valladolid, que solía ser la mayor limosna. La cabeza desta Congregación era un Prepósito, con cuatro Consultores, un Tesorero, un Secretario y un Examinador de las necesidades secretas, para no ser engañados. El oficio del Prepósito era hacer pláticas, decir Salves y Letanías, y con parecer de los Consultores repartir en los demás congregantes los ejercicios que habían de hacer desde aquel domingo hasta el siguiente; que si había sujectos mudaban otros. Los ejercicios más loables eran: ir tres veces cada semana, de en dos en dos, á visitar los Hospitales, llevando á los enfermos más necesitados refresco de bizcochos y confituras, persuadiendo á señoras principales que llevasen las fiestas solennes comidas enteras para todos los enfermos. Otros iban á las cárceles á solicitar la libertad de los más solos, que por falta desto estaban padeciendo. El Tesorero recebía en su poder todas las limosnas en dinero ó ropa que daban á la Congregación. El Secretario tenía el libro principal de la entrada y nombres de los congregantes, y otro común de todas las limosnas, de quién las hacía y en qué se gastaban, en el cual se sentaban los ejercicios acordados, como dicho es.

A nuestro Caballero tocaba siempre el examinar las necesidades que concurrían, visitando personalmente las casas y tales personas, informándose de los Curas y de los vecinos más cercanos de las personas que pedían ser socorridas. Hechas estas dili-

gencias, proponía por sus memoriales el primer domingo á la Congregación, las calidades de personas y sus urgentes necesidades ya examinadas. Y quedándose á la postre con el Prefeto, consultores y oficiales, ida ya toda la gente, se consultaba al pie de cada memorial la cantidad de limosna que se le podía dar á cada persona, conforme la pusibilidad que entonces tenía la Congregación. Iba el Caballero al Tesorero y recebía las cantidades acordadas, y en el mismo libro dejaba hecha cédula del recibo firmada de su nombre, y él lo iba luego á repartir, solo ó acompañado con otro Congregante.

Pues como los señores de título de la Corte se enterasen del provecho notable desta Santa Congregación en lugar tan necesitado della, para repartir con más seguridad sus tras ordinarias limosnas con mayor merecimiento llamaban al Caballero, y le daban dineros, trigo, vestidos y camas enteras para poner en hospitales, y todo lo entregaba á su Congregación, con cuya orden lo repartía él por su mano.

Asimismo se tenía todo el año, lunes, miércoles y viernes, por ejercicio de juntarse los más espirituales y desocupados á la Ave María en una sala grande con oratorio, y tenían una hora de oración mental, y al fin della diciplina del Salmo de Miserere, con diez ó doce oraciones por las necesidades de la Iglesia, Rey, Príncipes cristianos y de la Re-

pública, á tan buena pausa, que duraba más de media hora. Tenía el cargo de oficiar en esto el Caballero y de hacerles algunas espirituales pláticas, de extirpar vicios y plantar virtudes y frutos de la penitencia. Desta Congregación fué Dios servido, que en un año salieron proveídos muchos á dignidades y Presidencias, como que aun en esta vida les pagaba el Señor parte de la honra que les tenía aparejada para que los demás se animasen á servirle. Y como el demonio es tan sutil en acometer á la gente de letras, tan continuo en perseguir á los que se dan al espíritu, tan cauteloso para engañar á los más sabios y tan fuerte para derribar los más altos cedros del monte Líbano, que si Dios no le coharta las fuerzas, ya nos muestra la experiencia hasta donde abajó á Daniel de su santidad, á Salomón de su sabiduría y á Sansón de sus fuerzas y valentía; el Caballero ponía toda su fuerza en predicarles se guardasen del diablo y de sus dulces y dorados tiros, que son: razón de estado, tener ganada buena opinión y ser de los escogidos en la República en loables ejercicios. Bonísimo es todo esto, pero los actos públicos tienen mucha propriedad con el vidrio, que á soplos se hincha, y después, si no se usa dél con mucho cuidado, se hace pedazos y se pierde la forma buena que tenía.

Dice el Apóstol: «Pruebe cada uno sus obras, y si en sí mismo siente gloria dellas, no serán hechas por otro fin». Y en otro lugar: «Si me fuese necesario

gloriarme de solas mis enfermedades y flaquezas, me gloriaría».

No contento el Venturoso con solos estos ejercicios entraba asimismo algunas veces por las cárceles, sentábase en los Tribunales dellas y defendía las causas de los presos pobres. Unas veces alcanzaba perdón de las partes, otras de moderar las sentencias á los Jueces, otras ayudar á bien morir á los ajusticiados, y muy de ordinario á cuantos estaban en el artículo de la muerte, siendo llamado. De donde resultaba encargarle muchos testamentos, y algunos que no le podían haber en la hora de su muerte, le dejaban encargadas sus ánimas y haciendas, con poderes auténticos para que el Caballero testase por ellos á su voluntad, fiándole el descargo de sus conciencias, con sola una memoria que le dejaban de algunas particulares obligaciones.

Repartía Misas á centenarios por los Monasterios, y su posada era un hormiguero y continuo reparo de pobres y enfermos. En las fiestas del nombre de Jesús, la gloriosa Magdalena, la Degollación de San Joan Batista, y la limpia Conceción de la Madre de Dios, en cada una dellas daba de comer á treinta pobres y les lavaba los pies, estando primero confesados y dádoles el Santísimo Sacramento de su misma mano, y algunas veces se llegaban otros tantos, con quien se repartían los relieves que sobraban, que casi maravillosamente daba Dios

para todo, en comida ó en dineros, que todo salía de la Providencia divina.

Algunas veces (con ayuda del Señor) se arrojaba á las mujeres enamoradas que tenían más fama y hacían más daño en la República, y entrando á verlas en compañía de otro Sacerdote, con mucho fervor de espíritu las persuadía á dejar su mala vida, y algunas metía en Monasterios, otras hacía que las recibiesen señoras viudas recogidas, á otras acudía la Congregación con un tanto al día, hasta que se les buscaban maridos, estando en compañía de alguna beata pobre ó hasta que se remediase. A los dos años que usaba el Caballero estas obras pías, como era ya tan conocido por ellas en la corte, muchas mujeres flacas (aunque de buena parte) estando tan enfermas, que ya estaban dejadas del mundo y de sus amigos, enviábanlo á llamar y se reducían á Dios por confesión general hecha con él, y por no ser largo en esta materia, pongo aquí un desengaño que daba á muchas dellas, como contienen las siguientes:

LIRAS

Nadie en amor se fíe
(digo del sensual libidinoso),
que fingendo se ríe
del fuerte y poderoso,
y prende por engaño al virtuoso.

Es invisible duende
que contra el alma y sus potencias lidia,
y á peso de almas vende
celos, temor, é invidia,
pobreza, enfermedad, torpe vigilia.
Si da un vano contento,
lo mezcla con mil siglos de tristura,
dando pena y tormento,
y al que más dél se cura
lo deja tal, que ya no tiene cura.
Es maliciosa bestia,
que aunque se allega como de burlando,
con dorada modestia,
muerde calla callando,
y va al herido la virtud faltando.
Parece que no mira
con su venda ceñida por los ojos;
pero aunque á ciegas tira,
se lleva por despojos
toda la voluntad dándole enojos.
Dios nos guarde del ciego,
para que no nos ciegue y nos consuma
con el infernal fuego,
y á mí que no presuma
poner en su favor lengua ni pluma.

De los casos más notables que (entre esta pesca de truchas que hacía el Caballero para la mesa del Rey su señor) le sucedieron fué éste: Un personaje

cortesano, mozo soltero, que en una galera y á una mesa habían venido los dos de Nápoles á España, cerca de la Cuaresma se llegó al Venturoso y le dijo: Tengo mucho gusto de la buena fama que le hacen en obras pías, á Dios sea la gloria, pues suyo es todo. Una prima mía muy hermosa, doncella de tierna edad, tengo para casar; querría que me la confesase y hiciese una santa, y la tengo aquí cerca de su posada, en compañía de dos beatas muy espirituales, á cuyo fin les pago casa y doy todo lo necesario porque no me la dejen ver de nadie. Yo le regalaré para que se desocupe (siquiera una vez á la semana) y me la confiese y doctrine. Prometió el Caballero poner sus fuerzas en todo lo que fuese servicio de Dios y del amigo. Fuéle traída otro día la dama á su parroquia, en compañía de las beatas, para que la confesase, y escogieron una capilla muy obscura porque no la viese nadie, aunque Dios bien veía lo que pasaba. Ella, sentada á los pies del Venturoso, dijo: «Padre y señor, yo no tengo para qué confesarme, pues nadie me quiere absolver, aunque este hombre me lleva á muchas partes. Que yo no soy parienta suya, sino una desdichada, hija de nobles padres de tal ciudad, y me sacó doncella un Capitán, y me trujo perdida en esta corte, al cual me hurtó este que ahora me tiene por su amiga, encerrada noche y día porque no hagan conmigo otro tanto». Preguntó el Caballero si sabían aquellas beatas esta historia y qué modo

tenían de juntarse ella con él. Respondió: «No saben ni sospechan mal entre nosotros, porque temen á Dios y por ningún dinero me tendrían. Paga este mi amigo otra mujer vieja, que dice que es su tía y viéneme á visitar en un coche, y llévame dos veces al mes á su casa, diciendo á las beatas que me voy á holgar con ella, y de allí me lleva un criado á casa dél y me tiene escondida en su recámara ocho días cada vez; después, por el mismo camino, me vuelve la vieja alcagüeta á las beatas, y no me da licencia que salga con ellas cuando se van á confesar porque no me confiese con sus confesores».

Dióle Dios al Venturoso cuando esto oyó todo aquel espíritu y doctrina que á tal necesidad requería, y con blandas palabras puso por delante á la mezquina la hermosura del ánima, la gravedad del pecado que la afea y ennegrece quitándole la gracia, la abominación del vicio deshonesto y los grandes castigos que Dios por él ha hecho, destruyendo una vez todo este mundo. Que (como dice San Gregorio) aunque la carne, el diablo, enemigos de Dios, y otros pecados son mayores contra él que la deshonestidad y lujuria, empero ninguno es tan bestial, tan terreno, tan bajo, tan vil, tan sucio y tan apocado como la lujuria deshonesta. Porque la hija de la lujuria es la ceguedad del entendimiento. Lloraba ella amargamente y decía: «Soy sola y no tengo ayuda para salir del mal, que no lo apetezco,

ni tengo salud para tal vicio». El Venturoso, que halló disposición, díjole si tendría devoción y fuerzas para ser monja. Respondió que aunque fuese descalza. Consolóla mucho, que no eran pocas las lágrimas que de los dos salían. Prometió ayudalla y guardase secreto de lo que se trataba, y que dijese á su amigo que nunca había hallado confesor tan á su gusto y de tanto consuelo suyo, y así quedó una cautela curada con otra. Tenía á cargo el Caballero el consuelo y limosnas de un Monasterio de monjas descalzas. Propuso á la Prelada si quería recebir una doncella principal, hermosa, discreta, rica y música. Las benditas religiosas, que por todas estas partes se desvelaban, dijeron que sí y que la trujese á vistas. Fuése el Venturoso al confesor de las dos beatas que la tenían (que también era suyo) descubrióle el caso y hizo que mandase á las dos ayudasen en cuanto conviniese á la conversión de la señora sin dar parte al amigo.

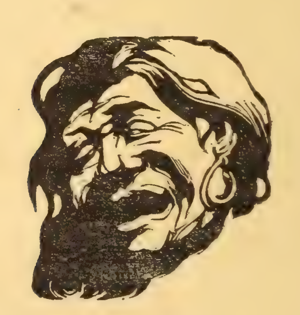
Dióse luego orden cómo las beatas la llevaron al Monasterio y en un locutorio de la Iglesia la vieron todas, y ordenándolo el Señor, quedaron muy contentas della. Enviaron luego á su confesor y Vicario que se informase del vecindado, la visitase, y tuvieron buena información della.

Pasados algunos días, se dió el Caballero tal maña, que, sin que el amigo lo entendiese, entró monja descalza, con todas sus joyas y vestidos, que serían de valor de seiscientos ducados, y las mon-

as muy contentas de ver consigo una dama tan hermosa y de gran linaje, con tantas buenas partes. Pero mucho más el Venturoso lo estaba en que (con ayuda de Dios) había quitado un alma de las uñas de Satanás. El mismo día que entró en el Monasterio honoríficamente, vino á saberlo el amigo primo, y como la amaba sobre manera, sintiólo mucho y quedó muy indignado contra el Venturoso y mucho más contra las beatas, que le gastaban gran parte de su hacienda. Que quien della llevó menos fué la monja, y casi nada quien la metió allí. Presto se le quitó el enojo, y volvióselo Dios en devoción del Monasterio y fué á dar gracias á las monjas por la merced hecha á su prima y comenzólas á hacer algunas limosnas. Algunas enfermedades prolijas de la novicia le quitó Nuestro Señor con las del alma, y ganó en breve tiempo tanta virtud divina, que en todos los ejercicios regulares, en penitencias, humildad y oración con continuas lágrimas, hacía ventaja á las más antiguas y confundía al demonio.

Corrido desta burla, buscaba trazas cómo vengarse del Venturoso, y no pudiendo en la propria persona, lo hacía en la hacienda, que desde aquel día cada mes (á lo más largo) le robaban criados cuanto tenía para su uso, no perdonándole la ropa de su vestido. Suelen verse en las plazas algunas fiestas de toros unos hombres de capa caída que llaman toreadores; tienen perdido el miedo y como

jugada la vida. Anda el toro como un león bramando de las heridas que le dan con las garrochas para embravecello, y pónese uno destos toreadores derecho, los brazos abiertos, á esperarlo en medio el coso. Acométele el toro, y cuando abaja la cabeza para meterle los cuernos, en un pensamiento le hurta el cuerpo y le deja en ellos la capa. A grande felicidad llega un alma cuando á este modo puede (con el favor divino) hurtar el cuerpo al toro infernal y darle con la capa en los ojos. Tóquenos á la honra, á la fama, hacienda, hijos y salud como á Job; pero guardemos en todo limpia la conciencia y no habrá ganado aquella bestia fiera más que confusión, oyendo decir: «En todo cuanto Job padeció no pecó, ni aun con sus labios».



AVENTURA XXXIII

De algunas admirables misericordias que hizo Dios por medio de su Caballero en la Corte.



L principio de la castidad es (dice un dotor) no consentir con los pensamientos deshonestos: y á tiempos padecer aquel flujo de humor, no limpio, aunque sin imaginaciones torpes. El medio es: ser algunas veces inquietado con movimientos sensuales, que proceden de la repleción de los manjares, y por esto sin imaginaciones torpes y sin llegar el negocio á polución. Mas el fin es tener mortificados los movimientos desordenados. No es solamente casto el que guarda limpio el lodo desta carne, sino mucho más el que sujeta perfectamente los miembros deste cuerpo á la voluntad del espíritu.

Ponía el Caballero todas sus fuerzas en tratar con las señoras de la Corte, con toda la gravedad y limpieza que requería al estado sacerdotal, y así entraba y salía por cualquier estado de mujeres, guardándole Dios, porque también él se guardaba. A los primeros días que entró en la Corte le llevó á su casa un Caballero su amigo, y le dió muchos

días su mesa. Tenía á ella una señora por mujer en extremo hermosa, y con mayor ventaja casta y virtuosa; quedábanse sobre mesa razonando de diferentes materias. Era muy aficionada á versos, y siempre leía los libros que había compuesto el Venturoso; que por la larga familiaridad, obligación, y muchas partes buenas en su bendita alma conocidas, ya él la amaba tiernamente, confiado en su mucha castidad. Y una noche sobre cena dió su marido en que le había de hacer coplas á la señora, y con esta ocasión tomó el Venturoso la pluma, y escribió las siguientes

QUINTILLAS

Si no conociera á Dios,
con entendimiento sano,
comenzara á ser cristiano
de solo veros á vos,
con rostro tan soberano.

Sois humana á lo divino,
peregrina, y peregrino
el ser, y suma belleza,
que os dió Dios tanta nobleza,
cuanto á tal alma convino.

De extremos sois extremada,
bella, con honestidad,
humilde, con gravedad,
en ocasiones honrada,
y pía entre crueldad.

Bendito sea el pincel
del sacrosanto nivel,
que pintó tal cuerpo y alma,
del mundo hermosa palma,
y del cielo un rayo dél.
Antídoto del veneno,
carne sin carne, que admira;
pues al más carnal que os mira,
de malo lo hacéis bueno,
cual ángel que al bien le inspira.
Contra mis tribulaciones,
están vuestras perfecciones
teniendo en pie mi alma aposta,
con el ayuda de costa
de amables consolaciones.
Si os miro, y no me retiro,
quedo encendido de amor:
y si os amo, el resplandor
venerable que en vos miro,
me da recato y temor.
Si sois mi ángel, y habéis
de guardarme, no dejéis
entrar demonio por medio,
aplicándome el remedio
de la virtud que tenéis.
Declaraos, si senso, ó porte
pagáis al *fomis* de Eva,
ó Dios de la mano os lleva,
que en estos tiempo, y en corte

es cosa increíble y nueva.
Al fin, no aflojar momento
de un honesto y casto intento,
es cual privilegio inmenso,
que deja absorto y suspenso
al más raro entendimiento.

No era como quiera la fineza del semblante desta señora, que así se movía á mostrar ternuras y afabilidad á los loores humanos, como si fuera de mármol. Y obraba en ella la misericordia divina, de modo que certificaba al Venturoso algunas veces, que antes de casada, ni después, no supo tener amor á ningún hombre, sino á su marido, y ese era con aquellos requisitos que Dios manda.

Entrando una tarde el Caballero á visitar á una parienta suya, le dijo: «Que, pues, se ocupaba en buenas obras, procurase remediar un mal caso, que aquella noche estaba concertado de hacer.» Preguntado qué era, que lo haría de buena gana, dijo la parienta así: «Una mujer de un ciudadano de una insigne ciudad del Andalucía, cansada de su matrimonio, porque su marido era viejo é impedido, olvidada de Dios y de su honor, salióse de su casa sola y fuése perdida por España. Y como gastase un año en vida deshonesta y torpe, siendo ya su mucha edad y poca belleza esclavos de su apetito lacivo, como el mismo vicio estaba cansado della, un día (instigada del demonio, á quien ya como de balde

servía), dió en un cruel y abominable exceso, que fué más de una Celestina que de madre. Tenía una sola hija de su marido, de hasta quince años, hermosa con extremo, honesta y recogida en casa de su padre que era todo su regalo. Pues esta alevosa madre volvióse á su tierra secretamente, y tuvo modo como solsacalla, y con galas y regalos persuadilla dejase la casa de su padre, y se viniese con ella. Hízolo así la mochacha, y el bueno del paciente no puso diligencia en buscar la hija, porque menos la había puesto en buscar la madre. La cual, cargada de mejor y más nueva mercadería, entró en la Corte, y aquella noche había vendido la virginidad de su hija á un cortesano poderoso. Y la doncella, llorando amargamente, se defendía.» Y vínolo á saber esta señora, supo della luego el Caballero la posada de madre y hija, sus nombres y el nombre del cortesano que había de hacer el estupro, y para mayor seguridad, aquella tarde fué á reconocellas. Compró una libra de confitura, y llamó á su puerta y preguntó por una forastera llamada doña tal; la señora, cuya era la casa, negó haber allí tal mujer. Que entonces había orden expresa no estuviese persona forastera de ninguna calidad más de tres días sin registrarse, debajo de graves penas. Y como éstas no lo habían hecho, estaban escondidas. Fingió el Venturoso venir de parte del cortesano que las esperaba aquella noche nombrándolo por su nombre, y así le dieron entrada. Subiendo un escalera, en

una pobre camarilla halló sentada la desalmada madre, que parecía tener cuarenta años, tan atroz en el aspecto, como en la vida. Saludándola, y sentándose frontero della, le dijo: «Señora, yo soy un Clérigo rico, y tengo casas en esta Corte; vengo á ofrecer á vuestra merced un cuarto bien aderezado, sin que en él le falte cosa alguna de su sustento y regalo. Y esto lo hago movido á compasión de haber sabido, de don fulano, que está vuestra merced tan necesitada que le obliga á vender prenda de mucho valor»; y diciendo esto, le dió la confitura. Ella lo agradeció mucho, y quedó concertado que á un hora de noche viniese por ella y su hija, que la tenía en otro aposento, y no se la dejó ver.

El Venturoso, dando gracias á Dios, se fué luego al Obispo, y le contó el caso, pidiéndole con toda instancia el remedio. Respondió: «¿Cómo puedo yo quitarle una hija á su madre?» Replicó el Venturoso: «No la quitará Vuestra Señoría, sino á Satanás, y de no remediarlo, ó darme á mi licencia para que lo remedie, encargo á Vuestra Señoría la conciencia.» El Prelado, viéndose apretado, le remitió á un oidor de la Junta, que tenía á cargo el limpiar la Corte de gente inútil y viciosa, y envió el Obispo con él un paje. Entrado al Juez, y informado de todo, agradóse mucho del fervor del Sacerdote, dando gracias á Dios, que había quien volviese por su honra, y tuviese tan buen celo. Mandó luego á un Alguacil Real fuese con el criado del Venturoso, y le trujese

presas madre y hija, que ya era el Ave María. Llegaron á la posada y cogieron la presa, antes que el lobo. Mandó el oidor las tuviese el Alguacil en su casa, hasta que determinase lo que fuese justicia. Por seis días continuos hizo instancia el Caballero, y así la Junta de Oidores desterró de la Corte á la madre y pusieron la hija en un recogimiento de huérfanas doncellas. Escribió luego el Consejo Real al Presidente de la Chancillería, donde era natural la doncella, para que compeliese á su padre á enviar por ella, ó cien escudos al año, para su sustento.

La obstinada madre, desde Medina del Campo, enviaba con algunos peregrinos cartas provocativas y tiernas á su hija al recogimiento donde ya sabía que estaba, para que se saliese de allí y volviese con ella. Pero la virtuosa doncella, más amiga de Dios que de su madre, las mostraba antes de abrillas á la Religiosa que la tenía á cargo, y pedía con mucha instancia, la metiesen en un monasterio, ó le diesen marido. Viendo el Consejo que su padre no acudía con alimentos por ser pobre, y la Corte se mudaba, juntóse dote de limosna, y casáronla honradamente los que tenían á cargo aquel recogimiento, habiendo ya dos años que estaba en él.

Por orden de las Monjas Descalzas, que hemos contado, tenía el Caballero estrecha devoción con una señora de título, muy sierva de Dios, y algunas veces la confesaba. Pagábale casa en que vivía, y te-

nía mucho favor y entrada en la suya. Por lo cual permitió nuestro Señor que el Caballero sanó á una hermana suya de una peligrosa dolencia dejada ya de los médicos del Rey. En hacimiento de gracias, la señora de título mandó dar al Venturoso dos raciones para él y criado cada día, y veinte y cinco reaes cada mes para pagar la casa; duró esto tres ó cuatro meses, y él, como agradecido, envióle un día estas

LIRAS

Felice Mariana,
monte de piedad do el cielo prueba
su sfera soberana,
con influencia nueva
que en nieve abrasa, y en la brasa nieva.
Elementos contrarios
son la nieve y el fuego en sus efectos;
pero son necesarios
en los altos sujetos
temple de extremos para ser perfectos.
El monte grande y alto
presto se nieva y presto se derrite;
y el valle de luz falto
la nieve que en sí admite,
no hay viento, sol, ni tiempo que la quite.
Un estío fogoso
de una gran devoción y amor divino,

nevó en el Venturoso,
y nieva de contino,
mas no suele durar en un mezquino.
Lo contrario es la paja,
seca, liviana, cálida y proterva,
como mi suerte baja,
que nieve helada acerba
se guarda en ella un año, y se conserva.
O nieva de la nieve,
más blanca que la nieve más nevada,
de quien destila y llueve
piedad acendrada,
entre paja oprimida y desechada.
Extended bien la palma
á la necesidad, pues Dios extiende
la suya con vuestra alma;
que quien da caro vende,
pues le vuelven á dar más que pretende.
Jesu Christo promete
su reino por un jarro de agua fría;
así á vos os compete
mostraros cada día
por este reino Nieve, y por Dios pía.

Era esta señora terrible de condición, y tenía tanto Dios, que vencía sus pasiones con grandeza de ánimo y entereza de alma, sin que se osase fiar de sí misma. Y á la crueldad y sequedad de su natural, ponía sus fuerzas en domarlas con ser piado-

sa y afable con todos, en especial con gente espiritual. Pero como era tan grandiosa y grave sobre manera, si soltaba la rienda, en un momento se volvía á su inclinación.

Pasados seis meses que recebía las raciones y regalos, habiendo en los dos tanta familiaridad como si el Caballero fuera su mismo padre, cayó enfermo de calenturas, que duraron días. Y en lugar de acudirle la señora con su gran caridad y hacienda con aquellas ventajas que requería la mayor necesidad, costa y descomodidad, descuidóse de enviar el dinero que solía para pagar la casa, y como era más devota de sanos que de enfermos, espantado el Caballero de tal cosa, determinóse á no recebir más la merced que le hacía, sino á servirla de balde, y volver á gozar de la tranquila pobreza y vida evangélica, sin tener propriedad á cosa desta vida, sino la pitanza de la misa y algunas inciertas caridades de conocidos. Y habiendo la gravísima y devota señora sentido mucho el haber desdeñado sus caridades, fué fuerza enviarle esta metáfora de proverbios en

REDONDILLAS

Es la ley del talión,
que en la especie de la ofensa
se haga la recompensa,
por justicia y por razón.

Y cuando en esto se estrague
el alma que está obligada
á ley tan justificada,
quien tal hace, que tal pague.
Hallé en vuestra pared quiebra,
y entréme por su aparejo,
dejando en ella el pellejo,
como prudente culebra.
Que si la Luna se muda
presto de llena en vacía,
pues mi mudanza es más pía;
quien se muda, Dios le ayuda.
Cierto está que no menguara
la Luna si no creciera;
y si tanto no subiera
mi fortuna, no abajara.
Baje ó suba el hado duro,
que ya no me ha de cansar;
porque el más bajo lugar
es al alma el más seguro.
El que se ha humillado al centro,
no puede caer más bajo;
ni el que está hecho al trabajo,
no le lastima el recuentro.
Mi vida es áspera y dura,
como vuestra condición;
y así mi buen corazón
quebranta mala ventura.
Bien sé que me desapoya

faltar en los dos tal liga,
y que no falta quien diga
en viéndome: aquí fué Troya.
Mas los ingenios sutiles
ya saben, que es ordinario,
que de cosario á cosario
sólo se ganan barriles.
Mundo vil, golfo remoto,
apenas salvas concorde
nave gruesa de alto borde,
aun con timón y piloto.
Pues la que desto carece,
cuando la fortuna llega,
con facilidad se anega
do no parece y perece.
San Pedro, llegando al fuego
de un palacio, tal le fué,
que se le enfrió la fe
y fuera la inflamó luego.
Pues para que no se encarne
fuego en el alma y tormento,
quien viviere en él de asiento,
abra el ojo, que asan carne.
Quien no es madre, siendo hija,
ni hija, por ser tan alta,
muy sobrada tendrá falta,
faltándole quien la rija.
Y aunque es difícil y raro
hallarse, si se hallare,

cueste al fin lo que costare,
porque lo de balde es caro.
Yo sé quien por ser fiel,
á su Dios en tal conquista,
cual Bartolomé y Batista
puso la cabeza y piel.
Pesada es la culpa amarga,
y al que camina ligero,
si le cargan delantero,
suele echarse con la carga.
Dios me levantó del suelo
con oficio y beneficio,
para que en vuestro servicio,
sólo mereciese el cielo.
Y siendo á todos noticia,
diranme en Valladolid;
de las ganancias del Cid,
señores, no halláis codicia.
Robóme al fin un ladrón,
vuestros dones, cual se entiende,
como tesoro de duende
que se convierte en carbón.
Pero de cualquier manera,
esta es regla general;
el malo tendrá más mal:
quien bien hace, bien espera.
Comí un tiempo vuestro pan
y os debo lo que me honrastes,
que con ello me comprastes

por perpetuo capellán.
Dad y pedid, porque os den
ciento por uno, y advierta,
que el que á Dios cierra la puerta,
se la cerrarán también.
Si fué mi limosna objeto
de á tantos males dar pausa,
temed quitada la causa,
que no se vuelva el efecto.
Y buscando entonces medio,
no se suele remediar,
que á la culpa de olvidar,
justo es se olvide el remedio.
Ruego á Dios por vos, cual padre,
que aunque estéril engendréis
en vuestra alma el bien que hacéis,
como hija de tal madre.
Dios es caridad más alta,
y con ella os endiosáis;
guardeos Dios, que si faltáis,
Dios á los suyos no falta.

La mucha experiencia estimulaba al Venturoso á que pusiera por obra los tres remedios saludables que dan los Santos Doctores para huir la avaricia perfectamente. El primero, y muy acomodado, es no tener cosa propria; á lo menos, no tener asido el corazón á bienes temporales. Segundo, pararse á considerar con mucha atención los lazos é impedi-

mentos de las riquezas, y, por el contrario, la libertad de la santa pobreza. Y el tercero, dejarse del todo en las manos de Dios, el cual jamás desampara á los que de Su Majestad se fían.



AVENTURA XXXIV

De algunas cosas notables que sucedieron al Caballero en Valladolid, y cómo salió dellas.



A pobreza es esposa de Jesu Christo, posesión de los Santos, vida de los bienaventurados, seguridad de los fieles, ornamento de los clérigos, vida de los monjes, hermosura de los nobles y manificencia de los ricos. Y llegan á tanto sus excelencias que Secundo Filósofo dijo: «Que la pobreza era un bien aborrecido, madre de la hartura, apartamientos de cuidados, senda y atajo sin error, reparadora de la sabiduría, negocio sin daño, posesión sin calumnia ni contradición alguna, substancia sin detracción, y, finalmente, felicidad sin solicitud y cuidado alguno.»

De aquí es que conociendo el Venturoso que lo podría ser mucho más con la voluntaria profesión desta señora, vivía contento con ella desde su primera vocación, sin querer ni procurar rentas temporales ni eclesiásticas, ni bienes estables ni raíces.

Y como todos sabían cierto que no quería ni

tenía hacienda, proveíanlo de modo que era señor de los bienes ajenos y de la voluntad de sus dueños. Gozaba de tan especial privilegio divino, que por á dondequiera que iba peregrinando tuvo la comida y el vestido seguro, sin que jamás le faltase, como en tiempo de seglar. Llegó á ser tanta esta providencia y merced de Nuestro Señor, que sin pedirlo le daban tanto, que sustentaba dos y tres socios que le ayudaban en la viña del Señor, y sobraba para cuantos pobres acudían á su posada. De lo cual muy claro le daba Dios á entender que no quería fuese proprietario; porque si juntaba dinero en cantidad, luego un gusanillo de su misma casa se lo llevaba.

La doncella que atrás hemos referido, con cuanto hizo el Caballero para librarla del peligro en que estaba su virginidad, y (con ayuda de Dios) conservarla en su limpieza, habiendo ya seis meses que estaba recogida, nunca la había visto ni hablado, tuvo deseo de conocer por quién había trabajo, y por las buenas nuevas que della tenía. Hizo en su posada el Caballero la fiesta de la limpia Conceción de Nuestra Señora, sustentando de la bolsa de Dios más de sesenta pobres, guisando la comida de su misma mano. Tres días después, á 11 de Deciembre 1605, fué una mañana á decir misa en la Iglesia de aquel recogimiento; habló con la beata que tenía á cargo las doncellas, hízola sacar á que la viese, y ella, tan humilde como bella,

puesta de rodillas, la toca encima los ojos le dió gracias por la caridad que le había hecho en librarla de las manos del demonio y de la compañía de su madre.

Acompañaba entonces al Caballero un criado suyo, mochacho vizcaíno de diez y siete años, que ayunaba por su devoción (al parecer) tres días en la semana, y los viernes á pan y agua: tenía en ellos larga diciplina; traía cilicio de hoja de lata, y era dado á la oración y leción de vidas de santos, sin que se le conociese vicio ni golosina alguna.

Ayudó á su amo á misa, que no había nadie en a Iglesia, sino todas las doncellas en la red del coro. Al tiempo que llegó á la mitad de la misa, al postrer momento, metióse Satanás en el criado, y fuése, dejando solo al sacerdote, sin tener quien respondiese, sino las niñas del coro. Fué á gran priesa el mochacho á la posada, y con las llaves de las puertas, que solía traer, abrió, y descerrajó un escritorio, sacando dél más de docientos ducados en dinero y prendas de oro, que por hacer buena obra á sus dueños les había prestado mucho menos de lo que pesaban. Con semejante escándalo el Caballero acabada su misa, y dadas gracias (aunque llovía), fué á toda priesa á su posada y halló las puertas cerradas; llamó un carpintero, y quitando las cerraduras entraron dentro la cámara y hallaron saqueado el escritorio, y sobre un bufete cincuenta reales en menudos, que por el peso no se dignó

llevar consigo cobre, sino oro y plata, ni quiso ropa, aunque había en qué meter la mano, ni aun sus camisas.

Hiciéronse luego diligencias por todas las puertas de la ciudad y por los mesones y posadas, y no hubo nuevas.

A veinte días pasados vino un proprio de la ciudad de Laredo, 40 leguas de Valladolid, con carta del Gobernador para el Caballero, haciéndole saber que le tenía preso por otro hurto pequeño hecho á un labrador; y que aunque en la cuestión de tormento había confesado el mal que había hecho, lo había todo vendido y malbaratado entre los caminantes y gente no conocida, y al presente no le hallaron más de un vestido de paño nuevo. La Corte se mudaba entonces á Madrid, y por ningún dinero ni favor se podía hallar cabalgadura para ir á procurar dijese las personas á quien dió ó vendió una cadena de oro, dos docenas de botones y otras joyas de valor. Sacose requisitoria para este fin, y como Dios no quiso que hubiese en qué ir, envió el Caballero comisión al Gobernador con su mensajero para que hiciese justicia y enviase lo que se hallase, de todo lo cual nunca hubo más nuevas. Viéndose afligido con los dueños de las prendas, que pretendían el restante del valor (aunque nunca lo pudieron alcanzar por justicia), hizo el Caballero la siguiente

LETRA

El que tiene más paciencia,
en la paciencia más crece,
y creciendo más merece
ante el alta Providencia.

GLOSA

No hay paciencia tan crecida
hoy en los atribulados,
ni aflicción más desmedida,
como tuvo Christo en vida
y sus mártires sagrados.
De donde por cierta ciencia
se sabe, y por experiencia,
que entre penas y desgusto
será más cristiano y justo
el que tiene más paciencia.
Aquese va en crecimiento
de virtud en vida justa,
que crece más su contento
cuando llega al cumplimiento
de lo que al cuerpo desgusta.
El cual viendo que merece
con aquello que padece,
aunque crezca el padecer,
él, para más merecer
en la paciencia, más crece.
Siendo infinita la gloria,

no es hazaña tan crecida
el hombre alcanzar victoria
de cualquier guerra notoria
que dura un soplo de vida.
En la cual, si permanece
en crecimiento, y florece
cuanto el cuerpo mengua y calma,
tanto más crece en el alma,
y creciendo más, merece.
¡Oh, paciencia soberana,
que á un árbol pequeño en tierra
lo riegas como hortelana,
porque crezca en fuerza humana
contra el viento que le atierra!
Y es tanta tu paz y ciencia
que hacen correspondencia,
al mundo esterilidad,
y eterna fertilidad
ante el alta Providencia.

Habiendo tenido el Caballero otros muchos criados grandes y pequeños, con fianzas, y que todos le hurtaban poco ó mucho de lo que tenía, sin perdonarle la cubierta de la pobre y estrecha cama, sin que de los fiadores pudiese sacar cosa alguna, fué aconsejado tuviese una criada vieja como ama, y trújosela de fuera un vecino suyo. En este tiempo había un padre de cierta religión en Valladolid, que asimismo se daba todo á obras pías, y para

este fin estaban los dos aunados, ayudándose el uno al otro, y hacían obras heroicas en la República.

Envióle un día este religioso un billete al Caballero con un letrado sevillano pretendiente por Contaduría, para que lo acomodase con algún señor de título, que estaba tan pobre que había meses que le mantenía en su convento. Recibiólo de buena voluntad el Caballero y dábale de comer. Buscábale buenas comodidades, y cuando estaba para recebirlo nadie lo quería, porque su conversación y trato no parecía seguro ni católico. A cabo de dos meses que entraba y salía como en su casa en la de nuestro Caballero, no contento con el bien que se le hacía, no conociéndolo ni mereciéndolo, concertóse con la criada para que le diese lugar para entrar de noche con otros soldados, sus amigos, á matar al Caballero para robarle todos sus bienes, que esta es paga que da el malo á quien le hace bien. La vieja dijo: «No tenéis para qué matarlo, que esa maldad será luego castigada con hacernos á todos morir malas muertes: sin tanto peligro nuestro se puede hacer; pues él anda casi todo el día fuera de casa; yo quedo sola y daré lugar para que tomen cuanto quisieren, dándome á mí parte, y nos podemos ir luego con un carro á Madrid.» Pareció bien el consejo de la fiel criada, y quedó así concertado

Un sábado, á 17 de Junio de 1606, viniendo el desventurado Caballero de casa de aquella señora

de título de una obra de gran misericordia, en que había nueve días que trabajaba, á las once del día, abrió un cuarto de su recogimiento, que en él no dejaba entrar ninguno, y en otro estaba la criada. Y como entró halló un tabique de ladrillo rompido que salía al aposento della, y en él el escritorio descerrajado, que era de nogal grande, y con las llaves que dentro estaban, abiertos unos cofres, y robado cantidad de dos mil y quinientos reales en dineros, joyas, relicarios y ropa blanca, sin otras cosas de comer. La casa era grande; el ama se fué con los que hicieron el hurto. No se halló información. Interrogó la justicia los vecinos de la calle, y por sus dichos se supo cómo el letrado y el ama, con otros dos, entre las nueve y las diez de la mañana, los vieron salir asobarcados. Hízose gran diligencia, y aquella noche prendieron á todos en diferentes posadas, y los compañeros del autor del hurto se descolgaron por una ventana muy alta y escaparon de la justicia.

El Caballero, con la protesta ordinaria, pidió ante el Juez sus bienes, y para mayor averiguación, por sus términos y plazos dieron tormento al reo, y en él confesó cómo había incitado á la criada y traído á los amigos que se huyeron, y que entre los cuatro se había hecho el hurto y repartido entre todos partes iguales; pero que un siciliano el mayor aún no le había dado su parte como fué preso el mismo día. Fué condenado á seis años de gale-

ras y á vergüenza pública. Todo esto eramuy contrario á la voluntad y profesión del Caballero. Pero el amor grande que tenía á los relicarios de gran valor que le llevaron, le movía á gastar cuanto le había quedado en el pleito; andaba distraído, avergonzado, y con aflición de espíritu hizo las siguientes

LIRAS EN EXDRÚJOLOS

Inquieta y débil ánima
quien en tu paz heroica y salutífera
te ha hecho pusilánima,
con menguante lunífera
que á vida celestial volvió pestífera.

En la piedra de escándalo
he tropezado como un vil selvático,
cuando sin ir buscándolo,
presumiendo de plático
estoy confuso en laberinto errático.

Siendo el que la teórica,
con ayuda de Dios ponía en práctica,
y una santa Retórica,
pacífica y flemática,
á la letra guardaba su Premática.

Y hecho un espetáculo
de las tribulaciones más misérrimas,
me eran alivio y báculo,
y á mis fuerzas paupérrimas
daba á ganar victorias celebérrimas.

El demonio falsífico,
echando el resto de su astucia herética,
á mi estado pacífico
forzó con su dialética
que estudie á Baldo y Bártul su Aritmética.
Y con dorada máscara
de lo que fuí contrario me hace opósito,
cubriendo con la cáscara
un infernal depósito
que á Dios, á mí ni al mundo es á propósito.
¡Padre piadosísimo,
envía á tu ministro auxilio angélico
pues eres clementísimo,
porque este pleito bélico
no me distraiga en tu servicio célico!
¡Dame las fuerzas de Hércoles
y de la sierpe la prudencia cauta!
que el que dió nombre al miércoles,
por un punto sin pauta
me adormece y me ciega con su flauta!
Piérdanse las reliquias
con cuanto tiene el mundo puesto en copia,
si por estas aciquias
el agua de la inopia
me anega y quita á Dios reliquia propria.

Como el Caballero había gastado en el pleito más de treinta escudos, y padecido muchos trabajos y persecuciones del astuto y cabiloso preso,

empleando todas las leyes que había estudiado en dar peticiones al ordinario contra el Caballero, de que siendo Sacerdote había incurrido en irregularidad ó suspensión, por haberle dado tormento por su causa, y como ya la Corte y Obispo de Valladolid se habían mudado á Madrid, el Vicario general que había quedado no conocía al Venturoso, dió mandamiento para prenderlo. Pasando un día por la calle de la cárcel de los Clérigos, salió el Alcaide de ella, que era Alguacil mayor, y mostrando el mandamiento obedeció el Caballero y entró preso. Enviólo á decir á un señor de título, y antes de los ocho días fué suelto, aunque costó dineros.

No perdía el tiempo el letrado sentenciado á galeras por el hurto, que con la victoria de haber hecho aprisionar á su contrario, que ya por justos juicios divinos le había quitado la hacienda, la quietud, buena reputación y la libertad. Hizo hacer un testimonio contrahecho de un notario público de Sevilla, y otros que lo aprobaban, de que era ordenado de corona á título de una capellanía; y aprovechándose de esta cautela por medios poderosos, antes que la parte lo entendiese, alcanzó del Vicario general, que le mandó remitir á su cárcel, poniendo muchas censuras al Juez que ya lo tenía para poner en la collera de los galeotes que habían de llevar. Y sin citar á la parte, ni mandar traer el proceso, llegándose la fiesta de Navidad, en la vigilia della, tuvo modo el sentenciado que lo soltó

de la cárcel el buen Vicario, sólo con una captión juratoria. Yendo un día el Caballero á visitar un enfermo, en la puerta dél encontró á su preso que salía de allí; y en lugar de echársele á los pies y pedirle perdón de tantos males como le había hecho en la hacienda y persona, comenzólo á amenazar al Caballero malamente si no le perdonaba; estando en estas tribulaciones el afligido sacerdote, las espaldas á la calle, pasaba por ella á caballo un Alcalde de corte de aquella Chancillería; y el mismo delincuente temerariamente dijo: «Ve, allí va su amigo el Alcalde». Volvió el Caballero, y con primero movimiento y la ocasión urgente, falto de la paciencia que requería semejante calamidad, llamó al Alcalde y contóle el caso; mandólo prender luego y llevarlo á un calabozo de la Chancillería.

Concurrió luego un procurador del preso con petición al Vicario y querellando segundariamente del Caballero, dió mandamiento al dicho Alcaide de su cárcel para que con toda diligencia lo prendiese. Fué avisado el Caballero, y teniendo conociencia con el Presidente de aquella Chancillería, retrújose en su casa y hizo instancia contra el robador y contra el Vicario general, que pedía con sensuras el preso, y procedía con religioso de hábito militar sobre quien no tenía jurisdición. Mientras esto se determinaba en la sala del mismo Presidente (que duró cuarenta y seis días de mandas y respuestas), diciendo cada día misa en la capilla de

la audiencia, un día de una fiesta solemne, fué persuadido el Caballero, retraído de amigo suyo y del Presidente, con quien comía cada día, que fuesen á decir misa á un monasterio de monjas que estaba frontero la puerta del Presidente; y como había siempre puestos espías por orden del preso, avisaron al alguacil mayor del Vicario, y estando para alzar la hostia el Caballero en el altar de las monjas, entró en compañía de un Notario. Acabó la misa y entráronse tras él á la sacristía; dió gracias muy despacio, pidiendo á Dios muy de veras el auxilio y socorro que de su mano solía tener en semejantes ocasiones. Dijéronle el alguacil y Notario: El señor Vicario general llama á vuestra merced, que le quiere una palabra. Dijo el Caballero que le placía, y entre tanto el amigo que le ayudó á la misa fué á la Chancillería y trujo criados del Presidente, que trataron mal á los ministros del Vicario y se llevaron consigo al retraído Venturoso.

Hizo luego la sala del Presidente un decreto en que declaraba que el Vicario hacía fuerza en demandar el preso y en proceder contra el Caballero, y que se le mandaba desistir de la causa, y absolver cualquier censura puesta y revocar el mandamiento, so pena de las temporalidades y expulsión del Reino, y así se le notificó luego. Salió el retraído libre por el pueblo; y considerando que mientras más porfiaba á seguir aquel pleito más permitía

Dios que fuese él perseguido y aperreado, por haber comenzado á servirle apostólica y pobremente. Y más que el Evangelio le daba voces á las orejas de la conciencia: Amad á vuestros enemigos y haced bien á los que os quieran mal, y rogad por los que os persiguen y acusan falsamente. Aunque esto se ha de entender en esta manera: Que ninguno debe querer mal á otro, cuanto á lo espiritual. Como que haya placer que su enemigo se condene eternamente, ni tampoco, no debe querer mal á algún enemigo de modo que lo perturbe en lo temporal algunos bienes que otro le quisiese hacer. Pero al que me ha ofendido, sin causa, no soy obligado, cuanto á Dios, de hacerle bien, sino en una extrema necesidad, de que si lo viese padecer gran hambre ó peligro de la vida, entonces me obliga socorrerlo, si puedo buenamente hacerlo, sin gran peligro de mi persona y bienes. Mas quitada aquella necesidad, no soy obligado á hacerle bienes, ni mercedes, procurarle honras, ni provechos. Dejólo de seguir el Caballero á su enemigo, y como no hubo parte que instase, se libró á menos costa que él, con cuanta hizo, sin tener un real de qué mantenerse, que parecía ayudarle Dios, sobre todas las razones naturales de todo humano entendimiento, y permitir que el ladrón se salvase y librase, y él que pedía su hacienda no hallase justicia, ni le aprovechasen diligencias. Dió en la cuenta aunque tarde, y en conocimiento del yerro, hizo este

SONETO

Cualquiera que mis pleitos ha sabido
de aquellos bienes que me habían hurtado,
sepa, que tan sin bienes he quedado,
que soy de males hospital podrido.
Por remediar un mal bien conocido,
muchos bienes de gracia me han faltado;
confieso á Dios y al mundo mi pecado,
contrito, y de mi culpa arrepentido.
Escándalo causé en ser litigioso,
á Dios dejé, siguiendo á mi enemigo,
y á mi costa compré malos andenes.
Vuelva el Señor á hacerme Venturoso,
pues es mi padre, amparo, bien y abrigo,
y saca siempre de los males, bienes.

Estando el Caballero quieto ya y sosegado en su casa de por sí con su criado, un día después de comer, en su estudio recogido, en silencio escribiendo, sin llamar á la puerta, entró una mochacha de hasta diez años, con un manto doblado en la cabeza, de color moreno. Preguntándole qué buscaba, dijo: Vengo á saber de vuestra merced si me quiere por su enamorada, que le quiero mucho; y comenzábale á hacer algunos meneos lascivos. El Caballero, espantado de semejante desvergüenza en una niña, díjole: Rapaza, ¿eres loca, ó demonio que me tientas? Replicó ella: Yo, señor, tengo á mi padre en una cama tollido, y de cuatro hijos sin madre.

soy yo la mayor y ha dos años que ando con este plato pidiendo limosna por las iglesias y casas para sustentarnos. Y subiendo un día á pedir limosna á un lencero, engañándome con un escudo me forzó; y desde entonces gano más por este camino que por la limosna; y esto decía con tanto brío y desenvoltura, que parecía que el demonio hablaba por su lengua. Hallóse el Caballero confuso para acertar á remediar luego aquel daño tan notable en la república. Y por no espantar la caza, le dijo así: Hija, yo te agradezco la voluntad que me muestras, y te quiero dar muchos regalos para ti y á tu padre, pero yo estoy ahora ocupado despachando estas cartas; toma este real y esta poca de confitura para el enfermo, y vuelve mañana á estas horas y te daré más. La mochacha se fué muy contenta y quedó de volver. El Venturoso se fué luego á dar cuenta del caso á su confesor, acerca del padre que alimentaba estando enfermo. El fué de parecer que se diese luego parte á un Alcalde de corte amigo del Caballero, para que quitase aquella peste de la ciudad, y diese orden como se acudiese á socorrer su padre enfermo y á las demás criaturas. Hízose todo esto dentro de un hora, y el Juez mandó á un Alguacil de Chancillería, que el día siguiente, al plazo puesto, escondido en casa del Caballero, esperase la mochacha y la prendiese. Todo se hizo así; y venida la niña á la golosina de los confites y nuevo vicio, al tiempo que estaba provocando con sus

lascivos requiebros la deshonesta criatura á un sacerdote viejo, salió el Alguacil de otro aposento, y dando de bofetadas á la mochacha, la llevó ante el Alcalde. Siendo dél interrogada y confesada la verdad, fué luego puesta en un recogimiento y se mandó proveer á su padre y hermanos de lo necesario, de las penas aplicadas para pobres en la sala de Alcaldes.

Por una mala hembra se pierde toda una ciudad, y más si es hermosa ó mochacha. Porque como dice San Jerónimo: El amor y la beldad carnal es olvido de la razón, y muy vecino á la locura. Y Ovidio lo encarece así: No hay enamorado que vea lo que conviene; y por eso los antiguos pintaban al amor ciego.. Como tenemos ejemplo en Salomón, de quien cuenta Graciano que por el disoluto y desordenado uso de las mujeres, vino á hacer templo á los dolos. Y el que primero había edificado un templo á Dios, no temió después fabricar muchos templos á los ídolos. Y agravando más esto, dice San Jerónimo: Rey era Salomón y no tenía otro alguno, el cual disputó desde los cedros del Líbano hasta el hisopo que sale por las paredes; mas al fin se apartó de Dios, por ser muy dado á las mujeres. Que ellas le divirtieron el corazón y á la vejez lo volvieron peor, haciéndole adorar dioses ajenos; y no tenía su corazón perfeto con Dios, como David, su padre, mas sacrificaba á Astares, diosa de los sidonios; y á Camos, dios de los Moabitas, y á Moloch,

ídolo de los Amonitas. Y edificó un templo á Chamos, dios de Moab, en el monte que está delante de Jerusalén, y á Moloch, sobre dicho demonio. Todo lo cual fué causa no guardarse de mujeres.



AVENTURA XXXV

Hace el Caballero algunos piadosos caminos á personas de santidad, y métenle en palacio de un privado del Rey.



o hay necesidad (según afirma San Agustín) de dar voces á las orejas de Dios, sino presentarle el deseo del corazón. Pero en la vida espiritual, el no ir siempre adelante es volver atrás. Así en todos los lugares y ejercicios que el Venturoso se hallaba, tenía especial cuidado de anhelar á la mayor perfeción, consultando de ordinario á las personas de mayor espíritu y fama de santidad, el estado que podía escoger más seguro.

Fué á un convento de cartujos, tres leguas de Valladolid, y con la mayor devoción y instancia que pudo, pidió el hábito y no fué admitido, poniendo excusa de mucha edad. Parecíale á él que la estada tan de asiento en la corte, era peligrosa á la conciencia y quietud interior, por vivirse en ella tan de prisa y con tanto tráfago y ambicioso desasosiego en algunos.

Resplandecía con fama de santidad una monja de la comarca de Burgos, cuya vida milagrosa era

ya notoria á toda Castilla, en especial al Rey y á toda la corte. Concurrían á verla, y á encomendarse en sus oraciones, muy gran concurso de todos estados de personas, como cosa que ya estaba examinada y conocida de muchos años su santa vida. Que por ser viva cuando esto se escribe, no se nombra ni se dicen en particular las muchas misericordias que Dios le hace. Es religiosa de aquel monasterio desde edad de siete años. Ha sido tan profunda y continua su oración, que día y noche no faltaba del coro, si no es por la obediencia; su cama y asiento ordinario, era estar de rodillas, y así negociaba y hablaba con los que la visitaban. Su comida por entonces era una onza de pan y un trago de agua cada día, dos horas después de haber comulgado. Tenía éxtasi y arrobamiento muy á menudo, en particular cuando era llamada para tratar con la gente que venía á verla. Hacía los oficios más humildes de la casa: barrer, fregar, y de ordinario tocar las campanas. No tenía celda, sino el coro y los desvanes del campanario, porque de noche la inquietaban y maltrataban los demonios, y con aquel rumor no podían dormir las monjas, y por no desasosegarlas, no quería dormir en dormitorio. Tenía don de profecía, que algunas veces, antes que le preguntasen, respondía al propósito de lo que deseaban saber. Y hablando con personas graves, si le trataban de curiosas preguntas ó temporales deseos, luego se quedaba arrobada

por más de media hora. Puesta (como dicho es) de rodillas, las manos puestas y enclavijadas, tiesa como si fuera de bronce, los ojos abiertos sin pestañear, ni resollar; unas veces con semblante doloroso echando lágrimas como perlas. Y otras veces alegre, con rostro risueño, según los objectos en que estaba meditando cuando le cogía el éxtasi. Tenía su rostro humilde, flaco y descolorido, y aunque no era blanca, ni de hermosas facciones, en los éxtasis alegres, parecía un ángel. Alzándole la toca la Abadesa estando arrobada, se podían contar los huesos, de flaca, y en el cuello traía una argolla de hierro, de dos dedos de anchura, clavada, con un letrero esculpido en el hierro, que decía: Esclava de mi Señor Jesuchristo. Era muy simple en su trato para las cosas del mundo, pero tan sabia á las del servicio de Dios, que todo cuanto hablaban ó le preguntaban, lo enderezaba al dulce amor divino y á las alabanzas de sus infinitas misericordias. Y como su conversación continua era en los cielos, en tratándola de otra cosa luego se transportaba y quedaba tan sin sentido, que no le volvía en sí ningún mal que le hiciesen (1).

Dos señoras viudas, las más principales de Valladolid, muy devotas del Caballero, le pidieron un día encarecidamente que las acompañase á una romería. Tomó su breviario, y desocupándose de

(1) Esta religiosa era la célebre Monja de Carrión, Sor Luisa de la Ascensióu.

obras pías, entróse en un estribo del coche en que iban, sin quererle decir á dónde iban hasta caminadas dos leguas, que le declararon ser su jornada, á ver la dicha monja. El Venturoso se holgó de que fuese su estación acaso y no de propósito, porque no llevando género de curiosidad sería con más devoción. Llegados al Monasterio, fueron bien recebidos de la Abadesa y otras monjas que eran parientas de una de las señoras viudas. Otro día era la fiesta de la gloriosa Magdalena, y predicó un Padre de la misma orden; era viernes, y dando de comer al predicador, la bendita monja, con fervor de devoción, quiso hacerle un par de huevos fritos, y como tardase mucho en traerlos, fueron á la cocina y halláronla de rodillas junto al fuego, inmóvil, como de piedra, arrobada, con la sartén en la mano sobre el fuego con los huevos, sin quemarse y teníala tan asida, que no pudiendo quitársela, sacaron y lleváronse los huevos y dejáronla allí.

Es caso maravilloso los efectos que hacía en ella la virtud de la obediencia, y uno era que cuando la Abadesa la veía en éxtasi, con sólo que en su imaginación ó pensamiento dijese: «En virtud de santa obediencia os mando que volváis luego»; daba la bendita monja un desperezo grande, como que despertaba de un profundo sueño, y volvía puntualmente á proseguir la plática en que antes estaba, dando muestra que no había sentido aquel intervalo de tiempo que estuvo alienada.

Después de comer aquel día, en el silencio de la siesta hasta vísperas, dieron una red de la Iglesia á las señoras y al Caballero á puertas cerradas que no entrasen otros. Mandaron venir la monja y hablaba con cada señora de por sí, consolándolas en sus trabajos y afliciones; pero si le preguntaban cosas que no fuesen del servicio de Dios y provecho de sus almas, luego se quedaba elevada por castigo de sus curiosas ó vanas preguntas, y esto hizo dos veces con cada una dellas cuando la hablaban. Entonces llamaban al Venturoso y la veía todo el tiempo que duraba el éxtasi.

Cuando llegó su tiempo de hablarla á solas llegó el Caballero y saludóla, y viéndola de rodillas y las manos puestas, el rostro sereno y humilde, quedó muy edificado y compungido. Dióle cuenta sumariamente de todos sus ejercicios y deseos de servir á Nuestro Señor más de lo que hasta allí; rogóle lo encomendase á Su Divina Majestad que le diese alguna luz para el estado que debía tomar. La monja estuvo muy atenta á la relación del Caballero, sin arrobarse como en las otras, y le dijo así: «Paréceme que habiéndole traído Dios á la corte por las causas dichas y estando ocupado en ella en obras de misericordia, debe perseverar ahí hasta que su divina voluntad determine otra cosa, diciéndole: «Señor, habladme claro, que yo no lo entiendo, aparejado estoy para serviros». En estos coloquios, que serían poco más de un cuarto de hora, fué

tanta la confusión que tuvo el Caballero y ternura de espíritu, que se apartó della antes de acabar de decir su razón y se puso de rodillas al pie del altar mayor hasta que pasó un torbellino de lágrimas, que dejaron su alma humillada y compuesta por muchos días. Porque tal es el trato y comunicación de las buenas almas. Con esta compunción, volviendo con las señoras á Valladolid, visitaron de camino el Santo Crucifijo de Burgos y vieron las grandes reliquias que hay en la catedral de aquella ciudad; y las señoras viudas, viendo tan compungido al Caballero con la visita de la santa monja, le rogaron hiciese algunos versos para sentir menos el trabajo del camino y hizo la siguiente

LETRA AJENA

Estoy tan hecho ya á errar,
que si en pecar bien hiciera,
no pecara por pecar
y pecando mejor fuera.

GLOSA PROPIA

Una gotera horada
á una piedra, y no es abuso,
ni violencia que puso,
sino el ser continuada,
que esta fuerza tiene el uso.
Así yo, de culpas mar,

aunque me esfuerzo á enmendar,
vuelvo al vómito cual perro,
Y como continuo yerro,
estoy tan hecho ya á errar.
Peco contra el Summo Rey
sin razón, temor, ni lumbre,
y así tan sin pesadumbre,
como si fuera una ley,
de inmemorable costumbre.
Y con una usanza fiera
me arrojo de tal manera
al mal y á la perdición,
de aquel modo y condición,
que si en pecar bien hiciera.
Si por mi bien se tornara
en virtud lo que es pecado,
estoy tan mal inclinado,
que no sé si della usara
por haberla poco usado.
Mas huyendo de acertar,
holgárame de hallar
esta virtud hecha vicio,
porque usando de mi oficio,
no pecara por pecar.
Resulta un deseo injusto
de mi condición malina,
del pecado á que me inclina
á hacer mejor mi gusto
que la voluntad divina.

Y temo (cual Dios no quiera)
que si él mismo me dijera:
peca, y será mi regalo,
no pecara, por ser malo,
y pecando mejor fuera.

Con esta confesión de pecados habituados en nuestra concupicencia y otras razones humildes y piadosas volvieron á Valladolid, y consultando el Venturoso con personas doctas y espirituales si siguiría la Corte yéndose tras ella á Madrid, conformaron en los pareceres con la monja que se ha dicho. Fuése luego á Madrid, porque después de maduro consejo se deben de hacer las cosas con deliberada determinación; que los bien aconsejados, si todavía están remisos é indeterminables, no aprovechan para sí ni para Dios. Es muy necesario que cualquier hombre devoto debe hacer todas las cosas con consejos de varones discretos cuando en algo duda, y más debe creer á los tales que á sí, y debe seguir lo que le mandan y esquivar lo que le defienden, y si bien miramos, nos avisa el Espíritu Santo por boca de Salomón: Oyendo el sabio y tomando consejo será más sabio; bien es menester mirar primero de quién nos aconsejamos, porque el Rey Roboan, de doce partes de su reino, perdió las diez por haber seguido el consejo de mozos y desechado el que le daban los viejos.

Vuelto el Caballero á la corte, luego que le vie-

ron sus devotos y conocidos, le comenzaron á emplear en sus píos ejercicios. Estando ocupado en hacer la Cuaresma tres noches en la semana, pláticas á más de trescientas personas que se recogían en un Monasterio á tener diciplina y en otras obras de misericordia, á 7 de Abril, segundo día de Pascua de Flores, fué llevado con mucha instancia de un señor de título á Galicia á otras obras mayores, con cuya ocasión visitó el santo y milagroso Crucifijo de la ciudad de Orense y la casa del bienaventurado Apóstol Santiago, patrón de España; llegó al Patrón y pasó por el agujero que dicen, y á la vuelta dijo Misa en el mismo altar del dicho Crucifijo; una novena, día del Corpus, con su octava; dicen haber hecho aquel Christo de Orense San Lucas Evangelista de su màno. Tardó en las obras pías para que fué llevado dos meses y diez días. Diéronle treinta escudos y una mula grande presentada, no menos reverente y bien criada que la referida en la jornada de Valencia, porque asimismo hacía sus reverencias y humillaciones dos y tres veces al día, aunque por ser más comedida no se dejaba caer de todo punto con la carga; que había sido criada de Monjes Bernardos y tenía más respeto á los Sacerdotes que la otra, que los cogía debajo; pero ésta los dejaba en pie sin lastimarlos, quedándose ella de rodillas, sin mostrar sentimiento alguno al palo ni espuela, y era tan mansueta, que aunque le hiciesen pedazos la vara en la cabe-

za y metiesen las espuelas hasta los calcañales, no haría caso de injurias. Por no sufrir más della la vendió estando ya en la corte, y volvió de nuevo á sus ejercicios.

En este tiempo la bendita monja, hecha Poeta del cielo, compuso y envió á un su devoto los siguientes conceptos de la soledad interior del alma en estas

REDONDILLAS

Entra con sol soledad,
que aunque el sensible le daña,
otro mayor le acompaña,
que es el de la eternidad.
Sol y edad que son su lumbre,
edad tiene, sube y crece
quien dél alcanzar merece
que le bañe y que le alumbre.
Sol es que con luz divina
puede tanto en este suelo,
que al alma la sube al cielo,
que el sol por cielo camina.
De aqueste sol alumbrada,
pido soledad, y sola
la pido por no estar sola,
sino bien acompañada.
Que, mi bien, fuera de vos
cualquier otra compañía,

soledad la llamaría,
pues algo impide de Dios.
  Que teniendo el mar en calma
tres personas y una esencia,
siempre estará en su presencia
con tres potencias y un alma.
  ¿Es soledad? No la es,
que soledad no hay alguna,
donde hay una para una,
y se hallan tres para tres.
  Entre sí en la soledad
se dan estrechos abrazos;
y allí son los fuertes lazos
que atando dan libertad.
  Allí es todo el desasirse
de todo lo que es humano,
y solo á lo soberano
solo en soledad unirse
  Que cuanto hay más de criatura,
tanto hay menos de Criador;
y tanto dura este amor,
cuanto aquel desamor dura.
  Allí el amor unitivo
junta la parte á su todo,
y el cuerpo por cierto modo
anda sin el alma vivo.
  ¿Y si el alma y Dios son dos,
y por amor una cosa?
Digamos que el alma es diosa,

si es una cosa con Dios.
Y si en soledad la amada
con sólo Dios tiene trato,
será en su celda un retrato
de una bienaventurada.
Así la celda en latín
le prestó su nombre el cielo,
porque hace cielo del suelo
y casi del medio fin.
Nunca está obscura jamás
cuando sola está y se cierra,
porque en sola el sol se encierra
y fuera del sol no hay más.
Mas fuera desta exterior
soledad, razón sería,
hacelle á Dios (alma mía)
otra celdica interior.
Un retrato material
sin yeso, sin piedra y lodo,
sino de espíritu todo,
que es Dios espiritual.
Donde esté siempre metida
con Dios el alma, y su fuego
la haga que ande sin sosiego
sosegada y encendida.
Donde vea no mirando,
y donde no mire viendo,
donde goce padeciendo,
y á do padezca gozando.

Donde sin saber se halle
enseñada del amor,
donde un silencio hablador,
hable siempre y siempre calle.
Donde se encoja y extienda,
y sin turbación se ataje,
donde hay un cierto lenguaje
que lo entienda y no lo entienda.
Donde siempre quede hambrienta,
donde de sed se traspase,
y cuando más de agua pase
la deje sin ser sedienta.
Donde un grande sentimiento
no la deje sentir cosa;
donde estando siempre ociosa
no falte entretenimiento.
Donde siendo piedra viva,
está á Dios cual blanda cera;
donde bien viviendo muera,
y bien muriendo á Dios viva.
Donde esté loca, y sea cuerda;
donde baja esté subida;
donde de amores perdida
más se gane y no se pierda.
Donde guste sin sabor
maná de todos sabores;
donde huela sin olores
lo que huele á todo olor.
Donde sin colores vea

lo que es sin color hermoso,
y sin aire luminoso
se descubre y colorea.
Donde lo que no es sensible,
lo sienta insensiblemente,
y reciba obscuramente
una luz intelegible.
Donde al amor unitivo,
el espíritu inflamado,
le suba, de grado en grado,
al grado superlativo.
Donde enferma esté sanando,
y así esté sana y enferma,
donde vele y donde duerma,
y este dormir sea velando.
Donde viéndose sumida
en aquel profundo mar
encallada con callar,
toda se dé por vencida.
Donde una gran devoción,
con una vista sencilla
tenga poder de subilla
á mirar sin reflexión.
Donde sin hallarse mío,
esté el espíritu en mí,
más lleno de Dios en sí,
cuanto de sí más vacío.
Soledad, que si de Dios
la Esposa es sellada fuente,

mi bien no ha de estar presente,
sino solo á sola vos.
Soledad, porque si es huerta,
por todas partes cerrada,
no ha de estar aportillada
sino sólo al solo abierta.
Soledad que si en desierto
habla Dios al corazón,
en el desierto es razón
que esté solo y muy desierto.
Soledad que si queremos
ver á Dios, cual lo vió Elías,
es bien que noches y días
en vos sola lo busquemos.
Soledad que si esperando
se está al Esposo divino
él no viene en torbellino
sino en aire y silbo blando.

Por esta divina poesía se podrán conocer los grados de perfeción en que tenía Dios aquel alma, que para gloria de su Divina Majestad y que á todos sean notorias sus misericordias, las he puesto aquí y dado copias á muchas personas espirituales.

Cincuenta y seis años tenía el Caballero Venturoso de edad y seis y medio de Corte, cuando comenzaron á faltarle las fuerzas en la cansada vida activa que traía; de modo que cuando se veía cerca-

do de tantos que lo buscaban y se mudaba á otros lugares más escondidos por no ser hallado, luego le descubrían, sin dejarle á mala pena tiempo para decir sus horas canónicas, y esto había de ser de noche, cuando hecho pedazos escapaba de acudir á tantas necesidades secretas y públicas. En este tiempo fué llamado por una señora, mujer de un privado del Rey, para que tuviese cuenta de su padre, que amaba tiernamente al Caballero, y era fatigado de una grave enfermedad. Andaba con él todo el día en un coche, decíale misa en las iglesias de más devoción y comía con ellos.

Aquí se pudo el Caballero escapar de la gente que lo buscaban. Aunque acudían á él muchos pretendientes, porque los favoreciese con el privado y gran Ministro del Rey, que le tenía en casa, excusábase con que no era llamado allí para eso.

Menos consuelo y sosiego tenía el Caballero teniendo cuenta con una sola persona principal, que antes tenía él con la mayor parte de la Corte, y así permitió Dios que el enfermo (aunque tan amigo) le perdió una noche el respeto, y le fué fuerza al Venturoso pedir licencia al privado y retirarse á solas como antes.

Negocio parecía y traza del enemigo antiguo el haber quitado al Venturoso de sus loables ejercicios; trocándole el bien que hacía en común, en un solo particular. Lo cual á la gente de espíritu y letras pareció flaqueza notable huir de la venturosa

batalla agregado con otros obradores de virtud y santidad, y escoger por seguro fuerte un palacio, que otro como él hizo á San Pedro negar á su Rey y Señor, con ser piedra fortísima del fundamento de la Iglesia. Castigó Dios luego á su Caballero con perder la gracia de la casa del privado y el crédito que tenía acerca de la gente espiritual. Pues después que le vieron hecho grande, con coche y criados y á mesa que se comían platos de la misma de Su Majestad, ya no le encomendaban testamentos, ni obras pías, ni le buscaban como solían para valerse de las que hacía antes que se engrandeciera.

Acudió al remedio el Caballero, y retirado en su aposento, comenzó á meter en orden otros libros, como son los siguientes, de más de los ocho referidos atrás:

Libros; 9: Devocionario y ejercicios cotidianos, en latín y vulgar.

10: Flor de sentencias y lugares comunes, en latín y vulgar.

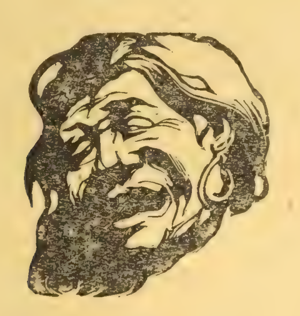
11: Jardín Philosophico de secretos naturales de medicina y cirugía. Virtudes de piedras, de aves, animales y tropelías.

12: Manual de exorcismos, bendiciones y remedios para sanar endemoniados y enhechizados, en latín.

13: Remedios ó avisos para conservar la castidad, en vulgar.

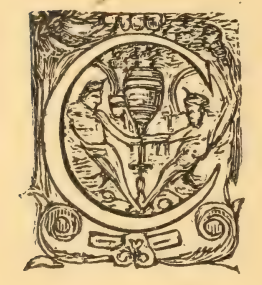
Poco aprovecha la compostura de muchos y va-

rios libros de doctrina espiritual, si no está el ánima compuesta en el amor y temor de Dios. Porque como pondera San Bernardo: «El comer indigesto y que no se ha del todo cocido en el estómago, engendra dañosos humores, no alimenta el cuerpo, sino le corrompe». Así la mucha y varia erudición metida dentro del estómago del ánima (que es la memoria), si no se cuece con el fuego de la caridad y después se digiere, y pasando por las arterias del alma (que son las costumbres de buenas obras) podrá engendrar retorcimientos, dolores de conciencia y hinchazones. Porque siempre que le viniere á la memoria este dicho del Evangelio: «Criado que sabe el beneplácito de su señor y no le cumple, digno es de grande castigo», así podría el siervo de Dios acordarse, con cuánto cuidado y diligencia debe guardar sus sentidos.



AVENTURA XXXVI

Vuelto el Caballero á sus ejercicios, le sucede un caso grave y peligroso y líbralo Dios dél.



UALQUIERA (dice el Apóstol) que quisiere vivir píamente en Jesu Christo, aparéjese á padecer persecuciones, falsos testimonios y calamidades». ¡Válame Dios! ¿que con esas condiciones tan ásperas se ha de entrar por el camino del cielo? Sí, porque el Reino de Dios padece fuerza y los valerosos lo ganan. Que lo que mucho vale mucho ha de costar. Pero el divino Capitán Christo no deja á sus caballeros pelear á solas, que por el mismo Apóstol dice en otro lugar: «Persecuciones padecemos, pero no somos desamparados para que perezcamos». Y el profeta pondera este lugar así: «El que suele estar á la diestra de los pobres, salvará mi ánima de los que la persiguen». Muchos días había que el Caballero descansaba en el presidio de las honras y regalos. Que hablando en razón de espíritu, parecía que había estado como miembro descuyuntado y fuera de su lugar los tres meses de palacio. Y teniéndole asestada la artillería, hiciéronle en el mundo este famoso tiro.

Tenía el Caballero un saludable aceite que se

aplicaba para muchas enfermedades untando con él. Un amigo suyo de la Corte, hombre de Congregación y siervo de Dios, pidió al Caballero fuese á decir los Evangelios y á poner aquel aceite á un hijo de una tabernera conocida suya que estaba ético y desafuciado de los médicos. Fuélo á consolar y dejóle un poco de aquel aceite bendito para que le untase su madre el estómago, los pulsos y riñones. De allí á nueve días murió el enfermo; y como la madre era viuda y no tenía otro, con la vejez, el vino que vendía y la pena desordenada, le acabaron de quitar el entendimiento, é induciendo á una criada suya, se fueron las dos ante un Juez Conservador del orden militar, y se querelló del pobre Caballero criminalmente, haciendo jurar á su criada que él con cierta aceite que la había aplicado había muerto un hijo suyo. Era conocida del Fiscal; ordenan que ponga ella demanda y ellas dos juren por testigos, porque la criada no era suficiente información. Y aunque es verdad que siendo mujeres y la misma parte que pedía, no hacían fe jurídicamente para distraer á un sacerdote y religioso noble y de buena vida, como no lo conocía, mandólo prender. Vigilia del nacimiento de Nuestro Señor, cuando sueltan en visita de ordinario muchos presos, á un hora de la noche lo llevaron preso, secrestándole primero todos sus libros y muebles, sin dejarle más del breviario y el vestido largo que llevaba puesto. Como aquella noche lo pusieron tan encerrado y

aprisionado como á homicida, no fué posible avisar á los suyos de aquel trabajo, sino tener los solemnes maitines en un pequeño aposento sin ventana, con angustia y ansias mortales, que aún interiormente le faltaban los consuelos que Dios suele dar á los inocentes que padecen sin culpa. Y como el día de la alegría el que está triste de mayor dolor le viste: amaneciendo el siguiente de la alegre Pascua, las tinieblas de su repentina é impensada tribulación se la doblaban. Dió luego su aguinaldo al Alcaide de la cárcel eclesiestica, quitóle luego las prisiones y dejólo decir misa en la capilla, donde con mucha devoción encomendó á Dios su justicia. Envió después de comer billetes á los devotos títulos y los demás conocidos, y muchos dellos hablaron y enviaron recaudos al Juez muy apretadamente soltase al Caballero en fiado por las fiestas. Respondía él que era negocio grave y que hasta tomarle la confesión y sustanciar la causa no se podía hacer lo que pedían, pues aún no había héchosele cargo. Todo lo cual impedían las vacantes de las fiestas, que siendo pasadas, se abreviaría con él de modo que se tomase alguna color para darle la villa por cárcel. Con todo se dió orden que acompañado del Alcaide (ó carcelero) saliese el Caballero de noche á sus negocios, porque habiendo parte no podía hacer más.

Para consuelo de sus trabajos tomó el aprisionado Caballero su pluma y hizo esta:

LETRA

Es la mayor discreción
cuando sobran los enojos,
mostrar la risa en los ojos
y el llanto en el corazón.

GLOSA

Fingir es del malicioso,
que con fingimiento engaña,
mas disimular con maña
es del sabio y virtuoso
en quien no hay rancor ni saña.
Y aunque es discreta pureza
no alterarse en la afflición
ni en nada mostrar flaqueza,
alegrarse en la tristeza
es la mayor discreción.

Porque puesto al blanco el ojo
que es Christo que lo permite,
no hay pesar que no se quite,
ni hay persecución ni enojo
en que á Dios por Dios no imite.
Y pues saca cada día
flores de ásperos abrojos,
muy acertado sería
bañarnos en alegría
cuando sobran los enojos.

Por muchas tribulaciones

hemos de subir al cielo,
y en este mísero suelo,
los santos, entre affliciones,
hallaron gloria y consuelo.
Y á veces de estilo vario,
en los más tristes antojos
les era muy necesario,
para vencer su contrario,
mostrar la risa en los ojos.
De la culpa el confesado
quedar libre es ya notorio,
mas la pena al purgatorio
si de lágrimas no ha dado
saludable lavatorio.
Y en esta dudosa calma,
será prudente varón
quien, para ganar la palma,
tiene la risa en el alma
y el llanto en el corazón.

Con esta injusta prisión hizo Dios muchas cosas justas y buenas por manos de su prisionero. Había en aquella cárcel algunos sacerdotes por diferentes causas y algunos sin ellas; y casi todos eran forasteros, pobres y solos, que padecían mucha necesidad. Y como al Venturoso visitaban tantos caballeros y enviaban presentes de tantas partes, de las comidas y regalos repartía con todos, confesábalos, y con pláticas á menudo los reducía á

decir sus horas y celebrar cada día, procurándoles la pitanza de las misas. A los Ministros del Rey y personas graves que á menudo lo visitaban, hacía que á unos diesen camisas, á otros breviarios, que por falta dellos no decían su oficio divino. A otros jubones, zapatos y otras ropas de que estaban desnudos. Y lo que más importaba á algunos de los que entraban allí con esta ocasión, negociaban la libertad de los que, por falta de favor, no alcanzaban justicia, no teniendo quien la solicitase. De modo que ya toda la prisión (como á otro Josef) tenían al Venturoso por padre, hasta los alcaides y porteros. Y para pagar costas y condenaciones de algunos presos, fué parte con su buena diligencia, que muchas damas y camareras de la Reina hiciesen largas limosnas y de otros títulos y consejeros, que hasta entonces en aquella cárcel nunca tal habían visto. Las oraciones y deseos de todos estos presos y de los que entraban de nuevo, repugnaban contra la libertad de su bienhechor, porque temiendo que en saliendo perderían el sustento y socorro que con su presencia tenían, parecía haber alcanzado de Dios que se alargase la prisión del Caballero. Y fué así, que los quince días de vacantes desde Navidad hasta pasados los Reyes, se aumentaron en todos los tribunales por otros diez días más, en que hicieron fiestas Reales á sus Majestades, toros, torneos y justas costosísimas, y que no se vieron tales en muchos años atrás. Pasa-

dos los veinticinco días de huelgas, en solamente cinco de negocios, que fueron por todos treinta días de prisión, conocida ser malicia diabólica, fué dado por libre el Venturoso. Y aunque había quien le aconsejaba diese poder á un procurador, que pidiese ante la sala de Alcaldes de Casa y Corte justicia contra la mujer y criada, por la falsedad, infamia y molestia recebida, todo lo perdonó, porque Dios le había hecho allí más mercedes que si estuviera libre, así en grados de merecimiento de las obras de misericordia que hacía, como en dineros, que aunque gastó en aquel mes muchos, fueron tantos los que le socorrían, que le sobraron para gastar todo el año.

Habíale prometido ayudar á su libertad, con favor y solicitud, un amigo suyo que podía mucho con el Juez, y habiendo faltado á su promesa, dos días antes que le diesen por libre le envió las siguientes

REDONDILLAS

Vélez, corta fué la vela
que velastes á mi cruz,
pues fué vela sin dar luz,
como del que se desvela.
Revelación de palacio,
Corte al fin que corta apriesa,
corta fe, palabra aviesa,
priesa en mandar, dar despacio.

No son del celeste gremio
poner la mano al arado,
que el principio no acabado
no tiene fruto ni premio.
Después de guerra hay vitoria
y del trabajo hay ganancia,
cielo tras perseverancia,
y al fin del salmo la gloria.
Mi gloria, mi fin, mi ayuda,
es mi Señor de Señores,
que en hacerme mil favores
ni se cansa ni se muda.
Tan ciertos, grandes, continos
cual sus generosas manos,
que en faltando los humanos
me acude con los divinos.
Mas como soy sensual,
voime á las cosas visibles,
y en las que son más posibles
sin Dios hallo por bien mal.
Que son fructos de esperanza
puesta en Dios, Dios hace al hombre,
y puesta en el hombre, es nombre
de maldición y mudanza.
Vélez, velad la concordia
do os congregáis, pues resulta
faltar siempre gracia oculta
do falta misericordia.
Sin ésta, el santo ejercicio

es á Dios vano y ligero,
pues misericordia quiero
(nos dice) y no sacrificio.
Esta es vela que contiene
pábilo, cera y luz bella,
y juzgara Dios sin ella
al que en vida no la tiene.
Vela, vela; al arma, al arma,
que hay enemigos y espías,
y al desnudo de obras pías
no hay defensa ni buen arma.
Con todo, mucho agradezco
el bien que en mí comenzastes,
y si también no acabastes,
fué porque bien no merezco.
No offendan vuestras orejas
mis conceptos y gemidos,
que es consuelo de affligidos
lamentarse y formar quejas.

Salido el Venturoso de su felice prisión, fué á posar en casa de un Alcalde de Corte, que, por estar ausente, su mujer, que era su devota y gran sierva de nuestro Señor, le dió un aposento en su casa. Y para que fuese duplicada la merced que Dios le había hecho en padecer sin culpa, de la congoja interior que tuvo en la cárcel, repugnando con el exterior alegre, para disimulalla, se llenó todo de unos diviesos y granos gruesos y pésimos

con calentura continua, y entre sangrías y purgas duró la enfermedad otros veintidós días; siendo la prisión y la enfermedad tan duras y pesadas cargas á la flaqueza humana. Grande es el mérito del enfermo cuando tiene tolerancia y paciencia en su enfermedad, y hace plato de sus dolores á Dios, dándole gracias por ellos. De la manera que la fuerte enfermedad del cuerpo se quita con la fuerte medicina, así la fuerte enfermedad del ánima se quita con la enfermedad del cuerpo.

Don de curación parecía que Dios había dado al Caballero, curando muchas enfermedades en particular, cuando era la divina voluntad, que otras veces no sanaban algunos; y para disimular esta gracia, usaba del aceite bendito que atrás hemos referido. Pero en sus dolencias no se podía sanar á sí mismo, como á muchos santos ha sucedido, según este ejemplo. En el monte de Nitria vivió un varón admirable que se llamaba Benjamín, el cual pasó con muchos ejercicios virtuosos ochenta años de su vida. Fué tanta su santidad, que curaba de todas enfermedades con sólo ponerles sus manos ó dándoles del aceite que había bendecido. Este santo que á tantos sanó, se hizo hidrópico ocho meses antes de su muerte, y su cuerpo se hinchó tanto con otros terribles dolores que sentía, que se podía llamar Job en la paciencia inmensa que tenía, dando siempre gracias á Dios. Era tanta su hinchazón, que con dos manos no se podía abrazar un solo

dedo de su mano. Decía á los que lo visitaban: «Hijos míos, rogad al Señor que mi hombre interior no se haga hidrópico; que este mi cuerpo nunca me aprovechó cosa alguna cuando estaba bueno, ni cuando ha estado enfermo me ha hecho daño. Y estando hecho un espectáculo de admirable compasión, sanaba á cuantos enfermos á él tocaban; porque dice el sabio: La enfermedad grave hace sobria y bien compuesta el ánima.

Ya que pudo tenerse el Caballero en pie, salió de su cámara á visitar la señora de la casa y á decir misa en su oratorio (que era el más devoto y rico de la Corte), para consolar su espíritu cargado de las dos cruces, cárcel y enfermedad. Cuando volvió á su aposento, en lugar de hallar puesta la mesa y la comida aparejada, no halló al criado recebido de ocho días, porque le había robado cuanto tenía en su aposento para su servicio: ropa blanca y el Diurnal, sin perdonarle una colcha de encima la cama. Que no le puso miedo ser la casa de uno de los mayores Jueces de España, y más reguroso contra ladrones; y lo que peor fué, que aunque se hicieron muchas diligencias por alguaciles de Casa, no pareció criado ni hurto. Merced fué esta de la beatísima Trinidad y cura admirable, aplicando á las enfermedades desventuradas del Venturoso purga de tres píldoras sin oro, y descubierta el acíbar, pero cordiales y provechosas, como son cárcel, dolencia sin género de regalo, y

hurto, y aun pluguiese al mismo médico de las ánimas, que aprovechasen tantos remedios.

Para convalecer mejor, volvióse á casa de aquel caballero amigo, que en la Aventura XXXIII hemos dicho que lo tuvo muchos días á su mesa, y hasta entonces le guardaba toda su ropa. Que su devota y discreta mujer no se había descuidado de regalarlo en la prisión, casi cada día. Con la familiaridad y limpieza pasada, volvieron á tener sobremesa coloquios y porfías con el caballero marido, de modo que junto á su casa alquiló otra el Venturoso, y mudó su ropa, y se abstenía de ir á comer con ellos, ni entrar en su coche como antes; porque con la mucha amistad parecía que marido y mujer le querían traer tan sujeto por la tabla que le daban, que le trataban y reñían ya como á criado ó capellán, y la señora, muy confiada de que era amada con extremo dél, le hacía chazonetas, trayéndole al redropelo. Pero el enfermo Venturoso, que se hallaba sano del cuerpo y de la voluntad, envió á la señora este

ROMANCE

Jerónima, no me espanto
que me echéis coplas riendo,
pues anda el mundo al revés;
¡cuchilladas al maestro!
Si me hacéis bailar sin son,

mejor saltaré tañendo;
va de coplas y veréis
si á coplas nos entendemos.
Fuera dellas los quilates
de vuestro tan raro ingenio,
serán más que veinticuatro
en tocar tibar del cielo.
Ingenio de azúcar candid,
de perlas, coral y encienso,
que el mío de filigrana
servirá de liga al vuestro.
Que aunque cobre, el oro fino
no se labra bien sin esto;
ni el precioso diamante,
si no es con su polvo mesmo.
Preguntástesme la causa
de mi mudanza y silencio,
de la mesura en hablar,
del no asistir como suelo.
Del no querer vuestra mesa
ni ir en coche con su dueño;
pregunta ha sido excusada
á tan grande entendimiento,
Que quien sabe adivinar,
más sabrá viéndome el juego;
pero esta vez confiada
echastes de falso el resto.
Y por no perder yo el vale,
híceme fuerza en quererlo,

ue tengo cincuenta y cinco
de tiempo, experiencia y seso.
Vos me mostrastes jugar,
y sé ya si gano ó pierdo,
aunque no sé bien contar,
como veréis deste cuento.
Entré á visitar un día
á un muy fatigado enfermo,
y vide encima su cama
un ángel de humano cuerpo,
Que llorando le curaba
con tan amoroso pecho,
que como una piedra imán
tiró su virtud mi hierro.
Ablandóme su valor
(que hasta allí fuí de acero),
y quedé como arrobado
transportado en tal objeto.
Del acíbar hice miel,
antídoto del veneno,
seguridad del peligro,
paraíso de un infierno.
Que donde hay amor divino
al humano hace honesto,
aunque es cosa peligrosa
el estopa junto al fuego.
Mas como la voluntad
iba temblando de miedo,
de no caer en el lazo,

de la á quien pagamos senso,
Escapéme por los pies,
cual suele un ciervo ligero,
y matóme Dios la sed
con las aguas del Leteo.
Quedé más libre que el Rey,
siendo un pobre racionero,
y ya de hoy más, con mujeres
ni me tiro ni me llevo.
Reíos de aquí adelante,
que yo lloraré mis duelos
de aquel tiempo que perdí,
aunque me ha hecho maestro.
Mi señora, en conclusión,
si de trataros me abstengo,
es para gozaros más
seguramente en el cielo.

La sal del agua es, y si al agua se acerca, se deshace, y perece; de la misma manera el sacerdote ó persona espiritual nació de las mujeres, y si se acerca á ellas, se deshace y acaba en ellas, de tal manera, que ya no es más espiritual.



AVENTURA XXXVII

Sale de la corte el Venturoso con intención de no volver á ella, y va conquistando trances de varia fortuna.



UIEN quisiere venir tras de mí (dice Christo) niéguese á sí mismo, y tome su Cruz y sígame.» De aquí conocemos que á sus dicípulos y más fieles siervos no les ha prometido otra cosa en esta vida sino Cruz, que son tribulaciones y trabajos. Y ponderando esto San Agustín, nos avisa: «Que toda la vida del christiano (si quiere vivir según el Evangelio) no es otra cosa que cruz y martirio»; muy al revés del mundo, que á los suyos no les promete esto, sino riquezas y placeres. Así, no es maravilla que toda la vida del Caballero Venturoso haya sido y sea un *per signum crucis*. Cruz en la frente, padeciendo con todo el entendimiento, memoria y voluntad. Cruz en la boca, no injuriando ni maldiciendo á sus enemigos, ni quejándose de Dios, ni mostrando palabras de impaciencia en padecer sin culpa. Cruz en los pechos, sufriéndolas con buen corazón y pecho, mostrando lo grato y grande en los mayores trabajos, honrán-

dose con tal hábito, como teniente de El de la gran Cruz, que sin ella no hay encomienda de tierra ni de cielo.

Había conocido el Venturoso, por la larga experiencia, que sería grande servicio de Dios hacer en la Corte de Su Majestad un Hospicio ó albergue en que se recogiesen muchos sacerdotes pobres mendicantes que distraen el hábito sacerdotal, pues ya los hay hechos para viejos seglares, para mujeres y para niñas, y otro de mochachos. Y sólo faltaba para ministros de Jesu Christo y gente dedicada á su servicio; que cuanta es mayor la dignidad, sobrepuja la necesidad y obliga al remedio. Y por falta deste resultan muchas ocasiones de cometer ofensas de Dios destos tales, estando en casa de posadas y en mesones. Y en este Hospicio, no sólo se podían recoger los pobres viejos sacerdotes y ermitaños virtuosos, que forzosamente concurren á sus negocios, manteniéndolos y ayudándolos á sus breves despachos, pero también examinar sus licencias, dimisorias, vidas y costumbres, y, no siendo buenas, corregirlos y hacerlos salir de la Corte. Y por otra parte se evitarían muchos escándalos de muchos clérigos y ermitaños extranjeros y naturales vagabundos y apóstatas de Religiones incógnitas que, debajo de color de santidad, con fingidas necesidades, van pidiendo por el Palacio Real, Casas de señores de título, por las iglesias y puertas de las comedias, y aun se extienden por las plazas,

tiendas y casas ordinarias, cuyo fin de muchos destos es juntar dinero con hipocresía, como cada día se han descubierto y descubren muchos engaños.

Tuvo suerte el Venturoso de alcanzar la intercesión de la serenísima Infanta para pedir esta merced á Su Majestad. Púsose dificultad en hallar casa y dinero para hacer este Hospicio, y luego deparó Dios un caballero consultado en un gobierno, que ofreció mil escudos de limosna para esta obra pía, si lo proveían en el oficio: trabajó seis meses en esta obra. Fué remitido su memorial al Vicario general, el cual, por parecerle poca la cantidad de limosna para obra tan grande, no hizo buena relación y echólo todo por tierra. Cansóse con esto el Caballero, mucho más de lo que estaba, y deseaba con todo extremo que Dios le sacase de aquella Babilonia, donde cada día crecían los trabajos y menguaban las fuerzas.

Un Duque de Aragón buscaba en este tiempo una persona tal que le pudiese fiar dos hijas únicas suyas y herederas de su estado, mochachas, para mostrarles letras, crianza, lenguaje cortesano y político, porque no tenía más hijos, para lo cual ofrecía grandes partidos. Hablaron al Caballero sobre esto, el cual pidió veinte días de término para determinarse. Consultólo con personas espirituales, y encomendándolo á Dios en sus juntas y congregaciones, y advertidos todos de cómo en Zaragoza se

haría mucho servicio á Dios introduciendo las obras pías y ejercicios espirituales del modo que se hacía en Corte y con más como comodidad imprimir sus libros, fué aconsejado de todos que aceptase la comodidad que se le ofrecía, y con la bendición y gusto de todos sus amigos salió de Madrid para Zaragoza con los Duques y sus hijas, haciéndole muchos favores y regalos. Viniendo caminando cerca de los pueblos del Duque, el Caballero iba sentado en un estribo de una carroza de la Duquesa, que le iba contando la batalla en que se perdió el Rey de Portogal en Africa, durmióse el cochero y los caballos, al querer entrarse por una viña, subieron la carroza por unas paredes della, de modo que en un momento la volcaron de arriba abajo: la Duquesa y el Caballero cayeron juntos los primeros y cuatro criadas, y toda la ropa y cofrecillos encima; corrieron gran peligro de ahogarse, porque un cuarto de hora se tardó en sacarlos; que por estar de cabeza y los pies derechos arriba, y si no era tirando de las piernas no hallaban modo para sacarlos: sacaron al Caballero sin lesión alguna; á la Duquesa herida en la frente, y las criadas lastimadas; y peor libró el cochero, siendo bien apaleado. Llegaron al pueblo, donde hubo solemne recibimiento, y después de una regalada y epulenta comida dada de los vasallos á sus señores, uno de los caballeros, gran poeta, dió al Venturoso para que glosase esta

LETRA

El que no tiene ventura
aventúrese á buscalla,
porque si no se aventura
no se espante si no halla
salida á su desventura.

GLOSA

Dios manda que le pidamos
porque entonces nos darân;
llamando nos abrirán,
y buscando lo hallamos
entre trabajos y afán.
Quien esto hacer procura
es venturoso y ufano
en suerte y dicha segura,
y sólo es el mal cristiano
el que no tiene ventura.

Ventura es estar en gracia
de Dios, sumo bien eterno,
gozando su amor paterno;
y el estar en su desgracia
es desventura é infierno.
Mas quien sin gracia se halla
por culpa y mortal dolencia
y quiere recuperalla
por medio de penitencia,
aventúrese á buscalla.

Y el mejor aventurarse

es ir con su cruz tan mixto,
que, imitando á Jesu Christo,
pueda ir con él á gozarse
como en los santos se ha visto.
Que el que su suerte asegura
se pone á perder también;
mas quien ganancia más pura
de balde quiere le den,
¿por qué? si no se aventura.
Lo que es mucho en esta vida
mucho nos ha de costar;
y para poder hallar
la gracia estando perdida,
gracia ha de haber singular.
Si con continua batalla
se halla difícilmente
cualquier virtud con buscalla,
quien no busca diligente
no se espante si no halla.
No hay desventura ni hados,
planeta, clima ni signo,
desgracia, suerte ó destino,
que no estén subordinados
á solo el querer divino.
Así cualqüier criatura
que fuera de Dios está,
si entrando á servirle dura,
con esta entrada dará
salida á su desventura.

A pocos días que aquellos señores visitaban el pueblo principal de los suyos, mandaron hacer justicia de dos vasallos moriscos salteadores, y el Venturoso quiso ayudar á los religiosos, que se fatigaban para que muriesen como christianos, instruyéndolos y confesándolos, aunque el principal que ahorcaban primero no les aprovechó diligencias para que muriera católico. El día siguiente habían de justiciar al segundo, y no querían el cura ni los religiosos cansarse más, porque les parecía tiempo perdido, teniendo experiencia grande de que vivían y morían en la seta de Mahoma. Pidió el Venturoso al Duque le dejase aquella noche gastarla toda con el condenado á muerte, que la cárcel era dentro de Palacio; hízose así, mandando á las guardas que le dejasen con el preso toda la noche del modo que quisiese. El Caballero, encomendose á Dios muy de veras, pidiéndole auxilio y fuerzas para tan alta empresa, como es ayudar á salvar un alma; cumplido con sus obligaciones, á tres horas de noche toma un Crucifijo de un palmo que traía de ordinario, y entra en una cámara pequeña donde tenían el condenado; hace que le quiten esposas de las manos y cadena, quedando sólo con los grillos: ya la Cofradía de la misericordia tenía un cirio grande en un candelero, que da luz al aposento: sentóse luego en una silla y dijo á las guardas que cerrasen por defuera la puerta. El morisco sentóse en el suelo con las manos enclavijadas por encima

las rodillas; todo su fin era quejarse y condolerse de su muerte. Por más de un hora el Venturoso lo dejó sin decirle alguna cosa, y cuando le vido ya callar de cansado, sentado como estaba en su silla, sacó el Cristo, y poniéndoselo delante, á vista del otro, y dándole Dios en el mismo punto un gran río de lágrimas, con una compunción intrínseca, como si él fuera el propio ajusticiado, llorando amargamente se confesaba á Dios por grandísimo pecador, y con palabras tiernas y dolorosas le demandaba misericordia. Fué aquí la Providencia divina usando de su acostumbrada clemencia, ordenándolo de modo que durase en el sacerdote este acto de contrición cuanto bastó para mover al obstinado morisco, el cual antes de un hora lloraba junto con él, y pedía con las propias palabras también misericordia á Nuestro Señor Jesu Cristo. Díjole el Caballero: «Ya la alcanzaréis, hermano mío, si os confesáis de vuestros pecados, porque no podéis ser perdonado por otro camino.» Respondió él: «Si no he vivido como cristiano ni confesado verdad en cuarenta años que tengo, ¿cómo quedando tan pocas horas hasta mi muerte me podré acordar de tantos pecados?» Dijo el Venturoso: «No tengáis vos pena ni cuidado deso, que (con ayuda de Dios), en pocas horas os desmarañaré vuestra conciencia, de modo que os vengan á la memoria cuantos pecados graves hecistes desde el uso de razón hasta hoy, por una confesión general.» Movióle Nuestro

Señor el corazón, y con mucha contrición y lágrimas se comenzó á confesar generalmente, acusándose con tanto sentimiento que parecía un Dimas hablando con Cristo. Y aunque aquella pobre alma había estado toda su vida en las tinieblas del paganismo, en habiéndole el sacerdote absuelto de todos sus pecados, alcanzó de Dios tal luz que al mismo confesor compungía y movía á gran ternura de espíritu con las señales que mostraba de su verdadera conversión, y el que había sido moro toda su vida, decía ya por su boca sentencias y palabras de admiración notable, que, venido á noticia del pueblo, concurrían á verlo y oirlo frailes, clérigos y lo más florido de la villa, con tanta admiración y edificación, que se dilató medio día más la ejecución de su muerte. Y por haberle hecho Dios tanta merced, se la hizo asimismo el Duque, de que no le hiciesen cuartos, á que estaba condenado. como habían hecho á su compañero: murió ahorcado, reconciliándose antes, y abrazado con el Christo predicaba al pueblo, diciendo: «Que si cien vidas tuviera las diera todas por Dios, en discuento de sus pecados», y los más graves los volvía á confesar al pueblo, justificando la sentencia que le era dada, pues merecía muerte más atroz. Después de vísperas fué quitado de la horca, y con Cofradías, Gobernador, gente noble de Palacio y lo mejor del pueblo, se le hizo honorífico entierro en la Parrochial, con música y muchas misas de las largas li-

mosnas que se juntaron cuando le llevaban á justiciar.

Aquí hay que considerar los altos y secretos juicios de Dios: dos hombres infieles, y condenados á una misma pena por un mismo delito, uno muera obstinado, y pagano; y el otro se convierta á Dios, y dé muestras de ser salvo. Aquí no hay otro saber por qué, con entendimiento humano; sino como dice San Pablo: «Acertamos en que nos cupiese por suerte que nos llamasen predestinados, según el propósito de Aquél que obra todas las cosas según el consejo de su voluntad.»

Llegó el Venturoso con sus Duques á Zaragoza, y dijo luego misa en la angélica casa de Nuestra Señora del Pilar; y por algunos meses duró en esta devoción: supo el sacristán de aquella santa casa cómo hacía versos, y pidióle algunos para poner en su oratorio, y meditar en ellos, y dióle las siguientes

REDONDILLAS

En tres cosas pensarás
si quies vivir continente:
en quién fuiste, y al presente
quién eres, y quién serás.

Que fuiste de hombres humanos
hecho de una vil materia;
que eres saco de miseria
y serás vuelto en gusanos.

Un considerarte eterno
sea todo tu ejercicio,
en la muerte, en el juicio,
en la gloria y el infierno.
Dos ciudades considera:
una de eternos tormentos,
otra llena de contentos,
y de gloria verdadera.
Y que de necesidad,
á una destas dos has de ir
eternamente á vivir;
escoge á tu voluntad.
Que con aquesta memoria
tú vivirás de tal suerte,
que venga á darte la muerte
la eterna ciudad de gloria.

Como ya no se comía á costa de vasallos, ni entraban los regalos y presentes á los señores que solían en sus pueblos, comenzó el Caballero á gustar la fruta de palacio, que había ya ocho meses, que se hallaba más gastado dél en la virtud, que el palacio aprovechado de su doctrina; pidió licencia, y salióse dél en paz, á buscar la de su alma, en un cuarto de casa que le dió una señora viuda. Y no hallando en la ciudad el aparejo y disposición de comunicar los ejercicios de la Corte, estábase retirado en sus aposentos con su criado, ocupado casi todo el día y noche en sus estudios, sin salir de casa, sino á decir misa, y al sermón.

Aquí escribió de su mano un libro grande en dos cuerpos, llamado *Arte de Exorcistas*, con la doctrina de cómo sean posibles las espantosas obras del demonio, y de sus hechiceras y brujas; con diversos exorcismos, bendiciones y remedios espirituales, naturales y medicinales; para curar y sanar (con ayuda de Dios) endemoniados, demonios arrimados, illusos, asombrados, enhechizados ligados en matrimonio, embrujados, casas molestadas de demonios ó duendes; contra granizo y tempestades, langostas, y todo animal dañoso; para melancolía, mal de ojo y toda suerte de calenturas, sacado de sagrados y diversos autores.

Muy enojado estaba Satanás contra el Venturoso, viéndole tan ocupado en hacerle guerra, y así no menos estudio tenía el maldito en buscar lazos como derribarlo por tierra; y por permisión divina, le armó el siguiente. Encontrólo un día en la calle un mancebo muy galán con cuatro criados; llegó á quererle besar la mano al Venturoso, que con dificultad se defendió dello, y con mucho contento le dijo: «¿No me conoce vuestra merced?» «No por cierto», respondió el sacerdote. «¿Cómo así?» dijo el mozo. «Soy su hijo de penitencia, que me confesó en la Corte, y, por más señas, tenía en su oratorio un Cristo grande y estas cosas.» Dijo el Caballero: «Así es todo eso; pero como trataba con tantos, no me acuerdo haberlo visto otra vez.» De aquí tomó ocasión aquel mancebo para trabar amistad,

diciendo que era caballero, y se llamaba don Tal de Tal y Tal, los mejores linajes de España, y añadía esto: que era sobrino de un Grande. Creyendo ser así el Venturoso, fuélo acreditando con los señores de título, y caballeros de aquella ciudad. El mozo dió muestra de que despachaba un correo á su costa á la Corte, y mostró una carta que enviaba al Grande, que llamaba tío, pidiéndole dineros, y que agradeciese mucho al Caballero Venturoso lo mucho que hacía por él. Pero como dice un proverbio, «El codicioso y el tramposo se encontraron», creyóse el sacerdote, no sólo que hacía servicio á Dios, pero que ganaba la amistad de aquel Grande de la Corte; con esta confianza convidaba á comer en su casa al mancebo, regalábalo sobre manera con cosas de valor, y le prestaba dineros cuando se los pedía. Un día atentamente consideraba los términos innobles del mozo, y en especial que su familia tenía esta singularidad. El criado mayor, que era mayordomo, era muy sordo, y mozo. El segundo, y camarero, era mudo, que se hablaban por la mano. El tercero era un ciego, que veía sólo la lumbre, y servía de acompañar, de tañer y cantarle cuando estaba á la mesa. El cuarto era un mochacho recebido poco había en una villa cerca de aquella ciudad. De aquí le dió temor, y escribió á la Corte á la persona que decía ser su tío, del cual tuvo respuesta: que no lo conocía, ni sabía quién era; que mirase no le engañase en más

cantidad. Corrigiólo un día el Caballero fraternalmente; él esforzaba su parentesco y nobleza con las mayores ficciones y embelecos que se vieron. En este tiempo fué preso, por muchos hurtos, estafas y engaños hechos á sacerdotes, y á casadas, y á otras personas, que pareció ser gran embustero. Llamó la justicia á las partes á quien aquél había hecho engaños y quitado honras, para fulminar su causa. Fué llevado el Caballero y declaró en qué modo le había cogido quince escudos y cosas de comer de valor, y dijo su dicho con intención de que se los mandasen volver. Súpolo el preso, y á un Prelado de una estrecha religión, que traía también engañado, yéndolo á ver á la cárcel, le persuadió á que llevase un memorial al Arzobispo contra el Venturoso, acusándole que había jurado en causa criminal, siendo sacerdote, sin tener licencia del Ordinario, y que componía libros de nigromancia. Como el religioso que llevaba el memorial era persona de fama, de letras y opinión, y el oficio que hizo en favor del preso, el Prelado, de más de ochenta años, violento y terrible, que no conocía á las partes, sino sólo la buena fama del religioso que tenía crédito para mucho más, y abonaba al preso agravando la culpa del Venturoso. Indignado el Arzobispo demasiadamente, envió con un paje á llamar al Caballero, y después de haberlo reprendido ásperamente, sin oille palabra, le mandó ir preso en casa del Alcaide ó carcelero que estaba dentro de casa, haciéndole

secrestar sus bienes y llevar á su Vicario todos los libros y papeles, para que se buscasen en ellos las nigromancias de que era acusado. Hubo demandas y respuestas sobre no tener jurisdición el Ordinario sobre el Caballero. Nombróse juez conservador, y en este tiempo se dieron priesa á ver los libros y papeles. En estos días salía el Venturoso á decir misa cada mañana á la capilla del Arzobispo, y acabando un día de decirla, preguntáronle los capellanes de casa cuándo lo soltarían; respondió el Caballero: «Cuando Dios llame á juicio al Arzobispo, y antes no tengo esperanza.» El día siguiente le dió una calentura, llamaron los médicos y hicieron que confesase y testase. Envió luego el Juez conservador un requerimiento, y censura al Vicario general, para que sin auto ni cosa escrita soltase al Venturoso de la reclusión en que estaba; y viendo que ya se moría el Prelado, al momento le mandó echar en la calle libre y sin costas. Esto fué al tercero día de la enfermedad, y al seteno murió. Pasados dos meses fué condenado el delincuente que le engañó y acusó, en vergüenza pública y seis años de galeras, por sus pecados y delitos. Viendo el Caballero cómo en todas partes jugaba con él el mundo á la pelota, confuso y espantado de las cosas que se le levantaban debajo los pies, tomó la pluma, y escribió las siguientes

REDONDILLAS

Vanidad de vanidades,
miseria de las miserias,
lacerias de las lacerias
siglo lleno de maldades.
Mundo inmundo de intervalo
falso, y de firmeza ajeno,
para solo malos bueno,
y para los buenos malo.
Todos sus muchos son pocos,
sus larguezas muy avaras,
con cara cara, y dos caras,
loco que hace cien mil locos.
Dichosa el alma oprimida
que con celestial decoro,
echa la capa á este toro
para escapar con la vida

Fuése el Caballero á tener la Semana Santa á un monasterio de Cartujos, dos leguas de la ciudad, y fué muy regalado del Prior, que era un santo religioso. Pidió el hábito, y aunque al principio le dieron buenas esperanzas, aconsejándole que trabajara primero de imprimir sus libros, porque después en el convento no había remedio. Como esto no pudo tener efecto por la muerte del Arzobispo, menos lo tuvo el recebirlo. Vino á su posada y dióle una

enfermedad de pujamiento de sangre que se le hinchó la garganta, y fué necesario á muchas sangrías evacuarle la calentura y hinchazón, y entre tanto que el criado proveía la casa, dejándose su aposento sin llave, entró algún necesitado y remedió su falta con llevarse un vestido del Caballero y una sábana de la cama del mozo.



AVENTURA XXXVIII

Parte el Venturoso á Barcelona y sucédenle varias aventuras.



AUNQUE es verdad que los santos del Testamento Viejo, con la fe de Cristo que había de venir, y santos y loables ejercicios, alcanzaron verdaderas virtudes y victoria de las pasiones, pues eran tales (como dice el Apostol), que el mundo no era digno de tener tales hombres, mas quedábales unas flaquezas, unos temores humanos, un miedo de las tribulaciones, un horror de la cruz, que bien descubrían no tener las pasiones tan perfectamente mortificadas, ni los afectos humanos tan cumplidamente rendidos con la divina gracia. ¿Qué temores tan grandes tuvo Jacob de su hermano Esaú? Moisés, ¿cómo se afligía y angustiaba con la carga del gobierno que Dios le había dado? El gran profeta Elías, perseguido de Jezabel, ¿cómo sentía aquella persecución, y con qué afición y angustia tan grande pedía á Dios que lo sacase desta vida? El profeta Jeremías, santificado en el vientre de su madre, ¿cómo temblaba de miedo de la cárcel, y con qué

lástima rogaba al rey Sedechías que no lo echase en ella? El santo Job y el santo Tobías, aunque tuvieron grande y admirable paciencia en sus tribulaciones, ¿mas qué sentimientos tan tristes, tuvieron en ellas? Y en la ley Evangélica, vemos en los santos tan mortificado el temor humano y el miedo de la cruz, que no solamente no se angustiaban con los trabajos, ni temían las cárceles y tormentos; antes amaban las tribulaciones, y deseaban las penas, y se consolaban y gloriaban en las persecuciones, y se ofrecían á las cárceles y muertes; y se alegraban y deleitaban en los tormentos gravísimos, aunque durasen muchos años. Y todo esto es, porque después que el Hijo de Dios padeció y murió, comunica por los medios que usa la ley Evangélica muy más copiosa gracia y mayor abundancia de dones y favores divinos; y por esto obra más excelentes y admirables efectos en las ánimas. Por habernos Cristo merecido con su muerte la venida del Espíritu Santo, que fué la comunicación plenísima y abundantísima de todos los dones de gracia.

En lo que hasta aquí nuestra historia ha discurrido de las adversidades del Caballero Venturoso, se echara de ver, como si tenía el miedo natural á las tribulaciones y cárceles, como los santos dichos de la ley vieja, pasados aquellos humanos y primeros movimientos, conformándose con los santos de la Evangélica ley, se resignaba á la voluntad divina, y con suavidad y tranquilo ánimo, padecía y se

disponía para sufrir mayores trabajos por amor de Dios y discuento de culpas.

Un caballero principal y señor de lugares, no tenía heredero, porque su mujer le había mal parido antes de los cinco meses algunos hijos, tenía devoción con el nuestro Venturoso; antes de llegar al tiempo que solía peligrar, comenzóle á decir unas misas á este fin, y prestóle una piedra de gran virtud para bien parir, y quisieron los señores que el Venturoso tuviese á la señora mientras paría, porque cada vez llegaba á peligro de muerte. Hizóse así, y aunque con muchas horas de trabajo y dolores nunca vistos, parió un hijo vivo, que fué el contento de toda su casa y deudos. Andaba el Venturoso de partida, y el buen caballero tan corto con él, como contento con su hijo, ni le regalaba para el camino, ni le volvía su piedra, y fué fuerza que le enviase estas

REDONDILLAS

Desde que entré en Zaragoza
siembro doctrina y servicios,
y otros buenos ejercicios
con que el alma se remoza.
Y aunque es el premio divino,
no me pienso mas cansar,
en sin fruto, el fruto echar
en zarzas, piedra y camino.

Misas, piedra, ayuda y fuerza
sembré en vos sin tener medro,
y ahora aunque vuelva piedra
sacaré fruto por fuerza.
Presteos por obligaros
mi piedra para parir,
y al fin me hacéis decir
que fué por más enduraros.
No reparo en niñerías,
mas por daros regocijos
os llamo: Fecundo en hijos
y estéril en obras pías.
Dura fué en parir la madre
hijo que hará maravillas,
que en nacer en mis rodillas
dará más bien que su padre.
Siendo más beato el dar
que el recebir, con razón
los señores de Aragón
me podrán beatificar.
Beato aquel que merece
gloria, que el dar asegura,
que al que el beneficio endura,
mi verso no le enternece.

Como fuego obraron estos versos, ablandando el frío y duro hierro de la condición de aquel señor, y leídos, envió luego la piedra y la limosna de las misas, sin poner nada de su casa.

En este tiempo, ya tenía el Venturoso parecer de personas doctas y espirituales, de partirse para Barcelona, para dar algún principio á las impresiones de algunas de sus obras que fuesen del servicio de Dios, y bien común; acertaron á pasar dos Grandes de Castilla á embarcase, y fuése con ellos hasta Barcelona. Entrado en ella, fuése á una casa de posadas, con grandísima agua y obscuridad de la noche, y en ella, halló un caballero de Sansueña amigo suyo, que venía de Roma con una ración de mil ducados de renta que un tío suyo le había alcanzado del Papa; holgarónse seis días los dos, en los cuales el Venturoso hizo al prebendado las siguientes

OTAVAS

Con vuestra Cortés Mesa me habéis hecho
muy más que Venturoso Caballero,
que la sangre Cortés da con buen pecho
la Mesa que es su título primero.
Si vos Mesa Cortés venís ya hecho
de vuestra patria, y mía Racionero,
de esa ración, no es mucho que deis Mesa
á quien en ser cual vos Cortés profesa.

Suele ser de la mesa repartida
la ración que se da en la clerecía;
en vos Mesa, y ración está incluída,
linaje, discreción y cortesía:

La ración os da Dios bien merecida,
dándoos primero fe y caballería;
y sirviéndole en todo en este suelo
no parara en subiros hasta el cielo.
  Ya por merced de Dios tenéis prebenda,
por Mesa la ración para ponella,
por Cortés la nobleza y la hacienda,
para poder comer sentado en ella,
gustad con discreción y corta rienda
de los sainetes que resultan della;
que dignidad de suyo desvanece,
y en lugar de humillar ensoberbece.
  Difícil es ganar al hombre humano
por temporales bienes los del cielo,
que no hay dos glorias (como es claro y llano)
gozar de Dios, gozando deste suelo;
si no es quien su juicio soberano
permite que en los dos tenga consuelo,
que claramente al que es predestinado
acá y allá lo suele hacer honrado.
  Mirad, que esa Ración calificada
puesta en tal Mesa, y en tan buena tierra,
ha sido de otros buenos deseada,
y ganada de vos sin hacer guerra:
así esa juventud ocasionada,
si el freno de razón en sí la encierra,
tendréis la discreción y buen consejo
del mozo sabio, que es en obras viejo.
  Viviendo con recato, regla y cuenta

como cristiano en proceder perfeto,
quien os hizo alcanzar ración y renta,
os hará Obispo y Cardenal eleto;
y pues la Mesa en vos también se asienta,
sentaos Cortés en ella tan discreto,
que entienda el vulgo que en edad tan tierna,
honráis la Patria y conquistáis la eterna.

SONETO

Vení á la Mesa, Cortesana gente,
seréis de mil potajes regalados;
que en seis dorados panes son cifrados
hechos de masa noble y sal sapiente.
Veréis por orla un ánimo valiente
de ocho montantes largos y cruzados,
y tres bastones con que tres soldados
defendieron un fuerte fuertemente.
Por lo cual los Corteses se llamaron,
y Mesas, por sentarse á Real mesa,
de que realmente hasta hoy triunfaron.
Su escudo destas armas lo confiesa,
con tantos hechos célebres que obraron,
cuya fama en los siglos queda impresa.

Partió el Caballero Cortés contento con sus versos, y el Venturoso hizo presentación de tres libros ante el Ordinario para que se diese licencia de imprimirse. Miradas á prima faz estas obras por el

Obispo de aquella ciudad, le mostró afable y benigno rostro; y por ser muy inclinado á las letras, le cobró desde la primera vista al Venturoso singular afición y voluntad tan grande, que no lo dejaba apartar dél cuando cuando lo visitaba. Tardábanse de ver los libros, y por la mucha gente forastera de los grandes, y otros pasajeros y gente de guerra, iban muy caras las posadas; para acordar al Prelado la costa que hacía esperando las censuras de los libros, que tardaban casi dos meses, envióle este

SONETO

De tres potencias diosas de vuestra alma,
illustrísimo Joan, por ley histórica,
dais solo entendimiento á mi retórica,
memoria y voluntad dejando en calma.
La faz benigna que no extiende palma,
es afable y gentil más que Católica;
por esto acogí yo vida Apostólica,
para ganar sin dar corona y palma.
Mi caudal es pobreza voluntaria,
vocación, no á poblado, sino á yermo;
yo siempre firme, mi doctrina es varia.
Dilación en posada es duro sermo
contra el honor y expensa necesaria,
mi espíritu está pronto, el cuerpo enfermo.
Hecho estoy estafermo
de encuentros de señores, y sé cierto
que aunque me aciertan, nunca les acierto.

Cayó muy en gracia al Santo Obispo este soneto, porque ya la tenía su dueño con él en todas las cosas; y así mandó que se viniese el Venturoso luego á posar á un cuarto de su casa nativa, donde no se hacía costa más que en la comida. Plantó allí su oratorio y guardaba la misma clausura que en su desierto. Díjole un día el Prelado que si quería ser solitario en su obispado, que buscase ermita ó sitio, que él lo reedificaría ó repararía y le daría el sustento; para lo cual partió un canónigo con el Venturoso á buscar un día por el distrito ermita, una y dos leguas de la ciudad, y aunque hallaron solas dos dellas ocupadas, certificaron los ermitaños dellas que los bandoleros les quitaban todo cuanto tenían, hasta los alpargates, y los pedazos de pan duros de su sustento, y probábalo bien la pobreza que los ermitaños tenían, que no valía todo su caudal y muebles cuatros reales. Pues como el Caballero había de tener librería, vestidos y los adornos de su persona y del altar como Sacerdote, no se atrevió á quedar en aquel Reino, no habiendo siguridad en el campo. Sólo en algunos banquetes solemnes convidaba el Obispo al Venturoso, y en el demás tiempo no le hacía ningún regalo, sino mandarle dar pitanzas de las misas que decía en su capilla, y por estar la ciudad cara, no bastaba para amo y criado, y fué menester significar la necesidad que había con el siguiente

SONETO

Con hambre canta en jaula el pajarico,
con hambre el animal caza y balea,
con hambre el español mejor pelea,
con hambre come á gusto el grande y chico.
Con hambre gana el cielo el pobrecico,
hambre de Dios al justo hermosea,
con hambre el alma al cuerpo señorea,
destas hambres no goza el duro rico.
Muy poco cura el harto del ayuno,
y Marta buena está después de harta,
pero á la buena hambre no hay pan malo.
Hambre es discreta, y santa si no es harta,
y esta hambre al cortés hace importuno,
que no puede sufrir hambre intervalos.

Acercábase en este tiempo la Semana Santa, fuese el Caballero á tenerla á un convento de Cartujos que estaba dos leguas de la ciudad, con intención de pedir el hábito, y cuando fué allá, halló que estaban en elección de Prior, y el visitador que lo hacía era el Prelado del monasterio de Zaragoza que el año atrás se lo había negado. Fué dél hospedado con mucha caridad y no osó tratar dello, que parecía por todas partes le anduviese Dios cerrando las puertas.

En todas las partes está Dios; mas no se acerca á aquellos que con sola la profesión y nombre se con-

tentan, sino á los piadosos que se ejercitan con sudor en el espiritual ejercicio y resplandecen con obras santas. Volvióse á tener la Pascua con el Obispo el Caballero afligido, porque el Reino estaba con mucha falta de moneda y la que había falsa ó cortada más de la mitad, y por esta causa aun sustentarse no podían (á mala pena) los poderosos, cuanto más hallarse mercaderes que comprasen libros para imprimir á su costa, que es el camino ordinario de los autores pobres.

Estando en esta angustia y aprieto el Caballero, salía de Barcelona una gran tropa de mulas que iban á traer un señor de título que venía por Virrey de Cataluña y era amigo suyo. Dejó su ropa á guardar, y para salir del aprieto en que estaba de moneda aquella ciudad, partióse con las cabalgaduras él y su criado á esperar en el camino al Virrey, y quedóse en la ciudad de Lérida. Y el que no se había podido sustentar en la casa de un Obispo de balde y con pitanza de misa, huyendo de un inconveniente, dió en otro mayor, que le fué fuerza estar en un mesón ordinario cuarenta y dos días con la costa cuatro doblada que en Barcelona, porque tanto tardó la venida del Virrey. Estábase consumiendo poco á poco, aunque el Obispo de aquella ciudad le mandó dar misa cada día. Había en aquella tierra Universidad antiguísima, y por el consiguiente un Academia de Poetas; vinieron los más famosos dellos á visitar al Caballero y entreteníanlo,

y ellos con él casi todas las tardes. Daban el velo á una señora monja hermana de un Caballero del Academia, y todos hacían epigramas á la profesión del hábito, que había de ser día de la Ascensión de Cristo, y pidieron al Venturoso mostrase su ingenio en aquella ocasión, y aunque era más tiempo de llorar sus duelos que de versificar, hizo los siguientes

TERCETOS

Bodas Reales que jamás se quiebran,
prendas de amor, finezas de dulzura
de una doncella y Cristo hoy se celebran.
En día que subió á la excelsa altura,
vuelve á bajar al mundo á desposarse
el summo Criador con su criatura.
¿Con qué tesoro ó bien podrá comprarse
un sacrificio tan acepto al cielo,
que no puede en la tierra compararse?
Muere la carne al mundo en este suelo,
para que viva el alma contemplando,
y así á la monja dan por luto un velo.
No es muerte aquesta que dejó llorando
amargamente amigos y parientes,
sino una fiesta de ángeles cantando.
Muérese al parecer de los vivientes,
y cuanto á Dios de muerta queda viva,
pues vive á él y muere con las gentes.

Por baptismo y por voto es ya cautiva,
ligada y religada Religiosa,
mortificada en sí y contemplativa.
Esta es perfecta vida á Dios preciosa,
y un amor casto regalado y tierno
entre el divino Esposo con su Esposa.
Tiemblan la carne, mundo y el infierno,
de ver que una mujer los ha rendido
con el auxilio del poder eterno.
Buena elección ha hecho de marido,
mejor que se lo dieran los mortales,
pues no se habrá jamás arrepentido.
Por amores casó, y amores tales
la han hecho rica, honrada y con victoria,
con otros muchos dones celestiales.
Irá de una clausura meritoria
del coro, ayuno y hábito grosero
á ser premiada con la eterna gloria.
Mas hase de advertir que es muy severo
aqueste Esposo en castigar su dama
si no le diere el corazón entero.
Que quiere que le amen como él ama,
guardándole la fe á él profesada,
que el adúltera pierde vida y fama.
Estar no más la monja bien cerrada
con su dote y su cuerpo en monasterio,
y en las cosas del siglo aseglarada.
Es vida amarga y duro cautiverio,
infierno en paraíso meritorio,

y del culto divino vituperio.
El mérito del coro y refectorio,
castidad, obediencia y de pobreza,
todo lo pierde el vano locutorio.
Sola con solo Dios es gran pureza,
sin andar tras humanas devociones,
que manchan y maculan la limpieza,
pues sólo él quiere á limpios corazones.

Diferente sentido dió el Caballero á estos versos de la intención que guardaban en los demás, que eran alabando la Religiosa de linaje, discreción y hermosura; pero como estas son gracias naturales, y los del Academia lo eran de la tierra, hablaban de lo que sabían. Mas él, como forastero, componía loores de la otra vida, según el consejo de San Bernardo: «Tú que estás en Religión, vive bien, ordenadamente, hermanablemente y humilmente; ordenadamente contigo, hermanablemente con el prójimo y humilmente con Dios». Volviéronle á pedir un par de villancicos para cantar las monjas en la fiesta, y el Venturoso les hizo estos

VILLANCICOS

Quien se muda, Dios le ayuda,
Dios le ayuda.
Quien se muda del estado
del siglo vano y vicioso
al perfecto y Religioso,

será bienaventurado.
¿Y esta Esposa que ha mudado?
ser vestida por desnuda,
Quien se muda, Dios le ayuda.
La Margarita preciosa
compró de su voluntad,
y dió hacienda y libertad,
por ser pòbre Religiosa.
Dios, de sierva la hace Esposa,
y le manda que á él acuda.
Quien se muda, Dios le ayuda.
Trocó copete por velo,
seda y joyas por cilicio,
por las virtudes, el vicio
y la tierra por el cielo;
mudóse al summo consuelo
desta vida torpe y ruda.
Quien se muda, Dios le ayuda.
Dios le ayuda.

OTRO

A la vela, vela, vela,
veladoras,
porque se gastan las horas
como vela.
Mortuorio y velación
hay hoy de una fiesta junta,
velando viva y defunta
con velo de profesión.

Alerta, santas señoras,
os pide esta centinela;
porque se gastan las horas
como vela
La que le faltare aceite,
por haberse descuidado,
cuando venga el desposado
no conocerá su afeite.
Vírgenes negociadoras,
el Señor las desconsuela,
porque se gastan las horas,
como vela.
Mas quien á la Trinidad
sirve, y vela de costumbre,
da cera, pábilo y lumbre,
Fe, Esperanza y Caridad.
Tres potencias veladoras
navegan siempre á la vela,
porque se gastan las horas
como vela.

No contentos con esto los poetas, como cada día no se trataba de otra cosa, hasta en sus justas literales, injustas y profanas, procuraban ser ayudados del Venturoso; pero él, trocando el sentido torpe, hacía lo que le pedían, espiritualizado, como se ve en la glosa que le pidieron, dándole esta

LETRA

Solamente tu valor
á mi afición satisface,
pero cuando Antheros nace,
crece infinito mi amor.

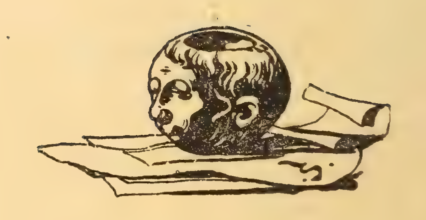
GLOSA

Divino Amor, quinta esencia
Margarita soberana,
vida de la vida humana,
médico por excelencia
que todos los males sana.
Tanta es tu virtud, Amor,
que al más pobre pecador
si en su alma te guarnece,
lo hace justo, y enriquece
solamente tu valor.
Por fuerza todo animal
su símil amar procura,
mas á Dios su criatura
con amor más principal
debe amarlo con fe pura.
Aquesta razón me hace
en todo cuanto me aplace,
que esfera y globo en sí encierra,

que Dios solo en cielo y tierra
á mi afición satisface.
Lo demás, es invención,
como el otro que ha fingido,
haber Antheros nacido,
para dar más perfección
á su hermano el Dios Cupido.
Dios es Antheros que hace
que el ciego no nos enlace,
y al que en culpa mortal fuere,
no solamente no muere,
pero cuando Antheros nace.
Gracia es esta que de franco
hace en el alma crecer
al amor, y dale á ver
(quitada la venda) el blanco,
del objecto en merecer.
Así yo como deudor
á tan heroico favor,
de un bien inmenso y perfecto,
cuanto más amo este objecto,
crece infinito mi amor.

En tratándoles de espíritu, nada le satisfacía, aunque alabaron el encaje del tercero verso. En este punto vino el Virrey esperado del Caballero, y volvió tras él á Barcelona, desengañado de lo que son esperanzas fundadas en promesas y favores temporales. Antiochio, entrando en el templo, tomó

los candeleros; y el favor, entrando en nuestra alma, quita la lumbre del conocimiento de sí mismo. El privado no se conoce á sí mismo, y es de todos conocido. Al contrario, el desprivado, que se conoce á sí y de nadie es conocido, más daño hace el favor que disfavor.



AVENTURA XXXIX

Vuelve el Venturoso con el Virrey á Barcelona, y de las cosas que en ella le suceden.

JUSTO consejo es (dice San Agustín) que cada uno (si puede) se ayude del favor de los poderosos y grandes, y aun de sus inferiores, cuando tienen poder para lo que se desea. Cerca de un año esperó el Caballero al Virrey, confiado en una carta que le envió prometiéndole su favor y ayuda para la impresión de los libros, y su casa con lo que hubiera menester, y después de haber gastado cuanto tenía y esperádolo con tanta costa en Lérida en un mesón cuarenta y dos días, para obligarlo á que le hiciera más merced, salió á recebirlo al camino el engañado Caballero, y recibiólo el poderoso como si no lo conociera; porque proverbio es: Los honores mudan las condiciones. En efecto, llegó á tanta su sequedad y desdén, que partiéndose otro día para Barcelona, no hallándose cabalgadura por ningún dinero, que las habían escondido porque no las tomasen, para más de cien hombres que le acompañaban, ni se la quiso dar al Caballero el Virrey, ni mandar que se la buscasen en el pueblo á su costa. Pártese con gran ruido de coches, lite-

20

ras, carros y más de cien cabalgaduras. Y no hallando lugar en este carruaje ni en la misericordia del poderoso (con ser hombre que trataba de espíritu), le fué fuerza quedarse el desventurado en su mesón, afligido y lastimado desta burla tan pesada y costosa. Pues como toda la ciudad sabían que tanto tiempo había esperado al Virrey el Caballero, y después de partido lo viesen allí, había de ser nota, y materia de infamia y mofa de los satíricos estudiantes, entendiendo cómo por no haber hecho caso dél, lo dejaron allí. Para redemir su vejación y afrenta, el día siguiente antes de amanecer mandó el caballero á su criado tomar la maleta, cogín, botas y espuelas y saliéronse á otro mesón que estaba fuera de la ciudad el camino, con intención de esperar allí socorro del Padre de las misericordias, que nunca le había faltado en las mayores necesidades. Puso su ropa á la puerta de aquel mesón y los ojos al cielo, y enternecido con lágrimas, decía: «Piadoso Señor, puerto seguro de los descarriados, consuelo de los afligidos, refugio de los peregrinos y padre potente de los huérfanos y desamparados: Si Vuestra Divina Majestad permite, que yo, ministro indigno, sea en esta Universidad materia de oprobrios, yo los merezco por mi vanidad en fiarme de favores humanos, teniendo experiencia de cuán más seguros suelo hallar los divinos. Yo pequé y tengo menos penitencia que merezco: yo me arrepiento y propongo la enmienda. Sacadme deste

trabajo, bien mío, pues no hay otro que lo haga sino vos, que por malo y perverso que yo sea, vuestro sacerdote soy.» No había bien acabado su oración, cuando vido venir un sastre conocido suyo en un rocín, que había venido á ofrecerse al Virrey con su oficio. Viendo en el aprieto que el Caballero estaba, volvió á la ciudad y buscó mula regalada, y tan grande, que pudo llevar amo, criado y maleta; todo por seis reales y la cebada. Dió el Venturoso gracias á Dios y partieron juntos su camino, y el mismo día alcanzaron al Virrey, y pasándole por delante y de toda su familia, que sabían la historia, lo dejaron atrás; y hicieron en dos días el camino que tardó él cinco.

Entrados en Barcelona, como ya el Caballero había desocupado la casa del Obispo, llevólo el buen sastre á la suya, que estaba frontera de la del Virrey, con esperanzas que le haría entrar por su oficio. Mudó el caballero su ropa á una sala del sastre, y mudando de intención, dió un corte á su vida. Escribió al Regente de Mallorca para que le procurase la ermita de la Santísima Trinidad, que fué la primera que había tenido (como ya dijimos en la Aventura XVIII), de lo cual se trataba más había de cuatro meses, y había buenas esperanzas. En estos medios el Caballero ponía los más eficaces que podía para que el Virrey recebiera por su sastre á su huésped, y habiéndose metido otros de por medio, diéronlo á otro de quien menos se pen-

saba y menor satisfación había. Confuso y como afrentado el sastre, como no había podido salir con la pretensión vana que le amenazaba perder todo su trabajo, fué fuerza que el Caballero lo consolase con el ejemplo de su mismo desconsuelo, y con este

ROMANCE

Buen amigo, si del cielo
tenéis la gracia abundante,
con la cual procedéis siempre
con buen celo y fe muy grande
obrando y haciendo bien,
sin hacer ofensa á nadie,
ni faltáis á tantos hijos
aunque os faltó padre y madre,
No es mucho que os tengan muchos
invidia, y más los que saben
que en oficio peligroso
sois sin peligro observante.
Entre la pez no os pegáis,
y en corte cortáis sin fraude,
porque en cortar sois cortés
y cortesano en lenguaje.
Con tijeras de piedad
habéis cortado á buen talle
una cubierta celeste
que más que los cielos vale.

Esta es caridad herviente
que de vuestro pecho sale,
capa al fin de pecadores
con que sus pecados tapen.
Bien podéis jurar á fe
de buen Caballero sastre
pues que la tenéis, y sois
noble en virtudes reales.
En vos no hay puntos de aguja
sobre falso, ni hilvanes,
que vuestra aguja va al norte
de puntos más sustanciales.
Y dais ciertos contrapuntos
que pocos hay que os alcancen,
y al contrabajo dejáis
con más gracia y más suave.
Metistes en vuestra casa
á mí, Caballero andante,
para que os metiese en otra
á servir de sastre á un Grande.
Pero aquel que lo ve todo,
que lo juzga, entiende y sabe,
quiso que esta buena obra
no fuese hecha de balde.
Sino que con premio eterno
por otra parte se os pague,
y no con moneda falsa
de honra, pompa y vanidades.
Y porque jamás se pierde

el bien que por Dios se hace,
os ha curado esa llaga
con cauterio saludable.
Haciéndoos mayor merced
en quitaros de delante
lo que quizá en alcanzarlo
os fuera notable alcance.
Que hay cosas que el hombre ciego,
con la codicia ignorante
busca su daño en palacios
y Dios déjalo en la calle (1).
Y no fué menor la mía
en cortarme á vuestro talle
porque no me aconteciera
lo que á San Pedro, mi padre.
Ya he conocido en qué paran
los favores de los grandes;
no se impriman mis trabajos
ni mi doctrina se ensanche.
Porque si en procurar esto
(aunque dello mil se salven)
me pusiese yo á peligro,
fácil será el condenarme.
Allá se lo haya el mundo,
corte y palacios reales,
que no soy camaleón

---

(1) Digo yo, Lorenzo Xuarez, vecino de Laguarda, que estando en casa de Don *(borrado* Francisco) Luis Chirino de Salaçar, cauallero de la Orden de Santiago, estaua juntamente Don Manoel de Mendoza.

para sustentarme de aire.
No quiero ya más mentiras,
lisonjas y crueldades,
invidias, chismes, rancores,
privanzas que luego caen.
Ni lo queráis vos, amigo,
porque ambición no os engañe,
sino en los libros de cuentas
contaréis como no os paguen.
Líbreos Dios de esos encuentros
que son de hacienda azares;
descartaos de las figuras
que puntos ganan reales.
Puntos de un buen oficial
metidos entre magnates,
sin ñudo se pierde el punto
y el sastre es vuelto en desastre.
Si mi lenguaje es oscuro
dejo al tiempo que os lo aclare,
y cuanto bien me habéis hecho
rogaré á Dios que os lo pague.

Contento quedó el güesped con sus versos, y dió muestras de que estimaba en más los avisos que la pretensión de servir la casa del Virrey. En este tiempo vino nueva de la corte que una señora de título de los Cerdas, después de más de un año de larga y prolija enfermedad se la llevó Nuestro Señor. Hacía sus obsequias su padre, á quien el Caballero te-

nía obligación, y en un túmbulo muy grande, alrededor por sus trechos, compuso y puso estos

MADRIGALES

Atropos la noturna parca fiera
cortó la sutil cuerda
de la tela de Cerda
que hizo una excelente tejedera;
cortóla para el suelo
porque se entretejese allá en el cielo.
Por el agua y el fuego de dolencia
Dios llevó al refrigerio
de su celeste imperio
á la que padeció con gran paciencia;
y no sirvió la muerte
sino de puerta á tan felice suerte.
Ya á casi toda España le es notorio
que en ser hija de santa
su madre la trasplanta,
ganándole en su cama el purgatorio;
que un alma corre postas
si sale de prisión libre y sin costas.
Padre y deudos, familia y conocidos,
confórmense en su pena
con Dios, que así lo ordena,
dejándolos con honra y compungidos;
pues *requiescet in pace*
la que llorando y para morir nace

La santa Iglesia el nacimiento honora
del justo cuando muere,
porque entonces Dios quiere
llevarlo así cual hizo á esta señora;
mas paga este tributo
el padre amado con el llanto y luto.
Fuése aquesta cordera á su rebaño
y detrás de su madre,
dejando al triste padre
en vida amarga de miseria y daño;
no lo dejó del todo,
que del cielo le ayuda en mejor modo.
Aquesta pompa y honras funerales,
misas, antorchas, tumba
con que la Iglesia encumba
á los muertos fieles principales,
socorro es de importancia,
pero el *requiem aeterna* es más ganancia.
La muerte le entendió quitar la vida,
mas fué su tiro avieso,
porque resultó de eso
vivir vida sin muerte, en gloria unida,
que el testo sacro escribe
que se suele morir como se vive.

SONETO

Los que habrán visto á tantos como mueren
podrán bien conocer que son mortales,

y no procedan como irracionales
en esos pocos días que vivieren.
Y si considerarlo bien quisieren
hallarán que desgustos, pena y males
causan las muertes ser acidentales,
que entre mil, dos la natural adquieren.
No hay á ningún viviente hora segura,
á mozos, sanos, ricos y potentes
de la muerte y su hedionda sepultura.
Sólo un remedio tienen los prudentes:
temor de Dios y la conciencia pura
para triunfar desta *timebunt* gentes.

A esta sazón vino la resolución del Regente de Mallorca de cómo podía el Venturoso volver á vivir y celebrar en la ermita de la Santísima Trinidad, que veinte y cuatro años antes había estado. Y esto había de ser dejando los frutos della á un arrendador de un rector que al presente la tenía por Su Majestad y que había de contentarse con solos dos pequeños aposentos sobre la iglesia, sin limosna de misas y sustentándose de su hacienda. Con todo esto, era tanto el deseo que el Caballero tenía de retirarse, que comenzó á prevenir su embarcación, aunque era jornada de veinticuatro horas. Tenía antigua amistad con un personaje de la misma isla que estaba colocado en alta dignidad y entonces trataba de ir á ver á sus parientes, y quería irse con él para asegurar el peligro de moros y excusar el

flete. Estando ya determinado de partir aquel señor y venido de la isla bajel armado en que fuese, mudó de parecer, de manera que no aprovechaban persuasiones ni razones naturales á moverlo á dar una vista á su tierra, que había muchos años que faltaba della, y hacíanle instancia que no fuese los amigos que tenía en Barcelona, por ser generoso y amado de todos. Pues viendo que las tiernas cartas de los suyos ni la diligencia del Venturoso no aprovechaba para moverlo, por despedida le hizo este

ROMANCE

Illustrísimo Don Verga,
cuyo nombre es tan felice
que es Rey del mundo en latín;
Verga es vara que lo rige.
Vara es insignia real,
con vara todo se mide,
vara es el palo y el mando,
vara castiga y corrige.
De la vara de Moisés
grandes milagros se dicen,
y el mayor, que espantó al mundo
fué abrir paso á un mar terrible,
Conque seiscientos mil hombres
á pie enjuto pasen libres;
y otras veces sacar agua
de las peñas insensibles.

También vos, Vara real,
cosas á este talle hecistes
por donde el mundo celebra
magnánimo é invencible.
Alejandro en la largueza,
noble y grave, pero humilde,
por quien Dios os levantó
á dignidad tan sublime.
De la vara de Jesé
resultó un real estirpe,
y en Baleares la vuestra
ha hecho linaje insigne.
Oro de tibar más fino
ser la nobleza se dice,
y en el hombre es como anillo
porque el mundo en más lo estime.
Y vos, cual piedra preciosa
os engastáis en él firme,
con virtudes de diamante
olorosas más que almizque.
Sangre illustre acaba el tiempo;
virtud hace se eternice,
y esta os ha puesto en los pechos
la gran cruz, que hace y dice.
En gran soldado gran pecho,
en gran pecho fe muy firme.
en firme fe no hay temor,
ni en temor nadie que anime.
No tengáis cuenta, señor,

con el siglo vano y libre;
digan, que de Dios dijeron,
que el bueno no escucha chismes.
Nacistes en medio el mar,
y vuestra alma á Dios le pide
(cual Jacob hizo á Josef)
que os entierren do nacistes.
En el agua fuistes pece;
Etor en guerra invencible,
cosario de muchos golfos
acometiendo imposibles.
Pues todas estas razones
más os obligan y oprimen
á la sangre y á la patria,
que al bueno hacen que obligue
á comunicar sus bienes,
honras, riquezas, ardides,
con hermanos y parientes,
que esto ensalza á los más viles.
Por tanto, escuchar sirenas,
ni las lisonjas de Alcides,
no os hagan andar perplejo
como si fuera ir á Chipre.
¿Por ventura está Mallorca
en la China, entre caciques,
ó al abismo donde Orfeo
fué á buscar á su Eurodice?
Navegación es de un día,
y os dan bajeles sutiles

que os lleven seguro y presto
entre vuestros mallorquines.
¿Queréis que hermano y sobrinos
mueran confusos y tristes,
y corra por vuestra cuenta
porque honrar no los quisistes?
Quien vende la vista cara
á los que hacienda no piden
y desconsuela á los suyos,
no falta quien le persigue.
Tomad ejemplo de mí,
que he nacido en tierra firme
y en Roma y corte criado,
y voy á islarme y morirme
A vuestra tierra y no puedo
conmoveros á seguirme,
pues si desta vez no vais
ruego á Dios que nó os castigue
con la pena del talión,
que el que no da no recibe.

SONETO

Verga de acero, ¿puede ser posible
que os hagáis caracol sin sangre alguna,
y gozando tan próspera fortuna,
deis á los vuestros pena incompatible?
No cuadra el ser cruel á un compasible
ni aun firme sol mudanzas más que luna,

ni se mueve con vientos la colunna,
ni un pecho noble sabe ser terrible.
Pues que sois Virga férrea en dar pesares
á mí que os amo, á vuestra Patria y gente,
dilatando los tiempos y lugares,
De parte del Juez omnipotente,
os condemno á las Islas Baleares,
so pena de no ir más eternamente.

Como le apretaba tanto el Caballero á su amigo, y él estaba tan flojo en el amor de su Patria, declaróse luego que no podía ir, y en el bajel que le esperaba fletó el Venturoso su pasaje; y entre tanto que hacía algún carguío, íbase despidiendo de sus amigos, uno de los cuales tenía una hija suya, niña única y discreta, con quien se entretenía algunas fiestas en título de enamorado, pidiéndole celos de que hablaba con otros mochachos, y fué la despedida con este

ROMANCE

Niña, más que de los ojos,
y á los míos Serafín
de los que pintan al olio,
que los demás no los ví.
Con vuestra licencia quiero
sin adularos decir,
de las gracias que os dió Dios,

las que podré dicernir.
Aquesa frente espaciosa,
de plata del Potosí,
enriquece entendimientos,
y á los justos vuelve en sí.
Los dos arcos de azabache,
entre azucena y jasmín,
rinden libres, hieren almas
de gente usada á rendir,
y cuando mostráis las perlas
en bolsa de carmesí,
el deseo y la cudicia
hacen guerra con mal fin.
Pues ese cuello de nácar,
con pechos, que pagan mil,
y en manos alabastrinas
largos dedos de marfil.
Rostro aguileño y alegre,
cuerpo gallardo y sutil,
traje y donaire de corte,
sin haber visto á Madrid,
con cierto garabatillo,
que se lleva tras de sí
gavilanes y halcones,
sin perdonar al neblín.
Habéisme hecho Anteón,
desde que os amé y serví,
con hacer á todos cara,
y muy cara para mí.

Si fuera siervo de Dios,
como se lo prometí,
no me hiciérades çiervo,
sin poderlo resistir.
Pero vuestras niñerías
desde que las conocí,
como cándino anadino,
me pescaron sin sentir.
Gracias á Dios, vida mía,
que me ha hecho cual delfín,
para que el agua salobre
la arrojé por la nariz.
Pierdo por niñas el seso,
desde cuando niño fuí,
mas dándome el Unicornio,
sané deste frenesí.
Porque no haya recaída,
convieneme de huir
de semejantes peligros,
y hacerme un San Magín.
Sino hago cuenta con tiempo
del que sin cuenta perdí,
vendrá el tiempo de la cuenta,
do hay mil cuentos de gemir.
A esperarlo voy á un bosque,
rogad al Señor por mí,
y por despedida os dejo,
este Romance en latín.

En los niños y en las mujeres es muy ordinario tener el llanto y la risa todo á un tiempo. Así esta discreta mochacha oyó sus loores con alegre risa, y en un instante que el Caballero abrazó á su padre, y se despidió de los dos con tiernas y abundosas lágrimas, dió muestras, no de niña, sino de mujer varonil, en su sentimiento. Pero ya les dió naturaleza un remedio, que es: Al que más aman, en quitándose delante de sus ojos, se les quita del corazón. Fué luego á despedirse el Venturoso de un grande amigo, persona que ocupaba honrosa plaza, llamado tal de Rincón, y dejóle por memoria el siguiente

SONETO

A Dios Rincón amado, y feliz puerto,
donde del mar profundo del deseo,
escapa mi barquilla con trofeo
de un amigo fiel, seguro y cierto.
Rincón poblado por rincón desierto
trueca mi alma por mejor empleo,
que arrinconado dentro un yermo creo,
me será en mi rincón el cielo abierto,
A Dios, porque por Dios del Rincón huyo,
por Dios que perdonéis Rincón mi ausencia,
que Rincón por rincón Dios me lo ofrece.
Ofrezco á Dios, Rincón, que en mi presencia,
os tendré arrinconado en Dios, cual suyo,
que en el rincón de Dios más se merece.

Despedido el Venturoso de sus amigos, y con cartas de recomendación del Obispo, Virrey y Inquisidores, llegada la hora deseada, se embarcó con su criado en una fragata muy bien armada, y en tiempo de veintitrés horas tomaron puerto en la Isla de Mallorca, en una villa dos leguas de la ermita, por tener viento contrario que estorbó el tomar puerto en la ciudad, que estaba della tres leguas. Andúvolas por tierra, y el bajel esperó tiempo, y á los ocho días llegó y sacó su ropa. Entrado el Caballero en la ciudad, visitó luego al Virrey, Obispo y Inquisidor dándoles sus cartas recomendatorias, siendo dellos bien recebido, y con mayor contento del Regente que lo hacía venir.

Cuanta sea la mudanza y fragilidad humana, la criatura lo testifica, y la experiencia lo muestra, que nunca permanecen los hombres, ni los tiempos en un mismo ser y condición. Y ¿cuanto mayor la de los ánimos humanos, que siempre andan alterados como el mar con diversos vientos, y olas de pasiones y apetitos? En veinte y cinco años que habían pasado después que el Caballero salió de aquella isla, volviendo ahora, la halló tan mudada en fertilidad y en condiciones como lo vivo de lo pintado. Y habiéndola escogido por lo mejor de la cristiandad, hallóse burlado como adelante se oirá.

AVENTURA XL

De las Aventuras desaventuradas que sucedieron en Mallorca al Caballero y cómo entró en la ermita y le echaban della.



EGÚN *la multitud de los dolores de mi corazón, tus consolaciones, Señor, alegraron mi alma.* No quiso decir David estas palabras, sin mudar palabras, y decírselo á Dios delante las gentes. La mitad del verso parece que dice á los hombres, y la otra mitad á Dios. Cuantos fueron mis trabajos, tantos fueron vuestros consuelos. Librástesme y regalastes. Contastes, Señor todos mis cabellos, y cuantos me sacaron, tantos me volvistes. Cuanto más dolores y mayores, tanto más consuelos y mayores. Dichosos trabajos, tentaciones y tribulaciones. Dichosa Cruz, que de tanto bien es causa. ¡Oh dichosa suerte la del padecer! No en balde (dice San Pablo), á vosotros os han hecho esta merced, que no sólo creáis y améis á Jesucristo, sino que padezcáis por su amor. De las mayores misericordias que Dios hace á un alma es darle que padecer. Si dar Dios á un alma grande espíritu, grande grácia, grande consuelo, es grande misericordia, y el medio, es dolores, trabajos, desconsuelos y tentaciones, grande don es dar

el medio para alcanzar el fruto. Si tanto me va á mí en alcanzar vitoria de mis enemigos y el medio fuese buenos caballos y buenas armas, grande merced me hace quien me da los medios para alcanzar tan buen fin.

Echado hemos de ver hasta aquí el caballo y las armas deste caballero Venturoso, como por la mayor parte han sido tribulaciones y cruces donde quiera que fuese; de tal manera, que entendiendo que iba á descansar al desierto, se le aparejan allí luchas, no sólo con espíritus invisibles, pero con hombres de todos estados, y de donde esperaba favores, recibe agravios, y en lugar de honras vituperios. Conocíase con evidencia en los efectos, cómo la misericordia del Señor, cuanto más su caballero se asía á los favores humanos, tanto permitía que le saliesen vanos y desfavorables, para que acabase de creer, que á quien Dios tiene de su parte, no á menester poderosos de la tierra, pues él solo basta y sobra. Presentó el Caballero sus recaudos y licencia del Nuncio Apostólico, para administrar Sacramentos y predicar en todos reinos de España ante el Obispo, el cual por el mismo tenor le mandó dar licencia para hacer otro tanto en su isla. Pero al cabo de tres días (ó porque comenzase su recogimiento por cruz, ó por la malicia de Satanás, y de sus secuaces) envió al ordinario un clérigo que quitase al Caballero la Licencia que le había dado, sin darle causas ni

razón por qué, en correspondencia de las cartas que le había traído de recomendación, y jamás se supo la causa. En estos días vino la nueva de la muerte de la católica y cristianísima D.ª Margarita, Reina de España. Hicieron las honras y para el túmbulo el Caballero dió estos

MADRIGALES

El tercero Filipe, gran Monarca
del Hispano hemisfero,
Tusón vivo Cordero,
vendió el caudal que su potencia abarca
de voluntad bendita,
y compró la preciosa Margarita.
Riquísimo, dichoso, alegre y santo,
en sucesión fecundo,
de Europa al nuevo mundo
con tal Perla oriental se ensalzó tanto,
que la perdió de vista,
pero ganóla el cielo en su conquista.
¡Ay! despojado Rey y Reinos tristes,
que en prósperos sucesos
os deja Dios los huesos,
del cuerpo que gozar no merecistes;
y al peso de su premio
es el pesar, y llanto en nuestro gremio.
La Parca más tremenda y atrevida,
sin respetar persona,

derribó la corona
de Margarita de Austria en esta vida,
para más levantalla,
y por funesto sueño eternizalla.
La devota y humilde Reina pía,
siendo más religiosa,
que grande y poderosa;
llamóla Dios vigilia de aquel día
del Seráfico humilde,
porque en su fiesta no le falte un tilde.
No pudo dar la tierra más al cielo,
ni recebir él della
más grande y clara estrella,
ni á España suceder más desconsuelo;
pues al León de estima,
en medio el canto le saltó la prima.
Esta Aguila Real dejó su nido,
su esposo y sus hijuelos
en lamentables duelos,
y de un vuelo alcanzó al sacre subido,
dejando con su ausencia
herederos al Reino, y á ella herencia.
Las exequias, campanas y los lutos,
túmbulos y carteles
de vasallos fieles,
que dan al dueño los postreros frutos,
son solemne memoria,
que al mundo aumenta en pena, á ella en gloria.

Los que de secreto habían descompuesto al Caballero con el Prelado, comenzaron á intentar lo mismo con el Regente, para que no tuviese efecto el retirarse á la ermita, poniéndole impedimentos y defectos en él. Aprovechó poco al demonio esta vez, porque por el mismo caso, el Virrey y Regente le dieron un papel con sus firmas en que era su voluntad que viviese y celebrase en la ermita de la Santísima Trinidad del Patrimonio Real. Mostró este papel al Obispo, Provisor, Inquisidor, Procurador Real, y al Rector que la tenía por el Rey, y á todos fué necesario tener por bien que fuese.

Dice San Agusiín: Que el mal no es substancia alguna, ó criatura, más es privación y defecto, y por eso no tiene causa propiamente, y si hay alguna, es el mismo demonio, dándonos á entender una cosa por otra, y la voluntad nuestra consintiendo. No le acusaba la conciencia al Caballero, haber dado ocasión en los tres días de su venida, para que por tantas partes le persiguiesen. Pero consolábase con el dicho de Santa Sinclética: Que al principio que una persona emprende un estado perfecto, ó comienza á querer servir á Dios de veras, padece grandes trabajos y peleas. Mas después (aún en está vida), sobreviene un gozo tal, que no se puede explicar. Del modo de los que quieren encender fuego, primero se ahuman, y con el humo lloran, mas al cabo encienden el fuego y alcancen lo que pretenden.

Parte el Venturoso á su ermita, jueves vigilia de San Martín, Obispo, á 11 de Noviembre 1612, siendo de 58 años; y entró y se aposentó en ella el mismo día con su criado, y libros, en hábito clerical, por no mudar tantos, ni poner la perfección de la vida en lo exterior. Fué luego visitado, y dado el bien venido con algunos regalos de toda la comarca, y torres convecinas, de las cuales había más de seis años, que por no tener allí quien dijese misa, andaban descarriadas por los pueblos más de cuarenta personas, y muchas fiestas no oían misa, y parecía á todos hacer con su venida grande servicio á Dios. Porque á todos hacía el bien que podía, y por ningún respeto salía de su celda, sino es á decir misa á la Iglesia que estaba debajo della. Había un casero que tenía arrendada la torre y la demás casa (que era muy grande) al dicho Rector, y la huerta y tierras de sembradura, con su mujer y cuatro hijos.

Pues como el Solitario, deseoso de recuperar el destraimiento que traía de tantos caminos y lugares, y más los siete años de corte, dióse tanto á la clausura, que día y noche no tenía otro ejercicio, más que de la oración al trabajo, y del trabajo á la oración, ni admitía visita, si no fuese urgente necesidad. Y como el casero, mujer y hijos no hallasen en él aquella familiaridad ordinaria que se usa en el siglo, ni ellos osaban subir á hablarle, ni él tampoco los llamaba, porque estando dentro de

casa, no le fuesen molestos con sus frecuentes conversaciones, salvo cuando se ofrecía pedirles ó darles algo que fuese necesario á la vida humana, á los cuatro ó cinco meses comenzó el casero á perseguir al Solitario, disfamarlo; sus hijos y parientes le ayudaban, y un día dieron una pedrada al criado en la boca que le quebraron dientes y labios, saliendo infinidad de sangre, que si fuera en la cabeza, le mataran. Vístose el solitario Caballero con esta confusión, y que la herida era en lugar peligroso, los vecinos comarcanos tan secos y desagradecidos al ministerio que allí recebían, alquilada, ni prestada, no halló en ellos cabalgadura en que enviar á curar su herido á la ciudad. Escribió al Regente con un Religioso que pasó que le enviase en qué llevasen al criado al hospital, y no respondió. Encomendose al médico de las almas, Cristo, y con los secretos naturales que sabía, en cinco ó seis días cerraron las heridas, quitóse la hinchazón, pudo comer sin trabajo y ayudar á Misa á su Sacerdote, que por falta de acólito aquellos días no había celebrado. Y aunque perdonó á sus mal hechores, no le perdonaban algunos con sus lenguas. El casero le cerraba las puertas que salían al claustro, de modo que no podía acudir á sus necesidades, y había de enviar por agua muy lejos, y por fuego cuando faltaba, con otras molestias indecibles. Acudía el Caballero con cartas al Regente pidiéndole mándase llamar aquél hombre,

y con dos palabras le haría usar virtud, por amor ó temor. No hubo remedio que lo quisiese hacer. Tomó el Solitario la pluma y hizo este

SONETO

Como fuí arrebatado al tercer cielo
de aquesta Trinidad, porque no crezca
mi propia fucia, y no me desvanezca,
Satanás me ha arrastrado por el suelo.
La devoción, espíritu y recelo,
auxilio y tolerancia en que merezca
me quitó Dios, que quiere que padezca,
porque busqué en los hombres mi consuelo.
Tres veces dije (y mil) Señor, clemencia,
que perezco, que muero en tal pelea,
y falta ya á razón la resistencia,
El enemigo vence y señorea;
ó mengüe el mal, ó crezca la paciencia;
Dixit, sufficit tibi gratia mea,
Y con esto se crea,
que al más herido, dan mayor corona,
y enfermedad virtudes perfeciona.

Consejo es de los santos doctores que pongamos del todo todas nuestras esperanzas, en el Señor, dejando totalmente todas las humanas consolaciones. Bendito sea el Señor en todas las cosas que nos acontezcan. Flacos somos y mudables, presto

somos engañados y mudados. ¿Qué hombre hay que se guarde tan segura y discretamente en todo, que alguna vez no caiga en alguna duda ó engaño? Mas al que confía en sólo Dios, y le busca de corazón sencillo, no resbalará tan presto, y si cayere en alguna tribulación de cualquiera manera que fuere en ella enlazado, presto será librado del Señor y consolado, porque no desampara hasta la fin al que en él espera. Raro es el fiel amigo y que persevera en todos los trabajos de su amigo. Gran falta es creer de ligero á los hombres, flacos y quebradizos, aunque sean por muchos tenidos y llamados ángeles. Dios es verdad que no puede ser engañado ni engañar: mas el hombre todo es mentiroso de sí, y enfermo, mudable y caedizo, especialmente en palabras, y tanto, que con muy gran dificultad se debe creer, ni tener por verdad lo que parece verdadero á prima faz, ni menos asegurarse de sus promesas.

Al Obispo, que le tuvo al Caballero en su casa un año, hicieron Arzobispo, y ofreciéndose mensajero, le da el parabién, y le avisa de sus trabajos en estas

REDONDILLAS

Ilustrísimo Señor:
Desde aqueste yermo aflito
otras veces os he escrito,
como siervo tan deudor.

Prometistes responder,
y dispensáis, cual Prelado,
pero yo como obligado
cumpliré sin prometer.
Mi mal verso, y tosco estilo
cobra ahora atrevimiento,
por saber que os da contento,
y en él juguetes copilo.
Que los insignes varones
puestos en gran dignidad,
tienen por temeridad
tratarles de correcciones.
El perfecto solitario
no ve en nadie bajas, ni altas,
porque en conocer sus faltas
gasta el tiempo necesario.
Más devoción y amicicia
traen consigo tal ley,
que aunque sea al mismo Rey,
mueve á verdad y á justicia.
Y ley divina y razón,
para la salud eterna,
hacer corrección fraterna
nos pone en obligación.
Pero á mí dado no me es
reducir almas divisas,
díganselo allá de misas
por un clérigo francés.
Aunque predomina en mí

el vicio, y pasión de un viejo,
que es, dar á todos consejo,
sin tomarlo para sí,
Ruégoos con celo devoto,
pues Dios de un año, de Obispo,
os subió á ser Arzobispo,
con pobres sed manirroto.
Y para hacer caridades
las tengáis contino llenas,
que gloria dan á obras buenas,
no á nobleza y dignidades.
Que honra es á noria en un río,
y en el que no es santo y bueno,
arcaduz que sube lleno,
baja al abismo vacío.
Esdras á Dios preguntó,
¿porqué se salvan poquitos?
y una ciudad de benditos,
por respuesta él le mostró.
Rodeada de agua y fuego,
con una estrecha vereda,
do á mala pena el pie pueda
sentar, sin que caigan luego.
Yo te la doy (Dios le dijo)
éntrate en ella á reinar:
Respondió: ¿Quién podrá entrar
por mal camino y prolijo?
Este es el fuego y el agua
con que á sus amigos prueba,

y al oro afina y renueva,
como el crisol en la fragua.
Aquí vivo en un desierto
tan desierto de quietud,
que me fuera más salud
quietarme en vuestro puerto.
Y estoy de pena doliente,
de ver mi engaño sutil,
que huí del peregil,
y me ha nacido en la frente.
Lejos de mi natural.
antes recluso que inquieto,
y para huir el defeto
no tengo edad ni caudal.
También dondequier que vaya
hay leguas de mal camino,
y el Espíritu malino
en todas partes se ensaya.
Pues no vine á buscar yo
amistad ni parentesco,
digan: murió aquí un tudesco,
y no de aquí se huyó.
En otra os dí el parabién
del gran palio arzobispal,
dadme ahora el para mal,
pues lo merezco también.
Tener siempre en mi presencia
la gran merced que me hecistes;
se aumentan mis penas tristes,

con vuestro olvido y ausencia.
No respondáis, ó sea tarde,
que sabe Dios como allego,
á que contino le ruego,
que os aumente, salve y guarde.

Estando el angustiado Solitario un día meditando en sus trabajos, y como no hay lugar seguro en esta vida, aunque sea en las cuevas escondidas de los páramos yermos, por tener el hombre miserable tantos enemigos. Si huye de los visibles, persíguenle los invisibles, y cuando éstos faltasen, sus mismos domésticos (que son sus pasiones naturales), le hacen continua y sangrienta guerra. Entraron por su celda un viejo que salía de una prisión larga por fianzas, que en ella había hecho muy buenas obras, y era hombre ejemplar. Y con otro llamado Oliver, que le habían negado el hábito de cierta Religión, cuyo Prelado era muy aficionado devoto del Venturoso, pedía el uno socorro para ayuda á pagar sus deudas; y el otro, que lo volviesen á admitir al servicio del monasterio, para que adelante, mereciéndolo, le diesen el hábito de lego, y pidiendo intercediese por ellos el Solitario, él envió al Prelado para este fin estas

QUINTILLAS

Esta Balear trocada,
y pequeña en cantidad,

Dios la engrandece en piedad
por mano larga y sagrada
de vuestra paternidad.
  Y como la fama buena,
vuela al cielo, en tierra suena,
dos que buscan su remedio
han procurado mi medio,
para consolar su pena.
  Uno es un Josef en prisión,
un Job de paciencia ejemplo,
que si su vida contemplo,
su humildad y devoción,
es temple en que yo me templo.
  Un bueno á gentes no buenas,
un inocente en cadenas,
un obrero sin acidia,
un santo á quien tengo invidia,
más que lástima á sus penas.
  El otro es un Oliver,
que para dar más oliva,
y aceite en la vida activa,
se desea trasponer,
si hay quien por Dios lo reciba.
  Y está tan determinado,
que para fraile ó criado,
sin salario ó con partido,
os servirá arrepentido,
de dos veces que ha faltado.
  Pues setenta veces siete,

manda Cristo perdonar,
en casa tan regular
justo es se admita á un pobrete,
que ahí se inclina á salvar.

Yo pido, y no doy consejo;
Bartolomé dió el pellejo,
Martín capa, Cristo vida,
también podrá dar guarida
vuestra mano al mozo y viejo.

En este bosque ó presidio,
os pagan (siendoos propicio),
mi oración y sacrificio;
mas si en rogar doy fastidio
dejaré de hacer mi oficio.

Bien sabéis que me movistes,
me mandastes, y escrebistes,
que vuestra afición probase,
y que cuanto os demandase,
de hacerlo aquí prometistes.

Dos con esta os pedí, y digo,
qne no os sacaré ya más
de vuestra regla y compás,
porque soy pobre mendigo,
sólo á Dios que es de *do, das.*

Sanísimo es este yermo,
mas yo vivo en él enfermo,
porque contino me quejo:
dejé al mundo, á mí no dejo,
velo al cuerpo, al alma duermo.

Regalos tengo divinos,
pues que Demonios me prueban,
y más ahora que llevan,
las manos de mis vecinos,
la fruta de San Esteban.
Al herido en Jericó,
como próximo curó,
de samaritanos uno,
mas yo no tuve ninguno,
pues Dios mi socio sanó.
David santo, versos hizo,
no os escandalice el canto
que os envío envuelto en llanto;
pues yo no me escandalizo
de ver y de sufrir tanto.
No hago mal, ni piedras tiro,
horas canto, horas sospiro,
y encerrado en esta gavia,
aún ruego por quien me agravia,
porque á un Cristo en la cruz miro.

Toca en estos versos el Solitario algunas quejas á este Prelado; porque aunque profesaba por sus cartas y dones tenerle entrañable amor, como persona ocupada en su gobierno, algunas veces se descuidaba donde más era necesario. Y habiendo entrado un Religioso suyo cirujiano, al tiempo que hirieron al criado (como aquí atrás hemos dicho) dijo que no se atrevía á curarlo por ser en la boca,

y podría tragar de los ungüentos y hacerle más daño que las heridas. Ni menos se movió cuando lo supo á enviar cabalgadura en que llevarlo á la ciudad el buen amigo Prelado.

Ya era pasado un año en aquella ermita que padecía el Caballero lo que sería prolijo y largo de contar, mas con algún consuelo humano del favor de un gran ministro cristiano y piadoso, que haciéndole espaldas no le quitaba el puesto otro poderoso Sacerdote, que ya por el Rey era substituto del Rector, en cuya cabeza estaba, que con todo cuidado y diligencia, trataba de tomar posesión en ella y poner en la Iglesia un religioso.

Pareciéndole al Caballero que no le favorecía el gran Ministro con el calor que deseaba, y que ya había de mudarse á la Corte el Regente que le había traído allí, escribióle una carta con alguna inadvertida libertad, que leída causó indignación tan grande en el mansueto y generoso Ministro, que luego dió orden como dentro de diez días saliese el Solitario de la ermita. Como le fué mandado, no puso remedio por su soledad; embauló su ropa y libros, y previno bajel en que ir á tierra firme. Ya por despedida le vino á visitar un Caballero amigo de muchos años; el cual, maravillado de que el Prelado de la Religión tan su devoto, no salía á favorecerlo en esta calamidad, salió de la ermita y fué á pedirle cartas para el tan indignado Ministro, y llevándoselas él mismo otro día, tuvo

el Solitario orden suya que no se moviese de su ermita, quitándosele el enojo y quedó todo aplacado.

Maravilloso es el documento que da San Joan Buenaventura al que desea servir á Dios, diciendo: No te ensañes contra tus calumniadores y detractores; porque si dicen verdad, no te maravilles que hablen lo que tú has osado hacer. Y, si, mentira, ¿qué te pueden dañar? Porque si eres blanco y otro dice que eres negro, ¿por qué te será molesto, pues no te hace daño? Y si te turbas á los primeros movimientos destas adversidades y revientas de impaciencia, reprime tu ira y sufre ese poco dolor, como el que padece cuando el cauterio le quema, y que el cirujiano le corta la carne, considerando cuánto importa para la salud la paciencia en el dolor y trabajo. Porque así presto comenzarás á sanar y tener salud. Tanto sentimiento tenía nuestro Solitario en la postrera tribulación, como en la primera, que treinta años de ejercicio, no le habían hecho callos en el padecer, como se hacen en los pies de andar un año descalzos. Porque (como pondera el mismo doctor), antes se ha de tener por muy útil cosa ser interiormente atormentado y sentir con amargura el dolor, porque sirve para purgar los pecados, de limpiar los vicios, ejercitar las virtudes, merecimiento de gloria, y preparación de paz. Mayormente, no habiendo de ser coronado, sino el que ligítimamente peleare.

Suele decir un proverbio: En bien vengas mal, si vienes solo. En mitad de los trabajos referidos, del repentino pesar que tomó el Solitario, por la removida del lugar, cayó luego enfermo de unas calenturas y ansias de corazón, mortales al parecer. Aunque mayor enfermedad tenía su criado en la quietud y voluntad de estar allí, que los malos tratamientos que le habían hecho en aquella vecindad, y tres años que faltaba de su tierra, padre y hermanos, le hacían que día y noche no cesaba de tentar al Caballero con persuasiones amorosas y justificadas á que dejase la isla y fuese á tierra firme, donde estando en ermita propia, podría vivir con la paz interior y exterior que requiere la vida solitaria. Pero considerando que no hay lugar sin guerra en esta vida, y cómo la mayor tentación del ermitaño, es de mudar lugar, y por el consiguiente, no menor infamia que ser inquieto y vago, íbalo entreteniendo con buenas esperanzas porque no le faltase todo, que le era grande ayuda para el servicio de Dios. Envióle á la ciudad por provisión y halló en el puerto una fragata armada que llevaba un Obispo pasajero á Valencia; compró el criado lo más necesario, y envióla á su amo, y con solos 28 reales, sin camisas, ni la mejor de su ropa, que dejó en la ermita, se embarcó, dejando al pobre Caballero en la calamidad y aprieto referido. Buscó una cabalgadura y fuése á la ciudad á curar en casa del amigo que negoció que no le quitasen la

ermita. Porque la falta de tan buen servicio á tal tiempo, y sobre ánimo tan lastimado, hizo tanta operación, que si Nuestro Señor no ayudura, estuvo cerca de perder el juicio. Porque aunque es verdad que según el consejo de los Santos solitarios de Egipto, lo más seguro es vivir un ermitaño sin persona alguna, ni cosa viviente que le roba la voluntad y el tiempo, pero un Sacerdote viejo y que administra una Iglesia como Parroquia, no podía estar sin acólito, y más aquél que ya con gracia de Nuestro Señor y diciplina de trabajoso estudio, tenía las partes que para tal Ministerio requerían; que otro sino él, ni se hallara, ni después se halló, que pudiese sufrir ocho días la aspereza de vida y falta de humano consuelo, que él sufrió tres años.

Todas estas razones militan contra la gente espiritual, para no tener amor desordenado á sus domésticos, hijos ó amigos; y á las veces suelen sentir su ausencia con el extremo que se aman, y descubren su flaqueza y poca perfección, dando muestras de amar más á las criaturas que á su Criador, y á las cosas caducas y miserables, por ser visibles, que á las invisibles, preciosas y perdurables. En conclusión: «El mejor del nadar, es guardar la ropa», porque si se descuida el que nada, y le hurtan la ropa, no le vale nada lo que nada, y se va desnudo á su casa. La ropa del alma es la paz interior y buena conciencia.

Veintidós días duró sanarle las melancolías y

dolores del corazón al Caballero, bien cerca de la casa del Ministro que indignado le mandó echar de la ermita (quizá por malos consejos), que el solitario celo tuvo en lo que le escribió, y no pasión ni intento de ofenderle.

Los mandamientos y costumbres de los Príncipes, Prelados y Gobernadores, así eclesiásticos como seculares, aunque parezca que no hacen bien su oficio, con todo no se han de reprehender en los sermones públicos ni en los coloquios populares: porque estas reprehensiones antes son causa de daño y escándalo que de algún remedio y provecho, como no se saque dellas sino hacer odiosos los Príncipes á los súbditos. Por tanto, es necesario abstenerse del todo deste género de correciones. Y así como en su ausencia no es lícito que tales personas principales sean públicamente reprehendidas, así digo que privadamente en secreto pueden y deben ser amonestados, como hizo el Solitario, en carta cerrada y sellada y con persona segura que la dió en mano propia. Este es parecer de los Santos Doctores. Por esto no osaba el Solitario, en su enfermedad, enviar recaudo al Ministro, temiendo no haber vuelto enteramente á su gracia. Pero con todo, le envió este

SONETO

León de oficio, en condición paloma,
en quien no hay hiel, sino es por accidente;

tan noble y poderoso, cuan prudente
en no sufrir polilla ni carcoma:
  Sacre que se abalanza al cielo, y toma
entre uñas sacra, y sacro penitente,
para que entienda el vulgo maldiciente
que al potro desbocado enfrena y doma.
  Contrito el Betis, muy arrepentido
se iba á la corte, echado del desierto,
por relator osado y atrevido,
  Y aunque vos, gran Señor, le habéis abierto
la puerta del perdón, quedó aturdido
de tan gran golpe, y casi medio muerto.
  Pero no estará cierto
de que ganó plenaria indulgencia,
si no vuelve á gozar vuestra presencia.

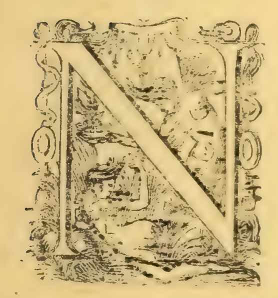
El manso y benigno señor envió luego á llamar al Solitario, y de allí adelante le hizo más merced y caridad que nunca, como si hubiera sido un ensueño lo pasado. Que en los ánimos cristianos y nobles el enojo es accidental, y la misericordia y paz natural. Pero cuando pasara adelante el desfavor, conformaba más con el estado del Solitario. Por aquel dicho del Evangelio: «Acuérdate que recebiste bienes en esta vida, y Lázaro males. Agora es Lázaro consolado y tú atormentado.» Si en esta vida tenemos favores y honras, tanto está nuestra salvación en más grande peligro, y es argumento que no somos herederos del cielo. No consienten las leyes

que el hijo bastardo entre en los bienes del padre. Abraham dió dones á Ismael y á los otros hijos, quedando Isaac por heredero de toda su hacienda y sucesor en la casa de su padre. Los que por vicios y pecados degeneraron de su verdadero padre, que es Dios, él les da dones en este mundo, dándoles aquí honras y riquezas, y quedan excluídos de la herencia de la gloria, que está guardada para los buenos, que despreciando los favores del mundo, esperan como hijos ligítimos de heredar el cielo.



AVENTURA XLI

Sano el Ventururoso de su enfermedad; queriéndose volver á España, por consejo de personas espirituales y doctas, vuelve á su ermita á padecer.



o poca guerra hacía el Angel de tinieblas al Solitario con las lenguas de muchos religiosos caballeros y gente llana, de que siendo mejor la vida mística, vivía tan encerrado en una pequeña cámara, sin salir á recrearse y con vida tan singular que se la atribuían á soberbia, por ser moneda poco usada por la isla. Y estos singulares y comunes detractores no leyeron á San Buenaventura, que dice: «¿Dejas el camino espiritual por temor de ser notado de singular, y por eso ser odiado? Pues sábete que ninguno de los santos goza de singular gloria en el cielo, sino los que en el siglo procuraron de vivir con santidad de vida singular». Como decir: con singularidad de virtud, no de ceremoniales observancias, fundadas en virtud poco firme y maciza, querría yo que entendiesen los relajados y los mundanos, que odian a virtud y la persiguen, como prosigue este mismo santo afirmando: «Que el estudio de la santidad, en tres cosas principalmente consiste: En guardarse de

todo pecado y escándalo cuanto sea posible. En ejercitarse humildemente en toda virtud y aprovechar siempre en ella, y en buscar la familiaridad de Dios por el afecto de la devoción interior». Pues si esto es así, no puede parecer buena la compañía ó familiaridad con las cuales estos estudios del ánimo se destruyen. Y teniendo obligación de padecer por la justicia como por la fe, no solamente debemos sufrir injurias, escarnios y baldones, pero también cualesquier aflicciones y persecuciones, y aun la misma muerte, si fuere menester, á ejemplo de los santos, que antes de nosotros, por el nombre y gloria de Christo, han padecido y padecerán hasta el fin del mundo, antes que dejar la fe, ni manchar y contaminar pecando la integridad de la vida. Y es necesario que se ha de aprender á pelear en los recuentros de palabras malas y afrentas mínimas, de tal manera, que si nos acometen mayores, podamos vencer pacientemente cualquier pelea, por gloria y honra de Dios. Porque el que con poco viento es llevado á una parte y otra, mal se defenderá del viento recio. Al fin nos va la vida ejercitarnos en los actos de virtud con grandísimo valor, hasta llegar á la perfección, y dejar decir á quien quisiere: Porque cierto está que los que no aman el estudio del verdadero aprovechamiento para sí, apenas pueden sufrir ni compadecer que otros (ni aun sus mismos compañeros) lo observen. Y es razón que así como ellos no dejan sus malas y dañosas cos-

tumbres por nuestro respeto, menos nosotros debemos dejar por ellos nuestros honestos ejercicios de virtud. Porque si quieren entrar en el cielo, conviéneles que vayan por nuestros caminos estrechos, y no ir nosotros por los suyos. Hasta aquí son palabras de los santos. Viéndose el Venturoso tan apretado por tantas partes, y que todos estos sudores eran aplicados del sapientísimo médico para sanar las enfermedades de las pasiones interiores, cuyos efectos aun ya claramente redundaban enfermando al cuerpo, estando convaleciendo en casa del amigo referido, para su consuelo y desengaño hizo el siguiente

ROMANCE

Sepa el mundo que Dios llama
sus almas por muchas vías,
porque cada cual se salve
del modo á que más se inclina.
Unas por gran devoción
con limosnas infinitas,
otras por muncha frecuencia
de la santa Eucaristía.
Quién por cilicios y ayunos,
vigilias y diciplinas,
con diversas tentaciones,
que es la moral vida activa.
Cuál por peregrinación

y hospitalidad benigna,
lección, meditación santa
y oración mental, que es vida.
Muchas por su humanidad,
da á sentir la pasión pía,
con don de lágrimas dulces
que lavan culpas y humillan.
Esta es la Justicia.
regalos y castigos
que Dios manda hacer á sus amigos.
Da éxtasi, arrobamientos,
revelación, profecías,
presencia de Dios y unión,
y vida contemplativa.
Aunque imperfecta y de paso,
hasta estar de asiento arriba,
figura de Rachel bella
y Madalena querida.
Do en suma cifrado todo
tuvo la Virgen María,
mar profundo en perfecciones
y de angustias y agonías.
Hasta aquí son los confites
con que la sabiduría
del Padre Eterno regala
á los suyos y acaricia.
Conque enamora á los nuevos,
á los medrosos anima,
á los flacos fortalece

y á los osados incita.
Esta es la Justicia.
regalos y castigos
que Dios manda hacer á sus amigos.
Pero á otras almas lleva
por la vía purgativa,
sin darles solo un momento
de venia, paz, ni alegría.
Su bebida es hiel amarga,
su comer, pan de ceniza,
y á mala pena han pecado
cuando luego las castiga.
Sus santos devotos callan
si el mundo los crucifica,
y mil testimonios falsos
que de nombrarlos da grima.
Les parece que no hay Dios
que todo lo juzga y mira,
pues que á los que los levantan,
no hay quien pruebe su mentira.
Y el inocente infamado
no purga fama perdida,
porque el Médico del alma
la purga con tal bebida.
Esta es la Justicia.
regalos y castigos
que Dios manda hacer á sus amigos.
No tiene Dios más que dar
de bienes en esta vida,

ni más seguro provecho
que á peso de Dios se estima.
Así los mayores santos
son sus armas y divisas,
pellejos, aspas, saetas,
piedras, cruces y parrillas.
Agua, fuego, bestias fieras,
espadas, lagunas frías,
tormentos intolerables
y muertes jamás oídas.
Mas este sumo Eliseo
con las hierbas que convida,
mortales en su amargor,
echa en la olla harina,
Porque se puedan comer
de su tan fiel familia,
que es su gracia y santo auxilio
que los esfuerza y anima.
Esta es la Justicia.
regalos y castigos
que Dios manda hacer á sus amigos.

Lluevan sobre mí trabajos,
carne y mundo me persigan,
acométame el infierno,
no haya quien de mí bien diga.
Que si mi Capitán Cristo
me tiene en su compañía,
con esta ayuda de costa
seré su Guzmán de estima.

Y con aquesta ventaja,
de guerra de noche y día,
ganaré la fortaleza
segura de artillería.
Que un soldado ante su Rey
vence, atropella y derriba,
y á sus asaltos famosos
los paraninfos derriba.
Con regocijo y contento,
tocando las chirimías,
cantan: Victoria, Victoria,
y aqueste bando publican:
Esta es la Justicia
de Dios, que de enemigos
defiende, y glorifica á sus amigos.

Dicho habemos cómo el Caballero de Cristo se curaba de su aflicción de corazón en casa de su amigo, con dos hijas que le servían de enfermeras, y la mayor, de tanta virtud, entendimiento, estudio, beldad y música, que todas estas partes fueron necesarias (sin otro médico alguno) para sacar de raíz la acidental melancolía del pecho del rendido solitario. Que aplicándole la devota doncella á su enfermo píldoras cordiales, más medecinales que las de Galeno y Avicena, compuestas de cinco preciosos mixtos, Caridad herviente, Agrado de condición con risa en la boca, extremada hermosura con suma honestidad, Discreción en entender casi los

pensamientos con diestreza, en recitar las horas canónicas, y la música de tecla y canto de órgano con voz diestra y suave; cada día le iban mejorando, y según la experiencia mostró, ningún otro remedio más proprio y eficaz fuera bastante (después de Dios) para darle entera salud, como fué éste. Llegada la hora de su partida, no teniendo otro caudal con que gratificar á la religiosa doncella que ella más estimara, siendo amiga de versos con extremo, le dejó por despedida esta

CANCION

Ingenio sobrehumano,
angelical sujeto,
celestial condición con alma pura,
remedio soberano,
antídoto perfeto,
médica illustre que los males cura,
bellísima hermosura,
amatista preciosa,
perla no conocida
de gente no entendida,
aunque eres por extremo virtuosa,
remunérete el cielo
la salud que me has dado y el consuelo.
Variable Fortuna,
breve contentamiento,
ensueño, sombra, flor que se marchita;

pues la hora importuna
volvió el gozo en tormento,
que está esperando en la tremenda ermita,
porque si resucita
mi espíritu afligido,
la fuerza del partirme
me amenaza á morirme
donde sienta en extremo el bien perdido,
con cuya dura ausencia
doblo mi soledad y penitencia.
¡Ay! Jesús de mi alma,
enamorado mío,
libra mi corazón de sus pasiones;
pues la corona y palma
que alcanza tu amor pío,
incluye en sí más altas perfecciones,
y más obligaciones
tengo yo para amarte
que no á tus criaturas,
aunque sean más puras.
Así huigo de mí y vuelvo á buscarte,
porque conozco cierto,
que enfermo estoy, mas sano en el desierto.
   Canción, aquí te dejo
por falta de materia,
y baste la abundancia de miseria
que confieso de mí por mal anejo.
Cese mi triste canto,
pues me vuelvo á gozar de dulce llanto.

A llorar dice el Solitario que vuelve á su desierto, y como dicen que al buen pagador no le duelen prendas, antes de salir de los muros de la ciudad salían de sus ojos lágrimas de amargura, del sentimiento que suele hacer un pasajero que yendo ya embarcado en alta mar echa menos una gran joya que se le quedó en la posada por su inadvertencia. En la recámara y tesorería de nuestra alma y cuerpo no hay joya de mayor valor que la voluntad; desta se le quedaba olvidada al Solitario una parte en la posada que fué curado, y no lo sintió hasta que estuvo fuera, porque el bien no se conoce hasta que se pierde. Acabó de conocer entonces el parecer de los Santos Padres. Como la fuente manantial de muchos bienes es la soledad, y al que agrada á Dios en ella él se la comunica suavemente, pero conviene conservarse en el verdadero amor divino, libre cuanto ser pueda y exento de humana criatura que pueda arrebatar el corazón.

No ha de tener el amador de Dios familiaridad con alguna mujer ni aun con hombre, si no fuere con aquel que fuere de su mismo propósito y voluntad, sacudiéndose de todos con pocas y humildes palabras, y si por esto fuere aborrecido, súfralo con alegría levantando el espíritu al cielo. ¿Qué se le da al Caballero de Cristo tener por enemigos á todos los hombres si tiene al mismo Dios favorable y propicio? El que desea aprovechar á todas las criaturas apártese de todas, y fuera de Dios no

piense nada ni haga estima de las cosas terrenas, teniéndolas por estiércol.

Antes de entrar el Caballero en su ermita visitó al amigo Prelado, el cual le forzó á quedarse allí algunos días, concertándole un reloj. Rogóle el Solitario, como otras veces había hecho, que le confesase y fuese su maestro y guía espiritual, pues no hallaba quien lo pudiese hacer con más propriedad, tiempo y vecindad. Después de muy rogado, dijo: «No le estará bien que yo me encargue de su alma porque le mandaré luego quemar todos sus libros y no lo hará». Respondió el Venturoso: «No sólo los quemaré por amor de Dios, pero me dejaré quemar á mí mismo, que digno es del fuego el que hace obras que merecen ser quemadas». Fué cosa tan donosa como lastimosa la censura deste Prelado, y fué crecida amistad la suya, pues siendo obligación de gente sabia no condenar un libro hasta haberlo leído todo, este sabio religioso hasta entonces no había visto ni tomado en su mano ningún libro de los que condenaba á quemar, y aunque los hubiera leído todos, contenían materias que nunca él había estudiado ni eran de su facultad, y no sólo le lastimó con esta herida penetrante, pero con otra mayor deste jaez digna de silencio, habiéndole antes regalado con mucho extremo y cantidad. Sintió mucho el Solitario este golpe porque le parecía no tener en aquel reino otra persona que más amor le mostrase y de buen espíritu. Fuese á

su ermita consolado con el dicho de Aristóteles: «La injuria que injustamente se hace es infamia del que la hace y no del que la recibe».

No dejó el padre de los güérfanos, y Dios de las venganzas, sin castigar las injurias hechas á su caballero en las cosas que más le servía en su santa doctrina, y por la ley del Talión á dos injurias otros dos castigos mayores, y para que no entendiera que eran acaso y no de propósito, á muy pocos días dió Nuestro Señor con el Prelado en una cama herido de aguda enfermedad y llegó á ser tenido por muerto. Convaleció en las fuerzas, pero no en la flaqueza de espíritu, que no trató de reconciliarse con su prójimo y restaurarle la fama. Levántasele luego una persecución de sus mismos súbditos en materia de mal gobierno, y llaman quien lo remedie, privándole del oficio mucho tiempo antes que acabase su trienio. Y parece que no contento el cielo con esto, permitió que todos cuantos religiosos entraron por su mano se saliesen del convento á otro reino si eran sacerdotes, y los novicios dejasen el hábito, y todo esto en breve instancia uno tras otro, y viendo el aislado Solitario que todos se volvían contra él, amigos y enemigos, para aliviar su pena hizo esta exclamación en

REDONDILLAS

El verdadero paciente
se puede desengañar

que nunca le ha de faltar
mientras viva quien le tiente.
Y el que con más devoción
fuere á servir al Señor,
apareje con temor
su alma á la tentación.
La causa de aquesto es
que cuando el demonio pierde
un alma, el dedo se muerde
porque se le fué por pies.
Y procura conquistalla
con gran estudio y violencia,
poniendo su diligencia
para volver á cobralla.
Cual suele un Rey poderoso
que una ciudad le han ganado,
y va con su campo airado
á rescatarla furioso,
Así cuando se convierte
un ánima al bien eterno,
la carne, mundo é infierno
la prueban si se pervierte.
Tanto Satanás la ofende
cuanto más la ve salir
de su casa y resistir,
y más, si más se defiende.
Es, pues, vehemente indicio
que este Labán infernal
no persigue, y hace mal

al que tiene en su servicio.
Y Dios permite y consiente
que tiente más á su amigo,
porque en vencer su enemigo
lo confunda y atormente.
Con que el soberbio tirano
quede afrentado y corrido,
de ver que lo haya vencido
un flaco y simple gusano.
También, porque los tentados
están por muchas razones
con diversas tentaciones
humildes y ejercitados,
Y es purgatorio loable
de los pecados que hicieron,
y acordándose quién fueron
su enmienda es más saludable.
Y para que no se den
al desordenado amor,
es permisión del Señor
que les vuelvan mal por bien.
Contentación se merece
y el justo está más seguro,
que es lima que al hierro duro
lo hermosea y emblanquece.
Al fin Dios nos mundifica
para que nos resinemos,
y en todo nos humillemos,
que esto es quien se mortifica.

No hay sin ella, en especial,
virtud firme ni amor cierto,
y si la hay, no siente un muerto
que le injurien y hagan mal.

SONETO

Á LA MORTIFICACIÓN

¡Oh! joya celestial no conocida,
¡oh! conocido bien después de muerto,
¡oh! muerte voluntaria y vivir cierto,
¡oh! vida trabajada y no sentida;
¡oh! sentimiento que atesora vida,
¡oh! tesoro de santos descubierto,
¡oh! encubierta vitoria y cielo abierto,
¡oh! mortificación con Christo unida.
Quiérote confesar que no te quiero,
que si bien te quisiera te tuviera;
quiera Dios que te alcance como espero.
Quieres venderte cara y no hay quien quiera
quererte en casa por ningún dinero,
quiero al fin yo quererte, aunque no quiera.

Abstúvose el Solitario de los recaudos, ni presentes del Prelado antes que cayera; y túvole Dios de su mano en que no le aborreció ni tomó placer de su enfermedad y privación de oficio, antes le pesó mucho, que según pondera el Abad Teremont, es

muy clara señal, que el alma no está aún libre de la hez de los pecados cuando no se compadece de los ajenos con afecto de misericordia, antes los juzga con aspereza y rigor. Porque ¿cómo se podrá decir que tiene perfección de corazón el que está sin esto? Sufrid y sobrellevad los unos á los otros. Menos tendrá caridad, pues ella (como dice San Pablo) no se enoja, no se hincha, no piensa mal; todo lo sufre, todo lo lleva bien. Y Salomón dice: «Que el justo tiene también lástima de sus jumentos; pero las entrañas de los malos no tienen misericordia.» Por lo cual el que en los otros condeuna sus vicios y pecados con inhumanidad y severidad, es muy cierto que está sujeto á los mismos pecados y vicios.

Parecíale al Solitario que descansaría su afligido espíritu con un Religioso teólogo, viejo y virtuoso, conocido suyo de la otra vez que estuvo en la isla, el cual estaba una jornada de allí en una villa llamada Muro y le escrebía á menudo. Era poeta y envióle en una carta el Caballero estos

MADRIGALES

¡Ya viviré de hoy más ledo y seguro,
pues de un huérfano hispano
hallé padre y hermano,
¡ay!, cual verde hiedra asida al muro,
y pues es Cristo piedra,
por ella á él me subirá esta hiedra.

Llorábame más sólo que no pobre,
más ya del muro suena
un eco que retruena
en mis oídos, porque aliento cobre,
que un mínimo en dar ánimo,
suele esforzar á un grande pusilámino.
Pues que desde esta solitaria jaula
merecí oir reclamo
del que yo tanto amo,
ven eco en caridad, pues eres Paula,
porque vea y escuche
á un fraile y tal, que si es Francisco, es puche.
No sabré en esperar tener paciencia
(si no me la da el cielo)
hasta tener consuelo
de ver y de gozar vuestra presencia;
que un justo, con justicia,
renueva juventud y la amicicia.

Vino luego el Religioso y por tiempo de Carnestolendas estuvo en la ermita una temporada, teniendo dél menos consuelo del que esperaba, antes mucho trabajo y desgusto: porque si no es sólo Dios, no puede saciar nuestra alma. Aquí corrían ya dos años que el Solitario estaba en su ermita ó cárcel voluntaria, y en este tiempo compuso los tres libros siguientes: 1.° De Fisionomía natural y esfera celeste. 2.° Títulos de cartas y conceptos de varias materias para saberlas notar. 3.° Valladares

de flores divinas, con variedad de versos en alabanza de algunos Santos que honra la Iglesia, conocidos, con muchos conceptos, metáforas y sentencias; que son por todos diez y siete los compuestos hasta aquí.

Todos estos libros y otros secretos interiores, deseaba comunicar el Solitario con este su amigo ó conocido teólogo y viejo. Pero en todas las cosas mundanas no se hallan sino desabrimientos grandes. Hablaba Cristo de su acerbísima pasión, en la gloria de la Transfiguración, por enseñarnos que buscar consolación en este mundo es hallar amarguras y pesares. Mezcló Dios tristezas entre las consolaciones mundanas, porque aborreciendo esta vida, amásemos la advenidera. Cosa es maravillosa que estando todas las cosas desta vida llenas de amargura, nunca falta quien las tenga por dulces y sabrosas.

Bien entendió el Caballero que su amigo el fraile, como fué en el siglo también Caballero, sería escogido como un buen caballo, á cuyo ejemplo ha de ser el amigo. Que tenga la cabeza pequeña, por humilde conversación. El oído vivo, para cuando le llamen. La boca blanda, que es la lengua templada. La corona dura, para sufrir trabajos. Las manos abiertas, para hacer bien. Los suelos duros, para perseverar en la amistad. El color bayo, por la buena fama. Y, finalmente, el cabello revuelto, que sea amigo manual. Sobre todo lo cual no ha de hacer

corcovos, sino que vaya por donde lo volvieren con las riendas de la mala ó buena fortuna. Este tal será buen amigo. Y si el caballo que ha de comer paja y cebada, por sola una tacha es desechado, cuánto más el amigo que en el pesebre del corazón se ha de apacentar con nuestros secretos.



AVENTURA XLII

Padece el Caballero Venturoso en su ermita persecución y tanta desventura, que le obligan personas graves á dejarla y vivir en la ciudad con más recogimiento.



o hay cosa que se pueda ofrecer á Dios más suave ni más agradable á sus ojos, que la abnegación y resignación de la propria voluntad: porque no hay cosa más amada ni querida del hombre, que la voluntad y libertad de su libre albedrío; y así, cuando uno contradice por Dios á su propia voluntad y á su sensualidad, negándole por el amor divino lo que ella quiere, aunque sea en cosas pequeñas, hace á Dios un servicio mayor y más agradable á sus ojos, que si diese vida á un hombre muerto.

Cuando entró el Caballero solitario en esta Rea ermita, aunque por ser sujeta á tantos dueños amenazaban éstas y otras mayores tribulaciones, con todo eso, considerando que no sería de perjuicio á ninguno su vivienda y de provecho á muchos, habíase ya encerrado en aquella amable y voluntaria prisión para toda su vida, hecho testamento, señalado su entierro al costado del altar mayor y

mandado la mayor parte de sus bienes á la Iglesia. Y con un amor tan entrañable, que cuantas cosas le ofrecían para vivir de mayor quietud y comodidad con largos partidos (aunque allí no tenía propriedad más que en dos pequeños y obscuros aposentos detrás de una mediana iglesia, y una poca de agua cien pasos apartada, con crueles, varios y continuos vientos en el invierno y otoño, que solían arrancar los árboles de raíz, y no menores los de las persecuciones y malas correspondencias), le daban angustias mortales cuando pensaba salir de allí, y con tiernas y devotas lágrimas se ponía ante la imagen de la Santísima Trinidad, retablo bellísimo de aquella iglesia, que parece que le tenía asido, y cobraba tanto ánimo, que le parecía morir mil muertes antes que salir de ella un paso.

El personaje que le quería sacar de allí era tan poderoso, como molesto y porfiado; y cuanto él más apretaba en inquietar al Solitario (y los que allí le pusieron no ponían la calor necesaria en defenderlo), tanto más perplejo y confuso se veía, y con ánimo varonil les escrebía estas palabras: «Una de dos cosas considero en esta mi tribulación: Que Dios coarta las fuerzas y voluntad á los ministros del Rey, para que me socorran rogando, en lo que pueden hacer de oficio, porque me resigne todo en las manos del Señor á quien aquí sirvo, que en un momento lo puede remediar. O que el señor Virrey, habiendo conocido cuán impaciente soy, como Ca-

pitán general, después de haberme dado documentos y órdenes de pelear, me quiere ahora probar si tengo valor en acometer á solas al enemigo. A su Señoría ilustrísima vine encomendado, y aunque no lo viniera, es servicio de Dios y del Rey defenderme en la casa de los dos y hay obligación. Válgome de los medios humanos, por no esperar milagros. La potencia del que aquí me inquieta, sólo se funda en el deseo que tiene de hacer esta casa de penitencia, granja de recreación, y para esto se ha hecho coadjutor del que la tiene por Su Majestad, y mientras él vive, no tiene él jurisdición en ella, y así la tiene ya dél arrendada, y cuando esto le valiese, es para las tierras, huerta, viña, torre, con la demás casa. Pero no puede ser arrendada la Iglesia con sus cámaras, sacristía y ornamentos que yo al presente sirvo sin interés alguno, antes aumentando á mi costa muchos reparos y adornos. Y menos puede meter aquí fraile con ningún título, en casa Real, sin su licencia. Y si todo esto se hace á contemplación de personas graves, ningunos hay mayores que Dios y el Rey, que volverán por su casa. Con licencia firmada del Señor Virrey y Regente, pasada por el Ordinario, Procurador Real y Señor Inquisidor, se me dió posesión en esta iglesia, que sirvo ha dos años, sin haber cometido delito porque se me quite. No saldré della, ni daré llaves ni ornamentos á arrendadores ni á frailes, aunque traigan ministros de cualquier tribunal, si no fuere

con mandamiento firmado de los mismos señores que aquí me pusieron, porque ese me basta por pasaporte para redimir la mala opinión acerca de las personas graves de letras y espíritu, que podrían notarme de inquieto y vago, que saben mi retiramiento. Y como todo esto es servicio de Nuestro Señor y obliga á perseverancia y padecer por él, mejor me es á mí morir en esta defensa, antes que nadie vacie mi gloria. Que entiendo que todo esto es tentación del demonio, que no puede más sufrir que desde este desierto esté dando higas al mundo; y que dello haya indicio, se ve en que este santo lugar ha estado tanto tiempo y años sin persona que le habitase, y ahora que yo lo ocupo, ocupa á tantos deseos dél y de sacarme. Alegróme desto, que es prueba de que agrada á Dios que tenga tantas contradiciones. Que á la madre Teresa de Jesús esto era el crisol donde probaba si era voluntad de Dios lo que hacía».

Cerca de un año duró al Solitario esta guerra con que le inquietaba su contrario, enviándole muchas veces á decir que le desocupase la ermita. No lo hacía el Caballero, porque tenía orden secreta de los que allí tenían jurisdición, para que no la desocupase ni dejase entrar á nadie sin su orden. Con todo esto no le faltaban trazas al contrario para alcanzar su deseo. En estas tribulaciones hizo el Solitario el siguiente

SONETO

Si supiesen los hombres afligidos
el provecho que dan tribulaciones,
sabrían padecer persecuciones,
mostrándose animosos y sufridos.
Ganan aquí, turbados y oprimidos,
las riquezas divinas y altos dones
que da Dios á los fuertes corazones
muertos en su servicio y no rendidos.
No hay bárbaro, gentil, turco ó tirano,
elefante, león, toro, serpiente
ni otra fiera ó persona sin sentido,
Que si un hombre será humilde y paciente,
volviendo bien por mal con pecho humano,
no le deje ablandado y conmovido.
Y aunque esto no haya sido,
basta que es purgatorio de pecados
y mayor gloria á los predestinados.

Cierta cosa es que el ejercicio con que el alma se dispone para recebir los consuelos del cielo es la mortificación, la cual corta de filo deleites sensuales y cosas de la tierra á que tiene inclinación, y abraza las cosas contrarias y penosas. Porque son muy contrarios el consuelo de la tierra y el del cielo; el gusto desordenado de las criaturas y el gusto verdadero de Dios. Así, mientras el ánima está pegada á los consuelos terrenos, no recibe los celes-

tiales, como lo confiesa San Bernardo por estas palabras: «Hay muchos de los que sirven á Dios que viven miserablemente, porque participan de los trabajos y tribulaciones que hay en esta vida, y no participan de los consuelos que Dios comunica á las almas; y así les acontece, ó que no perseveran en servicio de Dios y se vuelven á los vicios, ó pasan una vida tan trabajada y miserable, que en cierta manera es como un infierno; porque nunca, con verdad, respiran con luz de las misericordias y con la libertad del espíritu, que hace que el yugo de su ley sea suave y su carga liviana.

Y la causa desto es porque no han limpiado su voluntad de las aficiones desordenadas; aman consuelos y gustos terrenos, ó en las obras ó en las palabras, ó en tener esto ó aquello, no rompen con estas aficiones ni las mortifican; por esto no reciben los consuelos divinos. Porque el ánima que está sujeta á estas aficiones que la distraen, no puede ser llena de los consuelos con que Dios visita á los suyos; y á la medida que se purificare y vaciare destas aficiones y consuelos terrenos, á esa le darán los consuelos divinos.» Todo esto es deste Santo. Por todo lo cual se puede creer que Nuestro Señor permitía todas estas afliciones y desaventurados casos que hasta aquí contiene nuestra historia, á fin de que su Caballero mereciese el título de Venturoso, desarraigando del todo de su corazón las cosas de la tierra; que aún todavía le quedaban reliquias del

mundo, sentimientos y quejas, según se ve en esta relación que hace á un potentado devoto y favorecedor suyo en este

ROMANCE

Consumida el alma y cuerpo,
enflaquecidas las fuerzas,
de estar en este desierto
entre demonios y fieras,
Que peores son los hombres
si á ser crueles comienzan;
y más los que por su culpa
Dios de su mano los suelta.
Padezco en civil batalla,
que este mundo todo es guerra,
y al punto que acaba una
otra de nuevo comienza.
Comunicándose el mal,
dicen que alivia y consuela,
principal si es á un amigo
que lo siente y lo remedia.
Por estos versos sabréis
parte de mi penitencia,
que será para vos grande
si á mis duelos dais oreja.
El sapientísimo Dios,
á todas sus almas lleva
por el camino que sabe
que más bien les aprovecha.

Unos van al cielo en mula,
otros en coche ó litera,
algunos á pie y descalzos,
y otros con graves dolencias.
A mí me lleva arrastrando
tras él con la Cruz acuestas,
que en aquesto se conoce
su divina Providencia.
Y dame voces dentro la conciencia:
Padece, sufre, calla y ten paciencia.
Envejecido en pecados,
deseando muerte buena,
troqué mi patria y mi casa
por tierra y por casa ajena,
do soy Capellán de balde,
comiéndose otro la renta,
y aun las limosnas de misas
no quiere Dios que las tenga.
Mi pie de altar son calumnias;
detracciones las ofrendas;
pan, vino y cera de muertos,
persecuciones y afrentas.
Soy cual árbol derribado
en quien todos hacen leña,
ó cruz donde ha muerto alguno,
que echan los que pasan piedras.
Las buenas obras que hago
á nadie parecen buenas;
y si dicen mal de mí

lo tienen por cosa cierta.
Hecho un terrero en el campo
donde se prueban ballestas,
y un postre de los banquetes,
como un platillo de lenguas.
Como lebrel extranjero
que gozques le adentellean;
y lo que es mayor dolor,
los naturales á vueltas.
Azótame Dios cual hijo
sufriendo mi poca enmienda;
y cuando yo más le ofendo,
más tiene de mí clemencia.
Y dame voces dentro la conciencia:
Padece, sufre, calla y ten paciencia.

Soy un síndico de frailes,
de los letrados Esteban,
de los caballeros Toro,
mártir de gente plebea.
Si estoy enfermo de enojos
ó de otra cualquier dolencia,
no hay quien me diga ¿qué tienes?
aunque de hambre me muera.
Cual sastre soy del Cantillo,
que pongo hechura y seda,
dándome á todos de gracia,
y en todos no hay quien me quiera.
Hirieron á un buen criado
que fué ocasión que se fuera,

y ha un año que vivo solo
hecho un valle de miserias.
Porque en lugar tan remoto,
de vida sola y estrecha,
ha de tener mucho Dios
el que en ella persevera.
Y está ya el mundo de suerte,
que en poblado se halla apenas
quien sirva á Dios, cuanto más
entre los bosques y peñas.
Mas ¡ay, Jesús de mi alma!
de enfermo son estas quejas;
que si fuera bueno y sano
mil gracias por esto os diera.
No es el siervo más honrado
que su Dios y Señor era,
ni el dicípulo es mayor
que el maestro que le muestra.
El que no fuere del siglo,
aunque se vaya á una cueva,
el mundo, carne y demonio
le combaten y atormentan.
Y dame voces dentro la conciencia:
Padece, sufre, calla y ten paciencia.

Los mundanos y carnales,
paz engañosa los ciega,
por vivir á su placer
con salud, honra y hacienda.
Pero á mí, como á infiel,

me quieren quitar la Iglesia,
porque no vale sagrado
al sagrado que Dios prueba.
No hay permanente ciudad
ni cosa acá con firmeza;
que es mudable la Fortuna
en la próspera y adversa.
Salamandria soy de Cristo
que su fuego me sustenta,
y pece del mar de angustias
que me muero estando fuera.
Bola soy de mi Señor
para rodar donde me echa,
y aquí le sirvo de esclavo
al remo desta galera.
Y si quiere echarme libre
de su amorosa cadena,
á mi proprio natural
que me conoce y respeta,
Me quedo por buena boya,
que ya no me hallo en tierra,
y por vivir para el cielo,
vivo una vida desierta.
La ciudad me será yermo,
en tanto que Dios ordena
de justificar su causa
y dar vida á mi alma muerta.
Pues me da voces dentro la conciencia:
Padece, sufre, calla y ten paciencia.

El prebendado sacerdote alcanzó en este ínterin privilegio nuevamente del Rey, para que con título de coadjutor del Retor que tenía y gozaba los fructos de la ermita, pagando su arrendamiento, desde luego la poseyese y gozase como si fuera propria. Con todo esto, los ministros del Rey, que gobernaban la isla, no dieron lugar á que fuese inquietado el Solitario de su Iglesia, ni á que entrase el Prebendado á tomar posesión della, ni inventariase sus bienes, y esto duró algunos meses. Y como la privación es causa de mayor apetito y pasaba de tres años que pretendía entrar allí con tan extremado deseo, que cuatro puestos honoríficos que ocupaba con su persona no los estimaba en tanto, ni había gastado, ni puesto tantos medios para alcanzallos, como para señorear la ermita; pensó, y puso por obra una cautela, propria de los hijos del siglo, que en estas cosas son más prudentes que los hijos de Dios, y fué así. Llegóse á un ministro muy grave que más favorecía al Venturoso, y persuadióle que su intento era servirlo y regalarlo, sin que le faltase cosa al Solitario que él no se la proveyese, y que no pondría religioso ni otra persona, sino á él, que tendría á cargo no sólo lo espiritual, pero también lo temporal; y tales cosas dijo y hizo con el ministro acerca de justificar su pretensión, que fué creído, de modo, que entendiendo que hacía á Dios servicio y gran comodidad al Solitario, escribióle luego larga y cumplidamente, persuadiéndole que

con mucho amor y agrado dejase entrar al Prebendado, no embargante, que tuviese orden de hacer lo contrario, que él le había prometido de hacerle muy buena vecindad y estarían como hermanos. Ya el Caballero sabía que esta era trampa; pero no pudo resistir á la potestad, ni exceder al consejo de los santos. Que desterrado del corazón todo privado amor, el siervo de Dios, y deponiendo la voluntad propria, se debe de entregar á sí mismo al Señor y resignarse perfectamente en él. Sin que diga con la boca ni con el corazón (teniendo cuenta con su propia comodidad): Esto quiero, aquello no quiero; esto elijo, aquello desecho; ni procure jamás, ni busque cosa alguna suya; sino que, desechada toda propriedad, se despoje de sí mismo, y de tal suerte muera así, y á todas las cosas del mundo, como si nunca viviera, y en realidad de verdad fuera muerto. Buscando en todas las cosas la honra de Dios, y trabajando sumamente que su voluntad se cumpla en todo, de tal manera, que en las oraciones y píos deseos junte la humilde negación de sí mismo, pidiendo á su divina Majestad que no se haga su voluntad, sino la suya. Hasta aquí es doctrina de los doctores sagrados. Y en cumplimiento della, nuestro Solitario hizo este

SONETO

Quien por Dios vivo al mundo no muriere,
no vivirá con Dios, por Dios muriendo,

y si no mengua en sí no irá creciendo,
ni vida alcanzará si vivo fuere.
Quien quiere á Dios, no obrando lo que él quiere,
muere cuando se piensa estar viviendo,
porque sólo al que vive muerto siendo,
se le dará la vida que no muere.
Así el que una reliquia sola tiene
de sentir como vivo las injurias,
no es por Dios muerto, sino amortecido.
Porque tener ligadas á sus furias
para soltarlas, si la ocasión viene,
no es ser mortificado, más fingido.
Tenga por entendido
el que quisiere cielo siendo tierra,
que ha de morir por Dios en dura guerra.

Vino un domingo el Prebendado muy acompañado de amigos, parientes y criados, estando diciendo misa el Venturoso; acabóla, y hechas gracias, salió al campo, donde todos esperaban el recuentro, y fuese derecho á sus pies, diciéndole: Muy propio es de Dios, á los que no se pueden salvar por justicia, salvarlos por misericordia. Ahora me quiero valer della con vuestra merced, pues hasta aquí he resistido por justicia. Holgáronse todos del buen término, dciendo: Que no era tan bravo el león como lo habían pintado. Quedó con esto (al parecer) asentada esta contienda. Pero duró veinte días ó un mes el reparar algunos aposentos de la

torre, y al cabo dellos envió desde la ciudad un religioso conocido suyo, el Prebendado, á la ermita, en compañía de otros clérigos y criados, con una carta que decía que el Solitario entregase por inventario al religioso todos los bienes y ornamentos que tenía á cargo de la dicha iglesia, para que con menos cuidado y más quietud estuviese en ella. Viendo el Caballero como tenía el orden (que habemos dicho) de no dejar tomar inventario de cosa alguna si no venían ministros de la Procuración y Patrimonio Real, respondió: «Que lo trataría con quien le tenía mandado al contrario», y partióse luego á la ciudad, dió cuenta de la novedad á los ministros superiores que gobernaban y de otros malos tratos que usó el fraile de orden extravagante y los que le acompañaban con el Solitario, que podrían ser á fin de molestarlo para que se fuese de allí.

Estando ya los ministros del Patrimonio Real informados y tratado de juntarse para mandar echar de la ermita al fraile, el Virrey, que más deseaba la quietud del Venturoso, en presencia de su confesor y de otra persona dota y espiritual, le dijo: «A mí me parece que para vivir con más quietud y recogimiento será mejor dejar esa ermita, en la cual siempre habrá de parte del contrario inquietudes y pondrá tropezones. Véngase á vivir á la ciudad en una casa retirada, y aquí le ayudaremos todos á pasar adelante con su vida recogida. Y digan los padres que están presentes si esto es más acertado y

casi forzoso á la paz del alma.» Respondieron: «Que era sanísimo consejo y que ellos hicieran otro tanto en semejante ocasión, pues el Prebendado podía inquietarlo siempre, y comenzaba ya, sin guardar respeto á quien había muchas veces prometido dejarlo servir á Dios y no meterle allí á nadie. «Como el combatido Caballero oyó este consejo, pareciéndole que el Espíritu Santo hablaba por la boca del Santo Virrey, cuyas partes de virtud y nobleza eran muy conocidas y excelentes, asentósele en el corazón con eficacia de que era la voluntad divina, y buscó luego casa, y el día siguiente la halló cerca de los Padres de la Compañía de Jesús, con jardín y entresuelos retirados de la calle 30 pasos, como si de propósito hubiera sido hecha para vivir vida solitaria. Volvió á la ermita y despidióse de sus parroquianos, y trújose su ropa á su nueva ermita de ciudad. El piadoso y gran caritativo Virrey pagó la casa á su dueño sin sacar dinero de la bolsa, y socorría al Venturoso, como hacía á todos.

Para que se tuviesen premisas de que fué esta mudanza ordenada de Dios, echóse luego de ver en el consuelo que su alma tenía dentro de aquella casa confesor, sermones y recaudo para decir misa al lado, y por lo menos, Iglesia de la Compañía. Al cabo de la calle la plaza para el socorro de la vida humana. A poco trecho monasterios y personas de letras y espíritu con quien consolarse en las sequedades y tribulaciones. Pobres que de ordinario

se entraban sin llamar (como en su casa) á quien el Venturoso compraba cada día tanto de cielo cuanto les daba de pan (que era año estéril), y recambiaba estas segurísimas pólizas al banco de los tesoros eternos, que polilla no los come ni ladrón los puede hurtar. Ultra de que es el camino más derecho para alcanzar de Dios misericordia en el alma y en el cuerpo, y una cierta y conocida granjería y logro á los que lo han experimentado, en que ganan el ciento por uno prometido en el Evangelio, sin el remate, que es la vida eterna. Como su Divina Majestad pondera por San Marcos: «Soy tan buen pagador, que con la medida que me midieres os mediré y con aquella ventaja del Creador á la criatura.» Ofrecíase un gran inconveniente destar el Venturoso en la ciudad, y era que los caballeros y estudiantes aficionados á la poesía y las demás habilidades que en él conocían haber puesto Dios, concurrieron luego á su casa, comenzaron á entretenerlo y algunos le enviaron regalos. Pero duró poco, porque luego los desengañó que su recogimiento no era para que fuese Academia de poesía ni casa de entretenimiento. Diéronse por entendidos y no le visitaron más ni le obligaron con presentes, que no eran tan largos como sus visitas.

Dijo San Macario: «El que de veras se desea salvar, conviene huir de los hombres y estar quedo en su aposento; llorar continuamente por los pecados: y lo que es sobre las otras virtudes, refrenar la len-

gua y el paladar». Quiso Dios que tuviese el Venturoso en esta reclusión mucho aparejo para ejercitarse en estas virtudes. Y como comenzó el mundo á dejarlo estando en medio dél, en alabanza de la Santa clausura, hizo el siguiente

SONETO

Quién pudiese cantar con tal dulzura
de voz, angelical y sacro aliento,
que del re, mi, que está en recogimiento
alcanzase al fa, sol, de la clausura,
y sin el contrabajo por natura,
pudiese ser contralto en el asiento
de fe fa ut, por cuyo fundamento,
llegase al la, mi, re, de oración pura.
Mi canto fuera reclusión divina,
recogimiento ilustre, encierro grave,
senda oculta que á Dios nos encamina.
Viaje cierto en artillada nave,
puerto donde se oye muy contina
música celestial, dulce y suave.

Hermano de la clausura, y familiar amigo entre la gente devota suele ser el ayuno, porque tiene casi el camino andado la persona que no sale de su rincón, ni se ocupa en ejercicios penosos, ora lee, escribe, compone, pinta, cose y otras ocupaciones á este modo, que traen poca hambre, y cuan-

do se come una vez al día, es más por necesidad que por gusto: Por lo cual el Venturoso, aficionado á este virtuoso acto, le hace también honra con este

SONETO

Oiga el mundo lo que hace ayuno santo:
sana dolencias, seca estilaciones,
quita el mal pensamiento, é ilusiones,
y á demonios expele y causa espanto.
La memoria y juicio aclara tanto,
que cría celo y limpia corazones,
alcanza indulgencias y perdones,
y mueve á compunción y dulce llanto.
Descarga al alma, al cuerpo santifica,
levántanos á Dios, mata el pecado,
los deleites destierra y mundifica.
Remedia la salud, quita el cuidado,
raíz de castidad, bien que edifica,
y es origen de gracia y buen estado.

Mucha paz interior tenía el Venturoso en su continua clausura, porque como no trataba con nadie, ni salía de su aposento sino sólo á decir misa, pidióle un confesor de unas monjas (donde algunas veces decía misa el Venturoso) que le hiciese algunos versos para que las más devotas tuviesen en su celda, con alguna doctrina provechosa á su profesión, y envióle las siguientes

LETRAS

Religioso es religado
dos veces por ley y voto,
que obliga á ser más devoto,
más humilde y retirado.
La religión verdadera,
sola en su recogimiento
está en alma y pensamiento,
y no tiene nada fuera.
Sorda y muda es la obediencia,
y quien no se mortifica,
nunca Dios le comunica
la abnegación y paciencia.
Ingratitud es cruel
no estimar bien tan jocundo,
que á quien Dios sacó del mundo,
se vuelva á tratar con él.
Si la celda es como cielo,
quien huye della se arguye
que también del cielo huye,
por darse á cosas del suelo.
Quien no ha gustado la miel
que da Dios al alma Esposa,
por cualquier liviana cosa
se excusa de gustar dél.
Alma que en callar y orar
no es lo esencial de su vida,
aunque esté más recogida,
tendrá vicios de seglar.

Quien no corre diligente
al grado de perfección,
que obliga su profesión
pecará muy gravemente.
La mujer de Lot da espanto,
que en volver la cara al mal,
se volvió estatua de sal,
y en la monja es otro tanto.
Deseos siempre engañaron,
pues de propósitos buenos
están los infiernos llenos
porque las obras faltaron.
Conocerá su decoro
la monja, en cual más le agrada,
estar hablando en la grada,
ó en la celda ó en el coro.
Licencia para hablar
monja con hombre, sea poca,
que el fuego junto á la estopa
mal se pueden conservar.
No esté de sí satisfecha
la más santa religiosa,
pues de una palabra ociosa
le han de tomar cuenta estrecha.
El que salvarse quisiere
caracol se ha de tornar,
que al cielo no puede entrar
quien carne y sangre tuviere.

Dice San Bernardo en un sermón que hace sobre los Cantares: «El esposo, estando tras de la pared de la carne de su querida, mira con mucho cuidado por las ventanas y por los resquicios, qué es lo que hace dentro el alma, qué piensa, qué desea, porque está muy celoso della. Por eso conviene que ella mire por sí diligentísimamente, porque acaso no la hallen descuidada entendiendo en alguna indecente obra». Y la religiosa, y cualquier ánima santa, no se ha de descuidar de mirarle todos los pasos á su esposo, pues conoce bien y entiende que siempre está asechando por las ventanas y cancelas. Teniendo particular cuenta en todos los momentos del tiempo con la venida espiritual del esposo, para que en tocando á la puerta luego al momento corra á meterle dentro. Verdaderamente visita el esposo al alma que tiene compunción y dolor de sus pecados, ó en fervorosa devoción se está abrasando de amor suyo.

El Caballero Venturoso escribe en esta sazón un Tratado de liberaciones y curas de endemoniados, enhechizados, ligados en matrimonio, embrujados, de mal de ojo, melancólicos y de calenturas, que Dios hizo por sus manos, y sanó.

AVENTURA XLIII

De algunos trabajos que sucedieron al Caballero recluso en Mallorca en su recogimiento, cómo partió della y desembarcó en Valencia del Cid.



EGÚN dotrina de San Agustín y San Gregorio, es cierto argumento de que una cosa temporal, aunque buena y necesaria, se amaba con afecto desordenado, si cuando viene á faltar la tal cosa se siente mucho y se aflige la persona notablemente. Pero cuando la ama por amor de Dios (pues es cierto que de su mano potente viene el carecer della) por cualquier medio que haya sucedido, confórmase con la voluntad de Dios, y está contento con ella; á lo menos será en cuanto á la determinación y deseo eficaz de la voluntad.

Esta tenía el Venturoso (al parecer) resignada en la de Nuestro Señor, pues amando (con el extremo que atrás hemos ponderado) la morada de su desierta ermita, y aconsejándole que le convenía dejarla, sin réplica lo hizo: haciendo de la ciudad desierto y de una casa ermita muy retirada. No pudiera hacer esto con comodidad habiéndose sacudido del trato del siglo y estando solo sin criado

(por no hallarse á propósito), sino le hubiera ofrecido el generoso Virrey cuando allí lo puso su socorro y ayuda, en lo que toca al sustento, que de otra suerte fuera morir. Pero como era persona ocupada, no se acordaba si no le avisaba el Venturoso, que ya no le quedaba otro respiradero. Y como pasasen unas pascuas y no le enviase ningún regalo, hízole este

SONETO

Inclito Apolo, súpera abundancia,
escrito está que es fuego y pestilencia,
al recluso que hiciere penitencia,
pues hambre y desnudez son su observancia.
Pero si el cuerpo enferma es ignorancia
tratarlo con rigor y violencia,
que es caballo del alma, y con prudencia
se debe conservar por más ganancia.
Mi madre, siendo mozo, me maldijo,
mala pascua y mal año os dé el pecado,
y se ha cumplido en mí como lo dijo.
Virrey, Obispo, Inquisidor, Jurado,
y otros señores á quien soy prolijo,
como á mortal me han ya desahuciado.
Aunque estoy mejorado
en las manos de Dios, cuando á la clara,
el mundo en medio dél me desampara.

Llegó á tan buena disposición, que nunca soneto de cuantos hizo el Venturoso fué tan premiado; aunque no sirvió sino de memorial, que la gran nobleza y caridad del Virrey era tanta, que aunque fuera el aviso en prosa hiciera el mismo efecto. Y como la ingratitud (según San Agustín) es raíz y fundamento de todos los males, que desagrada mucho á Dios y es un viento abrasador de todo bien, que cierra la fuente de la divina misericordia y pone en silencio todas las buenas obras; y según sentencia del Filósofo, el que recibió algún beneficio de otro es obligado por ley de gratitud á agradecerlo y á corresponder y pagar con semejante beneficio ó servicio. Rogaba por él á Dios muy de veras en sus oraciones, decía cada día por su salud misa y entretenía los enfados de su oficio con que pasase los ojos por algunos de los libros que el Venturoso había hecho, y enviábale algunas veces destos

SONETOS

Cuatro maneras hay de Caballeros:
unos que no son y lo parecen,
otros que son y serlo no merecen,
por parecer villanos y groseros.
Hay otros que son llanos y pecheros,
de trato noble, que en virtud florecen,
y otros que en ser y parecer ofrecen
fama de sus renombres verdaderos.

El que en extremo sobrepuja á éstos,
sois vos, por muchas partes Caballero
de heroicos naturales y compuestos.
En sangre, en rostro, en trato, en limosnero,
en valeroso, en hechos manifiestos,
Séneca en letras y en el verso Homero.
Señor, en Dios espero
de eternizar con fama el bien que pruebo,
correspondiendo en parte á lo que os debo.

OTRO

Virrey sin vi, Real estirpe y raro,
Angel en rostro y proceder meloso,
carbunclo en oro, noble y virtuoso,
en resplandor de caridad sol claro.
Paloma cuyas alas son amparo
del huérfano, del pobre y religioso,
gran caballero vos, yo Venturoso,
en que os me diese Dios por mi reparo.
Huiga la adulación de mi clausura,
y falte la lisonja en mi memoria,
que mi pía intención es de ser grato.
No descomponga el mal tal compostura,
siendo público al mundo lo que trato,
y en loaros do á Dios la honra y gloria.

Aunque es opinión que poetas y pintores tienen licencia para disminuir y ampliar donde les parece,

mayormente en materias piadosas, y adonde por estar obligados no pueden con sus fuerzas satisfacer, sino con alabanzas humanas, aunque es moneda que no corre en el lenguaje espiritual, tiene mucha desculpa, cuando las tales alabanzas son verdaderas. Porque es verdad católica que en ninguna cosa es lícito mentir, y decir contra ella sería error. Porque la Divina Escritura condena toda mentira, diciendo: no quieras consentir en decir alguna mentira, y la común doctrina de los Santos así lo entiende y lo confiesa, aunque sea para salvar la vida de otro, como encarece el Papa Inocencio en una Epístola decretal, y este ha sido siempre en la Iglesia el espíritu de los siervos de Dios perfectos, antes querer incurrir en cualquier daño temporal que no mentir, que es daño del alma y ofensa de Dios, como lo testifica San Agustín y San Gregorio, diciendo: «Con sumo cuidado se debe huir toda mentira, y los varones perfectos así lo hacen, que ni por librar al prójimo de la muerte quieren mentir; porque por dar la vida á la carne ajena no quieren hacer daño á su alma; y aunque el decir mentira por inconsideración es mucho menor culpa que no el decilla de pensado, el varón perfecto tiene tan entrañable amor á la verdad, que de la una y de la otra mentira se guarda». Todo esto es de San Gregorio: todo lo cual San Pablo incluye en estas palabras: «Pues habéis aprendido la verdad de Cristo y estáis renovados con la justicia y san-

tidad verdadera, comunicada por el mismo Cristo, desterrad de vosotros la mentira y tratad y hablad verdad unos con otros, porque somos todos en Cristo miembros de un mismo cuerpo y no conviene engañar ni burlar al que es miembro de Cristo diciéndole una cosa por otra».

Un predicador grave que profesaba obras pías, llamado Oller, ocupó al Caballero algunas veces en hacerle versos, pero olvidábase de hacerle dar misas, que no las tenía; y pidiéndole otra vez una cantidad de versos con imperio y por tercera persona, envióle á decir el Venturoso que era digno el mercenario de su merced, pues de otra manera no la alcanzaba; enojóse mucho desto y fué menester, pues pedía versos, enviarle este

SONETO

En la necesidad conoceremos
la caridad que está en nuestros hermanos,
como San Pablo enseña á los cristianos,
que el uno al otro acá nos ayudemos.
Así la ley de Cristo hallaremos,
cuando con obras pías la guardamos,
y si á Dios pan contino demandamos,
también por amor suyo es bien lo demos.
Si os escandalizáis divino Ollero,
porque (cual barro) en vuestra rueda pida
ser plato, y no servicio, ni mortero,

Mirad que os hizo Dios olla podrida,
y sacerdote á mí, noble extranjero,
obligado á que gane la comida.

Considerando el recluso Caballero la guerra contina que el demonio le hacía, hizo el siguiente

VILLANCICO

Puestos en campo formado
el justo y el tentador,
quedó el justo vencedor
y el demonio fué burlado.
Salieron desafiados
al campo de la razón,
y pusieron su escuadrón
como muy buenos soldados.
Y ayudado del Señor,
saliendo muy esforzado,
quedó el justo vencedor
y el demonio fué burlado.
Satanás armado va
de jaco, espada y broquel,
con siete vicios en él,
que á un gigante vencerá.
Y aunque es astuto y traidor,
en herir disimulado,
quedó el justo vencedor
y el demonio fué burlado.

Lleva por armas el justo,
fe, esperanza y caridad,
y con lanza de humildad
venció al soberbio y robusto.
Y aunque sin fuerza y vigor
va en todo mortificado,
quedó el justo vencedor
y el demonio fué burlado.
Pusieron á que juzgase
á Voluntad, gran Señora,
porque (cual mantenedora)
diese el premio á quien ganase.
Con la justicia y favor,
sobre valiente soldado,
quedó el justo vencedor
y el demonio fué burlado.
Llegó el demonio primero,
y pensóla sobornar
con presentes al quitar
de gustos, honra y dinero.
Pero negocio peor,
que como desengañado,
quedó el justo vencedor
y el demonio fué burlado.
La voluntad respondió
con los divinos amores
tengo yo gustos y honores,
y todo cuanto él crió.
Con tal virtud y valor,

sin poder ser derribado,
quedó el justo vencedor
y el demonio fué burlado.
La Voluntad libre es
en querer el bien ó el mal,
mas tuvo auxilio especial,
para no dar al través.
Con esta prenda de amor
que da el Rey á su privado
quedó el justo vencedor
y el demonio fué burlado.
Dijo á Voluntad su amada,
el justo ya ves que ordena
Dios que yo te tenga buena,
y en él siempre resignada.
Dióle allá en premio al Señor,
y el certamen acabado,
quedó el justo vencedor
y el demonio fué burlado.

SONETO

Tentación fuerte, es prueba verdadera
del amigo de Dios, fiel y bueno,
y éste la sufre manso y tan sereno,
como si en no sentirla muerto fuera.
Esté en alerta el que salvarse espera,
no guste envuelto en mí el mortal veneno,
y después Avicena, ni Galeno,
sanar no puedan esta peste fiera.

El soldado que está en el baluarte,
tiene el nombre que guarda en la memoria,
y si éste no le dan, llegar no deja.
Así el siervo de Dios, que como un Marte,
no da á la tentación puerta ni oreja,
por el nombre de Dios ganará gloria.

Un poeta llamado Cárcel, estando en ella por guarda de un caballero preso no le pagaban sus dietas, pidió al Caballero le hiciese una petición para el Virrey y Consejó, que le mandase pagar, como se mandó, y fué en público leída en estas

OTAVAS

Señor, á quien el cielo allá eternice
mi cárcel natural puesta en su centro,
por esta petición humilde dice:
Que estoy encarcelado fuera y dentro:
padezco cárcel por lo que no hice,
y encontróme un azar de ajeno encuentro;
pero en mandarlo vos mi suerte ordena,
que esté mi gloria en medio desta pena.
Cuando mi Cárcel libertad tenía
de encarcelar á otros, sustentaba
mujer y hijos con fatiga mía,
y mal que bien mi vida al fin pasaba.
Mas cuando encarceló su señoría,
mi Cárcel, en tal cárcel, que me acaba,

si el sueldo se cobrara era gran suerte,
que Cárcel sin dinero es dura muerte.
  Ahora mucho más doblado el peso
clama mi pobre casa padeciendo,
que se cansó de sustentarme el preso,
y andan buscando lo que estoy comiendo:
Pido y suplico aquí, que atento á eso,
mandéis me paguen lo que estoy sirviendo,
que con esta merced y mandamiento,
saldrá de la prisión libre el sustento.

Cayó tan en gracia á todo el Consejo, que le mandaron socorrer con veinte escudos. Pues como el Caballero considerase la dureza y sequedad del poeta Cárcel, que no sólo no agradeció la petición, pero pidiéndole que volviese en su lengua Mallorquina un villancico, lo dilató muchos días, fué fuerza enviarle las siguientes

REDONDILLAS

  Vuestra Cárcel buen Hernando,
me ha sido seca y astrosa,
porque es cosa temerosa
Cárcel, alguacil, herrando.
  Ya sé que la cárcel suele,
más recebir que no dar,
pero un libre encarcelar,
halla en cárcel quien consuele.

Prendéisme (cual delincuente)
y yo en Cárcel del Señor,
me prendí de vuestro amor,
y me odiáis naturalmente.
¿Decid Cárcel con verdad
si sois Cárcel ó mazmorra,
para que yo no me corra,
y me esté en mi libertad?
Envíoos que en mallorquín
un villancico mudéis
y en tal cárcel lo ponéis,
que en librallo no habrá fin.
Mis otavas no son lacias
que al punto á serviros corro,
y aunque os hago dar socorro
no me decís: *Deo gracias.*
Pues no sois Cárcel obscura,
ni un horrendo calabozo,
ni alguacil terrible y mozo,
que solo prender procura,
Haced Cárcel lo que os ruego
con más suelta devoción,
si no no iré en conclusión
á la cárcel ni aun por fuego.

Estaba muy contento un día el Profeta Jonás de que en un campo yermo, en el gran sol del Agosto, había hallado una sombra pequeña de unas hojas verdes de calabaza ó de otra semejante, que le de-

fendían la calva cabeza de los ardientes rayos. Pero duróle poco, que Dios habiéndolo menester para servirle en otro lugar, permitió que un gusanillo royese el tronco de la hierba, y cayó por tierra la choza. Diez meses había vivido el Venturoso en la casa que hemos dicho en la Aventura LXII, en la cual, no sólo no le abrió Dios puerta para otro lugar solitario, pero el dueño la pidió al Virrey para su vivienda, y no hallándose quien diese otra, ni razón para dejar de consultar á Dios y á sus Ministros lo que convendría hacer en tal conflicto, fueron de parecer, personas espirituales, y con ellas el amigo íntimo Virrey, que el Caballero partiese á España á buscar el puesto que nuestro Señor le diese para servirle, que cuando él remueve á sus siervos, dispone todas las cosas facilitando lo que es conforme á su voluntad, poniendo asimismo montañas de dificultades en lo que es contrario á ella, de modo que no aprovechen fuerzas humanas.

Desde el primer día que entró el Venturoso en Mallorca comenzó el ordinario, y luego ordinaria, y tras ordinariamente, sin orden alguna (como atrás largamente se contiene) á darle en tres años, en el desierto y ciudad, saludable purgatorio, si se supo aprovechar. En cuya isla parecía hueso desencajado de su lugar, que no sólo suele causar grandes dolores, pero es miembro sin provecho. Aunque es para Dios de gran merecimiento, sufriendo con paciencia sin quejarse. Pues

no son suficientes las pasiones y angustias desta vida para merecer la gracia, cuanto más la gloria que se promete á los que hasta el fin varonilmente pelean. Pero es de muy caballeros tener poco mal y bien quejado. Mas al nuestro (como Venturoso) regalábalo tanto el Señor, que cuanto le faltaba de mortificación, tanto le daba algunas veces de oprobrios y tribulaciones, como tirándole del harapo para que no se alzase á mayores, siendo de mínimos. Con estas y otras infinitas misericordias que usó la Divina clemencia con este siervo ingrato más de sesenta años, convidó aquí á todos los vivientes que vengan y vean quién es Dios y quién es el hombre, pues sobrepuja con el Venturoso su porfía en hacerle innumerables mercedes á la que él tenía en ofenderle. Y lo que más temía, es que cuando esperaba el justo castigo de sus culpas graves, le solía dar Dios premios, regalos y consuelos. Como suele ser el ordinario cielo de los paganos en pago de sus buenas obras morales, que para los fieles sería lamentable y momentánea gloria.

Embarcóse el Venturoso en una saetía, y aunque había nueva de moros cosarios (con deseos de ir á Argel á administrar á más de dos mil cautivos cristianos que no fuera menor servicio de nuestro Señor que la vida solitaria) en tiempo de ventiséis horas desembarcó en Valencia. A donde le abrió el Padre de las lumbres las ventanas de la humana piedad, que quizá en Mallorca se las tenía cerradas

de propósito para desasirlo del amor desordenado que tenía á la isla que le hacía obras de madrastra. Tomó casa en la ciudad, y con el mismo bajel envió al Virrey, y su devoto y bienhechor, estos

TERCETOS

Si de aquella Paloma que contemplo
fuera mi blanca y remontada pluma,
alcanzara á volar hasta su templo.
Mas ¡ay de mí! que cuando más presuma
con pluma, pelo, pico y grueso estambre,
un saco de miserias soy en suma.
Y ahora más que Antheros con su hambre
por vos tiene mi Musa como beuda,
y aquí parezco estatua y no de alambre.
La pasta solitaria no está leuda,
ni á vos mi Carlo magno, insigne y franco,
mientras yo viva os pagaré la deuda.
Aunque ya os libro pólizas al Banco
de la sangre de Cristo paga eterna,
pues vuestros tiros miran á este blanco.
No puedo más, que la bondad paterna
quiere que os pague con lo más seguro,
y que yo me asegure en mi caverna.
Vió mi higuera asida á vuestro muro,
y arrancó de raíz tronco y recreos,
para arraigarlos más al bien futuro.
Pero no me ha quitado los deseos

de volver á ser vuestro en tierra nuestra,
do gocen las potencias sus trofeos.
No sé qué encanto ó qué virtud tan diestra
me ha podido alienar que fuera un santo
con presencia de Dios, cual tengo vuestra.
Que os dotó el Sumo Bien de bienes tanto,
y á mí en conocimiento y peso al peso,
con que pese esta ausencia á puro llanto.
Cual maestre de campo y diestro en eso
á mi fuerte por hambre lo rendistes,
y sois carater en mi alma impreso.
No con sustento ni valor pudistes
vencer mi duro pecho y suerte esquiva,
sino la voluntad con que lo hecistes.
Y una rara virtud tan atractiva,
que aun desterrada en islas Baleares,
saltea pechos nobles y cautiva.
Quisiera que éstos fueran mil millares,
y todos Reyes, porque mas premiaran
ese valor y hazañas singulares.
Y mas si os conocieran y estimaran,
con amor, como el mio, grande y firme,
en el onceno cielo os colocaran.
No hallo donde estar, ni acierto á irme,
que nadie me conoce aquí ni ayuda,
ni sé donde sin vos pueda partirme.
Esta ciudad perdida está sin duda,
pues no hay hallarse hombre para hombre,
si no es quien espero que me acuda.

Timebunt gentes puede ser su nombre,
y tiéneme en Caribdes y entre Scilla,
mas si es por Dios, no hay pena que me asombre
Sólo me desfallece y aniquila
conquistar Indias, no las de Valdivia,
mas do el tiempo y caudal se me destila.
Y tengo fuerza y devoción tan tibia,
que sin ser Argos, hecho un Jeremías,
lamentando la pena se me alivia.
Serán las horas meses, y años días
que pasare sin ver á mi Coloma,
vueltas torres de viento mis porfías.
Sólo me librará desta carcoma,
huir del trato humano al seco yermo,
pues la miel vuelve azúcar la redoma.
Mi voluntad es pronta, el cuerpo enfermo,
la frecuente amistad se hace estrecha,
y al caballo del alma le da muermo.
Si va á decir verdad, la cuenta hecha,
es el mejor nadar, guardar la ropa,
que sin ella es no nada, ni aprovecha.
El militar que á su enemigo popa,
dice el proverbio que á sus manos muere,
que es fuego el bien mundano asido á estopa.
Séase, Virrey mío, lo que fuere,
que hemos de amar á Dios con todo extremo,
y al prójimo no más de como El quiere.
Lo que de la fe pende (aunque es supremo)
por no verse, y tratarse, no se ama

con tanta fuerza como lo que temo.
A un hijo, hermano, amigo ó bella dama
idolatra el amor y se fomenta,
que el fuego soplan muchos, y hay más llama.
Confieso mi gran culpa con afrenta,
y que el más bienhechor, padre y amigo
es el que me crió, guarda y sustenta.
Y cuando al menor bien que usó conmigo
viniera de ser grato, no bastara
amor de Cherubín, y aun poco digo.
¿Pues no es vergüenza, manifiesta y clara,
que á un viejo, Sacerdote y solitario,
una humana amistad cuesta tan cara?
Uno, es, Señor, lo justo y necesario,
aunque yo no lo hallo, ni merezco,
y así á mi proceder del bien contrario,
justa es la penitencia que padezco.

Quien llega á una venta, por un cuarto de hora que ha destar allí, no trabaja, ni concierta la posada, ni se detiene en edificarla, pues hace cuenta que ha de estar allí poco tiempo. Y si por ventura se detuviese á hacer estas cosas, sería tenido por loco. Como en todo este mundo somos huéspedes, hoy llegamos y mañana partimos. Así le aconteció al Caballero que, mientras más favores y diligencias humanas buscaba para vivir ermíticamente en la comarca Valentina, tanto mayor diligencia ponía Dios para echarlo de allí, como veremos en la Aventura siguiente.

AVENTURA XLIV

Parte el Caballero de Valencia forzosamente á Madrid, y padece adversidades en el camino y en la Corte.



N tanto que en este mundo vivimos, peregrinamos al Señor dice el Apóstol. Huéspedes somos en este mundo, y caminamos para el cielo. No tenemos aquí ciudad permanente; pero buscamos la advenidera. Vana cosa es procurar edificar casa, ni ermita de asiento en la esterilidad desta vida. Pues tenemos Padre rico, y vamos á su casa abundantísima, y nuestra propia patria, y tan fértil tierra. Los peregrinos pasajeros, fuerza es que han de llevar mala vida. Siempre son huéspedes, y así no tienen amigos en la tierra. ¿Quién será tan insensato que quiera pasar una mala noche en una venta, acordándose que el día propio ó el siguiente ha de ir á dormir á su casa con mucho descanso? Esta sola consideración debía bastar para sufrir con paciencia todos los trabajos de la vida presente; acordándonos que no han de durar sino muy poco, y que mañana llegaremos á nuestra casa, que es el cielo, donde se descansa para siempre.

Ninguna cosa aborrecía nuestro Venturoso con

tanto extremo, como era la vivienda de la Corte, pareciéndole la dificultad que había en poderse conservar limpio, entre tan potentísimos contrarios como en ella suele haber, según la experiencia de tantos años le había mostrado.

Hacía oración, poniendo diligencias humanas para hallar ermita en el contorno de Valencia. Todo lo cual, al mejor tiempo, se le deshacía entre manos. Los favores portentísimos que ponía para con el Arzobispo, resultaba dellos mayor indignación y apretándole más, como á la naranja, amargó con no quererle dar licencia para celebrar más de diez días, que era como si le dijera que se fuera de su distrito. Preguntando algunos caballeros: «¿Por qué echaba hombre ejemplar, de años, nobleza, doctrina y de tanta utilidad á la república?» respondía: «He hecho un edito que no esté en mi diócesis clérigo forastero, y esta es la causa y no otra.» Aunque verdaderamente no era ésta, sino que la causa primera, causa de las causas, iba disponiendo las segundas y terceras para llevar á su Caballero donde hiciese mayor fruto de paciencia y recogimiento. Decía misa el Venturoso en un Monasterio de monjas, y despidiéndose de la sacristana, de quien recebía favores y regalos, con el logro acostumbrado, que se llamaba Torres, mostrando gran sentimiento de su partida. Pues como él no tenía que darle, enviábale versos para sus festividades, y por despedida estas

REDONDILLAS

En las fuertes Torres prenden
en Castilla á los más nobles,
donde con prisiones dobles
se guardan y se defienden.
Y si tienen cantidad
las reparan y blanquean,
porque, los que entraren, vean
del preso la calidad.
Y el que más miseria corre
escribe con un carbón
su nombre, tiempo y prisión
en lo mejor de la Torre.
El cual si tiene amartelo
hace retratos, y egnimas
corazones, flechas, rimas,
de su pasión, ó consuelo.
Haciendo desto desprecios
gente libre, y menos franca,
dicen: Que la pared blanca
suele ser papel de necios.
A mí (como á Espía doble)
en tus Torres me prendió
amor santo, y me trató
en la prisión como á noble.
Y aunque no tuve caudal
con que pulirte, y ornarte;

amarte y edificarte
fué don que es más esencial.
Si en tus Torres regalado
se vió mi pleito en violencia,
y vo en Corte á oir sentencia,
aún no está el pleito acabado.
De mis calidades todas
será razón se te acuerde,
que, aunque viejo, no soy verde,
ni perro de muchas bodas.
Si á tu siervo y Capellán,
el ser grato y caballero
se volviere en duro acero,
serás tú la piedra imán.
Consuélate al fin, Antonia,
que cuando menos se ahorre,
quien se suelta de una Torre,
no se halla en Babilonia.
Torre más fuerte que el Cid,
da á tus penas por conorte
que tendrás pariente en Corte,
la del cielo, y de Madrid.

La razón porque en común suelen ser las monjas de religiones anchas pedigüeñas, es porque tienen poca oración, de donde se suele sacar mucho amor de Dios y menosprecio de todas las cosas desta vida, como lo dice San Agustín: «El disminuir la cuodicia que es el amor desordenado de las cosas

temporales; es substentar y hacer crecer la caridad, y amor de Dios.» Y el quitar del todo la codicia, es ya tener del todo perfecta caridad. De manera que podremos conjeturar que si esta señora religiosa tuviera amor perfecto á Dios, todo lo que había hecho por su Ministro, había de ser sin interés espiritual ni temporal. Pero dando muestra que había sembrado para coger, y que ya se había despedido sin darle nada, en lugar de socorrerle para tan largo camino, le envió un billete pidiéndole al Caballero un relicario en forma de *Agnus Dei*, de mucha estima, y que valía mil veces más que cuanto ella le había dado, que no eran más que golosinas A la cual respondió estas

QUINTILLAS

Leída tu petición,
que es, señora, quiera darte
mi reliquiario por don,
dando traslado á la parte,
responde mi devoción:

Que padeciendo mil males
fué á Roma, donde buscó
en algunos Cardenales
las reliquias que juntó,
y en iglesias principales.

Y si la devota monja
que las tiene en su sagrario,
quiere chupar, como esponja,

que adore en su relicario
y no en codicia y lisonja.
Aunque en éstas hallan más
reliquias de mal y afán,
el espina de San Blas,
muchas de San Damián,
por una de San Tomás.
Que es esa costumbre aneja
con dulces pescar devotos,
cazando cual comadreja,
ó el refrán, á manirrotos:
mete aguja, y saca reja.
No á mí, que no es la primera
que he tenido para darlo
á gente grave y ligera,
ni para saber guardarlo
será aquesta la postrera.
Muy poco discreta andas
si anegarme en tu diluvio
quieres con palabras blandas,
á un viejo, y no boquirrubio,
hasta los güesos demandas.
Si eres carne fresca hermosa
(que hace los castos traviesos
aunque casta y religiosa),
¿para qué quieres los güesos,
como gozquilla golosa?
A pobres di carne y pelo,
para que valerme puedan

con Dios, que me dé su cielo,
¿y aún los güesos que me quedan
me quies quitar, y el consuelo?
  Cuanto quisieres de mí
tendrás, porque no te quejes;
pero, pues me voy de aquí,
suplícote que me dejes
salga en los güesos de ti.
  Pues no me has enhechizado,
ni soy en tu amor profeso,
ni enfermé dese cuidado,
¿cómo quies que hasta el güeso
me haya tu amor penetrado?
  Para tan nuevo devoto,
si la devoción y fuerza
me quitas, va todo roto,
y habré de partir por fuerza,
de tu devoción remoto.
  Traigo Cruz, Pablos y Antonios
para más prevalecer,
pues para me defender
de monjas y de demonios
reliquias he menester.
  Mas si tú un joyel tuvieras
de unicornio guarnecido,
y por prenda me lo dieras,
veneno hubiera expelido
de las fuentes y las fieras.
  Forzado á dejarte vengo,

partiendo aunque no te apartas,
con industria me prevengo
de llevar reliquias hartas
del mucho amor que te tengo.
  Y aunque en aquesto no puedas
según tu costumbre y ley,
yo aseguro me concedas
que si llevo el *Agnus Dei*,
con el *qui tolis* te quedas.
  Preciaste de mendicante,
más que de ser monachal,
y quies desarmar pujante
en la justa literal
á tu caballero andante.
  Reliquias de santos quieres,
no por llorar, ni gemir,
por ser santa sin placeres,
más por ser vicio el pedir,
mas en monjas que en mujeres.
  Dar es acto voluntario;
pero si se violenta
(cuando no es muy necesario),
vuelto el honor en afrenta,
hace al amigo contrario.
  Perdona el mal proceder,
señora, á tu Capellán,
si ordinario suele ser,
que reliquias no se dan
sino á besar y ofrecer.

No hubo carta de excomunión que tanto desbaratase el fingido amor de la monja, que vuelta del revés quiere decir: jamón, más caro á quien lo gusta que sabroso. Pues en leyendo la sobredicha letra, como no era de cambio, quitóse la máscara, y alzando el puente de su Torre disparó su artillería de maldiciones y palabras afrentosas contra el Caballero Venturoso, que más que nunca lo fué en haberse saltado de la Torre sin pagar el carcelaje.

Como el Caballero llevaba alguna ropa y libros en cantidad, procuró carro para Barcelona, Zaragoza, Murcia, pero no qüiso Dios que en veinte días se hallase pasaje sino para Madrid, cuatro carros en conserva, carísimos en los portes, y más en la vía ordinaria, hechos Arcas de Noé, llenos de mil sabandijas, que estas dos diferencias, mujeres enamoradas y ladrones, no escapó el suyo, aunque lo destajó con el carretero en el concierto, que sólo religiosos entrasen en su carro. Pues adobóse todo esto, con partir de Valencia el día que comenzaron las más recias y continuas aguas del invierno, hielos, granizos, nieves y furiosos vientos, más que en muchos años se habían visto. Acertó por su desgracia que entre los pasajeros ninguno llevaba ropa de registro, sino el Venturoso, y no eran apartados un tiro de ballesta de la ciudad, cuando comienzan á salir á detener los carros unos arcabuceros; preguntó el Caballero si eran salteadores. Dijo el carretero: Poco menos, que son guardas de la Aduana, que

hasta el primer pueblo muchas veces salen, no tanto á ver si llevan ropa ó mercadería sin registrar, como á requerir las bolsas de los que por redimir su vejación alargan la mano á darles lo que ellos llaman cortesía. Durando de hacer esto todo aquel día muy á menudo, y después algunas veces hasta los puertos secos, que sin cortesía, piedad ni exceción de persona se ha de descargar todo, y abriéndose, verse pieza por pieza, con más molestia y costa, que monta lo que se lleva.

Durmióse un día el carretero, y las cuatro mulas, huyendo de un pantano, tomaron una ladera y volcaron el carro en medio del lodo. Acudieron los mozos á socorrer las mulas que se ahogaban, los pies en alto, pero no cuidaban de los pasajeros, que unos encima de otros, con todas las cajas y líos encima dellos, y lodo con agua por debajo, los tenía con más peligro. El Venturoso, usando de su nombre, como iba en la delantera, arrojóse luego fuera; pero como todo era malo, quedóse atollado hasta la rodilla en aquel lago.

Gastaron lo que quedaba del día en enderezar el carro, sacar la ropa y volvella á concertar, y menor mal fuera si con solo este trabajo se pasara la jornada. Pero la que solía ser de seis ó siete días, por el mal tiempo y no buena compañía, duró veinte días con parte de las noches, padeciendo intolerables trabajos, que fueron tantos los ríos, arroyos, pantanos, lodos, cuestas y bajadas, que casi todo el

camino se pasó la mitad á pie, y la otra mitad paseando y sudando en ayudar á desatollar. De modo que si dicen: El mayor trabajo del mundo es camino, si esto fuere en carro, será muerte.

Fué Dios servido que llegó el Caballero con su flota á Madrid, lunes de Carnestolendas, á 2 de Marzo de 1615. Era una hora de noche; quedóse en el mesón de los carros martes y miércoles. El uno por haber fiestas reales, y el otro por la ceniza, que todos los conocidos estaban fuera de su casa; faltaba pan, y fué fuerza tomar la Cuaresma dos días antes, con ayuno de todo punto, sin pan ni agua. Prodigios no en balde tan temidos antes de venir á Babilonia, donde hay muchos géneros de vicios, en especial aquellos dos que tanto desagradan á Dios, según el filósofo, que son ladrones y mentirosos.

No hallando el Venturoso remedio de salir de su carro aun estando en el mesón tres días había, pagando lo que debía de los portes, y perdonando lo que le habían hurtado, fuése en casa de un amigo de oficio real, que no tuvo dónde hospedarle sino debajo una escalera, lugar pequeño en la cantidad y grande en la humedad y obscuridad. En el cual se pasó toda la Cuaresma sin hallar otra posada, porque faltaban amigos de misericordia y dineros para alquilalla. Antes unos pocos que le quedaban al Venturoso para el sustento, este amigo, por ser Pascua, le incitó á jugar á las cargadas, con que le des-

cargó de 19 reales que tenía, cuya necedad en latín, pensándola remediar, le hizo aqueste

ROMANCE

Huésped y amigo, yo tuve
cuando más mozo un criado,
que si barriendo se hallaba
algunos cuartos ó ochavos,
por abonar su persona
me los daba con cuidado;
pero cuando yo perdía
escudo ó real de á cuatro,
quedábase por las costas
del crédito ya ganado,
que es de cobrar buena fama
y echarse á rodar al cabo.
Usé un día de cautela,
sobre una mesa dejando
un escudo y seis reales
para asegurar su trato.
Pero quedéme sin ellos,
que el interés es tirano,
y el toque de los quilates
del espíritu christiano.
Viendo que su lealtad
vendió por precio mediano,
fuéme fuerza el despedillo
con el temor de mi daño.

Lo mismo me ha sucedido
contigo anoche jugando,
que siendo amigo del alma,
mi contento y mi regalo,
espejo en que me miraba
rico, pobre, enfermo, sano,
á quien fié mi secreto
y dí parte en mis regalos.
De quien (cual materia y forma)
no me aparté de tu lado,
ni trocara tu amistad
por tesoros ni reinados.
Si acaso perdía un día
en tu presencia jugando,
mostrabas tanto pesar,
que proponías jurando,
de no dejar más jugar
en tu casa juego largo;
y cuando jugando en tercio
me ganabas pocos cuartos,
con amor me los volvías,
con tu prudencia estimando
en más la buena amistad
que el dinero de un cuitado.
Pagándote yo esta ley,
siempre te daba barato
de lo poco que ganaba,
con mayor amor que hermano.
Pero en una que me heciste,

tu barato ha sido caro,
tu consuelo desconsuelo
y tu engaño desengaño.
Al fin, que quien despojó
á un Caballero pelado,
rematándolo de cuentas,
cuento lastimoso y malo,
justo será que en tu casa
te deje con lo ganado,
que el gozo en la del tahur
poco dará, dice el sabio.
Pero yo confío en Dios
que aquese pecho hidalgo,
en sangre de un sacerdote
no será contaminado.
Y si rompes esta fe,
la mía te doy de bravo,
que juego, amistad, codicia,
rompan para siempre el saco.

Como ya el Venturoso había hablado y recibido socorros de la señora (que ya era título) referida en la Aventura XXX, mujer del privado, con quien fué á Valencia, debajo de su sombra y amparo, salióse de casa el amigo y tomó casa junto á la suya, haciéndole merced con tanto extremo, que causaba nota en los que no sabían cómo desde niña recebía de sus padres el mismo favor.

Este amigo del Venturoso, aunque ocupado en

oficio real, era de natural tan curioso, que tenía por ejercicio cotidiano pintar, con tanto extremo, que todo el día no hacía otra cosa, y tenía de obras de sus manos hecho un camarín, que era el recreo de la Corte. No vendía nada de cuanto pintaba, gastaba mucho en las colores y aderezos, pudiendo ganar por su oficio lo que daba á oficiales, ahorrando lo que gastaba en brujerías, aunque el vicio de tanto pintar era incurable de más de cuarenta años. Habiendo muchos días que el Caballero no lo veía, envióle estas

DÉCIMAS

Tu Sol de Gracias, que infiero
del cielo de tu oficina
que á cualquier ingenio inclina
como la imán al acero,
se eclipsó á tu Caballero
por las mañanas en curas,
y á la tarde en calenturas;
más yo, abeja de tus flores,
libre de empleos mayores
iré á gozar tus dulzuras.

Más tú Apeles, más que abeja,
de ese loable ejercicio,
como hechizo en oficio,
no lo dejas ni te deja,
perdona mi amable queja

retrato de tu amor mismo,
y de compasión abismo
de tu pasión agradable,
que aunque la juzgo incurable
le aplico aqueste exorcismo.
Cansa el comer y el jugar,
la comedia y los placeres,
el trato de las mujeres,
el dormir y el trabajar,
más á ti nunca el pintar
te cansó sin ser pintor,
porque como antiguo humor,
con más costa que ganancia
se ha convertido en sustancia,
y la sustancia en color.

Asentó aquella señora de título llamada Nise con el Venturoso que no se retirase más á desiertos, que ella le daría un tanto para su plato, y algunos de los que sobraban de su mesa. Comenzó esta obra pía con mucho fervor de devoción, no comiendo bocado que no le diese, pero el socorro de los dineros duró treinta días y acabóse. Con razón este mundo en la Escriptura es llamado hipócrita, porque teniendo buena apariencia exterior, es de dentro lleno de corrupción y vanidad. Vanidad es esperar en él, y vanidad muy grande es esperar en sus favores y promesas, hacer caso de sus honras, amar sus riquezas y deleites, andar tras el viento

de las privanzas humanas. Bienaventurado aquel que es del mundo olvidado, metido en un rincón. Este tal vivirá confiado; no habrá quien lo quite de sus espirituales ejercicios; gozará de la suavidad y quietud de su espíritu.

Más vale ser pobre que rico; mejor es ser pequeño que grande; más vale ser idiota y humilde, que letrado vano y soberbio. Todo esto se verificará en aquel estrecho y riguroso juicio final, donde no valdrá sino la penitencia, la pobreza de espíritu y el haber padecido por Dios con paciencia muchas tribulaciones. Pues como el pobre Caballero lo estaba más que antes obligado á pagar casa, y que había cesado el socorro, envióle este

VILLANCICO

Más merced que alcanzaré,
Nise, ya la he merecido,
por ser mártir de tu olvido
y confesor de mi fe.
Abriendo tu larga mano
con que grandezas matizas,
si la cierras, martirizas
á tu tan fiel christiano.
Aunque pierda ganaré
cuando más no haya podido,
por ser mártir de tu olvido
y confesor de mi fe.

Ley es de hermosas mujeres
el recebir, más que el dar,
y tu don, censo al quitar,
lo redimes cuando quieres.
Mas cuando careceré
de todo, habré merecido,
por ser mártir de tu olvido
y confesor de mi fe.
No tengas por liviandad
este atrevimiento altivo,
que al fin es hijo adoctivo
de tu amor y caridad.
Trátalo bien, pues que fué
de ti tan favorecido,
por ser mártir de tu olvido
y confesor de mi fe.

Dice el sabio que este mundo á muchos destruyó su inicuo prometimiento. Levántense todos los hombres y digan si tuvieron en esta vida alguna vez gozo sin dolor, paz sin discordia, quietud sin miedo, salud sin enfermedad, pan sin dolor y alegría sin tristeza. Promete todos los bienes y da todos los males. Promete descansos y da trabajos. Promete alegría y responde con tristeza, y á los prometimientos de honras responde con vituperios.

La vara de Moisén, con cuya virtud sacaba agua de las piedras, solía ser la poesía del Venturoso

para con su señora, y puesto ya en la quinta esencia, le envió este

ROMANCE

Nise, mi cielo estrellado,
mi regalo y mi remedio,
que, como á Habacu, me traes
colgado de los cabellos.
Mandásteme que te escriba
ordinariamente en verso,
porque si á coplas me entiendes,
menos que á ti las entiendo.
Ya sé que sin ellas tienes
tan delgado entendimiento,
que penetras lo que quieres
y quieres lo que penetro.
Hecísteme de la boca
y de la boca me quejo,
queres dura, en que no dura,
ser blanda al primer concierto.
Dirásme que dice un sabio
que el vaso que se hinche presto
presto vuelve á vaciarse;
así es el prometimiento.
Fácil es el prometer
haciendo torres de viento,
y difícil el cumplir
lo que se ofrece de presto.

Con la pena que me ha dado
verme contino y sin sueldo,
pensando en tus calosfríos
grande calentura tengo.
Hanme sangrado dos veces
de los brazos, tú del sueldo,
de modo que no es posible
ir á servirte tan presto.
Saco fuerzas de flaqueza,
y no puedo, aunque me esfuerzo,
á más que á tomar la pluma
con que te escribo, y me quejo.
Haré como papagayo,
que habla más si está hambriento;
ó cual perrillo de falda
que le tasan el sustento.
Remediame, Nise mía,
pues puedes darme remedio
con el pie de tu grandeza,
sino es que lo estorba el cielo.
A Dios das lo que me das,
que te ha dado mucho y presto,
y á El y á mí nos lo quitas
con la dilación del tiempo.
¿Cómo puedo sustentarme,
sin salud y sin dinero,
el vestido y el calzado
y el pagar el aposento?
Acaba ya, Nise, acaba

á lo que diste comienzo,
porque sin perseverancia
nunca aprovecha el bien hecho.

Con estos humildes versos, en lenguaje que pudiesen ser entendidos, esforzaron á la señora á enviar un poco de socorro, que todas las cosas deste mundo son poquedades. Siete años había servido Jacob á Laban por casarse con la hermosa Rachel, mas el suegro burlador dióle á Lia la lagañosa; así hace el mundo á los que le sirven. (1)

(1) Aquí termina el ms., quedando incompleta la Aventura XLIV y faltando toda la XLV, que, á juzgar por el Indice preliminar del manuscrito, trataba de: *Prósperos y adversos sucesos del caballero en Madrid.*

FIN

APÉNDICE

Después de impreso lo que precede, nuestro querido amigo el infatigable investigador D. Rafael Ramírez de Arellano, ha encontrado en los libros parroquiales de San Lorenzo (Córdoba) las siguientes partidas de bautismo que pudieran convenir á nuestro *Venturoso:*

Juan, hijo de Diego de Valdelomar y Andrea Gómez. 14 Marzo 1568.

Juan, hijo de Pedro Ruiz de Santestevan y Andrea de Valdelomar. 19 Abril 1568.

Es de advertir también que en el Archivo Histórico Nacional, entre los procesos procedentes de la Inquisición de Toledo, figuran dos, de ninguna importancia, referentes á dos Valdelomares, uno de ellos clérigo, otro su hermana.

La fecha del nacimiento del Caballero no debió ser 1553 como él asegura (tít. I, pág. 12), sino 1555. En efecto, al dar cuenta de la muerte de su padre, acaecida en 1569, dice que al Caballero quedó de catorce años (pág. 17), luego había nacido en 1555. Dice más adelante que entró en Roma á 28 de Marzo de 1576 (pág. 37), siendo de edad de veinte años, y que en la jornada de Alcazarquivir (1578) tenía veintitrés, todo lo cual corrobora la mencionada fecha de 1555.

Los datos que liberalmente nos ha comunicado el Sr. Ramírez de Arellano, autorizan para suponer que el padre de nuestro *Venturoso* fué aquel Pedro Clavijo que, según Cereceda (en su *Relación de la guerra del reyno de Tremecen)*, figuró entre los

capitanes de infantería que llevó á Africa en 1542 el Conde de Alcaudete.

De este Pedro Clavijo se refiere un suceso en los *Casos raros de Córdoba*, que coincide con el apuntado por el *Venturoso* en la pag. 13, tít. I de nuestra edición.

Dicen así los *Casos:*

«Después que el invictísimo Carlos V se vino á España y hizo la renunciación de sus Reynos, que fué el año de 1557, en manos de su hijo el gran Philipo, y pagó á los soldados y capitanes que le ayudaron á ganar tantos triunfos, entre otros fué un caballero que se llamaba Pedro Clavijo, hijo desta dichosa ciudad de Córdoba; éste trujo un caballo de Italia, criollo español, y la madre alemana; sacó un mal resabio, que era echar coces en llegándole á las ancas; con tanto exceso, que cuando querían tener fiesta, no era menester mas que ponerle cualquier cosa liviana en las ancas, para echar mil coces; he dicho esto porque hace la fuerza del caso echar el caballo coces. Sucedió por este tiempo que una grande avenida se llevó el arco de enmedio de la fuente de Córdoba, y para sacarlo de cimiento fué menester hacer una estacada desde la orilla hasta el arco y un poco más arriba. De suerte que iban los hombres á traer todo lo que era menester; y para tener el agua, que diesen lugar á los que labraban.

»Sucedió que un día del Espíritu Santo, que es una collación que está en la otra parte de la puente: y festejando toda la ciudad la fiesta, visitando la collación este caballero que tenía el caballo criollo, para hacer muestra que había sido soldado y ginete, sin determinar si la estacada llegaba al cabo ó no, metió el caballo por ella, con admira-

ción de los demás caballeros qne se espantaron de semejante temeridad. Todos le dieron voces que adonde iba, que mirase que se había de perder por llevar el caballo que llevaba. Muchos caballeros mandaron llamar los barqueros, todos vinieron movidos del peligro; y llevados de que cada uno pensó llevar un buen porqué. Por último el caballero se llegó al fin de la estacada, que tenía una pica de hondo. Toda la gente que iba á la iglesia hizo represa; los caballeros dejaron su paseo, todos suspensos, aguardando el desdichado fin de un lance tan peligroso.

»Cada uno, desde la orilla, le daba consejo, y dábalo bien, porque estaba fuera de peligro; otros decían que le cortasen las piernas al caballo; otros que se arrojase á un barco, y otros de otra manera. Mas el caballero, que estaba en el peligro, y que estaba á vista de toda la ciudad, no escogió ninguno de los consejos que le daban sus amigos y parientes, y llevado de su honra y de que dirían, emprendió una hazaña jamás vista ni pensada, y al parecer de todos un desatino graduado de doctor, como el primero, si ya no lo juzgaban por más grande. Y fué poner las piernas al caballo, como el otro romano que se hechó en la laguna ó sima, y como lo imaginó lo hizo, y al tiempo que el caballo se arrojaba al río le tiró de la rienda á tal compás que le rodeó en el aire, y donde tenía puestos los pies le hizo poner las manos, y se volvió por donde había venido, quedando todos suspensos y atónitos de ver libre aquel caballero en un trance tan peligroso, y al parecer de todos, por ser el caballo tan indómito. Saliéronle todos á recibir, dándole mil aclamaciones, pues hasta aquel día no se tenía noticia que hombre alguno empren-

diese semejante hazaña. Algunos caballeros que iban contentos de lo hecho, le dijeron que si volvería á hacer la vuelta. Respondió que si el rey le diese la ciudad de Córdoba, no se volvería á poner en el manifiesto peligro en que se vido.»

También se lee, con ligeras variantes, en los *Casos raros de Córdoba*, la relación del hundimiento del molino, referida por el Caballero (tomo I, página 55).

Sospecha el Sr. Ramírez de Arellano que el Caballero debió vivir en Córdoba, en la calle del Císter ó en la de Ramírez Casas Deza, porque el mismo *Venturoso* dice que era vecino del capitán D. Alonso de Aguilar, cuya casa, que aún se llama del Bailio, está en la calle-cuesta del Bailio.

Pero la sospecha más interesante de las que el Sr. Ramírez de Arellano nos ha comunicado es la referente á la personalidad del Caballero.

Por los años de 1609 había en Córdoba un racionero llamado Andrés Clavijo, que figuró como testigo en el testamento otorgado por el Dr. D. Alvaro Pizaño de Palacios á nombre y con poder del ilustre Pablo de Céspedes. Este Andrés Clavijo es verosímilmente el mismo racionero Clavijo Carrillo de quien se habla en los *Casos raros de Córdoba*, refiriéndose de él que hizo una muerte, y, á consecuencia de ella, estuvo fugitivo algunos años. Vivía con un tío suyo llamado D. Gerónimo de Angulo, en las casas del Marqués de la Guardia. A este marquesado vino á parar el mayorazgo de D. Alonso de Valdelomar.

Estando un día Clavijo comiendo, entró su tío y empezaron á disputar, y después á reñir. Cada uno tomó un cuchillo de los que había en la mesa, y el tío se arrojó sobre el sobrino. Este extendió el bra-

zo, y Angulo se entró por el cuchillo hasta el corazón, y quedó muerto sobre la mesa. El autor de los *Casos raros* añade lo siguiente:

«Visto el daño, el racionero fuese á esconder á cierta parte, donde yo conocía, y estuvo algunos días oculto, y fueron tantas las diligencias que hicieron, así eclesiásticas como seculares, tomando los caminos y las puertas de la ciudad, que no pasaba nadie que no los miraban. Finalmente, después de algunos días que sucedió esta desgracia, se determinó que yo lo sacase al amanecer por la puerta Gallegos, llevándolo detrás, por mi mano, y por ser conocido el guarda que allí estaba, salimos esta vez. Fuí con ellos un cuarto de legua; yo me apeé, y subió en la mula, y me volví por otra parte á la ciudad, y así por esta vez se escapó.

»Volvió después y determinó ir á Roma, y pareciéndole que le había salido bien la primera, quiso que le sacara la segunda, y fué así: que salió por mi criado, y se encontró en el camino con gente del bando contrario, que á no quedarse detrás de una pared, le conocieran y le mataran. Mas fué Dios servido que previno esta ocasión para librarse de las manos de sus contrarios. Fué á Roma, y, dada satisfacción, la Santidad de Sisto V le absolvió y le dió dos beneficios, y licencia para que se volviese á su tierra. Mas por quitar ocasión de disgustos, por estar tan fresca la sangre de su tío, se fué á Jaén, que como aquellas iglesias son hermanas, en cualquiera de ellas que asista gana su renta, y con esto se acabó esta tormenta.»

Ahora bien, nuestro Caballero (t. I. p. 116), dice que á 14 de Marzo de 1580, le prendieron por una muerte hecha la noche antes, y que una mujer dijo que él había sido el matador. Sisto V desempeñó

su pontificado desde 1585 hasta 1590, y el Venturoso entró en Roma por segunda vez en 1584, y por tercera, cuando: «Tenía entonces la villa apostólica Sisto V», que le dispensó para que tomase un orden militar. ¿No parece todo esto concurrir para hacer creer que el D. Juan Valladares sea el racionero Andrés Clavijo Carrillo?

Posible es que el Sr. Ramírez de Arellano haya acertado en la suposición que dejamos transcrita. Las investigaciones hechas por nuestra parte para identificar la personalidad del misterioso D. Juan Valladares de Valdelomar, no han dado resultado satisfactorio, pero hemos realizado nuestro deseo de sacar á la luz pública esta curiosísima obra, de cuyas páginas no dejan de obtenerse datos de importancia respecto á una época en que fuimos harto más grandes y *venturosos*, aun cuando no más sensatos que ahora.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

MANUEL SERRANO Y SANZ
